

D844
.L31



Digitized by the Internet Archive
in 2014

<https://archive.org/details/elespiritu00larc>



LIBRARY OF THE
JUN 3 1953
THEOLOGICAL SEMINARY

10.00

RAFAEL LARCO HERRERA

EL ESPIRITU, ARMA DE LA PAZ

ADMONICION DE UN AMERICANO ANTE LOS
PELIGROS QUE AMENAZAN A LA DEMOCRACIA



LIMA - 1953

OBRAS AMERICANISTAS DEL MISMO AUTOR

POR LA UNIDAD AMERICANA. (1945. (Agotada).

AMERICA EN LAS TRINCHERAS DE LA DEMOCRACIA. 1946.
(Agotada).

HACIA UN CONGRESO AMERICANO DE HOMBRES LIBRES.
1947.

POR LA RUTA DE LA CONFEDERACION AMERICANA. (Conside-
raciones en pro de la unidad y la defensa de América).
1948. (Agotada).

LA ULTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA. (América en la encru-
cijada roja). 1952. (Agotada).

EL ESPIRITU, ARMA DE LA PAZ. (Admonición de un americano
ante los peligros que amenazan a la democracia). 1953.

DEDICATORIA

Va este libro, con toda la emoción del tiempo vivido en ochenta años, a las nuevas generaciones. En sus manos, fuertes y limpias, pero sobre todo en su cerebro y en su corazón, se halla el porvenir de la paz y el destino de nuestra civilización. Que seamos dignos de su juventud los que ya no poseemos sino espiritualmente ese tesoro, por la obra y la responsabilidad que les dejamos en patrimonio. Ellos cuando nos sucedan, en el mismo campo de los hechos y las ideas, han de darnos con su vida, consagrada al mismo ideal, la esperanza de que, como en el hesitar bolivariano, no hemos arado en el mar, sino en el tiempo, del que serán dueños los que empuñen la antorcha de la libertad que nos legaron los próceres de la emancipación.

R. L. H.

INTRODUCCION

La paz se gana con la fuerza del espíritu. La guerra con el espíritu de la fuerza.

R. L. H.

Orgulloso me siento del eco que ha encontrado mi libro anterior en todos los sectores y no por lo que ello significa como recompensa a mi modesto esfuerzo, ni halago a la vanidad personal, sino porque, en las cartas de aliento que han llegado a mis manos, se contiene, vitalmente activo, el pensamiento de hombres y pueblos que marchan unidos y avizores hacia la consecución de sus propios destinos y del común destino de la humanidad.

En otras circunstancias parecería, tal vez, gusto de hablar de sí mismo, reunir, como se acostumbra en los anexos de los libros, las opiniones acerca de aquellos, vertidas por cuantos han dicho su impresión, y que dado su volumen, mayor que el provocado por mis obras precedentes, irán al término de estas páginas. En este caso, no es así. Y no lo es porque nosotros, con prescindencia, si fuera posible del nombre propio, tal como lo hicimos cuando estubo bajo nuestra orientación el diario donde libramos las batallas de la libertad, siempre y con acerada energía habríamos esgrimido lanzas por la defensa de los más caros ideales de la democracia.

Nuevamente, pues, al explicarme en singular, creo que no estoy sólo en este rudo periplo, y no lo estoy, precisamente, porque, apoyándome en aquellos importantes juicios, me siento como nunca más convencido de la verdad de un credo que ha sentado doctrina en todas las latitudes de la tierra y a través de todos los idiomas del mundo, aún de aquellos, donde los derechos del hombre se han borrado de la vida de esos pueblos.

Si hubiérame confinado a sintonizar, desde mi escritorio, las vibraciones del pensamiento esgrimido a lo largo de este camino editorial, que comprende más de cuarenta años, incluyendo diarios, revistas y libros, quizá las impresiones recogidas tuvieran, para el lector, el carácter de una correspondencia inspirada en los dictados de la cortesía. Pero, ayer, como hoy, y si el tiempo lo permite, mañana, verificaré los problemas internacionales, sobre el mismo campo de las realidades, haciendo dilatados viajes, en contacto directo con los hombres responsables de la marcha de las naciones. Así acabo de hacerlo, en un esfuerzo prolongado si lo equiparo con el número de países recorridos, y el tiempo para ello demandado. Y más aún si lo comparo en relación con otros hombres que, habiendo alcanzado una octogenaria experiencia, no salen pudiendo hacerlo, de las cuatro paredes de su hogar, ni eluden el peso de los años, para conocer, de cerca la exactitud de los hechos y medir la dimensión política e intelectual de los personajes que protagonizan la escena contemporánea, que es la mejor forma, y la más práctica, de redondear los conceptos que el internacionalista reclama para enfocar la situación mundial y señalar los derroteros a seguir.

Personalmente me encuentro en aptitud de afirmar que el rápido recorrido que, acabo de cumplir, visitando la mayor parte de los países europeos y los del Cercano Oriente, me ha deparado, si bien, de una parte, la convicción dolorosa de constatar una hedonista indiferencia ante el peligro inminente, de otra, la satisfacción de saber que cuanto dejé estampado al dar publicidad a mis anteriores libros, se está cumpliendo, puede decirse, casi al pie de la letra. Es semejante comprobación la que me estimula aún más si cabe a proseguir la estrategia que mentalmente me he trazado, desde hace tantos años, para que gobernantes y gobernados, defiendan, las grandes conquistas del pasado, cuyo patrimonio, tiende a desaparecer, nada menos, que de las tierras donde, primero, se sembrara la semilla de la libertad, ante la abulia de los llamados a evitarlo.

No tengo, en nada, que rectificarme. Al contrario. En muchos aspectos de la situación universal, mi pensamiento, se ha adelantado a niveles que todavía el tiempo no ha alcanzado.

Sensiblemente el mundo se halla abocado al desencadenamiento de pasiones subalternas, que conspiran, a diario, contra la integridad material y moral del hombre. En esa vorágine es donde, los enemigos de la democracia, cosechan abundantemente, debilitando las reservas humanas, en espera de la ocasión propicia, que facilite el zarpazo final. En todos los órdenes, parece que ha renacido, con un impulso incontenible, la vieja consigna que marcaba el último ciclo de la decadencia del paganismo. A ello, lo que es más triste, colaboran, también, los dirigentes estatales. Se suman los profesores universitarios. Están adheridos los políticos. Y los economistas. Se subalternizan los profesionales de todas las ciencias. La prensa, un poder considerado el cuarto poder hasta no há mucho, se arrodilla, igualmente, ante los nuevos ídolos de las multitudes. El deporte, convertido en principio y fin de la vida. No aquél deporte que conduce a la salud del cuerpo y fortalece la serenidad del espíritu. Sino el que lleva al odio y desemboca en los juegos de azar. Es la divinidad contemporánea. El Moloch que abre sus fauces para devorar, día a día, vidas y capitales, dejando desolados los campos fecundos de la acción creadora de los hombres. De la destreza de un músculo se hace cuestión de estado y pretexto de ganancia económica. En la punta de los pies de los futbolistas se busca el amor a la patria y se valoriza la superioridad de los pueblos. Hay patada, en reciente torneo internacional, que ha costado 46 mil soles. Y los premios de cultura no pasan de 10 mil. Las figuras cimeras de las letras, las ciencias, las artes, y aún los mismos héroes y próceres, apenas encuentran un magro espacio en las planas de los periódicos o las columnas de las revistas. Su recompensa es la indiferencia de los más. En cambio, un espécimen de recio físico, sin ningún dedo de frente, ocupa, páginas íntegras de los rotativos, y se comenta, como genialidades, su desprecio de las normas de la civilización. Once futbolistas ponen de pie a pueblos enteros, para ovacionarlos y arrojarles, a manos llenas, la bolsa, en tanto, se ignora hasta el nombre de los grandes forjadores de las nacionalidades o de los sabios que, en el silencio de los laboratorios, siguen buscando los enigmas del universo para aliviar el dolor humano.

En esta carrera desenfadada de los sentidos, hasta las mujeres, han sido sugestionadas, y dejando sus labores propias de ellas, empiezan a irrumpir en los coliseos y los estadios. De esta suerte, ellas comienzan a perder su feminidad, dejándose sentir este extravío en la armonía de las familias, donde la autoridad del padre ya no existe sino en muy contados casos, y la ascendencia materna, apenas deja huella en el corazón de los hijos que viven, con ojos y oídos abiertos, solamente para los requerimientos de la calle, generándose los dramas que, con mucha frecuencia, llenan las crónicas policiales. Al endiosar la cultura física, aunque más valdría decir la fuerza, en la mujer, se ha empezado por acallar los sentimientos sagrados de la maternidad. De mujeres con musculatura de hércules no salen los hijos sanos que la humanidad reclama para su progreso. Esos hijos provienen de madres que, en su delicada contextura, saben mantener la fuerza del espíritu y del sentimiento, que vence a la fuerza bruta. Mujeres para quienes ningún golpe material es capaz de acallar los generosos instintos de su eterno femenino. Al menor contraste, se apagan, como débiles cerillas. Y es a crear aquellas mujeres, que ni siquiera son un remedo de las que organizaron, viejas edades como el matriarcado, a lo que atiende la educación de estos días oscuros como las peores noches de la historia. La mujer que violenta su carácter de tal, hasta su indumento, que todo lo reduce al juego engañoso, de los instintos que no van encausados a la conservación, en respeto social y moral, de la especie, jamás ha de poder colaborar en la obra que devuelva a la humanidad su nivel de dignidad y de elevación en todos los órdenes de la vida. Esta explotación si se nos permite la cruda expresión, sexual de la mujer, ha determinado que inescrupulosos empresarios de espectáculos, la lleven de los cabellos a lugares donde únicamente los hombres podían competir. El campo deportivo. No, volvemos a repetir, la cultura física. El estadio donde, por ejemplo, el juego de baloncesto, díganlo sino los mismos médicos, no llamados a engaño, obliga a la mujer a un esfuerzo en el que no sustrae ninguno de sus músculos al más rudo desgaste.

No vaya a suponérsenos, enemigos jurados de que la mujer cuide su estado físico, por lo que aseveramos, pero sí estamos porque se ha equivocado la senda, y de lo que debiera ser cuidado íntimo, al amparo del respeto de la casa, se ha convertido, en espectáculo que rinde dinero, ya que un porcentaje, mayoritario de espectadores, no van a contemplar, en las competencias femeninas, la destreza de las mujeres, sino el cuerpo en su desnudez visible. Bastaría cubrir a las damas como antiguamente hacía-se para demostrar, plenamente, que estamos en lo cierto. Los locales de espectáculos, se verían entonces, ocupados, solamente, por los pocos que van a ellos por el deporte. Pero a los que maniobran las fuerzas ocultas de la destrucción de la humanidad, conviene que la mujer siga de señuelo en actividades que no debían, por ningún

concepto, contarlas. Llegan a extremos tales esta desviación que empiezan a proliferar las llamadas luchas libres entre mujeres, exhibición que, vista con serenidad, tiene caracteres, sino cómicos, absolutamente grotescos. En los que, sean ciertos o fingidos, los golpes que se propinan, lo único que se consigue, es acentuar la animalidad de ciertos espectadores. Hay padres y madres de familia, niños y niñas, que se congestionan de salvajismo, viendo esos espectáculos, y alentando a los actores con gritos que son una afrenta en la ciudad que se precie de civilizada.

Lo que acontece en el juego de pelota, ya nos ha demostrado, hasta la saciedad, que no es sino pretexto para que hombres físicamente dotados de excepcionales condiciones, una vez convertidos en astros de su actividad, se tornen agresivos, e inextruculosos, llegando a desestimar los mismos sentimientos cívicos, en tanto, se movilizan las pasiones de los pueblos, creando resentimientos, acerca de los cuales, un famoso internacionalista, exclamaba alguna vez, con sobrada razón: "lo que los diplomáticos hacemos con la cabeza, los futbolistas, lo borran con los pies".

Sin embargo es la desembocadura de estas actividades hacia la atención popular la que observan los sociólogos como sintomática del desvío de las masas de las manifestaciones elevadas de la vida. En el fondo se está desplazando el interés colectivo de los problemas que atañen al mejoramiento de la mayoría en bien de un núcleo que se enriquece fácilmente, accionando los fantoches de la fuerza bruta. Alrededor de los deportistas, con muy contadas excepciones, se mueve un engranaje de lo que podríamos llamar parásitos de levita, los cuales han encontrado en el esfuerzo, mejor diríamos explotación material de los jóvenes, una mina de riquísimas e inagotables vetas. Este consorcio de elementos que, durante su vida, no ha sabido hallar una oportunidad en que ejercitarse para producir en beneficio de sí mismos y de los demás, por sus vinculaciones apela a todos los resortes del comercio y las industrias, embarcando en el negocio, a grandes firmas, cuyos renglones de propaganda, se vacían, a veces, íntegramente, al servicio de aquella fenicia organización. Tenemos, entonces, el caso, ya denunciado por un alto animador intelectual, de que el dinero que se ha acumulado por efecto de la utilidad que ha dado el trabajo en el campo, las fábricas y todas las industrias, se sustrae a la parábola de las finanzas nacionales, para locupletar los bolsillos de un núcleo que jamás ha tenido una idea fecunda para mejorar la tierra, acrecentar las industrias o multiplicar las máquinas fabriles. Fácilmente adquirido ese dinero se encamina a la vida sin preocupaciones morales o intelectuales, de los que estimulan la serie, cada vez mayor, de espectáculos donde agoniza el verdadero arte, pisoteado, ya no como hierba que hollaron los caballos de Atila, látigo al fin que enmendó a la decadente generación romana, sino agobiada de taras que conspiran contra la integridad de la raza y los nobles principios del espíritu. Si alguien se aproxima a los capitalistas, engañados por la multitud que han magnetizado los comerciantes del deporte, requiriéndolos para ceder un porcentaje, aunque sea mínimo, de sus beneficios, en aras de la cultura, encuentra puertas y arcos cerradas. La inteligencia no cuenta en los cálculos de esa propaganda. Es una rémora. Pero es que, también, a nombre de la inteligencia, se ha incurrido en tremendos yerros y se ha endiosado, precisamente, a los mismos que hoy viven cómodamente de la fuerza bruta.

Basta hojear un diario de cualquier país y no faltará, en una de sus páginas, la noticia, que es como el pan, alimento cotidiano, informando de transacciones deportivas donde danzan los millones como nunca pudieron conseguirlo los hombres de talento.

Viene a cuento de lo que glosamos, un profesor argentino, el doctor Carlos M. Corti, cuyas palabras, tan valiosas como el oro, se confunden con las nuestras al preguntarse "¿No podría hacer algo el Estado por encaminar hacia actividades y preocupaciones más varoniles y rendidoras, a esa multitud de adolescentes que llena los estadios vociferando como fieras, denotando una ascendencia zoológica muy próxima para poderla desmentir?" Al mismo maestro corresponden luego, estos conceptos afines: "Opio de multitudes: el deporte con fines políticos, el cine inmoral, los programas radiales cada día más soeces, la propaganda comercial llena de procacidades, las revistas que circulan sin medida ni control por las manos de los jóvenes, con novelitas sensibleras, azuzadoras de sentimientos malsanos, y cuyo número ha crecido desproporcionalmente en este último tiempo, no obstante una escasez de papel apropiada para efectuar una severa selección de fines morales y didácticos. Pobre mentalidad, la de una juventud que no recibe otra clase de alimentos. ¡Qué fácil será llevarlos mañana, débiles y enfermos, indecisos y afeminados, hacia un desastre moral que merecieron, pero que sufrirán en todas sus consecuencias!". Y falta agregar ese otro adormecedor de voluntades para el trabajo en las carreras de caballos, las loterías y juegos de envite. Hay tal dosis de verdad en estos pensamientos eslabonados con los nuestros, que nos llevan, por el mismo cauce, a una

frase que ha sido el caballo de batalla, contra los grandes principios morales del mundo, esteotipada, por todos los que, después de Lenin, que la arrojó como veneno universal, la han repetido hasta la saciedad. El anticristo soviético dijo que *la religión era el opio de los pueblos*. Y golpeando en tan peregrina afirmación, lo han sustituido, inclusive, los rusos, por el deporte, que es, en la feliz expresión del maestro argentino, el opio que enerva a los países.

Opio con el que alejan a la multitud de la calle donde pasa la vida pública, en cuyo proceso deben interesarse, tanto como en la propia existencia. Esas multitudes, no saben, como el filósofo lo repetía, que el éxito en la vida pasa lejos de los aplausos del circo. Y a lo que lo debilita, exigiéndole grandes reservas de energía, como espectador o como deportista, entrega, con sacrificio de su propio sustento, sus sueldos y salarios.

Falta dinero para escuelas y colegios, no se le encuentra para hospitales y asilos, se evapora cuando buscan medicinas los pobres enfermos, pero abunda y derróchase el mismo al edificarse suntuosos edificios destinados al fútbol y al atletismo, con capacidad para millones de seres, cómodamente, ubicados, mientras millares de ancianos, hombres y mujeres, de niños, de hombres útiles a la humanidad, no tienen un mal albergue donde guarecerse del calor y del frío, de la lluvia y de la noche. De este engrosar los medios materiales, descuidando los intelectuales, se deviene a un conglomerado de multitudes, muy semejantes, casi en todo, a los que antiguamente fueron carne de esclavitud. Son, con su propia voluntad, esclavos ellos mismos, de esta sed de riqueza fácil que organizan los que, so pretexto de cultura física, sustraen el dinero de los menos favorecidos por la fortuna, los cuales, a su vez, se privan de lo más indispensable a fin de satisfacer su invencible afición.

Ha sido peor el cuadro al rentarse algunos deportes y darle a la juventud, ya no el romántico ideal de la victoria por la victoria, sino de la misma por el dinero. Se le ha profesionalizado encumbrándole sobre todas las profesiones. Ha desaparecido el sentido heroico de la vida porque tampoco se le encuentra en el deporte. Los jugadores ya no son jugadores. Aunque siga el lenguaje deportivo llamándolos de ese modo, se han convertido en guarismos de la oferta y la demanda. Reducido a su mínima expresión el *amateurismo*, los deportistas, se estiman, como cosas susceptibles de la competencia en el mercado. Ahora se habla con una facilidad que pasma de la venta de un futbolista como si se tratara del remate de un caballo de carrera. Reflejo exacto, este caso, de cómo la tabla de valores humanos sigue quebrándose en el más insignificante de los decimales. Y espejo elocuente de la fisonomía moral de la humanidad contemporánea. Antes echarle al rostro a un hombre el término que hoy se utiliza tranquilamente y sin alterar la dignidad de ninguno de los que intervienen, era una afrenta. Actualmente no duele. Tal es el grado de hundimiento. Un futbolista que se vende es, si el castellano no nos traiciona, un vendido. Y arrojarle el término a un hombre de ayer, en cualquier manifestación del deporte era un insulto. Ahora es una ambición que buscan vendedores y vendidos.

Derivando estos extravíos públicos hacia los escenarios, el problema, agudiza los síntomas de la descomposición integral de la humanidad. Al teatro no van los espectadores para recrearse con espectáculos que seren en el espíritu, eleven la mente o seden las pasiones. Acuden en pos de más fuertes excitantes. Como si las tablas estuvieran, solamente, dedicadas a emponzoñar los cinco sentidos. Se improvisan artistas, si como tales puede llamarse, a muchas que pisan el tinglado como podrían andar por la calle del medio, que hacen el mayor escarnio del arte. Sobre todo, en las danzas, se ha desencadenado un frenesí comparable al desbordamiento de las tribus africanas. Mujeres sin cuerpos hermosos, en cuyas líneas se manifiesta la relajación de su vida íntima, como en su mirada y sus gestos, saltan y hacen esguinces, a cual más caprichosos, al son de una música que parece la estridencia de las fábricas o el eco del rumor callejero en las arterias comerciales. De la sublimación del instinto, que se delineaba en la danza clásica o los bailes antiguos, se ha pasado a exaltar el complejo de inferioridad racial, que sólo habla del sexo en su más repugnante e infame comercio. Desde que Josefina Baker, arquetipo infernal de la primera guerra del mundo, adueñóse de los teatros parisinos, todas las mujeres de color, que por el pigmento se imaginaron dotadas de la misma suerte coreográfica de aquella, se dieron a llenar las bambalinas. El estragamiento del gusto por la danza ha dado así un vuelco que enloda el sentimiento estético de los públicos. Se confunde, por ello, ruido con música y danza con movimiento. Cualquier movimiento, los más procaces siempre, son estimados por los empresarios y sus fantechos de carne y hueso, como expresiones del arte de la danza, y tenemos, de esa manera, que andan por doquiera, comparsas de salvajes manifestaciones confundiendo los términos y pudriendo las costumbres.

El mismo teatro en sus parlamentos, se extravía, y a su mal, contribuye, otro de los modernos inventos, la radio, cuyo uso indiscriminado, ha permitido que se improvisen falsos va-

lores en todas las manifestaciones de la vida. Ya sesudos sociólogos vienen estudiando el daño que ambos elementos, aliados, están causando en los Estados Unidos de Norte América. Me refiero a la televisión.

Antes, otras palabras. Las que necesita de nuestra parte el cinema. Un adelanto que, debidamente utilizado, puede hacer más que las universidades y las escuelas, se ha estandarizado, precisamente, en restar eficacia a la cultura del espíritu. Al hacerse hablado, trajo consigo, dos efectos que pesan sobre la multitud deformando sus sentimientos y estancando su alfabetización. La pantalla hablada, no precisa de que el espectador, y los hay por miles en la situación, sepa leer y escribir. Un analfabeto aprende, mediante ese sistema, lo que jamás habría logrado, si continúa ignorando los signos vertebrales del idioma. Pero lo aprende a la manera como sirven los argumentistas y directores del celuloide. Es decir que no le dejan tiempo para la reflexión, porque ya, con la música, la movilidad de los cuadros, y el parlamento, han hecho del espectador un monigote que seguirán explotando siempre. Al aforismo chino de que una imagen vale por mil letras, se le ha hiperbolizado, ahora, que las cintas, hacen de millones de imágenes una sola. Y con estos proyectiles visuales, hieren y matan, día a día, en el hombre, el sentimiento de la personalidad, ya que comienza por identificarse con los héroes y heroínas, del mal llamado séptimo arte. Ejemplo pernicioso que ha contaminado la vida de los hogares del canceroso virus del divorcio. Se ha avezado tanto al espectador a entender a los artistas de la pantalla, como hombres que para serlo, requieren del divorcio a la vuelta de la esquina, que uno de los factores más eficaces para desarticular la familia, es el cinema. Las nuevas generaciones ya no consideran el hogar como una institución. Apenas es un episodio más en la trayectoria de la vida, pero la vida se venga, porque ella, para su conservación, reclama, el sagrado respeto a la permanencia de los mismos seres que forjaron el hogar donde nacieron los hijos. Mediante, es claro, de mutuas concesiones y de sacrificios mutuos. Pero es que ya está protocolizado, en los planes del judaísmo internacional, valerse de esta arma, para desquiciar los hogares, debilitando, en los hijos que ya no los contemplan como firmes células del organismo social, los grandes sentimientos rectores de la civilización occidental, cuya base de sustentación, está en el hogar monógamo. Porque de lo contrario equivale a buscar la seguridad de un edificio, en el cambio, constante de sus cimientos, sin que los pisos superiores se vengán abajo. Y abajo se vienen los pisos superiores, la cultura, el sentimiento de la sociabilidad, la fobia en las relaciones del capital y el trabajo, y el menosprecio de la dignidad humana, si las familias no obedecen las leyes que la misma sabia naturaleza codifica. Es sobre el otro terreno que la semilla del absolutismo es de simple abono. Cuando los hogares y con ellos la sociedad debilitan sus energías morales, por el estímulo de sus instintos subalternos, los dictadores eliminan fácilmente la libertad y la democracia queda reducida a una simple palabra. Eso lo hemos visto a cada rato en América.

Una persona, de alta vinculación americanista, en reciente misiva, nos dice desde Buenos Aires: "¿Por qué avanzan los absolutismos?" Por ignorancia a veces. Otras por falta de dignidad y sobra de ambiciones subalternas. Si a cada tentativa por subyugar, se opusiera la decencia, se tuviese la reacción que provoca el bien entendido amor patrio y actuara el sentido de responsabilidad, el espíritu de *conquista* no podría desarrollarse tan fácilmente. Usted da la voz de alarma contra aquellas avanzadas y su voz ha de alcanzar hondas resonancias. Contribuirá a despertar en las conciencias el deber de oponer la adecuada resistencia a la ofensiva, arteramente emprendida, para transformar a América en un pueblo sometido a las peores formas de la tiranía: la que tiende a quebrar voluntades, a esclavizar el pensamiento, a envilecer el espíritu y, a deformar el carácter".

Ese mismo autor, al glosar algunos pensamientos de nuestro libro anterior, propugna una notable sugerencia. Aboga por que dentro de la organización de todo gobierno americano se constituya un Ministerio de la Paz. "Los pueblos de América —subraya este concepto— se fundaron respondiendo a un proceso de emancipación de todo poder despótico. América debe ser pues, la residencia natural de los hombres libres".

Evidentemente, un portafolio de la Paz, completaría el que, desde hace años, se acepta en todo gobierno, el de la Guerra. Con tanta mayor razón ahora que ese despacho, en la maquinaria administrativa de los Estados, cumpliría una valiosa función. Esa función que insinuamos, en el epígrafe de este capítulo, cuando apuntamos que la paz se gana con la fuerza del espíritu, mientras que la guerra con el espíritu de la fuerza. Dentro de esta repartición cabría ajustar muchos puntos de la convivencia, no sólo de las naciones, sino también del entendimiento humano, educándolo hacia el desarme moral por el que batallaron muchos hombres sinceramente imbuídos de los auténticos principios pacifistas.

Quedan, por desgracia, en nuestros países, muchos que, valiéndose, de los mismos elementos de la democracia, conspiran contra su estructura. Una voz, surgida del ámbito, desde donde hemos copiado la anterior opinión, se desvincula unos kilómetros, de la unidad que debe surgir al contacto de los mismos sentimientos e ideas, porque hase sentido halagada con las viandas del banquete que la dictadura sirve al populacho, no al pueblo, y desde luego trabaja, deliberada o equivocadamente, por la supervivencia de métodos reñidos con las conquistas de la libertad. Caen, pues, en el vértice del materialismo, que los déspotas alientan en todas las manifestaciones de sus estados. Pero no le falta razón, acaso, en una cita oportuna que formula y que recojo porque objetivamente pinta algo de la verdad hemisférica. La que al norte del continente, hay veinte Estados unidos, y al Sur 21 Estados desunidos. Si. Desunidos por lo que, como el aludido, se ponen codo a codo con los que esclavizan la opinión, acallando a la prensa y alejando a los hombres libres.

En dicha órbita caen también los seres que explota el comunismo, cuyo oro, se moviliza armando el tinglado de todas las concupiscencias. En México, el doctor Martín de Lucenay ha escrito una obra que en su tremendo nombre está diciendo lo que ocurre dentro de la gigantesca mazmorra que son las Repúblicas Socialistas Soviéticas: "La Barbarie Sexual en la Rusia Soviética" y allí se hace una vivisección que espanta y cuyos gérmenes, en los pueblos democráticos, se están deslizando como contrabando, en la mercadería de semejantes ideas, con marbetes de arte, de ciencia o de filosofía.

Cruzando estas opiniones, y trayendo el compás a mi patria, encuentro un concepto original* y adecuado a mi concepción de la paz, en la que opina la señora Dora Mayer de Zulen, cuando, me escribe que "La palabra es el poder que deberá sacarnos de la ruta peligrosa. La palabra y no las armas".

Aquella palabra, que es la que siempre hemos esgrimido, es la que recogen quienes como los hombres de trabajo, en las industrias peruanas, saben hallar la sinceridad de mi expresión, cuando hablando de mi último libro —"El Mercurio" de Lima contiene la cita— dicen: "No es una obra que debe ir solamente a enriquecer y honrar un cuarto de estudio, ella está dirigida a los hombres directivos, ella trae consejos y señala peligros, muestra el camino que conduce al éxito, y el abismo al que puede llevarnos la imprevisión, la confianza y la ignorancia del peligro rojo".

Están sobre el tapete del mundo, en su tremenda desnudez, los hechos que, anteladamente, hemos denunciado en los volúmenes sucesivos que hemos publicado alertándolo acerca de los peligros que comportaba la paz después de haber apagado, pero no extinguido, la hoguera que encendieron los dictadores del Eje famoso. Mucho de la obra, arraigada en la niñez, —hoy la adolescencia,— y en la juventud,— hoy la madurez,— de pueblos europeos, ha echado ya brotes que emponzoñan el porvenir de los mismos. A la descomposición que sigue, siempre, a todo conflicto armado, se agrega la circunstancia de que al poco respeto que se tiene por la persona, en su dignidad y en su moral, ha continuado también el poco respeto que inspira la colectividad. Y la doctrina racial del nazismo, vuelve a renacer, yendo contra las fuentes sagradas de la vida. Voces de protesta se hacen oír por doquiera. En la abundante correspondencia que nos mantiene, al día, con los hombres que miran más allá de sus propios horizontes, nos ha llegado una de la digna dama americana, señora Josefa T. de Aguerri, quien a su vez, recibió igual misiva, del profesor Rapagael Lemkin, "creador del vocablo genocidio —como ella apunta— y propulsor de los convenios internacionales tendientes a la aprobación de tratados que conduzcan al exterminio de medidas desastrosas para la Humanidad" requiriendo el interés de personalidades destacadas de América, "radicadas en los países que no han ratificado aún lo concerniente al repudio y exterminio del genocidio" para trabajar porque tenga éxito el apoyo reclamado.

No es sino un episodio, este, contra la guerra que hemos emprendido para señalar, precisamente, en las costumbres relajadas, un genocidio tanto o más grave que el políticamente ejecutado. Veamos, sino, lo que significa el concepto, marginando del libro "Genocidio por el Destierro" que publicara el Consejo Nacional de Hungría en el Exilio: El Genocidio es, a tenor de esa definición, cualesquiera de los siguientes actos:

1.—La matanza de miembros del grupo. 2.—La inflación de grave daño corporal o mental a los miembros del grupo. 3.—La imposición deliberada de condiciones de vida calculadas como para causar la destrucción total o parcial del grupo. 4.—La aplicación de medidas encaminadas a la prevención de nacimientos en el grupo y la transferencia forzosa de niños de un grupo a otro.

El mismo autor entrando en el campo de la política internacional rusa, elaborada desde Moscú, y dentro de los demás países del mundo, pinta así:

"Como el comunismo es internacional y anacional en esencia, y como tiende a reemplazar al concepto de nación por el de "hombre soviético", el genocidio soviético amenaza ahora a muchas naciones. Las que han corrido la suerte que hoy se cierne sobre la nación húngara son numerosas. Han desaparecido totalmente de la faz de la tierra, tártaros musulmanes, chechenes, ingush, kalmucs, karachians, balkarianos y germanos del Volga; están pasando por un proceso de destrucción, de acuerdo con un plan largamente estudiado, latvios, lituanos, estonianos, polacos, cranianos, rumanos, búlgaros, checos, eslovacos, albaneses, armenios y muchos otros".

Y más adelante, otra denuncia, que completa el panorama que aquí estamos dejando esbozado, para mejor fijar nuestras ideas, en esta lucha por la paz universal:

"No es verdad que la opinión pública carezca de importancia para la Unión Soviética y que por lo tanto lo que hagan las Naciones Unidas haya de resultar inútil. Los Soviets están empleando grandes sumas de dinero en su campaña de propaganda comunista, fuera de su territorio y temerán ciertamente que la revelación de su genocidio influya adversamente en otros países. Cuando el comunismo se presente como una organización criminal que destruye familias, raptó niños, tortura y mata de hambre a la gente, la maquinaria propagandista del comunismo sufrirá un revés. Porque los Soviets temen esa denuncia, han tratado de echar a pique la Convención sobre Genocidio, desde 1947, o de diluirla en proyectos tales como un "Código de Delitos contra la Paz y la Seguridad del Mundo", o el Artículo III del proyecto de la Convención sobre Derechos Humanos, en una versión defendida con energía en las Naciones Unidas, en mayo de 1949 por el Embajador Soviético Pavlow, durante la sesión de la Comisión de Derechos Humanos. La Unión Soviética prefiere que la atención del mundo se concentre, en el crimen de genocidio de que está haciendo víctimas a los pueblos sometidos a su dominio y se dirija en cambio hacia cualquier falla que puede haber en el trato dado a la gente en los países libres".

De paso, estas revelaciones, levantan parte de la cortina de hierro para contemplar, en su macabra realidad, la política de los soviets, pero nos sirven, para demostrar que todo lo que, en grande y con disimulados caracteres ejecuta, dentro y fuera de su propia órbita, no es ajeno a lo que, bajo otros aspectos, sigue realizando en las barbas mismas de la democracia.

Un régimen que no ha tenido escrúpulos para eliminar, en su propia casa, a los altos jefes del país comunista, ni fuera de ella, como lo verifica el crimen con que silenciaron a Trostky, organiza con la mayor sangre fría otra clase de eliminación física de los miembros que no le son adeptos. Para eso emplea el oro soviético. A manos llenas. Y en América no es desconocido el origen de esa penetración financiera hábilmente disimulada. Todas las manifestaciones que tiendan a debilitar a los pueblos, se ponen en juego, por los soviéticos. El cuadro de hundimiento moral de los individuos y las sociedades, está comprendido, sin duda, en este frío y deliberado plan.

Si es una verdad como un puño, aquella trivial expresión popular de que "el oro todo lo corrompe", en el caso de los soviéticos, se hace más tangible el aforismo crematístico. El oro ruso todo lo mella. Hasta el acero más recio. De otra manera no se comprende, cómo en grandes países, poderosos, seguros de su libertad y de su magnitud geográfica, pueden haber gusanos rojos que perforan las puertas de los secretos militares y avisan a los enemigos de la democracia, los pasos que ella va dando en su defensa. Es que el oro, como lo he demostrado antes, tiene íntima aleación, con el sucio metal de muchas almas corrompidas en la vida muelle. Hay, por eso, que ir a lo más entrañable de los pueblos, sus nuevas generaciones, para preservar el patrimonio de los próceres, si no queremos que el oro soviético, al deslumbrar a los incautos, cierre los ojos de las naciones ante el peligro común.

Hay oro en las arcas moscovitas para anular la acción del trabajo en los países libres. Grandes servidores del amo ruso, erigidos en líderes del proletariado mundial, se adueñan de situaciones claves, empujan a los soñadores hacia el abismo, del que, una vez, caídos, no podrán ya reaccionar, porque donde quiera que alienten les ha de golpear sino la hoz, el martillo de los símbolos marxistas. A este juego, lo que es más desconcertante, cooperan, desde arriba algunos gobiernos dictatoriales, que no saben o fingen ignorar lo que significa el nuevo peligro totalitario. Al lado de esta idea, tengo, nada menos, que a la mano, una carta, de un alto mentor intelectual peruano, maestro en una de nuestras universidades, que me escribe: "Si los estadistas de este hemisferio apreciaran en toda su magnitud el nuevo peligro totalitario que nos amenaza y estudiaran con seriedad las causas que lo originan, es probable que su conducta fuera distinta y llegaran al convencimiento de que la dictadura roja no se detiene con otra de cualquier color. Usted ha precisado pensamientos ajustados a la realidad de algunos países de América y por eso su libro tiene que alcanzar el éxito que le deseo, por su valor intrínseco y por el que le otorgan las circunstancias actuales del mundo".

Acaso uno de esos gobiernos, que se desatiende de la amenaza bolchevique, y hasta se permite jugar con el fuego de unas relaciones diplomáticas que lindan en lo candoroso, es el de Buenos Aires, aunque en el subtrato, los ciudadanos, no acepten a macha martillo, lo que hace el de arriba, cuando uno de ellos, me manifiesta aludiendo a "La Última Carta de la Democracia", su reconocimiento a la "orientación ya definida en volúmenes anteriores, donde auspicia una unidad y repele en forma dominante, al comunismo, ese fantasma con garras inauditas". "Su obra —subraya el mismo— es el testimonio o el producto sincero de su espíritu de hombre estudioso y leal, que no se sustrae a ningún empuje".

Otra pluma, que es una espada afilada en la misma piedra donde San Martín, puso la suya, adiciona al anterior concepto: "Me he sentido reconfortado por la magnífica defensa que hace de la democracia, y las duras pero justas palabras que dirige contra la dictadura argentina, que está ahogando día a día los últimos indicios de decencia nacional. Su obra representa el pensamiento americano, y como tal, es fruto de la crítica reposada e insobornable, que combate los reductos del totalitarismo bolchevique y de la falsa democracia continental nazi-fascista, acorazada bajo la inocente y reversible denominación justicialista".

Es que la libertad es un bien impagable. Ella es la única que da calor y vida a todo lo que forma el mundo en que actuamos. Privarnos de la libertad es caer en el abismo de las tinieblas. Y el oro ruso lo que procura es coartar esa libertad, haciendo creer que primero, es vivir, aunque sea como esclavos, antes que morir como libres. Estórida paradoja de los rojos. Porque una vez catequizados los pueblos, uno a uno, van segando las vidas de sus miembros. Quienes no sienten ya en su propio solar el aura vivificante de la libertad, lo comprenden en todo su dramatismo. Uno de los valores, entre los muchos que encierra la República Argentina, cabe la vastedad de sus límites, nos confía a propósito de esta digresión:

"Nuestro destino es la libertad y si hay pueblos desdichados que necesitan reconocer que primero es vivir bien y después ser libres, pongamos nosotros nuestro orgullo, siempre, en preferir a la vida la libertad. La libertad es el bien espiritual por excelencia. Por eso es el bien supremo. Somos hijos de la libertad; la hemos consagrado en nuestros himnos; todas nuestras luchas no han sido sino pugna por alcanzar ese bien inapreciable. Los que la hemos perdido no debemos tener sino un ideal: recuperarla!"

Ojalá —aunque todos los síntomas acusan la inminencia del mal— que no sea una tercera guerra, la que en última instancia, resuelva este dilema, entre vivir esclavos en la paz, o libres, en un mundo belicista siempre, y que dentro de los cuatro puntos cardinales de la común unidad de las naciones y la libre determinación de los individuos para escoger su propio destino. "Ojalá —dice también Joao de Mello Franco, hijo del ilustre y recordado internacionalista Afranio de Mello Franco, acusando recibo de mi último libro— podamos todos en este continente oír su mensaje, e inspirados en él, combatir al enemigo, que se avecina, no directamente, usando contra él las armas de destrucción y de muerte, sino mejor, indirectamente, procurando eliminar los males de los cuales se alimenta, como son el hambre, la pobreza, la ignorancia, la injusticia, la esclavitud, etc. El día —agrega— en que arranquemos de raíz todos estos males, los regímenes totalitarios no seguirán encontrando aquí el caldo de cultivo que necesitan para su supervivencia".

Son aquellas armas, no las de la violencia, las que venimos poniendo en todas las manos de buena voluntad, desde hace más de cuarenta años, para que el mundo aprenda, al fin, cuál es su verdadera senda, y el trágico y estéril experimento de la revolución que la primera engendró y la segunda ha fortalecido en desmedro de los mismos que ayudaron al mal aliado a ganarla. Y esas armas, son en primer lugar, la educación de la juventud. Mover el mundo con el resorte de las nuevas generaciones debe ser la esencial, preocupación de dirigentes y gobernantes de la democracia, como lo han hecho y prosiguen haciéndolo, con miras diametralmente opuestas, los dictadores y los líderes del izquierdismo mundial. Nos alienta en este noble propósito la palabra de maestros norteamericanos como la de los bibliotecarios de ese gran país, que han acogido nuestra obra, comunicándonos, por ejemplo, la señorita Iren Barquist de "The Stanford University Libraries", de California, entre otros puntos "Los conceptos por los cuales se ha guiado el hombre están siendo objeto hoy de un re-examen y estamos satisfechos de poder agregar su tesis sobre la Democracia a nuestra colección, para utilidad de los estudiantes y de los miembros de nuestra facultad". Apreciación que se une a la vertebral concepción del nexo que debe estrechar a todos los países de los mares, tal como lo hemos propugnado, desde que enarbolamos el ideal bolivariano, a ese mismo anhelo disparado.

La prensa estadounidense, comentando la obra que con este nuevo tomo proseguimos, acentúa la idea en términos que creemos necesario captar aquí. El señor John W. Scott en meditado

artículo expresa: "Desde hace algunos años, ha habido un creciente grupo de escritores latinoamericanos que, tímidamente, al principio, han ido ganando confianza para expresarse en favor de lo que la mayor parte de ellos llaman una Federación de Estados Americanos. El último de ellos, Rafael Larco Herrera, ha ido más lejos en este aspecto que cualquier otro de sus predecesores, exceptuando, quizás, al ex-Secretario de RR. EE. de México, Ezequiel Padilla". Después de aludir a nuestra doctrina abogando por un sólo gobierno continental, subraya nuestra censura al comunismo por "cada crimen que ha cometido o piensa cometer". Finalmente estima que "Como trabajo de valor histórico y acaso-previsor del futuro "La Última Carta de la Democracia" merece una cuidadosa lectura, considerándole como una posible indicación del pensamiento y esperanzas de un número rápidamente creciente de nuestros amigos latinoamericanos".

Corroboran estos puntos de vista, las manifestaciones de la Acción Libertadora Americana del Sur con Francisco Orrego Restrepo, que se denomina ciudadano del mundo, el cual escribenos: "Sus incansables labores por la fraternidad, por la paz y la unidad americana, emplezan ya a dar frutos y la memoria de su obra perdura en la conciencia de los pueblos con destellos de inmortalidad".

Empero, remachando el pragmatismo que ha inspirado nuestras obras, volvemos a la Argentina, para aprehender los términos, que nos consagra un grande amigo al exteriorizar su opinión sobre la última, tantas veces, cuestionada por unos y otros. "Espero —anota— que servirá de advertencia a muchos gobernantes y a no pocos demócratas desaprensivos, su estudio completo del problema ruso y del soviét, cuyo plan de dominación mundial va cumpliéndose metódica y pacientemente con arreglo a la fría e implacable mentalidad asiática".

Compartiendo algunos principios, otra pluma del mismo país, se equidistancia, de nosotros y de su gobierno, para enfocar el problema interno con un muy personal criterio que respetamos, pero que juzgamos equivocado en parte, por la sencilla razón, de ser demasiado objetivo. No admite que hay en Argentina una quiebra de la democracia, aunque acepta, con reserva, que no es propiamente el régimen actual, la panacea que a ese grande país convenía. Merece, porque son ideas poco difundidas, reproducir uno de sus acápites. Helo aquí: "El rumbo de la vida argentina fué determinado por pequeñas miserias políticas. Cómo quiere usted que el pueblo, que los conoce hasta en sus intenciones más íntimas, pueda hacer caso de los himnos que sobre la democracia cantan hoy en do de pecho los corifeos del Partido Radical y del Partido Socialista? El doctor Lizandro de la Torre, el argentino más notable del presente siglo y el único a quien no le hubiera quedado grande ser presidente de la Argentina, como Alem, terminó en el suicidio. Alem se levantó de un balazo la tapa de los sesos; el doctor Lizandro de la Torre dirigió el proyectil al corazón. Ese día los espíritus agazapados saltaron de alegría, y la democracia argentina lloró lágrimas de fuego, porque se sentía en una soledad desconsoladora. La civilidad argentina, la democracia argentina y los que creemos en el porvenir, velamos armas ante la tumba del doctor Lizandro de la Torre, esperando que amanezca en actitud de lucha, no dormidos ni apocados". Menos mal. Aunque el menosprecio de los partidos, que han sido agarrotados, y hasta disueltos, abona el terreno, como ocurriera en Alemania e Italia, la del Eje, para el acomodamiento de la dictadura, donde sí no hay partidos, hay en cambio, una voluntad onmimoda que es peor que la descomposición de los partidos o su actividad defectuosa. Es la paz de los muertos en el mundo de los vivos. Porque los espíritus se mantienen, como los cadáveres, inmóviles. Corroídos por el gusano áulico que se desliza hasta los últimos rincones de la vida privada de los ciudadanos. No se puede pensar. No se puede sentir. No se puede hablar. Y al que se atreve a decir la verdad, aunque lo haga sin acrimonia, se le considera enemigo del gobierno. Llamar, entonces al día, día y a la noche noche, como llamar al pan, pan y al vino, vino, es conspirar. No. Nosotros no podemos admitir esa situación. Nacimos para la vida activa. La vida en toda su vivencia. La acción, primero. Y cuando esa acción está al servicio de la libertad, no podremos silenciar los crímenes que se cometen contra la dignidad de los individuos y de los pueblos, sea donde quiera que se presente el mal. América es un sólo cuerpo. Más la humanidad, volviendo al concepto bíblico, tiene un sólo origen. Cualquier herida en ese cuerpo, duele a la integridad del mismo. "El mundo es un país. La humanidad un pueblo" —dice una entidad universalista. Afortunadamente, como lo venimos exponiendo aquí mismo, no estamos solos en esta cruzada. Uno de los hombres más capacitados, y cuyo nombre debemos callar porque así lo exige la cobardía de los despotismos, formula, este para nosotros, valioso acicate: "Me place mucho verlo perseverar con tenacidad ejemplar en la lucha por los grandes ideales que dieron libertad al continente americano y que corresponde a sus hijos afirmar y perfeccionar de continuo. Se destaca usted como uno de

los hombres de América que más ha trabajado en este sentido". Nuestro agradecimiento a estas manifestaciones de avanzada, se compensan, en otros términos que hablan el lenguaje elocuente de los hechos que el mundo democrático condena, cuando un exilado argentino nos confiesa: "Permitame felicitarlo por su hermoso y patriótico libro "La Última Carta de la Democracia". Soy un exilado argentino, víctima de Perón que ha estado tres meses en la Penitenciaría, después del levantamiento del General Menéndez, al que se refiere usted en su libro". Pocas palabras que denuncia, ante la faz del universo, algo de lo abundante que está ocurriendo en la tierra de San Martín, otro de cuyos compatriotas confíame epistolariamente: "La situación que padece mi país bajo el régimen totalitario que usted analiza, espero que hallará amplia resonancia en el continente a través de la elocuencia de sus páginas". Se alinean esos acápites con los que proceden de otra carta, redactada también, en el suelo generoso que ha hollado, de nuevo, el caballo de los bárbaros, y que comparten, con nosotros, las ideas anteriormente esbozadas acerca de las causas determinantes del clima que abre las puertas a las dictaduras en todas las colectividades.

"Nuestra debilidad tiene su raigambre en las deficiencias educacionales —apostilla nuestro libro en aquella comunicación y agrega:— Es que no se disciplina ni se forma y conforma al individuo con las realidades del presente. Las juventudes suelen recibir un ligero barniz que las habilita para formar frases pero no para un razonamiento substancial capaz de afirmar un carácter. No hay principios morales firmes, de cuya existencia depende la fuerza activa de la voluntad que hace de un hombre un ser en acción, el cual no puede conformarse con el ejercicio de una libertad limitada, sino que ansía que tal libertad alcance al ejercicio de la totalidad de sus derechos naturales y de todos aquellos que la convivencia social exige para la existencia de una justa igualdad". Su esperanza, por ello, en nuestro empeño, se concreta así: "Su acción tesonera y firme, repitiendo en todos los tonos el grito de alarma a los pueblos de América me hace concebir la esperanza de que ha de ser escuchado".

A lo dicho, se suma, con la jerarquía de su pluma, lo que nos dice, desde Buenos Aires, una ilustre mentalidad, algunos años radicada allí, pero de otro grande país americano. Nos obligan sus palabras de aliento y entre ellas dicen: "Es uno de sus mejores libros y de mayor trascendencia americanista. Es el luchador de siempre, que tanto ha hecho por los ideales de estos pueblos cada día más hundidos en la ausencia de los derechos del hombre y de la libertad. Observe usted ese estado de cosas actualmente: un dictador echado del poder, ha sido elegido; otro echado dos veces del poder acaba de ser electo por voto popular, a los 75 años de edad; y un tercero echado dos veces ha sido elegido; uno cuyo jefe fué colgado de un farol por el pueblo de cierto país, en otro ha sido electo; tirano elegido sin un sólo tiro y es tirano otra vez; y así otros. ¿Cómo explicar esa carencia de ideales en los pueblos de América actualmente? Es pavorosa esa situación".

Con el respeto que nos inspira quien así discurre, debemos insistir en que los orígenes, como lo hemos ya esbozado al principio de este capítulo, saltan a la vista. Se explican por sí solos. Y se explican porque cuantos atisbábamos el mañana, lo veíamos claramente. A nuestras palabras de los últimos años, han sucedido, los hechos correspondientes. De habérsenos escuchado por los responsables, como de haberlo hecho con los demás que como nosotros pensaban igual, al mundo habríasele ahorrado, para usar la célebre expresión de Churchill, *sangre, sudor y lágrimas*.

No es de lamentarse frente al Muro de Jerusalem como los que se dejan caer los brazos, mientras el enemigo, continúa amontonando elementos que le permitan, cuando juzgue llegada su hora, dar el golpe que las democracias van a recibir, en la cabeza, si la cabeza no piensa y acciona las manos de estos pueblos. Lo que ocurre en los países americanos, es lo mismo que primero Bolívar y después San Martín, señalaban, al comprender, ya que ambos libertadores se pusieron de acuerdo, que solamente la unidad en la democracia podía resolver los mil y un problemas de su fuerza única. Hemos señalado muchos de los puntos donde el adversario golpea para debilitar el todo. Uno de ellos, y en nuestro miraje el más importante, es el que se refiere a la mistificación de la democracia que hacen los mismos que, odiándola en su corazón, fingen estar con ella para afuera. Esos son los peores enemigos de la democracia. Bajo su cubierta se oculta el enemigo en potencia que ha de colaborar, a la hora de prueba, con los conquistadores rojos. Es decir, con los de la Rusia Soviética que en las Conferencias de Paz y en las Naciones Unidas, declaran un espíritu pacifista, para anestesiar a las democracias, mientras ellos, adentro hacen lo contrario, y afuera agitan a los demagogos y a los sindicatos. Toca a los militantes del credo político por el que luchó y murió Simón Bolívar, no seguir soñando la democracia. Sino viviéndola. Pero viviéndola con las armas en la mano. Combatiendo porque no pierda terreno, no sólo fuera de nuestros países, sino en nuestros mismos pueblos,

donde los dictadores, disfrazados de demócratas, succionan las fuerzas del pueblo, canalizándolas hacia sus propios intereses, que no son, por cierto, los de la colectividad. La democracia, para decirlo con el lenguaje de la verdad, empieza por uno mismo. Porque es muy cómodo hablar de democracia. Legislar a su nombre. Citarla en los documentos oficiales. Multiplicar su expresión en los discursos. Lo difícil es ponerla en práctica. Muchos de nuestros demócratas, gobernantes, legisladores, catedráticos y periodistas, hablan de democracia, como los estrategas de papel, o los redentores sociales que sobre los planos de batalla o en los discursos y manifiestos, ganan siempre, pero al ir al terreno, donde no hay otros argumentos que las bocas de los cañones, la punta de las bayonetas, o el estallido de las bombas, o desaparecen, cobardemente, o caen víctimas de su propia incompetencia.

Que nosotros hemos avanzado más lejos de todas las líneas Maguñot o Siegrid de la democracia, en su defensa, lo constatan los juicios que como el del Ing. Francisco Huete estampan "Todo americanista debiera estudiarla —alude a nuestra última obra— los verdaderos demócratas que en Nicaragua se hallan fuera de los partidos tradicionalistas, debieran leerla diariamente. Tal obra viene a ser como la Biblia de la Democracia Latinoamericana, y la condenación del comunismo y la reacción". Quizá un tanto en la hipérbole el juicio del escritor nicaraquense, sin embargo, confirma la realidad de nuestros asertos.

Adhesión como la anterior se verifica, también, en el juicio del "Relator" de Cali: "El señor Larco Herrera no batalla solo —dice— intelectuales, profesores, científicos, estadistas, altos jefes de industria, en todos los pueblos por él visitados y en los cuales posee ricas conexiones, lo apoyan en su labor, que no busca ámbito en los egoísmos de frontera, en las aberraciones raciales, sino que persigue cohesionar aún más a la comunidad de las 21 repúblicas latinoamericanas en compacto bloque con las primeras democracias del mundo".

Esta comprensión que bien pudiera explicarse por la vecindad americana, tiene, asimismo, repercusiones lejos de los mares nuestros. Desde Italia, que durante años ha vivido emponzoñada por el fascismo, un hombre de amplio espíritu, me escribe: "Magnífico, por lo tanto, es su libro y sus directivas que deberían ser estudiadas y aplicadas por todos los gobernantes y por todos los hombres de buena voluntad del mundo entero". Incide, pues, esta pluma, en lo que exteriorizan otros elementos de las más diversas latitudes y donde han florecido las más opuestas ideologías. No es acaso que ya se está formando una conciencia universal de la democracia en la paz?

A la pregunta, luego salta la respuesta, ya que no todas las opiniones pueden uniformarse y para nosotros, siempre, del choque de las ideas, ha salido, la luz como la chispa de la fricción del pedernal.

Un periodista cubano, admirable en su fanatismo martiniano, pronuncia su verbo, en vínculo con las ideas arriba cosechadas, al decirme: "Soy —y dígolo para que se me defina— pacifista, pero dadas las circunstancias en que nos hallamos apruebo y propugno la defensa, también por las armas, de los principios universales de dignidad, respeto y progreso que son la razón de ser de la Democracia. Ahora bien ¿no cree usted que bastante caídas están — sigue escribiéndonos José de Jesús Olavarrieta Benítez desde La Habana — al presente las llamadas democracias y hechas cómplices impúdicas de regímenes espúreos para no denunciar y tratar de extirpar ante todo ese cáncer peligrosísimo que las corroe? En nombre de una democracia hipócrita y cobarde que contempla impávida las hambres de sus propios pueblos; que permite los privilegios más irritantes y los desafueros más inhumanos; en nombre de una democracia que sólo se conmueve cuando se siente afectada en los mezquinos intereses de sus clanes odiosos, se engaña y se envía periódicamente a las juventudes del mundo, de nuestra amada América, a las horribles hecatombes de los campos de batalla donde se efectúa una selección a la inversa, pues que el dolor y la muerte consumen la flor del entusiasmo y de las más prometedoras capacidades humanas, ¿tanto que siempre quedan cómodamente bien los "avisados", los que, sinceramente, nada significan para la historia del mundo".

La amargura de las antedichas expresiones no les resta verdad en algunos de sus relieves; y son, como lo hemos apuntado, infecciones que solamente la unidad, pero la unidad en sentimientos e ideas elevados, ha de dominar en el cuerpo de todas las democracias del mundo. Cuando las mayorías sean dueñas de las ideas que hoy solamente rondan los cerebros de los maestros y de los dirigentes de la cultura. Cuando esas ideas se hagan carne de su carne y sangre de su sangre, los pueblos, podrán alcanzar esa plenitud democrática que nuestro noble amigo cubano expone con el grito lacerado de su alma.

Es que, y esa es nuestra fé americanista, la democracia hay que sentirla y trabajarla, como se siente y se trabaja la vida misma. No es cuestión de teorizarla. Ni de humedecer su

expresión con las lágrimas que nunca fueron buenas armas de la victoria. Menos paliativo de la derrota.

Debemos quienes luchamos a brazo partido contra lo que, muchos son molinos de viento, no retroceder ante los que se excusan del combate apoyándose en el manido episodio quijotesco. La ola de excepticismo, arma que ponemos en las manos enemigas, como la ponen los indiferentes con su ausencia, por desgracia, se agiganta, y no deja, a veces, con sobradas razones para ello, de salpicar con la amarga sal de su sabor. Un vigia mental, por todo concepto, eminente, nos hace llegar, con la luz de faro que proyecta su pensamiento, sobre el mar de las pasiones, una advertencia que recogemos pero con el respeto debido a su altura moral e intelectual, no asimilamos íntegramente:

—“Tenga usted cuidado con la marcha algo tempestuosa de nuestra historia contemporánea —nos escribe—. Hay ciertos desengaños que acaecen en la tarde de la vida que suelen ser mucho más dolorosos que en la juventud. El hombre honrado cree que todos lo son, y el de limpias intenciones, no ve las aviesas que a veces se ocultan bajo de las flores. Desde su descubrimiento, nuestra América de habla hispana, ha sido siempre víctima de su ingenuidad. Con ello no quiero apartar a usted del nobilísimo camino emprendido; pero sí llamarle a reflexión y estudio”.

Y a reflexión y estudio, me he sentido llamado. Ninguna empresa, grande o pequeña, en la que pusiera mi voluntad a contribución, ha sido emprendida con impremeditado acionar. Del filosófico entendimiento socrático, el conocerse a sí mismo, he devenido al vencerme a mí mismo, y armado ya de ello, he podido ir por los caminos del mundo, obedeciendo a la consigna de mis ideales, sin que los hombres, con sus pasiones, sus homenajes e ingratitudes, ni los hechos con sus alegrías o dolores, me apartasen de la línea que, como la de Pizarro, tracé en la isla del gallo que todos los hombres de acción conocemos, antes de ir hacia la conquista de nuestro propio imperio. He preservado, así, el corazón de los golpes que a otros les sorprenden. Y no he abatido jamás el penacho de mis pensamientos, aunque soplaran vientos de fronda.

He pasado, en tres cuartos de siglo, cerca de los hombres de las más diversas ideologías y sentimientos. Conozco sus reacciones. No he sido ajeno al drama individual o colectivo de los pueblos. Y por eso mismo estoy capacitado, sin que ello explique exceso de confianza en mi modesto saber, para no llamarme a asombro cuando hiere la mano que hemos protegido ni atemorizarme ante la amenaza del malvado cuya carta marcada no aceptamos en el juego del destino. El que avanza, con la mirada en alto, y el corazón bien puesto, aunque las fuerzas de los hombres y las de la naturaleza se confabulen, permanece enhiesto, para salvar, a esos mismos hombres y aprovechar de esas mismas fuerzas en bien de la humanidad.

Con esta filosofía —que la he aplicado a los problemas emotivos como a los ideológicos— he actuado en política, en el trabajo del campo, en las letras y en las múltiples manifestaciones sociales— y es con aquella filosofía que creo, firmemente, que el mundo ha de llegar, alguna vez, por la acción perseverante de los que no se amilanan, ante las cumbres o los abismos, a la meta donde equilibradas las fuerzas, del bien y del mal, dominen aquellas y se sometan éstas.

Aquella certeza se compensa con la exégesis que de nuestra acción y nuestro ideario, formulan mentalidades, como la del internacionalista y hombre de prensa, don Baldomero Sarín Cano, al alentarnos:

—“Estos países le deben a usted inmensa gratitud por el empeño con que ha estudiado su historia y observado su vida presente para formular nobles consejos y sabias advertencias.”

Aludiendo a nuestro reciente libro: “Esta su obra —dice el mismo— está llena de ideas saludables y de observaciones profundas que admiro de todo corazón. Naturalmente en una exposición tan extensa y tan abundante de pensamiento no puedo decirle que esté yo de acuerdo con todos sus modos de ver, pero sí concuerdo con el pensamiento general de su obra. Los tiempos son tan difíciles y tan oprobiosos, que en muchos casos usted no podría hablar con toda libertad ni expresar todo su pensamiento sobre ciertos aspectos de la vida continental, porque de tal manera habría limitado considerablemente la circulación de su bien intencionado volumen.”

Corroboro esta observación lo que un argentino cuyo nombre silencio, por razones obvias, me escribe: “La soltura, serenidad y sutileza con que usted expone las intrigas políticas de nuestra América, testimonian una admirable valentía, justamente en estos tiempos en que nuestros pueblos están perdidos entre el yunque y el martillo. Es una gran satisfacción para quien como usted lucha por la democracia, escuchar la auténtica voz de

un exponente desinteresado, que rebate las maquinaciones de los opresores de los pueblos". Pero como si todas las cartas —y son innumerables— mantuvieran una línea de continuidad,— desde Puerto Rico, don José de la Torre Muñiz me escribe: "Creo que su obra no tardará en arribar a los resultados que usted tan tesoneramente viene persiguiendo, y creo que con usted llegaremos a la gran meta, todos los que sentimos grandes inquietudes por la grandeza, seguridad y felicidad de nuestro Continente."

Podría, acaso, cuestionarse que son políticos, estadistas o internacionalistas, los que, junto con los hombres de prensa, así piensan, pero, lo que me lleva a la esperanza de la unanimidad universal de los conceptos, es que un sacerdote, religioso de sólida cultura, que tan hondamente ha estudiado la vida de San Pablo, y conoce todos los caminos del mundo, el Padre Fray Justo Pérez de Urbel, me analice opinando: "Ha escrito usted una obra densa y orientadora que pudiera servir de base para los gobernantes que han de dirigir hacia lo futuro a las naciones americanas. Comparto las ideas fundamentales que usted expone en esas nítidas páginas, y ojalá lleguen a tener la expansión y la influencia que merecen".

Se subraya, en algunos juicios, el carácter de vaticinio que algunas ideas nuestras han tenido, y a expresarlo, acuden numerosos valores de las cuatro puntos cardinales. Desde Cuba, por ejemplo, el señor Jorge G. Suárez, me confía: "Tengo un amigo obrero, pero de preparación natural, que me dice que los historiadores no solamente debemos escribir y enseñar sobre el pasado, sino también prever el futuro, para que el mundo se prepare para el mismo y sus cambios." Y desde Uruguay, el arquitecto don Juan Giura: esta nueva producción —alude a mi reciente libro— cuyos páginas respiran valentía, serenidad de criterio y *certera* visión del futuro".

Al retorno de mi último viaje, sobre el cual, me pondré en contacto con los lectores, al avanzar los próximos capítulos de este libro, trazando, simultáneamente, la línea de mis ideas sobre su mismo itinerario, para mejor entender, sobre el fondo geográfico, la actividad de la historia, enriquecí mi acervo experimental con nuevas convicciones acerca de las grandes potencias frente a las incertidumbres internacionales del futuro del mundo. Ello me afirmó en la idea, siempre alentada por mí, de que no se puede hablar ya de la paz o de la guerra, con un criterio solamente nacional o continentalista. La guerra en cualquier lugar del planeta es la guerra, sino con las armas marciales, con las del frío combate especulativo, en todo el resto de la tierra. El pensamiento dominante en el viejo mundo, ha de medirse, con el mismo rasero del que al nuevo hemisferio preocupa. La paz y la guerra han llegado al cenit donde no pueden ser indivisibles del resto. Eso lo sabe el comunismo, y por ello, no cesa, un segundo, en proseguir su adiestramiento para cuando madure la fruta. Un argentino, tocado ya de la sugestión ambiente, después de encomiar nuestros puntos de vista en cuanto al totalitarismo, formula un aparté, en singular apología del comunismo, aunque se declara vacunado de ambos brazos: izquierda y derecha, para confundir, unidad de pueblos sedientos de paz y de justicia, con comunidad marxista. No es propiamente la asociación de pueblos rojos, la que ha de poder, como los intonsos imaginan, establecer la era de paz universal.

Contra el comunismo no hay otro sistema que la democracia. Pero la democracia en su sana estructura. No la que sirve de pretexto para afianzar los viejos castillos del despotismo que emplea los mismos métodos que combate. Ve, ante las multitudes demagógicamente catequizadas, la paja en el ojo ajeno pero no advierte la viga en el propio. Esa democracia, a la que ya, en el mismo Estados Unidos de Norte América, ha atacado el virus pernicioso de su negación en los elementos que cuando pronuncian la palabra, hacen como los niños que toman la amarga medicina, taparse las narices para no olerla. Mariano Aguilar Navarro, en un reciente estudio, formulado antes de la campaña electoral que ha llevado al triunfo al General Eisenhower, apuntaba: "Los Estados Unidos han pasado por ser la forma más acabada de la Democracia moderna. El auscultar sus latidos resulta indispensable para cualquier teórico de las ciencias políticas." Luego de otras disquisiciones, sobre los puntos de vista de quienes juzgan a la democracia norteamericana, cuando a ella no se pertenece, el autor citado, revelando en la interlínea cierta disconformidad, al señalar los aspectos de la cruzada o empresa de liberación que ha asumido la Unión, anota: "Liberalizar al mundo aún condenado por las fuerzas de la opresión. Elevar el nivel social de una humanidad que gime en tremebunda miseria. Universalizar las libertades estipuladas en Filadelfia. Luchar por un mundo libre y alegre. Estos han sido los pronunciamientos americanos. Nadie puede negar el alto valor de los mismos, ni nadie puede desconocer la alucinación que han producido tales invocaciones en las conciencias de una humanidad atribulada. Así se hizo la guerra del 14, así se ha combatido en 1941, y así se preconiza la diplomacia

de la libertad frente a la tiranía bolchevique." Martillando a renglón seguido con una exégesis propia de lo que el autor entiende por libertad, o sea, que es "un sentimiento, un sentido, estilo de vida y configuración mental y temperamental de un hombre", difiere de la concepción norteamericana, para seguir así: "La frase mágica esgrimida en la actualidad es el anticomunismo", y a continuación de subrayar sus anteriores dudas, entra a un punto que forma en la misma línea mental nuestra: "La proyección norteamericana sobre la empresa europea ha sido indiscutible —dice—. Por vínculos políticos, económicos, militares, etc., Europa ha quedado prendida de la vida norteamericana. Cualquier vicisitud que afecta a ese pueblo se propaga inmediatamente sobre nuestro continente. "Sin embargo el aludido no acepta la influencia norteamericana sino a trueque de que lo europeo influya espiritualmente en lo norteamericano, y acierta cuando aludiendo a la marcha comunista en el mundo, desenmascara a los que bajo la etiqueta del odio contra el capitalismo, hacen el juego, precisamente al comunismo. Enumera las razones de esta guisa: "El partido comunista alemán combatió a la social-democracia y al centro católico en lugar de oponerse abiertamente a Hitler. El comunismo filandés se opone a gobiernos socialistas y asiente a la dirección de los agrarios. Los grupos comunistas hispanoamericanos luchan contra los socialistas y saludan como general del Pueblo a Ibáñez y difunden el justicialismo de Perón. Casualidades, dirán muchos, pero los que así dicen no saben que en el comunismo todo es matemático; por serlo, lo es hasta el error."

Participo, más bien, con el concepto que extrae de sus estudios, el autor europeo mencionado, al fijar que Montesquiéu, cuyo Espíritu de las Leyes, cité en mi anterior libro para abroquelar similares conceptos, es el auténtico inspirador de la Democracia, y no Rousseau, que estima Aguilar Navarro, como "uno de sus primeros perturbadores. Todo ello le sugiere lo que yo mismo he podido observar sobre el escenario de algunos pueblos democráticos, al menos, en la propaganda electoral:

"Encuentro en muchas Democracias —escribe aquél— evidentes manifestaciones de egoísmo. Y es que creo registrar en ellas una notoria falta de virtudes. Esa envidia no es otra cosa que la ausencia de virtudes. La Democracia está enferma de incivismo. Porque los demócratas no sienten lo que significa la ciudadanía; porque las Democracias no comprenden que la civilidad es un valor universal que hay que realizar en verticalidad y horizontalidad, es por lo que asistimos al triste espectáculo de nuestros días."

Pero esta posición del citado anteriormente se quiebra, aludiendo a su reserva para con Estados Unidos en su forma actual forma democrática, aunque el fenómeno se produce, nada menos, que valiéndose de sus mismos pensamientos acerca de los disimulados gobiernos comunistas. No somos nosotros. Es un diario colombiano "Relator" de Cali que analizando el "Romance Argentino-Soviético", comentaba la ya, ahora, realizada entrevista presidencial en la América del Sur" el nuevo Gobierno de Chile, presidido por el general Carlos Ibáñez del Campo, también hace requiebros y sonríe ante su vecino de la Argentina. Ahora se anuncia una entrevista de los dos presidentes meridionales —argentino y chileno— que no tendrá finalidad distintas que la de establecer zonas de influencia antipanamericana y facilitar así los intentos de infiltración soviética en la América Latina, con lo que el coronel Perón, y seguramente su vecino señor Ibáñez del Campo, estiman debilitar la posición de los Estados Unidos en el Continente y acrecer especialmente la de la patria de Mitre." Y más abajo esta significativa expresión final: "Sería descuido, cuando menos, no advertir, con mediano sentido realista, los amores en marcha entre Buenos Aires y Moscú".

Son todos aquellos puntos síntomas que no admiten duda sobre la descomposición de las fuerzas democráticas, afán a todo trance perseguido por los agitadores marxistas a órdenes del oso rojo. Para nosotros, como hemos demostrado reiteradas veces, no es nuevo el sistema. Lo hemos denunciado, ante la faz del mundo, desde muchos años. Y un periodista ecuatoriano, sereno y equilibrado, nos confirma en el aserto, cuando aludiendo, a nuestro último libro, expresa: "porque usted golpea certeramente en la conciencia de nuestros pueblos para mostrarles los peligros que los cercan y para que decididamente se ubiquen dentro del sistema político más acorde con la dignidad humana y con la función civilizadora que nuestros países deben cumplir como herederos de una tradición espiritual que los enaltece. Su llamada a la unificación de América y a la revisión de pasadas equivocaciones registradas en el Continente, no sólo es benéfica sino oportuna, porque es evidente que existe una confabulación de fuerzas disgregadoras de la unidad americana. Y si no se escucha ahora voz tan autorizada como la suya y la de tantos otros voceros del pensamiento occidental empeñados en cohesionar el espíritu de nuestras naciones, quizá sea tarde cuando se quiera detener el mal".

Mi llamado a la unidad continental, no se apoya únicamente en las bases políticas sino sociales, o sea uno de los vertebrados principios de esa armonía: la comprensión del capital y del trabajo. El señor Goodwin, desde Estados Unidos de Norte América, lo aprueba: "Estoy de acuerdo con su solución de la pugna entre el Comunismo y el Capitalismo, esto es: estrechando los lazos entre los países del Hemisferio Occidental. La idea de usted es tan lógica, que parece casi increíble que los poderes del gobierno no sigan semejante política".

Un periodista desde el diario "Sirio Libanés" de Argentina acuerda su pensamiento con el nuestro acerca de la necesidad de vitalizar la democracia, al escribir que "Bien ha hecho de escribir este libro el escritor peruano que comentamos. Como señala el subtítulo del libro, ésta América está en la encrucijada roja. Y lo está no sólo por obra de los comunistas y de los comunizantes. Lo está porque la democracia en América es más una palabra que una doctrina." Y porque no se oye el rumor de las olas que avanzan, muchas como los ríos subterráneos, para aflorar en volcánicas manifestaciones. Antes de ahora hemos señalado grandes yerros. El tiempo, maestro infalible, nos ha dado la razón. Otro hombre de prensa, el subdirector de la revista colombiana "Hacia la Luz", don Eduardo Villarreal, nos daba grata resonancia al decirnos: "Se anota Ud. un triunfo de extraordinario valor al contemplar con visión clara y serena muchos sucesos de los que, posteriormente a la publicación de su libro, han acaecido y especialmente en lo que toca al pueblo de los Estados Unidos, al que juzga Ud. al igual que a los otros de América, con notable exactitud y acierto."

Nuestras palabras, como en el bíblico texto, no han pasado desde que las pronunciamos. Siguen en pie. En su esencia vital radica, para quienes escribimos, desde hace medio siglo, al servicio de esta cruzada, su único valor. Quiere, en todo, decir que no teorizamos. Que como la sombra al cuerpo, los hechos a nuestras ideas, siguen por doquiera. Algo más todavía. Los hechos ahondan aún más la verdad de nuestras aserciones. Un uruguayo eminente, juriconsulto, el doctor Eduardo J. Couture, nos lo confirma: "Los hechos se han agravado mucho desde que usted escribiera sus páginas. En este momento el Gobierno argentino ha roto virtualmente los más importantes contactos con nuestro país. Mediante un sistema de certificados le impide a los uruguayos ir a la Argentina y a los argentinos venir a Montevideo. Los barcos que hacían su viaje diario, salen ahora dos veces por semana. Cuando muere alguien aquí o allá, sus familiares tienen que presenciar impasibles las negativas de autorización para concurrir a enterrarlo. Son ya docenas de casos en que esta situación se ha producido. No sabemos bien hasta dónde se propondrá el gobierno de Perón llevar adelante este estado de cosas. Pero hay algo que desde ahora ya se ve claro y es que el día que las aguas vuelvan a su cauce, la resistencia del Uruguay a dejarse avasallar por el gobierno militar argentino, quedará como una instancia de honor en la trayectoria histórica de este país."

No va, en efecto, Perón, como diríamos, comparando panoramas extremos, muy lejos. Su parecido físico y político con el comunismo es tan objetivo, que por él, quisiera, como lo hizo Stalin, tender una cortina de hierro, hacia la cual, trata, en vano, de alcanzar, mediante agrupamientos regionales americanos. No conviene a su régimen la crítica. Si no la ha aceptado, elevada y serena, dentro de sus límites, hasta acallar, demagógicamente, a "La Prensa" y hostilizar a los demás diarios, menos va a satisfacerle que, desde afuera, se enfoque la luz de la verdad sobre el siniestro cuadro de un país digno de mejor suerte. El quisiera que se acercaran los pueblos de América, no como lo puso en práctica San Martín y lo apoyara Bolívar, para defender la común libertad, sino para una hegemonía de pueblos, al estilo marxista. Sometidos todos a la voluntad de quien está resultando una segunda edición de Rozas. Dando la espalda a las democracias y el pecho con la mirada hacia Moscú, donde están los sistemáticos enemigos de los más elementales derechos humanos.

Porque no es posible que siga prosperando aquella filosofía de las tinieblas, hay que forjar, si es posible con el sacrificio de la vida misma, la espada de la libertad que se tiembla en la fragua del espíritu. El acercamiento espiritual de los pueblos ha de permitir la mejor coalición contra los que, aprovechándose de los instrumentos del gobierno, conspiran contra la independencia de los mismos. Uno de los líderes argentinos, más grandes, nos da la razón, al comunicarnos "Su obra magnífica en favor del acercamiento espiritual de los pueblos de Ibero-América le hacen acreedor al respeto de todos nuestros pueblos". En nombre, pues, de este reconocimiento que me abruma, quiero explicar con este capítulo de introducción, la causa de este nuevo libro, que me obliga a escribir un imperativo de mi conciencia democrática y la voz de los auténticos personeros de la mentalidad de América, contenida en sus expresivas comunicaciones. Aspiran, por ello, estas páginas, a ser la clarinada que convoque todas las fuerzas espirituales del nuevo mundo para garantizar la paz de los hombres libres de la tierra.

CAPITULO I

Viajar es vivir.

R. L. H.

Concreta el epígrafe nuestro pensamiento de toda la vida. Aunque no geográficamente, el hombre, siempre que pueda, salir de sí mismo, para ponerse en contacto con los sentimientos e ideas de los demás. Vivir, únicamente, para adentro, en una frecuente introversión, es semejarse a los sepulcros. Y si a ese deambular fuera de las fronteras de la persona se suma la física andanza por los caminos del mundo, entonces el conocimiento de la realidad, adquiere todas sus dimensiones.

Al sólo contacto de la palabra, el oído y la vista, transmiten al pensamiento su maravilloso significado. El pensamiento es, precisamente, uno de los más grandes viajeros. Gracias a su audacia el hombre ha descubierto horizontes lejos de la tierra misma. Con auxilio de la imaginación, muchos escritores, se aventuraron por regiones que, en su época, sin duda, parecieron simples fantasías, pero que ahora, son realidades que no ignoran ni los niños de la escuela. Grandes filósofos, notables sociólogos, eminentes científicos, geniales artistas, con el pensamiento y lo resortes de la sensibilidad, traspusieron las fronteras de su tiempo, y remontándose al futuro, nos anticiparon las conquistas que están haciendo al hombre dueño y señor del mundo y de los elementos que, a los comienzos del planeta, lo aterrorizaron y diéronle la impresión de que nunca habrían de ser domeñados. El viaje del pensamiento, nos trajo, a la tierra, el mensaje de la electricidad, que años después, dieron al progreso insospechadas dimensiones. Los más grandes problemas del cálculo, que entra en casi todas las ciencias exactas, encontraron solución en el viaje del pensamiento de los matemáticos para quienes los elementos pitagóricos, fueron la primera ventana abierta sobre la inmensidad, no sólo de la abstracción, sino también del universo, cuyos áureos números, permitieron al viejo filósofo, captar la música de las esferas. Desde la simple ambición del primer hombre que, mediante un tronco perforado, descubre los secretos iniciales de la comunicación a distancia, hasta el asombroso mecanismo de la actual televisión, fué el pensamiento el que posibilitó la hermosa realidad.

Andariego sin fin, el pensamiento, se atreve por el ángulo de los cristales a observar siempre más lejos, hasta que, descubre la pequeñez de nuestra constelación y se asoma a la visión de las galaxias, donde ese mismo pensamiento, sobrecogido, no acierta a explicarse, con la agrimensura de nuestra mentalidad, lo que es el infinito.

Entonces, ese pensamiento, nos convence de que el hombre de estudio, el curioso que ama la vida en toda su fuerza creadora, tiene en perspectiva tanto que hacer y descubrir, que, verdaderamente, no queda tiempo, para disilusionarse, no digo, del mundo que espiritualmente nos rodea, ni siquiera de la tierra física, cuyo interior, en los mares y las entrañas de la misma, esconde todavía sorprendentes motivos.

Volviéndose, así mismo, el pensamiento se encuentra con un universo en pequeño, frente a la que, Alexis Carrel, llamó la incógnita del hombre. Uno de sus órganos, el que Goethe designara como el más maravilloso de nuestra anatomía, el de la vista, encierra una compleja red de cortezas, venas, nervios y músculos, ante cuyo conocimiento se han escrito volúmenes de volúmenes. No puede afirmarse menos del corazón, en cuya entraña el mundo ha simbolizado los sentimientos, y a imitar el cual, se consagrara aquél sabio junto con Charles Lindbergh, al forjar uno artificial, que permitiera a los médicos explorar en los abismos de la muerte, prolongando el aliento vital, de los cuerpos donde el propio hubiera cesado ya de latir.

Gracias demos a las andanzas del pensamiento que ha mantenido, siempre, activos a los hombres, inquietándolos hacia las conquistas del progreso que sólo debiera llamarse tal cuando sea sinónimo de felicidad humana. Por desgracia, lo que el viaje del pensamiento ha logrado, no ha servido, en algunos casos, sino de elemento al servicio de la explotación despiadada del hombre por el hombre, o el sometimiento sin humanidad de los pueblos a la espada de los bárbaros, o la omnímoda voluntad de los déspotas que, en estos apocalípticos días, se multiplican como las plagas egipcias.

Uno de los más acelerados descubrimientos en los que pensaron grandes como Leonardo da Vinci, el remontarse, material, del hombre al espacio, se ha convertido en actividad de todos los días. Lo que era imposible como el descubrimiento del nuevo mundo

por Cristóbal Colón, que estuvo en su pensamiento y en el de los frailes de la Rábida y los Reyes Católicos, es hoy moneda corriente en las nociones elementales. Y es aquél invento el que más se acerca en su audacia al pensamiento. Al pensamiento que hoy se vale de ese mismo medio para verificar lo que antaño habríale sido poco menos que imposible.

Todas las manifestaciones de la vida han sufrido una seria metamorfosis al conjuro de la aviación que cuenta, en sus filas, máquinas capaces de superar la velocidad del sonido.

Sin embargo todos los avances que marcan el ritmo de la evolución de la inteligencia no se justificarían si ellos no estuvieran, sobre todo, al servicio de las nobles causas de la humanidad. Los viajes más acelerados han jugado, en las etapas que estamos viviendo, un rol decisivo. En la capacidad de viajar ha descansado mucha parte de la estrategia moderna y los primeros éxitos de los conquistadores fascistas debieron, en buena parte, a esa facultad, por ellos desarrollada hasta sus más avanzadas posibilidades. Al golpe recio y marcial de sus tropas, el mundo pareció, minimizarse. Del paso por Aníbal de los Alpes o la marcha forzada de Napoleón por las estepas rusas, había una distancia astronómica, a las *blitzkriegs* de Hitler y Mussolini, que en días se pusieron a las puertas de países separados por el mismo mar, como Inglaterra. En cambio, el pensamiento de esos tiranos, no viajó como el de las democracias, y cayeron víctimas de sus mismas ideas. Es que ambicionaron poner las asombrosas conquistas de la materia al servicio de ideas primitivas y salvajes. No supieron medir las distancias que separan el cuerpo del alma. Y se olvidaron de aquél axioma del primer Bonaparte, que ya alguna vez cité, el cual haciendo hablar a los sentidos ponía en la voz de las manos, la interrogación, de por qué los ojos llegaban, más allá de aquellas. Y en los ojos la inquisición al pensamiento de por qué el pensamiento alcanzaba a donde la visión no podía captar. Si su pensamiento hubiera viajado a donde siempre llega la filosofía de la historia, entonces, Hitler y Mussolini, no habrían tropezado en sus propios obstáculos.

Habrían sabido aquellos rectificarse o entender que la fuerza por sí sola no es sino una energía que, como los monstruos creados por el hombre, se vuelven contra el mismo. Porque esa su fuerza, no son otra cosa, que imágenes suyas. Tienen, por ley natural, que volver a su origen.

Cambiando la decoración, vemos otras escenas, que dan a los viajes su trascendental sentido. Así es cuando se trata, por ejemplo, de la Cita del Atlántico, donde a bordo de un navío de guerra, se ven por primera vez Roosevelt y Churchill, y de cuya entrevista salen decisiones que cambian el curso de la historia universal. Desde ese momento, las conferencias, para llevar a cabo las cuales, requiérese salvar grandes distancias, otorgan a los viajes, el sentido que nosotros estamos analizando. Aunque, y los sucesos posteriores nos dan la razón, hay excepciones. Las conferencias, como la de Yalta, para no mencionar sino la que acumuló serias equivocaciones, en la buena fé rooseveltiana, llevaron a la mesa de las deliberaciones, efectuadas al cabo de grandes viajes por mar, aire y tierra, una presencia ingrata ahora y entonces ocasionalmente aceptable. La de Stalin. El amo de todas las rusias. Reservado y astuto, se guardaba para su coleteo, lo que podría capitalizar a favor del comunismo. El se alineó con los aliados, como antes habíalo hecho, con los nazi-fascistas. Unos y otros, en su taimado pensamiento, le servían siempre para sus protervos fines.

Una demostración palmaria de que su eslavo pensamiento actuaba egoístamente, se ha puesto de relieve, cuando la paz comenzó, sobre las ruinas e invasiones. Rusia, como en los mismos días de la guerra, cerró sus puertas. Avanzó sobre territorios ajenos, sojuzgándolos, y tendió la famosa Cortina de Hierro. Es decir cerró todas las estaciones a los viajeros del mundo. No le conviene a la Unión Soviética, la presencia de los que vienen de lejanos países. Y menos de los pueblos libres. Sabe que el viajero es un testigo de excepción. Que lo es más cuando ese viajero avanza convencido de los principios de la libertad. En los viajes de los extraños al país, contempla, Rusia de los Soviets, la luz que puede descubrir el dolor de un pueblo que soñó con la felicidad sobre la tierra y ahora no es dueño ni de su propio pensamiento.

El viaje del pensamiento en las letras de molde, es otro enemigo de las dictaduras, y por eso, los libros, los diarios y las revistas, no pueden tener irrestricto acceso a las fuentes de información, porque entonces, los enemigos de la libertad, se verían descubiertos con las manos en la masa. Díganlo sino los procedimientos brutales de gobiernos que, en nuestro mismo hemisferio, han cerrado imprentas, acaliado diarios, desplazado pensadores, en su pesadilla de ver censores de sus actos por donde surja la palabra que viaja de uno a otro confín del mundo.

Cierran puertas y ventanas, corren cortinas, y ponen chapas en todas las fronteras, los regímenes que se sienten, lastimados en su absolutismo, porque no les conviene el escritor que piensa por cuenta propia, sino el que se amolda a sus propósitos. Una pluma, alimentada en los ideales de la libertad, porque en su patria nació uno de los más grandes capitanes de esa causa, la Argentina, nos decía con admirable amor propio:

—“Para los que ya hemos alcanzado a vivir medio siglo, experimentamos la angustia de cada día, la angustia de algo que se viene derrumbando política y socialmente. Indudablemente que el mundo marcha hacia una bancarrota de los verdaderos valores morales, donde casi siempre sucumben la mayoría de sus hombres. Hace pocos días se ha terminado de hacerme una propuesta, al precio de mi libertad de pensar, no obstante ser un modesto artesano de la pluma; al igual que tantos otros argentinos les he contestado que no.”

Duele constatar que por unos pocos escritores, de vertical conciencia democrática, proliferan los que mercan su pensamiento a trueque del oro que, como ya lo dijimos alguna vez, afluye de las minas soviéticas. Su venta al mejor postor se explica, porque son hombres de taras, que les restan valor moral para enfrentarse a la mendicidad con las verdades incontrovertibles de los hechos y del propio ejemplo. No son conciencias literarias dignas del respeto de sus contemporáneos y menos, por cierto, del futuro. El escritor para serlo de verdad, ha de seguir líneas, como las que en breves conceptos explica Mauricio G. Obelar de quien leímos alguna vez esto:

“El escritor es un censor público que constantemente vigila la buena marcha de la sociedad con ojos de zahorí y con verdadera altura de pensamiento. Pero el escritor para tener esa autoridad moral debe vivir en casa de cristal y mostrar una vida decente y honrada a carta cabal tanto en lo público como en lo privado, pues al escritor como al periodista les está vedado hacer muchas cosas de las que practican los demás hombres. Y precisamente una de las virtudes esenciales del hombre que ejerce el noble apostolado de la pluma es carecer de vicios y poder mostrarse al mundo con una pureza extraordinaria de maestro del pueblo. Todo aquél que lleva un vicio encima no tiene moral para dirigirse a las masas y carece de ética para orientar a la Humanidad.”

Víctor Hugo, que sufrió los tormentos de una azarosa vida política, y cuya pluma supo pintar, con dramáticos rasgos, momentos culminantes de la historia de su tiempo, insinuaba que nunca una tumba debía cerrarse, sin que antes, el hombre dijera su palabra sobre los restos del inhumado. Era el imperativo del juicio personal que aconsejaba el autor del “Año Terrible”. Nosotros, recogiendo su pensamiento, creemos que ante la muerte de la libertad, que está siendo asesinada en todas sus expresiones, no debemos tampoco callarnos. Y estamos en la obligación no sólo ante nuestros contemporáneos, sino para con las generaciones de mañana, de exteriorizar el pensamiento que nos obsede y que nace de lo profundo de nuestro espíritu — árbol sacudido por el vendaval de las pasiones de los demás — al contemplar cómo se escarnecen los principios que fueron la razón de vivir de los pueblos dignos y ejemplo para el sacrificio de los grandes conductores de la humanidad.

Esta angustia, que tiene poderosos resortes de voluntad en nuestro ánimo, nos invitó, de nuevo, a recorrer el mundo, para acercarnos a los hombres responsables de la hora actual, y con su comprensión o su respuestas a nuestra inquietud, formular estas páginas que estamos trazando cuando en muchos países de la tierra se advierten agitados cambios.

Viajar es nuestro signo. Viajar como es la vida. Y viajar cuando se busca la verdad de la historia, es una misión, que comporta peligros y acarrea desilusiones. Pero nosotros, siempre, hemos estado armados para estos largos principios que, en el mecanismo de velocidad, superan a los del comienzo de siglo, agregando una emoción que fascina a las empresas que de ello se valgan. En nuestros carnets de viaje, tenemos ya anotados, más de tres mil horas de cruceros aéreos, sin contar los anteriores medios de locomoción, como el ferrocarril, el vapor y el automóvil. Alguien sostenía, no sabemos si por desconcertar como novelista, que el hombre piensa a compás de los medios de movilidad. Quiere decir, en suma, que una idea varía en su concepción, o sea que no es lo mismo cerebrarla mientras se está en absoluto quietismo, como cuando se atravesase enormes extensiones, al perforar los aires las hélices del avión, o se devora las distancias, sobre un carro de velocidad deportiva. Lo cierto es — y nosotros lo hemos comprendido en plenitud de experiencia — que el medio de transporte y el tiempo simplificado determinan, indudablemente, modificaciones, a veces, sustanciales, en la noción del mundo y el conocimiento de los hombres y sus acciones. Y que, en la época

que vivimos, no cabe el ritmo lento de ayer, porque el mundo marcha en vertiginosa carrera, precisamente, contra el tiempo que tantos y tan crueles sorpresas ha dado a los pueblos que se durmieron sobre sus laureles o confiaron, perezosamente, en la quietud de su fuerza.

Hoy más que nunca constituye un imperativo el viajar, sobre todo, en quienes, como nosotros, debemos acercarnos a los latidos del mundo que no sabemos si agoniza corrido por una secreta enfermedad, que más afecta al espíritu, o está gestando un renacimiento de sus fuerzas eternas.

El guerrero, en su estrategia, sabe que no puede emprender una campaña sin antes medir la capacidad del adversario, ni se aventura al combate, en tanto no haya explorado las posibilidades del triunfo. El pensador también, es como el marcial conductor de las tropas, un hombre que estudia el campo de batalla. Ningún medio para mejor dominarlo, que conocerlo de visu y conocer a quienes van a chocar con las armas de su pensamiento.

He allí expuesta la razón de mis viajes. Ellos me han permitido elaborar una profunda filosofía de la historia contemporánea. Buscar a los hombres en su propio medio y en el ajeno es uno de los factores primordiales para formarse un concepto universalista del panorama del mundo.

Y la grave situación en que se debate ese mundo, dividido en dos bandos, ya perfectamente definidos, hacer temer, con fundamento, una guerra sin precedentes, teniendo en cuenta las armas, casi suicidas, con que cuentan hoy los dos enemigos.

En uno de mis viajes anteriores, desde 1943, al pasar por Méjico, hablaba ya quien estas impresiones escribe, de la III Guerra. Lo hice a uno de los cronistas que, en una conferencia de prensa, me rodeaban allí. Uno de ellos, entonces inquirió:

—Cómo usted habla de la Tercera Guerra cuando no ha terminado la Segunda?

Y le repliqué:

—Es muy simple preverlo. Hoy se han aliado fuerzas militares del comunismo y fuerzas militares del capitalismo, es decir de la autocracia y de la democracia. Ese vínculo ocasional obedece a un sólo fin. Que no tiene, por el momento, otro horizonte: ganar la guerra. Pero cuando la guerra termine, los intereses ocultos y las ideas habrán separado a estos elementos, generándose, probablemente, un choque.

Los hechos, a manos llenas, me han dado la razón. Ese choque se encuentra en plena fricción. La llamada guerra fría que tiene chispazos de fuego y de sangre, en Corea.

El mundo está convulsionado por ideales religiosos, políticos, raciales, ambiciones económicas y hegemonía universal. Las colonias de despiertan en anhelos de autonomía apoyadas en los principios que, durante la contienda, proclamara el Presidente Roosevelt, es decir, por libre determinación.

Son tan graves, en mi concepto, estos acontecimientos, que sólo pueden solucionar por un acuerdo internacional, designándose previamente un Comité de Arbitraje. Salvo que alguien eche sobre el tapete del mundo, una nueva idea salvadora de la situación compleja que han urdido las dos guerras y la revolución rusa.

Respecto de lo que ocurre en América ya he dicho mi palabra. Mis libros anteriores y ensayos recientes pintan el cuadro con todos sus colores y matices. Unicamente tengo que agregar un tinte más oscuro a lo que ayer esboqué. Cada vez se va acentuando la confusión a cuya penumbra el espionaje rojo avanza y penetra en todos los sectores sociales y principalmente, busca, las fuentes de gobierno, donde horadar para el dinamitazo ideológico.

Conocida la verdad de casa, como los americanistas consideramos, a este hemisferio, cabe, ahora, dar un vistazo a Europa. Tal como nosotros lo hemos cumplido en el viaje que acabamos de culminar. Creo, por eso mismo, que puede ser útil, para quienes están en la aptitud de trabajar por la paz del mundo, decir mi palabra sincera, empapada en la objetividad de cuanto he captado, al raudo paso del avión, en Europa, el Cercano Oriente y Grecia.

Mi primera impresión, revestida de temor ante el porvenir es, sin duda, la de que si no se fortalece el espíritu de resistencia y de combate, cuando suene la hora del sacrificio, los países de las democráticas latitudes, serán barridos por huracanado viento ruso, que con un simple úkase puede movilizar todas sus armas. La unidad de su organización le permite llevar a la acción, de inmediato, todas sus divisiones militares y poner en actividad, cuanto recurso tiene para asegurar el éxito de las operaciones bélicas, mientras que los pueblos democráticos, deberán, antes resolver una serie de consultas internas e internacionales, para coordinar su trabajo marcial.

Sintiendo en mi conciencia de hombre nacido en un país libre, miembro de un hemisferio libre, y afiliado, siempre, a los ideales que dieron pragmático valor a la filosofía bolivariana, resolví este nuevo viaje, tanto más urgente cuanto mayor es la inquietud que, día a día, se

apodera de las naciones en la tenaz pugna de los dos sistemas políticos que se disputan el dominio universal.

Y COMENZAMOS . . .

Tener el pensamiento flechado hacia un grande ideal no resta ánimos para recoger los detalles que todo viaje ofrece al hombre cuyo espíritu vive, entonces, en noble aventura con lo desconocido del tiempo, ya que, anteriores andanzas, me relevaban de ignorar, objetivamente, los sitios que iba a visitar, ahora, por múltiple reiteración. Mi reciente itinerario señalaba, como primera etapa, los Estados Unidos de Norte América.

Sueño de muchos jóvenes y meca de los que buscan la riqueza material, el gigantesco país de la Unión, ofrece, cualquiera sea el tiempo en que se le visite, novedades que surge del espíritu de trabajo que caracteriza a esa raza, abierta en su capacidad de iniciativa, a todos los hombres libres, cuyo talento y cuyo genio, puedan acrecentar el volumen del progreso mundial.

Cada vez que aludimos a los Estados Unidos de Norte América, nosotros que le hemos visitado en muchas ocasiones, y bajo diversos factores de influencia en su actividad colectiva y privada, hemos recogido una lección. Es que se trata de un pueblo, rico en vitalidad, pero por lo mismo, susceptible, de foráneas sugerencias que hacen allí verano porque encuentran campo sensible a la simpatía que nace del cuerpo sano y del alma sana. De otros países latinos, hemos escuchado, con reiterada porfía, el concepto de que la Unión es un pueblo niño. Cuya mentalidad, si el mundo fuera una escuela, acusaría un test de doce a catorce años. Para afirmarlo se basan en los sucesos, asaz pintorescos, que algunas localidades han protagonizado, como el de aquél famoso pánico infundado que sobrecogió a los que escuchando una radioteatralización de "La Guerra de los Mundos" de Heribert Welles, el vidente de nuestra era actual, se echaron a las calles, aterrorizados, porque en la voz del locutor, vieron con su infantil imaginación, la invasión de Estados Unidos, por los marcianos.

Para nuestra observación, esa niñez nacional de los Estados Unidos de Norte América, acusa un mérito que abre innumerables posibilidades a la realización de grandes empresas. El alma fresca. La mente nueva. El cuerpo vigoroso. Son dimensiones de la acción que permiten un progreso ilimitado, cuando se les sabe coordinar, como evidentemente, se coordinan en las diferentes actividades norteamericanas, los esfuerzos de la colectividad y del individuo. Nos acercan a la misma filosofía del cristianismo, en aquel episodio de Jesús que advierte la necesidad de volverse como niños para llegar a la más alta aspiración de la felicidad eterna. Y nos pone en el plano que sugería a un viejo historiador el estudio de la civilización griega. Era, para él, un juego de niños. Y qué juego! De esa armonía heredó el mundo el sentido de la línea en la escultura, del color en la pintura, del ritmo en la música, del equilibrio en la política, y del heroísmo en la guerra, así como las normas del orden que son las normas de la moralidad universal.

Este mirar a ese gran pueblo rector de la humanidad de nuestros días, los Estados Unidos de Norte América, me ha inclinado a pensar en la necesidad de que los sociólogos ahonden en su psicología, para establecer un análisis, si se nos permite decir, geográfico de la conducta de los pueblos. Para mí, el hombre —y no digo nada nuevo— está fuertemente condicionado a la tierra que le ve nacer o que le ve vivir. En determinados climas, bajo ciertos cielos, o a la vera de algunos mares y ríos, la formación social de los pueblos, experimenta, modificaciones que se nutren de todo aquello que, geográficamente le rodea. Más esta digresión quede para otra oportunidad y para pluma mejor empapada de la materia que la nuestra. He insinuado la sugerencia. Y con ello creo cumplir un deber para con mi conciencia de escritor.

Marginando este punto, vuelvo al itinerario de mi viaje. Decollamos del luminoso y moderno Aeropuerto de Limatambo, en la Capital del Perú, el 29 de agosto. Lima amanece y anochece todavía en planitud de nubes bajas. Casi tenue neblina que tiende un manto, al parecer, inamovible sobre la urbe y el campo.

El avión, donde en cada pasajero, se refleja un país diferente y una diferente vocación para la vida, nos hace el efecto de una síntesis del mundo. En sus cabinas se encuentra uno con los más diversos elementos. Y hasta en la variedad de idiomas que adentro se hablan, ya el observador, recoge impresiones que le ponen en contacto con las más lejanas latitudes. Es uno de los más veloces medios de transportes cosmopolitas del mundo. Por lo mismo que abrevia tiempo y distancia, convoca, rápidamente, en su seno, a los personajes más disímiles y el viajero puede, de pronto, estar frente a un hombre que ha revolucionado las más grandes teorías como se halla delante de un insignificante señor burgués que viaja por el placer de hacerlo,

sin que lo lleve misión alguna a ninguno de los sitios hacia donde van las mecánicas alas que lo transportan.

En los diálogos que se encienden al calor, muchas veces de la obligada sociabilidad que se establece en los aviones de pasajeros, pudimos informarnos de uno de los mil episodios que matizan la historia del cine mundial. El arribo, de incógnito, a Lima, desde Buenos Aires, con la bella artista mejicana María Félix, del apuesto galán de la pantalla argentina Carlos Thompson, noticia que, naturalmente escapó porque supieron evadirla aquellos, al olfato de los sabuesos de la prensa. Decíase que iban rumbo a Panamá y la capital azteca. Pero los episodios que posteriormente tuvieron lugar, dieron nuevamente, con la humanidad del artista argentino en su patria y la voluble enamorada de unos días rumbo a su nativo suelo.

No podemos soslayar esta novelesca historia que, en nuestro concepto, se ha tejido, para satisfacer la curiosidad de argumentos que caracteriza a las multitudes. Claro que no ha faltado materia prima. La hermosa actriz, que en persona vale más que en imagen, a extremos que muchos consideran que no es fotogénica, no es de aquellas mujeres que tienen muy firme el corazón. Con la misma facilidad con que interpreta un personaje, cambia el sentimiento, de su amor. Hay tan profunda urdimbre en la vida de los seres que viven siempre encarnando otros personajes, que suele llegar, y lo hemos captado en estudios de grandes sicólogos del teatro, un momento en que la mente equivoca el sentido de lo permanente en la personalidad, y entonces, los artistas ya no viven su propia vida. Están a merced de los papeles que se les asigna. Y a María Félix, a pesar de su majestad como madre en la vida real, se la obliga a representaciones, que han terminado por darle esa pátina de indiferencia que la singulariza en todos sus roles, y que es, acaso, el papel que mejor representa, en la verdadera escena del mundo. Sus amores con Carlos Thompson, pregonados por las trompetas de su propia fama, terminaron como algunas tempestades, con la misma violencia con que se desencadenaron. Una vez en Méjico, la magnífica artista y hermosa mujer escogió para marido al cantor y astro de la pantalla de su país Jorge Negrete con la misma facilidad con que elige otro rol frente a la pantalla. Mas dejemos este ejemplo que tan pernicioso influencia tiene sobre la juventud moderna, al socabar los cimientos, del carácter y de la voluntad, bajo el imperio de las pasiones que se exaltan con toda la esplendorosa manifestación del progreso cinematográfico. Si lo hemos estampado es porque, en ese al parecer suceso aislado de la historia de la humanidad, se refleja mucho de lo que, sobre los horizontes de los pueblos, ocurre, para conducir a las naciones hacia el desastre moral y material.

Decíamos antes? Que el Interamericano, con sus potentes motores, se puso en marcha decollando del Aeropuerto de la Corpac con las hélices mirando al norte. Viajamos toda la noche. El reposo que la naturaleza exige a todo hombre, nos permitió, recuperarnos de otras fatigas. Ya, para nosotros, el dormir a bordo de las naves aéreas, es una costumbre. Allí como en tierra, conciliamos el sueño, con la misma tranquilidad. Salvo que el crucero, nos ofrezca, la emoción de lo desconocido.

Amanece el Interamericano en Miami a las seis y minutos de la siguiente mañana, después de un espléndido viaje, y allí tomamos un Constelation que nos lleva raudamente hasta Washington, la notable y hermosa capital de los Estados Unidos de Norte América. Quien nunca ha viajado no puede formarse una idea cabal de lo que, en la brevedad de las palabras, significa el itinerario que las alas mecánicas han abreviado. Si materialmente nomás, este ir casi de medio hemisferio a medio hemisferio, se mide por distancias que, consideradas por auto, ferrocarril o nave, representan no sólo horas sino días y a veces semanas, aún acelerando aquellos elementos, espiritualmente, asumen coordinadas que agigantan los espacios por la visión abarcados. No es sólo la configuración de las imágenes geográficas, sino también, la sugerencia que de la tierra nos llega en sus nexos con la historia del mundo. Desde la altura las dos costas del continente, brinda, al viajero, una nutrida lección de acontecimientos que se remiten al tiempo y al espacio. Hay lo que D. W. Brogan, han pintado como particularidades en un reciente estudio, abordando las de la costa del Pacífico. Burke —escribe aquí!— famoso orador inglés que vivió entre los años 1730 y 1797, no dijo que no es posible procesar a una nación, pero expresó algo similar, y bien podría haber dicho que no se puede describir una nación, personificarla, atribuirle puntos de vista, carácter, planes. Y es especialmente imprudente hacerlo con una nación tan vasta y diversa como Estados Unidos. Por lo tanto, nada de lo que este autor diga del temple estadounidense de fines de 1952, tiene intención de ser otra cosa que la impresión personal de un hombre acerca de una sección de un vasto país".

Me identifico con el pensar de este autor, porque yo mismo, he experimentado esa impresión, en diversas épocas en que he visitado este grandioso país, modificando ideas y sen-

timientos, según el tiempo y a ritmo de los acontecimientos. Es que las naciones, como los individuos, no son siempre los mismos, aunque mantengan, en el fondo de su todo, la unidad de una característica que los selecciona en el conjunto de los demás pueblos.

Los que no comprenden estas mutaciones colectivas y políticas, se alejan de la verdad del testimonio que la historia de cada hombre acerca de los demás y de sus hechos. Creen algunos que el modificar un juicio, de tiempo en tiempo, acusa evidente contradicción u olvido de lo que anteriormente se dijo. No es así. El que obedece a una consigna superior. La de un ideal, por ejemplo, todo lo refiere a esa suprema aspiración. Y sabe que el ideal no cambia. Sino que las mutaciones se advierten en los hombres y hasta en la misma naturaleza que los rodea. Vistos así los países y sus habitantes se llega a la conclusión que tan bien apuntaba José Martínez Ruiz, el escritor por sí mismo jubilado, que popularizó el seudónimo de Antonio Azorín, esto es de que todos los hombres somos como paradojas ambulantes. Contradictorios que no empecinados en un mismo error. Rectificándonos no quiere decir que nos coloquemos en el mismo rasero de los que por cambiar de opinión, cambian, también de ideal. La lealtad a los principios, precisamente, es la causa poderosa de que muchos hombres aparezcan como desmintiéndose a sí mismos, cuando lo que hacen es permanecer inmutables frente al ideal que sustentan.

Muchas veces he pasado o permanecido algún tiempo, en los Estados Unidos de Norte América. Y cada vez un nuevo tema al rededor de la idea matriz que he defendido desde hace más de treinta años, me he puesto en camino de triangulizar, nuevamente, mi pensamiento, para no errar el juicio que deba pronunciar.

Burke, al margen de cuyo artículo estoy lucubrando estas líneas, me reemplaza, ventajosamente, en algunos aspectos norteamericanos, alusivos a los mismos lugares que vuelvo a contemplar. "Se parte —anota el mismo— de Nueva York o Filadelfia por la noche y se puede estar en San Francisco a la mañana siguiente. Si se cambia el orden, sin embargo, el viaje no parece tan rápido aunque la transformación es lo suficientemente espectacular".

Con estas ideas, alimentadas del juicio que formulara el sugerente viajero aludido, al día siguiente seguimos rumbo a Nueva York, la urbe tentacular, cuya fama vibra en todos los rincones del mundo, como la metrópoli de la riqueza y del porvenir de la humanidad.

Nueva York es una lección permanente de actividad. Viéndola desenvolverse, día y noche, en un horario corrido de acción interrumpida se imagina que aquella urbe, no hubiera sido hecha con treguas ni por hombres que reclaman, las ocho horas de descanso, las ocho de trabajo y las ocho de los demás menesteres, en que la Escuela de Salerno repartió el día. Una ciudad así, de cemento, de acero, de luces, de febril dinamismo, no se la concibe forjada a golpe frío de manos y complicados mecanismos. Parece que, de la noche a la mañana, hubiera surgido de una gigantesca fragua. Al contacto de Nueva York se producen los más encontrados sentimientos. Cada cual la juzga a su manera. No existe, pues, un sólo Nueva York. Sino muchos. Tantos cuantos le conocen por vez primera. O quienes, cada uno a su manera, lo siente, si allí se ha avecinado. Como es diferente lo que dicta al corazón y a la mente de los que vieron la primera luz en el babélico ambiente del maravilloso puerto.

Confundido, como un ciudadano más, y Nueva York otorga carta de ciudadanía universal a todos los hombres de la tierra, sentíame envuelto en el magnetismo de la urbe que parece como el resumen y compendio de todos los pueblos del mundo. A su calor tuve un día de enorme actividad siempre vinculada al propósito que me llevaba en este viaje al servicio del ideal de paz y de justicia que solamente la pacífica comprensión de las naciones puede realizar.

Nuevamente a bordo de otro Constellation fuimos hacia San Francisco, admirando una vez más, todas las bellezas que atesora esa magnífica ciudad.

Hienden los aires las grandes hélices del majestuoso avión y tornan, a nuestra mente los recuerdos e impresiones de Brogan, arriba ya comentado, al pasar en la ruta que ahora estamos nosotros recorriendo. El nos habla de otro medio de transporte. Merece citarlo, de nuevo, porque al viaje, agrega el caudal de sus originales ideas:

"En esta oportunidad —nos dice desde la letra de molde— realicé el viaje en tren y dispuse de cuatro días para observar nuevamente los cambios y las grandes proporciones del país. Chicago parece estar lejos de Nueva York; para los neoyorquinos es el "Oeste". Pero al llegar a Chicago todavía quedan por hacer más de dos tercios del camino; las interminables millas de las Dakotas, la planicie de Montana, alta, ancha y hermosa, las cadenas de montañas, la semi árida región ganadera con su vegetación acharrapada, luego los pa-

nos a través de las Cascadas y el descenso hasta las húmedas, arboladas y suaves planicies costeras del Pacífico. Allí Chicago está ya muy lejos y Colorado es el Este".

Para nuestro virgiliano guía, se hace pronto la impresión de que se está en un nuevo mundo. Y confiesa que uno acepta el cambio en el término de una o dos semanas. "Se mira hacia el oeste, no se mira hacia el este; se contempla el Pacífico con novedosa curiosidad. Allí comienza uno a reflexionar, se encuentra la masa de la humanidad. Se siente allí lo que Paúl Valéry escribió cierta vez: que Europa no es sino un cabo de Asia y quizás no sea la principal, sino la puerta trasera".

Empero nosotros estamos en la Puerta de oro de San Francisco. El puente, como símbolo de amistad entre los dos extremos nos está predicando el verbo de la amistad que los pueblos no parecen querer comprenderlo. Como ese puente, los espíritus requieren tender uno que una las dos orillas del mundo, ahora así dividido, sin que al atravesarlo se hundan las esperanzas de paz que arrancó a la vida millones de jóvenes y destruyó ciudades enteras, la última guerra.

Hemos tocado la tierra que lleva un nombre de origen italiano en el misticismo de su significado pero español en la acción de su histórico pasado. La propaganda, una vez hiperbólica y otras peyorativa, han hecho del nombre de San Francisco, como luego de Chicago, polos opuestos. Y sin embargo una y otra, son grandes ciudades, que ofrecen, al viajero, sus encantos y los contrastes naturales de toda localidad que no es suficientemente conocida y estudiada. Nunca para nosotros que hemos viajado tanto, un puente, ofrece más hermoso significado que el Golden Gate Bridge. Tiene una belleza única en su estilo. Como una obra maravillosa del siglo de la ingeniería. Hay en su concepción un profundo sentido del arte y visto desde el aire, o desde uno de sus extremos, ya desde el curso del río, esta obra sin rival impresiona hondamente. Mide 4.200 pies 90 de ancho. Y por su camino corren, cómodamente, seis líneas de automóviles. Contemplado de noche es uno de los más sugestivos espectáculos que el hombre pueda avistar. Al golpe del sol o bajo el embrujo de la luna, el Puente es un poema de esta era materialista, en cuya textura, se siente algo así como si hubiera sido arrancado al misterio del espíritu creador de los grandes trabajadores del mundo.

La visión panorámica de San Francisco habla ya el lenguaje urbicular de las metrópolis donde al ambición de progreso, arrolla todas las pequeñeces, para solamente acometer lo que ofrece titánicas dimensiones. Y que por lo mismo exige a la mente mayor agilidad, al corazón una reciedumbre de acero, y a los músculos la salud completa. Sólo los más capaces. Los más inteligentes. Los más fuertes pueden edificar ciudades como San Francisco que nos recibe, una vez más, con esa su múltiple sonrisa, donde se confunden todas las fisionomías raciales, y en las que, sin embargo, hay como un gesto de orgullo nativo, que nos dijera, que esa ciudad que tanto admiramos es su ciudad. Hay arterias, en San Francisco, que salvando magnitudes, nos evocan las de urbe suramericanas, y en singular, los meridionales de nuestra patria: Arequipa, Cuzco, en el Perú y La Paz en Bolivia, Son calles que ondulan. Unas parecen ascender y otras ir hacia abajo. Y surgiendo de todas ellas los rascacielos y los edificios que son como el texto de historia arquitectónica de todas las edades, desde que San Francisco se fundara, comenzaron a levantarse.

Se goza desde la paz conventual de la Misión de Dolores, conducida por los hijos de San Francisco de Asís, el místico reformador cristiano, cuyo onomástico da nombre, también, a la ciudad hasta la Plaza de la Unión con su enorme parque, encuadrado por rascacielos que causan vértigo, y garages subterráneos, con capacidad para dos mil carros, con cinco bocas de ingreso. Se equipara en contraste que agrada a la vista, acostumbrada a las urbanizaciones horizontales, el Portsmouth Square, desde donde se puede ver las enormes edificaciones con pisos, de pisos, como si las casas estuvieran, con breve perspectiva, superpuestas, al modo de las pinturas primitivas o las audacias pictóricas de los modernistas, con los escenarios, donde se levantan el Palacio de las Bellas Artes o el Jardín Japonés en las atracciones del Golden Gate Park. Los hoteles, sobre todo, en San Francisco tienen una arquitectura monumental. Que asume algo de sagrado, como si fueran templos. Acaso se ha querido dotarlos de esta atmósfera de línea que comunica carácter sagrado a las residencias, aunque precarias, de esos alojamientos, donde, a pesar de lo corto de nuestra permanencia, siempre dejamos algo de nuestro espíritu.

Un día consagramos, de nuestro viaje, a esta ciudad de San Francisco, para visitar a nuestros amigos, poniendo en la palabra de interrogación que llevábamos, el recuerdo de haber sido esta ciudad sede de una de las más importantes conferencias internacionales celebradas a raíz

de la Segunda Guerra Mundial, cuando allí se tomaron acuerdos trascendentales para la directiva de la paz universal y la Organización de las Naciones Unidas.

Agotado aquel día en San Francisco, a los Angeles, en California, la ciudad, que compite con San Francisco, aunque en edad y volumen, es mucho menor. Discurrimos muy breve tiempo por la urbe que enciende el sueño de millones de adolescentes y jóvenes con las expresiones del séptimo arte. En Santa Bárbara visitamos al distinguido diplomático ya en sus cuarteles de invierno, señor Hon. Louis Dreyfus y a su gentil esposa. Allí vive su alojamiento del mundo diplomático, el aludido matrimonio norteamericano, acomodado en una magnífica residencia. Equivale a un museo particular. Se encuentra, en sus mansiones, manifestaciones del arte de todos los pueblos que ellos han conocido. Es un índice que habla de su refinado gusto y su universal cultura. Mi país, siempre recordará, agradecido, a estos señores, personalidades de excepción, que afirmaron un irrompible lazo espiritual entre los Estados Unidos de Norte América y el Perú. En cambio sufrimos la pena de no poder encontrar al señor Moisés Vivanco y a su esposa, la señora Emperatriz Chávarri de Vivanco, mundialmente famosa, en su nombre de arte, Ima Sumac, como cantante de coloratura, y dueña de una garganta privilegiada, que asoma a las cuatro octavas, la misma que se encontraba descansando de una triunfal gira por el viejo mundo, donde asombró a la crítica y a la prensa. También tuvimos el honor de visitar a ese gran amigo, de nacionalidad rusa, el Barón Woldemar de Barkow, y a su espiritual señora esposa, cómodamente instalados en una hermosa propiedad embellecida por el espíritu de ambos.

Terminadas las veinticuatro horas de estada en Los Angeles y Santa Bárbara volvimos a las alas mecánicas con destino a Chicago. Poco después la aérea locomoción nos dejaba en Rochester, Estado de Minnesota, meca de la salud y de la vida, y nuestra obligada visita cada vez que llegamos a la América del Norte.

Nos recibe en esta para nosotros, acogedora urbe, grandes amigos, cuyo nexo, se ha mantenido y acrecentado a través de muchos años, y notables profesionales, eminentes hombres de ciencia, que nos han hecho siempre gratos y provechosos los días pasados en la Clínica Mayo, cuyo sólo nombre, es su mejor y más elogioso adjetivo.

Ya no sólo en anteriores libros, sino también, en artículos, reportajes y conversaciones por ella provocadas, nos hemos ocupado de lo que significa, en nuestro hemisferio, esa famosa y espléndida residencia, donde los galenos, prodigan con la salud, un recio optimismo en el espíritu. Conmigo, hay miles de miles de seres, esparcidos en todos los continentes, que puedan hablar, en el lenguaje de la gratitud y de la admiración, lo que representa, para la humanidad, este emporio de la ciencia hipocrática. Sus instalaciones. La primera edificación, desde la primitiva e inicial actividad de los Hermanos Mayo, hasta la que anunciaba, esta que ahora, se yergue, ampliando los servicios, que año en pos de año, se han venido multiplicando.

De la antigua casa hemos pronunciado juicio y manifestado impresiones que saben cuantos nos leen, cómo han traducido, en la medida de nuestra expresión, lo que ella ha significado en la historia contemporánea de la medicina.

Sin embargo antes de proseguir nos detienen otras reflexiones. Las que nacen de referirnos, como cuestión previa, al espíritu de esa magna casa de salud. A ese espíritu encarnado en figuras cimeras como los doctores Mayo y para nosotros los suramericanos, porque condujo, en viaje inolvidable, hasta los meridionales rincones, su mensaje, el doctor Hartman a quien tuviéramos la oportunidad de recibir en Lima el año 1937 cuando nos honrara con su grata y aleccionadora visita.

Tal es la importancia de la Clínica Mayo que la bibliografía mundial, ha captado muchos aspectos de la misma, y circula recientemente un voluminoso libro que lleva el sugerente nombre de quienes lo inspiraron "Los Doctores Mayo". Captando de la versión inglesa, pues se ha traducido ya al castellano, interpretamos nosotros uno de los capítulos que mejor nos alude.

"Al discutir —dice aquél— sobre los primeros pacientes de América Central y del Sur, el libro "Los Doctores Mayo" expresa:

"Desde luego que fué la reputación de los Mayo la que atrajo los primeros clientes, pero cuando ellos no requerían tratamiento quirúrgico el doctor Will Mayo, los recomendaba al Dr. Hartman.

"Dándose cuenta, prestamente, que aquellos pacientes no eran susceptibles de adaptarse al modo de ser norteamericano, mientras durara su permanencia en Rochester, el doctor Hartman comenzaba a estudiarlos y estudiaba, asimismo, su idioma, de modo que pudieran

entender lo que pensaban y sentían, poniendo de su parte, con ello, el cincuenta por ciento del sistema curativo.

"En consecuencia, muy en breve llegaron a confiar en él y sentirse tranquilos a su lado, solicitando sus servicios en cuanto llegaban.

Al margen de estos rasgos que anticipan la psicología del médico, el libro "Los Doctores Mayo" presentan al doctor Hartman y explican el proceso de su retiro como Clínico Consultor y Jefe del Departamento No. 11. Años de años, su nombre y el de los Mayo, han sido como sinónimos de una misma atención y de una misma ciencia, para los miles de clientes latinoamericanos.

Irradia el Dr. Howard R. Hartman, esa simpatía que nace del espíritu y se nutre del sentimiento. Nació el 1º de diciembre de 1887, y recibió el grado de Bachiller en Ciencias —dice un apunte biográfico del mismo— en 1911 y el de doctor en 1914 en la Universidad de Michigan. Armado ya con los títulos llegó a Rochester como Médico Interno del Hospital de St. Mary, ya que en esa época la Clínica Mayo aun no habíase establecido, consagrándose a los casos post-operatorios, medicina general, diagnóstico-quirúrgico y cirugía. En la simple enunciación de estas notables especialidades, quienes nos leen, saben lo que ello implica en el campo de la realidad de la medicina. Pues en todo ello, el doctor Hartman se hizo bien pronto de sólido prestigio. De permiso desde octubre de 1917 a marzo de 1918, el primero de agosto de 1919 fué nombrado Primer Asistente en Medicina de la Fundación. En Octubre del mismo año fué nominado en el personal estable de la Clínica como Médico Asociado, llegando a ser Jefe de la Sección de Medicina en 1933, hasta octubre de 1952, cuando llegó a ser Primer Médico Consultor.

De otro lado, en 1920 el doctor Hartman era nombrado Instructor de Medicina de la Fundación Mayo, Profesor Asistente en 1926, y Profesor Asociado en 1940. Ya en 1937 era reconocido como especialista en Gastroenterología por el Consejo de Medicina Norteamericana. Así mismo se consagró, por esa época, como especialista y autoridad en los males que afectan a los hombres que han ocupado cargos de suma agitación y trabajo intensivo. Ese año, el de 1937, la Academia de Medicina del Perú le otorgó honores especiales muy merecidos.

No es interpolando sus rasgos biográficos, como podríamos dar un esquema completo de lo que representa este hombre de ciencia en el mundo, y por ello, dejamos a la inteligencia del lector, formarse con estos breves apuntes, el concepto cabal de la personalidad que citamos. En 1938 fué designado Presidente de la Sección de Medicina de la Sociedad Médica Pan-Americana. Durante ese período fueron estudiados, por el experto galeno, y bajo su valiosa sugestión, varias enfermedades tropicales. En 1944, el Presidente de Colombia confirió al Dr. Hartman el título de Oficial de la Orden de Boyacá, pero antes, en 1940, nuestra patria, puso en su pecho, la Orden del Sol del Perú.

Su nombre, respetado y admirado, se registra en los libros de honor de numerosas instituciones científicas del orbe. Es miembro de entidades con sede en casi todas las capitales americanas.

Cada ser que pronuncia su nombre, después de haberle conocido, en la acción de la clínica y del hospital, sabe lo que proyecta en el corazón y en la mente, porque el doctor Howard Hartman, es el símbolo de la medicina bellamente humanizada.

Ese su nombre vive, también, en las líneas del nuevo edificio que la Clínica de los Hermanos Mayo, empieza a recortar en las vecindades de la antigua, cuyos ámbitos, evocan con relieves emotivos, al notable hombre de ciencia que tanto se identificó con los geniales fundadores.

Se está ya contruyendo aquella nueva sede de la Clínica Mayo con diez pisos. Encuétrase atravesando la calle frente a los actuales edificios. No es obra de la improvisación. Obedece a un plan seriamente madurado. Los primeros estudios, relativos a la necesidad del mismo, se iniciaron antes de la Segunda Guerra Mundial. Ello demostraba que aunque el número de pacientes y el de facultativos que atendían iban en aumento, el espacio destinado para los exámenes de diagnósticos permanecía estacionario. Se llegó, pues, a la conclusión de que el espacio entonces disponible, no correspondía al volumen humano cada vez mayor de la Clínica. Ello determinaba postergaciones en las citas al número creciente de enfermos que demandan la atención de la famosa casa de salud. Así mismo el programa de instrucción de los médicos más jóvenes se veía también obstaculizado. Por eso el nuevo local, que será en su integridad consagrado a la diagnosis, aumentará notablemente la eficiencia de los citados trabajos y más adelante coordinará e integrará sus métodos tradicionales de práctica de grupos. Además el aumento de las oportunidades para la obser-

vacación de los pacientes y el estudio de los médicos y juntas de facultativos, capacitará la facultad y a los profesionales de la Fundación Mayo para mayores investigaciones y educación médica.

Con el nuevo edificio, se establecerá definitivamente, varios departamentos que ahora están provisionalmente, aquí y allá, en singular aquellas secciones que en la actualidad ocupan el edificio anexo a la Clínica Mayo.

Aquel local ocupará casi una manzana entera de la ciudad de Rochester. Visto directamente desde arriba afecta la forma de una cruz griega. Esa disposición permite gozar del paisaje que ofrecen áreas abiertas o jardines en las esquinas del edificio. En el dibujo que dentro de este volumen acompañamos, se muestra la concepción del arquitecto de unas de estas áreas, la que corresponde al cruce noroeste. En la ilustración sólo es posible apreciar dos alas de este magnífico palacio de la salud. Cada uno de los diez pisos va a ser duplicado en su tamaño al compararlos con los del actual edificio de la Clínica Mayo. Su construcción se hace con una estructura de acero y pisos de planchas de concreto. Ha sido planeado así para poder soportar un peso adicional de ocho pisos, que más tarde, podrán ser agregados si fuera necesario ampliar aún más la capacidad de la Clínica, ello sin obstaculizar la actividad de los pisos actuales o inferiores, si aquellos hubieran necesidad de levantarlos. Los materiales externos son de mármol de Georgia y aluminio. La arquitectura general obedece a cánones modernos.

Cuando esta nueva instalación de diagnóstico haya sido culminada, comprenderá todas las secciones de diagnóstico, especial y general, y la de diagnóstico por Rayos X, además de los departamentos de registro y récords y las oficinas de negocios y administración. En tanto el actual edificio se consagrará entonces, a la terapéutica y a la educación médica, otorgando amplias facilidades a la Fundación Mayo de Educación e Investigaciones Médicas y a la Biblioteca Médica, establecimiento permanente, al Museo de Higiene y Medicina de la Fundación Mayo, y departamentos más amplios destinados a la Sección de Publicaciones, Sección de Medicina Física, las de Tratamientos de Radium y de rayos Roentgen, así como otras secciones y unidades.

Y aquel edificio de ladrillos rojos, con la placa que ostenta el año de 1912, será dedicado a laboratorios clínicos y de investigaciones, algunos de los cuales ya están instalados allí, como las oficinas de registro negocios y administración.

Diez ascensores movilizarán a cuantos pacientes acudan al nuevo edificio. Dos de los ascensores serán especiales para acomodar sillones de ruedas. Además se dispondrá de espacio para otros ocho ascensores que se encargarán de transportar pacientes, si hay necesidad de ello, o si el local es ampliado construyendo los pisos adicionales ya aludidos. Otro grupo de ascensores utilizarán los miembros del cuerpo médico y personal encargado de mantener el edificio.

Después de cuatro días de exámenes, retornamos a Washington, para entrevistarnos con un diplomático y noble amigo. El Honorable Mr. George Butler, que fuera Secretario de la Embajada de los Estados Unidos de Norte América en el Perú. Su conversación nos interesa grandemente, porque demuestra una vez más su bondad, su cultura, su espíritu eminentemente americanista. Fué Mr. Butler un verdadero nexo entre la familia peruana y la estadounidense durante el tiempo que le tocó permanecer en la capital de mi patria.

Al día siguiente de nuestra vuelta a Washington, volvemos a la metrópoli neoyorquina.

Después de una hora de viaje —la distancia en tiempo aéreo de la primera ciudad al primer puerto norteamericano— nos fué grato admirar, de nuevo, la soberbia visión de esta gigantesca ciudad del mundo nuevo. Nueva York desconcierta, en mi concepto, a los espíritus pusilánimes. Inhibe a los demasiado introvertidos porque los obliga, sin ellos querer, a salir de sí mismos, y encontrarse, frente a frente, con una urbe que, para ellos, tiene de monstruoso, pero sin embargo, oculta muchos tesoros para la emoción del viajero. Es que la vista de Nueva York, sobre todo cuando se llega hasta la inmensa ciudad porteña desde las poblaciones latinas del sur del continente, modifica todas las perspectivas. Las retinas han estado habituadas a mirar las ciudades en líneas extendidas. Obliga, pues al mismo espíritu, a cambiar violentamente de posición. Es el cambio, casi brusco, de lo horizontal a lo vertical. Esta modificación se deja sentir sobre el ánimo, especialmente, cuando el ánimo, no ha tenido el entrenamiento que requiere para acercarse al misterio de las urbes tentaculares.

Yo quiero ver en esta geometría de las ciudades, algo así, como el reflejo de su propia humanidad. Mientras las urbes pequeñas, o antiguas del sur, se desenvuelven, en una arquitectura casi plana, muy poco más arriba de nuestras cabezas, las grandes, se lanzan en violencia de altura, hacia lo alto, llevando consigo la actividad de los hombres, a pla-

nos que nuestros abuelos no soñaron. El estilo horizontal, abierto hacia la extensión de la planicie, conforma la vida a un ritmo lento y cómodo. Invita al sueño y al dulce *farniente*. Hay algo de pereza que se advierte en el mismo desarrollo de la vida de esas poblaciones. Con muchas fiestas, Demasiada charla. Un dejar hacer a la naturaleza. Esperanza, solamente, el maná del cielo. En contraste con las otras ciudades, como esta Nueva York, verticalmente, tendidas hacia grandes aspiraciones materiales y espirituales. Es el signo del sentimiento que coge al hombre desde que nace. Lo impulsa a trabajar intensamente. A valerse por sí mismo.

En la maraña asombrosa, que da la sensación de un laberinto a la mente simplista, hay sin embargo un orden maravilloso. Es como si viviéramos dentro de la maquinaria de un complicado reloj, o nos aventuráramos, en un gigantesco receptor de radio, donde a pesar de las líneas que se cruzan, de los tubos y las chimeneas, de las altas torres y las ferrovías, de los dinamos y las luces, todo obedece a una matemática consigna. Se explica viendo a estos afanosos neoyorquinos, discurriendo, unos a sus oficinas, los otros a sus fábricas, aquellos a los colegios y universidades, éstos a los teatros y las exposiciones. Rostros nuevos que aparecen y desaparecen como en una mágica pantalla. Viajeros que llegan o viajeros que se van. Todos palpitan al unísono con el tiempo que, en cada reloj, señala su tarea de los mortales, diciéndoles que los segundos, los minutos y las horas, son como fragmentos de una áurea mina. Perder, en Nueva York, minutos que en otros lugares, se desperdician, equivale a empobrecerse. En estos medios inconmensurables es donde el hombre aprende a estimar el valor del tiempo, porque observa que ese tiempo, religiosamente aprovechado, se convierte, minuto a minuto, en un nuevo edificio, en una moderna fábrica, en una obra de arte o un invento que revolucionaría el confort mundial.

El que ha penetrado en el conocimiento de la filosofía de esta ciudad, sabe que cada paso que está dando, se mide, en la gigantesca usina de la urbe, por millones de piezas que van a movilizar la actividad de todo el orbe. Da Nueva York, para el que le visita de vez en cuando, la sensación de que es una ciudad que siempre está destruyendo lo viejo para construir lo nuevo. Como si casas, avenidas, plazas, techos y sótanos, fueran las células de un ciclópeo personaje, en constante renovación vital.

Abriéndose camino con los magníficos medios de locomoción que abrevian distancias, en esta urbe, de ensueño para unos y para otros de pesadilla, visité en la Universidad de Columbia, donde tiene su residencia particular, al General Eisenhower. Su auto estaba a la puerta y la parte exterior ostenta sus iniciales. Cuando trazo estas líneas ya el ilustre general, que tanta simpatía ha conquistado en el mundo democrático, vencedor en grandes combates, ha sido electo Presidente de los Estados Unidos de Norte América, y cumpliendo el ofrecimiento que hiciera durante su campaña electoral, ha ido hasta el mismo campo de batalla en la dramática tierra coreana, y ha planteado con sus primeros consejeros, uno de los primeros actos de su gobierno.

En nuestra imaginación, al contemplar el ambiente residencial del hombre que, con el mismo éxito, ha manejado la espada y la pluma y ahora acciona el timón de la Nave del Estado, se proyectan las diversas etapas de la vida de ese símbolo moderno de un pueblo lleno de voluntad, de pujanza y de heroísmo.

Su presencia en la Casa de Gobierno del más grande país, por su poderío económico y su capacidad industrial, no menos que por su grandeza moral, en momentos en que urge al mundo devolverle la confianza en los instrumentos de la paz, significa una esperanza cierta de que la civilización occidental ha encontrado, al fin, el valioso elemento que ha de preservarla de la continuada e infatigable campaña subterránea y capciosa, a veces, del enemigo de todas las libertades humanas.

Nos hace pensar, asimismo, en las razones, sólidas e inamovibles, que en cierta ocasión, diera el forjador de la primera victoria aliada, George Clemenceau, al revolverse, furioso, contra los que, a espaldas de la experiencia militar, elaboraron el Tratado de Versalles, documento, en cuya interlínea, se trazó el argumento de la segunda guerra, porque la paz no debieron hacerla los civiles, sino los militares, que eran los que habían combatido.

Y un militar, también de brillante trayectoria civil, el General David Eisenhower, asume el comando de una democracia gigantesca, en la hora crucial, cuando el orbe todo, espera, de una vez por todas, que la paz sea una realidad, y no un documento.

Cuanto paso ha dado el nuevo gobierno norteamericano, bajo la inspiración de su egregio Presidente de la Unión, tiende a buscar soluciones racionales, al problema que ha acentuado, con maquiavelismo sin nombre, el comunismo ruso.

En la "Sociedad Americana de Editores de Periódicos" en Washington, dijo recientemente, el Presidente Eisenhower, conceptos que abroquelan nuestra propia tesis:

"El mundo libre medita —decía el grande estadista— más que ninguna otra cuestión, la posibilidad de una paz justiciera para todo los pueblos. El pensar sobre esto evoca instantáneamente otro momento reciente de gran decisión, que ocurrió en esa primavera aún más halagüeña de 1945, cuando brillaba la promesa de la victoria y de la libertad. También en ese momento todos los hombres que respetan la justicia abrigaban la esperanza de una paz justa y duradera y, en los ocho años transcurridos, esta esperanza se ha ido desvaneciendo hasta casi perecer. Y la sombra del temor ha cundido una vez más sobre el mundo".

Voz diáfana y clara que resuena, con acentos ejecutivos, en todos los espíritus, llega hasta nosotros, como un heraldo de acción, porque vertidas aquellas palabras por quien tiene en sus manos la responsabilidad de uno de los países rectores de la civilización, es para abrigar seguridad en que el tiempo de la paz verdadera se aproxima por la buena voluntad de los hombres.

El Presidente Eisenhower es uno de esos personajes casi legendarios que, sin embargo, golpea firme, como militar, con los pies, el camino por donde recorrer. Sabe como elemento marcial que el exceso de papeleo asfixia los más nobles propósitos y sepulta las mejores intenciones. Es que el Presidente de los Estados Unidos, es, sin excluir su eficiencia militar, un auténtico primer magistrado de la nación, que no desestima los valores del espíritu. Como militar de mando es hombre de iniciativa y hombre de iniciativas lo es, también, como civil de mando. Soldado y caballero que conciliando ambos términos no excluye la sensibilidad humana. El alma de la que aludiendo a un regimiento, escribiera Rudyard Kipling, el poeta inglés, un poema, que no conocemos pero que, en su sólo nombre, acredita el sentido que nosotros queremos dar al espíritu como arma de la paz y de la guerra. Sabe el ilustre hombre público y glorioso militar que la cohesión, es decir, el espíritu de cuerpo, es uno de los principios angulares de toda acción que busca la victoria final.

En ese punto, su discurso, que ahora subrayamos, contiene la explicación de lo que estamos nosotros vertiendo al lenguaje de nuestro anhelo por la paz del mundo en un clima de justicia universal.

"Hoy —decía en aquella ocasión el grande repúblico y heroico soldado— la esperanza de los hombres libres se mantiene firme e inquebrantable, pero la experiencia la ha sometido a una seria disciplina. No admite rudo consejo de la desesperación, ni se deja engañar por ninguna fácil ilusión. En aquella primavera de la victoria, los aliados de los soldados occidentales se juntaron con los de Rusia en el centro de Europa, como triunfantes camaradas de armas. Sus pueblos compartieron la feliz perspectiva de erigir, en honor de los caídos el único monumento apropiado—una era de paz justiciera. Esos pueblos, agobiados por la guerra, compartieron también un propósito concreto y moral. El vigilar que nunca más una potencia agresiva y desenfundada intentara dominar cualquier parte del mundo. El propósito común duró sólo un instante— y luego pereció. Las naciones del mundo se dividieron para seguir dos rumbos distintos. Los Estados Unidos y nuestros caros amigos, las demás naciones libres, escogieron un camino. Lo dirigentes de la Unión Soviética escogieron otro. El camino escogido por los Estados Unidos estaba claramente marcado con ciertos preceptos que rigen su conducta en los asuntos mundiales".

Eisenhower, en su concepción universitaria y universalista, enumeró esos preceptos en cinco principios que encierran toda la filosofía de la paz y son el resumen de su rica experiencia como combatiente y como maestro. Ellos vertebran, con su altísimo ideario, los pensamientos que han inspirado nuestro libro. Imperativo es, por consiguiente, recogerlos aquí:

"Primero: Ningún pueblo en sí puede considerarse como un pueblo enemigo, puesto que toda la humanidad comparte el anhelo común de la paz, de la hermandad y de la justicia.

"Segundo: Ninguna nación puede lograr permanentemente la seguridad y el bienestar manteniéndose aislada, sino solamente cooperando de manera efectiva con las demás naciones.

"Tercero: Es inajenable el derecho de toda nación de adoptar el sistema económico y de gobierno que ella desee.

"Cuarto: Es insostenible que cualquier nación intente dictar a otras naciones su sistema de gobierno, y

"Quinto: Una nación no puede fundar su esperanza de una paz duradera en la competencia de armamentos, sino más bien en las relaciones justas y en la comprensión honrada con todas las demás naciones".

Leyendo, letra a letra, estas directivas de auténtico pacifismo, se puede elocubrar una serie de reflexiones alrededor de cada enunciado, pero la inteligencia del lector, estoy seguro,

me releva de ello, porque esos términos, sin mucho esfuerzo, transparentan, todo lo que, en materia de paz y de guerra, ocurre en el mundo entero, así como cuanto, se han esforzado los gobiernos y los pueblos, por hacer carne de su carne, de los consejos de sus estadistas y del ejemplo de sus soldados. Puede expresarse que la historia del mundo en los últimos años, terminada la segunda guerra, están contenidos en los cinco principios formulados por el General David Eisenhower, cuya acción inmediata, se ha dejado sentir en una serie de medidas, que no sólo comienzan a modificar la psicología belicista de ciertas naciones, sino que precipitan, ya, con fuerza arrolladora, las soluciones de paz, allí donde sólo parecía escucharse el argumento dramático y, a veces, estéril, de las armas.

El Presidente Eisenhower ha conducido, sin quererlo ella, a la Unión Soviética, al campo de las realidades que exige la paz cuando ella se basa sobre una mutua comprensión y no oculta, en sus papeles y sus palabras, lo que ellos no dicen. La Guerra de Corea, cuando escribimos, se manifiesta ya con hechos decisivos. Rusia ha comprendido que no es su política agresiva, precisamente, contra los aliados, el medio más eficaz de corroborar lo que prometió cuando, al borde de la derrota en manos de su ocasional amigo de la víspera, se hubo de asir a la tabla de salvación que los pueblos occidentales le tendieron.

Con las cartas sobre la mesa, el gobierno soviético, no puede, sino que jugar su verdadero propósito. Y empieza a amortiguar, en lo externo, su soberbia fuerza. Esa fuerza que carece de lo único que otorga la victoria: el espíritu. Sus ocho años de temor y de agresión, para no citar sino los mismos términos del ilustre gobernante estadounidense, han demostrado a Moscú que por ese camino no va sino al comienzo de su fin. Las armas devorando los mejores presupuestos de las naciones no ganan la guerra por ser las armas. Ni aseguran la paz a ningún precio. Y es que, como declaraba Eisenhower en el valioso documento que subrayamos, "El mundo sobre las armas no gasta solamente dinero. Gasta el sudor de sus trabajadores, el talento de sus hombres de ciencia, la esperanza de sus hijos. El costo —sigue manifestando— el costo hoy día de un avión pesado de bombardeo equivale al de un colegio moderno en más de treinta ciudades. Significa el costo de dos plantas eléctricas, cada una capaz de abastecer a una población de sesenta mil habitantes. Significa el costo de dos hospitales de primera categoría completamente equipados. Significa el costo de unos ochenta kilómetros de carretera. Un sólo avión caza más que 18 mil toneladas de trigo. Un solo buque destroyer significa el sacrificio de nuevas viviendas que alojarían a más de ocho mil personas".

Nunca en lo que de memoria tiene el mundo, un general vencedor, ha dicho, desde el estrado presidencial, tantas y tan severas verdades. Nadie esgrimió más hermosos argumentos por la paz del mundo. Ni saltando sobre la curva de los sentimentalismos y el chauvinismo, pudo exteriorizar más claras nociones acerca de lo que equivale, con el denominador económico, la guerra en armas y la paz en beneficios que la una destruye y la otra crea.

De estos motivos que el primer ciudadano de los Estados Unidos de Norte América, ha expuesto, en su discurso ante los sectores de la opinión pública, puede afirmarse un credo que, afortunadamente, ya se perfila con activos caracteres en la posible terminación de la Guerra de Corea, fuego donde la guerra fría de estos años, mantenía la zozobra universal.

Discurso vertido, cuando por la virtud del destino, eliminado uno de los grandes de la victoria última, ya no pesa en el drama de la paz que envenenara su régimen, José Stalin, resume en la rotunda expresión de su verbo, hecho ayer para el mando en el campo de batalla y en el campo del gobierno hoy, David Eisenhower, resume en cuanto ha dicho mucho de lo que, para el mundo, representa, estos primeros cien días de su magistratura.

"Ya hemos hecho —repetíamos entonces— cuanto hemos podido para acelerar la formulación de un tratado con Austria que liberará a ese país de la explotación económica y de la ocupación por tropas extranjeras. Estamos dispuestos no sólo a impulsar los actuales planes para una unión más estrecha de las naciones de la Europa Occidental, sino también a fomentar, sobre esa base, una comunidad europea más amplia, conducente al libre movimiento de personas y al intercambio comercial e intelectual. La comunidad comprendería a una Alemania libre y unificada, con un gobierno creado por elecciones libres y secretas. Esta libre comunidad y la plena independencia de las naciones de la Europa Occidental significaría el fin de la actual y artificial división de Europa".

Es grande, en la relatividad comparativa de lo que se ha hecho durante los ocho largos años de zozobra, que aún pesa sobre el orbe, lo que anuncia Eisenhower en las precedentes manifestaciones.

Precisa fijarse en dos sucesos, que por diversos medios, han venido a equilibrar la balanza de las relaciones internacionales, en el fiel de la paz que se busca. De un lado la desaparición del Dictador de todas las Rusias y con ella de todos los pueblos, atraídos a su roja órbita. Y

de otro la sucesión, en el comando civil de los Estados Unidos de Norte América, de Harry Truman por el general vencedor. En ambas sucesiones, se empieza a construir, el edificio del futuro de la paz. Ni Malenkov, desde el Kremlin, y desde la Casa Blanca, ni Eisenhower, han precipitado situaciones. Esa lentitud en el ritmo de los dos regímenes, diametralmente opuestos, hace girar el eje en forma que permite abrigar serias esperanzas de que el mundo, en no dilatado lapso, volverá a los niveles de una honorable convivencia internacional. De lo que hacía Stalin a lo que empieza a hacer Malenkov, no hay mucho trecho. Pero hay ya una insinuación, sincera o no, de cambios de táctica y de métodos, que preludian al advenimiento de ese ansiado mañana que, engañosamente, alumbraron los últimos resplandores de la bomba apocalíptica de Hiroshima.

Lo cierto parece que del patrimonio staliniano, no se emplea todos los caudales de frialdad y malevolencia, aunque no es, para confiar, como niños, en que la Rusia Soviética, haya dado viraje alguno, fuera del que, sentimentalmente, le ha agitado al ver que su último *padrecito* no era longevo ni tampoco inmortal.

En esta maniobra inteligente y firme de Eisenhower por acelerar el advenimiento de una paz justa y universal, ha esgrimido el estadista, cinco puntos del posible convenio, que tenemos que acoger, porque ellos, concuasan en casi todos los motivos, con nuestro propio miraje del panorama mundial.

El primero es "La limitación, por número absoluto o por proporción acordada internacionalmente, de los efectivos militares y de seguridad de todas las naciones". El segundo: "Un acuerdo entre todas las naciones para limitar la proporción de la producción total de ciertas materias estratégicas que ha de emplearse para fines militares". 3º: "El control internacional de la energía atómica a fin de estimular su uso para fines pacíficos solamente, y con el propósito también de garantizar la prohibición de armas atómicas". 4º: "La limitación o prohibición de otra clase de armas de gran poder destructivo". Y 5º: "El hacer cumplir todas estas limitaciones y prohibiciones acordadas por medios adecuados, incluso un sistema práctico de inspección dirigido por las Naciones Unidas".

Con la voz autorizada de quien las ha pronunciado, estas palabras, compendian la raíz del problema, y sus detalles, como manifiesta Eisenhower, "son manifiestamente difíciles y complicados". "Pero —y lo dice él mismo— la fórmula importa menos que la fe, la buena fe, sin la cual ninguna fórmula pueda aplicarse justa y eficazmente".

He aquí el punto neurálgico de las relaciones internacionales cuando, de un lado habla Moscú, con toda su reserva esclava y su mística materialista y del otro Washington, con todo el peso del espíritu, tendido como una flecha hacia el humano porvenir de la civilización.

No obstante ha sido tan fuerte y clara la voz de Estados Unidos en labios del General Eisenhower que Rusia no ha podido menos que amainar en sus ataques y, al menos, aparentar que su apaciguamiento obedece a un sincero deseo de ir al arreglo definitivo de las bases de la paz universal.

Esta limitación armamentista no se confina a la esfera de la política bélica solamente. Ella comporta un beneficio, al desviar caudales y energías, hacia los campos de la producción, en los que Estados Unidos, ha estado siempre a la vanguardia, y que, en paz como en guerra, constituye un factor indispensable en toda campaña colectiva. Pero hay una grande diferencia, entre el sentido que a la producción le da la Unión americana a la que le presta la Unión soviética. La primera, en su trabajo, en sus industrias, y en todo el andamiaje de su economía, procede con una fuerza que no admiten la segunda: el de la libertad de los pueblos y la dignidad del hombre en su conciencia como trabajador de una democracia. Dice, por eso, el General Eisenhower, como estadista, en este documento que estamos analizando:

"El concepto de un mundo justo y pacífico no es nuevo ni extraño para nosotros. Ello inspiró al pueblo de los Estados Unidos a iniciar en 1947 el programa para la rehabilitación de Europa. Ese programa estaba destinado a atender con toda igualdad las necesidades de la Europa Oriental y de la Europa Occidental. Estamos en condición de reafirmar, con las pruebas más concretas, nuestro deseo de erigir un mundo en que todos los pueblos puedan ser productivos y prósperos. Este gobierno está dispuesto a pedir a sus ciudadanos que se unan a todas las naciones para dedicar una parte sustancial de los ahorros realizados por el desarme a un fondo mundial de ayuda y reconstrucción".

Oferta magnífica aquella. Pero oferta que acaso vuelve a tener el doble filo del Plan Marshall, que precisamente, los soviéticos buscaron entorpecer, para pescar en el río revuelto de la avalancha europea, y que ahora tratarían de capitalizar en provecho de sus inconfesados sueños de predominio universal.

A la interrogación que formula el Presidente Eisenhower "¿Qué está dispuesta a hacer la Unión Soviética?", hay que ponerle un compás de espera así la enuncie el Kremlin con toda la solemnidad de su engañoso idioma internacional. Porque antes de que la conteste, con palabras más o menos discursivas, los hechos más horribles y la configuración del mapa político del Viejo Mundo, denuncian, ante los ojos de la humanidad, el protervo espíritu que anima a los rojos gobernantes. Para que el diálogo, en este debate por la paz justa y duradera, sea sincero, mucho debe de retroceder, el régimen comunista, para entenderse, en términos de verdad, con el régimen democrático.

"El propósito de los Estados Unidos —terminó su discurso vertebral el General Eisenhower al balancear sus primeros meses de gobierno o— al anunciar estas propuestas, es sencillo y claro. Estos propósitos nacen sin designios ulteriores ni pasión política— de nuestra meditada convicción de que el ansia de una paz justiciera reside en el corazón de todos los pueblos— el de Rusia y el de China no menos que el de nuestro propio país. Concuerdan con nuestra firme fe de que Dios creó al hombre para que disfrutara, y no destruyera, el fruto de la tierra y de su propio trabajo. Las propuestas aspiran a alzar de los hombros y del corazón del hombre el peso de los armamentos y del temor para que hallen sí una época áurea de libertad de paz".

Nuestros oídos, cuando leemos en voz alta, y nuestras pupilas, se remontan a la residencia del hombre que ha elaborado tan hermosos conceptos, volvemos a evocar la casa que lo alberga y por cuyo frente discurriéramos aquella tarde de nuestro reciente viaje. Época de oro de la libertad y de la paz —rítmaban en nuestra mente— en tanto vemos, de nuevo, al pasar por el magnífico Parque Central de Columbia, múltiples parejas disfrutando de un sol esplendente. El mismo sol que parece bruñir las palabras del primer ciudadano norteamericano, para garantizar, a los hombres, en el amor que cimenta la formación de los hogares, una edad en que disipados los temores bélicos, se encuentre, por doquiera, oportunidades para el hombre de paz y de trabajo.

Es para el hombre de la calle, precisamente, para quien van dirigidas esas palabras admittorias y se encausa el gigantesco esfuerzo moral y material de los Estados Unidos de Norte América, en su búsqueda del equilibrio pacífico de la convivencia mundial.

Refracción de las sinuosidades que marca la fiebre del mundo en el cuadro de la temperatura económica, son los precios que oscilan, frecuentemente, en todas las actividades comerciales e industriales y en general, a través, de todos los presupuestos. Aquí, en Nueva York, donde estamos pasando estos días de trabajo, el hospedaje en los hoteles locales dan la tónica de lo que venimos diciendo. Índice de ese diagrama, siempre oscilante, de los precios, que se mueven como obedeciendo a reacciones sismográficas, en curvas altas y bajas, anotamos que en el Hotel My Flower, por ejemplo, de Washington, se cobra \$9.50 diarios. El Famoso Waldorff Astoria de Nueva York \$12.60, que es el que mantiene la cima de todas las cifras por cotidiano hospedaje. El Baltimore de Los Angeles \$8.00. Y el Kheler de Rochester, Minnesota, con un gran dormitorio para dos personas \$16.50.

Llevaría mucho espacio escribir acerca de los precios en hoteles y los que se observan en almacenes y espectáculos, aparte de que ello, nos distraería, sin alejarnos desde luego, de la idea central, pero tampoco me habría perdonado, omitir lo que, sino esencial, considero necesario, subrayar, como acento del panorama sobre cuyo fondo la humanidad desenvuelve sus actividades. Y es que, en todo, de lo pequeño se saca lo grande.

Y lo capital, en esta obra que ha nacido a la sombra de un ideal por mí sostenido, en la acción y el pensamiento, durante muchos años, es ir hacia la zona de peligro que no está, precisamente, en los campos de batalla, ni en los pueblos donde el horizonte se enrojece con la amenaza de inminentes colisiones internacionales. Está en lo que me afirmo, día a día, en el espíritu de los hombres que requieren, antes que desarmar materialmente a los pueblos, hacerlo con el espíritu. No en ese género de apaciguamiento, del que ha quedado, al mundo, una triste experiencia, cuya víctima fué por Inglaterra Mr. Chamberlein y por Francia, M. Daladier, y sobre cuya cuña apoyó Hitler toda la marcial política de su ambición de dominio universal.

Aquella beligerancia espiritual tiene su sede en un ambiente que al crearse el organismo de la paz, dibujó la sonrisa del exapecticismo, en todos los semblantes. El de la Organización de las Naciones Unidas. Sería motivo de dilatarlos en muchas, graves y complejas consideraciones entrar, de nuevo, en los orígenes de esta orbicular institución que ha pasado y pasa, a veces, por momentos, que hacen temer en el fracaso de todo verbo frente a la amenaza materia de la guerra que está gestando la desconfianza mutua, no sólo entre los componentes de ese aerópago que, ocasionalmente unidos durante la contienda, se muestran, en toda su definida personalidad contradictoria —capitalismo y comunismo— sino tam-

bién entre los mismos que, sintiéndose identificados por el ideal común de la libertad, recelan unos de otros movidos los ocultos resortes de su nacionalismo político, por los solapados enemigos de la democracia.

Ya en el ocaso de la famosa y extinguida Liga de las Naciones, convertida en sueño de un ilusionado estadista, Woodrod Wilson, un acontecimiento decisivo, dió el primer golpe, a los que se sucedieron otros de necesidad mortal, cuando Etiopía, conquistada por el fascismo, recurre a ese Tribunal de Justicia internacional y no encuentra el apoyo que era de esperarse. Sino igual impacto, en estos días, hemos asistido a otros sucesos, similares, que han puesto a dura prueba, la consistencia del nuevo organismo, creado sobre los humeantes escombros del mundo, para evitar que la humanidad sufra el dolor de otra guerra.

Duele al espíritu constatar que hay países, a donde ha llegado la generosidad norteamericana, que una vez vueltos del colapso de la guerra, sintiéndose sanos, olvidan las últimas lecciones, y desatendiéndose de sus grandes deberes morales, entregan sus mejores energías al placer que envejecen los cuerpos y onnubila las mentes, corroyendo el alma de los pueblos hasta el tuétano, como si inconscientemente obedecieran a la secreta consigna de los bárbaros que esperan la hora por ellos calculada para desatar los caballos de Atila en moderna y desenfundada carrera.

Sobre la mesa de la ONU se ha debatido mucho. Hemos agotado argumentos. Se ha expresado la misma palabra en todos los idiomas. Pero el peligro ha continuado afilando las garras desde fuera haciendo que sobre más de un discurso, cayeran las gotas de la sangre derramada en las guerras intestinas que el disimulado enemigo provoca en muchos países en las luchas abiertas que atiza armando a sucedáneas fuerzas.

Muévense tantos y tan encontrados intereses en el seno del organismo internacional que, para la fuerza del espíritu, quiere conjurar el peligro de otra hecatombe universal, capaces de hacernos pensar, nuevamente, en lo que ya alguna vez mencionáramos, y que tomamos del enemigo facista número uno, cuando decía que *el mundo era una armonía de egoísmos desencadenados*. En torno a la mesa de la ONU no parece sino que se hubieran sentado, los más firmes y enérgicos representantes, del egocentrismo nacionalista de un lado y de la claustrofobia comunista los otros. Los unos quieren que todo se haga como si su propio país fuera el espejo, jamás empañado, de todas las libertades y los otros pretenden que cada país niegue su personalidad, avasallándola, a las directivas rojas del comunismo que, en la democracia, ha encontrado agua temperada para mejor nadar durante estos días de tormenta.

Por estas razones, en la acción directora de la Organización de las Naciones Unidas, hay hombres que, por acumulación de universales reservas, parecen concretar el anhelo de paz y de equilibrio, que surge, no sólo de las tumbas abiertas para millones de jóvenes, en las últimas guerras, sino también, de los hogares donde el fuego ha destruido los más caros afectos. Uno de ellos, el señor Trygve Lie, supo, salvo yerros naturales e inherentes a todo hombre que piensa libremente, manejar el timón de los complejos debates, con un sentido diáfano del futuro. Su renuncia, quitaba, pues, a las Naciones Unidas, uno de los más resistentes y vigorosos puntales de la estructura jurídica de ese aerópago en cuyas decisiones descansaba la última esperanza de paz del mundo libre.

Aprovechándose de los compromisos que se firmaron, mientras combatían los aliados, contra el entonces enemigo común, Rusia, capitalizó armas que, dialécticamente, ha esgrimido en el seno de la ONU para retardar la acción de la justicia internacional y usufructuar situaciones en favor de la doctrina marxista.

El sólo derecho de veto, ante el que la dignidad de los occidentales, siempre se ha rendido, salvo situaciones que fueron valientemente sorteadas, ha sido el arma atómica de los delegados soviéticos en todas las deliberaciones del organismo oficial de la paz.

Sin embargo, la ONU comprendiendo que no solamente con bizantinismos de jurisprudencia internacional se puede equilibrar las fuerzas en pugna, ha multiplicado sus actividades, y ha empezado, mediante sus organismos afines, a extenderse por doquiera, buscando los medios más efectivos, de llegar al alma de los pueblos, en sus más urgentes necesidades, para lograr, con esta siembra a largo plazo, la unidad espiritual del mundo, en la voluntad ecuménica de todos los hombres que anhelan una paz justa y sin temores. Pero ese resultado sólo se alcanzará mediante una educación bien orientada y sólida.

De no ser aquellas manifestaciones y la forma cómo evitó la Tercera Guerra Mundial, hace poco, la ONU, habríase tenido que conformar con su papel calco de la famosa Liga de las Naciones, aunque algunos de esos anexos de su acción universal, tienden a conver-

tirlá, por lo que vemos en ciertos países, en un organismo burocrático, tal como ya lo analizaremos en unos de nuestros capítulos por escribir más adelante.

No discutimos, es claro, algo de lo sustantivo, que han hecho las labores de las Naciones Unidas en diversos países del orbe. Pero, con todo, estimamos que falta aún consolidar ese organismo, dándole una fuerza ejecutiva, y sin distingos, que conduzca al mundo encausándola por la auténtica senda de las realidades que el porvenir le depara y en el que no es menos cierto el fantasma de la guerra, para la que, molagrada la peligrosa ilusión de los doctores de la paz, siempre se preparan detrás de la Cortina de Hierro, las repúblicas soviéticas, y delante del mismo los testaferos del comunismo.

Una mujer admirable, la señora Eleanor de Roosevelt, viuda del gran demócrata, cuya muerte privó al mundo del más valioso elemento humano de la paz que aún no se consolida, mantiene su fe absoluta en el organismo de las Naciones Unidas, y como viajera impenitente, que ha visto aquí y allá, todo lo que sucede, sus palabras, cobran, siempre, un valor que no podemos omitir en esta referencia. Ella, precisamente objeto a los que han atacado, sin discriminar conceptos, la organización de las Naciones Unidas. Es deber nuestro, recoger algunas de sus impresiones, aunque no estemos de acuerdo, en todo lo que dice, porque, como ocurre en estos casos, no es lo mismo captar el juicio inmediato, que aprenender, con auxilio del tiempo y el conocimiento experimental del medio y de los hombres, lo que éstos protagonizan, en cada región del globo, respecto a determinadas funciones, como, por ejemplo, las que les han asignado a ciertos núcleos, la Organización de las Naciones Unidas.

Cree, y compartimos a medias su idea, la admirable mujer, que "sin la ONU ya hubiera estallado otra guerra mundial" y sostiene que si todos conociéramos, como ella, lo que encierra ese magnífico y original edificio, donde se alberga el ecuménico congreso de la paz, pensaríamos de distinto modo, y se dirige ella principalmente, a los que, norteamericanos, entre ellos, "quisieran ver convertido en humo a toda la organización" que como una gigantesca caja de fósforos, se sienta en New York.

La señora Roosevelt enumera lo que, en su rama de salubridad, ha realizado la Organización de las Naciones Unidas. En Panamá, sostiene, hizo desaparecer en cuatro días una epidemia de fiebre amarilla. En Ceilán el trabajo controlado por la ONU redujo el promedio de muertos de 22 a 14.3 por mil. En Grecia, haciendo a los campesinos más saludables y más aptos para el trabajo, la ONU duplicó los ingresos de una familia en una área. "Señala, a renglón seguido, cómo es que la Organización Mundial de la Salud se informa con cifras y datos, que permiten atenuar los males de la hambruna y de la enfermedad en los más remotos lugares del globo. Exalta la acción de la UNESCO, cuya obsesión constituye un alimento para la mente. Revela que en América del Sur, 70 millones de personas no saben leer ni escribir.

Pero, nos preguntamos nosotros, vale la pena, reducir a cifras de la economía que significa para la ONU, el enseñar a leer y a escribir, a esos setenta millones de analfabetos suramericanos, cuando con menos sumas, y menos burocracia, y más realidad inmediato, se puede abrir los ojos a la lectura en ese voluminoso ambiente. Ya alguna vez, se ha esbozado métodos sencillos, y de cooperación desinteresada, que permiten, en cada país arrancar a miles de ciudadanos, de las garras de la ignorancia en materia de lectura y escritura. Un maestro centroamericano, nos comunicó hace seis años, elemental sistema, para que, en cada país, como una cadena de cultura, se pudiera anular el analfabetismo, sin recurrir a los fondos estatales, ni menos distraer las monedas que el mundo espera para otros fines inaplicables. No queremos, desde luego, declararnos sistemáticos, adversarios de estos procedimientos, en lo que a su finalidad, atañe, de la UNESCO, pero sí señalamos yerros fundamentales, que no contribuyen a solucionar el problema con realista criterio, porque, ya el clásico adagio, lo dijo, primero es vivir y después filosofar.

Llegamos, no obstante al mismo punto, con la ilustre dama, al compartir la opinión del señor Benjamín Cohen, objetando las duras críticas sobre la ONU, como nido de propaganda soviética y antisoviética, ya que nosotros hemos sostenido, siempre, nuestras reservas por lo que hace a la presencia, en la misma mesa del debate, de enemigos que, ocasionalmente, fueron aliados, durante la amenaza del totalitarismo. Rusia, y cabe decirlo ahora serenamente, no entró en la guerra última con las manos limpias ni los bolsillos vacíos. Rusia, dominada por la dictadura roja, miraba a ambos lados. Buscaba, astutamente, aunque le costó mucha sangre y mucho dolor, dónde estar podrían las posibilidades del triunfo, una vez pasado el temporal bélico. Poco o nada le importaban las ideas y los sentimientos de los que le ayudarían a combatir. La oblicuidad de su visión, le permitían, en tanto abrazaba a sus amigos en la guerra, calcular, friamente, la otra guerra, la guerra fría en la que tiene

envuelto al mundo hasta hoy, cuando han pasado ocho años del término de la contienda. Su primer paso erróneo, cuando estrechó las manos de Hitler, en la de sus negociadores, para atacar a Polonia, no estaba desprovisto de ciertas razones de Estado para los Soviets. Al haber concluido la guerra y echado el zarpazo a los países satélites, en la división de Berlín, se puede ver claramente, cómo Rusia torna a estimular la acción del nazismo. Busca en el amor propio del resentimiento de algunos exiraviados, alentar la revancha, y permite que renazca de sus cenizas el águila imperial del prusianismo. Una vez más se confirma lo que aseveráramos, en libros anteriores, y en juicios que dimos a la prensa cuando todavía Moscú no se había entendido con Wasington, para coordinar fuerzas marciales. Esto es: que comunismo y nazismo eran hermanos siameses. Separados por la guerra vuelven, ahora, a unirse por el mismo cordón umbilical. Su odio profundo a la democracia. Su fobia contra la libertad en todas sus expresiones, desde la de la prensa hasta la de la palabra y el arte. Y llegamos al caso, a veces inexplicable, de que en tanto los rusos, con asiento en la ONU, abren, sus portafolios cuajados de promesas y de literatura pacifista, para seguir ganando tiempo, fuera de ella, en las lejanas latitudes, a donde no llega el himno de la fraternidad universal que ellos fingen cantar, cierran la boca del hombre para abrir solamente la de los cañones.

Alguien, a propósito de esta dualidad comunista, subraya el peligro que entraña para la ONU la política de ciertos países entregados a cabildos con otras naciones en bloques regionales fuera de la órbita del organismo universal. También conspiran contra la entidad nacida en San Francisco, los miembros de la ONU que se dedican a hacer una política externa, a su propia imagen y semejanza, egoístamente. Síntomas que deben meditarse seriamente si no se quiere que esta misma ofensiva de paz que ha desencenado Moscú sea otro compás de espera que el oculto belicismo del Kremlin organiza con miras a su propio futuro, como en la última guerra, combatió, asimismo, mirándose el ombligo solamente. Esos gestos de paz rusos no son, como un comentarista apunta, la paz ni mucho menos. Cuidado, dice el sentido de las realidades, cuidado señores de Occidente...

En estas peligrosas grietas que al edificio político de las Naciones Unidas, les abre la política del yoísmo de algunos pueblos, que aún confían en su viejo crédito de potencias, hay un hecho que no puede mirarse de reojo. Ya Leigh White en su libro ha prontuariado el caso concretándolo en su mismo título: *Tito, un aliado peligroso*. Comentarista de la prensa española, califica de ludibrio para el pueblo inglés la visita del Dictador yugoeslavo a Londres. Y White escribe, meridianamente, estos conceptos que nosotros hemos podido verificar casi sobre el terreno: "Como arma psicológica, el *titoísmo* es verdaderamente una arma de doble filo, porque representa un peligro para ambos lados. Puede desmoralizar a Occidente lo mismo que a Oriente. El *titoísmo* puede llegar a ser aceptado por ambos contrincantes".

No vale para restar virtud a estas consideraciones que el aspecto humano del Kremlin haya cambiado de personajes, con la muerte del *inmortal*. Al deceso del stalinismo, se le puede asignar, la misma cualidad que los monarquías, dan a la muerte del soberano. ¡El rey ha muerto!, tiene su inmediata consoladora respuesta para los monárquicos, en el ¡Viva el Rey! Con el fallecimiento de Stalin, puédesse revertir, las regias expresiones, exclamando: ¡Ha muerto el dictador!... ¡Viva el dictador! La tiranía soviética ha cambiado de botas. Nada más. El malenkonismo es la sucesión del stalinismo con una variante, que Moscú, aprovecha con esclava inteligencia. Busca adormecer a Occidente con la paz. Lenin, Stalin, Malenkov. Marbetes de una misma y peligrosa maleta, en cuyos doble fondo, se oculta el arma contra la democracia, y que viaja, tan presto, a las oficinas de las Naciones Unidas, como se presenta, en París, Londres o Wasington.

"Yugoeslavia —dice White— es necesaria para la defensa de la Europa occidental, pero no olvidemos que Tito es un enemigo peligroso, y si no estamos en guardia, perderemos a Grecia, Turquía, Italia, Austria y quizá a toda Europa. Por eso sugiero que seamos tan escépticos y precavidos cuando tratemos con nuestro antiguo enemigo Tito, como lo hemos sido en nuestras negociaciones con Grecia, Turquía y nuestros aliados de Irán".

Inglaterra, cabe interrogarse, habrá tenido en cuenta las reservas que el caso impone, al tratar con Tito, en esta su visita a Londres? Lo cierto es que el pueblo inglés, siempre tan sutil, no ha visto con buenos ojos la presencia del dictador, rojamente mediatizado, en las mismas calles, donde quedan hondas cicatrices arquitectónicas de las bombas que el poder totalitario, del que parece haber aprendido mucho, arrojara en los primeros meses de la guerra que Hitler desencadenó en 1939.

"Es cierto —termina White— que no tenemos ni el derecho ni el deseo de exigir concesiones materiales de aquellos países a los que beneficiamos, pero sí tenemos la obligación

moral de exigir concesiones espirituales de los tiranos que se aprovechan, e intentan aprovecharse de nuestra generosidad".

No es historia antigua lo que ocurrió antes de la última contienda con Alemania. Que el III Reich, con la misma bolsa de los enemigos de ayer, adquirió las armas. Estados Unidos de Norte América, y la pluma en la que nos hemos apoyado lo dice bien claro, no puede ser generosa cuando de ese sentimiento se valen los dictadores para organizar futuras conflagraciones. Estados Unidos al defender la paz, con la prosperidad material de sus graneros, y la capacidad financiera de sus bancos, no puede caer otra vez, en la ingenua emboscada del viejo lobo. Lo hace con un sentido patriótico, si cabe expresarlo, al combatir el hambre fuera de sus fronteras. En el organismo de las Naciones Unidas, su política se ha bifurcado hacia esos principios. Pero ello, ojalá no quiera, convertirse en el arma de doble filo que tan bien personifica Tito de Yugoslavia.

Estima la señora Roosevelt que "la verdad sólida es la de que, en cada caso en que ha sido consultada la ONU ha restringido o impedido operaciones militares". Y cita, en su abono, no sólo el caso de Inglaterra sino los de Albania, la India, Irán, Palestina, argumentando que para los norteamericanos, el costo de todo esto, ha sido pequeño". Empero nosotros insistimos que, en este punto de vista, peca de algo de parcialidad. Al organismo de la paz afluyen, y de él, se irradian, actividades que demandan ingentes sumas de dinero que, naturalmente, reducidos a cada contribuyente no significan un fuerte desembolso, ni mucho menos, si se le compara con la paz que se dice asegurar. Pero esa paz no adviene. Sigue en los vaivenes de acontecimientos que cada vez ennegrecen más los horizontes de todas las naciones. "La antigua Liga de las Naciones, escribe la viuda del insigne demócrata norteamericano, era una organización política en la cual las Potencias Soberanas discutían sus dificultades sobre un plano débil. La ONU se preocupa principalmente del elemento humano".

Aquella preocupación de la ONU la trianguliza la señora Eleanor Roosevelt en la salud, el albergue y la educación. Pero, qué clase de salud? Una salud que sólo va al cuerpo. Qué clase de albergue? Un albergue que sólo va al refugio material del cuerpo. Qué educación? Una educación que no busca al espíritu. A ese espíritu que a nosotros nos ha movido para escribir este libro, en nuestra esperanza, de que, al fin, la humanidad, comprenda que esa es el arma decisiva de la paz.

Escuchemos sino a uno de los hombres, que habiendo alineado, crematísticamente, al lado del nacimiento, conoce muchos de los resortes que movilizan las masas y dan vigor a las empresas nacionales, el discutido Franz Von Papen, quien escribe que "El problema del futuro reside en cada uno de nosotros y tiene que ser resuelto por cada cual mediante su propia disposición espiritual y material".

Cuál es esa disposición espiritual y material, en los hombres y los pueblos que la ONU cobija? No por cierto la de ayudar al común esfuerzo democrático. Más de uno de esos beneficiarios, conspira contra la organización benéfica, con los mismos medios que ella le ha suministrado.

La educación que la ONU viene propagando siembra teorías pacifistas, pero no, arma el espíritu contra los posibles agresores del mañana. El mismo Von Papen, citando a Von Clausewitz en su obra "De la guerra", viene con el siguiente párrafo en nuestra ayuda mental, al escribir que "Sólo cuando el definido carácter nacional y el hábito a la guerra obran con efectos recíprocos sobre un pueblo, puede éste alcanzar un puesto fuerte en el mundo político". Laxar los músculos de la marcialidad de un país, es entregarlo, maniatado, a cualquier sorpresa de mañana. El espíritu lo sabe. Y por eso el espíritu aconseja que son sus armas, más seguras, para evitar otra agresión y preservar la paz.

Tiene esta educación ahora difusa y vaga que no cohesionan las voluntades, no sólo de los pueblos con los pueblos, sino de los individuos entre los individuos, que volver al propio lar, con un sentido de responsabilidad cívica que sabe mirar adentro y afuera, como uno de los grandes combatientes lo dijera en su investigación oficial sobre la conducta del soldado norteamericano en combate, aludido también por Von Papen, y aplicable a todos los soldados y ciudadanos del mundo, sobre todo democrático:

"El hombre decidido a luchar por su patria, es en definitiva un defensor... Y así llegamos a la última y mayor de las consecuencias: que la potencia nacional reside única y solamente en los corazones y en las mentes de los hombres". Es contra esa potencia que trabaja, a diario, y desde todos los grados y latitudes, el comunismo. Busca debilitar el nacionalismo, so pretexto de que, elevado a potencia militar, como ocurrió en Alemania y Japón, se convierte en enemigo de la paz mundial, para entonces entrar, a saco, en las ajenas fronteras, sediento de expansión marxista.

Expresa, acaso dicho con todo respeto, la señora Roosevelt que la ONU es por ahora una manifestación material, no otro es el concepto por ella vertido, al enfocar a este organismo, diciendo que "Debía pensarse que la ONU no es sino una máquina que todavía debemos aprender a manejar bien, eficientemente. Cuando aprendamos a hacer trabajar bien la máquina, tengo la esperanza de que aprenderemos también que hay dos puntos esenciales para una paz real. Uno, es la comprensión de los demás. El otro, es la esperanza. Hoy, necesitamos saber que hay esperanza".

Sensiblemente, la esperanza resulta, a veces, hermana gemela del apaciguamiento. En esta forma, antes del 1939, los aliados, dieron rienda suelta a su esperanza en la paz, en tanto el enemigo se armaba hasta los dientes.

Nosotros creemos que, y en esto si estamos de acuerdo con la ilustre pensadora, que la comprensión es un punto esencial. Y lo es, porque la experiencia lo demuestra. En nuestro propio hemisferio se revela cómo sin haber requerido de las Naciones Unidas, mejor dicho, de un tribunal internacional, los pueblos de este continente han resuelto muchos de sus graves problemas no recurriendo a las armas. Acaba, con motivo del Día de la Unión Panamericana, el Presidente Eisenhower, de exteriorizarlo en un diáfano y elocuente pensamiento. Ese pensamiento viene a nuestro alcance, precisamente, con el mismo contenido de la tesis que defendemos desde las páginas de este libro. Manifestaba el insigne estadista, que nuestros pueblos, los de este lado de los mares, tienen una arma poderosa de defensa, en su espíritu y en su voluntad. Son dos factores capitales que, a cada rato, vemos quebrantados en el viejo mundo. El espíritu de la paz, en los países, que llevan en la sangre el virus de la guerra, y la abulia de los pueblos que venden su primogenitura nacional por el plato de lentejas de Moscú.

Aquella comprensión no puede quedarse en los límites de la teoría discursiva. Ha de afinarse en lo profundo de las decisiones que deben tomar los pueblos cuando avistan el peligro en derredor. Y adentro. Porque el comunismo es un enemigo que tiene fuerzas ocultas afuera y agentes solapados en todos los países donde la democracia no es un mito. Ojalá que al seno de ese edificio gigantesco, que se empina sobre las orillas de Nueva York, lleque el espíritu de la libertad, cuyo símbolo, se yergue en la estatua próxima, para iluminar la mente y el corazón de los hombres responsables de dirigir el mundo hacia la paz o hacia la guerra.

Deben pensar que la muerte física de José Stalin, no ha modificado el negro ambiente de la política comunista. Aquellos que han sentido un alivio con la desaparición material del temible dictador, alimentan un temerario optimismo sobre Rusia. Al sucederse, allí, por ley de la vida, otros hombres, ignoran los que así creen, que el comunismo no es de similar pasta que el facismo o el nacismo. Estos movimientos, que desencadenaron la segunda guerra mundial, tenían una sola cabeza. De haberla cercenado, antes de la hecatombe, la guerra no habríase producido, por las razones que agitaron Hitler y Mussolini, si bien es cierto que uno y otro, sobre todo, el primero, no era, tampoco una manifestación aislada, sino la cabeza de un cuerpo que necesitaba para pensar esa cabeza, como necesitará, ya lo hemos de ver, otra que piense igual.

En la identidad de manifestaciones que caracterizan al totalitarismo blanco, suscrito por la acción hitleriana o musolinesca, y al totalitarismo rojo, que identifica, no sólo a un personaje, sino a muchos, se explican algunos errores de los aliados, que no supieron, y aún hoy mismo, no saben discriminar con serenidad y experiencia de la historia, lo que significaría para el mundo, dar al movimiento pangermanista las oportunidades que, durante la guerra, se dieron al movimiento paneslavo. Si una Alemania destruida —advertencia de Franco a Churchill en días no liquidados de la guerra última— y una Rusia triunfante, formulaban la terrible pregunta a la Esfinge de cual de los dos serían peores, no sabemos qué opinar, ahora que se olvida pronto y se equivoca lentamente, lo que ocurrirá si, bajo la capa de la derrota, se arman de nuevo los vencidos. Entonces, el tiempo, podría inscribir, en el dombo del cielo, revertida, la vieja exclamación latina, de ¡Ay de los vencidos!, por la paradójica de: ¡Ay de los vencedores...! Porque, y esa es la filosófica conclusión de la verdad histórica de estos tiempos, ya no hay vencedores ni vencidos.

Vuelve, ya a término de estas reflexiones que a nuestro paso por Nueva York, nos formulamos, viendo la mole gigantesca, de la sede internacional de las Naciones Unidas, lo que allí dentro sigue ocurriendo, con la presencia de la delegación soviética. Las manos orientales y occidentales estrechándose, antes y después de las deliberaciones. Y esas mismas manos, en las de otros hombres, cebando el cañón de los frentes donde democracia y comunismo no se entienden pacíficamente. Nos asesora, en este pensamiento, lo que escri-

quiera Arnold Toynbee, el nuevo y revolucionario intérprete de la historia, al escribir conceptos que simpatizan con los nuestros al encontrarnos con el mismo problema. El historiador británico se plantea el pro y el contra de la convivencia con Rusia para decirlo con sus propias palabras, así:

"Es posible que nuestro mundo occidental y el mundo comunista puedan vivir en paz? ¿Es deseable tal coexistencia pacífica, desde el punto de vista occidental? Y, dado el caso de que sea dable el que estos dos mundos vivan armoniosamente sobre nuestro planeta, ¿en qué condiciones será posible esperar que vivan y dejen vivir?"

Después de asentar la convicción de que uno de los pocos puntos en que occidente está de acuerdo es el rearme, opina que es tan importante no olvidar que nunca una Tercera Guerra Mundial no es realmente inevitable, como mantenernos firmes, enérgicos y en guardia. Toynbee, lo dice, apoyándose en un antecedente histórico. Alude a la guerra de Crimea, cuando las potencias occidentales, frustraron el propósito ruso de engullirse a Turquía, y después de lo cual, Moscú quiso desquitarse como los alemanes después de la derrota de 1918. Su propósito al recordar esto, dice el mismo historiador, desemboca en la idea de que "es posible que la tirantez presente con Rusia termine en otra guerra, como nuestra tirantez con Alemania, después de la Primera Guerra Mundial resultó en la Segunda Guerra Mundial. Es posible igualmente que la tirantez actual con Rusia termine en un aflojamiento de la tensión, como nuestra tensión con Rusia después de la guerra con Crimea, desapareciendo eventualmente y sin terminar en otra guerra entre las dos potencias".

Empero el gran historiador contemporáneo, luego de analizar los factores que hacen improbable la convivencia pacífica y sin alarmas de ambos sistemas, afluye con sus razonamientos a un punto donde se encuentra, precisamente, con nosotros:

"Puede —dice— que haya otras guerras a tiros locales como la de Corea. Personalmente, estoy convencido de que aunque logremos evitar arrojar bombas atómicas los unos a los otros, debemos continuar librando nuestra guerra misionera actual: la difusión de nuestras ideas e ideales".

Adrede he subrayado las últimas palabras de Arnold Toynbee, porque ellas, me estimulan, sobre manera, a seguir esta cruzada en que estoy embarcado desde hace muchos años, y que justifican, además, el alma de este libro. La difusión de nuestras ideas e ideales. He aquí una de las razones de Estado que ha hecho a Rusia correr la cortina de hierro sobre la órbita de su influencia. Es una de las armas que emplean los rojos del Kremlin. Fronteras, o mejor dicho, trincheras para que no pasen esos proyectiles del espíritu, tanto o más poderosos, que las más perfectas armas atómicas. Si ellos se sintieran fuertes, con solo el volumen de sus arsenales, el número de sus soldados, y la fuerza de su política, no tendrían por qué cerrar los límites donde viven subyugando a millones de seres hasta quienes no llega la verdad del mundo en toda su desnudez. No de otra manera se explica cómo es que muchos que han logrado perforar el encierro involuntario en que viven, no quieren volver, al paraíso comunista. Y no quieren porque les ha bastado la primera impresión, la simple visita al mundo occidental, para comprender lo que, en vano, tergiversa adentro la dialéctica marxista. Los rusos, sometidos al comunismo, dejarían de serlo, apenas, llegue hasta ellos, el aura occidental de las ideas y flamee en lo alto de sus aspiraciones el estandarte de los ideales democráticos.

Esta misma farsa de sus representantes en las deliberaciones de las Naciones Unidas, contribuyen, en parte, a aplacar la sed de saber de los millones de esclavos sobre los cuales, se ha levantado la fortaleza del gobierno soviético. Imaginan que el mundo occidental es enemigo de la felicidad del pueblo y que por ello, en los debates, se combate a sus representantes.

Es por el imperativo de la difusión de nuestras ideas e ideales, que estamos andando este viaje, en uno de cuyos altos, nos hemos detenido para contemplar la sede de la Organización de las Naciones Unidas, cuya sola presencia, nos ha sugerido cuanto se refleja, sobre el espíritu, desde el interior de ese más que positivo, simbólico edificio. Lo dejamos allí, con su nuevo Secretario General Dag Hammarskjöld, el joven sueco, que ha sucedido a Trygve Lie, que al aceptar el cargo, al que la unanimidad de la Asamblea, aún Visinski y compañía, ha ratificado, telegafiaba estas expresivas palabras: "Al percatarme de mi falta de capacidad para el desempeño de tal cargo, he vacilado en la aceptación, pero comprendo que no me es imposible rehusar la tarea a la cual he sido llamado, y, al haber sido elegido por la Asamblea General para tan alta misión, no puedo menos de sentirme profundamente honrado".

No pertenece el nuevo funcionario a partidos políticos y es un notable economista. Acaso en la filosofía de los números encuentre este nuevo personaje, surgido de un golpe al plano de la actualidad mundial, la fórmula que permita dilatar los horizontes de la paz mundial.

Y volvemos al ritmo activo del concepto que tan bien ha expresado el historiador inglés: la difusión de nuestras ideas e ideales. Por ellos estamos, nuevamente, en alas de los aviones y por las rutas del mar y de la tierra. Después de dos medios días nutridos de ocupaciones, y en particular, por haber uno de ellos, caído en sábado, cuando a mitad del mismo, clausuran los bancos y las principales oficinas, sus servicios; gracias al concurso inteligente y decidido de Mr. John Wilson, pude obtener los pasajes y mi pasaporte para salir ese mismo sábado con destino a Londres, la imponente metrópoli del Imperio Británico que sintió, en lo más hondo de su estoico espíritu, los infernales ataques del Eje en la última guerra mundial.

Momentos antes de dejar los Estados Unidos de Norte América tuve el honor de ser padrino de la hija de dos grandes artistas. Como si en este rasgo espiritual quisiera el destino poner, en mi empeño, la esperanza de una humanidad para la que todos luchamos por tiempos mejores y libres del temor y la amenaza que los sistemas dictatoriales han forjado en la tierra, ya tan rudamente castigada, por los cataclismos humanos y los de la naturaleza.

Sobre lo empinado de este cielo neoyorquino, que rompe las alturas con sus mil torres comerciales, como si las cifras tuvieran una arquitectura babilónica, discurren, apenas perceptibles, para el que deja la visión de la tierra, los aviones que, a diario, y con intervalos, a veces de minutos, cruzan el espacio, vinculando a la gigantesca urbe con todos los confines de los Estados Unidos y las capitales de todas las naciones del mundo.

Aderezadas ya las maletas, siempre el ánimo vertical dejamos nuestro precario alojamiento, para encaminarnos al Campo Internacional de Ilde Wilde, empleando, aproximadamente, una hora desde Nueva York, en un automóvil particular, siendo gentilmente acompañados por el estimable caballero colombiano, señor don Francisco Hurtado, miembro de la organización "W. R. Grace and Co.", tan conocida en Centro como Sur América, y, con representaciones en Londres y París.

Cuando uno ha vivido, desde la época en que las máximas velocidades, provocan hoy la risa de las nuevas generaciones, y no existía el avión cuyo ritmo ha acelerado el de los viejos medios de locomoción, sean marítimos o terrestres, puede mejor apreciar, en toda su magnitud, esta belleza del transporte aéreo moderno. Lo que para nuestros padres era un sueño imposible, y apenas se le conocía en los audaces relatos de los grandes novelistas, se ha convertido, hoy en un servicio ordinario, que, sin embargo, conserva, dentro de su frecuencia, un vestigio de emoción que solamente la fantasía puede provocar.

Apenas asciendo a la cabina de este Clipper de la Pan American World Airways, es muy agradable mi primera impresión. La calidad del pasaje y su magnífica instalación, sumados a las atenciones del Purser y de las Fly Hostes, que dominaban el castellano, contribuyeron a inclinar mi ánimo por los declives de la afinidad que solo la casa propia ofrece al hombre en medio del vértigo de la vida contemporánea.

Tuve, a bordo, el señalado honor de ser presentado a Mr. Franklin Delano Roosevelt, Jr., primogénito del recordado ex-Presidente de los Estados Unidos de Norte América, durante una de las épocas más agitadas e inquietas de la historia de la humanidad, y figura de relieve universal, que iluminó con su inteligencia, su saber y su gran corazón, no sólo los capítulos de la acción estatal de su país, sino también las gloriosas páginas de la victoria de los pueblos libres.

Mientras converso con el heredero del ilustre hombre público, desaparecido en un momento crucial, y cuando más necesaria haciase su presencia en el escenario inminente de la paz, observo al joven Franklin Roosevelt. Es de elevada estatura. Fisonomía de rasgos que le hacen ganar la simpatía de sus interlocutores. Ojos expresivos. Una frente amplia. De maneras que cautivan en la expresión de la más exquisita cortesía. Después de rendir homenaje al que fué su eminente padre, me acomodé en un asiento posterior al suyo.

Antes de subir a la cabina, se ofrecé a los viajeros una tarjeta, que debe entregarse a su ingreso. Allí se indica el número de asientos que, en este caso, llegó a sesentiséis. A mí me tocó el 41 y al señor Roosevelt el 37.

Del prospecto que nos entretiene, van surgiendo, informes que cobran la dimensión de lo que otrora solamente fuera producto de la fantasía novelesca. ¡Cuánta distancia y cuánto tiempo! Y sin embargo parece que fué ayer, recordamos, que este trayecto aéreo, lo hizo, abriendo la primera trocha celeste, el gran aviador Charles Lindbergh, en una hazaña que hoy es un suceso ordinario. Tenemos, por eso, que agradecer al *águila solitaria* de entonces, que hoy, su ejemplo, no se haya quedado en el aire, o mejor dicho, que se haya multiplicado allí, para poblarlo de gigantescas y audaces naves del espacio, que movilizan millares de viajeros, salvando en pocas horas, el gran charco. El sistema de Pan American World

Airways —dice el artístico impreso que hojeamos— cuenta con más de 300 aviones que vuelan a más de 400 puntos en 81 países y territorios de los seis continentes. Abierto en toda su extensión, el mapa en colores, nos habla de cómo estas modernas alas han empujado las distancias, al medirlo por el tiempo que requiere trasladarse un hombre de uno a otro punto, por más distante que esté, dentro del planeta. Dice bien el propagandista de la línea que utilizamos al escribir que "las fronteras pasan rápidamente... se abarcan continentes enteros en horas solamente... entretanto uno descansa y conversa con sus compañeros de viaje. Y allí se encuentra, mientras devoramos latitudes, y vamos en una carrera contra el día y la noche, como si jugáramos con el itinerario del sol y de la luna, sorteando los climas que tan pronto, nos recuerdan el invierno como nos envuelven en el calor estival. O nos deleitan con la sonrisa de la primavera y las melancólicas manifestaciones autumnales.

La poderosa máquina que decolló a las cuatro de la tarde, estaba ya en pleno vuelo veinte minutos después. Mientras leemos asoma a nuestros oídos la caricia de una música de cámara, que viene a través de los altoparlantes. La música se oye, en este crucero, de modo diferente a la manera como se percibe desde tierra firme. Parece que las notas se hicieran más leves. Como si ellas no surgieran de instrumentos materiales. Sino que fueran produciéndose al ensalmo de orquestas de un mundo donde no existen las vulgares dimensiones del que físicamente habitamos.

La música en el espacio, y los frescos recuerdos de Estados Unidos cuyos perfiles se dibujan allá abajo de las mecánicas alas, me asocian a la memoria de la capital norteamericana: Washington, donde al visitarla en esta vez, tuve la oportunidad de oír en el National Theatre la Primera y Gran Opera Norteamericana de George Gershwin "Porgy and Bass", letra de Du Nese Heyward e Ina Gershwin. Coros y orquesta dirigidos por Lehman Engel, con un notable reparto que incluye a William Warfield, en el papel de "Porgy", Camila William como "Bess", Inés Matthews, como "Serena", Avon Long, como "Sportin'Life", junto con Warren Coleman, June Mc Mechen, Helen Dewdy y otros.

Por que es una expresión del espíritu norteamericano y de su voluntad de triunfo, sean cuadesquiera a las circunstancias que rodean sus difíciles comienzos, extractos de la historia del reparto, algo de la fascinante vida de la primera voz de esa ópera. William Warfield, tiene —dice— una historia que parece llegar al plano de la ficción. Nacido en West Helena, Arkansas, vió transcurrir su infancia en un ambiente de autoemulación, estando todos los miembros de la familia dedicados al estudio. Su padre fué recolector de basuras, habiéndose educado a sí mismo, hasta que llegó a ser Ministro baptista. Cuando Bill cursaba estudios superiores, su profesor de música Else Miller, le hizo entrar en un concurso que le valió una beca en la Easton School de Rochester, Nueva York.

A poco de haber iniciado el vuelo, se avista una enorme extensión de tierras bajas y multitud de casas nuevas. Luego, cuando el reloj nos dice que son las cuatro y veinticinco, el mar nos mira, gigantesco e impasible, allá abajo. Vamos rumbo al norte. Con tiempo nublado y fresco. La enorme nave del espacio lleva en su parte inferior, un compartimiento destinado al bar para dieciséis personas, a carga y equipaje, así como bodega de finos licores.

Y empieza el cruce que tantas veces hemos verificado por vapor, del Océano Atlántico. Volvemos, con la imaginación, a la infancia, cuando pequeños aún, estudiábamos sobre el atlas o en el mapa mundi de la pared escolar, los continentes. Ahora, también en miniatura, reproducidos con sus típicos e inolvidables perfiles, los tenemos en el prospecto que llevamos consigo. Las tres Américas al centro, figurando la del norte y la del sur, unos corazones estilizados, como si quisieran significar, con la imagen, el sentido humano de su acción universal y a los extremos tierras europeas y africanas y el mundo asiático. Entre ambos a manera de mediador nuestro hemisferio que, no en vano, se ha estimado como la tierra de promisión y de paz.

Esa masa gigantesca de agua, que parece la réplica del cielo, como que en ella se refleja la inmensidad azul, está, para nosotros, poblada de historia. Por sus aguas han surcado naves que llevaron la guerra y la paz. La esclavitud y la libertad. La riqueza y el pauperismo. La salud y la enfermedad. La cultura y la barbarie. ¡Cuánto hablan a la memoria de los pueblos esas líquidas montañas! Del fondo de sus abismos se levantan, como sueños de pesadilla, los barcos en desigual batalla hundidos. O las naves que, en días de paz, fueron víctimas del destino que se confabuló con la furia de los elementos. Pocas nubes observamos al cruzar el histórico y legendario mar..

A la hora de cenar se hace los honores a una magnífica mesa bien servida. Los que rinden culto a costumbres que los médicos, con muchas excepciones, condenan cuando se

trata de chequear a sus clientes, tienen un paraíso de cocktails, vinos y tabacos. Los pasajeros, que somos cuarenta y seis, casi colmábamos todos los asientos de la aeronave transatlántica. Mientras tanto la máquina desarrollaba una velocidad de 260 millas por hora. En ese momento pudimos admirar un lindo crepúsculo. Tonos suaves, rosa y gris, que se diluyen en el juego de la mágica paleta del horizonte que nos rodea. En lo lejano del mar, se avisan manchas de espuma, que rompen la monotonía de las aguas. Miramos nuestro reloj. Son las seis de la tarde. Se ha difuminado el crepúsculo en las sombras de la noche. Sobre la parte superior de los asientos y longitudinalmente se extienden camas para los viajeros. A las nueve de la noche aterrizamos en Terranova. El suelo se halla húmedo. Un clima frío empieza a chicotear. Hay otros aviones esperando en Gander Airport. Antes de las diez de la noche, nuestro Clipper, despegó y a las diez y diez estábamos, otra vez, en pleno vuelo.

Me despierto a las cuatro y cuarto de la mañana con un raudal de luz por las ventanas. Es un espectáculo hermoso. Como si del sueño a la vigilia no hubieran mayores límites que los que el artista precisa en la conjugación de los colores de sus cuadros. Navegamos sobre un manto de armiño que hace brillar esplendorosamente el sol. Me levanto después de las cinco y media. Hay un cómodo lavatorio donde nos aseamos para luego, a las seis gustar un agradable desayuno. Los demás viajeros leen y fuman. El avión parece que ni se mueve. Va directamente como un anhelo gigantesco, acaso el espíritu de nuestro crucero, encima de las nubes y de los paisajes, donde el hombre pone, a veces, su odio y su maldad, conspirando, así, contra la belleza de la tierra. Como si el hombre, en su soberbia o su ceguera, no entendiese, que la naturaleza es más sabia que su ciencia académica, con la que, sin embargo, no ha acertado a descifrarla en todo su majestuoso misterio.

Un saludo floral aguarda a las damas. Se las ofrece bouquets de orquídeas. A las 7 y 35 de la mañana se anuncia al pasaje la próxima llegada a Londres, en 25 minutos más. Es decir a las ocho de la mañana. Un cuarto de hora, antes de la señalada, avistamos el perfil de la tierra inglesa. La metrópoli del Imperio Británico. Aquella gigantesca ciudad, cargada de historia y de leyenda, que lleva ya sobre su pecho, la condecoración del mundo libre, cubriendo las heridas de la última guerra. Bajo el ceño de Isabel II y el gobierno de ese gran espíritu, Winston Churchill, representa la cultura de un pueblo y el ejemplo de la humanidad. Se delinean preciosas casas flamantes. Y al punto acuden a la mente las costumbres de ese pueblo, tan amante del hogar. El *my home* que los ingleses pronuncian con emotivo acento y que es la suprema institución de su carácter, si se nos permite, insular. Cada inglés en su casa se siente como en su isla. La isla necesaria al hombre para sustraerse al mar de pasiones y egoísmos, que rodean la sociedad contemporánea, tan castigada, por el destino bélico de este siglo.

Cinco minutos después de la ocho aterrizamos en el Heathrow Airport London. Un cuarto de hora y estamos libres en la Aduana para ingresar a la corriente de la vida inglesa que discurre con sus millones de habitantes que, en relación con nosotros, los viajeros, están cinco horas adelantados. Igualamos nuestro reloj con los que señalan la actividad londinense. Media hora demoramos del Aeropuerto al Hotel.

Almuerzo este primer día mío en Londres, buscando un restorán francés, donde me cobran 16 chelines 6 peniques, sin vino, licores ni tabaco, los tres, sin duda, enemigos míos, por cuanto no los austó. La libra esterlina se cotiza a dos dólares, ochenta.

El problema del alojamiento se deja sentir en toda su incomodidad. Todos los grandes hoteles están llenos y el pueblo británico sometido a racionamiento, después de la guerra, que soporta con su admirable estoicismo y su gran valor moral. Nos tenemos que hospedar en el hotelito Duques.

Tenemos sobre la mesa la Guía Internacional, ya famosa, de Cook y el mapa general de Europa editado por Edward Stanford Ltd., que nos muestra, en sus líneas, de memoria aprendidas, el color gigantesco de la amenaza soviética.

En la cubierta de estos sugestivos opúsculos de la cartografía del viejo mundo, encontramos las referencias auténticas, con alturas y latitudes así como demás datos que interesan al viajero más celoso. La imaginación viaja luego por esos matices y esas líneas, que la geografía ha simplificado en su expresión dibujada y escrita, y vuelve a pensar en lo que, desde 1914, ha ocurrido sobre la faz de la tierra, modificando su carta a cada guerra o después de cada agresión. Junto a ese mapa, tenemos, igualmente, a la mano, el "Plano gráfico Chischester de Londres". Este plano comprende, y lo dice la versión inglesa de donde tomamos la traducción castellana, 230 fotografías de edificios y monumentos públicos digno de interés o de importancia, estando impreso en seis colores y abarcando 22 millas cuadra-

das de calles de Londres. Contiene también descripciones de los 50 lugares de interés principal para el visitante, un índice de referencia sobre 4,200 calles, con índice separado para los monumentos, lugares de interés, edificios principales, teatros, cinemas y las principales vías de acceso a Londres. Cuenta asimismo con un seguro plano de calles e índice de las Embajadas, Altas Comisiones, principales establecimientos y casas de negocios, hoteles, restaurantes y estaciones de ferrocarril, así como también las líneas de ómnibus. Incluye finalmente un plano e índice de los sistemas subterráneos.

En la Royal Opera House de Covent Garden se efectuaba la temporada de Ballet de 1952 poniendo "Sylvia", cuyo nombre me evoca, como peruano el nombre, poético, de la novia inmortal del primer poeta de la república Mariano Melgar, Héroe de la Independencia, y como prócer de la gesta libertaria americana, precursor de este ideal por el que venimos viajando al rededor del mundo: la emancipación de los pueblos.

Este motivo coreográfico, consta de tres actos y está basado en Aminta de Tasso, con música de Leo Delibes. No me resisto a reproducir el argumento del primer acto. Porque él solo es de por sí una emotiva página. Llena ya de la armonía de las líneas y la música de la escena en la que vive aún, con todo su esplendor, el arte clásico contra el que conspiran los mismos que atacan las bases de la libertad de los pueblos. Dice así, en su versión española:

"Un bosque sagrado: ninfas y silvanos danzan a la luz de la luna. Se dispersan ante la aproximación del pastor Aminta. El intruso queda solo para meditar sobre la impura pasión que la ha inspirado la guía de las cazadoras de Diana, la casta Sylvia, ante quien se ha rendido irreparablemente su corazón a pesar de haberla visto sólo una vez. Se escucha a la distancia el sonido de un cuerno. Aminta reconoce la música de caza de Diana y se oculta detrás del altar de Eros. Aparece Sylvia y sus ninfas. Danzan en honor de la cacería. En la arrogancia de su virginidad, Sylvia insulta a la imagen de Eros.

Ya en el refugio de mi hospedaje, vuelvo las hojas de un álbum, precisamente del Ballet de Coven Garden, y sobre cada página, admiro en su nitidez, la belleza de muchas escenas coreográficas, que se explican con el prólogo que reza:

"El señor Wood ha logrado una completa recopilación de nuestros bailarines. El atractivo de estas escenas reside en el hecho de que todo artista ha sido fotografiado en algún lugar del escenario. Desde Margot Fonteyn, que posa teniendo como telón de fondo el auditorium de la Opera House hasta Beryl Gray, que aparece como grácil Reina de los Cisnes, tenemos reunidos en un sólo conjunto al teatro y a los artistas".

Pero dejamos estos amables recuerdos e impresiones, cuando al ordenar nuestro equipaje, tomamos a ver el plano de Londres, que desdoblado, nos asocia a la visión retrospectiva. Hitler y sus generales, haciendo igual operación, señalaban, a sus comandos del aire, los sitios vulnerables a la furia del fuego, que sin embargo no doblegaban el indómito y recio carácter de la city. De esa ciudad, que al salir a la urbe, me ofrece cerca de la Iglesia de San Pablo destrucciones firmadas, para la historia, por los alemanes del nazismo.

Hasta mi precaria residencia llega el estímulo de figuras cimeras de mi patria. La del señor don Jorge Prado es la primera. Uno de los más destacados peruanos, parlamentario, ex-ministro y ex-candidato a la Presidencia de la República, residente ahora en Brighton. Estuvo a verme en unión de su gentil señora esposa. Fué también el señor don Jorge Prado Embajador del Perú en el Brasil y en Washington y Londres. Llevó, en ambos despachos diplomáticos, a cabo una intensa, elevada y notable labor que cooperó, grandemente, a unir a los pueblos afines del hemisferio.

Lejos de Londres, cuando retornamos a nuestro cuartel americanista de combate, una carta del insigne repúblico, nos trae su respuesta a las preguntas que, le formuláramos, acerca de los inquietantes problemas actuales del mundo en pugna por el dominio del mismo. A nuestra inquisición apoyada sobre la piedra angular de propias observaciones, nos responde, don Jorge Prado; contestando a la primera que dirigimos de esta guisa":

"Las islas británicas están preparando el espíritu de su pueblo para defender su libertad e impedir su conquista?

—Sin duda alguna. Estoy convencido que si Inglaterra fuera nuevamente atacada procedería en la misma forma que durante la última guerra, defendiendo palmo a palmo, su territorio si fuera necesario.

"También debo decirle a Ud. que las medidas de defensa que posee y que cada día desarrolla y perfecciona en todo orden, territorial, aéreas, navales, submarinas, son inmensas y sólo en muy pequeña parte llegan a conocimiento exterior.

Y sigue el ilustre compatriota con la encuesta de nuestra fórmula:

"Cómo creo posible contribuir a evitar la guerra? Esta pregunta es difícil contestarla así rápidamente. Mucho más cuando en el fondo —si no me equivoco como puede sucederle a cualquier mortal— no creo en la inminencia de una nueva guerra a pesar de la atmósfera beligerante que se siente en distintas partes del mundo y de la agitación general en que viven muchos pueblos".

"Creo que si se calman las pasiones en los Estados Unidos después de la elección presidencial y su prensa modera sus expresiones que tanto han excitado y excitan las opiniones dentro y fuera del país, se podría buscar en un ambiente más tranquilo y sereno en el orden internacional, oportunidad de tratar como antiguos aliados y vencedores de la pasada guerra, entre los tres grandes gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, de nuevas bases de acuerdo,, que en mi opinión no se han realizado debidamente después de la victoria; quedando en cambio perdido todo propósito en ese sentido en medio de la intensa disparidad de opiniones e intereses que surgen y se agitan más en el escenario cuanto más grande más peligroso de la publicidad que se explota en las asambleas como en la de la Liga de las Naciones de Ginebra y ahora en la que le ha reemplazado con mucho mayores proporciones en New York.

"Mientras tanto —concluye el señor Jorge Prado—, el mundo sigue agitado, inquieto, perturbado por todas partes por donde se ponga la vista como lo habrá Ud. comprobado en su reciente e importante viaje de observación internacional. Qué va a resultar de todo esto? Sólo el tiempo lo podrá decir, pero es muy posible que de la intensidad misma de la crisis general, del fondo del mal como lo expresa el aforismo castellano, es posible que surja la definitiva esperanza de la paz".

De la sugestiva carta del eminente hombre público peruano y mis juicios de ese entonces, a los días en que redacté esta obra, se ha tendido un puente largo y ha pasado, en poco tiempo, mucha agua debajo de sus arcos. La elección presidencial en Estados Unidos de Norte América, la paz en Corea, el viraje de la política belicista y otros factores en los países cogidos por la neuralgia de los acontecimientos, asuntos de suyo complejos, que no pueden juzgarse sobre la piel de los sucesos, y que por lo mismo, lo dejo, para tratarlos, tranquila y objetivamente, en los capítulos que van a surgir al cabo de este relato que no tiene otro objeto que vertebrar, en una sola columna, la unidad de mis viejos propósitos no sólo de unidad continental, sino también, de fraternidad donde quiera que haya un hombre amigo de la libertad de los pueblos.

Sin embargo al concepto de quien ha nacido bajo el mismo cielo, lleno de promesas, de nuestra patria, tenemos que agregar, lo que expresa el que, personaje también de valor dentro y fuera de su país, coincide los puntos de vista del público peruano. Se trata de un diplomático, y como tal, la discreción aconseja silenciar su nombre, pero no su calidad, que es lo que le comunica valor trascendente, cuando escribe correspondiendo a nuestra encuesta básica del viaje realizado:

"Puede usted creer, con toda certeza —nos dice— que el pueblo de estas islas estará siempre preparado y determinado para defender su libertad, como ha sido en los siglos pasados: "Britan new shall be show" queda siempre nuestra divisa nacional.

"Y me parece que la mejor, y en efecto, única manera de evitar la guerra consiste en mantenerse en un estado adecuado para hacerle frente en el caso de que estalle. No hay duda que las noticias sobre nuestra arma atómica hayan contribuido mucho a disminuir los riesgos inherentes a la situación mundial de hoy.

"Puedo añadir que se nota un aumento bastante importante en el desagrado del mundo obrero para con la infiltración comunista".

De estas palabras, que configuran el espíritu combativo de los heroicos ingleses, paso, en mis recuerdos, a la visita que hice a Londres, cuando pasé por delante de los edificios donde funcionan el Banco de Inglaterra, la entidad crematística, que por sí sola merece un libro aparte. De esa institución han salido soluciones que han revolucionado el comercio y las industrias. A ella vienen marejadas de oro que, a pesar de su peso físico, ostentan en su significado mucho del espíritu de la Gran Bretaña. Vemos, también la Bolsa, esa casa que parece de locura, cuando se agita el mundo entre la paz y la guerra, o ante el conjuro, de las catástrofes de la naturaleza o los alzamientos militares en aquellos lugares donde se encuentran los valores que los bonos representan. Pero entre la Bolsa de Londres y la Bolsa de Nueva York, encuentro diferencias, que reflejan, admirablemente, la vida colectiva de ambos pueblos. Hay aquí un paralelo que establecer y que alguna vez a pluma más autorizada que la mía, le ha de sugerir sin duda, no sólo el comentario sociológico, sino también, el argumento de la novela moderna.

Junto a dicho edificio, cargados de historia, nutridos de leyenda, con las huellas del tiempo y de los hombres, se levanta la residencia del Lord Mayor para verlos con nuestra imaginación, dando testimonio de la última contienda.

Enriquece nuestra cosecha de libros que, en cada viaje, obtenemos para mejor documentarnos de lo que, ocularmente, hemos conocido, precisamente uno sobre la Torre de Londres por el Coronel E. H. Carkeet James, quien en el prefacio dice bien cuando anota:

"Como Gobernador Residente y Alcalde de la Torre de Londres, he vivido en ella durante los cuatro años últimos —escribe en setiembre de 1949— respirando su atmósfera he ido adquiriendo lógicamente un creciente interés en su historia y un cariño por todo su caudal de tradición.

"Recomendaría —nos aconseja— que este libro fuese leído después de efectuar una visita a la Torre, porque mientras se permanezca en ella la mente estará abstraída por lo que ven los ojos y escuchan los oídos. Debo advertir al mismo tiempo que este libro no es un guía, sino una narración ordenada que puede ser leída por aquellos que no pueden visitar la Torre.

Los capítulos XVI y XVII proporcionan por primera vez cierta información sobre los Alabarderos de la Guardia y las ceremonias tradicionales, así como también sobre los incidentes de las dos guerras mundiales".

Y evidentemente dice claro. Es uno de los monumentos históricos que más ha encendido la especulación de la fantasía. Por algo dice el Condestable de la Torre de Londres Mariscal Wavell: "Ha sido contemplada durante ocho siglos y medio como fortaleza, palacio y prisión y en la actualidad parcialmente como museo. Mucha historia ha pasado a través de la Torre en esas ocho y media centurias; mucha de esa historia es severa y torva, pero tiene un poderoso y atractivo interés, de la misma manera que su arquitectura y los muchos archivos y memoriales que se conservan en ella".

La estadística de las personas que la visitan habla elocuentemente con cifras que parecen una hipérbole pero no lo es. Cerca de noventa mil visitantes, procedentes de todo el mundo, la frecuentan por año. Esas personas oyen de sus Alabarderos de la Guardia algo de su historia. Pero como muchos desean conocer esa historia con mayor amplitud —lo dice el Mariscal Wavell— el Gobernador residente ha forjado el libro que comentamos.

El reloj, que aquí en Londres, tiene una alma. La de su misma ciudad. Y con ella la de sus hijos heroicos, nos habla de la transmutación de la piedra filosófica de la acción: el tiempo es oro. *Time is money*. Pero es también espíritu. Ese tiempo, en lo que a nos se refiere, nos reclama para otros capítulos del viaje, girando al rededor del eje de nuestro idealismo de paz y de justicia. Prívanos, por tanto, de detenernos, como quisieramos, en todos los ángulos y motivos de la Torre de Londres. Bastaría, sin embargo, aludir a los capítulos del libro, en su título, para darse idea de lo que significa el histórico monumento: La Torre de la Colina —se llama el primero. Y siguen: Disposición y usos de la Torre.— La puerta y muelle de occidente.— Sala de la Guardia y Campanas de la Torre.— Zona fluvial, lado sur de la Residencia del Rey y la Puerta de los Traidores.— La Torre Wakefield y las Joyas de la Corona.— La sangrienta arcada de la Torre.— La muralla del Siglo XIII y la Ceremonia de las Llaves.— La Torre Sangrienta.— La Torre Verde, la Casa del Rey y los Botines.— El Sitio del Cadalso.— La Torre Beuchamp.— La Capilla Real de San Pedro Ad Víncula.— Las Barracas de Waterloo, el Rancho de Oficiales, y la Torre Martín.— La Torre Blanca y la Capilla Real de San Juan Evangelista.— La Torre de la Guardarropía.— Muralla de Ciudad Romana.— Zona Sur de la Torre Blanca, las Torres de la Sal y de la Cuna.— Los Alabarderos de la Guardia y las Ceremonias de la Torre.— La Torre durante las dos Guerras Mundiales".

Pese a la escueta enumeración, estamos seguros, que el lector al sólo leer los nombres que van saliendo como de un cofre de cuentos, piensa, *ipso facto*, en todos los argumentos que la leyenda, la novela y la historia, han tejido en torno a este sitio que inspira admiración a unos y a otros temor. Pero que, sin duda, ofrece un fascinante atractivo del que no puede librarse el más indiferente y escéptico de los hombres.

Vamos, de nuevo a las calles de Londres, y veremos, Junto a la Torre de Londres, casas bombardeadas. Luego el Parlamento, estilo gótico, para armonizar con la Abadía de Westminster, que en su arquitectura y su espíritu, conserva todavía, los rasgos de la unidad católica que le dió vida en los pretéritos siglos, anteriores a la Reforma. La estatua del Rey Ricardo Corazón de León del siglo XIV parece animarse, a nuestra vista, y cobrar el esplendor de su vida en los días gloriosos de antaño.

Allí vemos que el Parlamento se está reconstruyendo porque también hubo de sufrir los impactos de la última contienda. Próximo a esta sede donde se debaten los destinos del

Imperio Británico, se levanta Scotland Yard, la famosa institución policial que ha escrito episodios mil en el mundo de la guerra a la delincuencia universal. Cerca de la Abadía recorta su silueta el monumento a Lincoln. Y en otros lugares de Londres también la gratitud inglesa ha levantado la efigie de Roosevelt por lo que significó para la victoria final, la acción del gran demócrata americano. Contemplamos, igualmente, el monumento a Wellington, el vencedor de Waterloo, que parece sostener un diálogo ideal con el estadista moderno, como si en la lógica del tiempo, los siglos de uno y otro, hablaran el mismo idioma de la libertad de los pueblos.

Al pasar delante de la modesta fachada del "31 10 Downing Street", despacho del Ministro de RR. EE. surge, ante nuestra memoria, colaborando la imaginación, todo lo que la historia de los últimos años ha acumulado en torno a esa puerta y al rededor de ese número. No hay, creo, en la vida de las naciones, una puerta más sencilla, y sin embargo, una puerta más grande, en su significado, que esta por donde han pasado los más grandes arquitectos del Imperio Británico.

¡Cómo hablan al recuerdo y estimulan el pensamiento la Plaza Trafalgar, con las efigies de Carlos I y Nelson, llevándonos a los inquietos días de la vieja historia inglesa y a la majestad del océano donde el gran marino escribiera una de las más bellas páginas del heroísmo universal!

En estos escenarios urbanos, que se proyectan con sus nombres y sus visiones, hacia los cuatro puntos cardinales, se retratan, muchas gentes, que de ese modo, quieren fijar su mortal estampa, sobre lo que no muere. Marineros americanos y soldados de la misma nacionalidad, impresionan diversas poses, delante de esos historiados edificios y plazas inglesas.

Nuestra excursión callejera nos pone en contacto, en los numerosos kioscos: —de típico estilo— con los órganos de la prensa. El "Times" vale cuatro peniques. Y su sólo nombre equivale al de una institución. Severo. Claro. Majestuoso. Cada palabra de sus columnas parece que fuera muy meditada. Hay peso de siglos y luz de porvenir en los conceptos que vierten voceros como ese y el "Daily Telegraph" que vale tres peniques ejemplar. En América del Norte los diarios se venden a cinco y diez centavos de dólar.

Volviendo atrás en este descriptivo episodio de mi viaje, paso nuevamente por la Torre de Londres y contemplo una ceremonia pintoresca al efectuarse el cambio de guardia, con la entrega de la llave histórica. Ya en la Plaza Grosvenor me encuentro con el edificio de la Embajada de los EE. UU. de Norte América y la estatua, antes mencionada, de Franklin D Roosevelt. Su imagen en la materia parece cobrar la espiritualidad de su inmortal memoria. Y me emocio pensando que, hace diez años, estreché su diestra, dinámica y generosa, en su despacho de la Casa Blanca. Veo, así mismo, la ceremonia inaugural de ese testimonio de gratitud del pueblo británico, cuando descorre el velo, su recia e inteligente, consorte la señora Eleonor Roosevelt, que vinculada, en el sagrado compromiso de su unión con el hombre que determinó la victoria de los aliados, continúa, sirviendo sin descanso al patrimonio universal que legara su ilustre esposo. Veo con admiración los rasgos de la noble fisonomía del insigne estadista, uno de los auténticos grandes, para quien la libertad no tenía fronteras, porque no la tasaba materialmente, y por que él fué uno de los primeros conductores de pueblos que sentó la nueva doctrina de que las fronteras de un país amante de la dignidad humana, no estaban en su propia configuración geográfica, sino allí, donde la libertad se sintiera amenazada.

Parece, en el tranquilo ambiente de estos días, que de la sombra de la artística efigie, surgen poblando el cielo del mundo, sus proféticas palabras, cuando al día siguiente del ataque de Pearl Harwor, expresaba:

"Creo que interpreto la voluntad del Congreso y del pueblo al afirmar que no sólo nos defenderemos hasta el último, sino que tomaremos las medidas necesarias para que traición semejante, jamás vuelva a amenazarnos. Se han iniciado las hostilidades. No puede ocultarse el hecho de que nuestro pueblo, nuestro territorio y nuestros intereses se hallan en grave peligro. Nuestras fuerzas armadas, en las que tenemos confianza plena, la determinación sin límite de nuestro pueblo y la ayuda de Dios nos darán el triunfo inevitable".

Y a continuación comienza el estado de guerra que moviliza todo el país en un esfuerzo gigantesco cuya recompensa estuvo en el triunfo de las armas aliadas, que el genial mandatario, no pudo ver, porque el destino le abatió en plena acción gubernativa.

La traición sin embargo parece latente. Se ha desplazado de suelo. No surge de las islas japonesas, sino que, acaso, se anida en las sombras del Kremlin, donde, desde el día mismo del armisticio, la conjura comunista no ha querido dar una hora de tregua a los pueblos que con él vencieron la amenaza nacistascista.

Desde su pedestal de piedra y mármol, la sombra protectora del gran estadista, parece pronunciar su verbo de admonición. Los pueblos que, a tan enorme precio de sangre y de dolor, pudieron evitar la esclavitud del totalitarismo, no deben cerrar los oídos a las advertencias que, de ultratumba, vuelven a poner sobre las armas a millones de hombres.

Con estos y mil pensamientos más, que parecen confirmar muchas de las ideas por nosotros vertidas en libros anteriores, seguimos discurrendo por la ciudad londinense. Un arco de mármol invita a entrar en Hyde Park, donde hay una libertad de expresión que permite discutirse de todo sin el temor a la delación o el enojo de los poderosos. Regent St. estilo antiguo que sufrió los ataques del incendio de 1666 se ofrece, sin embargo, con singular hermosura. El monumento al Príncipe Alberto, frente al Albert Hall, donde esa noche de nuestro paseo, tiene lugar un concierto.

Bajo la impresión de las ideas que me llevaron al viejo mundo, con la emotividad de mi recorrido por las arterias metropolitanas, la sugerencia poderosa de los monumentos y las sedes de las instituciones democráticas del Imperio Británico, sostuve una entrevista con dos personas acerca del estado espiritual del pueblo británico, y ambos coincidieron en manifestarme que se encontraba fuerte y optimista, en condiciones magníficas, para repeler cualquier atentado contra la libertad y soberanía de la gloriosa nación. Y este recio temperamento, acero de almas identificadas en la misma fragua de la última guerra, permite sobreponerse a los tremendos reveses que sufrió el suelo británico en la contienda más grande de los últimos tiempos. Ni las privaciones. Tampoco los golpes en las arterias vitales de la Comunidad. Menos la política negativa del socialismo con sus errores, muy serios, para la integridad imperial, lograron recortar el penacho de su estoicismo. Aquí debemos evocar los rasgos de heroísmo de este pueblo maestro de los demás pueblos en las lecciones sangrientas de la historia. Soportó con una serenidad, sin paralelo, las furiosas oleadas de la guerra aérea, y en medio de las tinieblas de la primera derrota, pudo recobrar fuerzas de flaqueza, y mellar, paso a paso, con esa su propia filosofía, la al parecer invencible armadura de las fuerzas que el monstruo había venido creando ante la tolerancia de los aliados. Sobre el mismo cielo que ahora contemplamos en paz, parecen dibujarse, con el humo de las veloces máquinas, la frase inmortal de Winston Churchill, cuando todos los ojos, angustiados, se volvían al hombre que les dijese la palabra de la esperanza en la victoria final, y que llevó a la gloria de los tiempos, los nombres de los jóvenes aviadores. Aquellos que motivaron el que dijera aquél: nunca debieron tanto a tan pocos.

Ha llegado, en el relato, la hora de la despedida. Dejamos esta ciudad de ciudades, hermosa en sus cicatrices, y más bella aún, en su espíritu indomable, después de pasar una noche y un día alojados en el Duque Hotel. Ya en el magnífico edificio que, en Londres, posee la Casa Cook, asistido por un alto empleado, tracé los planes del viaje aéreo, a seguir.

PLAN LOOK

Subimos al avión que alza vuelo en Londres bajo el registro de la British European Airways a las ocho y cuarto de la noche del 17 de setiembre de 1952. Son 330 kilómetros que equivalen a una hora, cuarenta minutos de vuelo. Somos 27 pasajeros y todos formamos como una colectividad en miniatura, compacta. Se sirve una comida fría, ligera. Y llegamos a París, cuyas solas cinco letras, prenden, en todas las imaginaciones, las mil y una noches de las artes. Desde el arte de la vida hasta el arte del sueño. Desde el arte de la comida hasta el arte del vestido. Desde el arte del amor hasta el arte del odio. Toda la gama de las emociones alquitarradas en la alquimia maravillosa de su tradición y de su inteligencia colectiva.

Del Campo Le Bourget, ya famoso en todo mundo, nos dirigimos en ómnibus hasta la Estación de los Inválidos.

Luego, en taxi, al viejo Hotel Astor. Aquí, como en Londres, escasean los alojamientos. Se ofrece hospedaje solamente por días. Los compromisos de viajeros se acumulan en la administración. Oscilan los precios a capricho de las tarifas automovilísticas. Mientras un chofer cobra por una carrera nocturna 900 francos otro solo 250. Amanece, aquella mañana de nuestro primer día parisino, con lluvia ligera. Cook, cuyo nombre gira alrededor del mundo con su ofrecimiento siempre sugestivo de viajar y viajar, está en su antigua oficina. Es magnífica. Y el hotel donde nos alojamos nos brinda, también, alimentación.

Visitamos el Museo del Louvre. En las seis palabras de esta frase cabe un mundo de arte. La emoción de la belleza nos sale al encuentro desde que ingresamos al magno santuario donde los siglos se acumulan en expresiones de todos los tiempos. Es toda una cátedra de

estética objetiva. En los mil y un cuadros que se ofrecen al viajero, sin embargo éste, puede señalar, con el dedo, las escuelas que allí se hallan congregadas. Aunque el arte es universal, no obstante, la pupila capta en los estilos la nacionalidad de cada artista. Es que, así como para Buffón el estilo es el hombre, en lo que a las letras se refiere, nosotros podemos revertir la sentencia del gran naturalista, por la de que el estilo es la nacionalidad o la patria. La escuela italiana inconfundible en sus maestros de la pintura. La holandesa. Los belgas. La escuela francesa. Española. Todas han concurrido, en lienzos que nos detienen minutos, y se harían horas si dispusiéramos de mayor tiempo. Son efectivamente colecciones nacionales que están dictando, a diario, lecciones de arte a millares de visitantes. Aún los que, sin barnices de cultura, asoman a estos sagrados lares de la belleza, suelen enriquecer su espíritu con un sentimiento que, hasta entonces inédito para ello, se convierte desde ese momento en una fuerza rectora de su refinamiento del mañana.

Los italianos con su imaginación y su emotivo derroche de los matices, nos ofrecen cuadros que hablan de su sentimiento místico, como el Giotto en el San Francisco del Monte Alvernia, Fra Angélico con su Coronación de la Virgen, Boticelli con su famosa pintura de "La Virgen, el Niño Jesús y San Juan", Mantegna, con "La Virgen de la Victoria", o su "San Sebastián". El mismo cuando incursiona en lo profano, nos brinda una concepción asombrosa en "El Parnaso". Leonardo de Vinci, el atormentado artista, nos detiene con la "Virgen de las Rocas" el lienzo del que se ha escrito que "tiene la poesía y la belleza espiritual de las figuras". Su "Baco" y la misteriosa Gioconda, en torno de cuya sonrisa, se ha especulado tanto por filósofos, artistas, sociólogos y críticos. La Cena, es otro de los lienzos, del gran renacentista. Rafael con sus Madonas. Rubens. Y en otras secciones Van Dyk, Rembrandt, maestro del claroscuro. En la escuela francesa David el pintor de Madame Recamier. Empero para nuestra sensibilidad, surge como uno de los testimonios concluyentes de la pintura clásica, contar la que en vano se revelan, los improvisados iconoclastas modernos, el cuadro de Gerard "El Amor y Psíquis". Allí está, asimismo Baron Gross con su imponente "Bonaparte en Arcole". Ingres tan discutido. Delacroix. Corot que, como alguien diría, "adora ingenuamente la naturaleza". Millet con su Angelus. L Hebert en su impresionante "Beso de Judas". Meissonier con el retorno de Napoleón derrotado por la nieve rusa. Holbein con sus hieráticos personajes, entre los cuales la popularidad ha multiplicado la imagen del famoso Erasmo de Rotterdam. Y los españoles Ribera, Velásquez, Murillo. Goya.

Al terminar de recorrer las galerías siente uno la fatiga de la grandeza espiritual de los hombres que forjaron tantas expresiones de la emoción de la belleza en el paisaje, la vida y el hombre.

Salimos del Museo del Louvre para pasar cerca del Arco del Triunfo, en tanto, llegan a nuestros oídos, por la voz de la memoria, los versos de la Marcha Triunfal de Rubén Darío:

"Ya viene el cortejo,
ya viene el cortejo,
ya se oyen los claros clarines,
ya viene el cortejo de los paladines..."

Poema vibrante que el vate nicaragüense, supo recoger, en su inspiración, de este monumento, en cuya base, arde, victiva, la llama del Soldado Desconocido.

Al ingresar en el Museo del Hombre —síntesis del trabajo de la ciencia que busca los secretos de la mortal arcilla— recordamos al sabio aquél en quien contamos a uno de nuestros dilectos amigos, el habilísimo personaje francés Monsieur Paul Rivet, laborioso e infatigable investigador de las viejas culturas que ha llevado a cabo durante su larga vida, una tarea extraordinaria en aras de la Historia del Hombre y su Lenguaje. Sensiblemente, en aquellos días no pudimos verlo personalmente. Estaba ausente de la hermosa, grande y querida ciudad.

Nos brindó el tiempo de nuestra estancia en París la coyuntura de visitar al distinguido marino y diplomático peruano Contralmirante señor Federico Díaz Dulanto, Embajador de nuestra Patria, en Francia, y del que conservamos gratos recuerdos y honores, porque tuvimos ocasión de actuar ambos en la Junta de Gobierno del año 1931, cuando nuestro país atravesaba por una tormentosa época buscando el cauce de su constitucionalidad, después de más de once años, de gobierno dictatorial. Época aquella en la que nosotros pudimos llevar a la administración nacional muchas de nuestras ideas por el imperio de la democracia. Nuestra charla con el dilecto amigo y colega de ayer, versó, naturalmente, sobre el Perú y acerca de los problemas europeos.

Una estampa de la época moderna, en que la mujer, urgida por la guerra, asumió labores que antaño le estaban negadas, nos la ofrece cuando en la Etoile, detenemos un taxi que una recia mujer maneja con pleno dominio de su oficio.

Vamos al Casino de París, cuya sola mención, constituye en crónicas, novelas, films y hasta poemas, una sugerente frase. El derecho de asiento, vale en este lujoso ambiente, 1,500 francos, un programa 250 francos. Se ven soldados americanos procedentes del suelo germano. Un plato y una tacita de Sevres para café, cuestan 8,400 francos, diez mil y hasta doce mil. Una cajita de paté 1,216 francos. Pero cuando tratamos de cancelar nuestro pedido con un travelers cheque, el bodeguero no aceptó, haciéndonos perder una hora repartida entre consultas y excusas, para recibir, por fin, en la misma tarde de esa mañana, los papeles moneda que le ofrecimos a trueque de su mercancía.

Rondando acerca de los precios franceses, cabe señalar, que un día de alojamiento en el Hotel Astor importa 2,730 francos. Los miles, como en las monedas brasileñas, danzan fantásticamente alrededor de los grandes como de los pequeños negocios galos.

Visité, horas después, uno de los monumentos religiosos e históricos, más famosos del mundo. La Iglesia de Notre Dame. Al punto volvió a encontrarnos, en el laberinto de nuestros recuerdos, la lectura de la inmortal novela de Víctor Hugo "Nuestra Señora de París", en cuyo magno escenario místico, se desenvuelve la hermosa trama. Los personajes de esa ficción salen al primer plano de la memoria, con sus nombres, popularizados y actualizados por la pantalla: El Capitán Febo. La bella Esmeralda. El filósofo Gringoire diciéndole a la gitana, cuando ella le pregunta qué es el amor:

—Es ser dos y no ser más que uno.

O respondiendo a la interrogación sobre la amistad:

—Es ser dos que se tocan sin confundirse como los dedos

de la mano.

Y en sombras y claroscuros, cabe las volutas del campanario, la figura repugnante pero el corazón noble y generoso, del Jorobado de Notre Dame.

Todo ese caudal de recuerdos de lectura y de imágenes, van poblando la imaginación en tanto la retina recoge la vista de este templo del siglo XII, con su inconfundible estilo gótico, sus grandes vitreaux con motivos religiosos.

Celebro, luego en este París, que reclama no sólo días y meses, sino años para conocerlo en todas sus riquezas, una entrevista con un destacado hombre público. Este personaje, de clara inteligencia y sereno continente, me dice que la confusión que reina en Francia y que se extiende a varias partes del mundo, en su concepto, arranca de las convulsiones de las viejas colonias que perduran, agregando que el comunismo ha cedido terreno en su patria, y que, felizmente, día a día, gana ambiente la causa sagrada de los derechos del hombre que tanto se han conculcado en los países absorbidos por la voracidad imperial soviética o aquellos otros de ultramar, donde el despotismo, no quiere desaparecer a pesar de las severas lecciones de la historia.

De la alusión a los derechos humanos, viene el pensamiento, directamente a ocuparse, por afinidad, de una de las actividades más interesantes de la Organización de las Naciones Unidas, y acaso, una de las pocas, a pesar de sus varias crisis, que perdurará con firmes caracteres del espíritu universal que la anima. La UNESCO. Forjada al calor de las ideas de fraternidad y de acercamiento, esta rama de la ONU, viene desempeñando en el mundo, si bien es cierto no con la unidad y eficacia que inspiró su creación, al menos con rasgos evidentes de progreso, una misión que sirve eficazmente a la cultura como base de una mejor comprensión entre todos los pueblos de la tierra. Ya en otros párrafos de este libro hemos abordado, sobre la orilla del tema, aspectos de este resquebrajamiento del gigantesco edificio levantado, sobre el plano del espíritu de las naciones.

La acción comunista, que mucho tiene que hacer en estos altibajos de la ONU, se hizo más activa, dentro de Francia, en los meses anteriores a nuestra visita, llegando hasta la temeraria declaración, de que si la gran nación europea, llegaba a entrar en guerra, los rojos, que ya son una vergüenza de ese martirizado país, no formarían filas en el ejército de la patria que los cobija. Felizmente esta grave confesión, ha ido debilitándose a pesar de la actitud y soberbia de sus líderes, y Francia, ha entrado en una etapa de recuperación democrática y cívica, que la empieza a hacer impermeable a la lluvia de los denuestos y las actividades soviéticas. Francia se ve acosada, también, por los dirigentes, adversarios, en sus colonias, donde ya se ha encendido el fuego de la discordia y de la rebelión armada.

Empero el tiempo de mi itinerario, me acosa, y debo seguir alternando reflexiones con visitas, una de las que me lleva a la Saint Chapelle, de gótico estilo, del siglo XIV. Dos preciosas salas con magníficos vitreaux. Paso por el monumental Palacio de Justicia, donde se han ventilado sonados procesos, que llenaron planas de los rotativos de todo el mundo. La Universidad de la Sorbona con sus viejos muros y sus ancianos recuerdos. Como también los recientes, cuando el gran filósofo de moda, Henry Bergson, atraía no sólo a los profesores y alumnos y escritores, también a un núcleo numeroso de damas que escuchaban, vivamente interesadas, las profundas disertaciones del autor de "La Evolución Creadora" y de "La Risa", síntesis admirable de su filosofía.

Pasa en la fiscalización curiosa de nuestra mirada el Museo de Cluny. Y el venerable Instituto de Francia con magníficas estatuas. El Panteón de Hombres Célebres, donde solamente enumerar los nombres, sería invertir el tiempo que, sensiblemente, nos gana. La Iglesia de Santa Genoveva. Es el decano de los templos parisinos. El Senado y la Cámara de Diputados. Llegamos al Bosque de Bologne con sus centenarios árboles, personajes que la naturaleza conserva allí para cantar a todas las generaciones el paso del tiempo con sus caravana de recuerdos inmortales. En medio de este nemoroso paseo, los jardines y restaurantes. El cabaré de Lido y sus galerías. Y finalmente el paseo desierto de los Campos Elíseos, como si los dioses que fueron su númen, no existieran ya ni en la imaginación de los mitólogos. Cuando en la noche quise asistir a la Opera, madre y señora de las óperas del mundo, no pude lograrlo. Los boletos se habían agotado. Pasé, en cambio, unos agradables momentos con mi familia Thureau. El padre, un general idealista de la época napoleónica inspira la nostalgia de los días que ya nunca volverán aunque la historia se repite. Tuve, asimismo, una entrevista con la fina escultora boliviana Marina Núñez del Prado, que ha expuesto sus notables trabajos en este complejo París del arte y de la emoción, luego de haberlos exhibido en América del Norte, siendo en ambos centros muy celebrada.

Ha llegado la hora de despedirse, una vez más, de París, la ciudad que, el conocido decir expresa, bien vale una Misa. Y es que hay algo de sagrado y de místico en todo lo que mantiene, con la fuerza de la tradición, el espíritu de la Francia inmortal.

En la madrugada del 20 de setiembre de 1952, nos dirigimos a la Estación de los Inválidos para despachar nuestros equipajes desde París, con destino a Bruselas. Sensiblemente por la razón del mal tiempo reinante, el avión belga de la "Sabena", para la capital del vecino país, Bruselas, zarpa dos horas más tarde. La máquina, cuando nos acondicionamos en ella, lleva 46 pasajeros, y remontándonos a 1,500 metros sobre el nivel del mar, la nave del espacio lo surca a una velocidad de 400 a 450 kilómetros por hora. La temperatura fuera del avión marca dos grados bajo cero. Adentro una hermosa hostes belga nos atiende. Se sirve un cocktail. El almuerzo que hemos tomado, al aterrizar, en un restorán vecino al Aeropuerto, sin vino ni tabacos, nos cuesta cinco dólares.

Bélgica, ganando tiempo al tiempo que nutrieron los acontecimientos que son del dominio universal, se ha consagrado a una vida de trabajo. Con los ojos puestos en su propio emblema solamente vive para su patria. Como en otras ocasiones históricas de su accidentada existencia, está ahora alerta para repeler cualquier invasión, sobretudo, si ella viene con el revolucionario color rojo del comunismo. Bruselas ostenta preciosos edificios antiguos y en su mundo industrial cobra siempre actualidad uno de sus orgullos más grandes: el trabajo de los magníficos encajes que llevando su nombre atraen a los turistas de todo el mundo y embellecen, aún más, a las damas elegantes que los lucen.

Las horas se suceden con esa vertiginosidad que les imprime, más que las manecillas de los relojes, el ritmo de nuestro espíritu. Es que vivimos pendientes de un ideal que no admite rémoras. Su defensa reclama vibración continua. Las armas del espíritu no pueden enmohecerse deteniéndose en la inactividad de las horas. Pero ni aún de los minutos. Una fracción de tiempo, en las épocas de paz, como en las de guerra, suele ser decisiva para cambiar el curso de la historia. Quisiéramos, pasar momentos dilatados frente a cada edificio. A cada ciudad. En cada lugar de leyenda. O de arte. Mas el tiempo, errante judío, no se detiene. Tenemos por eso, a veces, que aludir a los sitios más atractivos, como el bibliotecario, frente a los anaqueles llenos de libros. Señalando, apenas, los nombres. Su cubierta. De ella suelen nacer sugerencias. Así de los grandes edificios y de los famosos sitios que visitamos.

De París a Bruselas, hemos ganado los 262 kilómetros en una hora. Nos toca, luego, seguir hacia Ginebra. Son 550 kilómetros que completamos en una hora y cuarenta minutos. En el aeropuerto de la ciudad que meciera la cuna de Enrique Federico Amiel, tocamos a las seis y media de la tarde. El toque de las horas nos pone en relación con el ambiente.

La industria de la relojería es aquí tradicional. Se construyen magníficos relojes montados sobre artísticas cajas de níquel, plata, oro y platino con piedras preciosas. Es una de las industrias esenciales del país. Es un trabajo que toma el tiempo no sólo de los grandes consorcios, sino también, de la industria casera. Los turistas son ganados por esta producción de las máquinas del tiempo, que revelan la honestidad y el espíritu del pueblo suizo. Acaso porque Suiza sabe mejor que ningún pueblo de la tierra el valor del tiempo, los hijos del helvético país, se han imbuído de la filosofía que mana del ritmo de las horas. Su equilibrio, que parece una inspiración de este concepto, le ha permitido mantenerse neutral en medio de dos guerras que, parece cosa de milagro, cómo no han prendido fuego en sus fronteras. Respetada Suiza por tirios y troyanos, ha logrado engrandecerse, y vivir para el trabajo, y la riqueza que su acción genera, alcanzando un nivel asombroso.

Apenas pisamos el suelo de la patria de Guillermo Tell, nos encontramos con el Director de la "Sabena" distinguido caballero que nos brinda todo el caudal de su atención en una extremada cortesía.

Aparece el suelo suizo bien cultivado. Montañas matizadas de árboles. Y pequeños poblados que vistos desde lejos, sobre la hermosura del paisaje, imaginan, en el viajero, la inmóvil figura de un cuadro preciosista. Comemos en el restorán del hotel, satisfechos por un buen servicio, como todo en este país, mientras un cuarteto de música de cámara, nos deleita con clásicas y por el mundo de otros lugares, olvidadas melodías. El río Rhone baña la ciudad que se abre en la cuenca del Lago Lehman enmarcado, como una fantasmagoría, con millares de luces eléctricas.

Me recuerdo, en este momento, conceptos de un escritor hispano, ya desaparecido, José Forn, quien bajo el rubro de "Ginebra, la ciudad más internacional del mundo" justifica que sea la sede de los certámenes de esa índole que en mayor número se han venido celebrando en los últimos años.

"Ginebra —apunta dicha pluma— de la que ya Julio César hablaba en sus Comentarios, el año 58 antes de Jesucristo, se convirtió en el siglo XVI en baluarte del protestantismo merced a Calvino. Como República, calidad que conserva, fué el último cantón que con el número 22 ingresó en la Confederación Helvética, sólo en 1814. Desde entonces en este país, que quizá por hallarse neutralizado ha sido el preferido para instalar las organizaciones internacionales, bate todos los récords sobre las demás ciudades suizas, por lo que no vacilamos en proclamarla la ciudad más internacional del mundo. Aquí vió la luz a fines de la centuria pasada, esa admirable institución que bajo el nombre y símbolo de la Cruz Roja tantos servicios ha prestado a la Humanidad; aquí continúa desde su fundación la Oficina Internacional de Trabajo. Y la Sciedad de las Naciones eligió a Ginebra para su sede, que ha heredado con armas y bagajes la representación europea de la Organización de las Naciones Unidas, la famosa O. N. U."

A continuación de subrayar cómo se refleja en esta urbe ese espíritu de internacionalidad, y cómo el espíritu de la paz, por el que combatimos,, tiene aquí sus mejores armas, el aludido autor agrega:

"Tal situación influye poderosamente en la fisonomía y ambiente de esta simpática población. La República entera apenas pasa de los 160,000 habitantes, de los que más de 120,000 corresponden a la ciudad. Y sinembargo Ginebra parece por sus espléndidas calles, su tráfico, sus edificios y sus comercios, la capital de un país mucho mayor. Viven en ella, en efecto, permanentemente más de doble número de personas de las que figuran en su censo oficial de ciudadanos. Pues a la obligada y densa población flotante hay que añadir un número extraordinario de residentes. Ya que no hay que olvidar que es uno de los Estados que brindan mayores facilidades para que los extranjeros alcancen tal favorable situación, con lo que logran importantes ventajas, de las que las fiscales no son, por cierto, las más despreciables. Esta República tiene el buen criterio de no querer esquilmar a los afortunados que aún poseen dinero. Por eso, sin duda, tienen su residencia en Ginebra tantos magnates internacionales de los negocios..."

En ese Palacio Internacional del Trabajo, que vemos con admiración, dejó mucho de su espíritu el idealista Presidente Wilson,, contrayendo por exceso de labor, la parálisis que le condujo más tarde, al eterno reposo.

En este país, la moneda norteamericana, se cotiza a razón de 2.47 francos suizos por dólar.

Salimos de Ginebra a Roma en un avión. Los mil kilómetros se hacen a razón de 540 por hora, en unos trayectos y en otros a menos, de modo que empleamos dos horas y cinco minutos en la total travesía. Llegamos así al Hotel Excelsior a las dos y diez de la mañana.

na. El hotel ha sido elegantemente transformado. Vemos lo que ya en nuestro país es un recuerdo muy antiguo. Algunas victorias haladas por un caballo. Son acaso saldos de los días difíciles del racionamiento de gasolina que limitó el tránsito de autos. Y también aspectos del pasado que se resisten a esfumarse en el vértigo de la moderna velocidad.

¡Roma! En sus solas cuatro letras se apoya la memoria y vibra el sentimiento con toda la emoción de eternidad que ellas encierran. Roma capital a la que convergen siglos de historia del espíritu. Con colosales vestigios y monumentos de las imperiales edades, co-deándose, al lado de los que evocan hechos recientes y dramáticos, como la Villa Forbinia donde habitaba Mussolini, convertida hoy en oficina británica.

Reina de los siglos —la llaman en el libro de H. Chéramy que adquirimos allí mismo— cambian. Pastoral en los tiempos de Rómulo. Guerrera en la república. Matrona austera. Cristiana, la primera difusora de la Verdad Divina.

Ocaso de los dioses paganos, vió surgir, con las armas, precisamente del espíritu, ¡Cruz que redimiendo al mundo, enseñaba y sigue enseñando el único camino de la paz.

Mirando dentro de la ciudad, al rededor de ella, cabe las orillas del Tíber, el río de las sugerencias, Roma habla el lenguaje elocuente de todos los tiempos al viajero. Debajo de su actual superficie, se conserva, aún, la ciudad cristiana, con las catacumbas, de donde, ante la amenaza de los dictadores, surgió la rebelión de los más nobles sentimientos de la humanidad. Desde el de la libertad de los esclavos hasta el de la dignificación de la mujer. ¡Cuántas lecciones enseña cada piedra, cada columna, cada vía, en esta hermosa metrópoli!

Los recuerdos de lecturas y referencias. Las huellas de otros viajes. El testimonio de los amigos y los escritores. Todo pasa, velozmente, en nuestra memoria, cuando contemplamos Roma, como si se abriera un gigantesco libro, forjado por el genio de un Miguel Ángel, cuyas manos enormes, hojearan, pasando a prisa, páginas de páginas, ilustradas con grandes textos y millares de láminas.

Desde sus colinas sagradas, Roma, mira al mundo, y sigue dictando en todo lo que ha compilado la inteligencia, las inmortales lecciones de Derecho, madre como es, de esta disciplina de la Justicia.

Ciudad de los museos que atesoran verdaderas fortunas en expresiones de arte que hablan, a las generaciones todas, el idioma de la belleza, nos enfrascaría, horas de horas, describiendo, sólo objetivamente lo que hemos captado a través de nuestro acelerado recorrido.

En el Pincio se yergue la Villa Borghese de Roma, cuya Galería ofrece, en nombres famosos, puede decirse, todo el abecedario en escultura y pintura. Desde el Salón de Ingreso todo predispone a las emociones de la belleza que, más luego, han de ganar el sentimiento del viajero. En el Salón de los Bustos, las imágenes de los Emperadores, nos repiten la historia en toda su majestad. Con sus grandezas y miserias, para decirlo en los términos del desilusionado George Clemenceau, aquel hombre que en 1914 forjó la victoria de la derrota, como veinticinco años más tarde, otro genio de la guerra, Winston Churchill, habría de hacer lo mismo, desde la heroica isla imperial. En este Museo, donde se goza la sinfonía de colores y líneas, maravillosa de los artistas de épocas diversas, nos detenemos ante la de la hermana del Gran Corso: Paolina Bonaparte, para quien las glorias del Emperador se convirtieron en la oportunidad de dar a su orgullo de mujer, la ocasión que la vanidad femenina siempre espera.

Asistimos, en el Teatro Valle de la Opera a la representación de 'Il Trovatore', la inmortal obra de Giuseppe Verdi, bajo la dirección del Maestro Concertador y Director Mario Chericci, haciendo el rol de El Conde de Luna, el notable cantante Gaetano Monaco y el de Leonora Lidya Serafini.

Al salir del teatro, los cafés colmados de gentes, y las calles lo mismo. Se recorta grande y hermoso el Palacio de Justicia. Las fuentes cantan en notas que sugieren profundamente. Y las estatuas parecen abandonar su hieratismo para dialogar, en el lenguaje de la eternidad, los clásicos temas de la vida de todos los tiempos. El río Tíber, pasa debajo de los artísticos puentes, murmurando la filosófica lección de Heráclito sobre el río de la vida.

Más lejos el monumento a Garibaldi, el edificio con columnas de Bernini en la Plaza de San Pietro con dos surtidores, cantando el *ritornello* de viejos amores.

He aquí llegando ya a la Ciudad del Vaticano. Si Roma es la urbe de las siete colinas, el mapa espiritual donde se levanta la piedra sobre la que Pedro fundó la Iglesia de Cristo, es una de las más altas cumbres morales del universo. Pero es también una congregación de expresiones, sin paralelo, del arte. El Obelisco inconfundible de la Plaza de San Pedro

y las columnas que la circulan llegan a la retina anunciando las bellezas que en seguida ha de admirar el viajero. Mármoles. Bronces. Lienzos. Estamos, como suspensos de la emoción de la belleza que todo irradia, en la Capilla Sixtina. Nos sirve, a manera de cicerone, Mary Pittaluga, en su estudio a todo lujo publicado. Y nos dice, apenas entramos:

"Erigida por voluntad del Pontífice Sixto IV della Rovere, la Capilla es obra de Giovannino de'Dolci y fué consagrada el 15 de Agosto de 1483, día de la Asunción. Un cuadro del Perugino representando la elevación de la Virgen María a los cielos, colocado en otro tiempo encima del altar y ahora destruído, justifica la advocación. El exterior de la capilla tiene un aspecto sencillo y fuerte como de defensa. Es un edificio rectangular de ladrillos con cornisas de travertino y saledizos de la misma piedra a las ventanas."

Luce, hermosa, la reja que separa el Presbiterio de la nave central, con hermosos pilares, sobre un zócalo esculpido con gran pureza. Hay frescos que representan Historias de Cristo y de Moisés. En el de la Historia del Gran Legislador del Antiguo Testamento, regalan a la vista con un jubileo de sencillez y majestad a la vez, Las Hijas de Jetro. Y como composición de conjunto asombra el Testamento y la Muerte de Moisés. "El mismo paisaje —dice nuestro guía en el texto que consultamos— que ha imaginado de conformidad con las otras composiciones y que es, por su naturaleza, un elemento inconciliable con el concepto señorial de áspera forma en movimiento, absorve aquí funciones determinadas: aligerar, es decir, alternando cielo y tierra, penumbra y luz, la compatibilidad de las figuras contenidas en el primer plano, comentando con largueza su patético espíritu."

En el muro del altar, se inicia la serie del Nuevo Testamento — anota el mismo autor— sobre bases iconográficas ya experimentadas. Las historias de Moisés, al contrario, con sus innumerables episodios, eran casi todas ignoradas por los que debían interpretarlas. Viendo "La prédica de Jesús a las Turbas", en uno de sus más emotivos detalles, se puede entender el dominio de expresiones en las diversas fisonomías que allí se han plasmado. Revelan orígenes diversos en sus trazos. Son, pues, varios los pinceles que intervinieron en la concepción de estos frescos que siguen dictando las clásicas lecciones de Historia Sagrada. En los Profetas que se han figurado, cabe este magno recinto, la mano genial de su autor se denuncia ante la más superficial de las observaciones.

Donde reposan, para la eternidad, los Santos Pontífices que se han sucedido en este imponente escenario, constituyen, sin duda, una de las más grandes expresiones del arte religioso del mundo. Es imponente cada mausoleo. Todo el arte y la emoción de los mejores escultores y pintores, se ha volcado en torno de la memoria de estos Jefes de la Cristiandad. Bronce y mármol parecen cobrar animación y decir, en su mudo lenguaje, las cristianas oraciones.

Salimos de la Ciudad con una honda impresión que nos vuelve al curso del río que la historia y la leyenda evocan siempre. El Tíber. Cuyas aguas, ya lo dijo el poeta clásico, saludan en la entrada a la Basílica de San Pedro y se despiden al salir en la Basílica de San Pablo. Las dos columnas de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

En la ciudad moderna, nos salen al encuentro, nuevos motivos arquitectónicos y los que el paso de los siglos han acumulado. Está, acorde con la época, el Estadio que iniciara Mussolini para cien mil espectadores, decorado con estatuas que cobran mayor estatura que la normal de las imágenes allí reproducidas y que se estrenará este año de 1953 en que trazo mis impresiones del viaje que efectuara hace un año.

El Puente Duque D'Aosta. Grandes estatuas de mármol, ónix y bronce. El Foro de ladrillo. Giuseppe Mazzini, en una estatua de bronce, sobre hermoso pedestal, nos habla de su inmortal novela "Los novios". El Anfiteatro. Y sobre el antiguo Capitolio la Loba de Roma, en el símbolo del origen imperial de la Ciudad Eterna.

Antes se erguía aquí el grandioso monumento a Víctor Manuel. El Palacio Farnesio a cuyas ventanas, asomaba, cada vez que histriónicamente, Mussolini, amenazaba al mundo, y con mayor acento, al dirigirse hacia las "corrompidas democracias", favorita expresión del moderno César.

La columna trajana, cuyo interior, en espiral, permite ascender hacia el remate de la misma, donde la efigie del Emperador cuyo nombre lleva, fué reemplazada en 1587 por la de San Pedro. Los relieves que envuelven la columna son bellísimos y requieren mucho tiempo en el que desea admirarlos con todo su historiado detalle. En la Plaza Santa Susana, el nombre del Perú enciende la emoción de la patria lejana, porque lo ostenta allí un café.

No podíamos pasar sin meditar, unos minutos, frente al Monte Aventino, la colina que, para nosotros, es bolivariana. Porque el genio de la América libre, le dió una dimensión histórica que ya jamás se podrá olvidar. Allí puede manifestarse que está la cuna de la libertad americana. Todos los pueblos, cuyas cadenas rompió la espada del gran general cara-

queño, viven aquí su epifanía emancipadora. Nosotros le vemos, aguileño el perfil, escueta la figura toda, junto al anciano venerable, joven aún el discípulo, jurando fidelidad al ideal por el que luchó toda su vida Simón Bolívar. Renovamos, ante las imágenes del recuerdo, el mismo juramento, recogéndolo, con el vibrar de nuestro propio corazón, latiendo, siempre, por la realidad de los sueños de paz y unidad continental. Parece que la voz, serena y majestuosa, del Maestro del Libertador, el andariego don Simón Rodríguez, volviera a escucharse en el eco de este día romano, discurriendo su sombra venerable, por los caminos del tiempo. Y el joven, cuya mirada de águila, se extendía hacia el horizonte del nuevo mundo, alborotada la ensortijada cabellera, recibía como, en un Monte Sinaí, las tablas de la ley de la libertad. América debiera costear un monumento que, aquí, perpetúe la profética escena.

De esta impresión salimos a la otra que nos ofrece el Museo del Vaticano, donde nos interminables las galerías, y donde la imaginación y el sentimiento, se sienten abrumados por tantos motivos de arte, de leyenda y de historia, acumulados en los gigantescos recintos.

Sin embargo, para mí, lo más grande que he visto en este peregrinaje por el viejo mundo, es la Capilla Sixtina, a la que ya aludí antes. La obra de Miguel Ángel se proyecta en toda su dimensión. No pudo tener más completo escenario. Sede del arte severo. Palacio de la belleza en sus más complejas manifestaciones. No podía ser de otro modo. Hasta esos recintos donde la pintura y la escultura han forjado un ambiente secular llega la fé de los católicos para sus grandes citas místicas.

Es ya hora de apartar la vista de todo lo que escapa a las pequeñeces del mundo que apasiona con los hombres extraviados en doctrinas disolventes. Todas esas teorías que, precisamente, conspiran contra la estabilidad no sólo de la sociedad, sino también, del arte, que los soviéticos califican de burgués, y por el cual, no ha mucho, en las sombrías ciudades rusas, se hiciera una purga, desestimando a todos aquellos valores que aún se mantienen fieles al culto eterno de la belleza.

Es del dominio, hasta de un escolar, que en Italia, los comunistas llevaban a cabo, en esos días de nuestra visita, una activa campaña opuesta a la concepción nacionalista del Estado y a la democracia, pero afortunadamente, el gobierno de Alcides de Gasperi, firme e inteligente, orientó la opinión de la península, reduciendo a bajas cifras, la acción comunista, a pesar de que los líderes de esta disolvente tendencia continúan bregando por su credo político. Se estima que la mayoría de los italianos se mantiene renuente al dominio de las doctrinas marxistas, pero ello que puede equiparar las épocas —la del fascismo con la reacción— permite que prosperen los brutes totalitarios, como un patrimonio, no perdido, de la actividad musolinesca.

Queda atrás la etapa italiana de nuestro viaje. De nuestra estancia en Roma llevamos encontradas impresiones, aunque es un pueblo que trabaja duro y se ha recuperado presto de la crisis bélica, no advierte, sin embargo, en toda su magnitud el peligro de estimular las dos tendencias que polarizan la pasión de los pueblos: comunismo y totalitarismo. Es que, acaso, ha quedado un sedimento, que dura mucho y ha de costar rasparlo de la piel del espíritu, con los años de fascismo que han vivido allí.

En el avión de la T.A.E. partimos a las 4 y 20 de la tarde rumbo a Grecia, el pueblo de la armonía, que dictó normas de belleza en la vida, en el arte y en las ciencias.

La distancia que separa las dos capitales del mundo antiguo, Roma a Atenas, se mide por aire, a razón de 1,035 kilómetros que se hacen en dos horas y cuarenta minutos. Al adquirir los pasajes podemos informarnos de que el dólar se cotiza a 631 liras.

Viajamos en un cuatrimotor, a 11,500 pies y a 200 millas por hora. En relación con Roma se adelanta el reloj dos horas.

Revisando el prospecto de viaje, con el epígrafe de "La Semana en Atenas", cuyo texto aparece en francés e inglés, también llegan, gratamente a la vista, los signos griegos, el lenguaje que se confunde con la matriz de nuestro propio idioma, y que tanta importancia se le diera, junto con el latín, en las clases que, por fortuna, nosotros alcanzamos en nuestra juventud. Raíces que hoy se han arrancado de la enseñanza del idioma en los planteles latinos y que, por la misma razón, dan vida a una licencia, a veces repugnante, del habla vulgar. Quedan apenas, como citas esporádicas, los signos que son el símbolo del principio y el fin: alfa y omega, para expresiones literarias, conceptos de la filosofía, o evocaciones que, en los templos, y los breviarios católicos, hablan de su eterno significado.

Al pisar el suelo ateniense, nos alojamos en uno de los principales hoteles: el "Grande Bretagne", magnífico alojamiento moderno. Al lado de la historia, que para nosotros ofrece singular atractivo, ya que es la fuente de nuestra cultura, sobre todo, en las Bellas Artes,

Atenas, brinda, con los ojos muy abiertos a la actual civilización, los motivos que hacen la vida confortable.

Amanece lloviendo, y según nos informan, sucede ello después de cuatro meses. Anoche hubo un fuerte calor. Nos levantamos con la curiosidad natural de ir por los caminos que milenarias generaciones han recorrido. En el hotel debemos volver a la realidad crematística de la época y cambiamos dólares, a razón de 14.940 dracmas por unidad norteamericana.

La población de Atenas, guiándonos por recientes datos, cuenta 800 mil habitantes, casi la misma densidad que puebla nuestra Lima en el Perú. Toda la arquitectura de los edificios públicos y privados, conserva el sello inconfundible de su aticismo, como, en Cusco y la capital peruana, acusa la primera visión, el sello incaico y colonial hispano.

Luce, primorosamente, el nuevo Palacio Real, rodeado de una amplia verja y con guardias correctamente uniformados. Y no podía faltar, en un pueblo avezado a la cultura física, en términos que han sugerido no sólo el elogio de los materialistas, sino también la apología de los que viven al compás del espíritu, un campo de deportes. El Estadio abre su capacidad para sesenta mil espectadores. Es todo en mármol. La piedra que mejor idealiza a la materia humana. Cuya albura, en el de los monumentos, irradia la pureza del alma que da vida a la imagen sensible.

Atenas se ofrece, pues, como una de las ciudades más antiguas del viejo mundo. Con tres mil años de historia que aún se prolonga en las grandes manifestaciones de las letras, las ciencias y la política. En la teoría de genios de la antigüedad, será muy difícil, que el tiempo con todas sus inconsecuencias, borre de la faz de la tierra, los nombres de sus filósofos, sus dramaturgos, sus artistas. El Monasterio de San Jorge, en la cima de una de sus colinas, nos dice cómo el Cristianismo durante los días de la barbarie, supo conservar, avaramente, en claustros y pergaminos, todo el caudal del saber arcaico, para luego, cuando volvió la luz, propagarla hacia el futuro. Es uno de los capítulos que convida a la meditación, este de cómo los que recibieron la herencia inmortal de Cristo, cuyo signo puso en fuga a los dioses del paganismo, fueron los únicos que supieron respetar el patrimonio clásico, en cuyo hontanar bebieron el saber muchos pueblos del orbe.

Se explica así la armonía de sucesión de las culturas, en los vestigios del paganismo, con su arquitectura, toda hecha de líneas y de luz, y el nacimiento de la nueva civilización occidental que yendo al fondo de la conciencia y del corazón de los hombres, les hace vibrar también, ante lo bello, lo bueno y lo grande, conservando así en la concepción platónica de la vida, una fuerza que, por cronología de la historia, conviértese en precursora de nuestro mundo actual.

La Exposición circundada de jardines. Una iglesia bizantina en mármol. Junto a ella la Catedral. La Plaza Mayor. La Academia que nos vuelve al pasado con las efigies de Sócrates y Platón. Frente a la Universidad la Biblioteca, como dialogando el pensamiento hablando con el escrito pensamiento.

Extrayendo del remoto ayer una memoria casi olvidada, y hoy más necesaria que nunca, leemos, sobre el papel de los recuerdos, el rótulo que aparecía en la puerta de la Academia de Platón: "No entre quien no sea géometra". Y es que el sentido de las proporciones se ha perdido en el mundo. Porque es el de la belleza. Sentimos, entonces, que fué un grato deber de conciencia el que cumpliéramos, hace años, al donar a la Escuela de Bellas Artes del Perú, notables réplicas, en su tamaño original, de las estatuas que en herencia nos dejara la civilización griega.

En la armonía que comporta sentirse dentro de un país donde las proporciones, imprimen, por decirlo así, un ritmo que da emoción de escultura y de música a la vida, se abre, sin embargo, un paréntesis, que nos hace fugar, en espíritu, de ese sentimiento, porque es algo común a la crisis universal de la organización monetaria. Al querer certificar una carta, y declarar que contenía un travels o cheque, el correo nos exigió que acudiéramos al Banco para registrarlo. Esta situación dió una norma que cumplimos, modificando el texto del travels cheque, pero cuando el destinatario lo recibió en Roma, el Banco negóse a pagarlo. Esta circunstancia explica cómo las irregularidades respecto de la moneda originan trastornos en las más sencillas relaciones humanas.

Del prosaico episodio, retornemos, a nuestras impresiones griegas. En la cima de otra pequeña montaña, se yerguen, testimonio de la vieja cultura desaparecida, la maravilla de la Acrópolis y el Parthenon. Están cercados por una verja y sobre el suelo diseminadas las piedras que el tiempo ha desprendido, para hablarnos, mejor de su antigüedad. Desde allí se domina el panorama de la ciudad y el mar. Dos motivos que al sólo nombrarlos llenan la mente

de evocaciones. El mar griego y la ciudad ática. ¡Cuánto se ha escrito en torno a ellos! Y mucho de lo que allí ha ocurrido y se ha pensado, se ha vitalizado a través de los estudios de millares de hombres en toda la redondez de la tierra. Desfilan, ante la memoria, como si los ojos materiales los contemplaran, episodios de la civilización, en sus orígenes. Mucho de lo que aún señala derroteros a las ciencias, las letras y las artes, nació en estos mejestuosos campos que dominamos con la vista mientras el corazón vibra a su conjuro.

Vemos a Esquilo, alternando las armas con las letras. Y a su pueblo, esencia de la emoción, sufrir ante la representación de sus tragedias. Más tarde a Sófocles, niño, danzando en en las playas, y anciano ya, recitando ante los jueces las escenas con que atenuaba el dolor de la acusación. Por aquí discurrieron los dioses, cuya mención, llena aún numerosas páginas de obras inmortales de las letras y las ciencias.

Cuando volvemos a la ciudad, cerca de uno de los templos católicos, cuya fé trajo a este archipiélago, el viaje de San Pablo, que convenció a los griegos de que la estatua del dios desconocido era precisamente, la imagen de Cristo, pasa un sacerdote de la Iglesia Ortodoxa Griega, con sus luengas barbas y bigotes, tal como les vemos aún en las láminas de las arcaicas Biblias.

Al llegar a mi alojamiento, me emociona la tarde con un espectáculo inolvidable. Desde mi balcón se puede admirar cómo se dibuja la silueta de la Acópolis y el Partenón, y hacia el fondo el bello celaje rosa y gris de la tarde hermosa. El sol pone sobre los viejos monumentos de la clásica antigüedad, el maravilloso reflejo del crepúsculo.

En un viaje de Estados Unidos a Europa, tuvimos el agrado de entablar relaciones con el distinguido caballero griego, señor Mario Zadés, al que volvemos a ver después de treinta años, en unión de su estimable y linda familia. Los esposos Zadés tiene una pareja de niños que son preciosos y muy dedicados al estudio. Gracias, pues, a su gentileza, el viejo y noble amigo, nos brindó gratos momentos en su bella e histórica ciudad capital. Su compañía, nos fué generosamente dispensada, en distintas oportunidades y hasta momentos antes de abandonar su tierra natal. Don Mario nos habla, entonces, con mucho entusiasmo y apasionamiento del Mariscal Papagos que acababa de triunfar en las elecciones y preside el gobierno griego.

Grecia, deduzco de mis estudios y observaciones, hace una vida estoica. Ha sufrido tan serios reveses por guerras internacionales y luchas internas, que sabe, con filosofía, sortear los momentos de nacionales dificultades. Consagrada a una vida de trabajo, a todo ritmo, fortalece su espíritu para enfrentarse a cualquier invasión, mostrándose leal a su pasado glorioso y heroico. El comunismo, epidemia política de todos los pueblos de la tierra, que tuvo floración de momentos, está ya felizmente dominado y la esperanza promete mejores días para la ilustre patria de Venizelos y Papagos, hablando en nombres contemporáneos, que de los pasados, este país, encierra una nómina inmortal y dilatada en todas las manifestaciones de la cultura universal.

Esta fuerza de su soberanía la garantiza Grecia moderna con 300 mil soldados que son los de tiempo de paz, cifra que puede doblar a 600 mil en horas de guerra.

Nos vamos de Grecia, pero Grecia se queda, en nuestro espíritu, muy hondamente. Aprendimos a amarla desde los días lejanos de nuestra infancia, cuando deletreando sobre el mapa, los países del mundo, la tierra helénica, llegaba a nuestra imaginación, con todo el mensaje de su amor a la belleza en el pensamiento y en la acción. Hasta el recuerdo de nuestra precaria residencia, el Hotel Grand Bretagne, nos deja una estela grata. Es una hermosa habitación y los 85 dracmas que por ella abonamos, nos parece un símbolo y no la cifra de un mercado industrial.

A la una de la tarde partimos del hotel y una hora y tres cuartos más tarde, salimos en un avión de la British European Airways. Antes de embarcarnos hemos almorzado en el aeropuerto de la Compañía.

De Atenas a Estambul hay 530 kilómetros que el itinerario convierte en una hora y diez minutos, pero la máquina desarrolla 315 kilómetros por esa hora, a nueve mil pies de altura. La cabina tiene veinticuatro asientos. El pasaje, con elemento del pueblo, gesticula, habla en voz tonante y se enardece. Nosotros constatamos, una vez más, cómo la raza latina no puede mantener ese control de los sajones, sobre su propio carácter. A las cuatro y media de la tarde, surcamos el espacio encima mismo del Mar de Mármara.

Exclamamos, mentalmente, el nombre del país remoto a donde hemos llegado, cargados de aspiraciones pacifistas, y en el ambiente ya del Cercano Oriente, porque este suelo es un nexo entre Asia y Europa. Y aunque E. Mamboury en su obra turística, al prefaciarla, nos dice que mediante ella, los extranjeros nos podemos familiarizar con sus bellezas naturales y sus rique-

zas tanto arquitecturales como artísticas, nosotros ya estábamos con la anticipación de millares de páginas leídas en torno a este sugestivo escenario, no sólo en la historia del mundo, sino también, en los relatos, las leyendas, novelas y cuentos, que prendieron en nuestra imaginación infantil las luces de la aventura y del ensueño.

Estambul, a donde hemos asomado, sin perder la conexión que mantiene nuestro propósito, nos deslumbra por su exótica belleza. Los minaretes. Las mezquitas millanochescas. Los nombres saturados de fascinantes evocaciones. El Bósforo, a decir de una guía, brilla como una cimitarra y en las noches sus aguas reflejan los edificios que se miran en sus misteriosas aguas, cuya negra copia la intensidad de los ojos de las hermosas turcas, una de las cuales nos recibe cuando a las 4 y 50 de la tarde, llegamos a Estambul. Desembarcamos en el aeropuerto moderno y nos dirigimos en ómnibus al viejo. Las plantas se ven secas. Vehículos pobres. Lindas casas residenciales. Edificios muy antiguos de madera. Calles con bloques de piedra. Un local destinado a Universidad, flamante. A los seis de la tarde nos deslizamos ya sobre el asfaltado de la urbe.

El Cuerno de Oro, tan conocido en postales y relatos, se deja admirar en el Puente Galata. Los vapores son de regular tamaño. Retardamos una hora el reloj con relación a Atenas.

Vamos al Casino. Es un restorán grande. Con música y variedades. Como si en la psicología sensual de la raza se simbolizara las mascotas de hogares y establecimientos, encontramos, por doquiera, muchos gatos.

Amanece el 25 de setiembre con un sol radiante que hiere a los ojos. Por las calles discurren vendedores ambulantes de alimentos, llevados al lomo de caballos. El aspecto del pueblo se caracteriza por la miseria y falta de higiene. El Hotel Pera es antiguo y mal tenido a pesar de contar con una gobernanta inglesa. Estambul pasa de 1'350,000 habitantes. Ankara tiene 250 mil habitantes. O 300 mil. Turquía en total 21 millones. Y está presidida, republicánamente, por Cabal Bavar.

Volvemos la vista a las mezquitas, con nombres que parecen surgir de los relatos de antaño, con sus maravillosos minaretes. Los museos. El viejo Serrallo que habla en todos los matices de la picardía a la mente de los viajeros. Las Murallas de Teodosio con siete torres, prisión del Estado en la época bizantina. El Imperio del Sultán con sus tesoros y joyas nos hace recapitular los viejos relatos que aún amarillean en bibliotecas y se replican, con imágenes de colores, en los films de los estudios cinematográficos a través de más de un tema urdido por la imaginación de algún viajero impenitente.

Más debemos desasirnos de asociaciones de ideas y de memorias literarias, para tornar al punto capital de nuestro viaje. No hemos venido a conocer y admirar las ciudades del Cercano Oriente con ánimo de turismo. Nos trae una misión, para nosotros, sagrada, de inquirir por el pensamiento dominante en la política internacional de Turquía y tomar el pulso a la situación actual. Tiene un gobierno de derecha, democrático. En pie mantiene más de medio millón de soldados que defienden la enseña de la Media Luna. Y a pesar de su aproximación en términos de geografía al mundo rojo, Turquía, cuenta muy pocos comunistas en su seno.

Los teatros no abren. Hay espectáculos de variedades algunos días. La mayor parte de los turistas que cruzan por sus calles y avenidas o se alojan en sus hoteles, provienen de América del Norte y del Sur, cubanos, chilenos, argentinos y mexicanos se encuentran muchos entre aquellos. En el Teatro Municipal se ofrece comedias, operetas y dramas.

Recogiendo las impresiones del espíritu que impera en la gente sensata de Turquía, encontramos que todos están preparados para resistir a cualquier pretensión de los rusos que no dejan de proyectar su mirada, con ambición y sed de dominio, hacia esta fortaleza democrática del mundo europeo. Opinan en Estambul que Rusia, en caso de guerra, puede dividirse lo que marcaría el principio del fin en las densas estepas soviéticas.

Acertamos a internarnos en un Bazar con mil curiosidades que embriagan a la vista. Los precios son muy elevados cuando los propietarios asoman las narices sobre los turistas.

La temperatura en estos días acusa una oscilación entre 20º y 23º. Hay fuerte sequía. Turquía exporta cereales y frutas, intensificando más su comercio con el norte europeo. Turquía y Grecia que antaño sostuvieran una guerra, viven, ahora como muchos pueblos del nuevo mundo, en similares circunstancias, unidos por muy buenas y sinceras relaciones. Hay para nosotros, en este ejemplo, un miraje que los demás países de la democracia europea, no deben perder de vista. Está a su alcance la enseñanza.

Nos distrae de nuestras reflexiones el panorama que nos circunda. Y la visión de la ciudad con sus calles y avenidas. El Barrio Comercial con sus Bancos. El Puente Galata se levanta sobre pontones de fierro.

Al otro lado del puente que hemos mencionado, surge Bizancio con todo su legendario prestigio. Su fisonomía se denuncia desde la arquitectura hasta el trazo. Es, por ello, inconfundible su asiatismo. El noventa por ciento de la población turca es musulmana. Istambul, en esta tarde de nuestro viaje, sobre sus siete colinas, con el Cuerno de Oro, se nos aparece bañado por los reflejos del sol sobre el río, donde, también, en las mañanas, retozan los rayos dándole una belleza de acuarela.

En uno de los restaurantes —el "Abdulla"— se sirven magníficos platos y caviar, poniendo de manifiesto el refinado paladar de los que hacen, aquí, honores a la mesa.

Tiene el viajero uno de los sitios más sugestivos, y a la vez, plagado de leyendas, en el Palacio de los Sultanes, con su Serrallo que comprende más de trescientas habitaciones. Las cocinas de la palaciega residencia han sido convertidas en museo de porcelanas chinas. Hay ejemplares con piedras preciosas. Platos del siglo XVI. Porcelanas japonesas de forma admirable y de admirable color y dibujo. Pinturas que abisman la atención. Un jarrón de Sevres, oro, azul y blanco, que se viene, de golpe a la vista del que por vez primera, ingresa a esta exhibición. Figuran, allí, unos platos de Sevres, obsequio de Napoleón a María Eugenia. Regalos del Zar Nicolás de Rusia. Grandes jarrones venecianos: cristal azul y rojo. Cristal cortado de Bohemia. Porcelanas de Viena amarillas y floreadas. Piezas de oro y plata labrada, del Sultán. Lámparas de oro. Servicio de café, labrado, también, en el áureo metal. Y otro de cobre. Imitaciones de Istambul, porcelanas en grandes jarrones, de fabricación imperial, y hermosos pedestales. Todo envuelve al forastero con una impresión inolvidable.

La Cámara de Recibo del Sultán ofrece mucho de lo que los relatos de los cuentos árabes pone siempre de relieve, pudiendo destacar, una magnífica Cama del que fuera Señor y Amo de estos lares de increíble maravilla. Preciosos, cicamoros. Un Museo de Caligrafía, con miniaturas, libros, relicarios, todo lo más precioso del arte que significa. Incunables valiosos. Un gigantesco cuadro caligráfico. Decretos imperiales encerrados en grandes marcos. Miniaturas persas. Trabajos de madera del siglo XVI, con incrustaciones de marfil y ébano. Trajes del mismo siglo, tan lleno de historia y de leyenda, en la política, el arte y las letras. Los libros árabes. Primeros manuscritos. El precioso Pabellón San James con lámparas y muebles.

Desde la terraza del hotel, donde volvemos con los ojos deslumbrados por la cinematográfica visión apenas delineada, se capta una vista del Bósforo en su salida al mar de Marmara, asomando las fortalezas de la costa al norte del río, y donde se ha instalado ahora el Palacio del Presidente de Turquía, y que antes fuera residencia del Sultán, cuyo pabellón aparece en madera de pino, decorado y amoblado con imperial magnificencia.

En el Pabellón de Bagdad, cuyo sólo nombre evoca, los relatos que parecen tener vida, únicamente, en las páginas de los libros infantiles, se yergue con su mayólica y baño de azul y blanco, como una maravillosa fantasmagoría. Hay un recinto de tejidos y alfombras que llamando la atención, sugieren, a la mente, personajes de cuentos hollando su artística presencia. Una silla para camello que fué bordada en oro para el Sultán. Telas en áureos hilos con dibujos y flores, esmeraldas y turquesas. En otro pabellón tapicería de los siglos XVI y XVII. Y siguen los pabellones, en un deslumbrante espectáculo, para los ojos ávidos de nuevas emociones. Uno musical con tapices y alfombras. Relojes artísticos y números para marionetas de pata de camello. Uno de los pabellones, que parece animarse, al contemplarlo, con las imágenes de arcaicos, combatientes, es el de armas, escudos, cascos, espadas de los sultanes, arcos y flechas, arcabuces, armas ligeras de los yefajaes, puñales, pistolas incrustadas en oro, rifles. Nos da todo la impresión que debe apoderarse de quien ha visto una lucha campal, y de pronto esfumándose los personajes, quedan solamente las armas, allí silenciosas sin decir otro lenguaje que el de su belleza artística.

La Sala de Espera de los Ministros Extranjeros atrae con su vieja arquitectura e inclina al ensueño, con el oro, blanco, azul y rojo, de su estilo que mira a dos siglos, el XVI y el XVII, ya enunciados. La Mezquita de Ameh I, del segundo siglo aludido con azulejos, color de cielo, blancos y rojos, con seis minaretes, en torno al desarrollo asombroso de la cúpula y una portada que pasma de admiración en el cobre de su estructura, con signos en labor damasquina, se sostiene sobre cuatro enormes columnas y ocho menores, tapizadas con alfombras en toda su extensión. Un vitreaux magnífico de sello árabe y al pie la figura de cuatro orantes de hinojos después de besar el suelo.

Un acueducto romano, magnífico, me asocia al recuerdo de las grandes obras de ingeniería hidráulica, que realizaron los primitivos peruanos, sobre todo, los de la civilización precolumbina de la costa.

La música popular en este ambiente, tiene su escenario, en un amplio lugar, destinado al pueblo, donde se sirve alimentos. Intervinieron doce artistas. Al rededor de la plaza del mercado, elementos típicos llevados sobre las espaldas, lios y frutos, en una mañana luminosa

que acentúa las imágenes con rasgos dignos de la paleta y del dibujo. Más de quince clases de uvas, ofrecen sus racimos apetitosos, rivalizando con sabrosas manzanas.

En otra fase de la urbe, se manifiesta la vida moderna, con su espíritu constructivo. Se levantan 1,500 casas para obreros. Se reemplaza las antiguas viviendas de madera, en los barrios, por fincas de ladrillos.

Contrastando con la modernidad de aquellos aspectos, la Mezquita de Salim I, no se deja ver por los viajeros, y ello multiplica la curiosidad, como si se tratara de una mansión encantada o maldita. En cambio se restaura la Mezquita del Milagro, de arte bizantino, en oro y azul, de los siglos XI y XII, abundando los mármoles.

Otros perfiles de la antigua ciudad, muestran las ruinas de las fortalezas de Teodosio, de 5 a 7 metros de espesor, que comienzan en el Cuerno de Oro, y bañadas por el mar, terminan en las orillas de Mármara. Son siete siglos que conservan esos mudos testimonios de viejas luchas que han quedado, en los relatos de la historia y en la imaginación de los cuentos. Los cementerios mahometanos, al borde del camino, inspiran hondas sugerencias, sobre la vida que, en buena filosofía, no es sino un camino. Pero un camino que hay que saber escoger, para recorrerlo, levantando en alto las banderas de un ideal, como el que nos conduce, a nosotros, desde hace años, para combatir, con las armas del espíritu, por la fraternidad de los pueblos.

Y volvamos a contemplar otra Mezquita, la de Solimán el Magnífico, sobre planos del arquitecto Siman, al centro la fuente de las abluciones, Cuatro grandes pilares y columnas, sostienen la cúpula. En ese exótico recinto, los "vitreaux" y los tapices armonizan con las líneas del mismo en un juego sugestivo y cambiante. Como una advertencia de la cultura la Universidad, del siglo XVI, con arquerías y tiendas. Y en una charla con elementos del comercio y la industria nos informamos de que en el sur de Turquía se sondea petróleo.

Contrastan los cuadros que se captan en este viaje por la tierra que, no hace muchos años, revolucionó sus viejos conceptos de gobierno y alteró las tradicionales costumbres de su sociedad. Un rebaño de corderos, al margen de mi hotel, da una nota pintoresca.

Tengo mucho que meditar contemplando el Museo de Arte de Estambul donde se exhiben el Coloso de Chipre, en mármol, y otras expresiones, en que la mano, destructora del hombre irresponsable, ha dejado memoria de su huella nihilista. El Museo de Sarcófagos de mármol, arte griego, con motivos guerreros, nos hace leer, sobre las imágenes, las olvidadas páginas de los combates clásicos. Vemos también, sarcófagos en plomo, griegos, de sátrapas, también helénicos. De estilo jónico. Sarcófagos egipcios.

La famosa Iglesia de Santa Sofía, de la época de oro de Justiniano, se encuentra en reparación. Su arte bizantino se evidencia en todas sus líneas y motivos. La cúpula sostenida por cuatro macizos y ocho columnas, mosaicos en oro y negro, le dan una belleza exótica.

En la Plaza de la Universidad, como en la famosa de San Marcos, italiana, las palomas discurren sin ser molestadas. Nosotros queremos ver en esa armonía de las ágiles viajeras, un símbolo de la de su especie, que simboliza la paz del mundo. Unos balcones, donde se acusa la influencia itálica, con seis columnas cada uno, nos obligan a un alto de admiración.

De la montañas bajan las aguas al Cuerno de Oro, poblado en ambas riberas. Después dos puentes. La península de Istambul y la costa asiática. La Torre de Galata, en este panorama de cielo y mar y tierra, nos permite una visión de sueño vivido al compás de fugaces minutos, con el apiñamiento de los edificios a un lado y al otro los buques, unos surtos en la bahía y otros surcando las tranquilas aguas.

Llegamos a las tres de la tarde a la Mezquita de la Reina Madre en Bizancio. Visitamos al Cónsul de Egipto, culto y distinguido. Nos da una carta de introducción para un periodista del Cairo, nuestra próxima meta en esta andanza del Medio Oriente. Cuando, en cumplimiento de nuestro imperativo pacifista, inquirimos por su opinión, atribuye el estado del mundo al choque de la ideas religiosas. Un concepto que no se avista desde la plenitud occidental con tanta diaphanidad como este funcionario lo aquilata.

Nos visita un periodista, hábil y culto, a través de cuya charla podemos cosechar algunas sugerencias sobre la situación internacional, vista desde el interior de este país que, para muchos vive en la imaginación de los fantásticos relatos, y para nosotros, en una realidad que nos toca, muy a lo vivo, en la expresión de una cruzada que, hoy como nunca, requiere unificar a los hombres de buena voluntad, y singularmente a los libres de la tierra, que son los que mejor pueden, trabajar, a fondo, por el imperio democrático de las ideas.

Esa unidad es la que prolonga la vigilia rusa, que por todos los medios, se esfuerza en quebrantarla, sea ya con las armas de la intriga exterior, o la solapada infiltración socialista en los pueblos que, sensiblemente, lo permiten, a sabiendas de que están dejando crecer la mala hierba.

Precisamente, Turquía, se mantiene vigilante, y dentro de la relatividad de las potencias, poderosa, gracias a la cohesión de todas sus fuerzas nacionales, frente a la amenaza latente, de los líderes soviéticos.

Bajo la sugestión de Malenkov, que acaba ya de dar un paso sensacional eliminando a Beria, el Kremlin, ha soltado las amarras de una embarcación que en el mar diplomático puede engañar a los desprevenidos. Renuncia a sus pretensiones en Turquía. Pero lo hace no porque le nace de un vuelco de su conciencia. Todo lo contrario. Retira la sombra de su peligro, nada más que la sombra, para que de ese modo, el pueblo turco, se confíe, hasta que el oso rojo juzgue oportuno el zarpazo. En reciente nota, Rusia, parece que repudia no sólo las pretensiones territoriales en las provincias turcas de Kars, Ardakhan y Artvin, y lo que es más sugestivo, la reclamación de bases en los Dardanelos, sino que va hasta el extremo de sugerir el retorno al pacto de amistad que denunciara Moscú en 1946.

Desde luego, y recoge el temperamento captado por mí en Turquía, y más tarde subrayado por las agencias noticiosas, Rusia, no ha hecho con su sondeo concesión efectiva, porque el pueblo turco no ha abrigado la menor posibilidad de acceder a las pretensiones soviéticas.

Agregan los corresponsales americanos que los dirigentes soviéticos emplean ahora una maniobra destinada a dar frutos a largo plazo. Para lograrlo, emplean las dos fuerzas más potentes del Medio Oriente: la Iglesia Ortodoxa y el Islam. Y es que, como nosotros también lo observamos, el propósito ruso es debilitar la cohesión interna al esfumarse, con la maniobra moscovita, la amenaza que la hacía posible.

En los aprestos con que ultimaba mi estancia en la capital turca, hube de tropezar ante la piedra de los trámites— mal de todos los países modernos— cuando quise que mi cicerone internacional, un culto y dinámico inglés, tuviera su pasaporte para ir en su compañía a Teherán. Fracasadas mis gestiones el aludido guía tuvo que viajar a Grecia y después al Cairo.

Salimos de Estambul a las cinco menos cuarto de la mañana en un avión de la K.L.M., la sigla que frecuentemente vemos en las revistas de todo el orbe, hacia donde sus redes aéreas se hallan proyectadas. Van, con nosotros, pocos pasajeros llevando el mismo destino.

A las seis y cuarenta de esta mañana, rumbo a la tierra persa, se nos sirve un magnífico desayuno, que equivale en la dosis de la dieta suramericana, a una comida. Surcamos el espacio a una velocidad aproximada de 350 kilómetros por hora y la distancia que separa ambas ciudades del Cercano Oriente, por el aire, es de 2,100 kilómetros que se traducen por cinco horas y cuarto de crucero.

Vemos, en el pasaje una familia asiática. Dos hombres amarillos y una blanca con tres muchachos. Uno de ellos acomodado en un dispositivo que afecta la forma de una maleta muy cómodo y confortable para viajar con criaturas.

Apenas aterrizamos en Teherán, la primera en la frente, nos la da la falta de alojamiento. La ciudad se nos ofrece con su espléndidas avenidas y sus accequias canalizadas al descubierto. Subimos a la camioneta del Persa Expres S. A. que va dejando a los viajeros en los hoteles, donde van quedando alojados. Sensiblemente no encontramos sitio en los dos primeros a cuyas puertas hemos llegado. Fué necesario ir al otro extremo de la ciudad para acomodarnos en el Ritz.

Es una lástima que la moneda no sea cosmopolita, o que, en el mundo, no se establezca, para la emergencia de los viajes, un signo de cambio que evite el trueque a cada traslado de país. No es suficiente, nuestra experiencia lo acredita, el *travel cheques*, porque este documento resulta siempre convencional y sujeto a las dubitaciones de los banqueros. En cambio una moneda, en metal o papel, que solamente sirviera para los viajeros, sin tener que cambiar las nacionales, en todos los pueblos, abreviando tiempo, simplificaría mucho la actividad del turista o del hombre de negocios.

Fué de esa manera que tuvimos que perder más de una hora en el Banco de Teherán, para adquirir la moneda persa. Felizmente el chofer de la camioneta del Persa Express, me comprendía y tuvo la gentileza de acompañarme toda la tarde. Almorzamos los dos en el Hotel Ritz, y después recorrimos la ciudad, admirando los edificios que volvemos a evocar en el álbum que conservamos como recuerdo de este viaje. Los grandes y pequeños almacenes. Sus tiendas de comercio, destacando las joyerías, con motivos de plata y turquesas de sugestiva visión, así como las tricromías de personajes persas de las épocas idas.

Teherán nos vuelve a la memoria de la Conferencia que los Grandes, sostuvieron en la plenitud de la lucha por la libertad, y tornan, a ocupar el lienzo del recuerdo, las imágenes de Roosevelt, y Churchill, con toda su prestancia democrática, en tanto se dibuja, en sus rasgos mongólicos y taimados, la efigie de Stalin.

Nuestra permanencia en Teherán es breve porque tenemos que seguir al Cairo. Sin embargo

cuando vamos al Campo de Aterrizaje, donde debía esperarnos un avión de la Misrair, nos vemos obligados a retornar al hotel, donde pasamos una noche más, en tanto se repara el motor de la máquina.

Siete y media horas señala el itinerario de Teherán al Cairo y marca una distancia que se mide por dos mil kilómetros.

Conservamos aún el recuerdo del clima saludable de la ciudad de Teherán, que luego dejaremos. Brilla un sol que invita a cantar a la vida. Las calles se muestran congestionadas de elemento popular. Por algunas de ellas, como en las aldeas de nuestra patria, conducen los negociantes sus animales cargados, con la diferencia de que lo hace aquí, hollando las aceras de las grandes y hermosas avenidas.

Alcázanos la memoria, una visión, con su estilo nacional, del Palacio del Rey de Irán y su augusta madre. Los edificios del Ministerio y del Parlamento viejo. Grandes arterias, abren sus alas, para un tránsito que ofrece mucho de pintoresco. El líquido elemento, como en los publicitos lejanos de mi patria, se conducen barricadas. Recién se ha iniciado la obra de agua y desagüe. Juntas, nos hablan de su política, con sólo la visión de las fachadas, las residencias diplomáticas de los Embajadores de Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos de Norte América.

Los camellos, echados y rumiando evocan estampas navideñas. Las mujeres del pueblo y aún las de edad ostentan el típico manto lugareño. Una con manto de seda, ocultando casi los ojos, me recuerda, en ventajosa superación al equiparar la nuestra, con la Tapada limeña.

Hay un Museo de Joyas que permanece cerrado y para visitar el cual es necesario un permiso ad-hoc. El Museo Arqueológico ofrece valiosas muestras de plata y de cerámica.

Como una señal de la inquietud ambiente, o acaso, símbolo de la época pasan camiones ocupados por tropas, con los soldados llevando rifles y bayonetas caladas. Al pasar cerca de una institución de crédito nos enteramos de que el dólar está a un cambio de 16.750 real.

La residencia de Mosadegh nos presenta, como dibujada en perfiles que han popularizado los diarios y magazines de todo el mundo, la figura del político que ha generado los más complejos y grandes problemas para su patria.

Es su caso un testimonio elocuente de lo que hemos sostenido en nuestro anterior libro sobre "La última carta de la democracia", al enfocar la sicología peligrosa de los gobernantes que llevan a su cargo la tarea de siglos que entrega a la vida hombres enfermos, a quienes debiera estar vedado el cargo público, porque harta experiencia, tiene el mundo, de los males que a su paso por la cosa pública derraman semejantes especímenes.

De líderes como Mosadegh se proyectan las más serias amenazas contra los pueblos. Son la semilla, más fecunda, de guerras y calamidades. Cuando este personaje, que tiene mucho de actor dramático, llegó a la América del Norte, lo primero que hizo, fué internarse en un hospital, en vez de ir a saludar al Presidente de la gran democracia. Apenas inicia un discurso se echa a llorar, demostrando, que sus sistema nervioso está lesionado. Ha demandado por perjuicios a Gran Bretaña, después de arrebatar a la empresa explotadora del petróleo, su magnífica instalación para refinar ese producto, solicitándole ahora veinte millones de libras esterlinas para reanudar negociaciones y otros veinte después de algunos días de comenzadas dichas negociaciones, lo que verifica que estamos frente a un caso psicológico. Un espíritu anormal. Que significa un peligro en torno suyo para cuantos le rodean, para su país, y para buena parte del mundo, que se abastecía de petróleo de Irán.

¡Cómo olvidar las atenciones que, en este mundo extraño nos brindara gentilmente el Gerente de la The Cook and Son, cuyo retrato aparece ilustrando esta reseña, así como el de su espiritual señora esposa!

A las seis de la mañana del 29 de setiembre de 1952, salimos para el Campo de Aterrizaje de Teherán, donde nos vamos a embarcar, rumbo, ahora, hacia El Cairo, el fascinante suelo egipcio, debiendo salvar, por aire, una distancia de dos mil kilómetros que se hacen en siete horas y veinte minutos, según el itinerario oficial, pero que siempre como todos los trayectos espaciales, está supeditado a las diversas circunstancias que dilatan o reducen ese lapso. Nos embarcamos en un avión de la Misrair. Mi vecino lleva un gato que acaricia y no lo deja un momento tranquilo, como si fuera la mascota de su viaje, o el felino tuviera el secreto de las felices travesías. Una dama, de rasgos espirituales, se despide de sus relaciones y los contempla, mientras se eleva la máquina, con sus gemelos, como no queriendo perder la imagen de los suyos, hasta donde los cristales, pudieran ayudar a la visión de los seres queridos. Atravesamos una zona árida, salpicada de pequeños cultivos. Corre un río que platea el sol como una cinta argentina. Estamos a gran distancia de las montañas. El color plomizo y rojo, devastado de vegetación se presenta a nuestro ojos. El avión tiene una capacidad de treinta y

tres asientos. Hay algunos religiosos con birretes verdes. A las nueve y veinte de la mañana llegamos a Bagdad, en Siria, y allí nos regalan con gaseosas, dátiles, deliciosas uvas, en tanto se oye discutir a gritos en la sala contigua al restorán donde nos encontramos. La estación ofrece sus letreros en inglés. Hay sirias elegantes trajeadas a la europea.

El tiempo avanza y reanudamos el crucero aéreo a las diez y veinte de la mañana. Alto-parlantes, avisan en sirio e inglés, que vamos a emprender, de nuevo, el viaje. La zona que atravesamos se presenta siempre plomiza y con agua. A las once y media estamos en Damasco, territorio sirio, gente que discurre con el fez rojo, otros con bonetes listados, negros. Lindas son las casas. Almorzamos en tierra. Se consume sopa caliente en medio del calor. En esta ciudad nos encontramos con otros viajeros y elementos europeos.

Salimos, a la una del día hacia El Cairo, con el pasaje completo. Un vendedor de objetos finos del país, recibe *travelers cheques* y da vuelto con dólares en billete. Nuevamente estamos volando encima de lugares áridos y secos.

Y finalmente llegamos al Cairo. Estamos en el corazón de Egipto. Como en otros países del Medio Oriente, nos toma la fantasía de su mano, y remonta, como en la alfombra mágica de la imaginación, hacia los cuentos de las "Mil Noches y una Noche." Algunos de los personajes que se cruzan en nuestro sendero, nos parecen, figuras escapadas de las páginas de los libros de relatos imposibles, y hay otros a los que parece que hubiéramos tratado en remotas épocas, y cuyos nombres no son desconocidos, aunque sí muy difíciles de pronunciar.

A poco de nuestro desembarco, comienza a insinuarse la ciudad, primando en la pintura de toda ella, el amarillo. Una gigantesca avenida, y un magnífico hotel el "Semíramis", que nos asocia al recuerdo de la época, en la que surgen héroes y heroínas cuyas voces, nos parecen silenciosas en las estampas que captamos aquí. El espléndido hospedaje se levanta a orillas del histórico y poético Nilo, el río sagrado, donde hace siglos de siglos, flotó la bíblica cuna donde se mecía el divino Legislador del Antiguo Testamento, Moisés. Un confortable restorán en la terraza que constituye la última palabra en su ramo. Advertimos en una de las mesas al Embajador de Gran Bretaña. Vamos al campo donde nos aguardan inolvidables momentos, porque en un claro del espacio asoman las Tres Pirámides y la Esfinge, como si estuvieran, alineadas. Nos atrae su arquitectura ciclópea y severa. Nos acercamos hasta ellas. No podemos menos que sentirnos sobrecogidos ante su grandiosidad, y desde el fondo, de nuestro espíritu, conmovido, rendimos homenajes a los faraones y a los millares de trabajadores que las erigieron desafiando a los siglos. Obras que, con todos los implementos modernos, y el formidable maquinismo contemporáneo no podría hacerse mejor. La Esfinge, sobre todo, con sus perfiles, tocados por el viento del desierto, y carcomidos por el tiempo, parece que hubieran adquirido, al golpe del invisible cincel de un maravilloso escultor, un gesto que se cierra ante la interrogación de nuestro tiempo complejo y desordenado e incapaz de forjar, desinteresadamente, obras como las que allí se yerguen impertérritas y admirables.

Es de Egipto, lo que más nos ha impresionado, en este viaje; nos parece al cerrar los ojos, que estamos soñando, porque las obras aquellas, hablan, con voz de eternidad, a todos los hombres de la tierra, de lo que son capaces los hombres y los pueblos, cuando alcanzan el cenit de su progreso.

Por aquí también hubo de pasar, hace dos mil años, la Sagrada Familia, huyendo de la persecución de otro tirano, como en la sucesión de los tiempos, muchas familias han tenido y tienen que seguir huyendo de otros tiranos que no quieren la paz mundial. Con esa familia iba un Niño el, que treinta años más tarde, Jesús de Nazaret, vino a predicar la Buena Nueva, a los pueblos de la tierra: la paz y el amor universal. Dos anhelos que todavía no puede alcanzar la atormentada humanidad, en estos años, tan rudamente castigada por los que si no degüellan a los niños, les matan el alma y corrompen sus sentimientos, para engrosar las huestes de las fuerzas del mal.

Setiembre continúa señalando el calendario. Y es el 30 del mismo mes, que a las cuatro y media de la mañana, dejamos el Cairo para encaminarnos a las cinco y cuarto hacia el Canal de Suez. Hay ya luz natural a esa primera hora del día. Magníficas nubes grises claras. La ciudad de Heliópolis llena de sol saie al camino como confirmando su onomástico.

Hay en el nombre de aquella urbe— Ciudad del Sol— una afinidad que nos remonta, en vuelo de imaginación y de recuerdo al Imperio del Sol, que fundaron nuestros antepasados los Incas, y en cuyos vestigios, como en los de los milenarios antecesores, hay arqueólogos que encuentran afinidades comparando las primitivas culturas peruanas y egipcias.

Vamos, raudamente por una carretera que toma el nombre del Canal: Suez. A las cinco de la mañana y minutos vemos un campamento militar con sus vivacs. Recorremos grandes distancias arenosas, vecinas al mar. Es una arena color ocre, como calcinada por el sol.

Vamos en un poderoso Packard, siguiendo las ondulaciones, de una senda, que nos pone ya en la altura, ora en los llanos. Está la vía asfaltada y es angosta. La composición de la pista, nos dice que el oro negro, no viene de lejos. Egipto es productor de petróleo. De pronto aparece sobre el mar una cinta roja, y poco después, el sol, como una esfera de fuego, proyectando con sus rayos, las siluetas de los camellos que rumian paja verde. La luz del sol sobre el asfaltado finge eléctricos matices. Caminamos a 110 millas por hora. Aparecen algunos árboles. Llegamos a un campamento militar inglés.

A las siete y diez estamos en la Villa de Suez y cinco minutos más tarde, avistamos el espectáculo de la obra de ingeniería que encierra una dramática historia de la voluntad del progreso europeo. Da la impresión de un lago magnífico. Con embarcaciones que lo cruzan. Es el vínculo de los mares Rojo y Mediterráneo. Un monumento dice el capítulo humano de su historia. Port Said y el Canal. Numerosos tanques de petróleo en viaje a Suez y regreso al Cairo. Ponen nota pintoresca unas carretitas con agua y frutas. Desde un café-tín, con muebles y paredes desvencijadas, vemos correr la vida de este lugar, con sus tipos autóctonos, que no dejan de llamar la atención al viajero.

Emprendemos a las ocho de la mañana, el retorno al Cairo, donde nos aguarda una de las emotivas impresiones de nuestra vida de viajeros. El Museo de maravillas de los egipcios, donde se admiran el Sarcófago y las Joyas de Tutan Kamen, el legendario faraón, en torno a cuya momia, se tejieron muchas leyendas.

El sarcófago del legendario personaje encierra en su estructura ciento diez kilos de oro. En su interior se ven cuatro miniaturas preciosas, con jeroglíficos, multitud de joyas y una de su busto en oro y lapizlázuli. El Sarcófago real está recubierto por otro de madera y tres camaras de madera también cubiertas de oro para el mismo. Hay además, momias y multiples sarcófagos. Ambienta al optimismo el comedor de día del "Semiramis", luminoso y pleno de flores. A nuestro lado toman asiento dos personas trajeadas a la usanza árabe tccadas con turbantes, mostrando galones negros en las mangas y otras con penachos negros así como un caballero vestido a la europea con su típico fez egipcio.

Pienso, en esta luminosa residencia, contemplando de lejos, la perspectiva de las pirámides en su número. Hay cuarenta y siete entre grandes y pequeñas, como haciendo cortejo a la Esfinge de Cheops. Las pirámides son, en mi concepto, como en el del idealista José Enrique Rodó, la imagen de una vida completa. Aludiendo a una de las más acabadas, en el mundo de la cultura y de la vida, la de Juan Wolfgang Goethe, expresaba el ensayista uruguayo, que la pirámide la representaba a la perfección, porque conservando todos sus lados, armoniosamente, iba su vida, levantándose hasta alcanzar la cima en una intersección de ángulos tan alta, que convertíase, desde allí, en la cumbre espiritual que sigue su trayectoria invisible, hacia lo infinito.

Hemos pensado, por eso, también, que acaso la escultura egipcia se adelantó al concepto revolucionario de la estética moderna, que tiende a difuminar los contornos humanos de las estatuas, para darles en las masas que armoniza, un símbolo de eternidad. Y nada más bello y elevado, que la pirámide en la que la milenaria cultura egipcia nos ha dejado vestigios inmortales.

De las pirámides, nuestra admiración, se encamina a las mezquitas. Y contemplamos, con el mismo sentimiento, la Mezquita de Ali Pasha, el primer Califa de Egipto. Cuatro columnas sostienen la maravilla de su cúpula, con vitreaux en la cúpula de oro y negro. Ventanas circulares con los mismos artísticos vidrios. Mármoles y puertas de bronce. La tumba del sultán en bronce y mármol, ofrece su hermoso estilo propio. La iluminación, en una suave magnificencia de tonos, aparece como un cielo tachonado de estrellas. Anejo a este recinto aparece un espacio rectangular y afuera columnatas. Hay una fortaleza, evocadora de centenarios combates, conservada muy bien en tanto otra, muestra los estragos de las batallas de los hombres y de los tiempos. De la Mezquita se contemplan las pirámides a veinte kilómetros, y al apartarnos de este lugar, lamentamos, en la intimidad de nuestra impresión, lo mal conservado que se mantiene, encerrando, como lo hacen, tanta riqueza material histórica.

Algunas mujeres que vemos a nuestro paso, convierten en realidad, lo que solamente creíamos que era fruto de la imaginación, de la pintura o de los relatos literarios. Ostentan grandes anillos de plata en los tobillos y en la nariz, como signo de matrimonio.

En la Gran Mezquita, la gente duerme y lee el Corán, Los fieles, que son fanáticos observantes de sus prácticas religiosas, besan dos veces consecutivas el suelo.

Un paseo en el Nilo, cabe un barco de vela, nos ofrece el encanto de sus aguas tranquilas y evocadoras. A la entrada dos leones de bronce parecen custodiar el río sagrado, del que la Biblia, nos cuenta el asombroso hecho de la salvación de Moisés. Mientras nuestro pequeño navío, surca la ruta fluvial, nuestra imaginación navega por el recuerdo de la fas-

tuosa época faraónica. Requeriríase de mucho tiempo y de montañas de papel, captar, en esta ocasión, todas las sugerencias que vienen a la mente, entre las cuales, cobra apocalípticos caracteres, el de las Siete Plagas de Egipto, como si en ello quisiéramos ver, de nuevo, ya no en Egipto, sino en el mundo todo desatado ese castigo, revelado en sueño premonitorio a los profetas del Antiguo Testamento.

Volvemos de aquellos puntos a la realidad circundante y apuntamos la presencia de egipcios cargando a sus hijos a horcajadas en el hombro.

Los egipcios, este pueblo, en su síntesis humana, nos lleva, también, a las consideraciones políticas. Y no podemos dejar de advertir que en el Cairo flota un espíritu antibritánico, acentuado aún más por la pretensión del Gobierno de Egipto, que ambiciona el dominio del Canal de Suez, punto neurálgico, de la grave diferencia entre ambos países.

En decadencia política, como un anacronismo sobre el panorama de la época que vivimos, el Rey Farouk, estaba virtualmente, cancelado por su propia acción y su vida propia, en el gobierno de su país. Se requería solamente un hombre audaz y bien intencionado, que saltando al trampolín de las revueltas pudiera hacer frente al viejo poder carcomido, y tomar las riendas estatales. Así vimos surgir al general Naguib, que luego se vio envuelto, por el aura popular. Mucho de romántico se ha tejido en torno de su patriotismo y no menos de diplomático, se ha atribuido a su movimiento. Como su gesto no podía ser una demostración aislada, al visitar, no ha mucho, el primer ministro de la India, Nehru, la ciudad del Cairo, respondió afirmativamente al Jefe del Gobierno egipcio cuando le interpeló si su país, apoyaba las reivindicaciones del suyo, si bien es cierto que al declarar para la prensa, el notable líder del vasto pueblo hindú, dijo:

"No hay ninguna duda de que siempre existe algún medio de arreglar todos los problemas que se presentan en varios lugares del mundo".

Mientras tanto el Ministerio de Orientación Nacional egipcio, afirmaba, que la actitud de Gran Bretaña en la cuestión de la zona del Canal de Suez puede incendiar a todo el Cercano Oriente desde el Atlántico hasta el Golfo de Bengala y que la base del canal resulta tal y como está hoy, inútil para la estrategia de estos tiempos.

Puad Galal, que así se expresaba, concretó su pensamiento de esta manera:

"La zona del Canal sería una Línea Maginot en cualquier guerra futura, que inevitablemente sería atómica."

Sostiene, además, Egipto, que este país ha invertido más que Gran Bretaña en la zona del Canal. Para hacerlo agrega que la base militar ha sido construida por hombres y con materiales egipcios.

Formuló la advertencia, que nosotros meditamos hondamente, de que si prende el fuego en esa región, vitalmente estratégica, el mundo libre nunca disfrutará de seguridad.

Pensamientos que, no obstante encontrarnos tan distantes del nuevo mundo, llegan, hasta sus confines, porque la guerra, donde quiera que estalle, es fuego que se propaga, fácilmente, hacia todos los bosques del planeta. Felizmente, parece que hay fuerzas de equilibrio que, hasta ahora, detienen, en sus fronteras, a los bélicos instintos de quienes todo quieren arreglarlo con las armas, que nada construyen, cuando ellas accionan en lugar de las ideas, y solamente sirven, como elementos de defensa, y no de agresión. Una vez más a lo largo del dilatado camino de la historia, la razón se ha impuesto, y ha demostrado que, aunque no de inmediato, los que provocaran ataques armados contra pueblos indefensos o militarmente débiles, pagaron sus victorias, con la cosecha de su propia semilla. El apotegma evangélico de que "quien a hierro mata a hierro muere", o más claramente dicho "quien mata por la espada por la espada muere", no es un concepto perdido en el tumulto de las frases que el retoricismo de los hombres circula. Es una verdad que jamás ha de desvirtuarse.

Este mismo concepto, cuando se trata de volverse contra los pueblos que, sacrificando intereses, laboraron por la grandeza de otros, a donde llevaron el faro de la civilización y de la prosperidad, se repite en mil y un sucesos recientes.

Nos separamos del Egipto, llevando en nuestro ánimo, la esperanza de que los hombres inteligentes y persuasivos de la tierra de los faraones, se impongan en medio de la vorágine actual. A la una y media de la madrugada del primero de octubre de 1952, decollamos en el Aeropuerto Farouk, tomando un magnífico avión de la Air India Internacional, con filas de cuatro asientos y ancho pasadizo. Es uno de los famosos "Constellation", que durante la última contienda universal, jugaron tan decisivo papel en la guerra aérea. A las cinco menos cuarto de esa misma mañana, arribamos, de nuevo, a Roma, mientras nuestros recuerdos han fotografiado ya las imágenes de los viajeros que hemos hecho juntos el mismo recorrido. Una dama hindú, elegantemente trajada, con un vestido a manera de túnica, color esmerai-

da, ceñido al cuerpo con motivos en franja roja y oro, y una de sus puntas terciada al hombro. Llevaba sandalias. La tez morena y ojos maravillosos, nariz aguileña y boca sensual. Hermoso hijo de su raza. Venía desde Bombay a la Ciudad Eterna en compañía de una preciosa niña. Portaba en la mano una cartera roja de gamuza, esta señora hindú, que tan grande impresión nos causara.

Al retornar a Roma, admiramos el gran acueducto que se extiende en las afueras de la urbe. La moderna estación del aire es imponderable. Tiene un ancho campo para helicópteros. Vemos los aeropuertos de Champain, cerca del pueblo del mismo nombre, y entre él y Roma, el Castel Gandolfo la residencia veraneiga de los Sumos Pontífices, uno de los cuales, el actual, viene en la época de estío, con frecuencia a esta residencia, desde donde Pío XII, ha dictado admirables lecciones de paz al mundo. Ya en el terminal aéreo, sentimos la vecindad de la raza nuestra, cuando vemos en mayor número a los españoles que, por aquí discurren.

Del Cairo a Roma hemos recorrido, por aire, 2,170 kilómetros, que están calculados en seis horas; de Roma nos disponemos ya a salir en el avión de la Iberia, indicándonos la guía que tenemos solamente novecientos kilómetros en tres horas.

Tomamos asiento en la cabina de la máquina que nos conducirá a la Madre Patria, y este anhelo, nos vuelve al pasado, cuando hace mucho años visitáramos la tierra, donde se armaron las carabelas de Colón y de donde salió Pizarro, modificando, entre ambos, el sentido de la cultura universal. Hay en ambos hechos, circunstancias, que convidan al pensamiento a meditar acerca del proceso histórico de la cultura occidental. El primero abre nuevas perspectivas a la filosofía del mundo antiguo y el segundo, señala otros derroteros a la concepción sociológica del orbe. No son sólo el descubridor de un nuevo mundo y el conquistador de un imperio desconocido. Se trata de los dos instrumentos poderosos que cumpliendo los inescrutables designios del destino, redactan, con los hechos, las más bellas y dramáticas páginas de la vida de la humanidad.

Posteriormente, retóricos de otras razas, han querido falsificar la verdad de esos acontecimientos y en vano procurar sino empequeñecer al genial navegante genovés, y disminuir al magnífico Capitán trujillano, irse contra España, madre y maestra de sus hazañas.

Rastreado las huellas del pasado, se vuelve al primero de los capítulos del descubrimiento y de la conquista, y se encuentra el hombre moderno, que no ha perdido el equilibrio del criterio universal de la historia, que Colón y Pizarro, se yerguen, como avanzados de una concepción revolucionaria de la cultura. Nosotros creemos que mucho se ha escrito y se ha repetido, en torno a la subjetividad, de las sendas gestas. Pero muy poco, hasta ahora, se ha cavado en el pozo de la historia, para ir, de la mano de la filosofía, a las primeras aguas de esos magno sucesos.

Viajando por el aire, que nos pone en nexo de Italia y España vinculamos el recuerdo a las primeras jornadas de Colón, por tierra, cuando pobre e ilusionado, dejaba el suelo de una península, rumbo del de la otra península, donde completó sus nobles ambiciones de revelación de un nuevo mundo.

Vamos a Barcelona. El cuatrimotor lleva cinco hileras de asientos. Al salir de Roma llovía ligeramente. Eran las cinco menos diez de la tarde. Y llegamos al puerto de la Ciudad Condal, a las tres justas del itinerario; las 7 y 50 de la noche. Nos alojamos en el Estoril Palacio Hotel que señala 190 pesetas por noche incluyendo la comida.

Al abrir las maletas se da nuestra vista con un breve itinerario de la Compañía de Líneas Aéreas, la Iberia, que acabamos de utilizar, pero que en su prospecto, nos relata, desde Madrid, el trayecto que, en sentido contrario, hemos realizado.

"Tres horas— confirma lo por nosotros verificado— vais a estar volando sobre este mar sin que podáis ver tierra más que en los días claros del invierno, cuando las nevadas cumbres de las altas montañas de Córcega, permitan verlas desde lejos. La mayor parte de los días os encontraréis, de repente sorprendidos por el acercamiento de dos islas, baja la del Sur, alta la del Norte, Cerdeña y Córcega, que en un canal, verdadera garganta marítima, de San Bonifacio, os permitirá recrearos en un panorama entre lindo y hosco, según esté el reflejo del sol y el estado del mar. Su visión será casi momentánea, diez minutos, y otra vez sólo cielo y mar y, en general, veréis después las cumbres nevadas de los Apeninos acercarse a vosotros, y, en otra sorpresa, os encontraréis volando sobre tierra y, a vuestros pies, la Ciudad Eterna: Roma" Precisamente, desde donde nosotros hemos, ahora venido.

Habla, Barcelona, para nosotros, el lenguaje del sentimiento, que no quita, desde luego, objetividad, a las impresiones que captamos de la urbe gigantesca, una de las más activas o industriales, del viejo mundo. Aquí se destroza la leyenda negra y pintoresca, conque los subterráneos enemigos de España, han querido, siempre, hacer menos valiosa la significación de ese pueblo en el concierto europeo. Y nos lleva a ideas que se incrustan, fuertemen-

te, en el hacer de la historia contemporánea. Ideas que, ahora que viajamos con un elevado propósito definido, remachan, por decirlo, así, nuestro anhelo de unidad defensiva del mundo occidental, frente a los mil peligros que rondan desde el mundo oriental.

Un alto militar francés. El Mariscal Jean Juín, habla por nosotros en cierto reportaje que juzgamos como anillo al dedo, al hablar de este punto. Aludiendo a la conveniencia de que España cuente en la defensa occidental, expresaba:

"Naturalmente, las fuerzas españolas quedarían sujetas al mando supremo y destinadas allí donde su presencia fuera necesaria. La idea de situar la defensa de Europa en los Pirineos es absurda. La batalla decisiva debería darse antes y sostenerla todos juntos. No podemos hacernos derrotar sucesivamente unos tras otros. Por lo demás, se habla mucho de Europa ahora. No hay verdadera Europa sin España, ni sin África del Norte, pues todo ello forma una perfecta unidad geográfica, política y estratégica, como ya los romanos sabían bien".

De esta concepción militar de la defensa, debemos pasar, porque mantiene cierto parentesco, con el ideal de unidad que preconizamos en América, sin perder de vista, la que Europa debe ofrecer, si queremos que el mundo occidental vibre al unísono con el mismo ideal de paz ecuménica, debemos pasar, repito, al pensamiento de todos los problemas contemporáneos, acerca de los que el Ministro de Asuntos Exteriores, de España, decía en septiembre de 1952, terminado el ciclo europeo del curso afín a estas cuestiones en Santander. Son palabras que filtran la opinión de ese país cuando deja sentado:

"Quiero también asegurarnos ilustres pensadores, la colaboración de mi Patria para esta noble y generosa tarea que emprendéis en pro de la unidad de Europa. España ha estado siempre propicia para las grandes empresas universales, y mucho más para las grandes empresas constructivas, para toda obra de paz justa y estable. Y nuestra España de hoy es, señores, precisamente la España que mejor puede ofreceros las mayores garantías de una eficaz colaboración. Porque nosotros a quienes se ha acusado peyorativamente de nacionalistas, no somos partidistas de un nacionalismo exclusivista, sino nacionales, esto es, amantes de la unidad y de la interdependencia de la Patria contra toda suerte de cesiones. Sentimos la Patria y la Nación, porque entendemos que las naciones son los grandes instrumentos de que se sirve la Providencia para hacer marchar la Historia, pero también forma parte de nuestro acervo tradicional la idea de la solidaridad cristiana de los pueblos, la idea de la integración de las naciones en un orden superior que nos hace estar dispuestos; incluso, al sacrificio de una parte de los atributos de nuestra libertad en obsequio de una solidaridad supra nacional".

Pero a los pensamientos suceden los actos, y los actos, en este momento de nuestro viaje, no llevan siempre, a caminar, que es una forma de hacer, también la solidaridad de los hombres, en ese mutuo intercambio, y ese acercarse, por sobre distancias e idiomas, al corazón mismo de los pueblos que, como el de Barcelona, por ejemplo, ha vivido los más dramáticos momentos de la historia contemporánea, cuando las fuerzas que hoy vuelven a conjurarse, contra todos los países libres, se colaron, a la sombra del sueño socialista de la república.

No es Barcelona, sobre todo, para un hispanoamericano, una urbe de la que puede darse, a golpe de vista, una impresión acabada. Es que en este caso lo objetivo del turista no basta. Hay que ir a lo interno de las urbes, para extraer, como de una mina, el oro puro de su realidad moral.

En nuestro apoyo viene un nombre, que estamos viendo con simpatía, sobre, en nuestro concepto, uno de los mejores libros acerca de la vida de las ciudades, el de Carlos Soldevilla, que ha escrito una monumental Guía de Barcelona y que debiera, más bien llamarse, Biografía de Barcelona, porque de sus páginas, brota, como de claro manantial del tiempo, la línea que recorriendo latitudes, bordea todo lo que encierra esta población llena de actividad creadora. La gran capital mediterránea va saliendo, en el perfil de estas letras, con todos sus colores y sus matices, y es, como una afirmación literaria, de lo que nosotros hemos visto en toda su magnitud.

"Conocer una población— nos dice este inteligente guía mental — no consiste únicamente en familiarizarse con su topografía y su toponimia, el aspecto de sus monumentos y el trazado de sus calles, ni siquiera en adaptarse mecánicamente a sus ritmos y plegarse con más o menos flexibilidad a sus costumbres, consiste, también, y sobre todo, en penetrarse de su atmósfera espiritual, en desposarse con su presente, su pasado y su futuro, en tomar cariño a sus cualidades y sentir el sabor agrídulce de sus grandes defectos."

Se agolpan, efectivamente, en torno a la dedal actividad de nuestra mecanografía, recuerdos, e imágenes, queriendo, como en una silenciosa muchedumbre, abrirse paso, ansiosas, de acudir a las páginas que trazamos, escribiéndolas con el ritmo de nuestro propio corazón,

que late, emotivo, porque una ciudad como esta, es una ofrenda a la paz, sobre el sedimento de muchas luchas y de una cotidiana tragedia en el anhelo de hacer la patria al compás de las horas de un intenso trabajo.

Solamente el trabajo, a veces inclinado por la poesía y el arte, pueden haber forjado esta urbe que se recorta orgullosa de su estirpe, en un panorama inolvidable, orado por el Mediterráneo, el "Mare Nostrum", a cuyo solo nombre, salen como del fondo de sus aguas, siglos de gestas y de leyendas, Hombres que embarcados primero en carabelas, se multiplican, después en barcos y navíos, para llevar el nombre de la raza, hacia todos los confines del orbe.

Pero lo que hace de Barcelona una ciudad única, es lo que sus regnícolas siempre repican, al enaltecer la felicidad de la montaña vecina que es como la espalda del océano. Marco de toda la belleza que dentro encierra la catalana población.

Mucho nos han hablado de esta urbe no sólo los novelistas, los poetas, los viajeros, los filósofos, sino hasta los políticos, porque, en verdad, Barcelona, es como haz de los caminos del mundo, donde se cruzan, muchas vías de mar, aire y tierra, pero también, sendas del tiempo que vive el mundo.

Aún dentro del mismo meridiano de la luz con que la vemos, Barcelona, ofrece cambiantes que se remontan a los siglos remotos y es por eso que desde los diversos miradores que se la otea, nos trae el mensaje de capítulos, a veces, emotivos, ora fríos, ya dramáticos, de su milenaria existencia.

Es Barcelona una ciudad llena de vitalidad. Como que día a día crece y justifica la exclamación de los que, al cabo de algún tiempo, retornan, para admirarse de cómo crece tanto. Desde el Barrio Gótico, matriz de la ciudad, como la llama el cronista mejor informado de ella, se recoge la impresión arcaica de esta gran urbe catalana. Su origen se denuncia en vestigios que se remontan al descubrimiento de los arqueólogos que nos dan la partida de bautizo romana de la ciudad que contemplamos. Luego aparece la influencia medioeval. Nos detiene la Catedral donde alguien advierte una divina proporción que la hace original y no inspirada en la arquitectura foránea. Empero seguir a paso de turista, no nos deja captar, en toda su belleza, y toda su sugerencia, cuanto el viajero, encuentra por estos lares nutridos de un ayer lleno de historia y de leyenda y de verdad, a veces, dolorosa, como las huellas de los bombardeos que estremecieron la ciudad condal cuando las fuerzas chocaron en la guerra civil que anunció, dentro de España, lo que más tarde, iba a suceder fuera de sus límites, en los ámbitos de la golpeada Europa.

El Ayuntamiento nos lleva a encantarnos con su fachada gótica. Y en el resto de este panorama ciudadano, el Arco del Triunfo, el Palacio de Justicia. La residencia de Cristóbal Colón, y las ramblas. En ellas late vivo el corazón de Barcelona. "En 1900 —dice Soldevilla— eran todavía y sin discusión el centro de la ciudad. Los barceloneses de aquella época, siquiera una vez al día, tenían que asomarse a las Ramblas. Maragall, tan profundamente barcelonés en todo, se impacienta cuando, por culpa de una huelga tumultosa, se ve privado de poner los pies en el Ateneo que se halla instalado en el edificio del Teatro Principal, sobre el Lyon d'Or."

Evocando el enterado cronista de lontanos días, apunta: "¡Cuántas cosas ocurrían en esa vieja Rambla, principio y fin de todas las alegrías y de todo los infortunios ciudadanos! En 1900 asomarse a la Rambla era como fijar la mirada en el semblante de Barcelona. No, me quedo corto. Era como deslizar una mano indiscreta, aunque cariñosa, sobre su mismísimo corazón."

Sobre la referencia de las ramblas, nos vamos al Paseo de Colón, que ostenta, como ya el otro lo ha dicho, el más ambicioso de los monumentos barceloneses.

Sucédense, ante nuestra retina, los cuadros, paisajes, monumentos, toda esta grandiosidad de la urbe condal, y van quedándose, junto al fuego del sentimiento de la raza, motivos como el Palacio de Justicia, el Palacio Nacional, el mercado de San José, la linda Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, de estilo románico, el Monasterio de Pedraldú del siglo XIV con magníficas esculturas. Esplendidas avenidas como la de la Infanta Carlota, nueva y extensa. Y el incomparable templo de la Sagrada Familia, que habla de la fé maciza de los españoles, obra de Antonio Gaudí, en construcción. La Universidad de Barcelona de 1863.

Barcelona nos invita a quedarnos. Resta mucho por conocer. Y de lo conocido más que ver al compás de un tiempo del que nosotros no disfrutamos. Cómo quisierámos mayores horas para contemplar, con todos los elementos de la cultura y el recuerdo, cada uno de los sitios famosos, historiados por mil y un episodios, de la vida compleja de este pueblo que hablando en una lengua que parece, a veces ruda, tiene sin embargo acentos líricos, de los que Mosén

Verdaguer, nos dejó bellos ejemplos en su inmortal poema y de los que Santiago Rusiñol nos ha dicho en sus personajes y en sus lienzos toda la gama de los sentimientos y de las emociones.

Salimos el 3 del hotel para la oficina de Iberia, a las seis y media de la mañana. A Mallorca, se va en una hora y el avión sale a las ocho. Los ómnibus de Iberia tienen un plano más elevado para destino de los equipajes.

Llegar a Barcelona y no ver a una mujer admirable, sería imperdonable. Apenas puse los pies en la tierra catalana, lo primero que hice fué tomar un auto y dirigirme a Sarriá, distrito residencial y aristocrático, donde tiene la inmarcesible Tórtola Valencia su crepuscular retiro.

Me recibe Angeles, su primera hija adoptiva en lo que ella denomina "El salón de la Maja". Es que allí domina un enorme óleo de la genial danzarina en su famosa creación de "La Maja". Lo firma el pintor valenciano Vicente Borrás Abella, famoso. Todo acusa un refinamiento que sólo puede ser obra del arte y de la artista. También está en el mismo recinto el magnífico retrato de Tórtola por Ignacio Zuloaga. Estatuillas en bronce plasman a Tórtola Valencia en la "Danza de Anitra" y "La Gitana" de Granados y en su danza de "La Noche".

No acabamos de admirar, de vertiginosa visión, todo lo que nos rodea, cuando aparece Tórtola Valencia en persona. Son dos exclamaciones nuestro saludo. El de ella y la de nosotros. Nos hemos visto después de veintitres años. Y está la artista aún esbelta y ágil como antaño. Sus ojos luminosos. Su melena evoca la maraña de los Andes. Ella se lamenta de la nieve que ha caído sobre su cabeza y confiesa:

—Pero soy muy amiga del Tiempo y me encuentro feliz acompañándolo. Después nos muestra lo que ella llama un hogar, pero que es un maravilloso museo. Muebles, objetos de bronce, porcelana, esculturas. Una espléndida biblioteca. Documentos que enaltecieron y enaltecen a la artista insigne, y entre los libros algunos del Perú, como los Comentarios Reales del Inca Garcilaso y el Ollantay de Pacheco Zegarra vertido al francés. Pero es tanto lo que hay que admirar y lo que se tiene que hacer con el recuerdo, que solamente, para ocuparnos de su colección de libros, con marginales comentarios, requeríamos un volumen aparte.

Antes de salir nos lleva a un gabinete donde guarda todo su vestuario de artista. Se encuentran los trajes como si Tórtola Valencia fuera, de nuevo a salir, a cenar, y sale, en efecto, teatro de nuestro recuerdo agradecido por su acogida. Cuando salimos a la calle nos sentimos como si viniéramos de un mundo muy antiguo y selecto para seguir frente a la vulgaridad de la vida moderna.

Veinte minutos antes de las siete nos encaminamos al Aeródromo de Barajas para decollar diez minutos después de esa hora, en un avión de la Iberia con destino a la capital matritense. Vemos, desde la altura, los campos barceloneses bien cultivados. Son tierras con figuras caprichosas en sus cultivos. Como si ellas configuraran, en lo material, la psicología individualista del ibero. Un sol maravilloso pone los más intensos matices de diaphanidad en el espacio que cruzamos.

Hemos hecho quinientos kilómetros de Barcelona a Madrid, en dos horas.

Hay siempre una secreta emoción en llegar a la ciudad mediterránea que tan profundamente vinculada se encuentra, en su nombre, y en su remota acción, a la vida de nuestros países hispanos. Madrid, para los peruanos, es como decir Lima, si bien es cierto, que más semejanza, hay entre Sevilla y la Ciudad de los Reyes, que con la primera urbe peninsular.

Al avistar, en Madrid, el Palacio Real, en la Plaza de Oriente, la imaginación, con la fuerza de los recuerdos, cinematografía los siglos de inquietudes reales y de desórdenes republicanos, que han girado, como si aquello fuera un eje, en torno a la mansión agobiada de pasado, y sin embargo, nutrida de esperanzas. El Jefe del Estado, ahora, Generalísimo Francisco Franco Bahamonde, labora en el Palacio de El Pardo que es una residencia veraniega. Nos toca asistir al paso de Embajadores a quienes el Caudillo de España, recibe oficialmente, cuando van a acreditar sus respectivas representaciones.

Por allí se encuentra la destruida Catedral de San Isidro, durante la guerra civil que asoló a la tierra generosa y valiente de nuestros antepasados. El Palacio de Santa Cruz, ahora Ministerio de Relaciones Exteriores. Luce bellas sus puertas de madera labrada. Es magnífico el Instituto de Investigaciones Científicas que pone a España a tono con los más avanzados estudios universales y que ha permitido demostrar, en recientes aerópagos, con el concurso de celebridades mundiales, cómo la Madre Patria, avanza, sólida y firme, por el camino del progreso sustantivo del país, y no sobre las palabras, echadas al viento, por las arengas demagógicas de los políticos.

Cada uno de los pabellones del Instituto, se halla consagrado a especialidades en las múltiples ramas del saber. La calle General Mola, el nombre del aguerrido militar que tan desco-

llante misión cumpliera en los días aciagos de la fratricida contienda, muestra espléndidas casas de departamentos, de varios pisos. Los edificios dedicados a los Institutos Armados son modelos en su género. Y es muy visible, también, el de la Embajada de los Estados Unidos de Norte América, cuya política, en las relaciones con España, ha oscilado tanto, al ritmo de incomprensiones e interesada propaganda exterior pero que los Palacios de Luca de Tena y Romanones nos remiten, así mismo, a considerar etapas, ya canceladas de la vida española, pero con vivencia, honda y promisoras, en lo que aquellos valores públicos, dejaron en la vida nacional hispana. Como la hay en Mariano Benlliure, el magno escultor que ha dejado una España perdurable en su obra valiosa.

Alojados en el Gran Hotel Wellington, nos sentimos confortablemente hospedados, con un buen dormitorio y gran salón de recibo. El valor diario por este servicio de alojamiento es de 620 pesetas.

Comemos, aquella primera noche de Madrid, en unión de gentiles amigos. Nuestros oídos descueñtan las horas de escuchar otros idiomas ajenos al nuestro. Es más sentirse en la patria, cuando, lejos de ella, se entiende con los demás en el lenguaje del genial Manco de Lepanto. Se enciende el calor de la plática en espirales sugerentes, con personalidades, como el escultor valenciano Ramón Mateu, ampliamente conocido en el Perú, su distinguida esposa y su bella hija. Con el señor Ramiro Ruiz, de la Secretaría del Círculo de la Prensa, que preside Luis del Alamo, y al primero de los cuales, acompaña, también, su espiritual esposa. Su conversación nos abre gratas perspectivas y nos permite entrar, por la mejor puerta, la del pensamiento. en los más actuales problemas de la cultura no solo del país que visitamos, sino también, del mundo.

Después de un reposo en la ciudad, que nos busca en las calles, vías modernas y edificios, como queriendo ser vista de un golpe, admiramos el grandioso edificio del Ministerio del Aire, al que nuestra mente asocia con la gloriosa tradición de España, que inició su primera etapa en la acción de los modernos argonautas, con el hermano del actual Mandatario, el aviador Ramón Franco, que hace muchos años, trazó la primera ruta celeste entre su patria y las patrias de allende los mares. Y más tarde el vuelo a nuestra ciudad limeña del "Jesús del Gran Poder" de Jiménez.

Una réplica del Convento de la Rábida, con el Guadarrama al fondo, nos pone frente a la memoria de Cristóbal Colón en los emotivos episodios que precedieron a su gloriosa travesía por el entonces misterioso y desconocido océano.

Todavía podemos ver el Instituto Geológico y Minero de España, donde se forja una juventud que mira a la realidad de la vida, en la riqueza del suelo de la patria.

Pero el tiempo sigue apremiando y con sentimiento debemos dejar, en los apuntes y en las impresiones, mucho de este Madrid que, por sí solo reclama un libro voluminoso, para poder encerrar en sus páginas, cuanto el viajero, y sobre todo si como nosotros, llevamos hondas raíces hispanas, cruzadas en el pasado con las itálicas, capta en su andanza por tierras españolas.

Nos aguarda el avión que se ha anticipado un día a nuestro proyecto de mayor estancia para seguir a Lisboa, de cuyo aeropuerto, nos separan 450 kilómetros a razón de dos horas de crucero espacial. Es la última etapa de nuestro itinerario europeo y las inquietudes de dejar el viejo mundo, aceleran el ritmo del corazón. En la estación de la T. W. A. se percibe fácilmente la presencia de los pasajeros portugueses en su habla típica y en su continente. A las nueve y cuarenta da la mañana remontamos el vuelo en esta máquina de empresa inglesa. Es un "Constelación" de 49 asientos. Arribamos a Lisboa a las once y media de la mañana, gozando la vista de una magnífica carretera, casas que lucen flamantes pinturas alegres, bellas avenidas y un sol esplendente que se derrama por la urbe, recortando, en todos sus detalles, los magníficos monumentos.

Treinta buques de guerra norteamericanos con quince mil marineros, hace días han penetrado en la bahía de la ciudad que baña el río Tajo, llenando su tripulación los establecimientos y rúas. Es algo así como un deambular de un turismo disciplinado en la libertad individual de cada marino que busca originalidad en el ambiente y en los objetos con que llena su bolsa de viaje.

En un balneario abren, para diversión de los turistas, un Casino, un Cine y un Cabaret franceses, sus puertas, que se ven franqueadas por damas y caballeros, así como tipos indefinibles, en cuyas vidas tal vez se oculta algún dramático secreto.

Un sol que enciende de luces toda la ciudad y pone fuego de optimismo en las venas abri-llanta aún más la albura de algunos edificios. Mujeres portando pescado, frutas y verduras, in-

piran motivos de ucuarelas u óleos para decorar comedores. Fábricas de cemento, elevan sus chimeneas y estructuras como una recia sinfonía al trabajo.

Del conjunto llega a nuestra memoria, también, su pasado, lo que fué esta capital portuguesa, y lo que es, y lo que el futuro, insinúa ya en la actividad infatigable de sus hijos. Los orígenes de todas las ciudades del mundo y más las del antiguo, se pierden, como alguien dice, en la noche de los tiempos. "Lisboa— la capital de Portugal— escribe Norberto de Araujo— como la magnífica Porto, como Coimbra la contemplativa, la augusta Braga —poseen— agregamos nosotros, en sus archivos, un lejano parentesco con todas las ciudades cargadas de tradiciones y de leyendas. Eso —nos sugiere el mismo autor— una de las más grandes y bellas ciudades de Europa, esa Lisboa donde se multiplican sus plazas, avenidas, monumentos, institutos, museos, palacios. Hay como el mismo lo subraya, una atmósfera espiritual en Lisboa que toma al viajero, y lo hace meditar, y que, para nosotros, ha permitido comprobar, se diferencia de las demás capitales del viejo hemisferio. Acaso tiene una similitud en que ella —y tomamos al mismo escritor— se eleva como Roma sobre sus siete colinas, sobre sus múltiples miradores, que entregan a la visión el panorama del mar, cuyas innumerables caminos, condujeron, como antaño a los españoles, a los portugueses, hacia las Indias fabulosas.

De esta urbe que contemplamos con la afinidad que en nuestros sentimientos tiene esta raza, obtenemos, para el carnet de viaje, la verificación de mucho que hemos leído en torno a Lisboa y sobre todo, de lo que, como sedimento de siglos, ha dejado la lírica universal, en ese genial poeta antiguo Camoens. Es que, y lo decimos, con los demás, Lisboa atesora un fondo poético hereditario. Aquí tiene su asiento esa melancolía que es muy dulce tristeza, de la "saudade" y que ningún otro idioma, puede vertir, con más cabal expresión que el propio lenguaje de Eca de Queiroz.

Lisboa con su millón de habitantes se desenvuelve con todo los caracteres de las ciudades modernas. Sin perder de vista, su perspectiva de ayer, que tan propia, la hace aparecer a los forasteros, cuyos ojos se extasían en el Jardín Botánico de Doña Amelia. Refléjase sobre ella, a pesar del materialismo del mundo que le viene, como a todos los pueblos de ese hemisferio, de todos los puntos cardinales, un halo de misticismo que acaso se forma con los rumores celestes de los Tres Pastores de Fátima: Sus jardines están vinculados a nombres de santoral, como Santa Clara, Campo de Santa Ana, San Pedro de Alcántara, sobre cuyas flores parecen reposar, en las tardes, los acentos del Ave María, como un suave ritornelo crepuscular.

De los tipos de Lisboa, nos dice el mismo autor que arriba hemos citado, "como ocurre en todas las capitales, hay tipos que definen sus costumbres" aunque la mayor parte se pierden en la comunidad de los que replican las mismas imágenes humanas de otros lugares.

Pero en muchos sitios, vuelve a cogernos la impresión de su fé que tiene expresiones monumentales en templos y monasterios. Uno de ellos, maravilla de arquitectura religiosa. Allí en este refugio contra el mundanal ruido se encuentra el túmulo del poeta Luis de Camoens.

Otro bellissimo motivo de la tradicional arquitectura lisboeta es su Torre de Belen, que se yergue en almenados conjuntos que le dan una armonía de líneas ante la que el viajero se extasia sin fatigarse. A pesar de no ser gigantesco, en sus proporciones, el Palacio de la Asamblea Nacional, es como la pauta en piedra, del verbo que debe regir las deliberaciones de los pueblos. Armonioso. Tranquilo. Sereno. Lleno de sugerencias para el progreso de la nación.

El monumento a la Guerra Peninsular contiene en el mármol y en el bronce, un conjunto de motivos que hablan al sentimiento estético y la emoción de la patria.

Su Plaza de Pedro IV con su fontana y el monumento, empinándose encima del remate de los edificios, es de una hermosa perspectiva.

También la Plaza del Comercio, a pesar del nombre, evoca un ambiente de poesía y de historia que se adueña de las impresiones del forastero.

El sentimiento religioso tiene en Portugal como en España, muchas expresiones arquitectónicas y artísticas, haciendo pensar, una vez, más en que, como una paradoja del espíritu, ha sido en las épocas de fervor místico, cuando el arte se ha enriquecido con mayor número de obras que en la época renacentista. Ya un estudioso de la evolución del arte bajo la sugestión de las Ordenes Mendicantes ha señalado ese capítulo de la historia del arte, con documentos objetivos, que convencer de la teoría, la que, además, tiene comprobación en lo que contemplase cabe los Museos y las Iglesias. Una de estas, donde fué la casa natal de San Antonio de Padua, nombre que toma del lugar de su muerte, evoca al Padre de los Pobres y Taumaturgo de los Matrimonios. Que naciera en Lisboa el 15 de Agosto de 1195 y muriera el 13 de Junio de 1231 en Padua, Italia.

En la arquitectura bélica, cabe señalar, el Castillo de Saint Georges. De estilo romano y gótico. Plaza fuerte musulmana, de la época del árabe Aschbouna, opulenta y trágico que fuera

conquistado por don Alfonso Henriquez en 1147. Es maravilloso el panorama que se domina desde sus historiadas torres. Se divisa la ciudad, el Tajo, y los navíos. Del otro lado del río, cantado por poetas y músicos, se avista la zona industrial. Un castillo del siglo XII con guardia republicana ofrece la antítesis del mundo actual. La estatua de Maqallanes el descubridor del Estrecho meridional del Nuevo Mundo, acentúa el recuerdo de sus hazañas marítimas y de sus periplos que han inspirado a poetas y novelistas.

La Plaza de Toros es un signo inequívoco del origen ibérico y del nexo que, hasta no hace muchos años, se mantuvo, dentro de la península, con España.

Del otro lado de esta fase de la urbe lusitana, la ciudad moderna, con barrios contemporáneos, sus casas al estilo de hoy, y más allá el Yacht Club, cerca de un templo. El Jardín Tropical construido por la Reina Amelia de Portugal, en 1905, fallecida el año pasado a los 85 años edad. En este ambiente donde el sol se da cita con la urbe se dan maravillosos conciertos que llegan al alma de este pueblo, esencialmente, lírico.

Pero este país, donde nuestro idioma, solamente se transforma, pero no se pierde, se ha incorporado al curso del siglo, en sus más avanzadas corrientes. Ha sorteado, con altura, los oleajes de la vorágine de las últimas guerras. Se mantiene neutral y conserva aún el espíritu de su anterior Presidente, Mariscal Carmona empeñado el pueblo, en ser uno de los baluartes de la defensa de la democracia, a cuyo servicio estamos cumpliendo este viaje que se avecina a su término.

Tenemos, el pie en los últimos días sobre la tierra de este continente, que ha alumbrado con poder e inmortalidad, la senda de la civilización y del que se han proyectado, en haces magníficos, las grandes corrientes de la cultura del nuevo mundo. Aquí se habla un idioma que lo repiten millones de suramericanos, a las orillas del Atlántico, como en España, se expresa, el lenguaje de Castilla, que multiplican, millones, de voces a las orillas del Pacífico.

Nuestros ojos se han cargado de visiones y pensamos que la pintura de las ciudades y de los campos que hemos conocido, unas y otros, y vuelto a ver los visitados en anteriores viaje no se puede, a veces, hacer únicamente con palabras. No basta el adjetivo ni el mismo juego riquísimo del idioma de Cervantes para recoger, en toda su belleza e importancia, cuanto el andariego va midiendo con el compás de su propio corazón. Acaso en el lienzo, donde las palabras enmudecen, se podrían encontrar los mejores adjetivos que el idioma no acierta a estampar, para dejar, sobre el papel, como el pintor sobre la tela, la testimoniada realidad.

Con estas reflexiones, que se mezclan un tanto en el tranquilo dolor de las despedidas, partimos a las once de la noche en una máquina de la "Pan Air du Brazil". No tiene camas y si más bien cuatro asientos en fila. A las seis y cuarto de la mañana siguiente, tocamos en Dakar, donde el recuerdo de la última guerra, ha depositado muchos episodios que se han narrado en la historia, la leyenda y las letras que luego el cinema y la novela han difundido. Aquí, en Dakar, la servidumbre es de color. Caballeros con pantalones cortos y medias largas discurren dando sus estampas la impresión que el clima impone con su tropical atmósfera. Tomamos desayuno en Dakar, mientras en el Aeropuerto otro avión de la "Air France" recorta su silueta.

A las siete y media de la mañana, abandonado ya Dakar, un sol esplendoroso, juega sobre las nubes, encima de la cuales nosotros volamos. Al hacerse la noche en este crucero del gran charco, que nos demandará más de veinte horas, se cierran las cortinas para propiciar el sueño de los pasajeros, que suman cuarenta, y que dicen por sus rostros, sus vestimentas, sus diferentes lenguajes, del cosmopolitismo del pasaje. Estamos a 4,500 metros sobre el nivel del mar y cruzamos el cielo mismo, a 420 kilómetros por hora. En un ángulo del avión se juega al azar. Y a mi izquierda una dama joven y muy hermosa, lujosamente vestida, al dormir ofrece un motivo que ningún hombre de sensibilidad puede dejar de admirar. Como si allí, personificado, durmiese el Amor. Se adelanta la hora de Lisboa sobre Río a las diez y cinco, cuando advierto al pulir las uñas que una dama haciase manicure con los dientes. Un natural impulso me llevó a la cortesía de ofrecer la tijerita que yo empleaba, pero ella continuó haciendo uso de su propia herramienta: los dientes. Me hizo gracia. Como si fuera el símbolo de una época engarzada en una mujer. Que se agarraba al tiempo con dientes y uñas.

Nos remontamos con la imaginación, como el ave mecánica con su alas hacia el pasado, para exclamar, como Alonso Pinzón, desde lo empinado de la carabela colombina:

—¡Tierra!

Si. Tierra volvemos a divisar al cabo de la larga travesía por el espacio, viendo sólo cielo y mar, como viera el audaz navegante hace cinco siglos, hasta que la mágica voz del vigía avisando el hemisferio, diera la jubilosa nueva. Desde el aire, vemos tierra: Pernambuco. Aguas

de varios tonos, como si un invisible pintor se entretuviera, cambiando los matices del océano en el inquieto panorama del mar. Se ven las primeras casitas del Brasil. Diez minutos después las obras del Fuerte de Pernambuco. Tierras blancas. Es un veneciano escenario en la América del Sur. Almorzamos en Recife. Mientras tanto se fumiga el avión con una fuerte sustancia. A las doce menos diez del día salimos y somos protagonistas del 2,359 viaje de la "Pan Air du Brazil", para llegar a las seis y cuarenta a Río de Janeiro, la capital de fascinante belleza para todos los viajeros del mundo. El sol se empieza a perder en las lagunas con un juego de luces que inspira cantar para retener en las notas del divino arte, la emoción del paisaje, fijarlo, para mañana, en la plasmación de una rica paleta. La avenida Copacabana tan difundida, en sus imágenes, por postales, cine y relatos de turistas. La noche, tibia y sensual, como el ritmo de este pueblo, cita a millares de despreocupados hombres y mujeres, que discurren por la gigantesca arteria que mira al mar con toda la belleza de sus grandes edificios. Cientos de parejas, repitiendo el eterno diálogo del amor que nunca muere, a las orillas del mar.

Aquella noche como en Grill del Hotel Copacabana y al compás de los recuerdos, evoco otras ocasiones, en que estuve aquí, cuando vine a la grande y bella ciudad para seguir, de cerca, la acción de la diplomacia americana, impulsada, por acontecimientos que han quedado, en letras de acero, sobre las páginas de la historia.

Animan el Grill elementos de todos los países del mundo. Es una cita de cosmopolitismo que llega a nuestros oídos en el rumor babilónico de los idiomas que se hablan alrededor de las mesas, donde se sirve un menú, en todo magnífico.

Al día siguiente, el ocho de octubre de 1952, amanece un sol esplendente, y su luz violeta, dibuja con más acentuados rasgos las planas de los diarios que nos vienen a ver con ese grato mensaje de las noticias que, cotidianamente, recogemos, para ir forjando la acción de nuestro ideal de fraternidad y de paz. Abrimos el "Correio da Manhã" que dirige Mario Alves. Como él, los demás vibran en el latido de la emoción mundial de los sucesos.

Encontramos esas similitudes de los orígenes republicanos de este pueblo geográfica y políticamente gigantesco, con las de los que colonizó España. Aún no hemos difuminado de nuestra retina los aspectos portugueses, y por eso mismo, establecemos el paralelo en los dos idiomas que, para siempre, quedaron en este medio mundo, como reflejo de cultura y de voluntad, del otro medio mundo, desde donde vinieron en la aventura de los íberos. Hasta un río nos une como fluvial arteria, que vincula a las tierras del Pacífico con las del Atlántico: el fabuloso Amazonas.

La vida y la arquitectura del período colonial lusitano, advierte un autor, sugiérenos en el Brasil tres influencias principales: la de la Iglesia, la del oro descubierto en Minas Geraes a fines del siglo XVII y la esclavitud negra importada de África destinada a los trabajos en las ciudades y en las grandes haciendas. A ello, dice el mismo autor, podemos adicionar las cualidades de su clima.

Internándonos en la meditación del paisaje, advertimos que la belleza original de Río de Janeiro, concepto después de todo no muy nuestro, ya que alguien lo ha lanzado, ha sufrido con la indiscriminada arquitectura de sus modernas construcciones. Todos los estilos, pero más los de la ascendencia financiera norteamericana, se han adueñado de los perfiles de la gran metrópoli, frente al mar, que parece decir su descontento por algunos edificios que monotonizan la diversidad de los accidentes geográficos sobre los que se levantan, interfiriendo a veces, los ángulos de vista de los motivos permanentes que son como el sello de la ciudad, en sus cimas y la imponente mole del Corcovado sobre la que se recorta la Imagen del Redentor del Mundo.

Así se abre la Bahía de Copacabana, plena de rascocielos, habiendo desaparecido el cerco del hotel que llevaba aquél nombre, para dar campo a una piscina.

Pero nos saludan, en el recuerdo y las viejas imágenes, con la impresión siempre grata de su presencia, los sitios evocadores y nutridos de historia y actualidad, de la Catedral, el Parlamento, los Ministerios, el Senado, la Cámara de Diputados, las Avenidas bordeadas por magníficos árboles. Y el Palacio Catete donde dejamos una tarjeta nuestra.

Como en todas las capitales del hemisferio, se constata, el volúmen, cada vez, geométrica aritméticamente, aumentado, de vehículos. Los autos hacen difícil el tránsito y se ven, eso sí, nuevos y buenos taxis.

Los niños en la playa de Copacabana, nos asocian al motivo que tan bella y luminosamente plasmara el pintor español Joaquín Sorolla, en uno de sus famosos lienzos valencianos donde recogiera estampas infantiles, al fijar el juego de los niños entre las olas que llegan a morir cabe el remanso de la playa.

Nos dimos el placer de efectuar una sugestiva excursión hacia Tijuca y contemplar, bajo otros ángulos y mirajes, la imponente escultura religiosa de Cristo presidiendo la vida múltiple

de la ciudad que, de noche, parece la imagen de un sueño, surgiendo de las profundidades del océano y recostándose en las parábolas de sus montañas llenas de vegetación tropical.

Pero Río de Janeiro, no es sólo para nosotros, la urbe geográficamente asombrosa, ni la ciudad llena de avenidas y edificios, que hablan de grandes fortunas, sino también, la sede de grandes deliberaciones, que han llenado los mejores capítulos de la vida internacional americana. Aquí se han debatido complejos problemas de jurisprudencia de las naciones, de lo más intrincados, y de aquí han salido dictámenes que la diplomacia mundial, ha aceptado como doctrina inconcusa, para inspirarse en sus dictados, como normas a seguir, en las cuestiones legales con las que ha podido atajarse la opinión de los cañones.

Cuando se ha tratado de ventilar espinosos asuntos hemisféricos, como al abordarse las consultas frente a la agresión intercontinental, la metrópoli carioca, ha servido de sede, y siguiendo los principios que señalaron figuras esclarecidas como el famoso Barón de Río Branco o el no há mucho años desaparecido. Afranio de Mello Franco, se han resuelto controversias que venían dilatando su fin en el intrincado criterio de las pasiones de los pueblos, agitados por la demagogía, de los que, para distraer la verdad interior, apelaban al escándalo externo.

Páginas de páginas se podrían escribir acerca del capítulo que Brasil ocupa en la historia diplomática del nuevo mundo, pero no es del caso, insistir en el asunto, porque ahora, nos trae, de retorno del viejo mundo, un propósito más amplio sin que ello quiera decir, que nos mostremos insensibles a dichas doctrinas, porque, precisamente, ellas, son el faro que ilumina nuestro pensamiento, al propugnar, con el viaje realizado, una movilización de voluntades libres hacia la conquista de una paz universal, basada en el respeto mutuo de los hombres y las naciones, bajo la égida de la Justicia y del Derecho.

Queda aún otro punto en el carnet de viaje. El que, cabalmente, se acerca al mismo tema, bajo el aspecto, esencialmente nacionalista. Nos lo ofrece el volumen que un destacado brasileño, Venancio de Figueiredo Neiva, nos hiciera llegar, con una breve dedicatoria, en la que se encierra toda la generosidad de los hombres de este pueblo, al calificarnos, en aquél como "el amigo de la humanidad", autografiada en su obra "José Bonifácio" el Patriarca de la Independencia" en cuyos rasgos biográficos, se captan, líneas y coincidencias sanmartinianas, por su anhelo de la monarquía constitucional.

Fue el patricio brasileño un hombre que como alguien anota vivió ejemplarizando en el amor a la familia, a la patria y la humanidad, los tres valores fundamentales de la civilización occidental, que hoy en día están en seria quiebra.

No es que seamos tampoco, nosotros partidarios de las testas coronadas pero cuando los pueblos se han forjado, en sus esenciales caracteres, bajo la égida del imperio, no es fácil que sufran, sin mengua de su progreso, las grandes transiciones que significa ir, violentamente por ejemplo, de la monarquía absolutista, a la república, democrática.

San Martín supo pensarlo muy hondamente, inspirado sin duda, en lo que había visto desde joven, cuyo heroísmo, puso, entonces a contribución, en las huestes ibéricas. Los años de vorágine revolucionaria, de ambiciones militaristas, de caudillismos despóticos, le dieron, en el futuro, la razón al genial libertador del sur. Esos mismos pensamientos, acaso, influyeron en el ánimo de los forjadores de la grandeza brasileña. Bien expresa Miguel Lemos, aludiendo a José Bonifácio, que "la monarquía brasileña aparece, como un accidente secundario, transitorio, instrumento en las manos de dos patriotas".

Del mismo se ha manifestado que constituye para los estadistas brasileños un modelo excepcional y a su memoria han quemado losas, no sólo monárquicos y republicanos, sino también sociólogos y poetas. Entre los últimos no se puede olvidar al gran lírida Machado de Assis, cuyos versos fueron recitados al inaugurarse el monumento al Patriarca de la Independencia del Brasil el 7 de setiembre de 1872.

Figura de contornos olímpicos, que recoge en su cetro espiritual, las fuerzas del dominio en las ciencias, las letras, las artes y, sobre todo, la vida política, merece, siquiera, en breves líneas, evocarle para poner su nombre, en este libro americanista, al lado de los ya gloriosos y conocidos para nosotros, de Bolívar y San Martín o Unanue.

José Bonifácio de Andrada e Silva nació en la ciudad de Santos en el Estado de Sao Paulo el 13 de junio de 1763. Su abuelo portugués y su abuela brasileña vinculan dos sangres en el mestizaje que caracteriza a todos los rebeldes del nuevo mundo. Tuvo nueve hermanos siendo el Patriarca de la Independencia el segundo del matrimonio.

Dice uno de sus biógrafos que desde niño se distinguió por sus cualidades futuras, recibiendo la primera instrucción en la misma villa de su nacimiento. De su madre recibió el patrimonio moral de los hermosos sentimientos de caridad para con los pobres. Terminada su primera enseñanza pasó a la ciudad de Sao Paulo donde hizo sus cursos de Lógica, Metafísica

y Elica y de retórica y lengua francesa en las escuelas que a su costa erigiera el Obispo Diocesano Fr. Manuel da Resurreicao. Comenzó a descollar en sus estudios literarios. La filología y la lingüística cautivaron esos momentos, así como en la biblioteca episcopal enriqueció su memoria, desarrolló su entendimiento y fortificó su juicio. Allí por la primera vez sintió la inspiración poética de la que demostró fragmentos en el Colegio, e imprimió sus poemas en Burdeos bajo el pseudónimo de Américo Elzzio.

En aquellos tiempos no había en Brasil escuelas que suministrasen la enseñanza superior y los candidatos a ella tenían que recibirla en el Portugal a donde partió José Bonifacio en 1783. Se matriculó en las Facultades de Filosofía Natural y de Derecho de la célebre Universidad de Coimbra. Después de un curso brillantísimo conquistó en 1787 el título de Bachiller en Filosofía Natural y el de Bachiller en Derecho Civil.

Durante su permanencia en Coimbra— apunta Venacio F. Neiva— además de los estudios científicos y jurídicos de la Universidad, José Bonifacio, aumenta su caudal literario. Compone allí un estudio sobre indios y esclavos del Brasil. Sus versos tienen ya arranques libertarios y frases encendidas de protesta contra el colonialismo.

De Coimbra pasa a Lisboa. Adquiere otros conocimientos prácticos que vincula a su aspiración de libertad de la patria en la acción de su progreso. Forja su notable memoria sobre la pesca de las ballenas y las industrias conexas a la misma. En 1790 se casa con una pulida señora de origen irlandés, doña Narcisca Emilia O'Leary, que atraía a todos por su fino trato y su amabilidad.

Al estampar nosotros, el apellido de la ilustre dama, marginamos el esbozo biográfico de ese nombre, en la gesta de la emancipación del Perú, cuando Bolívar, viene con O'Leary, el irlandés que tuvo destacada actuación en la Secretaría del Libertador venezolano, y que nos ha dejado tan elocuentes y originales testimonios de las campañas y los rasgos del hombre que empuñó la tea de la revolución, al jurar, desde el Monte Aventinos, la libertad continental.

Ansioso de perfeccionar sus estudios teóricos, viaja por Europa, mandado por la Augusta Reina doña María I. Se dirige primero a Francia, en cuya capital perfecciona, especialmente, sus estudios de Química con Chaptal y Fourcroy, de Botánica con Jussis y de mineralogía con el Abate de Haüy. Después pasa a Alemania para culminar su perfeccionamiento en matemáticas, legislación minera, química aplicada y metalurgia. Allí fué condiscípulo de Humbolt, con quien le unió estrecha amistad, y cuyo nombre, también, por esos misteriosos designios del destino, se vincula a nuestra patria donde se rinde homenaje a los estudios que hiciera el sabio alemán, quedando, como el mejor monumento el onomástico suyo en la Corriente del Pacífico que determina las temperaturas de nuestro litoral.

Más tarde, en Pavia, se ilustra con los conocimientos del eminente Volta que entonces se consagraba a sus estudios de electricidad, escribiendo José Bonifacio, según se cree un tiempo su memoria sobre el fluido eléctrico. En Suecia y en Noruega estudia los fosiles y descubre especies de variedades minerales que forjarían después su reputación como uno de los maestros más cultos de esa especialidad. En Upsala, en Suecia, Copenhague, Dinamarca, estudia intensamente y en París publica en 1797 la descripción de los caracteres distintivos de los doce minerales por él descubiertos en Suecia y Noruega. Luego recorre Bélgica, Holanda, Alemania por segunda vez, Hungría, Turquía, siempre estudiando, como dice su biógrafo, siempre observando, siempre inquiriendo, siempre acrecentando nuevos conocimientos, nuevos tesoros, redoblando el capital de su respetable patrimonio científico. En 1800 regresa a Portugal después de dos años tres meses de peregrinación dicho por él mismo "Peregrino de la ciencia y al mismo tiempo estudiando literatura y cultivando, como dulce lenitivo de sus fatigas, la poesía.

Su amor a la patria, en su expresión emancipadora, se revela, elocuente, en muchos de los rasgos de su vida, pero en ningún, con más sacrificados caracteres, que en los que a, estar con uno de sus biógrafos, le muestran declinando ofrecimientos ventajosos y de honor en establecimientos de países extranjeros como, por ejemplo, la invitación del Príncipe Real de Dinamarca para Inspector de Minas de Noruega, país que entonces estaba sometido a aquél en 1814.

Retornado que hubo a Portugal, José Bonifacio ofrece el caudal de sus conocimientos enciclopédicos al estímulo de las industrias. Creó en la Universidad de Coimbra una Cátedra de Metalurgia. Seguir de aquí la vida del egregio personaje sería enfrascarnos en muchos aspectos que nos desviarían del motivo central de la obra que estamos trazando. Hemos estimado necesario esbozar los conceptos anteriores, porque ellos, contribuyen a delinear el cuadro de la emancipación del Brasil, en la imagen de su más grande prócer. Los sucesos históricos del atentado napoleónico que afectan a España y Portugal, desplazan a la familia real hacia el Brasil. Al compás de estos vaivenes monárquicos, José Bonifacio, realiza nuevos viajes, entre uno y otro continente. Fué en esta segunda etapa que se evidencia la grande alma del prócer, en acción de

política militante, para asegurar la independencia del Brasil, dentro de las coordenadas reales, si bien es cierto, con un profundo sentimiento democrático, surgido, en el gran luchador, por su emoción ante las injusticias coloniales. La patria brasileña, se funda, pues, luego al conjuero de la obra de este hombre genial, que había atesorado, en torno de su espíritu, todas las disciplinas de la inteligencia y en su corazón los más generosos latidos de su emoción social.

No sólo sus calidades quedaron en el testimonio de la historia escrita y verbal del Brasil, sino en el noble bronce de los monumentos, en uno de los cuales, se le reconoce como autor de la abolición de la esclavitud, protector de la constitución garantizando fundamentalmente todas las libertades cívicas y políticas, protector de la civilización de los salvajes y junto a estos títulos que por sí solos, eran suficientes para encumbrar la memoria del hombre, los de su actividad, como Ministro en la Proclamación de la Independencia, y otras acciones, entre las cuales, no puede desestimarse, la de su exilio. Neiva acudiendo a la mención de las vidas paralelas, en el concepto de Plutarco, confiesa:

"Los brasileños hemos sido ingratos para con José Bonifacio, al no rendir como se ha hecho con Washington y Bolívar y otros grandes benefactores de la humanidad, en sus respectivos pueblos, todo el pleito homenaje a que tiene derecho por sus servicios, por sus méritos y por sus sufrimientos."

Creemos completar estos brochazos biográficos, necesarios en este alto de nuestro viaje para meditar esa hermosa vida democrática, recogiendo el acápite del mismo autor que, al leerlo, nos ha prestado su valioso concurso, y que concreta:

"Padre de la Patria y Patriarca de la Independencia, como fué ya nominado en vida, lo era por sus cualidades propias y por las funciones de Jefe de Gobierno y Coordinador del Movimiento de la Independencia, su principal factor y el organizador de la defensa del Brasil contra las pretensiones de reconquista de la antigua metrópoli".

Hombre de guarismos y fórmulas matemáticas y químicas, que se adentró profundamente en la política de su país, José Bonifacio vuelve a nuestra memoria contemplando la Academia de Ciencias de Río de Janeiro, cuando vamos a dejar la ciudad, que ya hemos visitado muchas veces acentuando, sin embargo la melancolía de no quedarnos más tiempo para seguir descubriendo los secretos que, en cada viaje nos muestran las urbes a los forasteros. Si de nuestro recorrido por Europa y el Cercano Oriente, hemos captado mil y una impresiones, y entre ellas, el sentimiento de no prolongar nuestra estancia, de estas localidades, también nos llevamos esa nostalgia de lo desconocido, de que nos habla José Enrique Rodó, a cuya patria, nos disponemos a continuar ahora. Dolor de no conocer más y ampliamente calles, monumentos, instituciones teatros, museos, vestigios milenarios, costumbres, personajes.

En plan ya de viaje, apuntamos que se construye un buen aeropuerto internacional: Galiano P. S. N. A. Antes de partir de la capital carioca, dejamos con tanta pena, las tarjetas nuestras a los amigos que a esa hora aun no habían dejado el lecho marital. En esa constancia de nuestro paso, dejamos estampado nuestro sentimiento de no gozar de su presencia, y de admiración por su bella metrópoli.

Salimos de Río dos horas y media después de la anunciada, o sea, en vez de las once de la mañana, a la una y media del día. Ocupamos la cabina del "Presidente" que va a Montevideo y Buenos Aires. A las cuatro y media de la tarde, estamos en Montevideo. Desde el aire, no podemos repetir la emoción de la anterior vez, cuando pudimos admirar, las famosas Cataratas del Iguazú, en cuya belleza, queremos descubrir un símbolo, de la unidad de los pueblos en su ensueño de paz. Caídas de diversas alturas. Anfractuosidades de la tierra que modifican el cambiante perfil de las aguas, todo en ese aparente desorden de los elementos, tiene sin embargo, la unidad armoniosa de la naturaleza, que parece cantar, sobre el drama de las aguas y los precipicios, la sinfonía de la paz de los pueblos. Así nuestros países, con sus matices diversos, su propia sicología, su personalidad nacional, en medio del sonoro griterío de las muchedumbres, y la tragedia de las diferencias individuales, son como las cataratas políticas del mundo, que dan a la América del Sur, la belleza de su unidad en la paz y la armonía del conjunto.

Al filo de la media noche, llegamos al Hotel Nogaró, del que, en muchas oportunidades, hemos sido huéspedes. Tiene, por eso, su ambiente y el mismo departamento que ocupamos, un aspecto que nos parece familiar. Como si estuviera saturado de recuerdos hogareños. Y presidiere su clima, el sentimiento fraternal, de los grandes y nobles amigos uruguayos que nos dispensan su amistad y nos acompañan en la cruzada americanista.

En el silencio nocturno los recuerdos se dibujan con los colores que el corazón derrocha para provocar la amistad y lo que ella ha hecho, en lo individual y colectivo, surgiendo como por ensalmo, al verificar, la fecha 8 de octubre, la efemérides del heroísmo de Miguel Grau, a

quien un poeta uruguayo consagrara uno de los más inspirados cantos cuando todavía quedaba la estela roja del combate, en las aguas de Anqamos, después del sacrificio de 1879.

Montevideo, al día siguiente, nos saluda con su luz de una mañana que nos va a dejar muy poco tiempo, en esta capital.

Los árboles, desentumeciéndose de la gélida estación, brotan primaverales, y en torno al campo de aterrizaje, edificios del terminal aéreo en proceso de culminación.

Con el breve yantar, nos llega el espiritual alimento de las noticias en los democráticos diarios uruguayos, cuya prensa sigue reflejando, la libertad de expresión que, no sólo en lejanos países, sino más allá de la cercana frontera, se encuentra con los grillos de la clausura, el ojo del gendarme sobre las letras de molde, artes de estamparse, o bloqueados por la economía dirigida desde el despacho de las dictaduras.

Al contacto del clima oriental, nos rodean, tantos recuerdos, no sólo de amigos y valores cimeros de su cultura y de su política, sino también de personajes cuya memoria, vive, latente y vigorosa, en obras inmortales, que son como cátedra, siempre abierta, al aprendizaje de las nuevas generaciones: Rodó, Vaz Ferreyra, Herrera Reisig, Brum, Juana de Ibarbouru, Genta y tantos otros.

Visitamos, ganando tiempo al tiempo, en breves entrevistas a nuestros antiguos amigos. Entre ellos cambiamos veloces diálogos, fuera de la natural cortesía que distingue, con la ejemplar familia del poeta y aviador, ya mencionado, el General Edgardo Genta, los señores Cantón, la gran poetisa cuyo nombre de pila está arriba aludido, pero que tiene, en su escudo lírico, el hermoso título de Juana de América, la señora de Suero, sintiendo no haber encontrado a Guicce, Rodríguez Larreta, Baille y otros, a quienes les dejamos el sencillo testimonio de nuestra tarjeta de visita.

Salimos de Montevideo el 9 de octubre de 1952 llegando a las diez de la noche a Buenos Aires. Y desde el campo de aterrizaje hasta el Hotel Plaza demoramos una hora y veinte minutos, casi el mismo tiempo, que hemos empleado en cruceros aéreos que bastan para cruzar frontera a frontera, algunos pueblos de la tierra.

Hay en este viaje, que salva dos distancias, geográficamente pequeñas pero política y socialmente, grandes, algo así como el anverso y el reverso de una moneda cuyo canto fuera el estuario del Río de la Plata. "Lo que separa a las dos capitales— dice Tibor Mende en su libro, un tanto discutible bajo ciertos aspectos sobre "América Latina entra en Escena" —"además del inmenso estuario del Río de la Plata es el falso invisible pero infranqueable que separa dos mundos: por una parte, un país a quien su magnitud y favorables condiciones económicas, le han permitido darse el lujo de la continuidad; y de la otra, un Estado al que la diversidad de sus problemas, sus reservas potenciales y sus dimensiones le han obligado a adoptar la solución más fácil aunque más dolorosa de un cambio brutal."

Allí en la orilla de la libertad, donde Artigas parece presidir desde su monumento, la belleza de la democracia, quedan muchos argentinos que, como en la época de Rozas— ya lo dice el mismo autor que acabamos de mencionar— aguardan, ahora, como otros ayer, que termine la era victoriosa del despotismo, para volver a los patrios lares.

Saben aquellos, muchos de familias patricias, a quienes se ha herido en sus nobles sentimientos, y a las que en "La Prensa", se ha acentuado el golpe como si ello fuera lo más alto en expresión intelectual, de los nobles hogares que se forjaron a la luz de los principios libertarios, sabe, repetimos, copiando a otro autor que "la verdadera democracia, por comprender a todo el pueblo, se opone a los gobiernos de clase "y que" no ignora ni excluye a ninguna de las clases sociales, ni pretende eliminarlas."

Al hollar tierra argentina, pensamos con emoción, en la gesta del Gran Capitán, y desde el fondo de nuestro espíritu, se eleva a su memoria una oración que acaso se confunde con la que, otros hombres, desde el secreto de sus corazones, pronuncian, con palabras que no se pueden decir porque la atmósfera, tensa y dramática que por doquiera reina, apaga la flama de las libertades, como el aire viciado no deja prender una sola cerrilla donde falta el oxígeno.

Comí en el Restorán "El Caballo Blanco" que en el oro de la nostalgia me hace descubrir otra veta del recuerdo peruano, con el del mismo nombre, que hace años existía en el puerto del Callao. Pero este "Caballo Blanco" es ruso cien por ciento. Ambiente ruso. Mesas con pantallas de luces que invitan a soñar o diluir de alegría en la intimidad, multiplicada por los demás comensales, de los diálogos a media voz. La música es también rusa. Y los cantos saturados de esa melancolía de las estepas o las noches moscovitas de las que sólo se conserva memoria en esos arcaicos ritmos, que la Revolución de Octubre, se esforzó por cancelar, y que deshechos, también, vuelan todavía por el mundo.

Nuestra noche bonaerense tiene remembranzas uruguayas. Por fuerza del contraste. Y en el silencio del alojamiento, ocupamos unos minutos en ver las expresiones de la cultura del país vecino, en elementos que allí hemos adquirido o que manos amicales nos han consagrado, como el estudio de Juan Giuria, en una separata de la "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay", e intitulado "Modalidades de la arquitectura colonial peruana", que por cierto, es, para nosotros, un amable presente.

Es "Clave" otra manifestación editorial de la cultura uruguaya en materia de música. Allí, hablando de la inminente semana lírica que en setiembre de 1952 tuvo verificación, se subraya que "Montevideo se perfila como uno de los más importantes centros musicales sudamericanos". Y así es. Porque la guía inserta allí, de recitales y conciertos lo confirma.

Otra vez en las páginas del opúsculo de Juan Giuria, leyéndolas, hemos vuelto a nuestros recuerdos estéticos y particularmente, con fruición nativa, a nuestra patria, en el estudio que formula el autor de la arquitectura colonial de ella. Pone, como lo confiesa y lo ha logrado, en relieve las distintas modalidades de las arquitecturas desarrolladas en el Perú, durante los siglos XVI, XVII y XVIII. "E ilustra sus palabras con láminas que dan mayor objetividad al concepto.

Al día siguiente, aún en Buenos Aires, nuestras meditaciones acompañan al viaje del espíritu que va a la tumba de San Martín, de Sarmiento, de Alberdi, de Saenz Peña donde parece que vagaran sus sombras, agobiadas por la muerte de la Libertad. Nos hacemos mil y una reflexiones y un como hábito de esperanza nos trae la luz del nuevo día, pensando que así como en la naturaleza a la noche sigue la mañana, a este caos argentino, ha de suceder, en otro mañana, menos cargada de dolor y angustia que el de hoy, la luz del sol que amara, apasionadamente, el Capitán de los Andes, hasta dejarlo en las banderas de su patria y de la nuestra.

En una impresión de otra índole, porque afecta al ser y no ser de la Argentina, en su absorción bonaerense hemos captado, ideas que revertimos al nivel de la política que desarrolla desde la Casa Rosada, el hombre que ha optado por la fuerza como doctrina de gobierno, para servir ambiciones dictatoriales. Anota José Cela que "La Argentina si no da marcha atrás, si no frena en seco, acabará muriendo a manos — o a fauces— de Buenos Aires". Y Buenos Aires es ahora Perón. Solamente Perón. En el nombre. En los hechos. En el pan, ya escaso, que se come y el aire pesado que se respira. Perón en letras de molde y en las estampillas del franqueo. Perón en los gritos infantiles y las voces deportivas. Mídase, ahora, la oculta fatiga de los pueblos que se cansan hasta de los gobernantes justos por gusto, y téngase el coeficiente del futuro, con los autócratas. "Los autócratas de hoy, dice un sabio médico analizando la etiología de las tiranías— mandan a pesar de la representación del pueblo, convertidos en íteres, ignorando las Constituciones existentes, tergiversando sus textos o cambiándolos arbitrariamente para sus finalidades dictatoriales. Uno de los medios a menudo utilizado por los dictadores para legalizar su autocracia, es el de declarar el estado de emergencia, previsto en cada Constitución para defender el país contra peligros especialmente de afuera. Y si no se presta ningún enemigo de afuera a la amenaza, se considera la oposición a la dictadura como enemigo de la patria y se declara el estado de guerra interna que brinda a los dictadores todas las posibilidades de actuar con arbitrariedad, suprimir las libertades garantizadas por la Constitución y desconocer los derechos del hombre reconocidos internacionalmente."

Y volviendo de nuestro recorrido con simbólicos homenajes a la memoria de los forjadores de la nacionalidad argentina, aquella que piensa y siente, con sus viejos capitanes, y no ha perdido, en el silencio de su persecución a la cárcel, en el aislamiento de isla prisión o la melancolía del destierro, el oro de la dignidad que aman los hombres libres, dejamos el hotel para embarcarnos en el avión Interamericano de la Panagra rumbo a Lima. Hacemos trescientas millas por hora y a una altura de 36,300 pies sobre el nivel del mar, que son las dos dimensiones de tiempo y espacio, que observamos en la nave aérea con cincuenta y dos asientos que nos conduce hacia Chile.

Hemos salido de la capital argentina a las once menos cuarto de la mañana del 10 de octubre de 1952 y atravesamos a las doce y media, la nevada espina dorsal del nuevo mundo. Insisten, con el recuerdo, los episodios libertarios. Esas nieves parecen hundirse, al soplo del viento, como si el fantasma de un caballo histórico, marcase sus pisadas, de retorno, al cabo de más de un siglo, para dar a la patria de su glorioso jinete la libertad que él supo conquistarle, en el siglo diez y nueve, llevándola a dos naciones fraternas: Chile y Perú. Es San Martín que vuelve en la angustia de millares de sus compatriotas esperanzados en la tradición de su generosa espada. No la que obsequió a Rozas, sino la que él supo blandir al frente de las huestes victoriosas de Chacabuco y de Maipú...

Desde las mecánicas alas admiramos, una vez más, la imponente Imagen del Cristo de los Andes ya un espectáculo, para nosotros, nuevo y bellissimo: La Laguna del Inca.

Tocamos suelo firme, nuevamente, a la una de la tarde en Santiago de Chile. Nuestra permanencia es muy breve. Apenas media hora. Sentimos no poder visitar, como nos lo proponíamos, la Casa de América, fundación de una inteligente dama, y sincera americanista, la señora doña Esmeralda Z. de León. Se ha retrasado el reloj en una hora. Casi todos los pasajeros bajan en Santiago, cuyo valle aparece cultivado primorosamente.

Remontando ya el vuelo, nos acompañan, en su recorrido los perfiles de las nevadas cumbres. Un sol radiante. Que es el mismo sol que alumbró la libertad de la emancipación americana esplende maravilloso.

Tiempo y distancia, vencidos por la locomoción de los aires, quedan atrás, pero ellos se afirman en la fuerza del ideal que sustenta nuestra voluntad en el otro camino: el de las ideas, los sentimientos y la acción de la democracia. Estamos ya sobre el suelo nuestro: la tierra peruana. Se ha puesto el sol. Matices rosados que se diluyen en el espacio circundante se mezclan, como obedeciendo a mágicos e invisibles pinceles, con un blanco y celeste que debilita ya la penumbra en un símbolo de la bandera que San Martín creó para su patria, y que se dibuja en esta otra patria, donde también, forjara la nuestra: roja y blanca.

Desde el aire saludamos con la emoción del retorno, a la Ciudad de los Reyes, constelada de luces artificiales, que se abren en grandes arterias por ellas marginadas cuando miramos las dilatadas avenidas que cruzan Lima y sus alrededores.

Hemos cumplido con ánimo resuelto, en alerta siempre, el espíritu arma de la paz, el recorrido, obedeciendo a la acción que el destino nos ha trazado, y en el que dentro de un lapso diametralmente opuesto a las distancias, nos ha cabido cumplir esta nueva jornada al servicio de la América y de la Humanidad. Bastaría equiparar las líneas que hemos cruzado, desde Lima, punto de partida y de retorno, hasta las capitales todas que hemos tocado, para medir el tremendo esfuerzo que significa, para el viajero, que lleva la antorcha de un ideal dramáticamente defendido en los frentes de la paz y de la guerra, saltar en pocas horas, de una a otra ciudad en distintos continentes, auscultando el pulso de la situación mundial. Solamente el enunciado de los países arroja el coeficiente de esta andanza universal: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia, Grecia, Turquía, Persia, Egipto, España, Portugal, Africa, Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Perú. Y en ellos de Nueva York a Londres, de aquí a París, de París a Bruselas, de Bruselas a Ginebra, a Roma, a Atenas, Estambul, Teherán, El Cairo, Roma, Barcelona, Madrid, Lisboa, Dakar, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile y Lima.

De este vasto itinerario han surgido los conceptos que entregamos, en los capítulos que el lector va a encontrar, luego, invitándolo a leerlos. Con la esperanza de que su compañía nos ha de seguir, no sólo en la lectura, sino en los hechos que la democracia espera de todos los hombres libres del mundo.

CAPITULO II

UNA ENCUESTA Y UNA POSICION EN MEDIO DE LOS CONTRASTES MUNDIALES

En los términos modernos, apelar al referendun de la opinión y el criterio de los hombres que están familiarizados con la política internacional y con los problemas sociales, económicos y técnicos, es no sólo deber ineludible, sino que resulta el basamento obligado para salir adelante y con éxito de las obscuras deducciones y conjeturas en que el mundo se debate. Por nuestra parte, siempre hemos seguido este sistema. Ha primado en nosotros el concepto de que es necesario reunir el pensamiento y el juicio de los más experimentados y capaces, de los intérpretes justos de este momento de la historia humana, que por sus actividades y conocimientos, por su amor a la paz como instrumento constructor de bienestar, pueden decir lo que piensan y sienten, a veces con ruda franqueza, pero todos llevados de sus ansias por un orden en armonía con los anhelos de alejar la violencia y la discordia de los caminos del orbe, ya que sólo así se puede ir de frente a la solución de los intrincados y graves problemas que sacuden a la sociedad en todas las latitudes.

No hemos ido, por cierto, a la sollicitación de especiales entrevistas y citas para dilucidar esos problemas. El tiempo disponible no nos lo permitía. Pero se ha hecho lo que haría todo investigador nuevo; aprehender en la ruta de nuestro viaje las opiniones de aquellos que bien merecían consultárselas. Lo que nos fortalece en la cruzada emprendida en aras de un auténtico mundo libre cuya floración interrumpieron en su estructura las dos guerras de este siglo, es que no han perdido actualidad las palabras de admonición que lanzamos en los supremos momentos de peligro, durante la segunda hecatombe, y cuando terminó la ordalía terrible que años después todavía nos empuja a mayores conflictos si no se llegara a imponer con el peso de una necesidad vital la divisa que seguimos y seguiremos manteniendo: *unirse para la defensa de la democracia y la paz constructiva, o prepararse a ver desaparecer lo único que hemos disfrutado en más de un siglo: la aparición del hombre libre.*

Un antecedente inolvidable nos alienta aún más en la apreciación de lo que vale la fe en los ideales: hubo un instante a raíz de la invasión de las pequeñas patrias de Europa, en 1939, y eso acaecía ante el desastre de Dunkerke, en que el optimismo de los simpatizantes en nuestro país con las naciones aliadas cayó por tierra al tener por segura la derrota de la causa de nuestra simpatía. En esos días en que los acontecimientos se sucedían con la vertiginosidad que sólo se ve en las películas cinematográficas, presenciando nosotros desde América cómo el hitlerismo arrojaba la máscara y se erguía con la brutalidad de su ídolo hollando los sagrados derechos de la civilización y la convivencia humanas, nosotros, en el timón de nuestro diario, renunciamos a la admisión temprana de esa derrota que encontrábamos era inadmisibile; y, escuchando el grito recóndito de nuestro espíritu, arengamos a los defensores de la democracia y de las libertades humanas, a los partidarios del derecho y la libre determinación amenazados, a *confiar y esperar en el milagro irrevocable de la victoria aliada.* Esta actitud frente al desafío de la brutal agresión que barría en Dunkerke el poderío de los ejércitos británicos, respaldada por la entereza y resolución con que la enunciamos, dió sus frutos inmediatos. La saludable reacción vino en seguida. El optimismo alumbró de nuevo los caminos de los demócratas del continente americano devolviéndoles la confianza en el Dios de las Victorias encarnadas en la Justicia, la Libertad y el Derecho...

Desde luego, en nuestro rápido recorrido último por países del Viejo Mundo, como ya se ha dicho, no ha sido posible establecer los términos formales de una encuesta para inferir de ella cómo es que se aprecia —conforme a nuestra tesis de ganar la gran batalla de la paz por medio de la cooperación de los pueblos libres— el esfuerzo unificador, y qué factores lo deben hacer efectivo. Sin embargo, debemos declarar sinceramente que los contactos establecidos de viva voz con personalidades que abordamos deseosos de encontrar la respuesta buscada, nos demostraron que la aspiración mayoritaria se inclina por la conveniencia urgente de asumir una posición definida frente a las realidades universales, sin considerar para ello, como es natural, a los Estados que se han colocado voluntariamente tras de la Cortina de Hierro.

De esta nueva oportunidad surgen dos aspectos a tratarse de primera intención:

1. Cómo emprender la cruzada por la paz valiéndose del espíritu en calidad de arma decisiva.
2. En qué forma se debe luchar contra la infiltración comunista en el mundo libre y cuáles son las modalidades que presenta este esfuerzo en las naciones que lo componen.

Creo que es una idea no desdeñable aquella que sostiene un experto en asuntos internacionales cuando al comentar lo que se ve en los distintos países europeos, afirma que "los medios y los procedimientos de la lucha ideológica son cosa privativa y exclusiva de cada país y nada tienen que ver con los que puedan emplearse en otras partes. Porque lo que en un sitio puede ser beneficioso, en otros pudiera resultar inoportuno. "Los ingleses, por ejemplo, experimentaron serios disgustos con los casos de Fuchs, Burgess y Mac Lean, diplomáticos que desaparecieron llevándose secretos de Estado, pero obtuvieron en cambio el asentimiento de la opinión pública". El articulista añade que, además, en Inglaterra ni un solo diputado comunista ocupa un escaño en la Cámara de los Comunes. El único militante pro-comunista es el deán de Canterbury, pero ni el gobierno ni las autoridades eclesiásticas de Gran Bretaña han querido hacer de él un héroe o un mártir. En cambio, se señala este contraste en los Estados Unidos de Norte América: en este país donde el comunismo no ha echado tantas raíces como en Inglaterra, se ha visto que un exagerado anticomunista, el senador Mac Carty, con sus actitudes estuvo convirtiendo su posición, por la ley de las reacciones naturales, en tema oportunísimo de propaganda para los admiradores del sistema imperante en Rusia. Rafael Sánchez Guerra, de quien son estas observaciones, deduce de ahí que, por razón de tal procedimiento, en Estados Unidos los comunistas perseguidos implacablemente en la forma como se ha venido haciendo, pueden ser más peligrosos para la propia nación estadounidense, que puedan serlo los que operan en Inglaterra, Italia, Francia y otras partes. Esto nos lleva a robustecer el criterio de que hay diversos modos de encarar la situación de lucha anticomunista, y que es en Europa donde cada país tiene que usar sus propios medios y sistemas, conforme a su psicología, pues de otra manera los resultados serían tal vez contraproducentes.

Lo primero que nos preguntamos al visitar estas naciones de la vieja Europa en las que hemos conocido en el lejano pasado una vida distinta, es esto: ¿cuál es la conciencia vigente aquí acerca de la defensa occidental? Alguien ha dicho, y ha sido por cierto un latinoamericano, que es un lugar tan común como falso aseverar que el comunismo tiene su mejor aliado en la miseria. "El caso de Italia prueba todo lo contrario. El partido comunista italiano es el más fuerte del mundo. Pero no porque en Italia exista el proletariado más pobre de Europa. Porque son precisamente los obreros italianos que gozan de alto nivel de vida, como los del norte, los que están afiliados en forma disciplinada y entusiasta, y son los *Iazzaroni* de Nápoles, y en general toda la población del sur, los mejores militantes de las derechas. Los napolitanos, se ha dicho, no pueden darse sino un lujo: el de ser monarquistas. Y lo son. El reparto de tierras, efectuado en varias regiones de Italia, no ha quitado a un solo adepto al comunismo. La construcción de ciudades obreras no ha convertido a la democracia a ninguno de los favorecidos. Cerca de Roma se edificó el "Villaggio de San Francesco", moderna urbanización obrera, para la cual el Santo Padre donó cincuenta millones de liras. Pues bien, todos los favorecidos con esta urbanización, que eran comunistas, continúan siéndolo firmemente".

Véase, pues, como ni es completamente cierto que el comunismo es aliado de la miseria ni que por el hecho de que se haga el bien al procomunista, éste se encuentre en ciertos países dispuesto a dejar su ideología. Entonces, hay que ir al fondo de la cuestión por otros caminos. Y esta es una deducción que ya se nos ha ocurrido al tiempo de visitar estos pueblos en un viaje que nos ha permitido ver muy de cerca aunque en la medida del tiempo disponible, cómo se vive y cómo se actúa en el Viejo Mundo.

De paso valga la oportunidad para señalar otra observación hecha juiciosamente: la de que el campesino turco es de los más pobres del planeta: "gana, por término medio, cien dólares anuales como salario. Y todos son, sin excepción, ferozmente anticomunistas. Tan conscientemente como lo son de su miseria. Todo lo que ocurre es que si los turcos son como son es porque Rusia es el enemigo tradicional. Los italianos del sur —se deduce por el observador— son monarquistas porque la monarquía tuvo allí sus más leales adeptos. Los trabajadores del norte son comunistas, precisamente por el alto nivel de vida, que les ha hecho permeables a la propaganda. Y por otra razón no menos fuerte: porque el fascismo implantó reglas de disciplina y organización que el comunismo ha sabido aprovechar plenamente: "El comunismo nace

en las clases acomodadas y se extiende a las proletarias cuando encuentra campo propicio, que no es el de la miseria. Hay que cuidar otros frentes”...

Entre los fenómenos de nuestra época, no es posible descuidar que el espíritu en esta ambivalencia de lo que hemos heredado de la primera parte del siglo XX y lo que vamos experimentando de la segunda etapa, se encuentra bajo la influencia del miedo, que la idea de una nueva guerra hace más consistente en la conciencia humana no diremos que sólo en Europa sino en todas partes, Alberto Camus, con acierto, enjuicia esta situación: Entre el temor muy generalizado de una guerra que todo el mundo prepara y el temor muy particular de las ideologías asesinas, lo cierto es que vivimos en el terror. Y vivimos en el terror porque la persuasión no es ya posible, porque el hombre ha sido entregado totalmente a la historia y no puede ya volverse hacia esa parte de sí mismo, tan auténtico como la parte histórica, que recobra ante la belleza del mundo y de los rostros; porque vivimos en el mundo de la abstracción, en el mundo de las oficinas y de las máquinas, de las ideas absolutas y del mesianismo sin matices. Para salir de este terror sería necesario poder reflexionar y obrar de acuerdo con la reflexión. Pero justamente el terror no es un clima favorable a la reflexión; opino, no obstante, que en lugar de censurar el miedo lo consideremos como uno de los primeros elementos de la situación y ensayemos remediarla. Estamos en cierto modo de acuerdo con el conocido escritor francés y hasta pensamos como él que “hubo un tiempo en que se creía que la reforma internacional se haría por conjunción o sincronización de diversas revoluciones nacionales: una suma de milagros, en cierto modo... Todo esto equivale a considerar a Europa y al Occidente como una sola nación en la que una importante minoría bien armada podría vencer y luchar para tomar finalmente el poder. Pero estando igualmente bien armada la fuerza conservadora —en este caso, los Estados Unidos—, es fácil ver que la noción de revolución es reemplazada hoy por la guerra ideológica. Más precisamente: la revolución internacional va acompañada por un grave riesgo de guerra. Toda revolución futura, será una revolución extranjera. Comenzará por una ocupación militar o, lo que es lo mismo, por un chantaje de ocupación. Sólo tendrá sentido a partir de la victoria definitiva del ocupante sobre el resto del mundo”.

Mientras damos curso a estas reflexiones nacidas de nuestra jira aérea por Europa y el Cercano Oriente, esto es, a poco de realizada, una noticia sorprende al mundo entero: la muerte del dictador de Rusia, Josef Stalin. Mientras recorriamos las tierras distantes donde la civilización se sigue viendo como herida por nuevo dardo mortal, todavía el influjo staliniano imponíase con esa firmeza que da la sucesión ininterrumpida de años que el amo rojo dominó la inquietante tierra de los Zares. Como es natural, este acontecimiento ha venido a crear en estos momentos toda suerte de interrogaciones sobre lo que espera al mundo, desaparecido Stalin, en torno a la paz y la guerra. Y mientras unos opinan que el famoso bolchevique que sin embargo en la historia contemporánea figurará como uno de los cuatro Grandes, se ha desvanecido creando en la atmósfera soviética tremendos problemas de sucesión y de métodos, otros piensan que para el orden de la continuidad tanto da el que ha muerto como el que viene. Porque lo que ahora gobierna en Rusia es un sistema y ese sistema se ajusta a sus engranajes sin que se conozca todavía que ellos tengan algún tornillo destinado a la renuncia.

Con todo, detengámonos, en el camino de las divagaciones, a meditar en lo que el factor individual vale en estos casos supremos. Pensemos, ya en distinto plano, en lo que hubiera ocurrido si, en el clima de América de la década pasada, Roosevelt no hubiera estado al frente de la gran democracia norteamericana, marginando la influencia de ella en términos de colaboración con los Estados de Latinoamérica. Fué, sin rodeos, la intervención moral y espiritual del gran Presidente la que limó todas las asperezas y convirtió la pasiva simpatía de nuestros pueblos, en solidaridad con el amigo vecino y poderoso. Pueden haber sido lagunas, y muy grandes, las que en política internacional dejó ese hombre excepcionalmente útil, el hecho es que estubo a la altura de la situación en medio de una guerra terrible y con alternativas que sólo su genio pudo desafiar airoosamente. Salvó al mundo, en esa hora, el espíritu rooseveltiano que, como el espíritu de Churchill, insufló en horas de espanto, fe y coraje para asistir un día a la decisión victoriosa de las armas aliadas.

Tornando a Stalin, es innegable que al tener el poder en sus puños, manejando año tras año con la misma rigidez férrea desde el Kremlin los problemas de una nación que ocupa la tercera parte del territorio del globo, después de haber pasado por largas experiencias y enfrentando la II Guerra al lado de las grandes potencias occidentales, ese hombre pudo dominar a fondo los recursos del poder para beneficio del comunismo de que fué el cazurro y máximo

adadid. Malenkov, su sucesor, no ha vacilado en rendir elogios descomunales al líder desaparecido: "Continuando la obra de Lenin y ampliando firmemente sus enseñanzas, que iluminan la senda a seguir por el Partido y el Estado Soviético, el camarada Stalin condujo a nuestro país a la histórica victoria mundial del socialismo, lo que ha asegurado por primera vez en muchos milenios la existencia de una sociedad humana, la abolición de la explotación del hombre por el hombre. Lenin y Stalin fundaron el primer estado de obreros y campesinos de el mundo. El establecimiento triunfal del comunismo en nuestro país depende principalmente del poderío y la fuerza de nuestro estado". Y, siguiendo la misma línea falaz y capciosamente, el moldeado sucesor del amo muerto, declara: "Todos los pueblos del mundo saben que el camarada Stalin ha sido el gran abanderado de la paz. El camarada Stalin encauzó las fuerzas supremas de su genio hacia la preservación de la paz en todos los pueblos. La política internacional del estado soviético, política de paz y amistad entre los pueblos, constituye una indestructible barrera para que se desate una nueva guerra y responde a los intereses vitales de todos los pueblos... La Unión Soviética ha defendido invariablemente la causa de la paz y lo sigue haciendo para poder vivir en paz con todos los países".

Se esmera Malenkov al señalar que la posición del armamentismo y del poderío agresor de Rusia, tiene una mira exclusivamente defensiva. Pero no deja de advertir que "nuestro Partido se adhiere a las grandes enseñanzas del marxismo y el leninismo que brindan a él y al pueblo una fuerza invencible, la capacidad para abrir nuevos derroteros". Sea como fuera, Malenkov todavía tiene que aprender a manejar el poder como lo manejó Stalin. Y este extinto hombre endurecido en el ejercicio de una dictadura de hierro, no podrá dejar de hacer sentir con la ausencia definitiva el vacío de su individualidad ante el pueblo que lo tuvo por tutor supremo durante largos años. Es, pues, muy posible que el comunismo internacional deba sentir por mucho tiempo todo el peso de la muerte del "defensor de la Paz" que acaso tuvo una visión propia y muy ajustada a su doctrina para mantener en pie la república socialista de sello rojo. Y esta circunstancia, a nuestro juicio, abre un nuevo interrogatorio sobre la posición internacional de Occidente después que se ha producido el acontecimiento histórico del eclipse de Stalin, sucesor de Lenin.

Por nuestra parte, pensamos inspirándonos en las lecciones de la historia y de la realidad, que el hombre con los atributos del conductor, para el bien o para el mal, tiene siempre una gran influencia en el devenir de los acontecimientos. Desaparece el conquistador privilegiado, y sus conquistas palidecen en el curso del tiempo, se deshacen mal conservadas o echadas a perder por sucesores mediocres o incapaces. Se extingue el apóstol, el libertador, el creador de civilización, y la barbarie ronda de nuevo o cuando menos sufre su retorno hasta que, como dice Papini, un día, en el estable oscuro de un escondido pueblecillo, en medio de un pueblo despreciado y esclavizado, nace un nuevo Dios que con su sangre rescata al mundo, que con su palabra renueva el mundo, que con su muerte abre el horizonte de una nueva vida.

Y esto es lo que se llama un milagro del Espíritu.

América ha dado estupendos testimonios de ese milagro.

Mientras tanto, la conciencia vigente de la defensa occidental, dónde podemos encontrarla más seriamente incorporada a la obra de los estadistas, cuando pisamos suelo europeo en este viaje?

La situación de Gran Bretaña es, naturalmente, de suma trascendencia en el plano europeo para el desarrollo de la política occidental que se inspira en impedir que Rusia arrastre a la humanidad libre a otra guerra. Se ha dicho con grafismo singular que el único recurso de subsistencia de Inglaterra no está en la política armamentista y de puño cerrado, sino en la conversión sincera de una comunidad imperial, "unión del caballo y su jinete", en una comunidad democrática y libre de naciones, como lo propuso, pero no lo supo realizar el socialismo inglés. Sin embargo, es claro que esta gran nación, pese a sus contrastes, puede, como lo vimos en la conferencia de primeros ministros del Commonwealth del año próximo pasado, tratar los asuntos domésticos de la comunidad con vigorosas medidas a que no están acostumbrados otros pueblos, fáciles a sucumbir o desmoralizarse ante las crisis que los afane. La celebración de convenios entre los pueblos integrantes de la comunidad británica, para asegurar la coexistencia común, apelando para ello a una mayor producción y a una cooperación más estrecha, sólo puede ocurrir en un conglomerado donde las gentes—550 millones de habitantes de todas las razas, credos y colores,—se han propuesto vencer los grandes problemas de la época, favorecer al máximo la libre circulación del dinero, mejorar su métodos industriales y agrícolas, en fin, darse la mano para eliminar la doble imposición internacional que les impone sacrificios irresistibles para su común signo monetario.

Sin desprenderse de la pauta de sus convenios y tratados internacionales, Gran Bretaña, atenta a los latidos de la conciencia comunitaria, afronta su crisis, la quebranta poco a poco y se pone en el camino de superar siempre las dificultades. Y lo que hace así en lo que concierne a la economía, columna vertebral de su existencia, lo realiza también imprimiendo a su trato de la lucha contra el comunismo, contra el enemigo siempre activo y artero, una implacable actividad que se diferencia de la de otros países por las reacciones altamente políticas que le salen al encuentro en la prensa, en el parlamento, en todas partes, a la ideología bárbara que proviene de Ruia.

Inglaterra sabe, y más aún en la mentalidad de sus hombres de gobierno, que de nuevo el panorama europeo no puede ser más sombrío, para la paz y para la democracia. Es cierto que Churchill, el hombre de la guerra, no podrá ser el forjador de la paz que se anhela con tantas ansias. Pero los ingleses se mantienen en pie, tratando primero de rehacerse de los tremendo reveses de la guerra que ha dejado huellas profundas en su economía especialmente; y mientras sus preocupaciones internas van coincidiendo en la liquidación de los problemas vitales, la tradicional diligencia británica se esmera en conseguir que el gran bloque de la comunidad que conforma su espacio vital, lejos de desintegrarse, cobre nuevo arraigo haciendo de la magnitud de su cohesión una muralla contra el comunismo que tan a fondo se ha filtrado y corroido las bases de otros pueblos con menos sentido político para repeler con éxito las embestidas y maniobras de Moscú. Y esa muralla no sólo estará formada por las armas atómicas que se acumulan para resistir o atacar a los cautelosos y ladinos agresores rojos, cuando llegue el día, sino por la política de reformas internas, de los elementos que moral y espiritualmente deben contra atacar en el ambiente de las clases trabajadoras, preparando la victoria de los postulados sociales de identidad occidental que el Estado propugna para progresivamente mejorar la vida del hombre.

Tiene de ventaja Gran Bretaña para encarrilar sus procedimientos políticos en la vida interna y externa, que discierne. Y ya se sabe que el discernimiento para lo elevado y espiritual es una virtud que lleva a realización de los mejores anhelos de hombres y pueblos. No se ofusca la mente del inglés, no se exalte hasta perder el sentido de la responsabilidad y menos aún del deber. No olvidaremos aquellos consejos tan sutiles al par que ciertos con que el gran André Maurois aleccionó a un joven francés que partía en viaje para la rubia Albión, consejos llenos del "esprit" de su raza y dignas del famoso explorador de las singularidades de la "bella isla desconocida" como en una época llamaban a Inglaterra.

"En Francia—decía Maurois hablando de las costumbres y el carácter inglés— un hombre no una mujer— puede vestirse de cualquier manera; se les reconoce por la palabra. En Inglaterra, no. El traje tiene una importancia muy grande para los ingleses. Nada de ropas ajustadas ni zapatos demasiado nuevos. Los latinos tienen del calzado un sentido heroico resplandeciente, lo valorizan por el precio y por el brillo. Los ingleses lo estiman sobre todo por su confort. Entre ellos los zapatos viejos son distinguidos porque son cómodos. Miss Jane Harrison cuenta el placer intenso que sintió en Cambridge mirando al Duque de Devonshire recibir el título de doctor "honoris causa" con un par de zapatos de tal manera gastados, que se veían los calcetines".

La anécdota viene oportuna porque refleja el modo de ser británico. Un pueblo donde esto ocurre, no puede en ninguna de sus capas o esferas, aspirar al comunismo bolchevique como norma de su vida futura.

El mismo Maurois hacía advertencia digna de un análisis como los que, usando su fino "humour", dedicaba a los ingleses, diciendo esto más: "Grandes enseñanzas y motivos de sorpresa ofrecerá al extraño una visita al Parlamento inglés. La elocuencia parlamentaria presenta características desconcertantes allí y funciona casi exactamente al revés de la que tenemos por costumbre. Mientras más apasionante es un asunto, más tranquilo y sin efectos oratorios es el tono que se usa. Yo estaba en la Cámara de los Comunes cuando Lord Baldwin pronunció la frase que se hizo famosa: "La frontera inglesa ya no está en las rocas de Douvres sino en las márgenes del Rhin". Para un francés como yo, aquello constituyó un interesante y magnífico espectáculo. Entre nosotros el orador que se hubiera atrevido a lanzar semejante frase, la hubiera cargado, sin duda, de sonoridades potentes y hubiera estremecido a la tribuna. Pero en el Parlamento británico no existe tribuna ni tampoco hay sonoridades. Mr. Baldwin pronunció la primera parte de su frase con una voz sorda:—La frontera de Inglaterra— dijo— ya no está en las rocas de Douvres... Se detuvo. Ante él, sobre la ancha mesa que separa a los Ministros de Oposición, acumulábanse legajos de papeles. Se inclinó, comenzó a hojearlos. Tuve la impresión de que la frontera británica se le había extraviado, que estaba oculta por ahí, entre los documentos, y que la buscaba con esmero. Al fin, encontrando la última página de su

discurso, se enderezó satisfecho y, en voz baja, rápidamente como un murmullo, concluyó: Está en el Rhin...."

Esto es, en Inglaterra, la democracia y este es el espíritu que vibra en ese gran pueblo. Espíritu de acción. Espíritu que difiere diametralmente del que impera en la raza eslava, con atávicos rasgos mongólicos, en un ambiente trágico que resume, siempre, el frío sople esclavizador y devastador de un Genghis Kan....

Hablemos de Bélgica, como otro pueblo de la Europa occidental donde el comunismo carece de expresiones arraigadas o arraigables, y donde se lucha contra él con efectividad. Esta nación que, en justeza resulta todavía colonial, en cambio forma en el grupo de los pueblos que han sentido el peso brutal de las agresiones, y por haberlo sentido mantienen alerta su patriotismo, vigilante su acción y en marcha sus recursos para alcanzar los fines de la unidad nacional democráticamente.

No sería extraño que la crisis del comunismo que ya se deja notar en Francia después que sus huestes han predominado con intransigencia suma, tenga que ver con el esfuerzo que los belgas despliegan para verse libres de esta odiosa corriente sectaria, especie de pandemia en casi toda Europa, donde ha invadido pueblos que nunca se hubiera pensado que pudieran plegarse al sectarismo proveniente de Moscú. Como se ha publicado a última fecha, ha continuado en Francia el decrecimiento del número de comunistas inscritos en el Partido, hecho más patente aún con la desaparición de algunos órganos muy influyentes que han ido dejando de editarse unos tras otros. *Ce Soir* que como *L'Humanité* ya expiraban cuando pasamos por Francia, pretendían en la forma más absurda, por supuesto sobre, todo el primero, que sus mismos adversarios, o sea los comerciantes, industriales, empresas bancarias, etc., contra los cuales lanzaban todos los días sus dardos envenenados, les pagaran el déficit causado por la escasa circulación que iban teniendo. Quiere decir que el enemigo al que tanto odiaban, debía ser el que sostuviera esos periódicos haciéndoles la vida no sólo fácil sino próspera.

Contra este método vigente en Francia, el contraste que ofrece el periodismo belga es de una austeridad ejemplarizadora. Allí se ha hecho de la ética una efectiva arma noble y moralmente provechosa para fines de que triunfen no las ideas extranjeras y la ideología importada de Rusia, inadaptable por cierto en el mundo occidental, sino el sano nacionalismo que consiste en engrandecer a la patria, en reparar todos los daños que sufrió con la guerra y darle al sentido de la propiedad y del trabajo, dentro de un régimen de derecho, los atributos de leyes humanas inevitables. Bélgica, con ser una pequeña nación, ha vencido las inclinaciones prosoviéticas que algunos grupos podían haber seguido para estar al nivel con esa corriente antinacionalista tan peligrosa para Europa como para el resto del mundo libre. Y este proceder, como decimos, ha debido repercutir también en Francia para que la desafección creciente de las masas proletarias se ponga de manifiesto, bajo la creencia generalizada de que el comunismo soviético no es ni será jamás una solución para las aspiraciones y los anhelos del proletario. No resultará extraño que, al cabo de unos meses, las noticias de Francia nos traigan la nueva de que la crisis honda del partido comunista galo ha tenido consecuencias desastrosas en las próximas elecciones generales que se convocarán. Y es que no hay ya cabezas visibles ni líderes capaces de poner a contribución sus fugaces prestigios partidistas para cosechar ventajas a favor de su ideología internacional. Thorez, que marchó a Rusia so pretexto de una enfermedad grave, ha retornado, pero las filas se preguntan qué hizo en Moscú el secretario general del partido.

No hay duda pues de que los malos vientos que soplan para el comunismo francés, llegan de las fronteras belgas también, y esto es muy significativo para reconocer que los nacionalistas de Bélgica van organizando una modalidad política de las mismas tendencias que han mantenido allí y en otros pueblos tranquilos, laboriosos y dueños de sí mismos, la tradición democrática por qué se rigen constitucionalmente. Y si las épocas de su esplendor cívico, en apogeo romántico, no han de volver, porque no se puede retornar al pasado, por cierto sí pueden ser la inspiración de nuevas manifestaciones constructivas de un orden de paz, de equidad y bienestar en la Europa que hace ocho años aún ardía bajo el azote de la guerra desatada por Hitler para dominar al mundo.

Pensando en esto nosotros formulamos una interrogación y es la de que si en unos y otros pueblos o conglomerados europeos las cosas se manifiestan de tal modo, por qué no se pueden aprovechar estas circunstancias para afianzar la lucha nacional contra el comunismo, usando las condiciones vigentes. En Inglaterra, en Italia, en Bélgica, en Francia, la mira puede ser la misma—guerra sin cuartel a la ideología comunista—aunque los sistemas y procedimientos difieran. Lo interesante y oportuno será que sin dejar de pensar que las derechas y las izquierdas son la fórmula del equilibrio político en los pueblos, no unas ni otras sigan bajo la influen-

cia extranjerizantes que recibe órdenes de Moscú. El socialismo cristiano nada tiene que ver con la sed expansionista de Rusia.

Claro está—y esto merece también considerarse —hay pueblos que están todavía viviendo en el mundo como en la edad de piedra o muy próximos a ella. Comen, dice un observador, para mantenerse en pie y no para mantenerse como hombres; no conocen las escuelas de formación técnica; luchan desproporcionadamente contra las enfermedades por medios primitivos y mágicos; no tienen capacidad de trabajo o no tienen trabajo; carecen de conciencia política y participan como hordas en las comedias de la representación popular... Estas referencias pueden ser aplicables a algunos grandes y pequeños conglomerados asiáticos aunque no faltarán quienes crean que también pueden ser aplicados a ciertas regiones de América Latina donde falta lo que tal vez tampoco sobra en otras latitudes, por la sencilla razón de que no han logrado todavía su autodomínio.

Yendo al meollo de nuestro plan, después de haber echado una ojeada ligera a las circunstancias que se mantienen en Gran Bretaña y algunos otros países—tales como Bélgica—lo que urge, con urgencia explicable, es la cooperación que pueden ofrecer los pueblos europeos agrupados en el mundo libre en la lucha colectiva contra el comunismo. Decíamos que cada uno de estos países puede tener sus métodos propios para la lucha interna contra el enemigo, pero que, en lo general, o sea el esfuerzo coordinado, éste no puede rendir sus frutos sino solidariizándose todas las naciones libres para mantener el frente unido anticomunista. Mejor dicho, se podría disponer recursos acaso distintos en combatir el comunismo interno; pero debe haber una sola táctica manteniendo el enfrentamiento decisivo del mundo libre contra los avances y los designios de Moscú.

Sin embargo, aquí surge una duda. Vamos a pensar que Inglaterra se defiende bien con sus magníficos recursos doctrinarios y liberales, con su sistema de austeridad individual y colectiva, contra el comunismo amenazante. Que Europa continental tiene los elementos de lucha más aparentes para impedir que Rusia le gane la moral al pueblo inglés o a cuantos en la órbita del mundo libre deban mantenerse a la vanguardia defendiendo los postulados de la democracia y de la civilización. Pero, ¿y el caso de la India? Si en Asia llega a formarse una confederación de países comunistas, como puede ocurrir al paso que llevan los acontecimientos, ¿qué es lo que pasará en la India donde el socialismo no ha logrado que se sepa nada efectivo hasta estos momentos? Y este es otro de los problemas que surgen para hacer pensar que la realidad presente está transida de ellos y que, donde quiera que se mire en busca de soluciones, no se encuentra sino un camino de salvación: unirse para que nuestra mal herida acosa-da civilización sobreviva.

He aquí por qué conceptuamos, pues, que las iniciativas para adoptar una posición de frente único ante el comunismo rojo de Moscú, tienen que manifestarse sobre la marcha de los acontecimientos, al paso mismo que marcan los hechos dentro de la realidad internacional que hay que mirar descarnadamente.

Como el mundo se ha ido volviendo cada día más interdependiente, resulta que lo que sucede en Europa y lo que hay que hacer también allí para impedir su ruina final, no puede desprenderse de lo que se haga en otras latitudes para defender los propios postulados democráticos y preparar el advenimiento de la paz universal. Pero, ¿qué ocurre en esas latitudes? En el conglomerado que las integra se presentan complejos problemas, tan serios también, que esta es otra de las grandes preocupaciones que asaltan al hombre de estado y al observador atento de esta hora de renovados presentimientos y dudas que vive la humanidad.

En el trasfondo de la actividad internacional que parte desde Washington, se ve claro que los Estados Unidos de Norteamérica lo que han planteado para que Europa actúe en la autodefensa, oponiendo una valla, poderosa y colosal barrera al comunismo que trata de ganar el viejo continente, y al mundo entero, se encuentra con bases de sustentación en el poder capitalista que al durar el tiempo que le toca al régimen del general Eisenhower, ha de querer ahora, con el partido republicano en el comando, trazarle al mundo libre una fórmula distinta por cierto a la de Truman. Se recordará que el expresidente demócrata proclamó al hacerse cargo del gobierno, que los Estados Unidos no querían una nueva guerra y que lucharían con todos sus recursos por evitarla. En efecto, trató el exmandatario de ser consecuente con su oferta; aunque sobrevino la lucha estancada en Corea que hasta ahora se mantiene, lo cierto es que tampoco se puede desconocer que las hostilidades en esa parte de Asia han impedido que la guerra local se extienda con todas sus terribles consecuencias abriendo el capítulo pavoroso de la III Contienda Mundial. Creen los demócratas estadounidenses y acaso no les falta alguna razón, que si el partido republicano hubiera estado en el comando de

la Unión, las cosas habrían ido mucho más lejos para definir de una vez la situación que se mantiene desde 1945.

Pero esto corresponde más bien a otras reflexiones que vendrán a su tiempo. Concretar el carácter de esta encuesta señalando los móviles de la Comunidad Europea de Defensa, que tiene por finalidad ulterior la formación de un Ejército Internacional, para cuyo objeto se pronunciarán favorablemente en su reciente jira por el viejo mundo los señores Dulles y Stassen, recién inaugurado el gobierno del general Eisenhower. Pues bien: Inglaterra ha señalado en un documento que protocoliza anteriores cambios de ideas y conversaciones, la ayuda que militarmente puede prestar a las fuerzas europeas durante el período inicial, así como las formas de una organización a largo plazo, que podrían ser de provecho cuando dichas fuerzas se hallen plenamente constituidas.

Cuando hemos vuelto de Europa, las bases para la formación del Ejército Continental, aún se consideraban puramente técnicas. La NATO, ese organismo que ha asumido la responsabilidad de la defensa premilitar de Europa hasta que se formalice otra defensa ciertamente activa adecuada a las circunstancias que están imponiendo la aceleración de los procedimientos ante la amenaza de otra guerra, parece que tiene los medios para mantener una asociación militar que responda a los planes de las NN. UU.

Todo está aparentemente bien dentro de la estructuración de la defensa de Europa y de la coordinación de los métodos para combatir al potencial enemigo de la humanidad libre. Pero cabe aquí decir que no es posible ir más adelante sin que se considere en toda su importancia el papel de las juventudes en los países de Europa y aún del mundo ante los hechos que van sucediendo en esta especie de antevíspera de la batalla final por la supervivencia de la democracia y la paz. La realidad está en estos días descubriendo que en muchos países la juventud simpatiza con las ideas totalitarias que emanan de Rusia porque es lo que sobrevive de las "nuevas doctrinas" que trajeron a su tiempo Lenin y Trotzky, Hitler y Mussolini. Si estuviera permitido que la siembra de los prosélitos de las nuevas doctrinas actuaran como los de aquellos dictadores torvos que han desaparecido, no se dude que veríamos de nuevo los desfiles de camisas pardas, rojas, negras y de otros colores, expresivas muestras de sentimientos reproducidos en estos jóvenes mientras fueran creciendo en el apogeo de los descubrimientos modernos que, como alguien dice, han hecho tan difícil el ejercicio de vivir.

A menudo el cable ha hecho alusión a manifestaciones provocadas por jóvenes en Italia, en Francia, países donde el virus del totalitarismo ha dejado sus gérmenes patógenos políticamente utilizables para destruir el renacimiento de los ideales democráticos. Estos destructores, estos inconoclastas de la obra —en Italia— de los Garibaldi y los Mazzini, son personajes ingloriosos de una época en que también la mediocridad ha rendido sus máximos frutos. Garibaldi, héroe de dos mundos, luchando contra el agresor o invasor o intruso extranjero, que es contra el que se debe luchar con todas las fuerzas si hay que combatir, mucho antes que Churchill en 1940, arrojó en 1859 a sus huesos con aquellas famosas palabras tan parecidas a las del gran político y estadista inglés, "Ni honores, ni ganancias; nada más que sed, marchas forzadas, batallas y muerte... Los "ejércitos borbónicos, después, supieron de lo que eran capaces los Mil de Garibaldi, aquel que nunca aceptó honores ni recompensas porque él "desde el primer momento sintió que la causa de la Libertad era la misma en todo los países y en todos los pueblos"; y esta causa lleva a cumplir con el deber patriótico hasta la victoria o hasta la muerte.

Los que se lamentan de que estas generaciones que surgen de la postguerra —en algunos planos, hay que aclarar— quieran saber tan poco de la democracia, de la tradición, y los ideales del hombre libre, argumentan también que ello se debe a que la herencia dejada por los demoleedores de la convivencia humana, se llama ahora; odio, temor, agonía constante, trágicos sentimientos que, bajo tan oprobioso menaje ideológico, creen que la actitud política suya no debe tener otra meta que la destrucción de la sociedad en que viven. Para esa exaltada y felizmente no mayoritaria juventud, la era de las cavernas debe volver para organizar un mundo distinto que puede tener como epílogo, en la rectificación del camino, "ignorar la alegría de ser hombres y de vivir pacíficamente".

Las grandes caídas de la Historia, patentes en pueblos que forjaron magníficas culturas ya muertas, tuvieron al parecer estos mismos síntomas al aproximarse la hora de su desaparición. Roma, Bizancio, los imperios viejos se hicieron pedazos porque los hombres que los animaron primero perdieron la fe, luego se entregaron a las más torpes vanidades y al paganismo horriendo que alejó de las rutas espirituales a una humanidad esclava de sus vicios.

La Europa que acabamos de visitar nos sugiere, después de haber pasado por su atmósfera de postguerra, que toda esta vida viene a ser una sombra proyectada tal vez un poco mediocrementemente desde la luminosidad de días mejores como los que advertimos en otros tiempos

en que fué para nosotros placer auténtico cruzar los mares para detenernos en esas naciones, conglomerados imponentes llenos de euforia y de apacibilidad apesar de que ya cantaba, a las orillas de su paz la sirena trágica de la guerra. Lo contrastante es que, como observa Papini en unas notas suyas sobre el Poema del Hombre, "a pesar de todo, a pesar de esa sangre y de ese odio, de esa ferocidad y de esas traiciones, los hombres sobreviven y se renuevan. Se levantan nuevas metrópolis en el lugar de las que cayeron o fueron destruidas, se hallan y reaparecen las obras maestras que yacían sepultadas, los poetas cantan las gestas de los héroes vencidos, los filósofos procuran hallar la esencia del mundo y la del alma paseando a lo largo de las orillas del liso y en los pórticos de Atenas, coros de vírgenes y de ancianos cantan en teatros abiertos, bajo el cielo mediterráneo, lamentando la inexorabilidad del Hado, se alzan anfiteatros, curias y basílicas semejantes a moradas para cíclopes. Sobre los milagros esparcidos acá y allá se levanta ya el canto armonioso de los rapsodas, ya el resonar de trompetas, ya el alarido de empenachados depredadores".

Desgraciadamente, el rígido y frío maquinismo que preside la civilización actual —y no es esto culpa de la máquina por cierto— con ideologías que acercan al hombre más a realizar cerebralmente que a construir con el corazón nuevos sentimientos, ha conseguido que estas generaciones, aquende y allende, se consideren prematuramente defraudadas porque no han salido adelante los ideólogos del nazismo o del fascismo, y se plegan a Marx considerando que allí puede estar el elixir que les dé lo que no han heredado de las etapas encerradas entre las dos guerras del siglo.

Las juventudes de hoy, escuchando acaso a Bertrand Rusell, que dice que antaño los hombres le vendían su alma al diablo para adquirir los poderes mágicos, mientras hoy adquieren tales poderes por medio de la ciencia y se ven en la necesidad de convertirse en diablos, se diría que ellas vagan perdidas del rumbo que las lleve a su destino. Y esto se ve en la vieja Europa como en la joven América.

Por todo esto creemos que un espíritu mundial constructor de la nueva espiritualidad que afirme la paz necesaria al mantenimiento de los valores humanos, ofrece de momento muy pocas esperanzas de realización. Mientras por un lado los políticos hablan de los planes de la defensa occidental y le dedican sus preferencias, la conciencia internacional carece de personalidad y de eficacia. Hay un evidente desconcierto que ni siquiera pretende aprovechar la experiencia para darle un sesgo distinto a la catapulta guerrera que anda de nuevo en juego. La realidad que se observa en los pueblos de Europa que no son ni Inglaterra ni Bélgica, ni Suiza, y no hay para qué hablar individualmente de cada uno, presta sitio al optimismo. Ganan algunos por Rusia, y otros ni vale citarlos por ser tan conocidos en su actitud desentendida, no se les puede considerar aptos para defender su nacionalismo ni para prestar ayuda a las Naciones Unidas en su lucha por establecer la paz en el mundo sobre la base de un orden justo. Y esta es la tragedia viva de Europa, que hemos encontrado perpleja y como sonámbula, recostada sobre sus ruinas, intentando crear un orden en medio del caos; aunque es verdad con pocas ganas de llevar a cabo los fines de unidad que debieran estructurar un orden estable a la sombra de la tranquilidad y la concordia.

"El peligro en Europa es permanecer inermes", ha dicho otro conocedor de los asuntos internacionales refiriéndose a la importancia o intrascendencia de la Comunidad de Defensa Europea. En una parte de su declaración al respecto expone: "Alemania, que no tiene guerras que librar en Indochina (caso de Francia), contribuiría pronto con la parte del león al ejército europeo, llegando así a dominar a la comunidad, mientras nada le impediría crear grandes formaciones disfrazadas como cuerpos policiales. Cuando se estudia el texto del tratado, empero, uno se ve forzado a llegar a la conclusión de que los peligros que parecen temer los franceses no son, en verdad, inherentes al tratado, sino a la posibilidad de que Alemania pudiera tratar de eludir las restricciones que le impone, tanto a ella a las demás naciones miembros de la Comunidad de Defensa".

A nuestro juicio, siempre estará implicando un obstáculo muy serio la tradición europea de las ambiciones imperialistas, de los recelos fronterizos, de la hegemonía de unos pueblos ancestralmente ansiosos de subyugar a otros. Aunque el tratado de defensa que se ha elaborado para Europa con base en las composición del Ejército Defensivo de Europa, que reconoce a su vez fundamento en la NATO, (entidad de origen norteamericano), sea perfectamente claro y nada tenga de ambiguo como se ha sostenido con calor en Francia, siempre y cuando la ratificación del mismo se produzca, lo cierto es que el Ministerio de Defensa francés, por ejemplo, no podrá encargar una sola ametralladora, ni en el país ni en el exterior, sin haber obtenido permiso de un comisariato en el que sus ciudadanos estarán considerablemente superados en número por alemanes, italianos, belgas, holandeses y luxemburgueses, y que tomará de-

ciones por el voto simple de la mayoría. Y exactamente lo mismo ocurrirá con los demás signatarios. Y esta circunstancia es la que se ha esgrimido con ánimo de sutileza al extremo de que se necesita de una gran paciencia, de un dominio absoluto de las situaciones, para conseguir que la comunidad occidental se ponga completamente de acuerdo y en Francia, sobre todo no se considere toda contribución alemana a la defensa europea excesiva y hasta sospechosa.

Me atrevo a suponer como ejemplo que el cuadro de la defensa de Occidente se hallase contra la agresión comunista en el mismo caso de reeditar en Europa del promedio del siglo XX la gesta revolucionaria del XIX en América del Sur: Coalición de pueblos, de ejércitos, de voluntades para libertar al continente americano de la opresión que no puede resistir más. Se agita sobre esos contingentes gloriosos la bandera del Espíritu Libre, los hombres pelean y derraman su sangre por el ideal supremo en batallas de que salen al fin con la palma de la victoria inmarcesible. La libertad americana se alcanza por esa coalición, por esa cooperación que es el primer caso en el mundo y en la historia. Aunque ciertos términos ideológicos hayan cambiado, el mundo europeo se encuentra hoy ante la amenaza tremenda del comunismo que se alza desde Rusia. Precisa entonces pues una coalición como la los americanos del siglo pasado. Y la posición de los dirigentes de la campaña, que asisten hoy a la forjación de un tratado sin precedentes, es la de estar discutiendo los detalles pueriles, exhibiendo sus resquemores nacionalistas, sus viejas rencillas y divisiones, pendientes de si Alemania se llegará a encontrar en condiciones de dominar con las bayonetas, si la libertad nacional no sufrirá recortes con el Ejército de Defensa si la fusión de unas y otras fuerzas no será lesiva al patriotismo...

Cabe afirmar que esta actitud dubitativa, que aún se ve estorbando la posición de los occidentales en medio de los contrastes de la política internacional, parece destinada a no aclarar del todo lo que conviene hacer y lo que no conviene, en estas horas cruciales. Como dice el comentarista de esta realidad: Seguiremos, pues, esperando sentados la presión enemiga para luchar recién al este del Elba...

Rusia y sus satélites, en cambio, saben a qué atenerse en sus pactos y acuerdos tras el telón de hierro. Unidos por el peligro de Occidente, manteniendo sus compromisos aunque en ellos la presión del Soviet sea la que mande y determine, el hecho es que, por lo menos hasta ahora, nadie conoce ninguna defección contraria a la URSS. Lo imponga el temor, lo haga el rotundo propósito de seguir fieles a la ideología bolchevique, fuere lo que fuere, la acción multinacional en la órbita rusa no revela debilidades ni divergencias. Y esto ya sería bastante aleccionador para el lado donde las democracias en Europa tienen una responsabilidad que cumplir en aras de su historia y de su destino. Hay que hablar clara y desapasionadamente.

Ya hacia la época en que pasábamos por París, el punto de vista de los franceses en respecto al rearme alemán se expresaba por el gobierno en forma amplia y precisa. Ayuda económica para aumentar su capacidad armada. Debo advertir que la idea del Ejército Europeo partió justamente del jefe del gobierno. Pieven, en 1950, y según entonces se dijo había dos finalidades: encontrar una solución para que Alemania participara en la defensa de Europa y propiciar una oportunidad con el objeto de llegar a la organización de una Europa pacífica y unida.

Las opiniones, en estos momentos iniciales de 1953, no se ponen de acuerdo acerca de lo que concretamente se tiene que hacer y debe hacerse sin dilaciones. Y mientras Francia no se decide a ver que Alemania colabore, con su rearme, en los planes defensivos generales, los hombres de estado siguen en la creencia pasiva de que se necesita—ahora más que nunca— garantías contra la resurrección de un militarismo totalitario que acabe de hundir a Europa bajo los escombros de una tercera guerra. Claro que esas garantías tienen que quedar debidamente estipuladas. Pero hay que ir al fondo de la cuestión sin pérdida de tiempo.

Dentro de la encuesta que se refiere a la defensa de Europa no podía, faltar desde luego, el punto de vista de la prensa norteamericana, y al tratarse de Francia y su participación en aquella, por lo mismo que todavía los pasos son lentos y las decisiones pueden resultar tardías, lo dicho por "Life" hace algunas semanas debe ser recordado acaso no tanto por la forma como lo dijo la conocida revista, sino por el desagrado con que lo recibió la opinión parisiense. "Sin una Francia políticamente estable—expresó la revista—, Europa no puede ni gobernarse ni defenderse a sí misma". Y añadió a modo de advertencia: "Debemos esperar que los franceses terminarán por encontrar el medio de suprimir el obstáculo número uno, que impide la unificación de Europa y que reside en el mismo sistema y en los hábitos de Francia, que son imposibles".

Sin embargo, los franceses se han encargado ellos mismos de darle la respuesta a la voz periodística norteamericana producida en forma que parecía destinada a subrayar los titubeos y las vacilaciones del gobierno francés frente a las batiientes realidades de Europa: "Por qué polemizar—ha escrito un corresponsal de "Le Monde"—disputando entre aliados? No están también con los Estados Unidos embarcados todos en la misma nave?"

Estas breves interrogaciones vale la pena de tomarlas en consideración para poder apreciar como, desde el mirador de la opinión pública, se ve la situación europea y cual es la conciencia vital que predomina acerca de la defensa del Viejo Mundo. Porque de mucho le servirá al observador de la realidad contemporánea y más aún al que compara esa realidad con la de otras épocas, para deducir de ello que todavía se puede perder una tercera guerra con frente europeo al paso que las cosas van en esas tierras castigadas por dos horrendos conflictos. Y esto es, precisamente, lo que las Naciones Aliadas y con ellas la mayor potencia actual, Estados Unidos de Norteamérica, no quieren que suceda. Y para que no suceda se ha creado la NATO, se ha ido a la firma de un tratado sin precedentes para defender colectivamente Europa occidental, se ha planeado un desembolso económico si se quiere fantástico al propósito de que militarmente Rusia no pueda conseguir sus fines de absorción y de imperialismo esclavizante.

El dilema, tal como se ve planteado y tal como hemos compulsado las cosas al pasar por Europa en este viaje de observación directa, se concreta en que hay que ser consecuentes con las tremendas responsabilidades que a Occidente le ha puesto sobre los hombros el destino; y en que esta consecuencia u, obsecuencia, con deberes que implican vida o muerte para una civilización, reclaman una acción rápida y conjunta. Asegurar las puertas de Europa contra el comunismo agresor, será a la vez presentarle una barrera a América para que se resguarde con vigoroso empuje de las celadas de Moscú. Nuestro Hemisferio aportando todo los elementos para impedir que la derrota de la civilización se produzca según las ambiciones soviéticas, es una garantía a su vez para que Europa se rehaga, se recupere y fortalezca para una larga vida pacífica.

Y esto es lo que hay que predicar, que reiterar, insistiendo en la unidad europeo-americana, en la solidaridad del mundo libre desde el Atlántico Norte hasta las playas de las Américas, donde los hombres quieren colaborar en la reconstrucción de una existencia racional y exenta del temor, de la miseria y de la esclavitud.

Pero para el logro de estos ideales, de esta empresa que vemos a estas alturas muy ardua y acaso gigantesca, hay que ver también qué forma de aporte es el que puede dar América, y esto lo vamos a exponer en el siguiente capítulo.

Quedan unas últimas reflexiones para completar este boceto realista de Europa, y son las que corresponden a dos grandes conglomerados humanos y en lo que de ellos se puede alcanzar como contribución en pro o en contra de la paz mundial, de acuerdo con el móvil que la inspira y la exige clamorosamente. Nos referimos a la India, por una parte, y a la China, por otra, en la esfera asiática.

La India, que ha alcanzado una soberanía buscada con afán y constancia ciertamente plausibles, presenta un cuadro diríase sombrío a la hora presente. A la vera del pabellón verde y blanco, he aquí lo que apunta un verificador acucioso de la realidad que allí se vive. "La población de la India, excluido el Pakistán, fué calculada el año 1950 en 357 millones de habitantes y se la considera para 1955 integrada por 383 millones. Veintiseis millones de bocas nuevas se abrirán en cinco años en una nación en que las tres cuartas partes por lo menos de los habitantes sufren de una sub-alimentación crónica. Si el ritmo del crecimiento actual se mantiene, la India del año 2000 tendrá 600 millones de almas y si la duración de la vida humana logra un promedio normal, habrá que considerar para su futura población una cifra vecina al billón. Desde ahora el problema hindú del pan se considera insoluble. La India vivió una hambruna en 1943 que ocasionó cuatro millones de muertos. América del Norte salvó la vida de quince o veinte millones de hindúes enviando dos millones de toneladas de trigo, que le reprochan hoy diciendo que les dió de mala gana y también que lo había "vendido"... El pueblo hindú no puede existir sino con el concurso de una enorme mortalidad y de una miseria profunda. O sería necesario que modificase sus bases de vida religiosa, que limitara su natalidad y que renunciara, sea al vegetarianismo o al lujo de mantener hordas de animales que que le arrasan el territorio".

Después de tan descarnada revelación de lo que es la India actual, ¿se puede esperar que esta enorme colectividad humana o subcolectividad, rinda algunos beneficios a la causa de la paz universal? ¿Puede tomarse en serio la colaboración en el resguardo de la civilización occidental, con las armas en la mano, por los hindúes, cuando en primer lugar ellos tienen otro sentido de la vida y la realidad y luego que esa masa colosal carece de los incentivos que podrían hacerla triunfar en el caso de que se plegara a la defensa de los ideales de Occidente? En todo caso para nuestro lado sería un peso muerto, carente de la emoción y de las cualidades que caracterizan a los pueblos que luchan y no pasivamente por el advenimiento de un mundo mejor. Alguien dice con desencanto "Es fantástico descubrir que este e-

norme y desgarrador problema— el hambre y la necesidad— apenas impresiona a las clases dirigentes de la nueva nación. Nueva Delhi se apasiona y se afiebra por bagatelas como la Cachemira, los establecimientos franceses de la India o el derecho de voto de los residentes hindúes de Ceylán....” Y algo más cita el observador de esta coexistencia que parece increíble: “He visto las mismas miserias y a mi paso las mismas hordas de mendigos tan repugnantes y tenaces, que lo apartan a uno de los bellos monumentos. He encontrado los andenes de las grandes ciudades cubiertas en la noche por millares y millares de seres, que no han tenido jamás un techo y que duermen desnudos sobre el pavimento”....

Quiere decir que mientras en la India trota trágicamente uno de los cuatro Jinetes del Apocalipsis, el Hambre, y este trotar envuelve a una raza entera formada por cerca de cuatrocientos millones de seres, allí dentro, ¿no queda nada que hacer a nombre de las Libertades Humanas? Por lo menos ahora, y hasta que el problema gigantesco de ese pueblo, el de su propia subsistencia integral, no se haya solucionado dentro de las soluciones que busca la humanidad civilizada no solo para ella sino para los pueblos que sufren la herencia de una auto esclavitud que resulta inenarrable a estas alturas del crecimiento espiritual del progreso material del hombre en otras latitudes.

Pasamos ahora a la China plegada al comunismo en uno de esos episodios que acaso pareciera inexplicable para muchos occidentales, pero que pueden, como dice un sociólogo, mostrar el camino a los hindúes para irse con Rusia a través de China o para venirse con el mundo occidental bajo el signo de una impaciencia motivada más que en su necesidad de comer, en el ejemplo que le viene de cerca.

La China ha ido al comunismo rojo porque seguramente no le interpretaron sus ingentes e inmediatas necesidades los que la mandaban. Y entonces Stalin tomó la delantera. Los chinos ya estaban aguerridos, y habían vivido treinta o más años en plena guerra adentro. Ya se han hecho a la vida del vivac. Y el resultado ha sido el asombroso hecho de que ese conglomerado de cientos de millones de seres, estén contra Occidente prefiriendo morir de la guerra que del hambre. Este aviso acaso les sirve de mucho a los países de occidente que saben que el mundo, para rehacerse de sus quebrantos y para inaugurar una larga era de paz y de tranquilidad delimitada por el bienestar de los individuos, ante todo exige que se organicen medios de vida conciliables con la personalidad humana. Puede ocurrir y esto no tendría ya nada de extraño que los comunistas aprovechen la situación de la vecindad y de la identificación de chinos e hindúes, para alcanzar la penetración de su ideología expansionista y marxista, valerse de la desesperación de esos millones de seres cansados de esperar aunque hayan vivido acostumbrados a ello que se morigere primero su hambre milenaria.

Y de esta manera tendremos que así como en Europa la ayuda económica de los Estados Unidos es la llave que puede ayudar a su salvación, pues de otro modo ya Rusia habría dado cuenta de todos los pueblos débiles que forman mayoría en el continente, así también. Asia ni no se produce un milagro, habrá llegado el momento de aceptar la fórmula vieja pero de tremendo significado para el mundo. *Asia para los asiáticos*

Lin Yu Tang en un estudio que resulta una especie de profecía, acaba de decir que la China acabará apoderándose del mundo entero. La China hambrienta, sufrida, revolucionaria, bolchevique, unida a Rusia en una jugada que permitieron por falta de avizoramiento las potencias occidentales, puede ver llegar su momento de dominadora universal, desprendida entonces de su alianza con los Soviets.

Por su parte John Gunther, el famoso publicista, explica el caso asiático de este modo: “La base de la vida en la mayor parte de Asia es la tierra; más que nada, los mil doscientos millones de asiáticos viven —si es que eso puede llamarse vivir— de los frutos del suelo. Pero la tierra está espantosamente empobrecida; los métodos y técnicas agrícolas son increíblemente primitivos hay una desesperada carencia de abonos en la mayoría de las regiones; sobre todo un gran número de agricultores no son los dueños de la tierra que cultivan, sino arrendatarios que se hallan a merced del terrateniente. Pero resulta difícilísimo en cualquier país llevar a la práctica con éxito una reforma agraria y la de Asia no es de las menos difíciles. Y una reforma agraria, entre otras cosas, si ha de ser amplia exige un considerable equipo técnico y administrativo, así como capital, lo que le falta por desgracia a la mayor parte del mundo asiático. Y describe como a medida que la vieja Asia empezaba a derretirse bajo el peso de la insatisfacción y la pobreza, los comunistas alcanzaban de esto muy rápidas ventajas. Moscú, dirigiéndose en tono patético y de falsa piedad a los que en su jerga conocida llama los “oprimidos del mundo”, “el capitalismo, era el villano en ambos aspectos: las potencias occidentales le impedían al Asia obtener la libertad con su política imperialista, mientras que la clase gobernante local imponía la esclavitud económica mediante la explotación. Los rusos, con verbo convincente, explotaban el tema na-

cionalista, tentando siempre a los asiáticos a rebelarse contra Occidente (se habrían rebelado de todos modos, con o sin Moscú), mientras que al mismo tiempo alentaba el desasosiego que podían provocar las penurias económicas y la falta de oportunidades. Miles y miles de asiáticos se hicieron comunistas, en parte por ignorancia, pero también por odio a Occidente, por odio a los terratenientes y por la sencilla razón de que los comunistas les prometían una nueva solución para sus problemas". Y Gunther aclara que la palabra "comunismo" no provoca, desde luego, una antipatía tan instintiva en el asiático medio como en el europeo o el norteamericano medio. "Nuestra propia propaganda —dice— podría ser más fructífera en Asia si no usáramos tanto la palabra comunismo como rótulo general para todo lo malo, y si habláramos en cambio de Rusia o de rusanismo, lo cual allá suena de modo mucho más amenazante y muchos asiáticos tienen ya sus buenos motivos para aborrecerlo".

Las reflexiones que presenta el experimentado escritor, profundamente vinculado a los problemas del mundo en general, son para meditar en sus alcances y en sus efectos. En realidad, no le falta razón en el aprecio que hace de las razones por las cuales ni las potencias occidentales supieron ganarse la voluntad de China ni el gobierno local, o sea el nacionalista, tomó las cosas internas con un plan constructivo y con entera fidelidad a los ideales que emergieron del testamento de Sun Yat Sen. Algo ocurrió allí que sólo ha servido para que un día, ante la ruda sorpresa de los occidentales, un líder con suficientes energías y respaldo para acabar con el régimen vigente en China, se alzara para proclamarse el amo de esa nación inmensa y trágicamente pintoresca.

Comparando a los dos personajes, Gunther pregunta: "¿Es hombre acabado Chian-Kai-Shek? La mayoría de la gente dice que sí en cuanto concierne a la posibilidad de reconquistar la China continental. Chiang tiene cualidades admirables y su ejército formosoño puede ser de un gran valer para nosotros; pero no sería fácil resucitar el Kuomintang, aunque solo sea por lo corrompido. Le oí expresar el problema a un norteamericano experto en esta forma: "La pandilla de Chiang no sirve a los intereses del pueblo chino. Se sirve a sí mismo. Todo el futuro de esta parte del mundo depende de que triunfe o no la China comunista. Pero ya sea que triunfe o no, la alternativa no puede ser el Kuomintang, Mao puede o no caer, pero Chiang no puede ser su sucesor, ni siquiera con la ayuda norteamericana, porque todo lo que representa ha desaparecido irremediablemente".

Ahora, la otra parte de la encuesta: Mao-Tse-Tung, ¿es o no un títere ruso? ¿O es una especie de socio? "Las opiniones a este respecto difieren categóricamente: la condición política exacta de Mao es uno de los enigmas más oscuros —más importantes— del mundo. El principal de los argumentos que se exponen para "probar" que no es simplemente un instrumento o un títere y que tiene mucha libertad de acción, es que, cuando fué a Moscú, se requirieron dos meses de penosas y tensas negociaciones para la firma de un tratado ruso-chino, en febrero de 1950. El Kremlin no pierde a menudo dos meses negociando con un títere. (Desde luego, aunque Mao sea un socio y no un esclavo, puede superar en fervor comunista al Kremlin)".

Aquí añadiremos de nuestra parte que la presencia de Mao-Tse-Tung en los funerales de Stalin, permite pensar que su calidad es, en efecto, la de un socio. Socio de Rusia que, por otro lado, no se sabe hasta cuánto y hasta qué medida permanecerá aliado del Kremlin.

Y sin olvidar que el Japón es otra incógnita aunque se halle bajo una situación subalterna, ni dejar de pensar que, como dice Gunther, la guerra japonesa en China fué el gran factor que estimuló allí el desarrollo del comunismo, esta es la situación y esta es la realidad panorámica de los sectores europeo y asiático, vista a través de los acontecimientos que más han destacado en la vida internacional en estos dos últimos años.

"El Japón se destruyó a sí mismo y, terrible ironía, contribuyó también a llevar el comunismo a la China. La lección que se deriva para nosotros es que, por no decir más, nadie debiera atacar a China sin calcular cuidadosamente los riesgos. Y esto plantea otro punto; el odio que aún sienten por los japoneses la mayoría de los chinos: "La actitud china frente al Japón —se ha escrito— es exactamente la misma que de Francia ante Alemania... La alianza de China con Rusia no está basada en un afecto mutuo, sino en un temor común a un Japón resucitado". Parte de la antipatía de la China es también porque los japoneses son considerados por los comunistas chinos como herramientas nuestras y títeres imperialistas".

Entremos a considerar, ahora, el otro aspecto, el de América frente a Europa y, finalmente, el Asia, en la lucha definitiva contra el poder totalitario que ha sustituido al fascismo y al hitlerismo en la batalla imperialista por el dominio del mundo.

CAPITULO III

EL PAPEL DE AMERICA FRENTE A EUROPA Y EL RESTO DEL MUNDO

Tomaré a repetir lo que ha sido esencia y suma de mis reflexiones acerca del papel de los americanos en la estructuración de un orden que responda, en todas sus palpitaciones, a los anhelos de la nueva humanidad doliente aún de las profundas heridas que le dejaron las dos últimos catástrofes mundiales: América o, más ampliamente, las Américas parecen obedecer a un destino ineludible que dispone que de estas tierras generosas y pródigas salga la salvación de la especie. Cuando Cristóbal Colón columbró desde las naves legendarias el mundo que lleva el nombre de americano, pero que sus habitantes conocían por otro o por otros nombres, tuvo sin duda la intuición de que este acontecer prodigioso traía para los hombres del planeta una desviación formidable hacia los cauces de otra civilización que iba a realizar maravillosas hazañas, superiores a todas las que conocieran las viejas culturas de que hay memoria. Y no porque, efectivamente, la empresa europea viniera a dar una forma creativa a la vida ya existente en América, sino porque más bien esta corriente portaba la linfa de que estaba exhausto ya el hombre autóctono, o más claramente dicho, la sangre de los indígenas.

Porque la existencia de grandes culturas en esta parte del planeta está ya suficientemente divulgada, aunque el esclarecimiento no se haya hecho exhaustivo. Para no ir muy lejos y para no citar sino uno que otro ejemplo, tenemos el caso de la Isla de Pascua, como señal de lo que fué, acaso, la más remota civilización litoral en América del extremo sur. Cuantos investigadores se han acercado a ese gran islote que encabeza un pequeño grupo de islas y parece perdido en el Pacífico, convienen que la misteriosa *Rapa-Nui* del ayer lejano es un indicio o bien del Sexto Continente que desapareció bajo los abismos marinos, o el resto solitario de una civilización que se fué apagando con los siglos y ha dejado como señales mudas aquellas fabulosas estatuas algunas de las cuales miden hasta veinte metros de altura y tienen un peso de sesenta toneladas. Hay quienes se aventuran a pensar que se trata de estatuas-retratos pertenecientes a las últimas razas Lemúricas pre-Adámicas, lo que estaría diciendo que se las cataloga como antes de la era en que la Historia Sagrada de identificación cristiana, pone en el nacimiento de la raza humana a Adán como padre y origen de la especie. Y hasta avanzan más todavía los deducionistas del origen de la vida en América, diciendo que la Luna fué parte de nuestro planeta el que una vez expulsado de la Tierra llenó en su espacio con sus aguas el Océano Pacífico... El campo de las deducciones y de las especulaciones científicas es infinito. Lo que interesa aquí es señalar que la vida animal en América tiene seguramente la misma edad que la de los otros continentes y que las figuras de piedra de la isla de Pascua —granito o mármol— nos retrotraen a culturas que murieron agotadas, gastadas en el tráfico de los milenios, pero posiblemente ninguna con los atributos y proyecciones que la avanzada mentalidad del hombre moderno ha traído para gloria o desgracia de la familia universal.

Las palabras de Constancio Vigil, ilustre educador y publicista sudamericano, cuando en una cósmica plegaria saluda al Nuevo Mundo, diríase que fueron, aunque no las pronunciará exactamente Colón, estas que llegan mejor a nuestro idealismo actual: "¡Salve América, nuevo milagro de Dios para la redención del hombre! Sobre la esfera terráquea tus letras brillan como una constelación, tu nombre suena como una promesa de bienaventuranza. Extrañas fulguraciones se perciben en tus montañas. Misteriosos ecos se oyen en tus llanuras. Una mano invisible alisa la frente del hombre dolorido..." Y desde entonces, "todo hombre se inclina confiadamente sobre esta tierra cuyo vigor fecundo pasa a su corazón. Y todo hombre se hace bueno y dice con nosotros: "¡Paz y Amor!" ¡Siquiera en tus entrañas se nutra y crezca el germen de la paz! ¡Siquiera en tu corazón vibre el ensueño de la fraternidad!"

Y es que, para nosotros los americanos, el destino no puede ser, no debe ser, sino un destino constructor de paz y creador de armonía en estos y en todos los tiempos.

Sin embargo, esta ansiedad espiritual, este anhelo superior que ya ha conocido sus apóstoles y sus guías, corre el riesgo tremendo de acabar en enorme y al mismo tiempo irreparable desgracia. Y a no ser que prevalezca como ideal de todos los pueblos jóvenes de América

—jóvenes desde que los abonó la sangre de Europa para nueva civilización— el ideal de Martí en sus admoniciones címeras, hagamos la cuenta de que acaso fué en vano la gesta del siglo pasado haciendo nacer la libertad y la autodeterminación en todos los horizontes del Nuevo Mundo. Dijo el apóstol cubano: "Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea y con tal de que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan sieteleguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundo. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no san para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras".

Cuando los españoles —y conjuntamente con ellos los portugueses— dedicaron su empresa del descubrimiento de América a establecer colonias para de este modo darle fortalecimiento a la economía peninsular en quiebra por causa de las guerras que sostuvo España para su liberación y ante la competencia de otros pueblos que lo ganaban en el comercio con lo que había de mundo entonces conocido, Europa respiró por largo tiempo. No fueron excluidas las guerras en el continente "guerrero", pero la fiebre de los descubrimientos y de la colonización en América produjo dos fenómenos: de una parte Europa comenzó a sentir que le llegaba otra vida desde las tierras nuevas, recién salidas del misterio, y la inquietud aventurera fué ya corriente en el Viejo Mundo tanto es así que los ingleses se instalaron en el norte, como lo hicieron también los franceses entre tanto otras razas también siguieron en el uso y abuso de sus poderes conquistadores. Y a la diferencia de que los Estados Unidos de Norteamérica hayan tenido otra fórmula en su organización como comunidad moderna, distinta a la de otros pueblos de este Continente, me atrevo a pensar que antes ha servido para contrapeso y avance de la civilización americana, como puede ocurrir que más tarde sea la América Latina la que comande la era que le toque empujada por la formidable ola de su gleba, anuncio de otra superada cultura si es que no se desvía la suerte del hombre de América y la destruye el ciclón comunista que trae su soplo devastador desde los extremos de Europa confinante con Asia y el Asia misma está esperando su turno para dominar a todo lo largo y lo ancho del planeta.

Desgraciadamente, la política ibera no fué en su tiempo un recurso constructivo y forjador de superioridad espiritual y material. La gran responsabilidad de España —atenuada por sus historiadores— la encontramos en no haber amalgamado la raza suya con la nuestra en una medida que hubiera sido colosal corriente creadora de potencialidad invencible. Los gobernadores virreinales se dedicaron a la explotación de las colonias y como los terrígenas les estorbaban y además les creaban el conflicto de la recuperación de la propiedad común, la hecatombe fué tremenda. Hecatombe cabría decir en el sentido, no tanto de la matanza de indios, que ya murieron a millares en los levantamientos, sino de su bárbara explotación secular, de donde los naturales salieron tan mermados y tan desespiritualizados, que hubiera sido tarea muy difícil reconocer a un ciudadano de las épocas prehispánicas en estos siervos defendidos por Ordenanzas de letra muerta y en cambio esquilimados en razón de las necesidades del Rey y su fámélica corte a través de tres siglos largos...

Peleaban los reinos europeos; en plena era colonial, y los vidrios rotos de estas peleas y guerras que llegaron a durar décadas enteras, los pagó América. Corsarios, bandidos del mar, salteadores de tierra, toda la fauna piratesca viviente, convirtieron el mundo en una pugna de intereses que probaron solo una cosa: que había que esclavizar a media humanidad para que pudieran vivir las cortes europeas y con ellas el oscurantismo, la Inquisición, la diferencia de clases que debían servir al orden entonces imperante. Pero esto no podía durar indefinidamente y los mismos europeos que vivían de América alentaron unos con su política esclavista y otros con su obra de zapa para ganarse los nuevos mercados, la gran revolución que empezó en América del Norte y prendió en los conglomerados del Centro y del Sur hasta la total consumación de la independencia continental. Independencia que no ha quedado del todo realizada puesto que —y aunque solo venga al caso sólo como cita oportuna— hay todavía tierras americanas bajo banderas europeas, o sea que el colonialismo europeo se mantiene en América a la vista de las Naciones Unidas cuyo ideario consagra, sobre la base de su doctrina inspirada en la Carta de San Francisco, que hemos superado todas las viejas concepciones a este respecto.

Los levantamientos indígenas que durante la colonia tuvieron lugar, en América, fueron sin duda la voz de alarma de que algo nuevo estaba naciendo en la conciencia de los colonos. El asunto comenzó por el norte y es evidente que la inspiración se encontró en los acon-

tecimientos de Francia, donde el hervor de la Revolución puso en cuidado a todos los que al influjo de la Enciclopedia comenzaron a conspirar decidida aunque clandestinamente en muchos casos, a favor de un orden distinto al que reinaba.

Y así fué como nacieron las Sociedades Patrióticas, esas instituciones que liquidan su actividad cuando se disparan los últimos tiros y se dan los últimos cintarazos al enemigo de la libertad en Junín y Ayacucho. Quizás si los representantes de la Magestad del Rey en las tierras sujetas a ella en América, se confiaron demasiado y hasta lanzaron iniciativas para hacer variar la tradición, creyendo con ello halagar y seguir sometiendo a los colonos; pero lo cierto es que estos opusieron sin haberlo proclamado en el estilo que se hace hoy, la americanidad al hispanismo, a la dirigencia peninsular insaciable y decadente. Se conocen, como más serias, las rebeliones que entre indios y mestizos del alto Perú acaudillaron sujetos que miraban lejos en el porvenir de América del Sur. La sublevación que organizó el marqués de Oropesa, más conocido por Tupac-Amaru, fué de las más sangrientas, pero quedó ahogada en sangre y el tormento dió cuenta de las ansias libertadoras que prematuramente dejaron escapar la ocasión ansiosamente buscada por los que trabajaban ya a favor de la autonomía americana.

Pero ni los comuneros del Paraguay, como los indios que seguían a Condorcanqui, ni otros alzamientos pudieron llevar adelante con éxito los planes de los caudillos, y hubo que organizar un frente secreto que es el que mantuvo no sólo la moral de los conjurados para la revolución efectiva, sino que proporcionó los recursos para fomentar la lucha con el tesón y la perseverancia que tuvieron sus mejores manifestaciones a partir de la primera década del 1800. Y esta es una oportunidad que no podemos perder de vista para recordar que hubo a fines del siglo XVIII gestiones ante Inglaterra para obtener provecho para América de la revolución de Tupac-Amaru, como debió sin duda haberlas al producirse los otros movimientos, incluso el de Galán en Nueva Granada, acabado de modo igualmente trágico al del infortunado predecesor de los soldados de la independencia, que pereció en el suplicio en el Perú rodado de una ejemplarizadora crueldad que hace más grande aún la figura del noble decendiente de los incas peruanos.

Pero el despotismo español tuvo término. Aquella sentencia de gobierno, "los vasallos nacieron para callar y obedecer, y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos de gobierno", según la csada proclama de un Virrey de México, dolíales a los americanos como si un sello de hierro caldeado les horadase la carne y el espíritu, y entonces fué cuando los conspiradores sin miedo a las represalias pusieron todo su contingente al servicio de las patrias que iban a nacer como acababa de hacerlo la de Washington y Jefferson.

Volveré a citar a Miranda, como lo hice en otro libro, para decir que este fué de la noble y heroica madera de los Precursores y un verdadero campeón de las libertades humanas en el mundo de entonces, pero al que no se ha honrado ni seguido en sus ideales como merecía que se le siguiera. Sería el mismo Miranda el que apadrinaba las rebelías indígenas allá en la corte de San James, porque aquel hombre genial nunca se quedó durmiendo en el trabajo de zapador que se impuso para derrocar la tiranía y abatir la esclavitud en las tierras generosas de este Continente. Que el premio a su generosa obra fuese, después de larga y azarosa vida de inquietudes idealistas, la prisión de por vida, no hace sino resaltar y ennoblecere más aún aquella existencia consagrada a un propósito superior, el más alto propósito del hombre consciente: la libre expresión de la dignidad humana.

Más los quiñotes redivivos en América lindaron con lo extraordinario, con lo increíble en la ejecución de la hazaña liberadora con que se canceló tratando de que fuera para siempre una larga era esclavista, y ya fuese que los próceres se embarcasen en aventureros planes clandestinos —los de las Logias no pudieron ser más útiles a la causa gloriosa de la Independencia— o que actuaran en planes concretos y explícitos a la luz del día, lo cierto fué que una era brillante floreció con los Bolívar, los San Martín, los O'Higgins, los Moreno los Montegudo, los Valle, los grandes forjadores que encontraron en el grisáceo ambiente londinense el campo propicio a la formación de una conjurada siembra de ideas y de nobles empresas de la que se esparcieron por América las ramas fecundas que habían de darle sombra al árbol grandioso de la Emancipación continental.

Todos los prejuicios, todas las lacras y vicios dejados por la colonia habían de ser barridos por la ola revolucionaria que causó la sorpresa y luego la consternación de la Europa caduca ya aunque a simple vista en sus fastuosos palacios se mantuviera el absurdo criterio de que la hora del encuentro con el destino, de la nueva humanidad, se había detenido porque reinaban los Carlos y los Luises. Tremendo error que había de costar cabezas y troncos.

América empezó a gravitar en la conciencia universal con las señales de una mentalidad que sobrepasaba las esperanzas de la época. Podrían estar en el Viejo Mundo los filósofos y los pensadores de más meollo, podrían hacerse pedazos los poderes regios aunque esos poderes los detentase el genio guerrero de un Napoleón, y hasta podrían darse iconoclastas al estilo de un Mirabeau mandando decir al Rey que la voz del pueblo ya no habría quien la hiciese callar porque era llegada la hora de la voluntad popular; pero en Europa no cabía el privilegio de ver levantarse bajo cielos espléndidos la diáfana aurora de la Libertad alumbrando el espíritu de los hombres nuevos. Y este privilegio que desconocía castas y derechos sobrenaturales, se llamó la Revolución de los americanos que no vinieron a llamarse simplemente ciudadanos porque lo mandase un decreto del rey o de sus lugartenientes, sino porque en las tierras de América la igualdad venía a tener un significado superior en la interpretación de la democracia que aquí fundaron los creadores de patrias soberanas y libres. ¡Sublime suelo este del Nuevo Mundo donde el mérito de los hombres comenzó a reconocerse no por sus pergaminos ni por sus servicios al monarca, sino por lo que cada uno hiciera para el bienestar común, por su propio esfuerzo para afirmar la ciudadanía y por el mismo nivel de todos los hombres ante la ley!

No hay por qué desestimar tampoco la importancia de las colonias en la época en que la posición emancipadora levantó su vivac para servir a la causa de los patriotas americanos. Según se lee en un resumen interesante de la realidad en el continente, al comenzar el siglo pasado la división de las provincias españolas en América era esta: *Virreinato de México*, formado por doce intendencias y tres provincias, un arzobispado y ocho obispados 1,073 parroquias y 254 conventos; con una población de más de siete millones y medio de almas y que se extendía desde el grado 16º de la latitud hasta los 42º y desde los ríos Rojo y Carcusson en Tejas hasta la faja oceánica de las Californias. *Capitanía General de Guatemala*, dividida en trece intendencias con una población aproximada de un millón y cien mil habitantes comprendiendo el territorio de las actuales repúblicas centroamericanas; un arzobispado y tres obispados. *Virreinato de Nueva Granada*, dividida en ocho intendencias extendiéndose desde los límites de Guatemala hasta el Perú y confinando al noreste con Venezuela. Dentro de esta extensión vivían al rededor de tres millones de almas; un arzobispado y siete obispados. *Capitanía General de Venezuela*, con nueve intendencias, un arzobispado y dos obispados. Población, ochocientos mil habitantes. *Virreinato del Perú*, dividido en ocho intendencias; un arzobispado y cinco obispados. Población aproximada, un millón y medio de habitantes. *Capitanía General de Chile*, dos intendencias y dos obispados. Población de más o menos 600,000 habitantes. *Virreinato del Río de la Plata*, dividido en ocho intendencias, cuatro gobiernos, un arzobispado y seis obispados Población cerca de un millón de habitantes. *Capitanía General de Cuba*, céntr del gobierno de las Antillas, base estratégica la más importante del dominio español en nuestra América, 180,000 habitantes. (*Nuestra América y la Evolución de Cuba, Vega Cobielas*).

Hemos citado estos detalles estadísticos para que se vea que cuando se habla de las colonias españolas de América, sin contar el gran conglomerado de Norteamérica, no es para citar minúsculas factorías ni colectividades inimportantes, donde operaban tantas intendencias y tantas autoridades religiosas con categoría de poder incontrolable, sino para demostrar que la epopeya de la Libertad surgió en medio de pueblos que ya estaban formados y donde la organización administrativa no era algo que pudiera desestimarse en el conjunto de los obstáculos que se tuvo que vencer, que hubo que quebrantar a sangre y fuego en aras de la democracia y de los derechos humanos.

Y todo ese esfuerzo que fué el fruto de una larga y madurada empresa con apostolado heroico, regado con la sangre de los americanos, es el que después de largos decenios se ve en el camino del derrumbe si a evitarlo no vienen, con la misma decisión y espíritu de sacrificio que emplearon los libertadores, los hombres de este tiempo, los que han recibido sobre sus hombros la responsabilidad de cautelar la herencia material e ideológica en que se basa desde luego la soberanía y la integridad de las naciones del Nuevo Mundo.

Han de argüir que después de las consecuencias que acarreó la II Guerra Mundial el papel de América frente a Europa implicada en la crisis más grave que haya conocido en su historia, para tomar las determinaciones y providencias que exige esta hora mundial, allí están las Naciones Unidas y, respaldándolas, los Estados Unidos de Norteamérica, poderes que bastarán a dominar las situaciones que se presenten con la clarividencia y el espíritu previsor exigidos por los acontecimientos. Pero el objeto de este capítulo y la mente que nos lo inspira no son los de dar por definida la acción continental por el solo hecho de que una gran potencia, la mayor potencia mundial hoy, ni un cuerpo deliberante con organización pacificadora

y autónoma, auspicien las decisiones contra el enemigo número uno de la humanidad libre. Nada más lejos de nuestro espíritu. Lo que venimos a exponer aquí como razonamiento obligado y digno de urgentes determinaciones, es que la calidad de la lucha anticomunista y anti-totalitaria nos coloca a todos en el deber de construir las bases de la nueva cruzada que tiene por finalidad mantener invicto nuestro ideario democrático, intangibles nuestras instituciones republicanas, libre y autónoma la tierra generosa de América. Y con sostener este propósito hecho conciencia americana llevar a la Europa en crisis la ayuda que necesita para rehacerse de sus terribles contrastes, de sus dolorosas experiencias, creando de nuevo esa reciprocidad que antaño sirvió para que absorbiéramos, y no en vano, su depurada cultura cristiana y los bienes de sus instituciones, llenas de calor humano y cívico cuando la decadencia aún no llegó a sus proyecciones de tragedia.

Infortunadamente, todavía se dejan notar las diferencias que señalan los rasgos profundos de dos razas distintas en el vasto escenario americano: pese a cuanto sirve ahora al acercamiento y a la solidaridad de los países de América la gran colectividad anglosajona que se ha ambientado con firmeza admirable en el norte del Continente, se distingue por su practicismo, por su dominio de lo objetivo, por su concepto de la democracia ejecutiva, que nosotros, los hombres del sur, miramos oponiéndole algunas cualidades, como las de un idealismo que se pierde en la inútil maraña de la teoría y del cómodo *no hacer nada* que parecería obedecer al tropical sentido de la ley del menor esfuerzo.

Y en esta particularísima situación en que tenemos que elegir un camino, decisivamente, la realidad azota con sus tremendos problemas planteando de nuevo el ser o no ser hamletiano, a que ya hemos aludido como dilema en el decurso de nuestra campaña americanista. Nadie va a negar que por unas u otras circunstancias, pero sobre todo porque se ha hecho un clima al desencanto en Latinoamérica, también tenemos el comunismo como factor interviniente en nuestra vida política, y esa intromisión de un proselitismo de origen bolchevique, no es sino la resultante de nuestras tremendas equivocaciones en el uso de la democracia y en la interpretación de la doctrina en el gobierno de los pueblos. Y al hablar de uso señalaremos que sería mejor hacer referencia al término *abuso* que plantea, de hecho, la psicología vigente en nuestros países con toda la secuela de males que agobian a las comunidades engarfiadas por vicios que se han hecho no sólo de práctica corriente y aceptada, sino que han comenzado a destruir las bases espirituales y morales de la vida continental.

Hemos oído decir que la circunstancia de que el norte de América sea la expresión del dinamismo y de la acción, mientras el centro y el sur significan lo contrario, o sea que en nuestros países se le da a la divagación una importancia mayor que a lo ejecutivo en que está el secreto de esta era de inquietud mecanicista, más bien debe sernos plausible a todos porque así se manifiesta el equilibrio de la familia continental, teniendo unos para darles a otros lo que les hace falta en su marcha al porvenir. Pero esto no nos convence ya, porque inmensos peligros nos rodean, el mundo se conmueve con la precipitación de acontecimientos dimensionales y aquellos fabulosos tiempos en que se podía dormir la gran siesta internacional a la sombra de las Arcadias bíblicas, han finiquitado al parecer definitivamente. Los pueblos despiertos, las razas despiertas están martillando sobre el yunque del futuro ya. Y mientras para la acción constructiva resultamos sobre todo lentos, lo paradójico está en que los hombres de América Latina se entusiasman con gran facilidad ante la palabrería de los demagogos que son los transmisores del virus que con el sello de ideas renovatrices absorben aires de Moscú como ayer, agentes de Hitler o de Mussolini, eran los que empujaban desde atrás favoreciendo el ambiente del totalitarismo que, por desgracia, no cayó completamente derrotado en la segunda Guerra Mundial. Pues ese fué el lado débil de la victoria de 1945: quedó vivo el comunismo por cuanto Rusia actuó al lado de las potencias aliadas. Y aunque los grandes estadistas democráticos occidentales estuvieron conformes en que después habría que presentar batalla al oso ruso, porque sus ambiciones ya eran harto conocidas, la realidad con su carga de paradojas nos vuelve a colocar en la enrucijada de otra guerra aún más terrible que la que dejamos fenecida hace casi un decenio. La cita con el enemigo común, pues, ha comenzado y siempre en el terreno de las disyuntivas fatales: ser o no ser. Vale decir, ser para la libertad, para la realización de la vida humana en los planos superiores de la dignificación de la especie, o no ser bajo la ruda y ominosa bota de los modernos mujics, rusos en planes de dominación universal.

Como ha quedado expuesto con objetivos ejemplos en nuestra cruzada democrática y anti-totalitaria, lo peor que ha podido acontecer en América —y conviene cargar la mano sobre la que habla en español— es que intencional o inconscientemente hemos invertido los papeles en la vida pública y al adoptar la metodología de los totalitarios en nuestro *modus vivendi*,

con esta involucración increíble si no la testimoniaran los hechos y sus consecuencias nos hallamos confrontados a tal peligroso confucionismo que para salir de él, obra será como de nuevos romanos heroicamente resueltos a salvar la doctrina y el sistema si queremos que sobreviva la Democracia y con ella todo lo que alienta en la estructuración de un mundo realmente mejor del, que hemos conocido.

Hoy mismo, con ocasión de la visita hecha por el dictador argentino a Chile, de que hemos de tratar con la extensión debida, se ha escrito muy oportunamente: "La geopolítica fué la inspiradora de Hitler. En los momentos del apogeo del nazismo ya se exhibían en colegios y universidades alemanas, los mapas fabricados de acuerdo con los principios de la nueva ciencia en los cuales, la frontera germana en territorio francés, llegaba hacia el sur después de la absorción de Austria, hasta el Adriático, al que desembocaba por Trieste y bordeaba el Danubio haciendo flamear la Swástica sobre Checoeslovaquia y, en el Este, incluía dentro de su territorio a parte de Polonia y los países bálticos. Eso sólo para comenzar porque, como el apetito viene comiendo, ya vería después lo que debería de engullirse. Entonces el Duce, por no ser menos, sacó también a la luz la geopolítica que reclamaba a Niza, Saboya, Córcega, Albania, Túnez, Abisinia y, aunque apenas esbozados, sus sueños sobre el país de las Pirámides. Pero en esta tierra suramericana, la geopolítica ha tenido también sus adeptos fervientes. El senador brasileño Nogueira en un discurso recientemente pronunciado en Río de Janeiro, se refirió a un documento secreto del ejército argentino, fechado en 1939, y que es el que usa como guía el presidente Perón".

Lo que ha dicho el senador Nogueira, afirmándolo con énfasis, es que de acuerdo con tal documento el primer paso para alcanzar la finalidad buscada es la formación de alianzas. Al respecto señaló que el documento dice entre otras cosas: "Ya tenemos al Paraguay y tendremos a Bolivia y Chile... Con Argentina, Paraguay, Bolivia y Chile, será fácil forzar al Uruguay. Después, a las cinco naciones unidas le será tarea sencilla atraer al Brasil debido a su forma de gobierno. Una vez que haya caído Brasil el continente suramericano será nuestro". A esta revelación agregé el alto militar brasileño que el peronismo ha copiado la política nazi-fascista, sobre todo la geopolítica y declara: "Conviene que todos los brasileños sepan que el peronismo se presenta en estos momentos bajo un nuevo aspecto político, es decir, con un aspecto de conquista".

Hemos llegado en nuestras disquisiciones sobre los graves peligros que estos síntomas señalan en nuestro Continente, al punto en que hay que decir las cosas con la claridad y la oportunidad que necesitan. Y vamos a decirlas.

Hasta hace dos o tres años, la metodología totalitaria en el cambio de los papeles no había osado llegar hasta donde acaba de hacerlo. Se empleaban —y se emplean, claro está— los usos nazifascistas y los utiliza el comunismo con gran destreza en su favor. Pero le faltaba este otro resorte, este otro mecanismo que viene a crear en América un peligro tremendo al que parece que no le han tomado el peso nuestras colectividades ocupadas en lo superficial de los problemas cuando la cuestión de fondo es una verdadera encrucijada que puede llevarnos al abismo a todos.

La forma de distraer a los pueblos y a los gobiernos, partiendo la maniobra desde la Casa Rosada, en Buenos Aires, nos pone frente a una modalidad que parece inofensiva a simple vista. De repente el Ecuador se acuerda de que conviene a los intereses medioc continentales realizar una conferencia por allá, por la zona de los volcanes y los lagos, y su Ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno del doctor Velasco Ibarra—larga estancia en Buenos Aires con aditamentos que le señalan como properonista de marca—vuela a Centro América para alinear junto a sí a las pequeñas repúblicas donde las cosas no andan muy diáfanas y el comunismo (ejemplo de Guatemala) hace de las suyas, viniendo entonces a resultar que se trata, en el fondo del asunto, de una especie de entente cuyo meollo se lo saben bien el mandatario ecuatoriano, su Canciller y los interesados de más allá del Istmo. Interesados, por cierto, no en la armonía ni en la tranquila convivencia continental sino en el ingrato juego de dividir para reinar de la fórmula europea setecentista.

Arribamos al lugar propicio de las coincidencias. El Presidente Perón, de cuyas andanzas antidemocráticas tenemos tantos y tan tristes recuerdos, y de quien se puede decir que si se sostiene en el poder en su patria, es porque hemos llegado a un recodo de la vida americana y mundial que favorece con su clima semejantes aberraciones, se acuerda de que se presenta el momento de utilizar sus afinidades políticas con el general Ibáñez, también llevado al poder en circunstancias muy paradójicas, y de que la geopolítica debe entrar a la maniobra torcedora de la solidaridad integral de América. Y es así como la visita del gobernante de la nación argentina parte para Santiago proclamando una alianza que suscita la alarma en Suramérica, pero que es objeto de cierto recato por parte de Ibáñez, amañado desde luego en es-

tos juegos, aunque eso sí receloso de volver a editar episodios de aquellos que en otra ocasión sirvieron para lanzarlo lejos del poder y al exilio.

La prensa peronista y amiga declaró sin ambages, en febrero, que la visita a Chile del mandatario argentino llevaba por finalidad inmediata crear mayores vínculos de cooperación económica, y como propósito complementario ulterior hacer todos los esfuerzos posibles a fin de formar un fuerte bloque de naciones en América del Sur. ¿Para qué? ¿Contra qué? "La Nación", de Santiago, se encargó de levantar densa polvareda, sin embargo de ser diario oficioso u oficial, porque publicó como declaraciones de Perón estas que es oportuno reproducir para que quede constancia histórica del momento que estamos viviendo en América del Sur: "El pueblo argentino abrirá sus brazos a los chilenos para lograr unidad completa. Yo sé que el pueblo argentino quiere de verdad alcanzar este fin. Si es necesario que el pueblo argentino salga a las calles a pedir la unidad con Chile, lo hará para vencer los intereses creados que puedan oponerse... Tengo confianza en el general Ibáñez. Tengo plena fe en él. Juntos podemos hacer la unidad de estas dos naciones. Si Chile y la Argentina logran la unidad, como espero, se constituirán en el núcleo central de la unidad latinoamericana. Luego vendrá la unidad con otros países..." Estas declaraciones fueron desmentidas la víspera, pero ya habían sido lanzadas. Y de ello apareció claro algo: Primero, que lo que Perón buscaba o busca a todo trance es alianzas y que empezaba por trabajar la de Chile. Que al citar a Ibáñez como digno de su confianza, entre líneas se podía pensar que el viejo militar de nuevo en el gobierno venía a ser así como una especie de *gauleiter* nazi: hacerle a Perón el juego contra Estados Unidos que, en la yanquifobia del presidente argentino, no le deja dormir tranquilo y es su sombra constante y permanente.

Naturalmente, la prensa chilena desde la moderada hasta la que se exalta y ataca, dijeron algunas verdades al señor Perón en suelo chileno, como dando a entender que no debía abusar de la hospitalidad ni de la simpatía del país por el pueblo hermano. Aun tuvo la avilantez el general Perón de decirles a los periodistas chilenos ("El Imparcial"): "Lo importante es que los pueblos quieran. Y no olvide usted que esta es la hora de los pueblos... y que los pueblos de Chile y la Argentina quieren eso... ¡y mucho más!"

Hasta ahora no se sabe si el general Ibáñez, después de su entrevista —o sus entrevistas— con su huésped sigue pensando que estuvo acertado o no al plantear la conveniencia de la unión o alianza argentino chilena; pero una cosa puede ser cierta: los dos primeros magistrados han debido convenir planes para una ocasión que podrá estar cercana a fin de aprovecharla en todos sus extremos. No es que vayamos a pensar que estos hombres de gobierno, con las dotes personales que puedan tener, intenten una acción como la que realizaron en su tiempo San Martín y O'Higgins pues, examinadas las circunstancias y conocidos los personajes, por mucho que esta sea según Perón "la hora de los pueblos", no van a poder contar con ellos al momento en que sus desviaciones y sus tendencias políticas los lleven a definirse acaso violenta y dramáticamente.

Pero mientras estudiamos un poco más a fondo este nuevo romance político-económico que ha reunido a los primeros magistrados de la Argentina y Chile, analizando de paso lo que para América vendría a significar el que a la ya un poco trabajada y anhelada solidaridad continental reemplacen las alianzas regionales, veamos cómo en otro lado de Sudamérica otros dos gobernantes, el de Colombia y el de Venezuela, se han visto en la necesidad de entrevistarse también para mirar a sus intereses tratando de notificar, sin decirlo, que ellos están mirando de cerca las maniobras geopolíticas que surgen en estos momentos supremos del Continente y del mundo y que por su parte tienen también sus planes destinados a formar otro bloque regional con propósitos que no se ocultan a los que conocen qué es lo que quieren y buscan aquellos estadistas que, de tan inquietos y entusiastas, parecen haber olvidado en sus planes que si quieren imitar en América a Hitler y Mussolini no deben echar en olvido las lecciones de la experiencia y de la historia y acerca de lo cual alguien dice, con exactitud: "Nadie ignora cómo les fué a Italia, Alemania y el Japón en su ensayo de geopolítica y como están pagando ahora su desenfundada ambición..."

Un comentarista muy leído en los Estados Unidos, Drew Pearson escribió con fecha 27 de marzo (1953), que el motivo inmediato y esencial de la conferencia de los presidentes de Colombia y Venezuela fué el que se dieron cuenta de lo que vendría a significar para el equilibrio sudamericano el eje chileno-argentino, máxime si a él se uniesen Bolivia y acaso el Perú. Entonces fué que acordaron "conversar" sobre el puente internacional que divide en la frontera a las dos naciones... Dejemos la palabra a Pearson:

—"Los presidentes Roberto Urdaneta y Marcos Pérez Jiménez, de Colombia y Venezuela, respectivamente, son, de hecho dictadores. El primero es jefe de una dictadura del Partido Conservador que tomó el poder hace cuatro años y lo ha detenido desde entonces, mientras el

país vive en estado de sitio. Pérez Jiménez se convirtió en amo absoluto de Venezuela en diciembre próximo pasado mediante el sencillo procedimiento de anular los resultados de unas elecciones que le fueron desfavorables. Ambos personajes están interesados primordialmente en fortalecer y perpetuar sus regímenes. Como todos los gobernantes autoritarios y sagaces, saben que como mejor pueden lograr esto es concentrando su atención en otorgarles beneficios materiales a los pueblos que gobiernan. Ninguno de ellos puede lograrlo sólo, a la larga, si tienen que competir económicamente con un sólido bloque de naciones que funcionan más o menos como una unidad en lo relativo a la industria y al comercio". Y agrega: "Colombia y Venezuela tienen una larga tradición de intereses comunes y de colaboración esporádica. Junto con el Ecuador y lo que actualmente es Panamá (anteriormente parte de Colombia), constituyeron la federación de la Gran Colombia, celebrada en 1848. Hasta ahora el único resultado tangible de aquella reunión ha sido el establecimiento de una flota mercante común que pertenece a Colombia, Venezuela y Ecuador". Y como según el comentarista ahora los líderes de los dos primeros países citados ven la necesidad de aumentar su cooperación, sin embargo se dan cuenta de que, aun con la participación total del Ecuador y Panamá, el grupo septentrional sería muy inferior al meridional, sobre todo si el Perú y Bolivia se inclinan del lado de Argentina y Chile.

Claro que estas divagaciones del cotizado comentarista norteamericano parten de una tesis un poco aventurada, pues como nosotros aquí podemos muy bien observarlo, en el caso de que el Perú quisiera inclinarse por el ingreso a alguno de los bloques en formación, no sería con Argentina y Chile pero tampoco con Colombia por razones obvias. Porque lo que aquí siempre se ha declarado y proclamado es que el Perú quiere ceñirse a la doctrina de la solidaridad continental, de compactación y de unidad auténtica y objetiva; pero, claro está, tanto van las cosas por un camino y tanto se excede la nota de las alianzas y los bloques que todo puede suceder. Más hacedero y factible sería, de nuestra parte, un eje peruano-brasileño, pero no vamos a pontificar de adivinos de lo que pueda suceder en América de aquí a cinco o más años. Lo único que podemos decir es que podrán firmarse pactos mutuos de cooperación económica y cultural entre el Perú y el Brasil incluyendo iniciativas de orden doctrinario en la defensa de la democracia; pero Pearson va un poco lejos en sus comentarios y aun dice que cuando los gobernantes de la Argentina y Chile hicieron saber que habían incluido un pacto, al propio tiempo invitaron al Perú y Bolivia a incorporarse al mismo, lo que habría hecho subir los bonos peruanos en el equilibrio sudamericano puesto que los deseos de Venezuela eran decidirse a aceptar al Perú como miembro de la flota gran colombiana en una búsqueda de mayor cooperación posterior. "Por su parte —dice el mismo Pearson— el pequeño Ecuador se quedaría a la luna de Valencia y potencialmente a merced de su vecino meridional, que le es hostil desde hace tiempo, tanto en lo territorial como en lo económico".

Se ve bien que el columnista que colabora en cincuenta periódicos de la Unión trata estos asuntos un poco fuera de nuestra realidad y, aún más, nos adjudica una posición de modernos conquistadores. Pero no deja de sugerir algo en sus razonamientos: "De hecho la importancia principal entre las repúblicas mayores de Sudamérica es qué habra de sucederles a las naciones más pequeñas que no se incluyan en las mismas".

Desde el punto de vista totalitario, ateniéndonos a que fuera acertado lo que opina Pearson, lo que les esperaríamos no sería diferente de los que les ha pasado a muchos pequeños estados europeos, a consecuencia de ambiciones de los dictadores fenecidos y ahora mismo a causa de la implacable mano dura de Rusia en los países que doblega con su táctica ya conocida. Pero en América no podrán prosperar las alianzas y los ejes que al estilo de los que se están buscando por Perón, Ibáñez y otros gobernantes apartados de sus grandes deberes y responsabilidades, lo único que comportarían es la destrucción de la *unidad americana*, que es lo fundamental en el equilibrio del Continente y lo que puede servirle a la humanidad como derrotero para la salvación de los destinos de esta civilización enfrentada a tantos ensayos y experiencias sociales y políticas, pero con una sola alternativa ante el futuro: la libertad bajo las banderas de la democracia, o la esclavitud a la sombra del totalitarismo destructor de la personalidad humana.

Es algo muy curioso que se trate de comparar la jira hecha por el dictador argentino a Chile, con la entrevista que en los días iniciales de la independencia realizaron los próceres San Martín y O'Higgins. Dice un vocero peronista: "Pocos días después de un 12 de febrero, hace 136 años, San Martín y O'Higgins, conductores geniales de Chile y Argentina en el terreno de las armas, celebraban también en la ciudad de Santiago, entrelazando sus banderas, la victoria de Chacabuco, en que se cubrieron de gloria sus ejércitos. Eran los días duros de la emancipación política. Hoy, en la perspectiva de casi un siglo y medio, se repite el episodio con dos jefes militares que son a la vez conductores políticos de ambos pueblos y que han llegado a su alta dignidad por la vía de una solidaridad popular sin discusiones. Porque Chile y Argentina re-

presentan hoy en América el triunfo de los pueblos sobre las camarillas dirigentes, la imposición de la justicia social sobre el privilegio de casta, la independencia económica superando al colonialismo".

Interrumpiremos la seguidilla de alusiones demagógicas del órgano peronista poniendo las cosas en el sitio que les corresponde. Ni el general Perón se encuentra en las circunstancias en que se realizó la entrevista de San Martín con el gran O'Higgins, magnífico realizador de convivencia entre los pueblos, ni este paso de los Andes se ha parecido en nada a la gloriosa hazaña del libertador argentino por ella comparado con Scipión el Africano, a quien superó desde luego. La jornada peronista que se ha unido a los entusiasmos folklóricos de los huasos en Chile, inútilmente ha querido presentar esta entrevista presidencial como de una fecundidad maravillosa para el destino de América del Sur cuando, en buena cuenta, lo que trajo es la exacerbación de las suspicacias, el recelo de los países vecinos, la tergiversación del ideal de la solidaridad hemisférica y, por último, la negación de aquellos principios tutelares que consisten en hacer de América íbera un solo hogar destinado a abrir una nueva etapa a la vida superior del hombre civilizado.

Y aquello de que "Perón e Ibañez son el símbolo de dos pueblos que han decidido tomar el futuro en sus manos y realizarlo, hartos de la política discursiva", esto es falso porque precisamente pocas veces como en la jira del presidente argentino el mes de febrero a Chile, se ha derrochado el verbo en ofertas que muy bien saben los dos gobernantes que no podrán cumplirse. Tampoco son exactamente el símbolo de dos pueblos, sean mandatarios, porque una cosa es lo que ellos y sus áulicos están pensando y otra la realidad que bate en sus respectivas patrias. Serán los símbolos de un momento psicológico de esos pueblos, lo que ya cambia de aspecto; pero aquí también convendría tratar el asunto con ciertas reservas porque con la política de los ejes en América Latina esa relación activa y dinámica que tanto entusiasma a los zahumadores del peronismo no se verá nunca funcionando. Divida usted a las gentes y verá lo que de allí sale. Divida usted a los pueblos y espere las consecuencias. Reflexionando más hondo, hasta se piensa en lo que habría acontecido en nuestra América si los próceres hubiesen pensado en planear una política de irse cada uno con su pareja dejando que la empresa cumbre de la libertad continental la tomaran así, los godos, por su cuenta...

El juego que están haciendo estos salvadores de nuevo cuño, no en el nombre de los sagrados intereses de América compactada para la resistencia de los pueblos libres contra la ambición y la agresión totalitarias que el comunismo de Moscú representa, sino en interés de sus ambiciones y sus apetitos personales y de camarilla, no será exagerado calificarlo de atentatorio a la soberanía, la integridad espiritual y la defensa de América.

Curioso asimismo es que los hombres de las fuerzas laboristas argentinas se encuentren tan obsesados por los giros de su régimen justicialista, que todo en ellas sea calor de diatriba y cóguera ante las realidades que azotan al mundo actual. En una comunicación *sui generis* del directorio de la Unión Obreros de la Industria Maderera, fechada en enero, en Bahía Blanca, nos decían: "... Perón, sin ser un dios, porque esto parecería a usted una realidad demasiado evangélica— es el genio del siglo XX, que no pudo ser superado ni por la estrategia de un Napoleón, ni por la rutina de un Roosevelt— aunque crea el señor Larco Herrera que únicamente en los Estados Unidos de América existe la "libertad" y el derecho humano"... Cuando los hombres se vuelven sectarios políticos— el peor de los sectarismos— es inútil tratar de llevarlos por otro camino que el que han escogido. El pensamiento de estos hombres de las fábricas se concreta a recalcar que su líder ha fundado un justicialismo el cual "no es coercitivo sino amplio y liberal, en el sentido de dar a quien trabaja, a quien produce, lo que le corresponde para un bienestar, alejado del otro, del liberalismo" tipo del siglo XIX donde la voracidad libre es peor que la cooperativa; ni es feudal como ciertas libertades donde unos pocos son dueños exclusivos de feudos, estancias o haciendas en detrimento de los más que sirven a los menos, aunque parezca que esos menos reparten a los más las utilidades".

Estos criollos conceptos saben sin embarco a comunismo importado de las estepas.

Será siempre tarea sumamente difícil y si se quiere vana, intentar discutir o cambiar ideas con elementos que se hallan bajo la consigna de llamar a lo negro blanco o a lo rojo azul; con elementos que al decirle usted que expliquen la base de sus razonamientos y de su defensa del justicialismo, le contestan: "Ya lo ha dicho nuestro Conductor, sean todos artífices del destino común pero ninguno instrumento de la ambición de nadie". Y no son otra cosa esos portavoces del proletariado justicialista, que los instrumentos que tañen a su gusto y siguiendo su táctica subversiva contra la unidad de América la dictadura argentina.

Por lo demás, no será importuno citar esta reflexión de un columnista sudamericano que dice: La "sustitución del pueblo por la "muchedumbre" constituye uno de los signos más inquietantes de estos tiempos en que la idea de valor parece hacer crisis, ante el imperio cada vez más

audaz del poder de la cantidad. La multitud amorfa y versátil cuando sustituye al ente social jerarquizado e históricamente responsable, que es el pueblo, lleva sobresaltos e incertidumbre al curso de los acontecimientos humanos. En estas circunstancias no se puede expresar ya, con seguridad, cuál es el pensamiento de una nación en un momento determinado ni trazar planes de gobierno, de largo aliento, porque los medios regulares de expresión de la voluntad popular ceden paso al grito improvisado de la multitud demogógicamente excitada. Las instituciones pierden estabilidad y el Derecho descubre que los mismos destinatarios de sus normas tutelares rinden culto al imperio de la fuerza." El nazismo y el facismo edificaron su poder sobre la base de la excitación de la muchedumbre..."

Mucho de esto es lo que está ocurriendo en la Argentina y allí quisieran que ocurra también en Chile y en otros países. Es la parte del papel que Perón se ha propuesto desempeñar, empujado por intereses identificables, para llevar el desbarajuste al Continente como que este nace del hecho mismo de que la fuerza se alza contra la razón y contra las normas de convivencia que fueron los próceres— San Martín entre ellos— los que establecieron con el filo de su gloriosa espada en nuestros países buscando que algún día se impusiera por sus proyecciones universales la grandiosa unidad continental. ¿Qué unidad puede haber en un clima de desplantes, arrogancias y retos tartarinescos como los que vienen soliviantando la opinión pública en América Latina, trabajo socorrido a que se han dedicado los justamente llamados "aprendices de Hitler y de Mussolini" y ahora secuaces e instrumentos del comunismo soviético cuya habilidad solamente se descubre cuando les llaman "sus descamisados" a todos los que, manejables en masa, se preocupan en esta época sólo del día en que viven y de la satisfacción de las necesidades materiales que más exigentes son en el hombre carente de un autodomínio espiritual? Dice bien quien afirma "América necesita ciudadanos para volver al camino de la libertad. Necesita hombres que sean respetuosos del Derecho, aún en los momentos más ingratos para sus intereses materiales propios. América necesita más pueblos y menos masas manejadas por los demagogos..."

Hay algo paradójico en las cosas de América que, en este capítulo, no queremos pasar sin una alusión necesaria al fin que persigue nuestra cruzada dentro del sistema de la cooperación, la solidaridad y la trayectoria democrática del Continente. Una de esas paradojas, por ejemplo, la podemos observar en las dos últimas Conferencias Interamericanas, la reunida en Lima, en 1938 y la que tuvo por escenario a Bogotá en 1948. La primera de las citadas que corresponde a la Octava Reunión, trajo derivaciones tan plausibles, tan útiles y oportunas a la convivencia y la seguridad de América, que no en vano se la consideró como una de las más eficaces y brillantes asambleas realizadas con fines al robustecimiento del ideal democrático y la defensa hemisférica, ya entonces bajo la amenaza de los poderes que desataron la guerra el siguiente año.

Sin embargo, la gran desilusión, la sorpresa increíble, vienen en la Novena Conferencia que se reúne en Bogotá, en 1948, y en la cual tras el asesinato del líder Gaitán, se produce lo que acaso podríamos llamar la "hora triste" del panamericanismo constructivo. Aquel 9 de abril, cuando se habían congregado en la capital colombiana los delegados de todas las naciones de América y los observadores europeo— occidentales para intervenir en la asamblea de Cancilleres con el fin de sellar la fraternización continental y el esfuerzo unido por y para la democracia, bajo la contemplación al mismo tiempo de los problemas acarreados por la postguerra, fué un día trágico para los colombianos y para los pueblos donde la democracia había puesto al tope sus banderas libres, y ese día en que se vió caer herido de muerte al líder del politicismo militante en fórmulas de controversia caudillesca, fué la iniciación del estado de sitio en la nación colombiana, otrora señalada con respeto en la coexistencia hemisférica como vivero de amplia y verdadera libertad y civilidad, de amplio y auténtico liberalismo. "Mucha gente del pueblo—dijo Forero Benavides enjuiciando aquella vergonzosa jornada—lloró desgarradoramente sobre el cadáver de Gaitán, con dolor íntimo y sincero que le salía del alma, de las entrañas de su ser sencillo, de su corazón destrozado con la noticia... Hubo otra gente que se fué al saqueo... Pero ¿puede colocarse en el mismo plano moral ese dolor de las entrañas doloridas con los actos de unas hordas criminales? El 9 de abril hubo actos heroicos y actos despreciables, lágrimas puras y atentados horrendos sangre inocente y sangre indiferente..."

Sea lo que fuere, desde esa infortunada hora Colombia entró en agonía cívica. Se desmoronó la oposición, cayeron los postulados en que se asentaba esa bien estructurada república, la prensa libre conoció la mordaza del censor implacable. Se abrieron desde entonces los capítulos sangrientos de una pugnacidad que ha barrido de la patria de Rafael Uribe y de Alfonso López los vestigios de la cordialidad y de la convivencia...

Pero han sido más graves, más deplorables y más saltantes las proyecciones sangrientas de semejante atentado público que hace decir al mismo Forero Benavides "podemos ser un

país de cafres, pero no es cierto que haya un pueblo de cafres. La infección provino de otra parte... Apenas la política se puso al rojo vivo y se incendiaron con las palabras los corazones, predicándose la violencia, comenzó una era cuyos desarreglos están muy lejos de haber sido liquidados". Y han sido más graves decimos en sus proyecciones porque me atrevo a pensar que después del 9 de abril de 1948 quedó herido, aunque no de muerte, el Interamericanismo. Una gran herida fué la que le infirieron los que en la sombra tramaron aquella inaudita tragedia, en la que estuvo la mano de comunistas y quintacolumnistas de otras procedencias... Esa mano, prendió la tea de Bogotá para desprestigiar a la Democracia, para poner un borrón sobre los esfuerzos de la unidad continental, para desprestigiar el ideal de América libre y unida, madura ya para dirigir sus destinos y hacer que la democracia fructificara con los beneficios que pueblos emancipados y soberanos necesitan en su marcha hacia el futuro y en espera inmediata de su turno para modelar un orden nuevo frente a la quiebra mundial que hemos presenciado.

No quiero ratificar con estos juicios que en Bogotá se puso los ingredientes a la conjuración maquiavélica de sembrar el caos para de ello obtener como cosecha la ruina de América. Pero es indudable que allí actuó una mano apenas oculta, una mano que sigue manejando los hilos de este confusionismo, de esta disgregación, de esta por así decirlo fuga de los más nobles anhelos, decretada en algún lugar del mundo con el ánimo de quitarle a la solidaridad americana el fervor que le habíamos insuflado y demostrar el resto del orbe que no es América la que va a salvar a la humanidad de nuevos desastres porque América todavía no ha logrado salvarse a sí misma...

Desgraciadamente, los demagogos, los antiamericanos, los enemigos de la paz y de la armonía, los traficantes con el destino de los pueblos, continúan manteniendo en su poder las armas alevosas del quintacolumnismo para usarlas contra los intereses de la cohesión continental. Y en esta turbia maniobra se ven favorecidos y ayudados por gentes que profesan ideas antidemocráticas y que, por sus ambiciones desorbitadas, irán lejos en la consumación de delitos que podríamos calificar como de lesa americanidad.

Podrá parecer osado que lo diga, pero a mi juicio los alcances de la empresa interamericana que considerábamos superados a través de las Conferencias realizadas cada cinco años, para afirmar el ideal de cooperación común, se han debilitado después de lo que pasó en la capital de Colombia y de otros acontecimientos lamentables. Y no sería extraño que la Décima Conferencia que debe realizarse muy en breve, en Caracas, nos presente una asamblea tibia, irresoluta, pobre de iniciativas y más pobre aún de ánimo, de espíritu para hacer cumplir las resoluciones que salgan de su seno. Podrá llegar a tener la Conferencia en ciernes completa realización, pero aunque resulte prematuro pensarlo, acaso ni el ambiente ni la calidad de las deliberaciones tengan algún parecido con las resueltas y bien fundamentadas actitudes que vimos en las Conferencias Panamericanas hasta la que tuvo lugar en Lima, el año 1938, confirmadora de la solidaridad continental.

Como lo importante ante todo es que América deba presentarse fuerte y unida, si es que su influencia espiritualmente constructiva ha de pesar en los nuevos destinos de Europa y del mundo, a nosotros nos parece que la situación actual se perfila con los caracteres de una alternativa que conviene examinar en todas sus proyecciones a un futuro inmediato. O la unidad del conglomerado continental adquiere la solidez que hemos preconizado con larga y porfiada prédica, o dejaremos de pensar más en que nuestro Hemisferio tiene que cumplir un mandato del destino en la organización de un mundo mejor. Sobre todo, y porque ello nos concierne más de cerca, la responsabilidad que afecta a los pueblos de Latinoamérica es indesviable.

Hay que tener mucho cuidado en conservar la tradición de las Conferencias Interamericanas ante el juego saboteador de su recta finalidad. El quintacolumnismo no ha perdido su táctica ni su consigna. Lo que ayer hicieron los agentes de Mussolini y de Hitler, se repetirá ahora con los de Moscú, instruidos para dañar la solidaridad de los americanos frente a su destino. Y lo que más puede perderse y anularse en esta conjuración que debiera tenernos muy aleccionados, es el espíritu de nuestra democracia al modo y en la fórmula que nos fué legado por los que pensaron en una humanidad libre y digna precisamente porque ese privilegio nació en América, maravillosa tierra de promisión para todos los hombres con ideales generosos.

* * *

Aún tenemos que decir algo más sobre estos ejes y alianzas que vienen a surgir —cosa curiosa— en los momentos en que el peligro se reencarna en una extensibilidad creciente del comunismo por los países de América, teniendo pivotes que los sostienen estratégicamente en ciertos ángulos como escogidos para amenazar la paz y la seguridad del Continente.

Las organizaciones políticas de la Argentina, se han hecho una bandera del justicialismo, arrastrando a la mujer al campo de la política para tornar aún más nebulosa la situación y confuso el ambiente; tienen una gran similitud con el movimiento chileno que las agrupaciones de mujeres formaron en torno a la candidatura del general Ibañez. Una nota inserta en un periódico de Santiago daba la noticia recientemente de que la senadora María de la Cruz disponíase a embarcar rumbo a Buenos Aires para devolver una suma de dinero donada por instituciones peronistas femeninas al movimiento chileno encabezado por esa dama, donativo que mereciera fuertes críticas de todos los sectores de la opinión que democráticamente consideraban semejante gesto como una indudable intromisión extraña en la vida político-social de Chile. Basta reflexionar unos instantes en este hecho para darse cuenta de las serias interferencias del peronismo en los acontecimientos ocurridos en la nación del sur determinantes de la presencia del general Ibañez en el poder y de todo lo demás que ha derivado recientemente la visita del general Perón a Chile. Tampoco pueden pasar inadvertidas las consideraciones formuladas por los organismos económicos de este último país ante las iniciativas del gobierno argentino para concertar un tratado de recíproco comercio e industrialización entre los dos países tratado desde luego— como han afirmado con razonamientos múltiples en Chile los hombres que conocen a fondo estos problemas— de positivo beneficio para la Argentina, pero en desmedro innegable de la economía chilena. No dejaba de revestir ironía el titular de una información y crítica del tratado en el cual se estampaba esta frase: "Chile, estación agropecuaria de la Argentina". Porque en lo tocante a este aspecto de la ayuda mutua, el papel que debía asumir Chile iba a ser, o va a ser, precisamente, el de convertirse en obsecuente servidor de los intereses de la nación vecina con desmedro de los suyos en el campo de la agricultura y la ganadería que en el vecino país es sabido tiene también alcanzados progresos evidentes.

Naturalmente, los demás puntos del tratado han merecido asimismo un examen a fondo de las instituciones económicas de Chile, con lo que, si se procediera en el sentido de pasarlas por alto, la responsabilidad únicamente podría atribuirse al deseo del gobierno ibañista de serle grato a su cofrade del otro lado de los Andes.

Terminada la entrevista, pasados los días, y hecho un examen de lo acontecido en Santiago de Chile, con la visita de Perón, he aquí como condensa un órgano sudamericano el suceso que ha marcado una rara iniciación para el año 1953 en la vida de relación interamericana: "Resultó, según se ve, mal el pensamiento peroniano de poner al Continente a los pies de una sola nación formada por Argentina y Chile, bajo su dominante contralor cuya implantación propiciaba ofreciendo y realizando Perón limosnas que necesariamente debían sublevar el sentimiento del pueblo trasandino. Y el efecto de tal aventura fué semejante al de un revulsivo sobre todos los pueblos y gobiernos de América. La prensa de Chile vibró con mal contenida indignación. Diplomáticos chilenos criticaron la oratoria del gobernante argentino en forma amarga y aunque se anunció que la Cancillería de la Moneda los desautorizaría, la desautorización no vino, y sus palabras quedaron intactas como expresión genuina del sentimiento de la diplomacia de su país. Con mayor o menor actitud la prensa del Continente abundó en conceptos de protesta contra el audaz pensamiento peroniano, sin que la manifestación de quien lo concibióse, expresada en el sentido de que no había querido decir eso, mejorara la situación sobre todo después de que discursos chabacanos e inoportunos pronunciados en el viaje a su regreso, acentuaron las impresiones desagradables surgidas anteriormente. Al mismo tiempo las Cancillerías se agitaban, se movían, no ciertamente para solidarizarse con Perón, sino al contrario, para buscar el contacto recíproco, prontas para usar mangueras en la ducha o en sofocar el incendio, y esta es la hora en que sin duda el autor de tan aparatoso como inconsistente cuco, pensó que ni pueblos ni gobernantes americanos se dejarán atar al carro de sus insensatas ambiciones".

Aunque presida este comentario una copla, apropiada al sainete que refiérese al conocido Michín en diálogo con su mamá— "Voy a volverme Pateta —y quien conmigo se meta— en el acto morirá"— no dejaremos sin embargo de pensar que los arrestos y audacias del Presidente argentino, es menester tomarlos en serio. Los locos que provocaron la II Guerra, los paranoicos que los siguieron en sus andanzas, harto mal le han hecho a la humanidad para dejar de tomar en cuenta la locura colectiva y sus consecuencias nefastas.

Porque, en resumidas cuentas, ¿a qué viene esa sonatina de la unión de dos países que si bien los vínculos de la raza, de la procedencia libertadora y de los nexos comunes y de fronteras colocan como a otros pueblos de América de habla hispana en condición de estrechar sus relaciones hasta alcanzar de ellos los máximos provechos, por otra lado nada hay que autorice pretender darle un vuelco a la historia y a la razón con alianzas o pactos políticos creadores de resentimientos y de recelos por la calidad de sus gestores o, más propiamente dicho, de su gestor, tomado por la egolatría y el creerse nuevo salvador de América y el mundo? Fácil es

darse cuenta de las ventajas buscadas al propósito de Perón, enunciando en su viaje a Chile, de darle a este país alimentos a cambio de sus materias primas. Canje de carne y trigo por un renglón de artículos vitales que colocaba en otras partes. Sin embargo, el dictador ha ido más lejos en sus pretensiones. no sólo ha querido una alianza seudo económica, una forma de unidad a base de intercambio de producción llevándose él la mejor parte. Su propósito es más profundo: ha querido y ha sugerido una alianza total y de efectos recíprocos. Más claro: algo como lo que se propusieron Hitler y Mussolini en sus horas delirantes de dominación europea y mundial. El mismo Perón dijo con franqueza que tenía más de inverecundia: "Se necesita valor para dar este paso. Hacer la unidad y arreglar en el camino los problemas que se presenten. Así como cuando uno se da una ducha fría. Si mete un dedo al agua, primero duda. Es preferible ponerse debajo del chorro y arreglarse en seguida". Y para disipar algunas dudas persistentes advirtió a los chilenos, "Yo no soy un dictador. Los dictadores mandan, los gobernantes convencen. Yo convengo a mi pueblo en lo que es necesario hacer para el bien de la Argentina y de Latinoamérica. Estoy dispuesto a aceptar que Chile se anexe a la Argentina. Lo principal es la unidad..."

Como es natural, todas estas audaces afirmaciones, según hemos leído en la prensa por muchos días, causaron enorme revuelo en todas partes. La alarma estremeció a América y si el general Perón puede como dice convencer a los argentinos, no ha logrado lo mismo con los chilenos aunque haya sugerido de frente que estaría dispuesto a ver anexarse por Chile a la Argentina. Habría sido cosa de ver y de probar qué ocurriría si la oferta fuere en serio y el general Ibáñez le tomase la palabra a su "grande y buen amigo" en esto de la anexión, así como lo que saldría del negocio...

En resumen: el pueblo chileno— pasada la hora de la efervescente visita— votó por los diputados de la oposición lo, que fué fácilmente un golpe o cintarazo al general Ibáñez por haber consentido en estos desplantes o por si se le ocurriera tomarlos como algo evangélico. Los diarios siguieron sistemáticamente criticando las declaraciones peronistas con sus alcan- ces sombríos para la dignidad y la integridad de Chile. Los educadores dejaron entender que se había excedido la nota interpretativa de la historia y todo el mundo escuchó cosas como estas: "Si los argentinos quieren agregarse a nosotros, está muy bien; los recibiremos con los brazos abiertos. Pero antes sepan que la capital de la república será Santiago y no Buenos Aires". "Con gran placer enviaremos a Buenos Aires un gobernador de marca chilena, para que administre la vida de los gauchos y les enseñe lo que es y lo que vale la democracia". "María de la Cruz debe salir enseguida por la vía más rápida a devolver los doscientos mil pesos argentinos que le entregaron aquí los señores peronistas de la comitiva, pues Chile no vende sus derechos de primogenitura por platos de lentejas". Y todavía advierte alguien que con "La Acaucana" de Ercilla, América dió su respuesta a la Odisea y a la Iliada, y que este patrimonio de rebeldía y heroísmo correrá eternamente por la sangre y el alma de los chilenos...

Cabe señalar, para la historia de estos hechos, como manifestación de dignidad nacional, la actitud de los parlamentarios chilenos para cuando se ofrezca que ocurran similares antojos en otros climas de América, lo que desde luego ahora resulta acaso muy dudoso por más que se diga que la historia se repite.

El senador Muñoz Cornejo declaró paladinamente: "Nuestro espíritu de independencia es superior a nuestras diferencias políticas y a nuestros problemas económicos y no podemos permitir que se nos hable de regalos que no hemos solicitado y de una anexión que no queremos". El senador Poklepovc Novillo apuntó: "Chile es una de las naciones sudamericanas con mayor conciencia de su dignidad de pueblo libre... Y si bien está dispuesta a mantener las más estrechas relaciones de amistad con todos los países, no puede aceptar que ellas se desenvuelvan en otro plano que el de la más estricta igualdad y respeto de su soberanía".

El parlamentario Nazar señaló: "Bolívar soñaba con la unidad de los pueblos de América en base a la igualdad frente a su destino. El sueño peronista habla de sujeción. Es el imperalismo liso y llano".

Se verá que insistimos en la exposición de los hechos relacionados con la visita del mandatario argentino a Chile y con las incidencias que sigue acumulando el llamado *justicialismo*— frente a la misión y el destino de América— porque, como es natural, esta realidad de nuestros días se necesita desentrañarla a fondo y al mismo tiempo reunir los medios con que combatirla porque podría resultar, si se la deja que cunda, nefasta para los ideales de los próceres y para el Continente entero en su marcha al porvenir sobre los carriles de la Democracia.

Como decía la revista chilena *Topaze*, acerca de esto mismo, "Chile es un país maduro desde los tiempos de Portales en lo que atañe a la política y semimaduro desde hace treinta años en problemas sociales. En estas rutas estamos avanzando sin necesidad de tutores desde hace un siglo, cuando el presidente Manuel Montt, el amigo de los fugitivos de la tiranía de Buenos

Aires, Sarmiento, Mitre y Alberdi, hizo valedero el verso de nuestro poeta cuando dice que Chile es "asilo contra la opresión", la opresión política y social, puntales ambos, lo social y lo político, de una auténtica y no desmentida democracia".

Posteriormente a estas altivas y clarísimas demostraciones del sentimiento público chileno, expresado en su Parlamento y en su Prensa, el senador Isaura Torres Cereceda ha hecho denuncia del espíritu que guía a Perón en su cortejamiento desmedido y oportunista a la nación chilena. "Poco habría que agregar— expresó en su Cámara— a lo sostenido por el H. señor Aldunate en esta materia. No obstante, quiero hacer notar que hasta hoy el Gobierno ha sido incapaz de dar respuesta a la exposición pública con que la Asociación Nacional Agraria demostró con cifras y datos que el proyectado Acuerdo Económico chileno-argentino es una tremenda puñalada a la agricultura chilena... Hasta este momento el Gobierno no ha rectificado la información en orden a que el primer negocio de trueque de acero de Huachi-pato por aceite argentino, significará que todos los consumidores chilenos pagarán en adelante un sobreprecio por el litro de aceite y que esta operación importa a Chile una pérdida neta de más de un millón cuatrocientos mil dólares, esto es, casi 200 millones de pesos"... Recordando al exsenador Dodríguez Mendoza, muy amigo del Presidente Ibáñez, que ha manifestado en un artículo: "No basta embanderar los Andes en ciertos aniversarios gloriosos, ni arrear una que otra carga o una que otra recua de carne en los huesos y tan cara como si fuera la del propio buey Apis", el parlamentario Torres Cereceda ha dicho también pasando revista y condenando desde su escaño la actitud de Perón en este desventurado viaje que ha servido solo para dejar una nube de recelos y desconfianza en las relaciones de dos pueblos vecinos: "Es necesario hacer acopio de una gran dosis de serenidad para leer estos términos— lo declarado por el Presidente argentino a su vuelta a Buenos Aires— y no volcarse en violentas expresiones de protesta. Nadie jamás, hasta hoy, se había atrevido a decir, fuera de nuestras fronteras, que era necesario e indispensable la acción de su gobierno y de su pueblo, extraño a nuestras costumbres, a nuestra soberanía, para establecer y consolidar en Chile principios de justicia social y de independencia económica. Acaso si el Presidente Perón conociera nuestra legislación social y nuestros sistemas económicos, habría podido entender que era Chile donde él y su gobierno tenían que aprender sobre estas materias, en que pretenden ser maestros". Y con términos que suman la indignación del representante chileno, he aquí otras de sus palabras recriminatorias: "Por qué se nos hace (en la Argentina) tanta propaganda? ¿Somos acaso mercancía, un específico que está para la venta? ¿O somos un fruto jugoso que hay que tomar prontamente antes de que se caiga de maduro, y por eso se incita al pueblo argentino a que actúe?" El final es invocativo y revelador en grado sumo: "El partido Radical— por el habló Torres Cereceda— desde esta alta y honrosa tribuna reitera que no cesará un instante en la lucha de lo que es máspreciado para todos los chilenos: la defensa de nuestra dignidad de nación libre soberana e independiente; y que aunque país pequeño y poseedor de riquezas minerales y de todo orden, no nos dejaremos avasallar jamás por otras naciones o por los intentos de gobernantes extranjeros, quienes quiera que ellos sean"...

Y como si fuera poco toda la balumba de comentarios acres y las muestras de indignación hechas públicas por la opinión pública chilena representada por sus valores morales, políticos, financieros, etc., aparece en "El Diario Ilustrado" esta alusión que deja en su sitio la intronización argentina en las cosas ajenas: "Lógicamente reconocemos los tradicionales vínculos que en Chacabuco y Maipú rubricaron gloriosamente las fuerzas armadas de Chile y la Argentina. Todos los "affiches" conmemorativos de estas batallas son caros al sentimiento nuestro. Pero los "affiches" que se refieren a las relaciones, a la fraternidad de ambos pueblos, sobre todo en las circunstancias actuales y por razones obvias, no pueden invadir nuestro territorio por mano del ejército argentino, y no pueden representar la hermandad de estas dos naciones como si fuera una junta de oficiales que se han puesto de acuerdo, porque esto no corresponde a la verdad ni puede ser aceptado por la ciudadanía chilena; porque esto importa además una falta de respeto para nuestro ejército y para el Presidente de la República que es la única persona llamada a determinar las orientaciones de nuestra política internacional".

La forma de reaccionar de los chilenos ante la visita de Perón, que por lo demás llegó y obtuvo las deferencias que se deben en todo pueblo culto y amigo a la persona de un jefe de estado, ha sido acogida en América entera con sinceros gestos de aprobación. Primero, porque nadie que no se encuentre imbuido de las falaces ideas del justicialismo que pasará como pasa todo aquello que carece de una consistencia moral y espiritual y de alto objetivo acercador sin taxativas ni reservas politiqueriles, sería capaz de seguir al amo de Argentina en sus delirios y megalomanías tan remotamente distantes de los sueños de nuestros Liberta-

dores y tan cerca de los tremendos y catastróficos errores de Hitler y Mussolini. Y segundo, porque se ha demostrado una vez más que Chile, como nación, como pueblo, no se ha dejado ni se dejará arrastrar a la formación de ejes o alianzas descabelladas cuando lo que importa, lo que interesa y en lo que hay que insistir con resolución y constancia es en la *unidad americana* con prescindencia de regionalismos exclusivistas e inútiles? porque lo que no haga América unida, no lo harán dos o tres países cuyos mandantes quieran arrogarse un destino providencial a la sombra de sus dictaduras en flor... Y el señor González Videla que quería un corredor con jardines para el litoral sur, ya vimos cómo se eclipsó con sus planes...

Se debe librar batalla de prensa y de libro contra esa tendencia que haciéndole el juego al comunismo, trata de establecer una forma de confusión en América sosteniendo que con uniones eventuales dictadas por las conveniencias o los apuros de algunos mandatarios temerosos de su situación política y de su estabilidad en el poder, se puede ir lejos en la defensa eficaz de la integridad continental y el resguardo de la soberanía americana incluyendo nuestras leyes y principios.

Dice el doctor J. Eduardo Couture, destacado hombre público uruguayo respondiendo a una encuesta sobre la democracia y la libertad, abierta por un diario montevideano: "La caída de un país que tradicionalmente fué modelo de organización democrática, no debe decepcionarnos, porque es probable que en otro extremo del mundo se abra para este sistema de gobierno una nueva esperanza. Es de toda evidencia que el siglo XX tiene más medida de democracia que el siglo XIX, en el cual todavía sobrevivía la esclavitud; de la misma manera que el siglo XX tuvo más medida de democracia que el siglo XVIII, todavía cargada de feudalismo".

Y debemos agradecerle al doctor Couture los demócratas de América, que felizmente forman en número respetable, porque nos ha hecho una exégesis de la democracia tal y como debemos apreciarla en esos días nebulosos y agitados: "La democracia —dice— depende fundamentalmente de la *educación del pueblo*; en la *ignorancia* de los individuos no hay conciencia democrática. Sólo la *educación libera* al individuo como tal. Viven en constante peligro aquellas democracias aparentes que no se apoyan en una *seria educación cívica de sus masas*".

Si pensamos que los Estados Unidos de América del Norte han asumido el comando de la ofensiva política y hasta militar para evitarle al mundo caer en las garras del comunismo soviético, no se oculta que la calidad de primera potencia mundial de la Unión ya es un postulado acerca de la posición de América frente a Europa y al resto del mundo cuyos problemas efervescentes al mismo tiempo que por su parte Rusia trabaja hasta el desvelo para poner a todos los pueblos de la tierra bajo el yugo de su régimen opresor.

Pero a los latinoamericanos no nos basta que sean los Estados Unidos de Norteamérica, con todas las cualidades de esa gran democracia industrial, donde el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo mantiene en alto los ideales de los revolucionarios del siglo XVIII, quienes deban únicamente afrontar los grandes problemas que afligen al orbe y entre los que, el del sostenimiento de la soberanía nacional y la autodeterminación de los pueblos, tiene una primacía explicable. Dejarle solamente a la nación estadounidense el peso de la lucha antitotalitaria y anticomunista no sólo hace surgir el peligro de que puede alguna vez esa primera potencia mundial arrogarse privilegios que estarían escudados en la indiferencia y en la desorganización de los Estados Latinoamericanos, sino que esa misma nación tenga que pensar en excepcionales medidas para resguardarse a sí misma, considerando para el caso que nuestros países con sus tendencias y sus quintacolumnistas pueden significarle, de hecho, la amenaza de una puñalada traspera...

Por esto es que hemos preconizado, con insistencia y porfía, que las naciones libres del Continente deben crear un clima de *solidaridad* y de *cohesión* que resulten indestructibles, de modo que tenida como base esta fuerza de supremo aliento común, ningún enemigo, por poderoso que fuere, se aventure al pensamiento o la acción en sus planes de dominar al mundo, dominándonos también. Es para meditar en lo que habría ya ocurrido en el planeta sin la existencia de América como el Continente salvado; como el Continente donde el equilibrio político-económico-social se tiende a realizar sobre bases de justicia social y de solidaridad incoercible.

Desgraciadamente, vientos de borrasca, aires malsancos vienen a colocar a los pueblos de América en la encrucijada. Se sienten en toda su amenaza los crujiidos de una armazón que había comenzado a levantarse con la participación común de los grandes americanos, de los hombres de visión, de los mentores de más vuelo y de mayor perspicacia política y social. Cunden los enemigos de la democracia, los ya descubiertos alentadores de una reversión an-

tidemocrática, y en su delirio o mejor dicho en la obsesión de su sectarismo avieso, tenemos que hasta aparecen como los renegados de la grandiosa obra de los libertadores. Contra esa conspiración en marcha que es un atentado a los destinos de América, hay que librar vigorosa y decisiva campaña. No es el señor Perón, ni el señor Velazco Ibarra, ni el señor Rojas Pinilla, ni ninguno de los hombres de gobierno que se hayan puesto de común acuerdo o anden en afinidad para tentar la estructuración de una América políticamente distinta a la que hemos dado nuestro aliento democrático y cívico, quienes pueden considerarse los llamados por exclusividad a cambiar la conciencia democrática de los americanos apoyándose en la sumisión de las masas y fuerzas que demagógicamente han puesto bajo sus órdenes para ir a la desintegración de los ideales que larguísimo años han supervivido a pesar de muchas injusticias sociales; de muchos desengaños políticos...

Sin embargo, es conveniente anotar que no toda la culpa de las cosas que están pasando en América es exclusiva de los dictadores que se han propuesto la creación de ejes y alianzas útiles a sus apetitos de más poder del que ahora disfrutan y para lo que se requiere la anulación de todas las libertades y de todos los derechos ciudadanos. Gran parte de esa culpa corresponde a la crisis de la democracia patente aún en pueblos donde siempre se la respetó y se la aplicó socialmente. Como dice un demócrata y hombre de derecho eminente, hay casi ciento cincuenta millones de indios y mestizos, es decir la mitad de la población del Continente, que viven fuera de todo régimen de seguridad social y protección económica; dos tercios de esa población vive en condiciones de subnutrición alimenticia; tres cuartas partes son analfabetos, la mitad sufre enfermedades infecciosas de carácter crónico; dos tercios viven en condiciones inaceptables de trabajo y el poder adquisitivo del indio en muchas zonas es casi igual a cero...

A tiempo de celebrarse el Día de las Américas, este año de 1953, el "Washington Post", vocero oficioso de la Casa Blanca, se refirió al anunciado viaje del hermano del Presidente Eisenhower, quién visitará, representando a aquél, varios países de América del Sur. Dice que no deben alimentarse en nuestros países falsas esperanzas acerca de la jira del personaje en mención, y en una parte expresa: "Estados Unidos, el miembro más rico e influyente del sistema panamericano, debe naturalmente, estar listo para ayudar a sus vecinos... Pero el panamericanismo no es un sustituto de las medidas que deben tomar los países mismos para controlar la inflación, para acordar un trato equitativo a los capitales extranjeros y para desarrollar sus propios recursos". Más adelante el articulista habla de *las simples tonterías del panamericanismo*, de las que se deben ir alejando los pueblos de la América Latina, cosa que asimismo subraya es importante tomar en cuenta como preparación de la próxima Conferencia Interamericana de Caracas.

Estos comentarios del influyente periódico norteamericano no pueden pasar inadvertidos en estos momentos, como no pasaron en tiempos ya idos los consejos y las reflexiones que creímos oportuno exponer en nuestro "Proyecto Americanista" del año 1929. No es una vanidosa alusión en esta cruzada que nos hemos impuesto, declarar que muchos de nuestros vaticinios se han cumplido y que los peligros que entonces señalamos, marcaron la trayectoria de días difíciles, sin que por eso dejarase de adoptar providencias por los países interesados a fin de evitar la repetición de males tan serios que a ellos se debió una larga hora de revoluciones en la América Latina y muy malos momentos para los Estados Unidos, que sufrieron las desastrosas consecuencias de una política hemisférica engañosa. Nos complace aun ahora que nuestra afirmación (1929) "el exceso de capitales en los Estados Unidos ha determinado grandes préstamos a la América Latina so pretexto de carreteras, ferrocarriles e irrigación; pero la mayor parte de ese dinero ha sido disipado por los políticos. Estados Unidos tiene exceso de hombres debidamente preparados, ingentes capitales y enorme producción industrial. La América Latina necesita de todos esos elementos, pero es indispensable acordar la manera como debe recibirlos para evitar las reclamaciones diplomáticas, el imperio de la fuerza y la pérdida de la autonomía, como ya ocurrió en varios países. Además, es indispensable evitar que se hiera el sentimiento nacional de los países latinoamericanos y que los grandes capitalistas de Norteamérica acaparen los mejores negocios, desplazando a los elementos nacionales de cada país..."

Así dijimos entonces y nuestra circular profusamente distribuida y comentada, abrió los ojos de aquellos que necesitaban abrirlos y poner en guardia contra una de las aberraciones más serias que ha sufrido América en estos cincuenta años. Los tiranos se mantenían en el poder con los mismos empréstitos que lograban en la Unión so capa de obras públicas; el derroche fiscal se encontraba en su apogeo, mientras entraban en el perigeo, la democracia, la ley y la Constitución era barrida. Recomendamos entonces como urgente y cuerdo acabar con ese indiscriminado flujo de dólares que era más bien una invitación a corromper y destruir, creando

a la propia gran nación del Norte problemas tremendos. Tarde ya aunque no inútil, por cierto, fué la reacción de las conciencias y entonces se nos concedió la razón en toda su vigorosa expresividad de los fines perseguidos. Las tiranías se hicieron pedazos cuando faltó el lubricante que desde Wall Street les permitió sus andadas y se tuvo a partir de esa época más cuidado en hacer que hasta donde fuera posible la técnica y la capacidad presidieran los nuevos tratos con América Latina. Y no sería aiena sin duda a ello, la carta que en 1928, a su paso por el Perú siendo ya Presidente electo de los EE. UU. hicimos llegar al señor Herbert Hoover, diciéndole con gran franqueza: El Perú no podrá pagar a su debido tiempo la enorme deuda que es de su responsabilidad. ¿Tendremos que esperar que, conforme a precedentes establecidos, la marinería de la Gran República ocupe nuestras aduanas hasta que ellas cancelen las obligaciones que se hallan en poder de los banqueros norteamericanos? Yo me permito manifestar a Ud., señor, que este hecho motivaría la más cálida protesta de mi país y que conviene evitarlo teniendo en consideración los bien entendidos intereses de la patria de U. y la de toda la América que se vería envuelta en una verdadera conflagración si el gobierno de Washington se creyera obligado a ocupar militarmente las aduanas de casi todo el Nuevo Mundo para hacer efectivos los créditos de los prestamistas de su país". Después el gobierno de la Casa Blanca declaraba que no se cobraría por medio de la fuerza armada los empréstitos hechos por particulares o instituciones bancarias estadounidenses a los países de América Latina, declaración que siempre se debe considerar honrosa para la gran nación septentrional..

Debemos, sin embargo, significar nuestra extrañeza ante los términos del "Washington Post" cuando se refiere a las "simples tonterías del panamericanismo..." Por cierto, tal pensamiento no se coordina con la política del actual gobierno de los Estados Unidos con respecto a Latinoamérica, pues las declaraciones de la Casa Blanca y del Departamento de Estado son favorables a la colaboración interamericana prácticamente entendida, aunque piensen sólo conforme a sus conveniencias algunos sectores de banqueros, comerciantes e industriales estadounidenses. Se ve que la prensa libre y no influenciada —al parecer— de los Estados Unidos se desvía de la doctrina y califica de tonterías los anhelos de veinte pueblos deseosos de más altas metas espirituales, morales y económicas. Ahora nos explicamos el por qué de esa política que ha venido traduciéndose en atajos para el desarrollo de la industrialización latinoamericana. Ahora también nos explicamos el *affaire* del atún peruano, del cobre boliviano y de otras fuentes de producción que vigorosamente surgen de la América Latina, y en Wall Street encuentra quienes consideran que les hacen sombra a sus múltiples perspectivas financieras e industriales, cruzando así las buenas intenciones y planes del Presidente General Eisenhower.

Siempre he sido un abanderado entusiasta y un propagandista sincero de la cooperación interamericana, como amigo y admirador del gran pueblo estadounidense. Y cuando salen a la superficie de lo trascendental apreciaciones que dan la sensación de que hubiera a pesar de todos los esfuerzos en que se hallan empeñadas mentes lúcidas y señeras en el norte y en el sur, un tendencioso espíritu de desconocimiento de la misión de América y la obra común de su grandeza, por la solidaridad, se tiene que seguir trabajando y librando campañas para que se rectifique semejante posición que lastima y desvirtúa la comprensión de los pueblos. Misión ardua, pero que considero indispensable hasta que la unidad haga su parte y en día por cierto no lejano.

No se trata, en lo que respecta a la amplia y necesaria cooperación económica, de que los Estados Unidos vacíen su bolsa en aventuras sudamericanas ni, aunque comprendamos que América Latina debe bastarse a sí misma en muchos aspectos de sus necesidades, de lanzarse al azar en empresas que comprometan con la ruina los capitales estadounidense. Para algo hemos ingresado, y esto es para dar gracias al destino, en un terreno de cabal aprecio de las posibilidades y las perspectivas en las Américas, buscando el desarrollo de sus industrias y de su comercio vitales, y en esta virtud se puede ya hablar en serio y discriminar acerca de lo que tenga bases de reciprocidad y de equidad. De repente salimos con que la industrialización latinoamericana resulta en seria competencia con determinado industrialismo precisamente cuando América del Norte está fomentando las grandes industrias surgentes ahora en el Perú, Chile y otros países. Se tiene que ser más afines con la realidad americana y con la solución de los problemas de interés recíproco.

Necesitase llevar, por ende mucho más lejos y realísticamente la cooperación económica interamericana, porque no encontramos ninguna razón aceptable para ingresar en compromisos de cualquier otra índole, sin que en ellos deje de admitirse el derecho que América Latina tiene de ser escuchada y atendida en sus problemas por el Gran Vecino, poderoso, rico y consciente de la clase de ayuda que nuestros países requieren para subsistir sin convertirse en co-

lonias porque la era del colonialismo ha debido quedar completamente cancelada después de la última hecatombe mundial.

Repetiremos que somos de los más ardientes y celosos partidarios de la solidaridad panamericana, que no encontramos que la democracia haya cumplido su finalidad suprema y que la armonía intercontinental tiene un destino magnífico a la sombra de la mayor potencia del mundo en la actualidad. Y es en el concepto de que cumplimos un deber de americanos que venimos a señalar los errores en que, sin duda por inadvertencia, incurren algunos órganos de los Estados Unidos para calificar el panamericanismo que en el doble concepto en que lo plantean, en nuestro espíritu sólo tiene uno: la fuerza decisiva para engrandecer a la América y fecunda el árbol generoso de la fraternidad universal posible sólo a base de una paz fructífera y permanente.

Cabe suponer lo que pasaría, en el curso de la Historia, si los pueblos de América dedicándose a formar alianzas y ejes por su cuenta, unos por aquí, otros por allá; negando los Estados Unidos o dándole otra interpretación a su ayuda económica; dejando hacer cera y pabilo de la democracia, como estamos viendo, a las dictaduras que proliferan porque cada país es dueño de su determinación y de su vida interna, sin impedir que se cometan todos los días atentados terribles contra la libertad de opinión... ¿Qué se habría ganado para la causa de la democracia con las actitudes políticas e indiferentes y las exigencias económicas traídas de los cabellos? Hay que armonizar, hay que salvar las lagunas del panamericanismo que si es mal entendido en sectores estadounidenses, por lo menos en los países de origen latino de América tienen la sinceridad de su romántica identificación y de su trayectoria siempre simpatizante con la gran nación del Norte a la que han seguido en las dos guerras y siguen en la búsqueda de nuevos y promisoros horizontes...

No hay que desestimar lo que vale el espíritu de nuestros pueblos iberoamericanos. Se cree que ellos tienen la culpa de muchas fallas y errores monumentales. Pero en verdad no son errores de ellos, sino de sus mandantes cuando estos han carecido o carecen de visión o de sentido común, cuando los domina la sed del poder y del dinero u otros defectos que deben ser atribuibles a una educación distinta a la que ha predominado en la América de origen anglosajón. Pero todos los pueblos tendemos a un solo fin y sería trabajar para el enemigo común estar atribuyendo a tonterías lo que es el sumo del ideal de la unidad americana. Este ideal nada tiene que ver con los gobiernos dictatoriales ni con las alzas y bajas de la bolsa en Wall Street. Es lo espiritual por encima de lo material. Es el desinterés por encima de pasajeras conveniencias...

* * *

Hemos llegado al sitio en que conviene abordar la participación americana a resolver los conflictos de Europa y del mundo en estas horas críticas, después de la guerra y cuando los problemas derivados de ella todavía se mantienen en pie con la amenaza suspendida sobre las cabezas, de otro cataclismo bélico.

La única forma de enfrentar al comunismo proveniente de Moscú anulando sus ambiciones siniestras, es mediante la unidad de los países de América, significada en la profesión de la democracia y en el culto a los principios y los ideales de los Libertadores, adaptados a las nuevas realidades de nuestro tiempo. No tiene disculpa el que se hagan a un lado esos ideales ni esos principios porque la democracia hay que repetirlo siempre aun no ha dado los frutos esperados, no porque la doctrina no corresponda a las exigencias de esta época, sino porque más es lo que se ha hecho por desprestigiarla y restarle la importancia que tiene para la vida bajo el signo de la libertad, que por ponerla por encima de los apetitos y los abusos del poder. Llegados a una temperatura en la cual la violencia ha señalado al mismo tiempo los caminos de su represión, nos encontramos ahora con que se ha perdido la estabilidad institucional inspirada en las fórmulas liberales y cívicas, llegando muchos pueblos a ponerse otra vez como en algunas etapas del pasado, bajo el predominio de la fuerza y de la masa. La fuerza la usan asimismo calificados dominadores de hombres y pueblos bajo el *slogan* de que la humanidad necesita conductores nuevos y ellos llegan a cumplir esa misión providencial. La masa se siente cómoda con ese advenimiento y prefiere ser conducida antes que ser respetada como expresión popular, como voz colectiva y como alma y espíritu de la democracia. Cae así en manos de hombres perturbados, enfermos mentales que son capaces de perderse en los infiernos del desastre, antes que ceder a su fiebre de poder y de mando, a su delirio de expansión y de conquista del mundo.

Uno de los fieles secuaces de Hitler, el hombre que llevó a Alemania al más grande desastre de su historia, refiere como era la pasta de que moralmente estaba hecho ese enfermo del delirio de dominar al orbe entero: "Difícil —dice Ven' Papen— describir el poder de su per-

sonalidad. Había pocas muestras de dominio o de genio en sus maneras o apariencias, pero poseía inmensos poderes de persuasión y una extraordinaria e indefinible capacidad para persuadir personas, para doblegarlas, sobre todo las masas, a su voluntad. Se percataba plenamente de su poderío y estaba en absoluto convencido de ser infalible. Era capaz de dominar e imponer sus opiniones a todo el que estuviese en contacto con él. Todos aquellos que discrepaban de él fundamentalmente, acababan por convencerse de su sinceridad. Yo era tan víctima como cualquier otro y creí todas sus protestas hasta que los acontecimientos de Roehm, en 1934, pusieron de manifiesto toda su duplicidad". El desdoblamiento con que estos hombres rodean su personalidad, no puede ser más funesto. Como Papen, todos los que siguieron a ese embaucador y paranoico cuyo sitio debió ser un asilo o una clínica, se equivocaron, o reaccionaron tarde muchos de sus prosélitos y otros la mayoría, cayeron en las mismas llamas en que ardió el hitlerismo derrotado, pero sin llegar aún a las cenizas porque ha seguido reviviendo en las fórmulas de un totalitarismo que es hoy de nuevo amenaza vital para la humanidad. (1).

De la madera de Hitler y de Mussolini, de la de todos los improvisados "guías" que han aparecido con aires de salvadores, son los que a diez años del desastre totalitario, reemprenden el camino absurdo y peligroso que perdió a los otros. Atropellan las libertades, sacuden el ambiente con sus actitudes de prepotencia, se arrogan el derecho a cambiar el curso de la historia, pretenden disponer de la opinión nacional e internacional yendo contra el torrente de la misma; en fin, se llamen Perón en Argentina, Mossadegh en Persia, Velasco Ibarra en el Ecuador, Stalin o su sucesor Malenkov en Rusia, Mao-Se-Tung en China Roja, donde quiera estos enfermos mentales usufructúan el poder que ganaron por la violencia o la artimaña, el hecho es que el mundo —en la ciudadanía inerme— sufre las graves consecuencias de su delirante y maléfica ambición de mando, de sus pasiones irreprimibles y de su odio a la paz bajo cuya sombra constructiva lo cuento tiene sitio.

En uno de nuestros capítulos en pro de la defensa de la humanidad contra estos hombres siniestros (ver el libro "La Última Carta de la Democracia") que atentan y destruyen sin recibir el castigo que sus tremendos errores y hasta crímenes merecen, hicimos ver la conveniencia de que se llegue a formar un Tribunal de la Paz, organismo internacional destinado a evitarle al mundo la repetición de los desastres que le han costado un derramamiento caudaloso de la sangre de millones de jóvenes y la pérdida de ingentes recursos económicos que empleados en obras de progreso humano, habrían dado otro rendimiento en forma de bienestar y de engrandecimiento de los pueblos. Se tiene que llegar a esa solución para que aparezca un preservativo de la tranquilidad social, política y espiritual de las naciones, sometidas a periódicas plagas como las que encarnan estos enemigos de la especie.

Cortarles el camino del poder a esos megalómanos y dementes que sueñan y hasta se recrean pensando en poner al mundo bajo sus plantas, pillando y matando su capa de expansionismos raciales o de nacionalismos extremistas, en una actitud como la del que no se contenta con lo que tiene sino que ha de apoderarse a viva fuerza de lo ajeno, o del que en plan de bandolero político toma la ruta de las depredaciones y de la conquista echando al arroyo el derecho de gentes; cortarles el camino, repetimos, tiene que ser tarea de limpieza moral de la tierra, de saneamiento de las naciones, donde los dictadores o tiranos llegan y se quedan por la debilidad, la cobardía o la ignorancia de los ciudadanos de sus deberes patrióticos y cívicos. Esos personajes funestos se asocian a otros de su especie, junto conciertan el mantenimiento de la tiranía que genera corrupción administrativa, deficiencia e incapacidad, burocracia, desorbitado desprecio por los valores morales e intelectuales, adulación y servilismo, guerras y persecuciones... Juntos se proponen borrar de la realidad moderna la Constitución y la Carta Magna de este modo viene a quedar convertida en una reliquia... bajo la invocación absurda de "razones políticas".

Si los pueblos de América no vuelven sus armas —las armas de la voluntad y de la entereza republicana que presidió las acciones de sus heroicos antecesores— para oponerse a toda forma de opresión, de sustitución de las normas democráticas, de reemplazo de la voluntad ciudadana por la ruda orden del jefe que se constituye en indiscutible realizador de su voluntad, con más radio de acción que el que tuvieron los señores de horca y cuchillo perdidos en los rincones de la Edad Media, ¿qué papel es el que nuestro Continente va a desempeñar ante los apremiantes problemas que surgen en el mundo y que obligan a asegurar la paz de los humanos como previa a su evolución hacia una existencia distinta a la que viven los pueblos sometidos al yugo de sus voraces amos totalitarios? Y no es cuestión de ponerse a meditar si la democracia en esencia de hace un siglo es la que conviene tomar como patrón o si no será mejor que se la remodele hasta el punto de quitarle muchos de sus privilegios en la función de servir a una humanidad libertada de sus errores y de sus tiranías oprobiosas.

La democracia no tiene sino un nombre y una interpretación, y poner a los pueblos en una actitud decorosa para interpretarla, eso es todo lo que hay que pedir y por lo que hay que luchar denodadamente, con fé inquebrantable en los destinos de los hombres libres que tienen que considerar este momento mundial sólo como una de las difíciles pruebas que hay que vencer en la larga e indetenible marcha hacia el futuro.

Como dice con evidente acierto el doctor Atilio Cattaneo, exilado del régimen de Perón en Montevideo, el mundo en la actualidad está materializado. "Todos desean mayor comodidad con el menor trabajo. El trabajo manual se compara con una obligación penosa que se acepta sólo para vivir. En otras épocas el obrero manual se esmeraba mostrando su habilidad y vocación y se clasificaba en maestros, oficiales y aprendices. Ahora se trabaja mecánicamente y hasta con desgano como para no fatigar la máquina. Lo que preocupa es el dinero, por ser lo único que da felicidad. Los actos morales cuentan poco en la actual vida social humana. Los pueblos han llegado a este estado de enfermedad y corrupción por efecto de las guerras; pero el pueblo argentino sufre, además, otras consecuencias que han empeorado su dolencia". "El tiranuelo argentino —añade— vió ese estado patológico del pueblo y se lanzó a halagarlo demagógicamente, con promesas; aumentos de salarios; entronización de los serviles; reparto de mercaderías, de dinero, etc., desde los trenes oficiales que ocupaba en sus jiras proselitistas. Impuso además la indisciplina en las fábricas y talleres, casas de comercio, instituciones... Todo esto relacionado a la política interna. Pero no se ha conformado con ello y procura satisfacer sus ambiciones hegemónicas fuera del país..."

Examinemos la realidad que podría llegar a imponerse en América anulando su misión creadora de un mundo mejor, si se juzgan las cosas por lo que está pasando en la Argentina. Y no es que se quiera insistir en este caso con propósito de gratuita animadversión al gran pueblo de San Martín y de Sarmiento, sino que hay que exhibir las lacras de esta hora para, por ellas, ir al encuentro de las rectificaciones que hacen falta para alejar del poder a hombres sin escrúpulos, repudiables mandantes que están tratando de hacer de la corrupción, total de las conciencias y los espíritus la base inconfesable de sus apetitos. Titúlese justicialismo o lo que fuere, en verdad esto no es más que la falsa etiqueta deleznable de un grupo de hombres que están movidos por ventajas e intereses personales con sacrificio de las legítimas conveniencias de la Patria. Y como dice Cattaneo, hasta resulta que ciertos personajes chilenos y de otras nacionalidades al recibir la ayuda de Perón, pretenden aplicar en sus propios países los procedimientos empleados con el pueblo argentino, decepcionado y corrompido, en gran mayoría. "El pueblo chileno no ha sufrido como el argentino los desengaños políticos por fraudes electorales, que produjeron la destrucción de su espiritualidad por lo cual resultó fácil presa de la materialidad pregonada. Perón llegó a Chile con su natural verba guaranga y chabacana eligiendo a la Universidad por escenario; llevó vagones cargados con ropas y mercaderías varias; repartió dinero desde el tren, sin control; se hizo acompañar con deportistas serviles, para que estos infiltraran el virus de la corrupción entre los que hacen culto de la caballerosidad natural del deporte; fueron ministros sirvientes para que los obreros chilenos viesan la realidad de que no es la inteligencia ni la capacidad lo necesario para llegar a una función gubernativa, sino la "lealtad" al régimen justicialista; viajaron mujeres políticas, reclutadas en los comités capitalinos de la periferia entre las que se distinguían por sus gritos adulatorios al binomio gubernativo. Y fueron éstas, precisamente, las elegidas para llevar varios miles de pesos, con el propósito de corromper conciencias y la moral del movimiento político femenino chileno". Y termina el señor Cattaneo con estas reflexiones: "El materialismo se ha apoderado de ciertos personajes chilenos que aplauden al peronismo. Los peronistas todos, de cualquier país incluso argentinos, son movidos por ventajas e intereses personales, de modo que convendría examinar las cuentas bancarias de estos nuevos propagandistas para determinar la sinceridad de su nuevo credo".

Quiere decir, pues, que el hitlerismo como sistema, pero traído ya en forma de verdadera y de inverecunda representación de un sainete, a título de *justicialismo*, quiere invadir la vida democrática americana, mediante la corrupción de los espíritus, la burla de las instituciones y el sagrado simbolismo de una tradición popular que ha caído hecho pedazos en la Argentina, como caerá, si no hay reacción valiente, en otros pueblos donde se le quiere poner de puente para que pasen por él hombres llenos de soberbia barata, incapaces de gobernar de otro modo que usando de la mentira, la intriga y la persecución de la democracia. Por fortuna, según se ha visto al llegar de los días, el pueblo chileno con sus nuevas actitudes ha probado que mantiene elevado el espíritu y que no lo sacarán de quicio las promesas y las posturas del dictador argentino con lo que, desde luego, como señalan los comentaristas, se ha hecho acreedor a la simpatía de los demócratas sinceros y libres del mundo.

América no puede, por ningún motivo ni con ningún pretexto, tomar para sí métodos que en Europa han fracasado haciendo pagar a sus actores y a las colectividades terriblemente el precio de sus experimentos insensatos. Llegaron allá al poder los dementes que soñaron con la conquista del mundo y todo se ha derrumbado triste e irreparablemente. Se levantarán de nuevo con trabajo los cimientos de los pueblos que resultan víctimas de su cortedad de vista o de su fanatismo; pero al fin las cosas no volverán a ser como antes de ese cataclismo que en la figura de la guerra apocalíptica de 1939-45 sepulió a una Europa todavía en condiciones de haberse rehecho del primer golpe que le deparó la locura de Guillermo II, empujado por sus generales prepotentes, vanidosos e ignorantes de los dictados de la Historia y del deber superior de engrandecer a la Patria pero sin pasar por encima de todo.

Es preciso no olvidar, en este capítulo, la responsabilidad asumida por las Naciones Unidas para la utilización de sus fuerzas morales y de su prestigio en la consecución de la paz y de la seguridad del mundo de mañana. Se acentúa la creencia de que este organismo se está burocratizando en tal forma que el fenómeno le resta ya la integridad de la acción, y acaso estas opiniones no dejen de tener consistencia. En efecto, la Organización de las Naciones Unidas viene demostrando cierta morosidad en el trato de los grandes problemas mundiales, cierto desapego a las cuestiones fundamentales que son de su resorte. Al seguir por este camino la institución en que han puesto su esperanza las colectividades libres, podría hasta ocurrir que el desencanto cunda y que el final ruidoso de la gran asamblea tenga una lamentable similitud con la Liga de las Naciones, de mayúscula inutilidad en su época. Pero en esto no debe verse sino el reflejo de los hombres de Gobierno que les dan a sus delegados instrucciones precisas a su conveniencia.

No se debe dudar de que los obstáculos y las dificultades hacen escabroso el sendero de la paz buscada como corolario de una dislocación que ha causado tantos males al género humano. Pero mientras el tiempo pasa y la pugna internacional se mantiene con una guerra fría que se alarga indefinidamente, los pasos de las NN. UU. como ya lo entreveíamos en nuestro libro anterior, son de lentitud, de falta de entusiasmo, de iniciativa y de valor. ¿Qué espera hacer la Organización como parte suya para coordinar las actividades destinadas a conseguir el definitivo ajuste de la paz en el planeta? Las deliberaciones hasta ahora podrán haber tenido destellos de lucidez en lo que a derroche de oratoria concierne en la tarea de fijar las ambiciones y el juego de Rusia frente a las potencias occidentales. Pero convengamos en que esto hasta cierto punto resulta secundario cuando el problema fundamental estriba en la cesación de las hostilidades en Corea y en el ajuste de las negociaciones definitivas para asegurar la tranquilidad mundial. En el duelo verbal con los representantes de la URSS por cierto no se halla el resorte mágico de la pacificación. Ni en la armoniosa distribución de los asientos de los delegados ni en el funcionamiento uniforme y sincronizado de las reparticiones administrativas, ni aún en la prestancia de la refulgente mole que ahora le sirve de residencia corporativa a la gran institución. Esto es lo accesorio. Y de tantas deliberaciones no despunta ninguna idea que podamos considerar salvadora, ningún plan radical que sirva para ponernos en el camino de pensar que tendrá pronto fin este estado de semi-guerra amenazante y sombrío. Un cambio formal se impone en adelante.

La misma Organización de los Estados Americanos parece mantenerse recostada al margen de los acontecimientos hemisféricos que pulsan violentamente amenazando hacer saltar a los pueblos de América comprometidos con tendencias y desmanes que prenden desilusión y pesimismo. En lugar de convertirse, de hecho y por derecho, en abanderados de una causa que necesita apóstoles no sólo en la prensa, en el libro y en la tribuna sino también en las instituciones que tienen una finalidad superior y rectora, se sujetan los delegados a las estrictas directivas de sus gobiernos y por eso es que nos encontramos en este callejón diríase sin salida de los problemas que afloran en lo político, lo social y lo económico, sin dejar de tener en cuenta la influencia moral de un estado de cosas que delimita con la más abstrusa anomalía concebible en una época en que debería creerse que todo obstáculo ha sido vencido para limpiar y despejar para el juego de la democracia los tortuosos caminos de las dictaduras y oligarquías que— esto es lo peor— ahora se presentan sin disimulo con el ropaje totalitario a toda escena...

Recientísimo caso me pone en la necesidad de subrayar esta situación que es tiempo ya de cancelar por interés mismo de las grandes y justificadas esperanzas que América cifró en la Unión Panamericana, de limpia y grata ejecutoria, dignamente heredada— cabe reconocerlo con hidalguía— por la Organización de Estados Americanos. Después de haber leído un impreso que recibí de la Dirección de Informaciones Públicas de ese organismo, en que se expresaba: "Las 21 naciones de América descuelgan como ejemplo único de solidaridad y amistad internacional", resultaba un imperativo de conciencia democrática y americana por nues-

tra parte refutar tal concepción para que no prosperen nunca en el Continente ni fuera de él afirmaciones carentes de efectividad. Para algo somos conocedores de lo que ocurre en nuestro Hemisferio, como testigos de visu, como interesados de excepción que nos hemos propuesto y, la mantenemos firmemente una cruzada de solidaridad que llevamos a cabo desde hace más de treinta años con el mismo calor y el mismo espíritu del primer día. "Después de haber visitado varias veces las capitales de América relacionándome con personalidades de cada país, y observado el clima político, las costumbres y las modalidades de sus elementos representativos así como la psicología de sus habitantes; "deploro— escribí al Jefe de esa Oficina de Informaciones Públicas— que usted haga una afirmación semejante cuando, por desgracia, ocurre lo contrario. Pero esta misma circunstancia debe ponernos en el camino de continuar con mayor constancia e inteligencia la campaña por la unidad, defensa y grandeza de América."

La respuesta del alto funcionario de la OEA llegó a nosotros concebida en los siguientes términos:

"Su adversa y autorizada opinión a que "las 21 naciones de América descuellan como ejemplo único de solidaridad y amistad internacional", según reza en una de nuestras publicaciones, nos merece el más profundo respeto, pero no estamos de acuerdo con ella. Consideramos nosotros que un organismo como la OEA que desde 63 años funciona ininterrumpidamente realizando programas culturales, económicos y sociales por el beneficio de los pueblos americanos y con la cooperación de los Gobiernos miembros; a la circunstancia de que dichos Gobiernos prefieran hacer uso de sus procedimientos de arbitraje y conciliación— muchas por negociación directa— en la solución de sus disputas; y a que la OEA cuenta con medios para prevenir agresiones continentales o extracontinentales, que garantizan la integridad e independencia de cualquier país de América, constituyen pruebas de por sí fehacientes de que, sí existe la solidaridad y la amistad internacionales entre los pueblos del Continente y que, si se compara a la OEA con la Liga de las Naciones, ya extinta, y con la presente Organización de las Naciones Unidas, puede calificarse como ejemplo único de "solidaridad y amistad internacional".

"En lo relacionado con su segundo concepto, aquel de que debemos ponernos en el camino de continuar con mayor intensidad e inteligencia la campaña por la unidad, defensa y grandeza de América, estamos en un todo de acuerdo con U. Nuestro sistema, para lograr su ideal, necesita del apoyo y de los esfuerzos de personas como usted, capacitadas para examinar nuestra obra con el objeto de hallarle sus ventajas y sus fallas. Y nada nos llena más de satisfacción que el poder saber que existen seres en América que, al igual que nosotros, individual y colectivamente se hallan empeñados en hacer de esta tierra ya no un continente de esperanzas futuras, sino de realidades presentes; una tierra en donde la paz, la justicia y la equidad sean sus estrellas polares".

La respuesta que antecede, por cierto, no porque en el fondo traduzca una respetuosa consideración hacia nosotros y la obra que realizamos, nos deja satisfechos. Y es que no nos sentiremos satisfechos nunca hasta que esa paz, esa justicia y esa equidad sean reales y verdaderas y algo más que eso, las que auténticamente los pueblos quieren y aspiran a que reinen en América y en el mundo entero. No creemos que sea una solución ni siquiera un paliativo el que los gobiernos de los países del Nuevo Mundo autoricen a sus delegaciones para que cooperen y ellos mismos lo hagan en los programas culturales, económicos y sociales que la OEA realiza. Nosotros hablamos de la *solidaridad* en los términos *amplios* y *precisos* que ella significa, sin eufemismos ni disimulos y, por último, sin alteración de las palabras. SOLIDARIDAD, hemos dicho y propugnado y seguimos propugnando con el aliento que nace del espíritu indomable de la raza y de las tradiciones en que hemos bebido nuestro patriotismo americano.

Pero es que hay otras cuestiones de fondo, otros serios problemas que están alejando a unos pueblos de otros en América, y esta obra de algunos gobiernos, harto conocidos por sus gestantes omnímodos —llámense Perón o Velasco Ibarra— por mucho que tengan representantes en la Organización de los Estados Americanos y ellos colaboren en programas musicales, culturales, económicos o sociales, eso no es, a nuestro juicio, construir, solidaridad, porque resalta lo esencial: la ausencia de libre expresión en sus respectivos países, la siembra de nacionalismos extremistas que buscan la pugna con los vecinos, llevándoles cuando se resisten el virus de las ideas malsanas que servirán para corroer los cimientos de la tranquilidad pública y los sentimientos cívicos y patrióticos. ¿Qué solidaridad se puede decantar cuando vemos en Centro América separarse a Guatemala de la Organización regional de Estados Centroamericanos, en vista de que allí se alienta al comunismo y en sus vecinos no? ¿Y cuando la misma OEA tiene que verse obligada a terciar en este caso buscando una conciliación que hacen casi imposible

las ideologías que se están imponiendo en esa parte de América y notifican la existencia de un feroz divisionismo inconforme con la unidad y la cooperación interamericana?

Nos hemos visto obligados a exponer nuestro pensamiento a la OEA en la ocasión que ha dado motivo para estas francas declaraciones. "En mi concepto—decíamos en nuestra comunicación—la OEA formada por delegados dependientes de cada Gobierno, la mayor parte de ellos dictatoriales si no tiránicos, no hacen lo que los pueblos necesitan para el bien de América, sino lo que los gobernantes de esos países requieren para afianzarse en el poder, desarrollar negocios particulares o realizar atentados contra las naciones del mismo Hemisferio. Las relaciones oficiales entre gobierno y gobierno no son todo en la expresión de los pueblos sudamericanos que, analfabetos y paupérrimos, no han alcanzado las condiciones deseables en su ciudadanía para generar buenos gobiernos y contribuir a hacer su verdadera unidad política, social económica y espiritual. Y yo creo que sólo la educación y la preparación de los ciudadanos de los países latinoamericanos pueden realizar el milagro en que soñó Bolívar y que hoy preconizamos. Hay países que se titulan democráticos, pero efectivamente son totalitarios, y no se necesita mucho esfuerzo mental para dar los nombres de esos Estados que son escarnio de América, que están dando malos ejemplos al Continente y que no sólo comercian con los países comunistas que pretenden esclavizar a los demócratas, sino que, como en el caso de la Argentina, ese país mandó una misión comercial especial a Rusia en momentos en que la situación con esa tierra de esclavizadores traducía las manifestaciones más condenables para dominar al mundo".

"Yo también respeto la opinión de U.—hemos dicho al alto funcionario de la OEA—pero no puedo menos que condenar una vez más, como ya lo he hecho de una manera pública, en mis libros, a los países y a los gobiernos que proceden como lo hacen en los pueblos inermes del habla castellana y portuguesa de América".

Y para puntualizar mejor esta requisitoria y condena franca de un criterio que no está con el sentir de los americanos en su mayoría, he dicho también en la carta enviada a la OEA:

"En uno de mis viajes por este Continente, llegué a Panamá en 1941, y el Ayudante civil que el gobierno de esa república designó para acompañarme, después de informarse del objeto que yo perseguía, me dijo: "Señor Larco: los americanos (por los estadounidenses) nunca se unirán a nosotros porque nos desprecian". Y entonces yo pregunté: "¿Por qué nos desprecian?" obteniendo como respuesta: "Porque sensiblemente somos seres inferiores". En estas pocas palabras se puede traslucir el complejo de inferioridad que existe en los pueblos latinoamericanos y la necesidad de poner a los hijos de este pueblo en las mismas condiciones de cultura y de economía de los hijos de la gran nación del Norte, para no sospechar, ni siquiera remotamente que los progresistas norteamericanos desprecian a los habitantes de los países del sur de su patria".

Y terminábamos así: "Dígnese excusar mi franqueza, pero no hablo otro lenguaje. No creo cumplir un deber de americano sin dar las razones que acabo de expresar en esta carta para haber opinado que las veintidós naciones de América no descuelan como ejemplo único de amistad y de solidaridad internacional".

Hemos llegado al final de este capítulo en que tenemos que hacer una invocación tanto a las NN. UU. como máximo órgano de las expectativas pacificadoras de los pueblos cansados de que la paz no se haya convertido en el vehículo de la nueva reestructuración del mundo después de la II Guerra Mundial, como a la OEA legítima sucesora de la Unión Panamericana, en busca de asegurar que ni vayamos a caer en las garras del comunismo que acecha desde Moscú y tiende sus miras a la esclavización del mundo, ni el orden en que se ha sustentado la democracia en América sufra los impactos que están socavando sus cimientos y dividiendo en vez de unir a nuestros pueblos. Es una tremenda responsabilidad que no puede ser apartada de las realidades actuales que marcan una nueva era para la humanidad y las esperanzas de todos los demócratas y hombres libres, hoy en la duda de si fracasará la acción de los modernos conductores de Occidente o se hundirán los principios y el Derecho que han dado a nuestra época el predominio de una nueva espiritualidad rota por las ambiciones y las taras de algunos tiranuelos modernos, déspotas sombríos, que sólo pudieron encarnarse y producir todo el mal que han hecho, por la indiferencia, por la ignorancia de los ciudadanos de sus deberes vitales.

Para que América pueda cumplir su grandioso destino la educación, aplicada con el criterio democrático que ha sido preconizado por los grandes forjadores y civilizadores continentales, tiene que rendir sus frutos y crear generaciones libres. De otro modo no será posible pensar en que los americanos, los latinoamericanos más propiamente dicho, pesarán en los destinos del

mundo, a la hora del reajuste que hasta ahora no llega y antes nos mantiene expuestos a más rudas y tremendas sorpresas, a más desoladores e ingratos desengaños...

Es la hora de reflexionar en todo esto con serenidad y justeza de miras en la perspectiva de un mundo libertado de la herencia terrible de dos guerras.

Debemos terminar este capítulo. Un deber supremo de americanismo sincero nos impele a ponerle término invocando la necesidad vital de luchar con todas las fuerzas de que seamos capaces contra la ideología comunista, pesando lo que su influencia terrorífica y funesta ha significado hasta ahora para la humanidad. El comunismo es la negación de la libertad y de la dignidad del ser humano, es el ardid más arteramente tendido para retrotraer con tácticas nuevas la edad media a nuestro tiempo. Alguien dice que el hombre y su mundo circundante son presa de la más convulsa transformación que recuerda la historia con la inestabilidad de las cosas y la inseguridad de las instituciones, el desconcierto político y social que resulta único y sin precedentes en los anales de la Tierra. ¿Y esto por qué? Porque bolcheviques, fascistas, hitleristas y ahora el comunismo dirigido desde Moscú han venido a crear este caos para lanzar al mundo al maremagnum que favorecerá sus planes absorbentes de dominación, de explotación y de esclavitud. En nuestro libro "La Última Trincheras de la Democracia, América en la Encrucijada Roja", hemos agotado la explicación y la exposición de lo que el marxismo al modo como lo ha convertido en bandera Rusia, significa para la actual civilización. En el caso que sería irreparable de que América perdiera su vida tradicional regida por instituciones democráticas y donde la libertad, por lo tanto, ha sido un hecho hasta ahora, aunque se eclipse ese ambiente en muchos de nuestros países, hay que meditar en la tremenda desgracia, en el colosal revés que esto vendría a representar para la integridad moral y cívica de tantas comunidades responsables no sólo de su propia existencia libre, sino del destino del mundo futuro.

"La razón se niega a admitir —señala el profesor de derecho uruguayo Vicens Thievent— que haya dirigentes totalitarios de buena fe, salvo los casos muy poco probables de inexperiencia política o de incultura muy acentuada. Pero en cuanto a los dirigidos, a las masas —caso de la Argentina— que en mayor o menor volumen apoyan los totalitarismos hasta que se desilusionan, la posición mental y pasional es distinta. Decepcionados porque la Democracia no ha resuelto todos sus problemas, no ven con malos ojos que se ensaye algo nuevo o algo que creen nuevo, o algo que los dirigentes les hacen creer que es nuevo. Hay muchos hombres que no quieren tener problemas, ni dudas ni angustias. Los totalitarismos les prometen resolver aquellos y suprimir estas. Incluso resolver los asuntos sentimentales y sexuales, como quería antes Hitler y como se trata de hacer ahora en Rusia. El día que la cultura esté más extendida y en que el estudio de los derechos humanos tenga más importancia que los estudios decorativos, los pueblos comprenderán que los totalitarismos no son sino una regresión al pasado, y que lo que fracasó fué precisamente ese régimen del pasado del cual el mundo había casi llegado a liberarse en el siglo XIX. La Democracia no ha resuelto todos los problemas de todos los individuos, ni los resolverá nunca, porque la Democracia no es la perfección sino una tendencia hacia la perfección, y porque muchos problemas no los resuelve ningún régimen político sino los individuos a quienes afecta. Y si éstos no pueden hacerlo, no los resuelve nadie".

Lo que pasa es que en América de habla ibérica los papeles han vuelto a ser ocupados por regresionistas, por antidemócratas, por simpatizantes de los regímenes caídos en desgracia con la última guerra, y por asalariados del comunismo internacional. Y aunque no fueran asalariados, en su mente retardataria creen que sirviendo a Rusia ellos podrán convertirse en amos stalinianos de las tierras generosas y libres del Nuevo Mundo.

Una educación defectuosa, —que hay que modelar de otro modo, incluyendo los auténticos deberes cívicos, y el ejemplo de los próceres reactualizado en sus propósitos de un mundo liberado de amos y de déspotas,— es la mayor traba que encuentra la Democracia para cumplir su función civilizadora y culturizante, de dignificación humana. Luchemos sin tregua y sin descanso contra las ideas exóticas, importadas desde las tierras de los falaces y arteros esclavizadores de su propia estirpe, y mantengamos en América enhiesta la bandera del ideal democrático, que es privilegio americano y promesa de una humanidad a salvo de nuevos y tremendos cataclismos bélicos.

"La caída de los totalitarismos que se opera fatalmente —apesar de que se sostengan todavía algún tiempo por obra de la demagogia— no será definitiva hasta que una mayor cultura positiva y no decorativa, permita a todos comprender, como consecuencia de ello, que el liberalismo político fué el que dió al hombre una posición digna en el mundo". Pensando en esto, tan cierto, afrontemos al comunismo como al enemigo número uno que

hay que desterrar del escenario americano en defensa de nuestras instituciones y de nuestros derechos soberanos...

(1) Cuando formulábamos estos juicios acerca de las maniobras del peronismo en Chile, peligrosas porque lo malo cunde, llegan noticias que son para meditar profundamente en el tortuoso camino que sigue el gobierno argentino entregado a la demagogia y al predominio de esa falsísima y fugaz alucinación del *justicialismo*, arma de Perón con dos filos por cierto y a punto de herir acaso más pronto de lo que parezca a quien la esgrime con tanta audacia y desafiando las más nobles y esclarecidas tradiciones de su infortunada patria.

Primero y como un antecedente oportuno débese reflexionar sobre las circunstancias que han rodeado la muerte de la esposa del Presidente argentino, con toda la corte de publicidad y aparato que alcanzaron los funerales, en un clima de propaganda y de ritos completamente extraños a la vida democrática de los pueblos de América; sin dejar de tomar en la debida consideración los millones de joyas dejados por la señora Perón cuyo destino se estipuló al parecer en forma de más combustible para alimentar al *justicialismo* por los años de los años. Hay que meditar, así también, sobre la expulsión de varios de los más adictos y caracterizados funcionarios que han acompañado a Perón en sus actos de gobierno y de política, entre ellos el coronel Mercante, al recién fallecido Miguel Miranda, etc.

Bien es cierto que la corriente contraria a Perón crece como esas avenidas que llenan los ríos en el verano y se convierten en inundaciones que en un momento todo lo arrasan. Al principio no son indicio de nada grave, pero después rompen los cauces y amagan todo en tempestad que nadie puede desde luego controlar... Y no son síntomas que pueden desdeñarse aquellos de los especuladores que después de haberlos puesto en el camino donde actuaban el mismo Jefe con sus amigos, ahora ordena su persecución volviendo contra él a las gentes que más a su servicio estuvieron hasta no hace mucho.

¿Que puede esperarse, después de la exposición breve pero aleccionadora que hacemos de los hechos que la prensa ha registrado en América con lujo de detalles— de tantos precedentes que como una orla trágica vienen marcando la agonía larga de un régimen que ha barrido todo en su país, todo lo que cabe en la expresión de la dignidad, la virilidad patriótica, el respeto a las leyes y la Constitución, la solidaridad americana perjudicado grandemente con sus posturas y su mistificación de la democracia, con su dialéctica nazifascista, con sus planes de anexión de los Estados vecinos a pretexto de una confederación útil a su aviesa y mala política de hacer en América lo que no pudieron ni hubieron podido hacer jamás los insanos Hitler y Mussolini. Si en la nación argentina todo lo que rodea al oficialismo está corrompido, y los acontecimientos se encargan de demostrarlo cronométricamente por decirlo así ¿no es verdad que sin embargo el daño inferido a la causa común de la unidad americana y de la comprensión de nuestros pueblos, así como a la democracia, serán por mucho tiempo acaso irreparables?

El suicidio espectacular de un pariente del General Perón, tan oscuro el caso y tan suaggerido al mismo tiempo, ha suscitado los más variados comentarios en América entera. Los que siguen día a día los desatentados procedimientos del hombre que manda en la Argentina, ven en este hecho un episodio más de la descomposición y corrupción del peronismo, que ha tenido en el finado Duarte una de esas manifestaciones de inverecundia y de proceder incorrectos, explicables sólo en razón de las horas que está viviendo la tierra de Sarmiento. Y que este hombre se haya eliminado cuando disfrutaba de todos los halagos del poder y del dinero, dejando una carta-réclame para su cuñado, hay quienes juzgan que encierra una de esas oscuras tragedias horribles en que anda envuelto todo lo que rodea la Casa Rosada, por ahora al menos sospechosa del color con que la señalaron otros tiempos y otros hombres.

Luego, y cuando no había pasado sino una semana, acontece algo que vuelve a conmover a América: preparábase los sectarios para rendirle al Jefe el homenaje de las masas enardecidas del *justicialismo*, cuando el estallido de dos bombas en las inmediaciones del lugar de la multitudinaria concentración, trajo a la realidad el estallido de otra escena de barbarie que ha superado sin embargo a las de otros días de explosión de odio al medio de la calle. Se ha incendiado, pillado y destruído en el corazón de Buenos Aires, el Jockey Club, prestigiosa institución social argentina de larga trayectoria cívica, ha perdido sesenta millones de pesos en obras de arte, mientras bibliotecas valiosas y negocios importantes han sido arrasados por la muchedumbre fanática.

No ha sido esto lo peor: lo que trae al ánimo de todo americano consciente el coraje de una condenación altiva, es que el propio Perón alentó a los incendiarios y a los saqueadores, predicando en el mismo momento la necesidad de colgar a los traidores al peronis-

mó... Si un hombre de la calle, en la plaza pública, se exalta y exalta a los demás con incitaciones semejantes, puede acaso disculparse que el demagogo esquintero proceda así, llevado de su odio o de su despecho... Pero que el jefe de una nación, en el ejercicio supremo del poder, proponga el colgamiento de los enemigos y justifique el robo y el incendio, no se ha visto ni en el caso de Nerón... Y esto que el tirano de Roma ha sido presentado como el prototipo de la monstruosidad en el poder... Y pese a todo, a tantos hechos incalificables, Perón sigue adelante en su obra fatídica y demoledora. Pero es que todos han enmudecido, hasta "La Nación", en la tierra argentina. Para algo han escrito en "El Diario Ilustrado" de Santiago de Chile, en estos días: "Es un hecho bien lamentable por cierto que en el país hermano y amigo, el periodismo no goza de las prerrogativas que son inherentes a una correcta y libre función profesional. Es bien sabido que desde el triste episodio del gran diario "La Prensa", confiscado y cedido a la Confederación de Trabajadores, los demás órganos de la opinión argentina no disfrutaban de las garantías elementales que son propias de la misión. Numerosos diarios de Buenos Aires y de provincias, según consta de las denuncias elevadas al conocimiento de las Naciones Unidas, están rigurosamente controlados y algunos hasta han tenido que paralizar sus labores. Un periodismo dirigido, un periodismo que es incapaz, por intromisión de factores extraños, de decir la verdad, de fiscalizar, de censurar los actos gubernativos criticables, de acoger denuncias sobre abusos e incorrecciones de las autoridades, produce siempre el adormecimiento del espíritu público y abre ampliamente las compuertas al rumor callejero, al comentario desmedido, a la murmuración general. El imperativo humano de ver interpretados los sentimientos del pueblo, recurre inexorablemente a ese método nada aconsejable y a veces arbitrario del desahogo en sordina, de la apreciación en secreto de los actos de conducta de los gobernantes y, en general, de los hombres investidos de autoridad". Termina el comentario lleno de verdad del diario chileno: "El Presidente Perón, en un discurso dramático, se ha visto en la obligación de encararse frente a la murmuración, con el rumor que no respeta controles, que traspasa paredes, que salva distancias, que no se detiene en reputaciones. Las fuerzas policiales de Hitler destacadas en toda Alemania, no fueron capaces de reducir el comentario volandero. La misma experiencia la sufrió Mussolini en los mejores días de su prepotente poderío. En vano los diarios de uno y de otro defendían por orden del Gobierno la reputación masacrada de los funcionarios. El pueblo se tomaba el desquite de la mudez periodística y buscaba un desahogo que si era necesario y explicable, no siempre era ecuaníme y leal. La experiencia del pueblo hermano representa una lección dura y resonante. El hombre civilizado, como parte integrante del Estado, desea saber siempre la verdad. Y cuando por procedimientos totalitarios se le impide conocer esa verdad, convertido en pueblo, toma su revancha y apela al rumor, que no siempre es justo y aconsejable". Pero la propaganda peronista sí tiene libre y ancha circulación por todas partes.

Bajo este clima gime en la demagogia arrodillada su masa ante su ídolo, Perón; los días que vienen parecen de tormentas irreprimibles, acaso será mejor decir inevitables. Algo se acerca, algo viene con el viento de las frondas vengadoras que arrasarán lo que está señalado para pecer después de haber atentado contra la dignidad y la libertad de un gran pueblo engañado y traicionado por los totalitarios argentinos disfrazados de apóstoles y burdos sirvientes del comunismo internacional...

Estas cosas no las ve ni las condena la Organización de las Naciones Unidas por razones claras, pero no justificables. Este organismo está atento a otros medios para ganar la paz y al paso que llevan los acontecimientos internos y externos de América, de Europa, de Asia y de todas partes, más próximo parece el mundo a perder la paz que a ganarla...

* * *

La propaganda peronista hay que considerarla como la más nutrida publicidad, no diremos que política, al uso de la que se conoce en los pueblos democráticos, sino sectaria. Es el mismo estilo totalitario de bombardeo de la mentalidad popular, y basta leer los siguientes títulos para darse cuenta de la profusión y la calidad de ese papel escrito con derroche digno de mejor causa: Las Veinte Verdades del Peronismo, con las efigies del binomio presidencial; El Campo, recuperado por Perón, opúsculo dedicado a ganarse a las gentes de los campos bajo la capa de "humanización del trabajo y el salario del peón"; La Tercera Posición en la Prédica y el Ejemplo de Perón, o sea el justicialismo en danza para sustituir a los sistemas políticos actuales cuyas divergencias acabarían mediante el establecimiento del peronismo en todas partes; El Justicialismo y la Doctrina Social Cristiana, para comparar la obra del dictador argentino con la de Cristo; Perón y el Plan

Económico de 1952; Perón, leal amigo de los Trabajadores del Campo; La Educación Peronista a través del pensamiento de Perón; El Peronismo y el Cristianismo; Eva Perón en la Plegaria de su Pueblo; Perón habla en Cabildo Abierto del Justicialismo; Economía Peronista, plan económico de 1952 y precios de la cosecha. Etcétera. El oro peronista circula por toda América en manos de plumarios a sueldo, estaciones de radio y televisión.

Esta es solo una ligera reseña de la propaganda en folletos y opúsculos, la que se realiza por periódicos y radio resulta tan profusa y abrumadora, que todos los días desde el alba no es sino un coro de ensalsamiento de las maravillas que se ven, palpan y gozan en el paraíso del justicialismo. Maravillas, por lo demás, que dejan escapar sin embargo aires trágicos y siniestros como inequívoca prueba de que "algo se pudre en Dinamarca", como reza la clásica expresión conocida. Y esa putrefacción, sin duda, ha entrado ya en su último período... Porque la propaganda seguirá echando el oro peronista por la borda, pero la protesta se hace ya oír por medio de bombas y petardos, cada vez más convincentes, ya que la ciudadanía hastiada e indignada no puede hacer otra cosa en la nación del Plata...

CAPITULO IV

LA DECIMA CONFERENCIA INTERAMERICANA

SUS PERSPECTIVAS — SUS RESPONSABILIDADES

¡Qué difícil y lento parece el camino hacia la recuperación de los valores espirituales que formaron la doctrina de los emancipadores de las repúblicas iberoamericanas! No obstante que, en la realidad, ellas no tuvieron parte activa en las dos grandes guerras, las consecuencias que han debido manifestarse en desfavor de sus ideales en la marcha al porvenir, han sido tremendas. El impacto ha tenido la forma de una conmoción que sigue sacudiendo los cimientos institucionales, con la diferencia de que el fenómeno primero se manifestó de fuera para adentro y ahora lo tenemos haciendo oscilar los cimientos de algo que, los que sentimos la democracia y la profesamos con fe sincera, tiene ante la inconsciencia de los despreocupados y las maniobras de los totalitarios y comunistas, la categoría de fundamental a la existencia libre del Continente americano.

Pero no es solamente lo que dejamos expuesto que inviste el mayor peligro. No es que únicamente las dificultades estriben en la lentitud de una convalecencia como la que ha debido derivarse de la catástrofe bélica, generando esta situación. Lo peor es que se han incrustado en los poderes los mismos métodos antiamericanos que han dejado agónica a Europa, y que para volver a instaurar el predominio de las leyes y del derecho, se tenga que dar otra gran batalla liberadora que podría ya haber comenzado si no se opusieran con la fuerza de los intereses creados políticamente, los agentes que trabajan para envolver en el caos las instituciones republicanas. La confusión, de este modo, viene a resultar una arma que favorece los intereses y planes de los enemigos de la democracia.

En este capítulo —que es lógico eslabón de los que llevamos escritos para analizar esta hora de las más difíciles para los americanos de todas las latitudes— haremos un balance de los esfuerzos llevados a cabo para coordinar el pensamiento continental a favor de la estabilidad de los principios y de la emancipación superada en las Américas.

La situación general en 1938, cuando tuvo lugar la Octava Conferencia Interamericana, encaraba la inminencia de la II Guerra que la pandilla hitleriana tenía ya planeada para dominar al mundo. Se conocían minuciosamente los proyectos del Führer, que exponía, sin reticencias, sus miras hacia el sometimiento y nueva colonización de los países de América bajo un régimen de esclavitud. Y esta perspectiva que, en la era moderna, adquiría los contornos dramáticos de una vuelta a las etapas del tráfico humano con las agravantes del empleo de medios de fuerza y psicológicos que fueron desconocidos en el pasado, y que harían aún más oprobiosa la pérdida de las libertades y derechos ganados después de ingentes sacrificios por los pueblos sobre los cuales había puesto la mira el hitlerismo, fué la que alertó a las naciones de América para unirse ante el peligro y emplear todos los recursos disponibles a fin de levantar una valla a la agresión del III Reich.

La guerra segunda estaba casi a punto de estallar, ya sus oscuros nubarrones se cernían sobre la Europa desprevenida y desunida, cuando los hombres de estado de las Américas formularon el programa que concerniría a la Octava Conferencia Interamericana que, precisamente, correspondía celebrar en su fecha quinquenal, o sea en 1938. Esa asamblea tuvo la virtud de congregar en Lima a un notable grupo de personalidades entre las que destacaron altas figuras de la diplomacia norte, centro y sudamericana. Los más representativo de ese momento llegó a la capital del Perú para asistir a las deliberaciones sobre el tema vital de la defensa hemisférica y la principal fase de ellas se tradujo en la históricamente llamada *Declaración de Lima*, por la cual quedaba proclamada la *solidaridad continental*, o sea que las Américas anunciaban su designio de afrontar cualquier situación en cerner como un sólo hombre, con un sólo espíritu y ánimo de lucha común ante cualesquier agresión *viniera ella de donde viniera*.

Esa ecuménica reunión de Lima, entre las que hicieron serie para ir formando la cohesión panamericana, ha sido uno de los más avanzados y al mismo tiempo históricos pasos que América ha dado en el camino de la unidad de acción y de pensamiento en resguardo

de sus instituciones, soberanía y derechos naturales y políticos. La solemne firma del documento en que quedaba estampada la resolución de una política solidaria, figurará siempre como modelo de la madurez y cordura de América en el instante de máximo peligro, en una hora decisiva de su existencia como comunidad libre y democrática. Los pueblos todos del Continente, alineados en un sólo campo y con una sola preocupación —salvar la forma de vida que adoptaron en horas memorables y defender la civilización amenazada—dieron al mundo una hermosa lección de unidad de pensamiento y de acción, con lo que, al mismo tiempo, notificaron a los poderes del Eje que América se defendería y contribuiría a defender a Europa de los aviesos y truculentos fines conquistadores que prometía la guerra ya inminente.

Como afirmaba un destacado jurista suramericano, la unidad de los países de América y la defensa común de su patrimonio moral, político y jurídico, no ha sido tampoco el fruto de la improvisación. Más bien se puede asegurar que va siendo el resultado de un proceso metódico "en que fervorosos corazones, puestos al servicio de la idea, han ido cristalizando en fórmulas concretas el magno pensamiento de Bolívar; la historia de nuestras relaciones internacionales nos muestra cómo los resultados ya tangibles de la política de unidad continental son apenas el primer desarrollo de las frases generosas del Libertador cuando convocó la Reunión de Panamá. Tuvieron ellas una nueva expresión al finalizar el siglo en la primera Conferencia Interamericana reunida en la ciudad de Washington. Y en Conferencias posteriores los países encontraron su final derrotero y pudieron precisar conceptos que constituyen en la actualidad la filosofía esencial de nuestro sistema. El rechazo de la guerra de conquista, repudiar la intervención en asuntos internos de otros países. Obtener la igualdad jurídica de los Estados, llegar a los pactos de defensa colectiva contra la agresión, son otras tantas espléndidas muestras del adelanto obtenido en el camino de la unión americana". Esto es en todo verdad, salvo que ese capítulo o determinación de no inmiscuirse en la política interna de otros países nos está trayendo, precisamente, para el caso de la conservación incólume de la democracia y de las libertades públicas americanas, el peligro de que se desvíe el idealismo y se diluya en ese tinte totalitario que es una de las más amargas y tristes realidades que nos ofrecen actualmente algunos pueblos de América Latina. Una cosa es no intervenir en las cuestiones domésticas de las naciones del Continente, protegiendo los ambiciosos planes de avesados revolucionarios o irresponsables enemigos de la estabilidad de sus respectivas patrias, siguiendo la tradición de los motines y conatos que han hecho constante daño al progreso y la evolución de estas repúblicas, y otra cosa es mirar con indiferencia culpable a los gobiernos comunistas, o el afianzamiento de regímenes de molde totalitario, que echan por la borda la Constitución y las leyes, persiguen a los ciudadanos que les son adversos a sus métodos y conspiran de este modo contra el Sistema Americano desde que conspirar es socavar las bases del patrimonio moral, político y jurídico que forma el eje de dicho Sistema.

Hacemos esta relación o comentario pasando revista a la obra de las Conferencias Panamericanas como fundamentales a la unidad continental porque así lo impone el hecho de estar a las puertas de su realización, mientras formulamos estos juicios, la X Conferencia convocada de acuerdo con la tradición de estas asambleas. Debemos, sin embargo, insistir en una circunstancia sumamente ingrata: la de que había de pasar nada más que una década para que, desde la Conferencia de Lima a la de Bogotá, apareciese en toda su descarnada estructura, el mal que ha ido perforando las instituciones de América y ocasionando un retroceso en la ya incierta conjunción de las voluntades de los pueblos, porque los malos gobiernos que se han opuesto a la unificación continental por inconfesables determinaciones políticas, de su parte han hecho todo lo posible para ahondar ese mal. Los sucesos a que nos hemos referido en nuestro último libro y ya tratamos brevemente en el capítulo anterior, ocurridos en la capital de Colombia, de donde se hubo derivado una situación de guerra civil, fueron de tal magnitud y trajeron una secuela de infortunio, que lo más afectado por esos acontecimientos fué la causa de la solidaridad interamericana. Porque primero se dió la sensación de que los pueblos de América Latina seguían por el camino de los enconos políticos desalentadamente, sin que se ofrecieran signos de una mayor edad que les permitiera raciocinar y actuar bajo fórmulas de superación democrática y cívica. Y después se asistió a una hasta cierto punto poco fecunda acción de la asamblea panamericana, porque ya no quedó ni la serenidad para las deliberaciones ni el entusiasmo para pensar que de esta Conferencia podrían salir iniciativas y realizaciones venturosas para las Américas y para el mundo libre. No obstante, siempre, y debido a la firma de la Carta de Bogotá, dada entonces, vino la Organización de los Estados Americanos para tomar el timón en lo que atañe a las necesidades y problemas americanistas, considerándolos so-

lubles y no difíciles de eliminar bajo una instrumentación como la que ha reemplazado a la Unión Panamericana y funciona con sede en los Estados Unidos de N. A. con la representación oficial de cada uno de los países de América.

La cuestión de fondo que a nuestro juicio hay que encarar al reunirse la X Conferencia Interamericana de Caracas, es qué ha ganado el sistema americano y qué ha perdido mientras existe como aspiración de una estrecha unidad de pensamiento y de acción de los pueblos del Continente. Unidad que, por cierto, no puede tomarse como expresión optimista de que el panamericanismo esté marchando por sus carriles firmes y seguros, como ocurrió en días no lejanos. Estamos acordes en que un cúmulo de experiencias importantes ha tenido América en este quinquenio pasado desde que se realizó la IX Conferencia de Bogotá. Y también no desconocemos que la realidad nos ofrece más bien un paso atrás en el camino de la unidad continental, cuando debiera ser todo lo contrario. Pero aquí es donde conviene al objeto de este libro analizar y meditar un poco en las contingencias que han venido a poner una nota a ratos decepcionante en la magnífica empresa de la solidaridad y la cooperación interamericana.

* * *

Deben ser muy bien intencionados los conceptos que han formulado valores de América de la política, el foro, la diplomacia, etc., para hacer ambiente animado y grato a la próxima reunión de Caracas. Pero debemos decir, con toda franqueza y con el pensamiento puesto en la responsabilidad de los americanos en esta hora de nuevos e inminentes riesgos, que estos no nos deben tomar desprevenidos a los que cuidamos y buscamos preservar incólume la herencia de nuestros próceres. Se ha dicho, y no dudamos de la honestidad de los términos y de la calidad intelectual de sus autores, que América se halla en estos instantes dando un gran salto al futuro, con nuevos principios de justicia, de gobierno y de comprensión. Esto puede ser cierto, pero condicionalmente. Es decir, que tal hecho puede que se manifieste en algún pueblo de este Hemisferio, pero la realidad es distinta en muchos de ellos. Estamos viviendo, otra vez, la etapa dura de los caudillismos, de los gobiernos de fuerza, de los regímenes personales que han olvidado por completo las normas dictadas por la Constitución. Pero no es ya ese caudillismo del tipo que se conoció en el siglo pasado, cuando aún en medio de las sangrientas y encarnizadas luchas de los hombres que llevando una espada, la habían esgrimido la mayor parte de ellos en las jornadas de la emancipación y, a renglón seguido, consideraron que eran por derecho propio los llamados a encaminar a las nuevas nacionalidades. Y esto lo pensaban y lo hacían, con un fervor acaso exagerado del nacionalismo y de la interpretación de la doctrina que habían puesto en marcha los ideólogos de la libertad, pero nunca con fines inconfesables de sumisión a nuevos amos y mucho menos si esos amos son los que han negado a la humanidad el derecho a erigirse en el árbitro de una superación que comprenda todos los atributos que la especie debe tener en su calidad de rectora de sus propios destinos.

El caudillismo que después ha aparecido, ya medularmente muy desmedrado, pero no por eso carente de prepotencia que se apoya en los nuevos medios de violencia que la fuerza ha puesto al alcance del hombre, tiene la mayor responsabilidad de estos momentos cruciales de América de habla ibera. Un pensador dice que la culpa mayor es de los pueblos que se han empequeñecido en su caracterización de virilidad y de verticalidad ante los excesos del poder, viéndose asimismo disminuidos por la comprobación lamentable de que la institución del voto electoral, del sufragio libre, ha pasado a la historia, subrogado por las artimañas de los políticos carentes de emoción cívica y de dignidad patriótica. Y que, desengañados los ciudadanos al asistir a esta tergiversación irrita y desde luego inconsecuente con los principios democráticos en que se afirma la estructura de los países de América, han dejádose ganar por la pesimista idea de que las cosas no tienen remedio en sus respectivos pueblos, ni vale la pena luchar ni sacrificarse por nada después de asistir a semejante comprobación de las realidades políticas y sociales de este Hemisferio.

En todo esto lo que hay que recalcar a fondo y con insistencia es que la democracia sólo puede avanzar si el pueblo evoluciona en su educación y su cultura. Mientras él viva ofreciendo el espectáculo —tan frecuente en Latinoamérica— del analfabetismo en su máxima expresión y con una falta de educación cívica clamorosa, seguirán las cosas como las dejamos señaladas. Los audaces y los políticos profesionales ocupan el sitio de los buenos elementos que quedan postergados y en la mayoría de los casos prefieren apartarse de la corriente donde se sumergen y anulan los derechos políticos y las libertades públicas. El in-

dividuo en la democracia tiene que ir a una gradual restricción de los sistemas que tanto daño han hecho a nuestros países, como fruto de una mala interpretación de la democracia que exige a los ciudadanos su concurso noble y patriótico por el interés social.

Convinendo pues en que la responsabilidad es mayor en los mediocres políticos que se han ido haciendo cada vez más incapaces, cada vez más insensibles a las aspiraciones y anhelos de los pueblos, tenemos que insistir en que sólo la educación, sólo el ingreso a la cultura y a la comprensión integral de sus derechos, podrá darles a los pueblos de la América Latina la noción clara de sus prerrogativas, de sus responsabilidades y de sus derechos. Sólo a base de esto el juego institucional democrático les resultará grande y poderosa fuente de engrandecimiento moral, espiritual y social como se ve en todos los países que conocen grados superados de cultura y de auténtico liberalismo. Nos encontramos además ante el cuadro desolador de un burocratismo que se agiganta y hace cada día más frondosos los ramajes de la Administración pública. Mientras el industrial, el comerciante, el hombre creador de riqueza, sufren las acometidas del fisco en forma de impuestos, crecientes acotaciones inconcebibles y juicios coactivos, esa frondazón burocrática crece y crece, con más cabezas y raíces que una hidra moderna, y ya lo abarca todo, ausente de capacidad y de eficiencia porque el burócrata no exhibe ninguna de esas dos cosas. Vuelve a ser la carta de recomendación vara mágica, el sésamo ábrete de los puestos del Estado y de las empresas y entidades fiscalizadas a donde van a parar todas las legiones de desocupados, de incompetentes y de ociosos que colman las Américas por mucho que se hable de intensa industrialización y de desarrollo de la producción en todas partes. Una gran industria vuelve a ser, como en los tiempos de los covachuelistas coloniales, el empleo público, donde ahora hombres y mujeres —salvadas las excepciones— compiten en el disfrute de las grandes lonjas del presupuesto que han ido inflando en cada país a medida que después de la II Guerra, llegaron los días de las vacas gordas que todavía y para suerte de tales intereses, parecen no querer dar con la ausencia a la muchedumbre encaramada en las reparticiones fiscales.

Nos hemos desviado un poco de nuestro objeto esencial en este capítulo; pero no es desaminado tampoco hablar de las taras nuevas que están ayudando a destruir las normas democráticas y cívicas, ni puede aparecer inconducente decir algunas verdades para que les tomen el peso los hombres que tienen sobre sus hombros la carga de las rehabilitaciones principistas en esta América nuestra, soporte secular de muchas taras y de muchas prestidigitaciones que han acabado de malear la vida ciudadana al extremo de que, al alzarse algunos caudillos con la insolencia de sus arrestos dictatoriales, también suelen irse dejando a la ciudadanía inerte ante sus criollas actitudes que ni siquiera conocen sanción porque unos se asesoran a los otros en el arte de desencantar a las sufridas naciones que padecen tales caudillos de sí mismo...

Un escritor de mucha experiencia, Sanín Cano, a quien hemos citado otras veces, como a Enrique Santos (Calibán), enjuiciando los trastornos morales y sociales que están despersonalizando al hombre de América, ha expresado que a causa de las condiciones creadas por la pasada guerra, en el orbe, el ser humano casi ha sido dejado a sí mismo, o bajo leyes inertes y de gentes encargadas de aplicarlas en condiciones equívocas. Es por esta singular circunstancia que se ve a las nuevas juventudes con inclinaciones peligrosas, mientras los que disponen del patrimonio ajeno aumentan cada día y no son pocos los que viven a expensas de sus víctimas. La verdad ha entrado en descrédito y, por lo tanto, en las relaciones del hombre con el hombre, a base de mentira y de violencia, se van deformando las costumbres y cuando se habla de justicia, de honestidad, de sentido del honor, de las fases del bien, ciertamente no se sabe si se está haciendo referencia digna de respeto a esos atributos, o si nos encontramos con que también en América han sido adoptados los métodos que, durante la gran contienda, sirvieron para engañar o despistar al enemigo, pero que más antes ya habían utilizado los nazis y fascistas para desvirtuar la realidad de sus ambiciones de dominio universal.

La mayor preocupación de nuestros hombres guías debe estar en que la Décima Conferencia Interamericana de Caracas no resulte un contenido de doradas promesas o de pulida fraseología que envuelva o esconda el deseo de burlar las aspiraciones de América en pro de la justicia y el derecho de los pueblos a gozar de sus fundamentales privilegios.

Desde ahora se ha propalado en la interesante propaganda que lleva a cabo la Secretaría General preparatoria de esa Reunión, que una de las razones para que resulte la más fecunda de las Conferencias Interamericanas, radica en el hecho de que los trabaja-

Los inherentes están siendo preparados por Cuerpos Técnicos, como lo son el Consejo Interamericano Económico y Social, el Consejo Interamericano de Jurisconsultos y el Consejo Interamericano Cultural, órganos del Consejo de Organización de los Estados Americanos encargados de asesorar a éste en la esfera de su competencia que la sensatez y la erudición han de estar patentes en los estudios realizados, ni siquiera lo queremos poner en duda. Si necesitan un tratamiento especial los proyectos relacionados con los problemas económicos-política económica y desarrollo así también económico de nuestros países— no se ha de dejar de incluir en ello por cierto todo cuanto llevamos dicho con respecto a las razones de peso que existen para considerar que el desenvolvimiento de América Latina y su bienestar, deben ser juzgados y contemplados con un criterio amplio y justo, de reciprocidad bien delineada tratándose de la cooperación de nuestros países con los Estados Unidos de Norteamérica. ¿Hoy no estamos presenciando la batalla que se libra en defensa de los intereses peruanos en la explotación del plomo y del zinc, que afrontan un impuesto solicitado por los representantes de las compañías explotadoras de estos mismos minerales en la gran nación del Norte? Los graves trastornos sociales que en nuestro país se derivarían de la vigencia de ese impuesto —en el caso de que llegara a establecerse— cuando la baja producida en el mercado de metales ha arrastrado consigo al abarrotamiento en los puertos de embarques, de esos minerales, no son para descritos. Tan difícil situación cuando el precio está por debajo del costo de producción en el Perú, nos encuentra colocados en una de las encrucijadas en que la economía nacional confronta la misma amenaza que se vio cernir cuando surgió el proyecto de sobreimpuesto al atún peruano. Como cuando se instaló la industria pesquera en grande, el apoyo ofrecido por la Unión a la producción de plomo y zinc, hizo surgir en los días de la guerra un incentivo que se tradujo en la formación de nuevas empresas que fueron auspiciadas por las franquicias y apoyo del Estado. Maquinarias al costo de muchos millones vinieron a levantar una explotación que ya resultaba inoperante en nuestro país —seámos al mismo tiempo justos y cuerdos reconociendo que en economía son inmanentes acaso las leyes de la oferta y de la demanda, y que nada ficticio es sólido fuera de este concepto—, y como se ha dicho, seguramente con razón, en esa época naturalmente no se consideró por el fenómeno que dejamos señalado, peligrosa la competencia por los productores norteamericanos. Cuando ha sobrevenido la baja de valores en el mercado internacional, se afirma que el zinc y el plomo peruanos son serio rival que debe desaparecer y sobreviene el proyecto de impuesto de golpe de muerte, no sólo a la producción nuestra de esos metales, sino a la del Canadá, y México. Se presenta pues, en vísperas de la X Conferencia, un caso típico de lo que vale y representa la cooperación económica y de lo que en este aspecto tiene que hacer el Consejo Interamericano Económico y Social en orden a impedir que se rompa el equilibrio de la solidaridad continental si prospera la incomprensión, y nada se habría ganado con ambiciosos programas de Cooperación Técnica, si el derrumbe de la producción básica a la prosperidad y al bienestar de Latinoamérica tiene expresiones de ruina y de zozobra ante la primacía de los intereses y conveniencias de los industriales norteamericanos incómodos ante la competencia de lo que rinde al mercado de metales nuestro aporte. Felizmente, el gobierno de la Unión piensa de un modo distinto al de esos intereses personales.

Lo que pasa en el campo de la producción metalífera, se puede apuntar también para cuando se organicen los proyectos del Consejo Interamericano de Jurisconsultos que está señalado para ofrecer el Plan para el desarrollo y codificación del Derecho Internacional Público y del Derecho Internacional Privado, en que entrará la posibilidad de unificar las legislaciones de los países americanos. ¿Qué saldrá de este Plan cuando se ve que en América Latina el Derecho entra en eclipse y, por ejemplo, en lo que se refiere al régimen de las garantías individuales, se ve marchar por los caminos del Continente a los exilados de ciertos países, sin ninguna protección ni amparo. Una cosa que no debemos dejar de tomar en toda la seria consideración que merece, es que deberán fijarse bien en quienes — excepciones al margen— han de atender a la organización de las leyes y al estricto ordenamiento del Derecho, porque hay elementos que actúan como empresarios de la justicia y no dejo de recordar la actuación de alguno que aún en los más altos pináculos de la magistratura, ya apartado de la función, ha seguido manteniendo sus contratos para el usufructo de lo que tenía cuando ejercía su ministerio. De estos casos en nuestra América se pueden ofrecer muchos; ellos dan la medida de la corrupción a que se ha llegado y, por eso, insistiremos en que para dar normas y fijar rumbos debe escogerse a los hombres mejores, a los que se encuentren muy lejos por sus antecedentes y su ética de tener alguna relación con

esos otros representantes de una falsa democracia inequívocamente más enquistada en los rumbos del totalitarismo que invade nuestras tierras americanas. Por lo demás, permítasenos también opinar que la formación de la Corte Panamericana como proyecto a estudiarse en toda su amplitud en la Conferencia, será nada más que un buen deseo si no lo acompaña la sincera y firme voluntad de los delegados —interpretando la opinión pública americana— de que las resoluciones dictadas por la Conferencia de Caracas tengan la solemnidad de su cumplimiento irrestricto y sagrado. Por lo mismo que los medios van resultando hostiles a nuestro sistema de vida, por obra y gracia de los dictadores y enemigos de nuestro régimen de vida, las resoluciones y las actitudes deben conducirse tal y como lo exige este tiempo de dilemas tremendos.

No es nada honrosa, que se diga, la situación de los deportados argentinos que buscan refugio obligado en los países vecinos, especialmente en el Uruguay por estar a la otra orilla de los dominios peronianos. Pero esto necesita una digresión indispensable a los propósitos alentadores y admonitivos de este libro.

Un editorialista de Montevideo ha recordado el "humanitarismo" peronista con los que arroja de la patria para saborear el pan del exilio en otras tierras, lejos de sus actividades y su hogar. Y para el caso ha citado a Indalecio Prieto, el líder socialista español, quien al comparar a los viejos políticos monárquicos y a los franquistas, recordó a Francisco Javier Ugarte, ministro de guerra y justicia en la segunda década de este siglo cuando esta autoridad recibió un telegrama del jefe de las Juventudes Socialistas de España, refugiado en París, al enterarse de que su padre agonizaba en Bilbao. Telegrafió entonces éste al ministro exponiéndole el caso y diciéndole que aunque perseguido, acudía a los sentimientos filiales del alto funcionario para que pudiese explicarse la actitud del hijo del moribundo. "Traspuo —dice Prieto— la frontera el exilado sin dificultad y también sin tropiezo llegó a Bilbao. Pasó junto al agonizante las últimas horas que le quedaban de vida y con sus hermanos presidió el entierro. Había satisfecho su gran anhelo. Ahora, aguardaría que los agentes gubernativos vinieran por él para conducirlo a la cárcel. Pero transcurrieron horas y más horas y la policía no llegaba. La benevolencia del gobierno, por lo visto, permitía al delincuente regresar al exilio. Sin ningún estorbo volvió a pasar la raya fronteriza para proseguir en Francia su destierro, que acabaría con él en 1915". Pero en el régimen de Perón, lo que realiza su gobierno, es citado de este modo. "Personas absolutamente apolíticas, tanto en Argentina como aquí, se ven imposibilitadas para consolar en el lecho del dolor a sus parientes más próximos o para rendirles el último tributo en el acto de ser entregados a la madre tierra. Las formalidades indispensables, por la reglamentación peroniana, para cruzar el charco lo hacen imposible, y sólo por la intervención de algún personaje influyente, alguna muy rara vez se autoriza eludirlos... El dictador argentino por satisfacer su encono contra un País cuyo único delito es permanecer fiel a los principios democráticos, ultraja y pisotea los afectos más puros y respetables de los hijos de esta tierra, y también los de la patria argentina que sufren, en muchos casos, los efectos de tal furor inhumano".

Dentro de los planes de la Conferencia en ciernes, sobre garantías individuales, ¿qué es lo que hará ese plenario cuando se tenga que debatir una situación que es lesiva al Derecho de Gentes y que, en América, intenta desvirtuar una doctrina que ha sido precisamente la que ha dignificado la coexistencia de los americanos? Podrán ser irreconciliables los bandos en sus ideas, pero hay que volver en nuestros países a hacer de la hidalguía y de la nobleza, en el campo político, la base de nuestras instituciones si se quiere que el panamericanismo no retroceda a convertirse en americanofobia implacable, donde se devoren los unos y los otros hijos de este Hemisferio llamado a ser el asiento de una cultura superior con un espíritu también superior.

Y a propósito de las relaciones culturales, para lo cual se estructurará y discutirá la "Carta Cultural de América", ¿qué se ha hecho hasta ahora para fomentarlas con el calor de un americanismo sincero y superado? El fomento de las relaciones culturales interamericanas pasa, como todo, por una crisis que han exacerbado los que se interesan por dividir para reinar. Bien sabido es que, para que se incrementen las relaciones culturales entre los países de América, lo fundamental consiste en que estos guarden entre sí las más íntimas y fructíferas vinculaciones espirituales. ¿Qué se puede esperar, entonces, de un ambiente de tensión como el que prevalece, cuando los gobiernos se encuentran unos de otros en disparidad de credos y de posiciones? Citando dos claros y simples ejemplos: el de la Argentina y Uruguay y el del Perú y el Ecuador, puede haber quien crea que el clima resulta propicio

para que se cultiven fraternalismos de tal orden que las relaciones culturales encuentren un cauce favorable al desarrollo de los comunes intereses del espíritu? Y como no son sólo, estos casos los únicos y el mal tiende a hacerse crónico y a crear en lugar de buenos vecinos, enemigos o malos vecinos, he aquí una tarea que le va a resultar pesada y, por ende, dura a la Décima Conferencia Interamericana. Muy lejos de nuestro ánimo mirar el panorama integral de América con pesimista espíritu al ubicar nuestros grandes problemas de esta hora y los traspiés que venimos dando en el largo y hasta ayer fértil camino de la unidad continental; pero la verdad hay que decirlo sin rodeos, y señalar lo que de funesto puede tener para la democracia y la solidaridad hemisférica un estado de cosas que se ha venido agravando en vez de mejorar la tónica de una cooperación que es vital a los intereses presentes y futuros de los pueblos de este Hemisferio.

En radiofusión hecha desde Caracas, por la Secretaría General de la X Conferencia, se ha manifestado que una de las razones que hace suponer que ella tendrá las más grandes actividades reside en la actual situación internacional y en la creciente tensión existente entre pueblos de ideologías diferentes. "La guerra en Corea en que intervienen los Estados Americanos como integrantes de las Naciones Unidas; la "guerra fría" y las luchas ocultas y abiertas por las "esferas de influencia", son dolorosas realidades que harán que la Décima Conferencia tome medidas definitivas y precisas en relación con la solidaridad, seguridad e integridad de las Repúblicas Americanas, adoptando procedimientos que solucionen de inmediato los graves problemas que pueden presentarse". Y añade el comentarista: "Creemos que ninguna de las Conferencias Internacionales Americanas efectuadas ha tenido un escenario tan dramático como el presente, pues ni la Cuarta Conferencia de Buenos Aires de 1910, ni la Octava Conferencia de Lima de 1938, afrontaron situaciones semejantes".

Esto es verdad. Por muy graves, por muy trascendentales que fueron las circunstancias que predominaban en las fechas señaladas, de 1910 y 1938, el escenario americano nunca confrontó una situación como la de ahora que hace peligrar por sus bases la coexistencia de la soberanía continental y los principios que dieron origen a la cohesión de los pueblos que se hallan incluidos en la órbita de la realidad americana. Es más, nunca, ni en las turbulentas épocas de las revoluciones o guerras civiles de crecimiento de nuestros países, se asistió a un tensión entre las repúblicas que vinieron de un mismo origen y que se libertaron trabajando juntos sus creadores para formar la gran patria americana. Por eso es que el momento resulta intensamente dramático para nuestros principios y si se quiere decisivo teniendo como la más seria prueba para ver hasta dónde nos hemos desviado de la ruta de la confraternidad americana, ésta de la Décima Conferencia de Caracas que se ha convocado para 1954.

Dícese en la propaganda a que nos estamos refiriendo, proveniente de Venezuela, que "la tercera razón para asegurar que la Conferencia próxima brindará los mejores resultados consiste en la preocupación, el interés y el entusiasmo que el gobierno y el pueblo venezolano han puesto en la preparación de la misma: los planes trazados por el Gobierno en cuanto a la construcción de edificios destinados para esta Conferencia, su acondicionamiento sujeto a normas técnicas de las más modernas; la anticipada y cuidadosa formación de la sección de documentos, bibliotecas y demás oficinas de trabajos, aseguran la mayor comodidad para los delegados y las más grandes facilidades para el desempeño de sus delicadas funciones..." Aquí es donde debemos también hacer hincapié en algo que debe haber pasado inadvertido por la opinión continental: ¿cuál es el clima político que domina en la patria del Libertador? Y, conociéndolo, créese que es propicio ese clima a una reunión de esta trascendencia con tan altas como graves responsabilidades para la restauración de la esencia democrática y el mantenimiento del Sistema Americano? Además, preciso es que se sepa que las comodidades materiales de las delegaciones nunca podrían suplir las incomodidades espirituales consistentes en ir a constatar en la capital de Venezuela que allí están respirando también aires antidemocráticos, y al así comprobarlo los hombres libres que llevan una misión en consonancia con sus ideas y principios, ¿no es verdad que tal cita aparecerá como algo en similitud al cuadro que pintaba Cervantes en el Quijote, en cierta escena de la que tampoco nosotros queremos acordarnos? Estamos muy lejos de querer atribuir a uno u otro país de América situaciones que rebajen su dignidad de pueblos soberanos y libres; pero da la coincidencia de que América Latina viene pasando por una encrucijada política en que los tonos totalitarios se acusan más firmemente en

algunos países. Venezuela, mal que nos pese, atraviesa también por un mal momento y no lo decimos nosotros, lo dice prensa independiente de Sudamérica (Uruguay) en términos como estos: "El Consejo de la Organización de Estados Americanos aprobó por unanimidad la lista preliminar de los temas que formarán la orden del día de la X Conferencia Interamericana a celebrarse, salvo nueva determinación, este año en Caracas, y la pasó a los gobiernos miembros de la OEA pidiéndoles que presenten sus observaciones así como las sugerencias de nuevos temas antes del 30 de abril. Entre los temas propuestos figuran renglones tan importantes desde el punto de vista del principismo político, como el de una Corte Interamericana para la protección de los derechos del hombre; proyecto e informe sobre el reconocimiento de gobiernos de hecho; reforma y ejercicio de la democracia; Corte Interamericana de Justicia; posibilidad de estimular y desarrollar el ejercicio de la democracia representativa; régimen de los exilados y refugiados políticos. La discusión de estos temas, en los momentos actuales por que atraviesa el continente americano, pondrá al Uruguay frente a una delicada contingencia que casi sería preferible evitar, bregando por la postergación de la Conferencia. Si bien existe necesidad y urgencia de dotar al derecho interamericano de claras definiciones en estos aspectos quizás en la hora actual sería casi imposible obtener verdaderas conquistas y se arriesga, incluso, el retroceder, si predominaran como es posible, determinadas corrientes que no aplican, por lo menos en los hechos, a esos dilemas, un criterio resolutivo de inspiración democrática".

Esta referencia de la prensa uruguaya a la asamblea que se viene preparando, equivale casi a una denuncia. Si se adelanta que estos momentos no son propicios a la discusión de temas que naturalmente forman el meollo de nuestras fundamentales disquisiciones frente a la realidad americana, quiere decir que en el Continente no funciona normalmente el Sistema Americano y que hemos llegado a una situación tal que sería preferible remitir a otra fecha la celebración de la Décima Conferencia.

Se nos ha de permitir que, sin embargo del reconocimiento que hacemos de circunstancias agravantes de la crisis por que pasa la democracia en América, creamos, con sinceridad, que esa Conferencia debe salir adelante. Primero, porque la tradición de las Conferencias Interamericanas o Panamericanas no debe alterarse en su continuidad, que las fija cada cinco años. Segundo, porque de diferirse su realización se ofrece a los gobiernos dictatoriales la coyuntura para actuar a espaldas de los nobles postulados que inspiran a las instituciones bajo las fórmulas de regímenes del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Y tercero, porque es preciso salir al estadio en que se debaten las cuestiones capitales de esta hora del mundo para decir y hacer lo que interesa, en defensa de los principios básicos de nuestra democracia, aunque ella carezca de toda la eficacia que queremos sus cultores sinceros, y por muchos que sean los desengaños sufridos al ver como se bambolean esos principios en esta parte del mundo.

Es allí, en Caracas, donde se debe encarar la inimportancia, o más claro, la carencia de necesidad de bloques particulares en América, a fin de alejar de una vez por todas esa tendenciosa actitud que lleva a gobernantes desubicados de los verdaderos intereses hemisféricos, a preferir que se formen agrupamientos de naciones dentro del bloque latinoamericano con propósitos de alcanzar un mayor poderío económico y una mayor gravitación política y diplomática en el Continente. Esa iniciativa, sea quien fuere a quien corresponda, es decididamente mala. La rechaza tanto el sentimiento de solidaridad integral americana, como la seguridad misma de los Estados que al aceptar o tolerar tales bloques, tendrían que ponerse al cuidado de lo que pueda traerles como apéndice esa modalidad inconducente, desde el punto de vista de la doctrina de la solidaridad americana. Naturalmente, la admisión de los bloques regionales en el Continente provocaría reacciones peligrosas, porque unos países quedarían a la defensiva esperando ver donde les podría herir la asociación de países vecinos urdida para atentar contra la concordia y los intereses de los demás, y otros procurarían obligados o no por las circunstancias, pero siguiendo en el camino de sacar todo el provecho posible de ellas, hacer también juego a sus alianzas y ambiciones de poderío lejos de la estructuración jurídica del Sistema Americano.

* * *

De hecho debemos encarar los problemas que se presentan con carácter de vitales para América, sin esperar que la hora sea o no propicia en todo ese objetivo. Tal como van las cosas, córese el riesgo de que la involucración de los ideales y la doctrina americana en

este *pandemonium* de visos totalitarios, acabe de torcer los generosos propósitos que animan a quienes siguen pensando que América se puede salvar y ganar los caminos de su redención democrática con gloria para sus tradiciones y su historia.

Hoy muchas gentes de mediano entendimiento y las que han sufrido la decepción de los malos gobiernos y dictaduras, dicen que tanto da la democracia o pseudodemocracia que está vigente en nuestros países, como el que alguien mande unipersonalmente y al estilo nazi o comunista. Parecerá que son unos pocos excépticos o desengañados. No. El hombre de la calle se va haciendo también a esa idea porque ve el fracaso no de las instituciones sino de quienes las mandan y gobiernan. Bajo el concepto de que da lo mismo uno que otro régimen, olvidan que, en el fondo, la cuestión no es como la plantean. Ya antes quedó demostrado por la cita de un hombre de *juris* y demócrata conocido, que la democracia no es una panacea, sino una aspiración la más noble del hombre a preservar su libertad, su dignidad, sus privilegios de ciudadano. Si no lo ha logrado en la medida de su deseo y en muchos países está lejos cada vez más de alcanzarlo, es culpa suya también. No se vive en un mundo exclusivo de metafísicos y filósofos. La humanidad tiene ante ella cada día mayores complicaciones. ¿Pero cuando la vida no ha significado lucha por subsistir? Entonces hay que ir a la búsqueda de los medios mejores para lograr que sea más asequible a nuestros anhelos y esto es lo que persigue el ideal democrático. ¿Qué culpa tiene, en consecuencia, la doctrina de que muchas gentes se vayan volviendo más blandas por la sensualidad en que vivan, por el goce inmediato de los bienes materiales, por el desapego a esa austeridad que ha dado en ciertos países los más grandes bienes consistentes en vivir en una efectiva situación de seguridad social, de protección económica y bienestar material de que carecen otros? Se necesitarían libros enteros para exponer por qué y cómo en América las cosas han ido degenerando, pero no requiere sino unas cuantas líneas señalar una de las causas determinantes de todo esto: la ineducación, la ignorancia de los deberes cívicos, la injusticia social que prospera donde no existe una conciencia ciudadana, de donde a su vez resulta que a la sombra de esos males se desintegran los valores y se pierde la esperanza de llegar a cimas más altas. La vocación del hombre libre no puede ser otra que la democracia. Se ha citado a Montesquieu cuando dijo que ella se apoya en la virtud de gobernantes y gobernados. Convergamos en que en ninguno de los dos sectores la virtud hoy tiene la expresión que el gran hombre de otro siglo señaló como inherente a su certero modo de pensar.

Naturalmente, no faltará quienes señalen como teorizantes y utopistas a los que todavía piensen que pueden haber fórmulas mejores de convivencia y de gobierno en la tierra. Pero no se puede hablar del fracaso de la democracia porque ella no ha llegado a realizar sus objetivos; esto acontecerá cuando los latinoamericanos, sin distinción de clases y de estados demuestren que son capaces de cumplir su destino, como lo están cumpliendo, sin ir muy lejos, los ciudadanos que integran la patria de Lincoln y de Roosevelt. La educación ha realizado allí el gran milagro. Recién están reparando en ello los sociólogos, y lo de menos es que allá se tenga una mentalidad distinta a los pueblos de origen latino. Nosotros con muchas cualidades que no queremos reconocernos, podemos ir más lejos en el camino de nuestra grandeza. Nos gana, sin embargo, el prurito de creer que la salvación nos va a venir del acaso y como negamos a nuestros mejores hombres sus condiciones señeras, flotamos sin salida en el turbión de aguas descompuestas que va aniquilando los principios en que se afirmó el sacrificio y el esfuerzo de nuestros próceres.

Creemos, pues, para cerrar este capítulo, que la Décima Conferencia Interamericana de Caracas no debería ser postergada. Que debe realizarse, sean cuales fueren sus consecuencias y los desengaños o decepciones que nos traiga a la hora de la comprobación de lo que América ha ganado para hacerse más unida, más cohesionada y más dueña de sí misma. Franklin D. Roosevelt había dicho más de una vez acerca de la importancia de las Conferencias Interamericanas: "¿Qué fué lo que nos protegió de los enredos trágicos que actualmente hacen del Viejo Mundo una palestra de las viejas luchas? La contestación se encuentra con facilidad. Un ideal nuevo y potente, el ideal de la comunidad de las naciones surgió a la par que las Américas se hicieron libres e independientes. Fué alimentado por estadistas, pensadores y gentes del pueblo, durante muchas décadas. Gradualmente llegó a unir al grupo Panamericano de Gobierno; hoy día ha fundido el pensamiento de los pueblos y los deseos de sus representantes conscientes hacia un objetivo común. El resultado de este pensamiento a través de todo este tiempo ha consistido en dar forma a una institución típicamente americana. Esta es el grupo Panamericano que labora en conferencias abiertas por acuerdos abiertos. Celebramos nuestras conferencias, no como resultado de la guerra,

sino como resultado de cimentar la paz". Estas serenas frases del gran Presidente fenecido, de tanta importancia para reafirmar los objetivos de las reuniones interamericanas, fueron inseparables de estas otras que parece que inspiraron proféticamente al ilustre americano: "Divide y conquista. He aquí el grito de guerra de las potencias totalitarias en su lucha contra las democracias. Ha hallado éxito en el continente europeo por el momento. En nuestro continente habrá de fracasar". Pero que conste que la división o el afán divisionistas de marca totalitaria ha seguido trabajando sus objetivos. Las pretendidas alianzas regionales son una elocuente muestra de esto que decimos.

Y ya que hemos citado a Roosevelt, he aquí sus expresiones proféticas acerca de lo que vendría en medio de la catástrofe de la II Guerra: "En el camino que tenemos por delante —dijo una vez— se divisa un trabajo intenso, abrumador, de día y de noche, cada hora y cada minuto. Estaba a punto de agregar que se divisan sacrificios para todos nosotros. Pero no es correcto usar ese vocablo. Los Estados Unidos no consideran sacrificio para cualquier hombre, viejo o joven, lo que más bien constituye un privilegio. No es sacrificio para el militar, para el industrial o para el asalariado, para el agricultor o el comerciante, para el ferrocarrilero o el doctor, privarse de utilidades extraordinarias, trabajar más horas y con mayor ahínco en la tarea para la que es más idóneo. No es sacrificio privarse de muchas cosas a las que estamos acostumbrados si la defensa nacional demanda esta privación". Y así como fué en la guerra, la tarea que no está terminada tiene que seguir en la paz. Fiel al espíritu rooseveltiano, inclito paladín de la democracia.

Sin embargo, qué es lo que vemos en estos momentos de desorientación que nos hacen observar cuán olvidados viven los hombres de las grandes responsabilidades que impone no sólo la magna tarea de una victoria militar, sino la conformación de un mundo asegurado contra otra calamidad como la que tuvo su epílogo en los campos de batalla el año 1945.

Sería verdaderamente cminoso para el noble idealismo de los forjadores de la convivencia, de la confraternidad continental, que la Décima Conferencia Interamericana tuviera también no sólo los visos de una reunión burocrática para llenar una fórmula, sino que adquiriese en consecuencia de ello un sesgo que es por cierto el que menos acomoda a los trascendentales intereses de América como el Continente de la esperanza para los hombres libres y para la salvación de los principios que han permitido que lo sean.

"La más fecunda de las Conferencias Interamericanas" reza en la carátula del folleto en que se insertan las palabras pronunciadas por radio por el Embajador de Nicaragua en Caracas, a propósito de la organización del torneo que se realizará próximamente. Ojalá ese concepto tenga la virtud de corresponder en la realidad a las esperanzas de todos los americanos que quieren que la doctrina del panamericanismo y el sistema adoptado para hacer marchar la convivencia continental sobre las bases del derecho, la libertad y la justicia, no vaya a eclipsarse infelizmente como un crepúsculo más en la historia de nuestras grandes aspiraciones malogradas por falta de voluntades capaces de llevar a cabo las decisiones que resultan determinantes en la vida y en el destino de los pueblos.

Y si hay que corregir los graves defectos que política, social y moralmente están minando la vida americana, deber es, ineludible, que toca a organismos como los que funcionan para conducir hacia adelante y en camino de progreso las ideas y los hechos fundamentales del panamericanismo constructivo que nació de generosa iniciativa. A través del estatismo demagógico y del absorbentismo de grupo que usufructúa las flaquezas de nuestras incipientes democracias, para que prospere el poder personal, no se va a conseguir nunca la formación de una conciencia unitaria en América, de una comprensión elevada e integral de los derechos y deberes de los americanos.

¿Podrá dar algunas normas nuevas y precisas para alcanzarlo, con los recursos de que puede disponer, la Décima Conferencia Interamericana? ¿Saldrá invicto el panamericanismo de esta nueva prueba?

CAPITULO V

CAUSAS Y HECHOS QUE SIGUEN DESVIANDO LA APROXIMACION INTERAMERICANA

Que en Buenos Aires las turbas —en plena conmemoración continental del Día de las Américas— incendiaron el diario socialista "La Vanguardia" y el edificio del Jockey Club, la institución fundada por Pellegrini, ¿no tiene el significado de un desafío al espíritu de amplia tolerancia, vigente en los pueblos democráticos, con las ideas ajenas? ¿Y no es la interpolación de la violencia que se manifiesta por el verbo candente y las manos a la obra en forma de devastación y de incendio el más torpe inductor asociado a las maniobras de los enemigos de la Democracia en América?

Asombra ver que las instituciones que nacieron viriles y ejemplares en el Nuevo Mundo, más exactamente dicho en la América de habla hispana, sufren la conmoción brutal de las fuerzas que desata la tiranía erigida allí donde después de grandes sacrificios el genio y la abnegación patriótica de San Martín dejaron magníficos y memorables ejemplos de respeto y de amor a la causa de las libertades públicas después también de haber quedado invicta su espada en la forja de la independencia sudamericana. Al hacer una sola causa con el comunismo, o sea con la esclavitud, el actual gobernante argentino a sabiendas infiere tremendo daño a la empresa prócer que alardea de sostener en la forma como está conduciendo a la ruina su propia patria. No cabe la más leve duda de que la demagogia ha calado hondo en la mente popular hasta el extremo de haberles hecho concebir a esas masas ensoberbecidas que los bochornosos acontecimientos de abril son una hazaña y no un baldón para sus aytores.

Empero, antes de seguir calificando los hechos que mantienen en tensión a la América, digamos algo acerca de la doctrina que parece bajo las consignas populacheras que salen a flote en Buenos Aires identificadas naturalmente con los sectores que simpatizan con las ideas totalitarias.

En la capital argentina se publicaba por largos años un diario que recuerdan los viejos liberales y demócratas como un veterano y sin embargo erguido vocero del socialismo argentino y universal: "La Vanguardia". En las luchas del pensamiento del siglo pasado —luchas de hombres que hacían restallar sus ideas contra las ideas ajenas, en la arena de la diatriba pública—, ese órgano escrito con altura reconocida por sus mismos adversarios poderosos, fué una especie de bandera en que se mantuvo al tope la vigencia de la libertad de prensa, que los gobiernos respetaron siempre aun cuando buenas ganas hubieran tenido algunos de ellos de ponerla a un lado en horas grávidas de peligro público. Como ha denunciado la prensa libre de América del Sur, "ni siquiera en este caso podía el peronismo invocar la necia especie de que se trataba, como lo dijo por "La Prensa", de un órgano al servicio de la oligarquía y de los intereses extranjeros... porque "La Vanguardia" ha sido, y era hasta ayer, dentro de las limitaciones creadas por el actual régimen de Buenos Aires, una voz pura de la democracia argentina, batalladora y nobilísima. Gentes de tanta significación moral como Alfredo Palacios y Nicolás Repetto —los grandes líderes del socialismo argentino— y como los de las generaciones posteriores de ese partido, han sido los orientadores y sostenedores de ese periódico de ideas, que por haber defendido la libertad y haber servido la causa de la justicia social, dentro de un sentido de responsabilidad liberal, cae ahora bajo el fuego de los incendiarios que esa demagogia estimula". (1).

Efectivamente. Cuánta pena sentimos —pena y sonrojo— al rememorar ante el atentado la trayectoria de esa hoja que en largos, muy largos años, fué una tribuna y también una barricada de las ideas liberales. Barricada de letras de molde, más eficaces, más constructivas, más gloriosas que muchas barricadas tras las cuales se guarnecían el odio político o el sectarismo de los hombres. "La Vanguardia" llegaba a todos los pueblos de América que habla en español y en otros idiomas, llevando el claro y noble mensaje de su credo, el credo de los hombres libres, de los hombres adoctrinados en el patriotismo sano y en la elevación de miras; y era con respeto, con admiración y con júbilo que ese mensaje era leído siempre porque él contenía las sabias y cívicas lecciones que enseñan a

los hombres y a las mujeres de América a amar la libertad y la fraternidad por encima de todas las cosas que no difieren del pensamiento o del sentimiento religioso-democrático de nuestros pueblos. Tan expresiva fórmula de la democracia escrita para que en su modelo se siguieran trazando en América los surcos de la soberanía popular concepuada en lo que ella vale y significa genuinamente, repetimos, había sido respetada aunque la restringieran las circunstancias políticas en incómodos instantes de la vida argentina. Pero nadie se atrevió, jamás, a cegar esa viva fuente de dignificación espiritual, moral y política, que fué también por qué no decirlo, freno oportuno para muchos mandones que en la agresividad hicieron escuela, aunque —vale recordarlo ahora—, esa escuela no tuvo ni la temeraria arrogancia de estos tiempos ni llegó hasta abominar de las instituciones que crearon la vida republicana en tierras del Nuevo Mundo.

"Esas llamas de "La Vanguardia", —dice con razón un comentarista— no serán sin embargo perdidas. Acaso sirvan para alumbrar ante los ojos de América la realidad del panorama argentino, y no sólo del argentino sino del vasto y conmocionado panorama de la democracia en el Continente. Acaso ayuden a mostrar cómo tenía razón el señor Dulles cuando en recientes declaraciones advertía el peligro de los nacionalismos exasperados y de los fascismos criollos, acaso tan agudo como el propio peligro comunista que desde luego se agazapa detrás de esas otras formas del totalitarismo para medrar a sus anchas".

Siguiendo con los sucesos alarmantes de Buenos Aires, creemos antes de seguir adelante en nuestro examen de las desviaciones que vienen fomentando el antiamericanismo, recordar lo que Ricardo Rojas decía en un libro suyo —"Ensayo de Crítica Histórica"—, esto es, que "hace más de un siglo Rosas "inventó" su régimen "totalitario" en un Buenos Aires aldeano y en un país semidesierto: la mazorca de maíz colorado de sus chacras pampeanas prefiguró las fascas de los futuros lictores fascistas; apoyáballo un pueblo entonces analfabeto y una oligarquía tradicionalmente virreinal. Rosas —sigue diciendo el ilustre escritor argentino— fué, hasta por su estampa señorial y su cabalgadura de estanciero, un jefe visigótico de aristocrático abolengo; terrateniente en su condado cerril, con vasallos indios en las fronteras. No participó en la Revolución de Mayo porque era un goda. Se tituló el Restaurador porque restauró lo colonial. Sarmiento con certera intuición, lo ha llamado "nuestro Felipe II". San Martín, que expulsó a los realistas, condenó tal sistema de gobernar".

Sin embargo, por estos tiempos y al celebrarse la gesta sanmartiniana, se ha pretendido por la dictadura bonaerense establecer comparaciones y aproximaciones entre Rosas y San Martín. Hace muy bien Ricardo Rojas rechazando semejantes concomitancias morales entre el ínclito creador de patrias y el hombre que fué toda su vida un tirano y de de los de la peor especie, aunque el género se repita ahora para también querer hacer paralelos entre el Santo de la Espada y la égida justicialista plagada de desaciertos, de audacias tremendas y de injurias a la democracia y a las libertades públicas.

El espíritu inmarcesible de San Martín deberá pasar por conmociones hondas en el más allá, porque enemigo como fué el Libertador de los gobiernos personales, éstos se han vuelto en nuestra época frecuentes y con características de las cuales se puede decir que sobrepasan aún a las de los reyes, por lo cual acaso ningún dictador moderno querría ser un monarca si le va mejor y más ventajosamente con los arrees de tirano. Nerón quiso entregar un día al placer de su sentido del arte a Roma en llamas; lo que ha hecho el fuego en Buenos Aires tiene una semejanza con el tenebroso capricho del César romano, sólo que los libros perecidos en el incendio del Jockey Club con obras de arte de inestimable valor, señalan para la historia de un instante de América Hispana la nueva barbarie nacida del odio del populacho amamontado en la demagogia de su Jefe, para que la recuerden y la tengan como señal de alarma los civilizadores responsables del destino continental. Es claro, las ideas contenidas en esos libros no pueden perecer, ni el arte pictórico ha muerto con la desaparición de esas muestras gloriosas conservadas con amor; pero la calidad de los atentados graba en las columnas del tiempo el oscurecimiento mental de quienes no se pusieron a meditar un instante que la Patria argentina se modeló sobre los cimientos de esa cultura patente en los libros y asimilada por los Mitre, los Sarmiento, los Alberdi, en fin, por todos los próceres que vivieron y crecieron en fama y en gloria porque los acompañó a ganarlas la conciencia libre del pueblo del Plata instruido en los deberes y las responsabilidades de una etapa americana todavía no superada.

Zum Felde, destacado intelectual, Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo, razona de este modo: "En nuestra época se ha planteado un aparente conflicto entre la libertad y la justicia (entendida ésta en el plano económico). Parecería que un orden social más

justo, en tal sentido, fuera incompatible con la libertad política, sacrificada a un régimen estatal absorbente. Se pretende que habría que elegir entre una libertad sin justicia o una justicia sin libertad. La antinomia es, en verdad, un paralogismo; y el dilema no es necesario; si lo parece es porque a menudo, en el gobierno de las democracias, predominan las llamadas fuerzas conservadoras que responden a intereses privados opuestos a los elementales derechos humanos de la mayoría popular y a toda reforma económica que reporte mejores condiciones de vida". Pero si el mismo pensador reconoce que la incultura política americana da dictaduras, tan naturalmente como el árbol da sus frutos, y que rara vez se ha conocido una conciencia democrática en el verdadero sentido, no es ni puede ser en ningún modo aceptable que la consecuencia de esto sea la erección de las demagogías falaces que están trayendo abajo el edificio con tanto trabajo levantado de la República en América Latina teniendo la libertad por principio y la dignificación humana en la plataforma de la doctrina en que asienta sus bases el sistema que rige la vida continental.

En su tiempo José Enrique Rodó se sentía entusiasmado por la clara tendencia existente a una fusión de las voluntades en nuestra América hispana. El creía y vale recordarlo que esa noble preocupación de los argentinos u orientales por el Perú y los otros países o de los peruanos por las cosas del Brasil, de la Argentina, de Venezuela o de cualquier otro pueblo, para citar un caso, era ya un adelanto en el camino de la anhelada unidad de estos pueblos, cuya identificación democrática los llevaba a formar un solo haz en el futuro. El notable filósofo y educacionista Carlos Vaz Ferreira sostiene que la tragedia de la democracia esencialmente proviene de que estaba mal fundada. "Entiéndase —dice— mal fundada racionalmente; bien fundada en sentimientos y en actos, en luchas y abnegación y sacrificios y fervor, pero mal fundada en la razón... Generaciones y generaciones dieron su esfuerzo, su entusiasmo, su sangre para consolidar la democracia, y sin embargo por estar ella mal fundada en un aspecto racional, ha sido posible la tragedia... "En ella ha influido decisivamente un factor de vicio racional, de vicio crítico y desfallecimiento moral". Y alega aún más: La teoría de los derechos individuales ha de ser la idea directriz positiva de la organización social. "El respeto a la individualidad no ha de ser sólo ni separadamente, conciencia de su dignidad, sino de su eficacia práctica; los derechos individuales son las libertades que, en los diversos órdenes, es bueno conceder —con las instituciones racionales— a los individuos como tales, para mejor realización de los ideales sociales, que son de dos grupos: presentes y próximos; de mayor seguridad y felicidad; y futuros; de posibilidades de mejoramiento y progreso. Y su fundamentación no es ni mística, sino esencialmente positiva, a condición de tener en cuenta en la teorización no sólo los hechos próximos, sino los remotos, y de observar e interpretar la experiencia con este criterio". Requisitos de los que, por cierto, se han olvidado gobernantes y gobernados, estadistas y pueblos, instituciones e individuos. Educación y economía, le faltan a la democracia para hacerla más operante.

Leamos lo que, a la vez que surgen estos juicios del otro lado del Atlántico, dice "El Tiempo", de Bogotá, que ausculta el latir de la democracia en otro sector del sur americano: "Cada vez se tornan más patéticos y sombríos los síntomas de crisis en la democracia de América Latina... Hace poco tiempo, el nuevo secretario de Estado de los Estados Unidos, señor Dulles, hablaba de los peligros que para la unidad continental implicaba la evidente presencia de una posible alianza entre distintas formas de totalitarismo; porque no es inverosímil que ciertas formas retrasadas del nazi-fascismo que operan en algunas naciones latino-americanas se den la mano con el comunismo internacional que vive a la atalaya de oportunidades para meterse de rondón y quebrar la solidaridad hemisférica, no sólo porque eso importa a los fines de su política, sino porque de paso cree desquiciar los fundamentos de la posición de Estados Unidos".

Esto no es sino dar en el clavo por el acierto con que Mr. Dulles ha podido documentarse respecto a lo que está pasando en diversos países de Latinoamérica. ¿Quién puede poner en duda algo que la propia realidad se encarga cada día de exponer con todas las manifestaciones de ese nazi-fascismo retrasado y con ese comunismo que desde ultranza mira con la más explicable simpatía esta obra desquiciante que sus agentes voluntarios o a sueldo cumplen en el Continente? Por eso mismo, el diario en mención anota que "la advertencia del señor Dulles no era exagerada ni imposible: cada día vemos —añade— cómo se pierde una nueva libertad en el Continente y la arbitrariedad gana una nueva batalla. Casos de ocurrencia reciente constituyen nuevos índices de este desbarajuste a que asistimos entre asombrados e impotentes los demócratas que aún somos en estas tierras que debieron y pudieron ser de la libertad". Donde mejor se identifica el citado órgano colombiano con nuestro más íntimo modo de pensar, es cuando dice: "El fenómeno sin embargo no debiera sorprender porque ha crecido por la voluntad de muchos e indiferencia de los más. So

pretexto del llevado y traído y mal interpretado principio de la no intervención —fórmula sacrosanta de la solidaridad— los enemigos de la democracia, amparados además por la máscara anticomunista en algunos casos, han hecho de las suyas y han creado la situación que hoy aflige a muchos pueblos y preocupa seriamente a otros". "Muchas veces hemos dicho —sostiene "El Tiempo"—que la intervención se produce por acción y por omisión, y que ciertas actitudes complacientes o indiferentes resultan en veces, las más eficaces fórmulas de la intervención. Claro que hay que descartar ahora y siempre el funesto vicio de la intromisión extraña en asuntos de otros. Pero la indiferencia es tan perjudicial como la intromisión y tan dañina y disolvente como ésta".

Vemos, por estas reflexiones, que el editorialista del diario bogotano concuerda, desde su posición de periódico libre, en que la intervención cuando es obligada por las más vitales necesidades, no es un entrometimiento en la existencia íntima y soberana de un país, sino que más bien significa, como necesariamente ha de ser, el consejo oportuno, saludable y honesto de velar porque no se haga de la democracia y de los principios que la sustentan, cera y pabilo. Y asimismo venimos a estar de acuerdo en que "el ideal sería acción conjunta, coordinada y discreta, pero enfática, en favor de la democracia. Si se lucha por el imperio de los principios, si se combate en Corea en nombre de sus ideales; si se libró la gran guerra de 1939 a 1945 para salvaguardar la vigencia de sus postulados, no vemos por qué no hayan de detenerse las democracias del mundo en la vigilancia estricta de su austero ejercicio".

La tesis, sin duda, es de un gran acierto. Mueren en el Extremo Oriente hombres jóvenes de América sosteniendo la causa de la libertad, de la democracia, de los principios, defendiendo y tremolando la bandera que ampara al sentimiento libre del hombre para que ese sentimiento jamás perezca. Y, mientras tanto, por nuestros pagos la democracia anda en vía crucis sorprendente, tomada por estribo, por instrumento, por pretexto y pantalla de las más aberrantes y absurdas concomitancias y desaciertos con que únicamente se benefician los enemigos de ella, nacidos, crecidos y madurados a su sombra, pero, en su criollo criterio, entregados a medrar para su exclusivo beneficio material y sus conveniencias inexcusables tratando para el caso de convencer de que lo que hacen es bueno, útil y benéfico... De donde resulta que en muchas partes esta simulación que habría asombrado al mismo Ingenieros, gran psicólogo en el descubrimiento de este tipo de patología política y social, es considerada como democracia y los verdaderos demócratas, falsarios, teorizantes, retrógrados, fracasados, etc.

Termina "El Tiempo" su alusión al drama de la democracia señalando que "la solidaridad continental que todos los pueblos ansían y procuran jamás será una realidad, nunca será un hecho completo y cabal, mientras no se alcance la unidad democrática del Continente". "Mientras subsistan las fallas que hoy es preciso lamentar, y se ofrezcan los espectáculos que todos deploramos desde el fondo del corazón sin hacer poco ni mucho por evitarlos o remediarlos, la famosa y alabada solidaridad no dejará de ser sino palabra de protocolo, frío instrumento de cancillerías, ejercicio banal a cuyo amparo seguirán cometiéndose toda suerte de atropellos contra la libertad y la justicia".

* * *

No. Los americanos que conscientemente hemos elegido el camino de la democracia, y lo hemos elegido porque es la voz de la tradición republicana, la doctrina natural de nuestros pueblos, el alma de los principios regados con la sangre de los precursores de la independencia y de los que contribuyeron con su fe y su valor a sellarla en los campos de batalla, no podemos pensar ni creer jamás que la *solidaridad americana* puede acabar en frío, en glacial término de protocolo frente a las realidades y a los destinos de las Américas. Precisamente, viendo en perspectiva —en una perspectiva sombría y aconsejados sobre todo por las lecciones de la experiencia y de la historia— días peores, empezamos, por nuestra parte, esta cruzada americanista hace cuarenta años, con la seguridad de que ella tendría que servir, algún día, para contrarrestar el fragor contundente de los enemigos de las libertades humanas inscritas en los pabellones emancipados del lastre del absolutismo tiránico que conocimos todavía hasta fines del siglo pasado. La primera guerra mundial nos pareció que se había librado justamente para cancelar los imperialismos de ultranza, la sed prepotente de arrollar a la Europa liberal y democrática. Y las victoriosas jornadas de esa contienda que trajeron la paz de Versalles, alegría fueron para la fe y para la esperanza de la mayoría de los pueblos civilizados, los de América entre ellos con sus grandes, con sus extraordinarias posibilidades de fecundas tierras del Porvenir. Pero el camino de las agresiones había sido abierto. La brecha había quedado para dar paso a las maquinaciones de nuevos ambiciosos

de dominar el mundo para esclavizarlo y ponerlo bajo sus botas como en los tiempos de oscura y brutal opresión perdidos en la escabrosa historia de la humanidad.

Y así fué como vino la II Guerra, bárbara representación de un nuevo atentado de lesa civilización y de lesa paz universal. Para pretender justificarla, para querer disfrazarla de rebelión con espíritu racial y de superioridad en las concepciones políticas y económicas, salieron los nazis y los fascistas con su asalto agresor y tuvieron que ir los norteamericanos a combatir con todo el poder de que disponían en hombres y recursos bélicos hasta dejar en los campos de batalla de Europa y Asia, tendales de muertos, toda esa savia joven que sigue sin embargo recibiendo la tierra en esta guerra informal de Corea, que no conoce otra explicación que la revivencia del totalitarismo en Rusia transmitida a China roja con el deliberado fin de ir alimentando al Moloch de la guerra hasta que el comunismo pueda hallarse en condiciones de desatar sobre el mundo occidental sus jinetes apocalípticos que destruirían, si no hay otra nueva y formidable muralla que se oponga, nuestra civilización desde sus cimientos hundiéndola en la sombra en que se han hundido otras civilizaciones que, ya decadentes, encontraron frente a ellas para su cabal y desastroso derribo la fuerza y la violencia de los bárbaros de todos los tiempos.

"La alternativa trágica" califica "América", revista cubana, a este momento de la historia y la realidad de América. "Nos llenamos la boca —estampa el articulista— para hablar de soberanía popular, de democracia pura, de apego a la libre determinación de los pueblos; pero nadie se detiene a pensar hasta qué punto tan altos principios se asocian a una capacidad genuina del pueblo que presume de amarlos para hacer un uso digno de ellos. La libertad es el más hermoso de los privilegios, pero a condición de que su disfrute nos obligue a comportarnos con la noción clara de nuestras responsabilidades y nuestros deberes. La democracia es un sistema que da a las mayorías por medio del voto la oportunidad de seleccionar a sus mandatarios; y la palabra selección está indicando que ha de escogerse a los mejores. Si se escoge, con manifiesta estulticia, a los más malos, no sólo se vulnera la democracia en sí, frustrando los objetivos que ella persigue, sino que se descubre a la faz del mundo la incapacidad e impreparación del pueblo que tal cosa haga, para el disfrute del gobierno propio".

Pero ¿no es esto lo que vemos patentizado en la Argentina, en el Ecuador, en diversos países donde los sufragantes votan por sus frustráneos mandantes, por aquellos que por hablarles en demagoguismo van llevando a sus pueblos a la ruina y la democracia al fracaso? "Todavía seguimos adheridos—dice la misma revista habanera—a lo externo, a lo adjetivo, a lo periférico: nuestra devoción va a las palabras, a la letra muerta, al lugar común de la retórica politiquera: democracia, sufragio libre, soberanía popular. En cambio, nada importa que el sufragio libre conduzca, de etapa en etapa, a la integración de gobiernos con las mismas figuras y los mismos partidos desacreditados y rapaces que se alternan en el usufructo del poder público, y a los cuales se cubre de improprios mientras gobiernan y se vuelve a exaltar como salvadores de la patria cuando se alinean en la oposición. No importa que se trate de figuras funestas cuya ejecutoria está clamando sanción; esos hombres jamás se liquidan; conservan su influjo y su vigencia y siguen como factores determinantes en la vida política del país, sin que los liquiden ni los desalojen el desprecio y la hostilidad de su pueblo".

Es que esto ocurre porque falta, cada día en forma más sensible, la educación cívica del hombre americano, vale decir, latinoamericano. Precisamente, la ineptitud de los dirigentes es la pésima nota ejemplarizante que conduce al fracaso de las mejores intenciones y anhelos de los pueblos. Estos caen en manos de hombres audaces o de políticos que se atienen a la insensibilidad del país para hacer su acomodo. Aquel rey francés que dijo un día: "después de mí, el diluvio...", con que resultó un soberano anecdótico y su frase legado de la misma calidad para sus compatriotas, encontraría ahora imitadores a granel de su sarcástico modo de tomar las cosas y apreciar la magestad real. Los dictadores que se conocen en esta época, piensan todos de igual manera que el personaje real y sí, al tratarse de la tierra generosa de Martí, se les repitiera con el libertador cubano que "o la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni la sola gota de sangre de nuestros bravos..." se alzarían de hombros y seguirían su marcha a la deriva.

Cuando los pueblos se incapacitan para el gobierno propio ¿qué papel le corresponde a la democracia en semejante encrucijada? Ni siquiera son capaces las mayorías de adoptar aptitudes heroicas para decir como Julio César que *la suerte está echada* cuando la hora suena de decidirse a jugar el todo por el todo en aras de los principios y de las tradiciones cívicas.

Se plegan a los mandatos de sus ídolos y solamente los derriban y los deshacen cuando ven que ya no pueden obtener de ellos la caprichosa interpretación de esa demagogia que está haciendo tanto daño al espíritu de la democracia americana, demagogia desde arriba, más perniciosa y corrosiva que la de abajo.

En estos días se viene insistiendo en la urgente necesidad de que la educación del pueblo haga su parte, cumpla su misión, formadora de ciudadanos capaces. Empero, ya decíamos en otro de nuestros libros que la educación en sí pasa por una crisis que hace más patentes los defectos de esta época transida de graves problemas políticos, económicos, sociales y morales. Acaso no sea la legión de maestros que al servicio del Estado en las agotadoras faenas de encaminar a miles de escolares que repletan los planteles en cada país, ofreciendo rara peradoja entre la sed de saber que se media antes por el desapego estudiantil con instrucción gratuita y la de hoy por una inquietud diríase avasalladora de los padres de familia que no reparan en la parquedad de sus medios económicos para la educación de sus hijos. El magisterio que sostiene el Estado se queja —y sus quejas son hasta cierto punto muy justas— de que aquel es mal empresario de la educación. Primero, porque donde la democracia falla, se quiere hacer una especie de arriaraje escolar que conduce, quiera o no, a obtener pésimos futuros ciudadanos de la escuela en funciones oficiales. Y segundo, porque el magisterio en otras partes está sometido a situación casi paupérrima que se ve en la suprema necesidad de aescuiciar sus tareas para buscar en otras complementarias el equilibrio de su presupuesto. De donde resulta también que mientras en unas naciones se encuentran escuelas sin maestros, en otras lo que se ve es maestros sin escuelas. Porque, ¿de qué puede servir que se levanten amplios edificios, si allí falta el alma, el espíritu del maestro democrático y fiel a la observancia de sus deberes cívicos? ¿Y qué importancia moral y espiritual puede tener que los maestros dotados de conciencia democrática e idóneos quieran cumplir austeramente —aunque no bien remunerados— sus deberes si los locales escolares no responden a las exigencias de la escuela moderna y activa y los educandos no encuentran en ellos además aquellos recursos que puedan servirles de pauta para conocer las ventajas de la civilización y la cultura?

Ahora, volvamos los ojos a la realidad de aquellos países donde el régimen sigue los tortuosos caminos de la dictadura. La educación en tal clima tiene que ser una educación dirigida, así como incluso la historia tiene que ceñirse a una modificación que consuene con la política gubernativa. Ya en reflexiones que hicimos en libros anteriores, fieles a nuestra cruzada democrática y americanista, hicimos ver la seria inconveniencia de que la escuela se encuentre enmarcada en la casilla política de tal modo que más parezca una dependencia burócrata para servir a los recomendados por la influencia dominante en la vida nacional, que un organismo independiente de los ajetes y caprichos del oficialismo. Nítidos ejemplos de todo esto vemos de manifiesto en la Argentina y en otras partes donde la idea de Patria es cambiada o supeditada por la del caudillo o el Jefe a quien se le debe rendir, como en Rusia, todos los honores y ser para él todos los homenajes. El retrato del Jefe, en consecuencia, será el que se cuelgue de los muros de la escuela y los juramentos solemnes no tendrán ningún valor si no van dirigidos al amo que ya no considera a la escuela como el templo del saber sino una sucursal de su burocracia servil.

No se podría dejar sin un párrafo analítico la tremenda realidad de la enseñanza en los establecimientos particulares de Latinoamérica donde las excepciones, ciertamente, nos dan idea de que aún quedan respetables pedagogos fieles al deber moral y patriótico que absorvieron a su vez. Por regla general, la educación en la mayoría de planteles particulares se ha convertido en un negocio a la sombra de la nación. Aquellas alusiones tan frecuentes a que la democracia ha desaparecido del colegio particular halla su confirmación al saber que éste se divide en clases, en categorías y en sistemas. Cuanto más cara la pensión, mejor es el plantel. Si el padre de la familia de algunos recursos espera que podrá matricular a su hijo el año próximo y que este trámite debe representarle miles de pesos, no le importa. Espera confiado en que la operación se realizará y, fuera de las recomendaciones que lleve, las cuales son una de las llaves, aunque la mejor sea sin duda la fuerte suma de dinero que aporte a beneficio del colegio, lo importante es que esa educación se note por las insignias del plantel, aunque los métodos y el nivel de relativa igualdad ante la educación no sea sino una palabra más de las tantas vacías de sentido que están torciendo la realidad latinoamericana. Esta tremenda comercialización de la enseñanza, esta desviación profunda de lo doctrinario y lo moral, que exceptúa a solo muy pocos centros educativos, trae una deformación completa de nuestro espíritu habituado a normas de austeridad y de formación cívica de los futuros padres y madres de familia. La realidad para ellos se hace cada vez más dura en

este clima. ¿Qué poder moral y espiritual pueden tener las Asociaciones que ellos forman o los obligan a formar, en muchos colegios, si el aporte sólo se considera en cantidad de dinero y no en normas y en conducta dentro de la ética de la enseñanza?

Hémos, pues, aquí ante otro grave problema cuando hablamos de que la educación cívica, la cultura de los pueblos, sacarán adelante e invicta a la democracia. Dice M. Millares Vásquez acerca del ideal democrático: "Siempre ha tenido la libertad enemigos mortales. A través del tiempo, en todas las épocas, ha habido fuerzas autoritarias presionando sobre las colectividades. No es la primera vez, ni mucho menos, que predominan filosofías políticas basadas en la tiranía del Estado. Pero la historia nos demuestra que la luz de la libertad no se ha extinguido nunca, y aunque ha habido épocas de tinieblas, todas ellas fueron sucedidas por periodos de esplendor... Nada inédito han aportado a las doctrinas políticas los totalitarios modernos, como no sea el procedimiento de propagar vilezas a través de los sistemas de difusión que la técnica —una conquista económica de las democracias— ha puesto a su alcance". Sí, y cuando esa propaganda de vilezas llega a la escuela, donde germinan las matrices del porvenir que debe ser el rumbo austero de la Patria futura, ¿qué se puede esperar entonces? Si hay ambiente de tinieblas, ellas pasarán, esto es aceptable. ¿Pero cuánto tiempo necesitará para ser eliminado y contrarrestado el mal que dejen las tinieblas? ¿Acaso otra era de oscurantismo y de barbarie?

Si en la escuela no se enseña por maestros idóneos en qué consisten los planteamientos de un régimen consecuente con la tradición republicana, fundada en la libertad y en la justicia; si allí no impera el conocimiento de los fueros de la persona humana y sólo se quiere hacer prevalecer y destacar lo circunstancial y tendencioso; si lo que prima es el interés del lucro y no el mantenimiento de la dignidad y de las nobles cualidades consagradas por la democracia en función de convivencia y de progreso espiritual, moral, social y económico ¿qué va a hacer la educación en estas condiciones en favor de la solidaridad americana, de la vigencia de la doctrina democrática y de nuestra propia organización como un todo jurídico en el que se busca, casi diríamos heroicamente, desterrar del mundo civilizado lo inhumano del totalitarismo, y en cuya formidable lucha están — como dice Bárbara Ward,— a un lado los que lo defienden y al otro los que lo rechazan. Los dos únicos contendores sin otra discriminación.

* * *

"Cultura y democracia" —insinúa el escritor Jaime Posada—constituyen términos indisolubles y fórmulas de interdependencia. Educar al pueblo, sacar de los refugios el saber, esparcirlo, representan imperioso mandamiento. ¿Cómo se puede exigir facultad de discernimiento, de escogencia, de sensatez a un grupo humano ausente de luces y formación? Es lógico que si el acto democrático en sí se caracteriza por la expresión de la soberanía popular, por la voz solemne y rotunda del pueblo, dada a conocer dentro de los procesos habituales, la primera condición de veracidad de ese mismo acto está en la capacidad razonadora de sus participantes. Si los miembros del vasto cabildo nacional tienen la mente y el corazón dispuestos y capacitados para escoger, para resolver, la decisión será ejemplar. Por el contrario, ¿podrán esperarse síntomas de lucidez en individuos aherrojados por la ignorancia? De ahí la urgencia de educar a las masas, de alfabetizarlas, no en el grado simple de entregarles un abecedario, sino en el más profundo de ofrecerles un concepto de la vida, de sus deberes y derechos, de sus necesidades cívicas y sus funciones, para vivir en una república. Y ya en radio de mayor alcance, la conveniencia de extender los beneficios de la Universidad, de las Bibliotecas. Para dotar al hombre de suficientes elementos de juicio, para que pueda opinar como ciudadano, para que sea un real y consciente miembro de la comunidad".

Como puede observar el lector, de un lado a otro de América se escribe, se piensa, se enjuicia la democracia y la seudodemocracia, que están ahora en contrapunto para venir a probar, en lamentable paralelo, que más está pudiendo para quitarnos la conciencia jurídica el tremendo materialismo que arrasa las ideas y los dones del espíritu, mientras las clásicas expresiones de nuestra doctrina democrática sufren los rudos encontronazos de los adversarios de ella que trabajan ya sin disimulo por la desintegración de nuestros principios y virtudes ciudadanas. ¿Vamos a dejar que la anule el vendaval siniestro?

La confusión y el desorden que son el signo de esta época tan singular, vienen por desgracia aún de los mismos organismos que están a la cabeza de la reestructuración del mundo desequilibrado y desmoralizado por la II Guerra. Se ha observado con mucho acierto que "si se hace minuciosamente la lectura de las disposiciones de la Carta de San Francisco, y especialmente de aquellas que se refieren a derechos, libertades y normas democráticas,

y si se cotejan luego estas disposiciones con las que rigen en el interior de algunos estados miembros de las Naciones Unidas, podrá comprobarse la distancia entre las unas y las otras. Mientras la Carta de las Naciones Unidas consagra principios democráticos fundamentales, exaltando el concepto de libertad y la significación del individuo, hay gobiernos que han prestado su aprobación a esa Carta, pero violan sistemáticamente sus principios. Tal el caso de los países sometidos a la influencia soviética, así como de algunas dictaduras de América Latina y, probablemente, de varios gobiernos de otros continentes. Ese hecho más que cualquiera otro, revela, de manera elocuente, la existencia de un conflicto entre el Derecho Internacional y las prácticas que todavía imperan en el interior de muchos países supuestamente civilizados y progresistas. Si las normas más perfeccionadas del Derecho Internacional llegaran a privar algún día sobre la legislación interna de todos los países, la humanidad estaría muy próximo a la meta de la concordia y la paz estable por la que se lucha desde tiempo inmemorial. La universalización de los conceptos democráticos con su indispensable secuela de respeto a los derechos humanos, y vigencia inalterable de las libertades públicas, constituiría la base sólida sobre la cual podría edificarse una sociedad universal libre del peligro de la guerra y de otros graves conflictos”.

De estas serenas y nobles reflexiones fluyen otras que, por desgracia, parecen hacer retroceder las esperanzas en una América redimida de los males políticos que la están postrando moralmente, día a día. Enrique Santos advierte con su acucioso sentido observativo que “Perón en la Argentina y Velasco Ibarra en el Ecuador no descansarán hasta no acabar con la prensa libre. El uno culpa al imperialismo. El otro, al comunismo. Son dos pretextos para una sola ambición: el poder personal. Perón para prolongarse en el mando apela al recurso de gobernar con la multitud. Acompañarla o dirigirla en sus desmanes. Alentarla en sus extravíos; organizar el motín contra todos los adversarios, reales o supuestos que tiene esta mazorca, de peores caracteres que la de los tiempos de Rosas. “Un testigo presencial —asevera Santos— del movimiento popular que sacó a Perón de la cárcel cuando sus compañeros de armas trataron de ponerle fin a las andanzas del coronel, me contaba en Buenos Aires el espeluznante horror a que dió margen aquella manifestación desenfrenada. Toda la escoria llegada a Buenos Aires de todos los puntos del mundo y aclimatada a los suburbios... mezclados con obreros y trabajadores seducidos por la demagogia freneticada de Evita, llenaban la Plaza de Mayo, vociferantes, horribles, listos a destruir la ciudad. Era una enorme masa negra, ahora caníbales dispuestos a todo. Los jefes militares habrían podido disolver a cañonazos aquella turba enloquecida. No se atrevieron. No porque creyeran que la multitud los aplastaría, sino porque la victoria se habría obtenido sobre decenas de víctimas. Y la plebe se impuso. Ese día Buenos Aires estuvo a punto de perecer, pero entonces Perón contuvo a los amotinados, les ofreció entregarles el país. Y así logró dispersarlos... Pasaban los años y el paraíso prometido no sólo no llegó sino que vinieron el hambre, la carne escasa, el pan caro, los salarios más bajos. Y Perón volvió a apelar a la multitud, ya sin poder contenerla y encauzarla, sino para arrojarla a una lucha. ¿Contra quién? Contra la libertad, contra el imperialismo, contra los inmundos radicales y los asquerosos conservadores. Porque el lenguaje es el mismo de Rosas. El que principia también a emplear Velasco Ibarra. Los enemigos así designados, son vagos. Y entonces la plebe, que no los encuentra, arremete contra los símbolos materiales. El Jockey Club, la casa Socialista. La sede del Directorio Radical. Y ahora Perón se pondrá a la cabeza de los incendiarios; pero como ni aún quemando todos los periódicos y todos los centros políticos de sus enemigos conseguirá que suba el peso, ni aumente el consumo de la carne, ni mejore el salario de los trabajadores, sucederá que cuando no haya medios de quemar ni encarcelar, ni torturar, comenzarán los peronistas a devorarse unos a otros. Como ha sucedido siempre con las revoluciones hechas sólo a base de violencia populachera. Y cuando se hayan devorado, y la parte sana del pueblo se convenza de su error, volverá a la Argentina la paz y con ella la libertad, su compañera inseparable si ha de ser fecunda y duradera”...

* * *

Durante la gira que recientemente ha hecho el señor John Cabot, Subsecretario de Estado de la Unión, por algunos países de Latinoamérica, los periodistas le preguntaron cuál era su opinión con respecto a la Carta de Bogotá en la cual, como se sabe, los gobiernos americanos convinieron en estar de acuerdo para velar por la seguridad de los gobiernos constitucionales, elegidos por supuesto de conformidad con los usos democráticos, de tal manera que sin apelar a una intervención directa pudiera ponerse una valla a los que deviniesen como regímenes dictatoriales. Se ha citado que el señor Cabot contestó que ignoraba esa cláusula, pero que por

otro lado la política de la Casa Blanca era la de dejar a cada país que resuelva sus propios asuntos internos. Los Estados Unidos firmaron como los demás Estados ese compromiso, recordándose al general Marshall, como jefe de la delegación norteamericana, por haber estampado su nombre en el documento pertinente. Y por eso se ha dicho, comentando la respuesta del alto funcionario en gira, que no se trata de usar de los elementos de fuerza para derrocar a los gobiernos de facto e impedir que se establezcan peligrosas dictaduras en el Continente, sino de una acción de carácter moral y de solidaridad, que en adelante no hiciera tan viable y fácil destruir los gobiernos que el sufragio popular eligiera y reemplazarlos por otros de definido tinte totalitario dedicados más que a otras cosas a la persecución de todos los que no piensan como ellos. Se ha afirmado con entereza: la intervención, para estos casos, no debe llegar hasta más allá de los límites de la complicidad.

Ya en el anterior capítulo hablamos detenidamente sobre el punto. Pero no existe ninguna duda de que este aspecto de los serios problemas latinoamericanos también es de aquellos que llevan a la desviación del espíritu fomentador de antiamericanismo.

Es importante, por lo demás, que el presidente de los Estados Unidos, General Eisenhower haya decidido que un delegado suyo —su propio hermano— visite la América Latina en una misión especial y como expresiva muestra del interés que al mandatario estadounidense le mueve al tratarse de las relaciones entre su patria y las otras naciones de este hemisferio. De esto se ha hablado en tanto escribimos este libro, subrayando que lo que se busca de nuevo es considerar con calor cordial la unidad de nuestros pueblos. Declaraciones del Presidente de la Unión han sido traducidas así: "Anheló que el gobierno de los Estados Unidos esté plenamente informado de las condiciones de vida económicas y sociales que hoy existen en el Continente y de los esfuerzos que se vienen haciendo y deben hacerse para darles a todos estos países una vida mejor y más feliz. Esto no se conseguirá sino por medio del conocimiento directo y personal de los hechos. Por esto, desde que los deberes de mi cargo me impiden, como yo lo quisiera, visitar todas las repúblicas hermanas, he pedido a mi hermano, el Presidente del Colegio del Estado de Pensilvania, que haga mis veces y visite algunas de aquellas repúblicas llevándoles el sincero y cordial saludo del gobierno y del pueblo de los Estados Unidos".

En el caso de que la visita del doctor Milton Eisenhower se realice, acerca de lo cual sin duda se han de ofrecer informes más precisos oportunamente, se cree que ella ha de dar lugar a una información de primera mano sobre temas que son de palpitable actualidad para los intereses del panamericanismo (2). No hace falta que el gobernante de los Estados Unidos haya pasado por alto otra condición de gran interés americano —la política— pero como seguramente el representante del General Eisenhower no hará escala en alguno que otro país donde la situación se avenga mal con las normas democráticas, hasta el extremo de resultarle embarazoso visitarlos, lo cierto es que cabría esperar muchos beneficios para América Latina de la gira que haga el enviado especial norteamericano. Ya sabemos que los gobiernos propician y obligan todavía a inevitables fórmulas protocolarias que generalmente acaban por apartar a los altos visitantes, con misiones muy delicadas y útiles, del verdadero objetivo de su viaje. Por eso hay que evolucionar en estos menesteres y salirse un poco de ciertas reglas meramente turísticas y de cortesía a fin de que así como en el mundo han dado vuelta tantas cosas en estilo de renovación, en esto también se cambie de paso y se le den al ilustre viajero oficial los elementos de juicio para que su visita no sea una más de las tantas que han realizado personajes de muy buena voluntad, pero que no llevaron en su cartera los apuntes y los planteamientos indispensables a la conveniencia de hacer de la amistad interamericana algo más que un recurso de ocasión o fórmula sujeta a acuerdos que, a la hora de la hora, resultan letra muerta por falta de mayor atención y decisión al encarar las verdaderas necesidades y los complejos y serios problemas de nuestros países en este momento de la realidad mundial.

Para nosotros sería una hora ciertamente feliz poder asistir a una revalorización de los sentimientos que los americanos pusieron al servicio del espíritu de confraternidad y de acercamiento en días en que el panamericanismo era una palabra no indefinida, sino el maravilloso recurso para unificar las voluntades en los pueblos del Nuevo Mundo. ¡Cuánto han cambiado los tiempos!... El valor que asignamos en nuestras mejores épocas a los términos de libertad y democracia, nos transmitió al mismo ritmo la conciencia de que el americanismo no era un palabra vana ni estéril. Y hasta creímos en nuestro sano optimismo — que por ventura no hemos perdido— que ambas expresiones jamás serían arriadas de nues-

iro ideario continental de pueblos libres y soberanos. Una absoluta soberanía espiritual habíamos proclamado para todos los hombres que animaban la existencia en este hemisferio, y esto lo considerábamos un honor insigne que venía desde las horas gloriosas de la emancipación. Sea dicho con apego a la verdad, las generaciones finiseculares y las que comenzaron a vivir con la entrada del vigésimo siglo, jamás pudieron forjarse la idea ni barruntaron que una guerra sin precedentes iba a matar muchas gratas ilusiones en el mundo, así como la segunda contienda vino a destruir muchas realidades moviendo nuestra conducta en sentidos opuestos a los que siempre habíamos tenido como norma.

No es que pensemos que la democracia debe permanecer invariable y que la doctrina deba modificarse buscando en su acomodo la influencia temporal de cada época. Para nosotros la democracia es también una finalidad y no un medio conceptualmente maduro para hacer la prosperidad material y espiritual de hombres y pueblos. En esto coincidimos con los insignes varones que, sin ser muchos, están en estos momentos de crisis haciendo oír su voz de apostolado en las latitudes americanas y más lejos, poseídos del deseo, del anhelo supremo de desvirtuar los defectos que achacan a la democracia sus enemigos usando un verbo engañoso y aleve. El actual excecpticismo que pretende, aún entre gentes que alardean de ideas democráticas, hacer del descreimiento en los valores morales y espirituales de América su alegato a favor de nuevos sistemas políticos opresores de las ideas y del pensamiento que siempre se sostuvieron libéricamente, pese a todo, lo consideramos pasajero, fruto de un momento crucial y singular de la vida humana.

Se ha nombrado a George B. Sokolsky, notable articulista norteamericano, diciendo que "la guerra de esta centuria en sus manifestaciones cálidas o frías, se libra por la libertad individual; es una lucha contra la esclavitud, física, moral y espiritual. Esta lucha afecta a todos los seres humanos, pues se trata de combatir el control del alma y del cuerpo que ciertos sistemas pretenden imponer sobre todos los hombres. Esta es la primera, la verdadera guerra total en la historia de la humanidad; es el producto de un concepto obscuro del hombre, salido de la enloquecida mente de Hitler. La distorsión de la moral, que aspira a convertir la especie humana en una masa amorfa, inerte, sin conciencia, igual a un rebaño de ganados. El siglo XIX abolió la esclavitud considerándola como abominación incompatible con la dignidad humana. El siglo XX ha restablecido la esclavitud, juzgándola muy útil para el Estado. En este año de 1953 son pocas las naciones que conservan la libertad de escoger a sus gobernantes. El derecho del sufragio agoniza. El partido único ha reducido la voz del pueblo a un imperceptible y miedoso murmullo. La libertad del pensamiento, de la palabra y de la prensa fué una de las grandes conquistas de la civilización. En el siglo XIX el despotismo se había refugiado en el Asia y en el África. Hoy está reconquistando al mundo. La libertad no existe ya sino en la zona anglosajona y algunos países de la Europa occidental. Esperemos que una reacción salvadora devuelva a la libertad el terreno perdido".

Lo esperamos y lo deseamos por nuestra parte al leer que estas verdades dichas por un periodista honrado, no tienen desperdicio. Ellas retratan una realidad que se ha ido imponiendo en medio del desconcierto universal, mientras el temor a la III Guerra se ha ido convirtiendo en pánico en todos los continentes, por mucho que haya quienes aseveren que contados son los que piensan en que podrá estallar otra contienda de las dimensiones de las dos de este medio siglo.

¿Por qué no puede sobrevenir una tercera guerra? ¿Qué es lo que puede garantizarnos que ese temido conflicto no llegará a ser trágica y devoradora realidad después de mantenerse como pesadilla actualmente en vista del desconcierto y la incertidumbre reinantes en el orbe?

Claro está —y en esto también nos mantenemos de acuerdo con los que así piensan— es muy posible que esta crisis de hoy en América sea más una crisis de gobiernos y de dirigentes que de ideologías. Porque son esos gobiernos y esos dirigentes los que han ido torciendo el concepto de la democracia para acomodarlo a su criterio personalista del gobierno que lleva el disfraz del Estado. Veamos, por ejemplo, lo que ha seguido ocurriendo en otro país de América del Sur amagado por la crisis dictatorial a sabiendas la ciudadanía de lo que se venía encima. Entremos al Ecuador para ver qué está haciendo el señor Velasco Ibañez en su tercer gobierno. Con mucho del espíritu hitleriano en la cabeza, teorizante sin curación posible, se ve de pronto combatido por la prensa local que le hace ver los errores en que incurre y la necesidad de evitar nuevos desaciertos conducentes a los mismos resultados de los períodos anteriores que acabaron con el actual mandatario expulsándolo de su

patria. Este se irrita y manda poner presos al director interino de "El Comercio", hace clausurar otros periódicos que se solidarizan con aquel y aún al presidente de la sociedad de vendedores de los mismos por hacer circular aquellos en los que se le ataca. Soluciones de fuerza que tienen tal destino, no pueden considerarse sino procedimientos totalitarios infundibles. Por ser así un diario que comenta el caso opina sinceramente: "Se ve muy a las claras que el señor Velasco quiere dar la sensación de que es —criterio por cierto muy americano— de los gobernantes que "no se dejan". De ahí su vertiginoso despliegue de actividad ante la actitud de los diarios. Lo cierto es que ha producido la inmediata reacción de los espíritus alérgicos a las medidas violentas y al atropello de una de las libertades esenciales en toda sociedad civilizada, como es el derecho a expresar opiniones. Garantía primordial de la democracia y termómetro perfecto para saber hasta donde los pueblos mantienen la plenitud de sus fueros o se hallan enmudecidos por la imposición". En resumen, la actitud intransigente y antidemocrática del peroniano señor Velasco Ibarra se ve duramente criticada por la Sociedad Interamericana de Prensa, que, desde su sede en Nueva York, toma cartas en el asunto para protestar por todos los desafueros que comete el gobernante ecuatoriano y le recuerda: Primero: que la libertad no admite restricciones gubernamentales que no sean aquellas establecidas por la ley para castigar los abusos de dicha libertad, después de haberse probado la violación en tribunales de justicia ecuanímenes. Segundo, la libertad de prensa es una de las libertades fundamentales de los pueblos y el gobierno es sólo un agente administrativo del pueblo. Por lo tanto, en casos en que el Gobierno sea motivo de ataque de la prensa, no debe éste de constituirse en juez y parte para condenar arbitrariamente y negarle el derecho de defensa a presuntos delincuentes.

Se creería que Velasco Ibarra respondió a estas reflexiones de la Sociedad Interamericana de Prensa, dando disculpas razonables y, como hombre que se intitula de derecho y periodista también, ha asumido una actitud afín con los acuerdos firmados por su país para velar por la libertad de expresión. Hasta se ha olvidado de que el Ecuador fué de los firmantes del convenio suscrito en la reunión de la Sociedad en Panamá por el cual, los países representados en ella, se comprometieron guardando semejanza con la OEA, a considerar en América el ataque a un diario como un ataque a todos y cada uno de ellos.

Lo que más extraña y al mismo tiempo merece severo reproche, es que nadie fuera de algunos diarios y de la Sociedad antes citada, ha promovido una acción contra los vejámenes sufridos por los periódicos ecuatorianos. La acción colectiva de rechazo se ha desvanecido. Así es como prosperan los abusos y las vías de hecho siguen siendo usadas por la dictadura en los nada bienaventurados pueblos que las soportan como si ese fuera el clima que prefieren vivir.

Y el resultado evidente de las demasías velasquistas en el Ecuador ha sido que la detención de periodistas y la clausura de diarios se han mantenido contra el torrente de la opinión pública; aunque ahora también habría que preguntar por esa opinión pública que otrora fué la que sancionó o reprobó con el imperio de su veredicto inapelable los excesos del poder. En los tiempos en que la democracia funcional era auténtica fe de que América vivía a la sombra de sus instituciones libres, la voz del pueblo era la voz del pueblo ¡*Vox pópuli, vox Dei!* Pero entonces el pueblo también no fué el manoseado rebaño que formaron los politiqueros que malograron muchas realidades cívicas, ni esa populachería que se va tras el primero que les ofrece el oro y el moro a sabiendas de que jamás podrá cumplir sus promesas y menos si se trata de "doctrinas" difíciles de entender para la masa ignara que las defiende aunque no las comprenda, que es lo que pasa con esos dogmas marxistas de que les hablan sus líderes volubles y falsos. Es preciso que el pueblo vuelva a tener la conciencia de sus actos y de sus deberes, que se autoeduque también en las prácticas de la democracia a sabiendas de que lo que esta haga, no lo hará ninguna otra fórmula en las ambiciones de construir un auténtico mundo libre en medio de esta perturbación psicológica que permite, en muchos países, que las multitudes vayan detrás de su jefe atendienas a su irresponsabilidad total.

Bolívar dijo en su tiempo, en un discurso ante el Congreso de la Nueva Granada, condenando el sistema de gobierno absolutista teocrático: "La tiranía y la inquisición habían degradado a la clase de los brutos a los americanos y a los hijos de los conquistadores que les trajeron estos funestos presentes. Así, ¿qué razón ilustrada, qué virtud política, qué moral pura podríamos hallar entre nosotros para romper el cetro de la opresión y sustituir de repente el de las leyes, que debían establecer los derechos e imponer los deberes a los ciuda-

danos en la nueva república? El hábito a la obediencia sin examen había entorpecido de tal modo nuestro espíritu, que no era posible descubriésemos la verdad ni encontrásemos el bien. Ceder a la fuerza fué nuestro sólo deber; como el crimen mayor, buscar la justicia y conocer los derechos de la naturaleza y de los hombres. Especular sobre las ciencias, calcular sobre lo útil y practicar la virtud, eran casi atentados de lesa tiranía, más fáciles de cometer que de obtener su perdón. La manilla, la expatriación y la muerte seguían con frecuencia a los talentos que los ilustres desgraciados sabían adquirir para su ruina, no obstante el cúmulo de obstáculos que oponían a las luces los dominadores de este hemisferio".

Las palabras del Libertador caraqueño más parecen una profecía que una exégesis de la realidad de su tiempo. Sin embargo, pensemos en que en ellas se traducen los martirios de Tupac Amaru, de Miranda, de Toussaint Louverture, de tantos hombres que se entregaron a la prédica de América libre lucharon por ella, y sufrieron el calvario y la crucifixión, como nuevos Cristos, en aras de una humanidad emancipada y digna.

Pensando en el porvenir y en el papel de la mujer, Bolívar había proclamado al dirigirse a las alumnas del Colegio de Arequipa, en 1825: ¡Hijas del Sol! Ya sois tan libres como hermosas. Tenéis una patria iluminada por las armas del ejército libertador; libres son vuestros hermanos; libres serán vuestros esposos y libres daréis al mundo los frutos de vuestro amor". Que hablen ahora las mujeres de América recordando la admonición bolivariana. Esta es la nueva etapa en que les toca decir por qué y para qué tienen que ser libres los frutos de su amor ante la barbarie que tenemos tocando las puertas de países donde el coraje, la fe patriótica y la honradez espiritual de los americanos, crearon las virtudes cardinales de esos principios proclamados también por Bolívar: *libertad, igualdad y solidaridad*, al decir de un moderno comentarista de la obra genial del gran americano.

"Sacrificaría mil veces mi existencia para sostener la República" escribió el general San Martín cuando se hablaba con ese aían que no ha faltado nunca entre los rezagados defensores del colonialismo americano, de que el gran hombre quería traer reyes para colocarlos en peregrinos tronos suramericanos. Y Dardo Regules, cuando rememoraba hace poco la obra cumplida por el genio sanmartiniano y al contemplar la dispersión de los americanos en plena postguerra, dijo en "La Prensa" de Buenos Aires en vísperas de su ocupación por los agentes de la dictadura: "No hay América posible si no hay soberanías respetadas, pero además concertadas en una obra común. No hay América posible sino en el estilo cristiano de vida, que busca la fraternidad y la paz en el orden moral, en la institución del derecho, en la realización de la justicia. La voluntad de la dominación no es vocación americana... Nos toca tonificar nuestra firmeza con la firmeza de los que creyeron en el porvenir de América cuando América era sólo el desierto, el vacío y la anarquía. Para ellos y para nosotros quedó escrita hace siglos la máxima excelsa: "Cuando veas fracasar al hombre... hazte más hombre".

Tales pensamientos y doctrinas son los que nos inspiran. Ya vemos que, para fortuna de nuestra cruzada americanista, coexisten los que piensan en el mismo tono en que han pensado los generadores de la república en América libre. Un ilustre médico, el doctor Carlos V. Staganó, Presidente de la Sociedad de Cirujía de Montevideo y de la Agrupación Universitaria, ha dicho últimamente: "El organismo político como el organismo del hombre, tiene su propia fisiología. No basta encarar la medicina de los males físicos de las colectividades. Debe encararse ahora con decisión y ahínco la forma de evitar y curar las enfermedades psicológicas de las multitudes y los pueblos. Debe ser "la psiquiatría de las multitudes" la gran ciencia social del presente... Los hombres, para no constituir rebaños, deben cultivar la noción de su propia responsabilidad, única y poderosa arma de la eficiencia en cualquier órbita de la actividad útil. Hay una irresponsabilidad que sobrecoge. La democracia tiene necesidad de la fuerza moral de los hombres. Todos los vicios y los defectos que desprestigian a la democracia, todas las causas de su desintegración, de su falta de expansión constante, de su afirmación permanente, tienen como punto de partida la irresponsabilidad personal y colectiva a la que ya nos vamos acostumbrando. Hay irresponsabilidad "para hacer" y "para no hacer". Todos escamotean un poco su irresponsabilidad en lugar de exigirselas plena e ilimitada".

En nada de esto se puede pensar por las vías de una existencia de que se hace indiferente a los graves problemas que afectan a los pueblos y a los hombres, exigiéndoles participación en el modo de solucionarlos. Supongamos que un terremoto sacude y arruina una población. Y que la conducta pública se contraiga a que cada uno entierre a su muerto, de-

jando que el pillaje, el saqueo, la peste y todos los males sigan adelante bajo tal situación sin oponerle ningún remedio. Nadie descuenta que en medio de esa indiferencia perecerán, como en los días bíblicos, justos y pecadores. La salvación pública no consiste en que cada uno se meta a su casa, se encierre entre sus cuatro paredes y deje que los demás sucumban o se salven si pueden. Semejante concepto de los atributos y las responsabilidades en esta época crucial, debe considerarse no sólo pernicioso a la sociedad humana, sino suicida, por eso es que nosotros rendimos nuestra más fervida admiración a esos varones ilustres, a esos verdaderos santos que, al servicio de la humanidad con su investidura de científicos o de religiosos, en las grandes hecatombes y en los días de catástrofe colectiva que el mundo ha conocido, no repararon un instante en lo que les traería el destino a sí propios, sino que tocaron, asistieron y dieron de beber y comer al pestoso, recogieron al herido, levantaron la moral y la fe pública con sus consejos y su arengas llenas de optimismo en medio de la humeante desgracia, entre el dolor y el llanto de las víctimas.

En un mundo de indiferentes o de indolentes, la reconstrucción de lo que ha dejado como saldo trágico la guerra, moral y materialmente, tiene que resultar penoso en extremo. Sobre esto, el trabajo corrosivo de los enemigos de nuestro sistema con sus ideas y propaganda, arteras, acaban de consumir el atentado de lesa democracia que estamos presenciando. Hablando de Martí y de su obra liberadora, destaca Fernando Ortiz: "Es cierto y evidente que los supremos ideales, los de Martí, como los de Cristo o de Bolívar, o de otros grandes reformadores de la Historia, no han sido logrados plenamente en parte alguna; ni habrá de verlos alcanzados en sus días este anciano que os habla, con emoción de años y desengaños y de ilusiones y enconos banderizos; no tampoco los verán quienes lo están escuchando, porque acaso aquellos, ideales jamás se han de cumplir. Hoy en la mayor parte del mundo los derechos del hombre son desconocidos o burlados y la libertad padece congojas de agonía o está casi yerta, o jamás llegó a nacer. Pero no deben amilanarse los cubanos realmente martistas que, como el Maestro, sepan aunar en sus empeños de política grandeza para el avance del ideal, los latidos del corazón y los destellos del cerebro; el subjetivo valor, ardiente y puro hasta "el placer del sacrificio", que es la única fuerza capaz de vencer, y la objetiva estrategia en sus días fría y serena que conduce a la victoria. Pensemos que es sin duda benéfica influencia de Martí si hoy, pese a los intermitentes y lamentables vicios, flaquezas y convulsiones de nuestra cincuentenaria vida política, esta república, que Martí creó y la quiso *Cuba Libre*, todavía, aún en los tormentosos días que corremos, goza de ideales, de luces y de un radio de libertades, más que en la mayoría de las naciones del mundo, aunque aquellas corran el peligro de perderse totalmente porque son muchas las fuerzas ocultas que aquí, como en todas partes, las quisieran suprimir".

Esto lo dice un escritor y polemista cubano de larga y honrosa tradición, que ha luchado, ha trabajado y ha sufrido por las libertades de su patria, por la marcha armoniosa de la cubanidad y por el imperio de las leyes y los principios constitucionales. Con la jornada vital ya casi cumplida, y con una obra copiosa y brillante que refleja su fecunda labor intelectual y democrática, Fernando Ortiz cree y tiene confianza en los valores de la república, en lo que dejaron como legados sus próceres y en las energías de la raza. Pero le preocupan, y muy vivamente, estos días sombríos que azotan como tremenda tempestad moral y política al género humano a ratos perdido en su ruta al porvenir porque se la oscurecen y camouflean los enemigos de una humanidad libre. Espíritus esclavistas, de monstruosa inspiración antidemocrática, su afán parece así como un fuego que tiene el destino de consumir todo lo que los creadores de patrias levantaron para asiento y goce permanente de hombres evolucionados en una nueva edad de oro que, infortunadamente, no se ha repetido...

Alfredo Palacios, ilustre político argentino, al que la dictadura vigente en su patria ha inferido y sigue inferiendo por su hombria y entereza agravios que son también agravios para el resto de América, ha escrito: "Dirigir no es igual que mandar. Dirigir es asumir responsabilidades: es encontrar la línea recta en el laberinto de la realidad cambiante; es predicar con el ejemplo; es adelantarse con paso resonante al porvenir. Dirigir es ensanchar, es dilatar los caminos y los horizontes; es ampliar las perspectivas; pero, sobre todo, dirigir es encender en el pecho de los hombres la fe en la victoria humana, por el triunfo de cada día, de cada hora, sobre nuestras propias debilidades y flaquezas. Dirigir es decirle la verdad al pueblo, porque sólo por la verdad será libre y digno. Adular al pueblo es repugnante y más vil que la adulación al despota".

Y un ejemplo de esa adulación la tiene Palacios tan a mano, que ya vemos como funciona la palabra del Jefe convertida en instrumento venenoso desde arriba, desde las alturas del poder escamoteado a lo funcional de la democracia. La revista "Visión", en su número del 5 de mayo de 1953, nos ha presentado al vivo todo lo que ocurre en los entretelones de la política peronista, en la confabulación que el gobernante instalado en la Casa Rosada ha lanzado contra todo lo que es valor cívico en la Argentina de San Martín, de Mitre, de Alvear, de Sarmiento, de Sáenz Peña. La crisis gubernamental aparece allí con todos los caracteres de una *debácle* interna que lleva al gran pueblo hermano a la peor encrucijada que haya conocido en su existencia de nación libre y autónoma. Una noticia en "Visión" es bastante a darnos idea de la marcha de los acontecimientos en Buenos Aires. Dice la citada revista: "La descomposición oficial revelada por el episodio de Duarte —a que me he referido ya en otro capítulo— produjo conmoción en todo el país. Como en otras oportunidades, se convocó por eso a una gran reunión obrera en la Plaza de Mayo, con la finalidad expresa de hacer una exhibición de fuerzas, tendiente a recordarle al Ejército— fuente principal de la inquietud de Perón— que la Confederación General de Trabajadores representa una masa de seis millones de hombres que él maneja a capricho". De esa reunión como se sabe, salieron los incendios, devastaciones y actos de saqueo que han asombrado al mundo. Los líderes obreros, y esto es lo que merece una serena reflexión de los hombres que sienten cómo avergüenza a América la situación creada por el justicialismo, dijeron a gritos que esa cita, dirigiéndose al Jefe: "Mi General: sus enemigos, que son los enemigos de la patria, nos acusaron a los trabajadores que lo apoyamos... queremos que usted actúe libre y ampliamente porque sólo confiamos en usted. Elimínelos, General, (a los enemigos), pero hágalo de acuerdo con sus convicciones y con sus más íntimos impulsos... Nuestra decisión irrevocable es serle fieles hasta la muerte..."

La oratoria típica de barricada, como la llama "Visión", se manifiesta así, con este "elimínelos" que sabe a liquidación en el siniestro lenguaje de los turbas al servicio de un hombre que les ha prometido entregarles lo que poseen los enemigos suyos. (3) Y ese mismo hombre no tiene ningún escrúpulo para, en el mismo lenguaje del populacho —que no es ni será nunca el pueblo consciente— aconsejar a sus encorajinadas huestes: "Todo esto (las bombas, los rumores, la carestía de la vida, etc.), nos demuestra que se trata de una guerra desde el exterior con agentes aquí. Hay que buscar a esos agentes y, donde se les encuentre, colgarlos de un árbol".

Tan convincentes y oportunos consejos no podían dejar de tener repercusión y ejecución inmediatas. Las turbas se lanzaron al incendio y a la destrucción bárbara de aquello que consideraban el origen de sus contratiempos ya citados. Y vino lo del Jockey Club, la prisión de mucha gente, que ha sido al parecer torturada para obtener de los detenidos confesiones que comprometan a los que la gente justicialista considera los "enemigos de la patria". En momentos que escribimos este enjuiciamiento de la realidad en un sector sudamericano, se publica la noticia de la prisión de una escritora conocida por su ponderada actividad intelectual, Victoria Ocampo, directora de la revista "Sur". Abogando por su libertad la ilustre poetisa Gabriela Mistral, vínese recién a saber que se encontraba en las mazmorras que Perón ha destinado a sus presuntos adversarios, porque la redada policiaca en estos días de la Argentina aprisionada por la política peroniana, asume las proporciones de una captura en masa de todos los que resultan sospechosos de aversión al régimen. Ya éste, representado por el Jefe, puede parodiar como en la vieja y popular zarzuela:

¡Que viva el justicialismo,
que viva la libertad;
y que muera el que no piensa
igual que pienso yo...!

"El estado de crisis en la Argentina se va agravando— según sigue diciendo "Visión" —por un proceso inflacionista impresionante que se inició con los primeros pasos demagógicos de la política de Perón. En la actualidad, lejos de combatirse esta inflación, ha sido estimulada por el propio gobierno, como lo prueba la reciente emisión de dos mil ochocientos seis millones de pesos en papel moneda, y dos mil ciento sesenta y siete millones de pesos en créditos bancarios". De donde resulta que al empeorar la situación bajo tan dramáticas circunstancias, en los primeros meses de 1953 las deudas han alcanzado un monto de noventa y cuatro millones de pesos, lo que equivale a cuatro veces la cifra record que se señaló en 1952 en ese mismo período de tres meses.

Citaremos de paso lo que en otro aspecto puede resultar en desmedro de la democracia en el campo de la educación cívica. Se ha podido comprobar que centenares de jóvenes del Perú, de Bolivia, del Ecuador, y de otras partes, han ido acudiendo cada vez en mayor número a los institutos superiores argentinos. Muchos estudiantes de diversos países encuentran en la Universidad de la Plata, ciudad que ahora se llama Eva Perón. Pues bien: no es que queramos decir que no serán prácticamente eficientes los estudios en esos centros a donde llega un crecido porcentaje de estudiantes de Sudamérica, que así da una especie de réplica a los que marchan a las universidades norteamericanas del aprecio que hacen de la enseñanza de la nación del Plata. Lo que causa natural inquietud es que muchos de esos jóvenes —hombres y mujeres— que se hallan haciendo su preparación allí, podrían volver a sus respectivos países para, a su turno, después de asimiladas las malas artes políticas del peronismo justicialista, querer hacer lo mismo en su patria, apelando a esa pésima y desleal inconsecuencia con los principios del derecho, de la libertad y de la justicia. Ojalá nos equivoquemos. Y que conste que en todos esos países de origen de los estudiantes que marchan a la Argentina, hay universidades y escuelas técnicas y que en las del pueblo argentino las normas que las guían hoy desdichan de la libertad y la independencia que son y deben ser fueros del claustro en todas partes donde la politiquería no ha hecho brecha. Véase si no es así juzgando por estas reflexiones de "La Nación", de Buenos Aires, del 10 de mayo de 1953: "En su sentido profundo la universidad, mucho más que un poder temporal de acción impuesta, es un poder espiritual que se debilita o no se hace patente si no se goza de libertad para determinar sus orientaciones, el contenido de los estudios y el sistema de trabajo. En esto radica su autarquía. La universidad no puede obedecer meramente a causas externas o a poderes extraños. Podría decirse que en última instancia la universidad es causa de sí misma. Sus actividades se mueven excepcionalmente en el plano de las contingencias inmediatas; prevalecen en la pura esfera de los principios. Por eso tienen el poder de proyectarse en el tiempo y preparar grandes etapas históricas... La tendencia a la uniformidad hoy predominante entre nosotros, es errónea, pues cada institución de este género debe gozar de independencia para que pueda elaborar su propia configuración, su destino y su participación en el desarrollo de la vida nacional. No se debe temer a la autonomía sino a la ausencia de espíritu universitario. Cuando ese espíritu existe en la dirección y docencia, nada se aparta del verdadero marco universitario ni de sus valores: la objetividad en la ciencia, los altos ideales de patriotismo y de formación personal. El moderno fundamento de la enseñanza universitaria no consiste en el sólo aprendizaje de determinados programas, sino en la adquisición de un espíritu capaz de examinar y conocer los hechos por sí mismo. Por eso en la universidad no se aprende con la sola asistencia a la conferencias o clases, sino mediante una participación activa y directa en la búsqueda del saber, que obliga al estudiante a observar, razonar, interpretar, comprender y descubrir por sí mismo. Para ello las universidades requieren suficiente dotación de material y elementos, pero es lo que más suele faltar en Latinoamérica; y esta ausencia entorpece la realización de sus fines. En los congresos universitarios internacionales de Europa y América realizados en las últimas décadas se acordó unánimemente que la enseñanza superior debería ser, por sus exigencias, cada vez más financiadas por el Estado, sin que esta ayuda implique el derecho de éste a una permanente intervención en su marcha administrativa, científica y docente. La universidad debe ser autónoma mientras es capaz de erigirse en un centro de alta investigación científica, de formación técnica y de difusión cultural y no contrariar los fines específicos del Estado ni apartarse de los valores de la nacionalidad".

Estas serenas reflexiones deberían divulgarse en todas partes y hacerse carne en la conciencia de maestros y jóvenes, de estadistas y funcionarios. ¿Qué es lo que todavía vemos en los claustros de América entorpeciendo la marcha de la educación y la formación profesional de las nuevas generaciones? La dedicación austera de contados maestros y la tendencia del Estado a influenciar más y más en la marcha universitaria confundiendo su necesaria protección con un intervencionismo que le resta a la universidad la independencia que necesita para desarrollar el proceso de su autodesarrollo. Claro está, las algaradas juveniles provocan esa intervención a menudo, pero es que también se enquistan en la universidad hombres sin vocación, dispuestos sólo a ganar por los cursos numerosos que dictan y que, por lo tanto, dictan mal. Hay de ellos que suelen cultivar el aulentismo y los estudiantes en esta situación viven el desencanto que les produce la indiferencia del profesor cuando no la falta de armoniosa convivencia cada vez que la política incursiona en los claustros y la pugna de las ideas hace crisis. Porque no estará demás señalar que allí también han ingresado los defensores de la ideología comunista y los demagogos, de tal manera que la fuerza orientadora de la universidad se viene trocando, en algunos países, en campo de agramante político, puesto que si puede ser natural que cada uno tenga para

sí sus pensamientos respecto al credo tal o cual, lo cierto es que preténdese imponer dentro de la institución esos credos y, sobre todo, hacer de las ideologías importadas y antidemocráticas bandera de lucha para la universidad. Por último, si en ella se hace sentir el dirigismo del Estado, entonces qué hogar espiritual ni qué esfera de los principios puede encontrarse allí donde se carece del clima que necesitan las universidades para realizar su misión.

El mismo doctor Palacios ha escrito: "La fe en el pueblo debe ser la cualidad primordial del que gobierna. Quien la pierde ha dejado por sí mismo de gobernar, porque gobernar no es usar de la fuerza, arbitrariamente; no es traficar con el sentimiento de las multitudes en un escamoteo de gitanos; no es ejercitar habilidades en perjuicio de los intereses colectivos; gobernar es conquistar la fe del pueblo por medio de obras; es abrir un camino salvador, adelantándose uno mismo a recorrerlo; es resolver problemas y encontrar soluciones para beneficio de todos; es despertar el amor, el entusiasmo y la confianza entre los hombres".

Entonces, cómo calificar a los que han hecho del pueblo su séquito servil, halagando sus pasiones, explotando para sí sus defectos y alimentándolo de utopías irrealizables, a costa de odio y de rivalidades a sabiendas de que la convivencia en una nación está hecha, necesariamente, de la fuerza integradora de sus clases en función de comprensividad para el engrandecimiento de la patria. Ninguna civilización, ninguna cultura pueden reafirmarse allí donde los hombres, las instituciones y los gobiernos en el ardor de sus pasiones alimentadas por el politiquerismo corruptor de estilo justicialista, prenden teas para destruir y aniquilar gritando su amenaza y su vengativo propósito de acabar con todo el que no quiera plegarse a los dictámenes del populacho azuzado desde arriba para mantener un estado de cosas que choca con los principios y las doctrinas democráticas, cuyos enemigos encaramados en su posición de dictadores celebran por cierto el eclipse de los partidos tradicionales, la crisis del civismo y el desentendimiento ciudadano de los valores morales que ahora se relajan impelidos por los resabios de quienes ofrecen dádivas y prebendas a cambio de una obsecuencia y de un envilecimiento reprobables.

Para valorar lo que el interamericanismo significa democráticamente visto, en los objetivos de impedir que los pueblos de este continente lleguen a una desintegración de su imprescindible política unitaria, viene oportuno recordar lo que allá por 1939 dijo el internacionalista norteamericano Herbert E. Bolton en una asamblea celebrada en Washington: "Hispanoamérica —afirmó— lo mismo que Asia o que Europa guarda mucho de valioso para nosotros, las gentes nórdicas. Nuestros vecinos meridionales poseen una civilización magnífica. Su cultura es, en mil maneras, complemento de la nuestra y nos crecen el estímulo y la riqueza que nacen del contraste y la variedad". Cuando han pasado desde entonces algunos años, ahora encontramos que esas afirmaciones van ganando el camino de la realidad en el sentido de que América del Norte se da cuenta de que Hispanoamérica tiene derecho a ser considerada como una fuente de viva civilización. Y tan es así que en estos días misiones científicas, culturales y de investigación diversa se acercan como nunca antes ocurrió a nuestros países mostrando su interés, por todo lo que estos pueblos encierran y por lo que ofrecen al mundo los vestigios de una superioridad que mucho nos honra. Vemos, por ejemplo, llegar al Perú exploradores que como el señor Von Hagen, vienen para estudiar en el propio terreno las huellas de los formidables caminos incaicos, vías que al fin se llega a la convicción de que quizá no han tenido rival en el mundo. Se escalan nuestros montes más altos, se trabaja entre las ruinas de nuestras culturas litorales y andinas, se investiga nuestra flora, nuestra fauna... Encuéntrase que estas tierras son maravillosas. El mismo internacionalista dijo con acento de convencido: "Ahora sabemos que los españoles no mataron a todos los indios y más bien, al contrario, los únicos lugares donde los indios siguen vivos son las regiones que ocuparon España y Portugal". El interamericanismo está hecho de esta clase de interés y preocupación. El acercamiento de nuestros pueblos conviene ahora más que nunca ante las señales inequívocas de una marcha que se propone, en el proceso de la concertación de un nuevo ritmo de paz en el mundo, la unificación en Europa para contrarrestar las amenazas desde Oriente por parte de Rusia y aun lo que puede venir desde el mundo asiático donde efervecen ansias de absorción universal. Si América no se entiende, la tomarán de flanco los que la ambicionan. Luis Santullano, con la visión de las cosas del mundo actual y futuro, hablando de interamericanismo, propuso un período de información y contacto, claro que un poco al margen de los caminos que ha seguido la política panamericana ceñida a un régimen protocolario, en parte ya explorado. El propendía a que actuaran en una labor activa de acercamiento aquellos funcionarios diplomáticos y consulares que reúnan las condiciones necesarias para establecer o acentuar la relación con los intelectuales de los países integrantes de la americanidad,

designándose agregados culturales en las misiones que no los tengan. Invitación a profesores, escritores, técnicos y artistas a visitar los pueblos para dar a conocer su labor en cursos breves, conferencias, entrevistas, etcétera, y llegar a una relación personal. Organización de exposiciones de arte y técnicas, de audiciones musicales, etcétera. Traducción al español, al inglés y al portugués de los mejores libros, formando una gran Biblioteca con varias secciones. Los libros se venderían a precios asequibles. (El Fondo de Cultura Económica de México está desarrollando una labor en este sentido). Concursos entre escritores de Norteamérica e Hispanoamérica para premiar libros que expongan la historia y civilización americanas desde sus orígenes hasta las manifestaciones actuales (4). Luego, Santullano hablaba de otro período, el de cooperación cultural: Publicación de una "Guía para los Estudiantes de América" en la que puedan hallar informaciones sobre la organización de las enseñanzas oficiales y libres. Validez de los estudios realizados en unos y otros países de modo que los bachilleres encuentren más facilidades para seguir los estudios universitarios. Concesión de becas a los alumnos más brillantes de los centros escolares que deseen seguir estudios avanzados en otras naciones del Continente. Emisiones de radio especiales con programas que sean a modo de Universidad radiofónica orientada hacia los diversos intereses así de las gentes cultas como de la masa popular en los varios sectores de la vida, la instrucción, las técnicas, el arte, etc. Exposiciones circulantes de arte y técnicas que recorran los países con las realizaciones logradas. Complemento de estas exposiciones ambulantes serían la actuación de orquestas y cantantes que dieran a conocer la música respectiva, a la vez que las obras maestras universales; conferencias sobre América y su civilización y acerca de los avances científicos y técnicos, etc. Distribución de fotocopias representativas de cuadros, paisajes, industrias, obras de ingeniería, labor de enseñanza e higiénica a los centros de instrucción sociedades, etc. Proyecciones de películas documentales sobre los mismos temas. Por último, un período de compenetración, según el autor de estas iniciativas, sería para cuando los otros períodos hubiesen producido un suficiente acercamiento espiritual. Cabría pensar en clubes con bibliotecas especializadas en lo referente a la producción literaria, científica y artística, conferencias, cursos, conciertos, exposiciones, fiestas, etc.

Tales proyectos, de los cuales se han ido realizando algunos, a nuestro juicio señalan acierto en la elección de los medios para promover un interamericanismo sólido y auténtico. Ya nosotros propusimos en libros anteriores ideas que coinciden con las del autor de las que dejamos expuestas, y la insistencia con que hemos hablado de las Casas de América, al traducirse en realidad como se ha podido verificar en Chile y algunos otros países, viene a ser nada menos que una expresión de esta cruzada de acercamiento que nos lleve por los medios de la cordialidad y la comprensión a donde queremos ir en el Nuevo Mundo a fin de establecer la unión de las repúblicas continentales cultural, económica, social y espiritualmente.

Es verdadera lástima que los cauces de la diplomacia no sean más hondos en esta búsqueda de alcanzar abundante caudal de cooperación entre nuestros pueblos. Y todavía es mayor contratiempo que los gobiernos de tipo dictatorial crucen la empresa de la solidaridad americana con sus tergiversaciones de la realidad histórica y del destino que le toca desempeñar al mundo americano. Por un lado la indolencia de representantes acaso ineptos para comprender la misión que le toca a la diplomacia en estos días urgidos de decisiones rápidas y fructíferas. Por otra parte, la confusión de las ideas y la torcida interpretación de los fines de la unidad continental, planteando pactos sospechosos y suscitando recelos fundados. Y, luego, el ver llegar las cosas hasta tal equivocada situación, que a veces hasta se puede pensar que hay algunos países que ya no querrian verse representados en los otros por diplomáticos sagaces, cultos y bien entrenados en su misión, sino por agentes improvisados, tal se perfila la inversión de los valores y la caracterización que pretenden darle a la vieja e ilustre ciencia y arte a la vez dedicada a cultivar la amistad, la fraternidad y la convivencia ciertos gobernantes que, desde la soberbia del poder, piden a la muchedumbre que aplique la ley del palo a los enemigos del régimen donde quiera los alcancen... Ninguna diplomacia se encuentra a salvo cuando el Jefe proclama que hay que caminar con el "alambre de fardo", listo, para emplearlo en los enemigos de la Patria (traducido en su lenguaje a los enemigos de su gobierno), y esta regresión que los aproximaría más a la barbarie que a la confraternidad y la cohesión americana, que empieza por la concordia interna de los pueblos, no tiene sino una forma de explicarse: el gañanismo, cuando asume una actitud poderosa y de prepotencia, ya no sabe de maneras, de delicadeza ni de línea. Todo esto, naturalmente, para quedar a la recíproca, como en la sentencia de Martí que traducida a nuestros días podría significar: ternura te pagarán con ternura, violencia con violencia.

Cuando el mundo ha llegado a aceptar como cosas naturales tantas absurdas manifestaciones que entrañan la brusquedad enquistada hasta en los discursos de los que mandan, apoyados en los hombros de la multitud que aduían, a veces se duda de que la democracia pueda lograr la igualdad como expresión de ciudadanía libre y emancipada de la incultura y la ignorancia que obscurecieron el lejano pasado de los pueblos. Y si es cierto que de la libertad convertida en libertinaje han abusado y abusan los que no conocen los límites que un justo medio reclama entre los hombres para que se respeten unos a otros, cuán lamentable sería que ese derecho imprescriptible que acompaña al hombre, jamás pudiera florecer para servir de anuncio de que el mundo ha superado todas las etapas de su existencia yendo al logro de superiores planos que lo dignifiquen y lo hagan dueño de su personalidad y rector de la civilización que hoy se debate en medio del naufragio de muchos ideales y en la encrucijada que concece un siglo hollado por la irrupción de siniestros aventureros de *neroniana estirpe*...

Sean los americanos los que mantengan viva la llama de su ideario democrático y la devoción constante a la libertad, a la justicia y al derecho. Estas fórmulas supremas en el proceso de la solidaridad de los hombres y los pueblos, jamás pueden prescribir. Conservando el espíritu de la libertad en términos de permanencia, sin influencias de temporales conceptos políticos que le nieguen a la democracia su funcional dinamismo en grado tal que los ciudadanos en toda América puedan considerarse libres en el pensamiento y libres en la acción —porque sería inconcebible que pueda hablarse de democracia sin que existan los hombres capaces de disfrutar la libertad moral, la libertad social y la libertad política—, se llegará a evitar que estos pueblos se suiciden al apelar a sistemas ajenos a su psicología, a su tradición y a sus esperanzas. Los gobiernos personalistas que no se cansan de proclamarse necesarios porque alegan que las colectividades no están maduras para disfrutar los bienes de su cultura política, tienen que ser al fin desviados del camino en que se mantienen a prepotencia para que desarrollen y prosperen las sanas normas morales y cívicas de la ciudadanía.

Por eso decimos que la educación tiene que ser, en primer plano, la que determine la creación de una conciencia democrática irreducible por más que hagan los dictadores como el de Argentina, al que tornamos con frecuencia en estas páginas porque perseguimos la finalidad de exponer a la vindicta de América el mal que le hacen los falsos conductores, los falsos apóstoles, los demagogos abanderados de un justicialismo que sólo sirve para mistificar, suplantar y desnaturalizar a la democracia, convirtiendo a los ciudadanos en una legión de siervos o de energúmenos, en la torva finalidad de valerse de ellos para la satisfacción de sus aviesas ambiciones de permanecer indefinidamente en el poder. Y porque no es posible que América Hispana vuelva a pasar por las trágicas circunstancias de una conducta que no sólo le sirve de peligrosa referencia para el proceso moral de los principios y la doctrina democrática, sino que ha venido a poner la nota humillante de una Argentina sometida al rigor de mesnadas que nada tienen que ver con el alma del pueblo argentino —que queremos ver salir más viril y responsable de sus destinos de esta hora de prueba que le han traído los errores de políticos confiados—, es que martillamos nuestra reprobación a ese régimen en que la insensatez ha puesto la marca de un comercio y tráfico político incompatibles con la grandeza de los hombres que forjaron la gran república del Plata. Denunciando, más aún, uniéndose a todos los que han expuesto su protesta condenatoria de ese régimen, nuestro anhelo es que no aparezcan otros hombres que quieran imitarlo para seguir socavando las bases de la democracia en América; seguir el mismo derrotero fraudulento, es decir, de desviación del sentir popular para, desde la dirección suprema del Estado, darle rienda suelta a sus instintos o a sus afinidades con fallidas empresas totalitarias que deberían estar definitivamente sepultadas después del castigo que sus promotores sufrieron por sus atentados de lesa humanidad. Tales agentes de la destrucción y de la muerte, de la barbarie y la esclavitud, deben encontrar un atajo formidable opuesto por la reflexión de los pueblos ante las tremendas lecciones dictadas por la experiencia.

Eugenio D'Ors nos daba en una hermosa anécdota la pauta para no perder de vista el ideal en estos tiempos en que todo se trastueca y se oscurece al soplo de un materialismo inficionante. Decía que en la Edad Media el popularísimo San Cristóbal era uno de los catorce santos con privilegio de una función especial: librar de muerte mala o sea de defunción por accidente a los mortales. Mas, para que el devoto se viera libre de este peligro, en momento determinado, era indispensable que hubiera visto la imagen ese mismo día. Porque ya en esos recorridos tiempos también las gentes andaban en los burgos muy de prisa y no les sobraba tiempo para ingresar a un templo, buscar entre las indecisas penumbras un altar y allí, a solas con su pensamiento y su fe, depositar la ofrenda de unos instantes de contemplación. Resultaba pues de gran conveniencia a los moradores encon-

trar la imagen de San Cristóbal, patrono contra los accidentes, al paso, y sin detenerse encomendar la vida y el alma a él. Entonces fué que se situó imágenes del Santo milagroso para dirigirle una mirada de imploración en lugares donde fuera inevitable el encuentro. Y esto es lo que D'Ors aconsejaba —poco antes de su tránsito a otra vida— respecto del Espíritu, al hombre de hoy. Porque el Espíritu —en que va inserto lo mejor y lo más noble de las aspiraciones y anhelos de la humanidad— necesita que estas generaciones no sólo le den un vistazo a través de algún recuerdo o de algún acto público, sino que es menester que lo busquen en esos templos que son también las Bibliotecas, los Museos, y que una vez allí, traten de encontrar ese Espíritu en las efigies de los Libertadores, de los Patriotas, de los Mártires de la Civilización, como encuentran en las iglesias, en las imágenes cristianas, el incentivo a su fe y a su devoción. "Algo que reproduzca la figura del Espíritu a fin de que los apresurados puedan saludarla al pasar", convendría insinuarles a los gobernantes democráticos, y esta costumbre sería instaurada en las escuelas, en los colegios, en los cuarteles, recomendando con alguna frecuencia a todos que mediten unos breves instantes ante los creadores de patrias, ante los bienhechores de la humanidad, ante los portaestandartes del Espíritu, para que nos preserven de las andanzas peligrosas, de los malos pasos y de las intenciones aviesas que llevan hasta la negación de los bienes del Espíritu encarnados en la democracia. Y al leer los libros, las revistas, los periódicos en los cuales se le recuerde al hombre sus deberes morales, sus deberes espirituales y su fe en los valores de la civilización que deben ser indestructibles e imprescriptibles, habría que decirles como Eugenio D'Ors aconsejaba: "Lector, echa aquí una mirada, persígatelo, si a tanto llega tu piedad, persígatelo y pasa. Lo que así, fugazmente, azarcosamente, te lleves de Espíritu, bastará para preservarte de mala muerte que, en el orden intelectual, se traduce por filisteización, materialismo, vulgaridad, embrutecimiento —agentes de la muerte, agentes de lo mineral, que nos amenazan a todos".

Así se irán alejando la insolencia, la barbarie y la ferocidad que han aparecido de repente como herencia de dos guerras, y los privilegios del Espíritu volverán a los hombres bajo el signo luminoso de la Democracia, estrella polar de todos los ciudadanos capaces de creer en Ella y en los dones superiores de la especie...

(1) Cuando formulamos estas reflexiones acerca de la larga tradición socialista de "La Vanguardia", transcribiendo los juicios que el doctor Alfredo L. Palacios, su director por mucho tiempo, había merecido del diarioismo libre de América del Sur, nos llegó la noticia del arresto del líder y maestro, por la policía al servicio de Perón, a raíz de los nuevos disturbios ocurridos en que también y por sospechas se detuvo a una intelectual de valía, Victoria Ocampo. Apenas el ánimo ver cómo la dictadura se ha ensañado con el doctor Palacios, el hombre que nunca arrió su bandera de argentino emancipado, de repúblico emérito, de rebelde a todas las manifestaciones tiránicas que han venido apareciendo en la noble tierra hermana. El respeto que merece la figura íntegra de este auténtico valor de las letras, la política y el saber en la Argentina, se hizo sospechoso a las autoridades justicialistas, y como la fuerza no se detiene ante nada cuando de defender se trata la subsistencia de una camarilla que explota la demencia multitudinaria, el doctor Palacios sigue siendo la víctima propiciatoria del régimen por la entereza con que sostiene sus ideales y aunque no milita ya, por razones obvias, en las filas más activas de la oposición, se le teme y por eso que tratase de encontrar en él un enemigo en pie al que hay que silenciar de cualquier modo. El ilustre pensador, exparlamentario y maestro pertenece, por su línea austera y su fidelidad a la democracia, a América libre como uno de sus varones de más fuerte y madura mentalidad. He aquí un ejemplo de carácter, de entereza y de patriotismo que le puede hacer sombra a la dictadura peroniana, pero que es luminosa fuente de ideas y de rebeldías santas cuando de salvar se trata la dignidad y los principios en la Patria sacrificada a las conveniencias pasajeras y tiránicas de un régimen sin contenido idealista y sin aprovechables proyecciones en el porvenir... Los escribientes al servicio de él tratarán de ironizar como lo han hecho siempre, con las figuras señeras de la política tradicional argentina. Pero eso no tiene ningún valor de perennidad. Se apaga y muere con los rescoldos y las cenizas de la dictadura cuando les llega la hora de su derribo inexorable.

(2) La jira de buena voluntad, anunciada por la Casa Blanca, del doctor Milton Eisenhower, hermano del Presidente de los Estados Unidos, General Eisenhower, efectivamente se realizó en junio y tuvo fin el mes siguiente. Su paso por América del Sur trajo actividad mayor a las Cancillerías y a los Gobiernos, que tradujeron una vez más, en los sectores oficiales, la importancia concedida a este viaje del que se espera que tenga resultados prácticos para la continuación de las buenas relaciones y nexos con la gran república del norte.

Las primeras declaraciones del destacado visitante y observador de la realidad en el sur del continente, fueron publicadas en Washington a principios de agosto. Dijo en ellas el doctor Eisenhower, como síntesis de lo que había visto, que los Estados Unidos deben ayudar a los países de esta parte del hemisferio con inversión de capitales, una mejor comprensión y una política comercial estable. "La impresión aislada más persistente —advirtió Eisenhower— que recogí en nuestro viaje es ésta: todas las repúblicas que visitamos, en distinto grado, están experimentando un enorme desarrollo, un fomento que recuerda nuestra propia revolución industrial del siglo XIX. Nuevas industrias están surgiendo con rapidez asombrosa... La gente de los países de América del Sur es cordial, de personalidad efusiva y dueña de un gran orgullo, dignidad y encanto. Respetan al pueblo y las instituciones de los Estados Unidos y se muestran complacidos de que nosotros los respetemos también. Y son ambiciosos: desean mejorar sus condiciones de vida y las de sus hijos, y comprenden que esto lo podrán lograr únicamente con una mayor producción y una cooperación efectiva de los demás. En resumen, Sudamérica es una gran colmena de actividad, con problemas monumentales... Debemos, más que todo, crear un mejor entendimiento entre los gobiernos y los pueblos de todas las Américas". Comprensión, intercambio de estudiantes, supremacía de los valores morales y las metas comunes esenciales, —incluso la paz y la independencia—, y la elevación del nivel de vida. Beneficio recíproco en las relaciones económicas... "La América del Sur nos compra todo lo que le permiten sus existencias de dólares. Si de súbito excluimos del nuestro el producto de un país sudamericano, eso sencillamente significa que ese país tendrá menos dólares y, por tanto, nos comprará menos. Y el cambio en la regla puede tener consecuencias terribles para la economía de la nación afectada".

Sin perjuicio del informe documentado y detenido que el doctor Eisenhower presentará a su hermano el Presidente, de quien ha sido el representante oficial en esta gira por diez países y en un recorrido de 32 mil kilómetros, ya por esta breve referencia se puede tener idea de lo que piensa y opina con respecto a los pueblos de América del Sur el destacado personaje norteamericano.

Y no será mera coincidencia el que concuerden sus puntos de vista capitales con lo que nosotros planteamos en la carta a Mr. Hoover en 1929, haciéndole conocer la realidad de nuestros países, carta que tuvo la virtud de abrir los ojos de los hombres de estado de la Unión y de ponerlos en contacto con la verdadera situación latinoamericana. Nos preciamos pues de haber advertido al señor Presidente electo, entonces, la capital necesidad de la cooperación interamericana, colocándola en la delantera de los problemas económicos, políticos y sociales del continente. Lo que vaticinamos, en gran parte se cumplió y la advertencia del peligro de la incompreensión como destructora de las relaciones, y de la indiferencia ante los problemas vitales de América Hispana podemos ya presentarla en estos días como elocuente ejemplo de lo que ya en esa época nos preocupaba seriamente en cuanto a los comunes destinos de las Américas.

Quando el doctor Eisenhower caminaba por estas tierras del sur de América, donde su visita era esperada, se llegó a escribir, señalando los puntos débiles de algunos países acerca de sus regímenes encuadrados en drásticos sistemas, ajenos a la democracia —corroboración por lo demás, de lo que teníamos escrito en este libro ya de antemano y de lo que hemos consignado en los anteriores—, que no sería al ilustre viajero difícil tomar nota personal de que existen pueblos en Latinoamérica donde el ejercicio pleno de las libertades se ejerce con el fiel apego a las normas democráticas. Y se insinuaba si este modo de vivir no sería justamente el que agradaría ver a la Gran República del Norte en vigor en todo el continente. De ello debe haber tomado debida nota el alto emisario estadounidense, porque esos países donde la libertad no ha sido sabotada ni restringida serán siempre una garantía de paz y de armónica convivencia en las Américas.

(3) La imprudente "oratoria de barricada" de Perón no sólo se manifiesta cuando habla de liquidaciones internas, al amenazar a sus enemigos, recogiendo el eco de sus "descamisados". También tuvo la mala ocurrencia de hablar sobre su viaje a Chile en términos que se los ha rechazado duramente la prensa de Santiago: "Desde hoy los chilenos serán considerados compatriotas de todos los argentinos y esta debe ser una consigna nacional". El *Diario Ilustrado* interpretando esa alusión final a las condiciones en que Perón presentó a Chile en la Plaza Retiro, después de su gira, dice que equivale a esto: Tenemos que elevar la categoría de aquellos hombres hasta nuestra altura; tenemos que darles la sensación de que al fin pueden contar con una patria; tenemos que abrigar en ellos la esperanza de que les dispensaremos la oportunidad de que su tierra y la nuestra serán un día la misma y que desde ambos lados de los Andes miraremos a una sola bandera". Y añadida por su cuenta el vocero chileno: "Si estas palabras no son graves, si estas expresiones no son im-

prudentes, y si este lenguaje no nos lastima los más arraigados y queridos sentimientos del alma, quiere decir que los hombres, las razas, las naciones y los pueblos de todas las latitudes han caído en la decrepitud y en la más grande insolencia moral".

El ataque a las agencias telegráficas que se vió obligado el régimen de Perón a reconsiderar luego disponiendo que quedan otra vez en libertad de acción —por cierto custodiada por sus agentes— motivó nueva propaganda de barricada cuando dijo que las agencias calumniosas y la insidia internacional se dan la mano, ha sido otro de los episodios espectaculares que siguen manteniendo a América pendiente de las cosas que están pasando en la Argentina donde un nuevo y *suigeneris* Demóstenes con arranques neronianos amenaza con salir delante de sus turbas a quemar "donde haya que quemar".

(4) Esta clase de iniciativas merece apoyarse en el plan de unificar y acercar más a los americanos del norte, del centro y del sur. Algo se hace, por el intercambio cultural, pero como ya en otras oportunidades he dicho, el aislamiento intelectual se sostiene en razón de que todavía no se han puesto en marcha los elementos que verdaderamente son llamados a crear la aproximación tantas veces deseada y necesaria.

Ya es tiempo de evolucionar en los métodos. Si lo que hasta ahora se ha intentado o se ha hecho, no corresponde a las expectativas, ¿por qué no abrirse otros caminos en busca de realizaciones fecundas y convenientes al ideal interamericanista? Lo demás será perder el tiempo, entorpecer los buenos propósitos y seguir dándoles a los enemigos de la democracia y de la unidad americana los elementos para que actúen en su propio beneficio y conveniencia.

CAPITULO VI

ACCION Y LOGICA

"Luchad —jóvenes— por una democracia activa, generosa, entusiasta, capaz de retomar el ímpetu de la expansión inicial, entrenada en el esfuerzo, en la disciplina y en el culto de los valores espirituales; por una democracia que tenga alma, pues solamente con esta condición podrá realizarse la restauración moral del Estado."

ALFREDO L. PALACIOS.—(Discurso a los egresados de la Universidad de La Plata, cuya presidencia ejercía el ilustre dirigente socialista hasta que fué despojado de su investidura por el régimen justicialista del Gobierno de Perón).

Hemos visto, por el examen hecho en los anteriores capítulos, de las condiciones en que el mundo y en particular las Américas están enfrentando la crisis mayor en la historia de la humanidad, cómo la democracia sufre los rudos encontronazos de sus enemigos dispuestos a sacrificarla en holocausto de la ideología totalitaria que ha prendido, como infausta hierba, en nuestras tierras generosas.

Es un contrasentido que sorprende si comparamos la acción que los soldados de la Independencia en Sudamérica desplegaron, tan intensa, sacrificada y generosamente, a favor de los ideales democráticos, con la de los hombres de armas que —descontados los casos excepcionales que es posible señalar— hoy en día han hecho del poder una oportunidad para convertir al Estado en el gran recurso de absorción del individuo a fin de que éste resulte nada más que una ruedecilla en el monstruoso mecanismo que ha dado vida a una fórmula política de la que están desterrados los valores éticos superiores. Disfrazada la mentalidad totalitaria de algunos nuevos dictadores con un nacionalismo justamente calificado de impertinente y hurafío a toda idea de solidaridad cristiana a la par que respetuosa de los derechos humanos, ha cambiado el fondo de las palabras de tal modo que ellas son dichas en el tono de interpretar el nacionalismo de nuestros creadores de patrias, pero viniendo a significar precisamente todo lo contrario de lo que siente y piensa el que las profiere.

Esta falsa interpretación de los dogmas y principios que sustentan a la democracia, aprendida de los enemigos jurados de la cultura y de la civilización que llevaron en Europa al mundo a sumergirse en el paganismo que nos ha traído como herencia la última guerra, hay que recusarla y alejarla de las nuevas mentes con repudio sincero, de suerte que las juventudes, como aconseja Palacios, retomem el ímpetu que llevará a alcanzar las ventajas morales que se deriven del culto a los valores espirituales, señalándoles, a la vez, los peligros de esos exotismos que afloran en las extremas derechas y en las izquierdas asimismo absorbentes y carentes de emoción verdaderamente democrática.

Un gran filósofo llegó a decir: "El hombre superior y experimentado es el que escribe la historia. El que no haya vivido cosas más grandes y más altas que sus semejantes no sabrá interpretar lo que hay en el pasado de grande y de alto. *La palabra pasado es siempre palabra de oráculo*: no la comprenderéis si no sois los edificadores del porvenir y los visionarios del presente". "Renunciar como lo hizo Bolívar —escribíase hace algún tiempo en "La Razón", de La Paz, el diario democrático suprimido por el gobierno actual,— a todas las comodidades terrenas, a todas las ventajas de una vida fácil y llena de atractivos personales, para ofrecer todo recurso de su voluntad indomable, de su corazón ardoroso y de su mente iluminada, al pueblo a fin de ayudarle a romper las cadenas de la esclavitud, a fin

de arrancarle a la sujeción y al despotismo y a fin de entregarle el manejo de sus destinos, es conquistar en la historia el puesto más alto. Por eso la fama del Libertador crece a medida que el tiempo transcurre y para que haya alguien que le iguale sería necesario otro mundo que libertar. Al recordar al héroe es preciso hacer algo más que rememorar sus hazañas y algo más que exaltar sus grandes virtudes. Es menester asumir con entereza y fe el compromiso de mantener a través de todos los peligros la obra de su creación..."

Eso es en realidad lo que trasunta la gran figura de Bolívar, visionarlo insigne, que tuvo la libertad como norma cívica, como único guía en el sendero que se trazó para servir a sus compatriotas los americanos del sur. Así también se alzó con los contornos del genio militar al servicio de la libertad el otro gran caudillo de la revolución libertadora, José de San Martín, y ambos como todos los demás hombres que cumplieron una misión sublime en hora inolvidable para las generaciones americanas, nos guían enseñándonos el camino a recorrer para que, a la sombra de sus hazañas, comprendamos el verdadero sentido, el verdadero significado de sus campañas y sus desvelos: todo por la libertad, todo por la democracia, todo por América libre y soberana.

Hablando de que la crisis de la democracia europea es profunda en la actualidad, se expresan por un comentarista parisiense las contingencias a que está sometida la democracia francesa, que podía citarse como un ejemplo por cuanto ella ha sido la madre nutricia de tantos pueblos en los pasados tiempos. Una opinión interesante, sobrepasando los cuadros de las precauciones francesas y tocante a las bases mismas de la política democrática general, ha sido dada por Pierre Mendés-France, político, antiguo ministro de finanzas cuyos conceptos independientes son escuchados a menudo con mucha atención. En "Le Monde" consagra al problema un artículo, es decir, plantea si será suficiente para mejorar la situación francesa, la reforma constitucional. "No corresponde pedirle —dice— a una simple revisión de textos por deseable que fuera, un cambio profundo, una verdadera innovación en nuestra vida pública, si mientras tanto ciertos malos hábitos, ciertas rutinas persisten". Más adelante al señalar que las causas de la debilidad actual en la política de Francia son una ausencia visible de coherencia en ella, falta de valor para encarar las situaciones, de carácter, el anquilosamiento de los hombres y las ideas, etc., deduce: "Lo que le hace falta hoy a Francia —a los que la dirigen y a la nación entera— es por una parte las cualidades de imaginación indispensables para determinar las soluciones; por otra parte, la aceptación de ciertos inconvenientes, de ciertos peligros". Dice que los hombres de Estado se ven ahogados por los asuntos corrientes. El remedio se impone: la necesidad de volver a pensar sobre la estructura de las administraciones y el régimen de empresas públicas, las maneras de reclutamiento y el estatuto del personal, los métodos de trabajo parlamentario, el comportamiento de los hombres de gobierno, etc. En conclusión: Lo que cuenta más que el mejoramiento de los textos constitucionales son los cambios mucho más intensos y mucho más difíciles que conciernen a los hombres y a sus acciones. "Un gran examen colectivo nunca ha sido más necesario. Pero corresponde a los hombres de Estado, a los verdaderos hombres de Estado, el tomar la iniciativa y dar el ejemplo". Quiere decir, según piensa el comentarista, que Mendés-France no cree en la salvación sólo por los textos constitucionales. Largos años de estudios constitucionales nos han en efecto enseñado la relatividad de los textos. Inglaterra no tiene Constitución escrita; mientras tanto, cuántas Constituciones han sido promulgadas, cambiadas en tantos países!". La alusión le viene bien encajada a nuestra América de habla hispana.

El político francés aconseja recordando que es un técnico en finanzas: volver a pensar en la estructura de las administraciones, pero se da en el acierto cuando se hace la advertencia de que no se puede ya creer tampoco en la completa eficacia, para esto, de las soluciones técnico-administrativas. "La tecnología del Estado moderno exige, es cierto, un aparato perfeccionado de la burocracia (que todo lo abarca y devora), aunque ella se encuentra atrasada respecto al siglo. Los que preconizan las reformas administrativas deberían saber, en primer término, que estas no contienen soluciones primordiales para la renovación de los Estados. La reforma, o la renovación del Estado, no es un problema de técnica administrativa. Es esencialmente un problema político".

Si, cabe pensarlo; un problema político. Pero del orden político la democracia ha recibido los más serios reveses y en él hoy no se encuentra ya eso que Montesquieu calificaba como una virtud y que ahora recuerda Mendés-France: "La virtud en una república es una cosa muy simple: es el amor a la república; es un sentimiento y no una serie de conocimientos". (Rememoración hecha por diarios sudamericanos).

De donde venimos, entonces, a la conclusión de que la crisis es espiritual, una crisis de civismo, de patriotismo, de desinterés, de amor a la república, que era lo que privaba en

nuestros viejos caudillos, en nuestros patricios, en nuestros forjadores de nacionalidades. Virtuosos sí, porque nunca se apartaron o se apartaron muy poco de la línea democrática en que se encierran los más grandes y nobles anhelos de la humanidad evolucionada. Y si se apartaron, lo hicieron muchos de ellos para realizar lo que no realizaron o lo que no querían hacer los demócratas con poder, con autoridad para que caminaran las cosas del Estado coordinadamente con la conciencia cívica.

Estoy de acuerdo en que para reformar la Democracia, si es que ella ha perdido algunos de sus más importantes atributos a causa de la evolución marcada en estos últimos cincuenta años, lo que conviene es una doctrina política. Pero ¿quiénes pueden forjar y acaudillar esa doctrina? Los viejos partidos latinoamericanos han entrado a su vez en crisis y en esto estamos, por así decirlo, en igualdad de condiciones que la democracia europea profundamente afectada por los sucesos del medio siglo. En América, de habla hispana, antes de la II Guerra, los partidos ya carecían de vitalidad. Todo se iba en proyectos y dudas. Faltaba decisión, empuje, iniciativas. Ante el comportamiento de los hombres del gobierno, los partidos opositores actuaban con protestas ímidas, indefinibles, mientras otros gozando del favor oficial naturalmente carecían de opinión, carecían de autoridad para reflejarla y sostenerla. En nuestro país la voz tonante de Gonzales Prada no logró reencender la llama cívica de las agrupaciones políticas más importantes. El pueblo pudo vibrar con el maestro, estremecido todavía por las terribles consecuencias de la guerra, pero los políticos siguieron con sus malos hábitos. Verdad es que tampoco Gonzales Prada construyó con su verbo; el gran polemista, el más grande polemista peruano, sólo tuvo en sus manos la terrible arma de su pluma para derribar todo lo que necesitaba irse entre los escombros de una época. No dió rumbos, ni señaló vías para construir nada. Su papel fué el del más grande demoleedor de una etapa en que el Perú resultó sacrificado en los altares de la concupiscencia política, porque nada hacíamos con la virtud privada, de que habló Montesquieu, cuando la moralización colectiva no la acometían los que tenían el deber de hacerlo en un verdadero compromiso de ética social y democrática. Lo que vino después, cuando pasó el gobierno del doctor José Pardo, dió la medida de lo que significaba como desgracia para un país la quiebra de sus partidos por la falta de virtud ciudadana, de apego de los hombres a una política inspirada en el supremo amor a la patria, a sus leyes y a sus anhelos. Bien dicho está que lo que les falta hoy a casi todas las democracias europeas es programas de acción política. Y que, por otra parte, no es en modo alguno el fundamento de la democracia una técnica, sino una ética.

En Francia se preguntan los que comentan esta crisis: ¿Los nuevos partidos dónde están? ¿Dónde los reagrupamientos de los viejos? ¿Dónde los hombres capaces de realizar estos agrupamientos o aptos para crear los partidos nuevos, con programas nuevos, con medios de acción renovados y eficientes? Leemos estos interrogantes y nos preguntamos, a nuestra vez, si en América Latina la democracia no está pasando por parecidos días cruciales... Mientras los peligros totalitarios se incorporan frente a los pueblos de Occidente, "peligros mucho más graves que las amenazas de los viejos soberanos coaligados contra la Revolución Francesa —dice el comentarista— dónde están las ideas nuevas y los recursos que protegerán a la Democracia contra sus adversarios de ahora?

* * *

Se lamenta que pese a los esfuerzos de los grandes dirigentes demócratas, el mundo continúa viviendo horas de inquietud que retardan la llegada de una nueva época de recuperación moral y material. Señala un diario sudamericano: "La llamada ofensiva de paz soviética, no concretada en hechos, ni siquiera en un plan serio y sincero, de llegar a un acuerdo con las Democracias de Occidente, se va diluyendo en lo que todos pensamos en un principio, en palabras y nada más que palabras. La verdad es que mientras existan dictadores mientras haya pueblos torturados por tiranos y déspotas, será muy difícil restablecer la confianza del mundo, aquietar los ánimos y transformar en efectivas esperanzas las incertidumbres que hoy vivimos... En cuanto a nuestra América, vemos proliferar las dictaduras, expresiones de un totalitarismo que no tiene más contenido que la sensualidad del mando de sus titulares y que decretan para nuestro continente los mismos motivos de inquietud y de malestar que existen en el Viejo Mundo. En uno y otro continente se vive apretados por angustias a las que es preciso enfrentar con arrestos de hombridad, como diría Unamuno. Es preciso insistir en los riesgos que corre la Democracia, único régimen que asegura la más absoluta libertad de los hombres al mismo tiempo que su pacífica convivencia social... Hay que lograr la unidad interna y externa que agrupe a las naciones como a los hombres soli-

darios en ideales democráticos, y que fueren cuales fueren en otros aspectos sus diferencias, los acerquen para defender juntos los fundamentales derechos del hombre y con ellos la dignidad de su vida”.

Cuan cierto es que al advenimiento de la postguerra, que arrastró todos los sedimentos del odio y la violencia desbordada por el totalitarismo agresor, las más caras virtudes han cedido el paso a las incontenidas ambiciones humanas. Las más elevadas doctrinas de los hombres del pensamiento rector, aquellas que hablan del amor, del respeto y de la igualdad para todos ante el derecho, han ido siendo desplazadas para que las suplante la injusticia, la venganza y la voracidad. El derecho, que desapareció al sobrevenir la guerra, para cederle su imperio a la fuerza, ha seguido sufriendo los tremendos impactos de los enemigos de la democracia, que creíamos desaparecidos. Y si la humanidad con la catástrofe bélica sufrió el colapso más terrible de toda su historia, se diría que aún no salimos de él porque se ha ido liquidando el sentido moral y humano ante la propaganda que la táctica del adversario ha acumulado contra nuestras instituciones. Nosotros que habíamos creído que por el sólo hecho de no haber sido América teatro de la II Guerra, como no lo fué de la primera, quedábamos ilesos y a salvo para estructurar un mundo nuevo, convertido este continente en guía espiritual de la humanidad, ahora venimos a la comprobación de todo el daño que la demencia de los generadores de la última contienda han acarreado al mundo y muy señaladamente a América, para envenenar su ambiente con los mismos métodos y falaces ideologías que son acaso hoy más ofensivas que las armas que sirven para la destrucción y la muerte. El viraje que han dado muchos hombres en la plenitud de sus energías y capacidad, para servir a los demagogos fascistas y hitleristas, y luego para dedicarle sus simpatías al comunismo, no tiene otra explicación que la identidad *in pectore*, íntima, de sus pensamientos con los de esos mistificadores de los anhelos ciudadanos en la Europa anonadada por las consecuencias de la primera contienda. Y no es que pensemos que de buena fe los prosélitos criollos del fascismo internacional se hubieran plegado a ese falso redentor, sino que como siempre hay quienes están buscando fórmulas nuevas para erigirse en el comando del mundo en que viven, de acuerdo con sus inclinaciones y su concepto de la función del Estado, no faltaron los epígonos del totalitarismo que empuñaron la enseña que flamea demagógicamente en la Europa enervada por las arengas de los insanos líderes que condujeron al mundo a la catástrofe de 1939. Pero tampoco se puede negar que esos líderes, siguiendo la alevé política de la penetración de sus ideas destinadas a dominar al mundo, diseminaron en nuestro continente sus agentes y éstos dedicáronse a propalar el advenimiento del nuevo orden que, de haber triunfado en los campos de batalla, primero, con la victoria nazifascista, nos tendría a esta fecha de rodillas ante los amos férreos que no quisieron nunca en sus filas ciudadanos sino esclavos.

La enorme, la tremenda mentira de los *ismos* que proclamaron esos audaces traficantes de la política europea, que haciendo el papel de los saltimbanquis de otra época, anunciaron su panacea con una fraseología tronitante, ha hecho sus efectos en América, por qué negarlo... Derrotada y todo la camarilla totalitaria cuyos organizadores pagaron unos con su vida a manos del populacho y otros eliminándose por sí mismos o fusilados por un tribunal de guerra, tiene hasta ahora quienes opinen que es el régimen que nos conviene y que hay que cancelar al sistema democrático porque él es nuncio de libertad y de dignidad para los hombres, mientras que si torna el feudalismo medioeval, las castas se impondrán con su dominio de la Fuerza, innegable enemiga del Derecho Humano. Las hegemonías imperiales que todavía sacan de quicio a gentes de nuestra época, que no tienen una visión sin duda y un concepto que lo que el mundo necesita es caminar para adelante y no retroceder, hay que declararlas para siempre abolidas de la tierra. Y América, cuya misión es la de darse a rehacer el mundo, no se puede confiar a la corriente de los fracasos europeos de este medio siglo para izar bandera de lo infecundo y lo estéril. Tenemos que pensar y sentir en americano como así sintieron y pensaron los fundadores de veinte naciones libres en este continente. El acontecer de los sucesos con las consecuencias que ellos traen a la vida americana, obliga a actuar de un modo resuelto, viril y franco en la defensa de los ideales que han encarnado en la gran familia hemisférica. La peor de las plagas que ha podido caer sobre las fecundas naciones jóvenes del Nuevo Mundo es la de la complacencia con las tiranías y las dictaduras; la de la complacencia con los vicios y los excesos de malos gobiernos y funcionarios. Así se han ido generando males que han acabado por socavar las bases de nuestras instituciones fundamentales hasta el extremo de que el anverso de la democracia es ya igual a su reverso en diferentes países. Es una nota que honra a la institucionalidad libre de América Latina, la que ofrece el Uruguay, nación amiga que siempre presentamos como vivo ejemplo de consecuencia con los ideales democráticos y ojalá que nunca allí

se eclipsen porque son blasones de dignidad para nuestro continente. "¿Qué clase de orden reina en nuestro país?", se pregunta en un editorial reciente un destacado órgano de Montevideo. Y allí mismo se responde: "Pues el orden auténtico, el verdadero, el orden legal, el orden institucional. El que asegura el libre juego de todas las libertades y de los derechos regulados por la norma jurídica. Ese orden que, por desgracia, sólo impera hoy en muy pocos pueblos de la tierra y del que disfrutamos no porque nos haya caído como un regalo del cielo, sino porque lo hemos conquistado en largo y sacrificado esfuerzo. El orden, en fin, que se adecúa a las prerrogativas de la personalidad humana, entendiéndolo que por ser perfectible toda creación del hombre, tienen que dejarse libres los caminos de la evolución y del progreso".

Felices los uruguayos que, junto a otra nación limítrofe que pasa por una de las horas más ominosas de su historia, bajo la era del justicialismo que se quiere presentar como doctrina novísima, siendo nada más que un burdo invento para ocultar la demagogia que ha capturado el espíritu de las multitudes del Plata, puede ostentar a justo título su democracia y proclamarla en medio de las vicisitudes que asaltan al mundo y que azotan con oleadas trágicas a la América de San Martín, de Bolívar, de Artigas y de tantos grandes paladines de la libertad, el derecho y la justicia. Ellos, los uruguayos, como se sostiene doctrinariamente en "El País", pueden pontificar con honor para sus instituciones y sus leyes: "El libre examen, el control indeclinable, la crítica tenaz no sólo no empañan el prestigio nacional, sino que por el contrario asumen el carácter de un testimonio permanente de la firmeza de una teología jurídica prestigiosa. La crítica no es sólo un derecho sino también un deber. Pero es necesario entenderse: una cosa es un mal gobierno y otra el orden jurídico dentro del que ese gobierno actúa. Arremeter contra éste a título de combatir a aquel, es desnaturalizar la función de la crítica dentro del orden democrático y hacer una peligrosa siembra de excepcionalismos que afectan la esencia del sistema democrático. De ahí salen los que hablan de los "males de la democracia" y del "fracaso de la democracia", sin entender unos, y haciendo como que no entienden otros, que la denuncia de los errores y la lucha por su enmienda no sólo no son la manifestación de su "fracaso" sino la expresión triunfal de las excelencias del "sistema".

Aquellos países —ya tantos— donde la crítica al poder no funciona, han ingresado en un peligroso camino a la deriva. Podemos presentar el caso de Colombia, una vez más (1). Allí funcionaba íntegra, viril, elevada la crítica de la prensa, la crítica de la opinión pública, contra los yerros de las autoridades, sean las que fueren. La nación colombiana era presentada como uno de los más claros y patentes ejemplos de democracia no en la letra sino en el espíritu en Suramérica. De repente asume el gobierno un régimen ultraconservador, con más tintes de fascista que ningún otro, y comienza a producirse la descomposición institucional a la sombra de un despotismo plebiscitado, que sólo podía explicarse triunfante después del terrible "bogotazo" de 1948. Nadie pensó, sin duda, que el señor Laureano Gómez, de vocación totalitaria, llegaría a la presidencia de Colombia, conocidas como eran sus intransigencias políticas ferozmente agresivas. Pero aun cuando una cosa era ser intransigente en la prensa y en la tribuna como político inconforme, nadie esperó que llegaría a serlo como mandatario. La crítica no la pudo soportar y estableció la censura, una censura abominable, incompatible con la dignidad de su país como pueblo celoso de su democracia funcional. Las consecuencias se manifestaron en una guerra civil sin precedentes que ha durado hasta ahora con todos los caracteres agobiadores que el lector conoce. Allí no había convivencia, ni nada parecido. El estado de alarma, las bandas armadas en un duelo a muerte que ha costado innumerables vidas, el desorden, el caos, la mordaza, he aquí el saldo que deja el gobierno conducido por el señor Gómez, de tendencias claramente conocidas.

Tiene que rehabilitarse, tiene que volver a su firme actitud de control la crítica como derecho y como deber, sea quien fuere el gobernante y se llame como se llamare su obra. La intangibilidad gubernamental tiene sus limitaciones por no decir que no existe. Se acabaron los días de los enviados mesiánicos y de los providenciales. Hitler se creía un providencial. Mussolini tuvo la misma creencia. Pero los pueblos quedan y los hombres pasan. Y muy diferentes serán al destino que les ha tocado aquellos estadistas que olvidan las lecciones de la historia, si pretenden que la vida democrática es cerrar con llave las expresiones ciudadanas que conducen a enjuiciar su obra por lo mismo que ella emana de los designios del pueblo auténtico que puso en sus manos los destinos de la nacionalidad. Las omisiones, las negligencias y los errores de una gestión gubernativa no deben ser callados; y los hombres que en lo alto del poder son criticados, cuanto más respetuosos con los que les hacen ver sus fallas, más dignos serán de respeto y de consideración. Esos hombres, sin duda, no pasarán

con su gobierno. Quedarán con el recuerdo de los que supieron interpretar la democracia como verdaderos ciudadanos demócratas, como representantes ilustres de la opinión nacional.

Después de estas reflexiones dictadas por nuestra realidad americana y de los otros continentes, no vamos a cerrar los ojos tampoco ante los excesos liberticidas que consisten en no reconocer, deliberadamente, las obras de los gobiernos que se esfuerzan por el bien de la ciudadanía. Se critica a los regímenes de espada diciendo que el supremo argumento que tienen, en los momentos difíciles, es esgrimirlo con lo que dan paso a la violencia y a la injusticia; algunos de estos regímenes han hecho inmenso daño a nuestros países, tal el caso tantas veces citado de la Argentina en manos de Perón. Pero si vamos a hacer una enumeración prolija de la capacidad civil para el mando, ¿qué es lo que podemos ofrecer como claro ejemplo de ella? Sumamente poco. Los gobiernos que han ido cayendo, de esta procedencia, acudieron a su vez a la demagogia, confundieron adrede el ideal de la libertad y de la democracia que la sustentaba. La captura de la calle para una vez en ella amenazar a sus contrarios, fué en uno u otro país el antecedente para que de él se valieran dictaduras en auge que conocen el recurso de adular al populacho para asegurarse en las alturas. Hombres de Estado en Venezuela, en Cuba, en otras partes, representando a la civilidad, unos creyeron que había advenido la Comuna del siglo XVIII, otros pensaron que la república de las Letras era la que estaban gobernando y no faltaron los que, dejando hacer en la administración pública —caso de Cuba—, crearon el clima que les serviría para ser expelidos —si se puede aplicar el vocablo a este caso— de la Presidencia por la fuerza misma de los acontecimientos. Es decir, que no se ha encontrado por un lado o por otro ese equilibrio que afortunadamente y como un enaltecedor ejemplo vemos en uno que otro país y en el Uruguay que, aunque ha cambiado el sistema gubernamental previa consulta al país, no pierde de vista los objetivos de la misión democrática que le toca cumplir al gobierno, respetando, ante todo, los principios institucionales que deben ser intangibles en América.

Cuando se ha recordado que en la Carta de la Naciones Unidas existe una declaración expresa de que hay que proclamar de nuevo "nuestra fe en los derechos fundamentales del hombre"; que en el Tratado de Río se halla estampado este texto: "la paz se funda en la justicia y en el orden moral, y, por lo tanto, en el reconocimiento y la protección de los derechos y libertades de la persona humana"; y que, por último, en la Conferencia de Bogotá se aprobó el mismo reconocimiento, firmándolo todos los Estados de América, ¿por qué es que tales atributos andan tan mal traídos y tales afirmaciones estampadas en tratados que no se respetan, carecen en la realidad de sentido? Salen los mejores ciudadanos de la patria generosa de San Martín, a compartir el pan del exilio con otros que voluntariamente abandonaron la tierra de su nacimiento obligados ante la imposibilidad de convivir una existencia con decoro. Y este doloroso cuadro de perseguidos porque aman y practican la democracia, no parece que les interesara a sus autores cambiario del panorama de pueblos sometidos a métodos de tendencias totalitarias, porque tiene bien entendido que sólo a la sombra del silencio de adentro y de las complacencias de afuera, pueden arraigar en el poder usando de la fuerza como decisión o recurso de convencimiento...

* * *

Alguien recordaba si mediante el uso de la diplomacia, después que ha dejado de existir Stalin, se podría llegar a reducir la peligrosa tensión entre el mundo anticomunista y la URSS, y llevar, a un fin honorable, las operaciones bélicas en Corea. Esto de Corea, que les cuesta en los Estados Unidos una evasión tremenda de millones en su presupuesto fiscal y que ya ha hecho perecer a legiones de estadounidenses entre las breñas coreanas, ni siquiera ha llegado a ponerlo en camino de solución acertada la Organización de las Naciones Unidas, de donde resulta que, a causa de este nuevo desengaño, en momentos en que se plantea una tregua propuesta por los comunistas chinos (2), las cosas se encuentran colocadas de tal modo que podemos comprobar: 1º, la Unión Soviética no ha perdido nada en Corea aunque es la instigadora y la sostenedora indeclarada que tiene su frente allí; y 2º, ha tenido con esta situación tiempo para seguir sus aprestos y organizar su defensa militar, al mismo tiempo que darle más actividad a su propaganda y a sus sistemas de filtración en los países que forman la retaguardia norteamericana. "Ciudadanos norteamericanos —se ha publicado— han sido acusados de actuar como espías soviéticos para descubrir los secretos de la guerra atómica (3). En distintos sectores, otros norteamericanos han admitido voluntariamente o permitieron que se creyera, que en un momento u otro de sus vidas —por lo general en la época de 1930 o durante los primeros tiempos de la última guerra— habían sido miembros del partido comunista de los Estados Unidos. Ninguna persona razonable —si-

que diciendo el comentarista— discutiría el hecho de que una tercera guerra debe evitarse a toda costa, si la alternativa es el sojuzgamiento nacional a otra potencia. Tampoco necesariamente las referencias a los horrores de la guerra atómica justifican evitar la lucha, excepto en el caso de los pacifistas. Evidentemente, la guerra pre atómica era capaz de destrozar millones de seres humanos, como quedó demostrado trágicamente en la primera guerra de 1914, antes que se desarrollara en gran escala la aviación. ¿Qué decir, entonces, de la guerra atómica? Alrededor de estas meditaciones se concibe por lo tanto que se hagan los esfuerzos que racionalmente sean conducentes a alcanzar la posibilidad de evitar el tremendo y devastador holocausto que se avistaría si no llegan a cristalizar —lo que parece difícil— los planes que, por medio de la diplomacia, puedan detener la hecatombe.

La revista "Visión", que a menudo traduce opiniones bien enteradas, acaba de hacer referencia a lo que ya, en otro capítulo, hemos ofrecido de nuestra parte como franco juicio respecto de la Organización de las Naciones Unidas, que la indicada revista presume puede llegar a su Locarno como lo tuvo su antecesora la Liga de las Naciones. Los comentarios periodísticos, pues, resumen lo que se va haciendo, sin duda, íntima convicción en algunos sectores que ven más allá de lo que observa la generalidad. Ese alto organismo o se ha desviado lamentablemente de su primerísima función, o se encuentra tan lejos de pensar en sus objetivos vitales, que ha permitido el drama de Corea y su actual plan de liquidación por los Estados Unidos sin haber puesto la ONU de su parte un esfuerzo vigoroso para enrumbar las cosas por más eficaces caminos. En el senado de los Estados Unidos, Knowlan, de California, partidario de Mac Arthur, proclamó que las negociaciones en la forma de arreglarlas por la vía diplomática equivalían a ir en busca de una paz sin honor; y aunque después ha enmendado su criterio pidiendo apoyo a favor de Eisenhower y ante la actitud de Syngman Rhee, bajo el concepto de que la actitud del presidente de Corea tendía a entorpecer las negociaciones de paz, lo cierto es que por lo visto los legisladores de los Estados Unidos han encontrado que no queda otro camino para acabar con la lucha en Corea —pérdida de vidas y sangría económica— que la cesación de ella. La ONU no ha hecho —que se sepa— ninguna declaración formal, ninguna declaración vibrante, de carácter principista ni de otra índole, a fin de que el mundo sepa qué piensa, qué hace, y que es lo que se puede esperar después del arreglo para una tregua en Corea; porque aunque esto no quiera decir que la guerra prácticamente ha terminado allí, lo cierto es que la beligerancia con pérdida de 136,000 vida del ejército de la Unión ha durado tres años porque la organización que la autorizó con su nombre no ha hecho mayor esfuerzo por darle al mundo las seguridades de una pacificación efectiva afirmándose en sus luces y su capacidad moral.

La situación de Occidente, que capitanea con su poderío la gran nación estadounidense, es tal ante el peligro comunista, que los presupuestos de la defensa son otra vez desmesurados. Bien sabido es que a la sazón el pueblo norteamericano paga más impuestos que en época alguna, movido por la necesidad suprema de supervivir y darle al mundo libre las garantías de que necesita para también subsistir. Una reciente entrevista con el Secretario del Tesoro, Mr. Humphrey, permitió sacar en limpio, que no se puede pensar en un equilibrio del presupuesto nacional porque los preparativos militares de defensa absorben cuantiosas sumas. Y todavía el citado funcionario cree que el déficit presupuestario del año 1954 ascenderá a muy cerca de diez mil millones de dólares. Entre deuda nacional y gastos militares inevitables, la carga que pesa sobre el pueblo de los Estados Unidos aumenta, como es lógico. Y todo esto va en relación con los temores de un ataque atómico que podría ser la catástrofe mayor que hubiera de sufrir la democracia y que esto pudiera acontecer, precisamente, en el territorio de la Unión como la sorpresa de Pearl Harbor, de que no será posible olvidarse fácilmente para darle a la previsión la importancia que merece.

La guerra preatómica, nadie lo ignora, dejó una horrorosa cantidad de muertos. Ahora, en presencia, de los nuevos elementos para hacerla más mortífera, y en la no ignorancia de que Rusia posee los secretos atómicos que le han llevado sus espías, cómo será posible subestimar la necesidad de esos astronómicos gastos que se tienen que hacer para conjuración de otra sorpresa como la que en la pasada guerra lanzaron los japoneses?

Un diario de América libre dice: "El comunismo y todos los totalitarismos, que en la práctica son tan solo la anulación de toda revolución porque son la anulación de toda dignidad, comienzan su intriga con rebeliones insensatas y puramente demagógicas, con imposibles promesas que ilusionan vanamente a los pueblos. Pero, pasado el incendio terrorífico, que sus agitadores desatan, pueblos e individuos, carentes de toda dignidad y de toda responsabilidad, se ven empujados, por fuerza de las circunstancias, en los brazos del despotismo más agobiador, para no seguir en los de la anarquía más destructora y estéril". Dice a renglón seguido, también: "lo que las democracias defienden, en este instante crítico de

la historia del mundo, contra la avalancha marxista, no es la perfección absoluta de sus sociedades, como que el demócrata, más que nadie, conoce y combate las injusticias, los errores y las dificultades que en esas sociedades alientan aún. Lo que defienden es la dignidad, la responsabilidad de individuos y naciones para gobernarse a sí propios, para trabajar duramente por el porvenir en su perfeccionamiento, para combatir esos mismos errores que conocen. Es absurdo e infantil decir que la democracia combate la obediencia. Por el contrario, lo que la democracia busca es que la autoridad y la obediencia tengan un origen legítimo y un sentido verdadero. Y el error más peligroso que pueden cometer los pueblos es el de confundir los ideales democráticos con la insensatez anárquica de las prédicas comunistas que inevitablemente, como Rusia lo ha demostrado, conducen a las más tenebrosas de las tiranías y a la más monstruosa, injusta y usurpadora de las autoridades inflexibles".

Siempre los agitadores fueron en América una plaga, cuando no una lacra político-social que ha hecho inmenso daño. Pero ahora el agitador ya no se presenta en el papel de ayer, que en medio de todo jugaba un aspecto pintoresco y controlable dentro de la vida libre de nuestros países. Ahora no. Enquistado en las actividades generales obedece las órdenes del comunismo internacional, enturbia el ambiente, difunde rumores falsos, crea clima a la venganza, al odio, a la opresión, sosteniendo que lo aconsejable y benéfico ante el "fracaso" de la democracia es someterse al socialismo de estilo ruso, que no es otra cosa que el capitalismo del Estado y el Estado el partido del mismo. Gentes de muy mediana capacidad para asimilar lo que verdaderamente conviene al interés de la patria, se entregan en cuerpo y alma al servicio de los demagogos y, de esta suerte, América Latina se encuentra entre dos realidades: la que ha conocido como centro de gravitación en su vida ciudadana y que representa la tradición y los principios, y la que le ofrecen como sustituto en forma de prepotencia con que, usando de la palabra disfrazada, dícese al ciudadano que tal es el nuevo aporte vitalizador de la humanidad. Y como la palabra que en mejores tiempos era siempre el signo inequívoco de la entereza, de la respetabilidad y de la probidad del individuo, al extremo de decirse en el lenguaje familiar que al buey se le conocía por el asta y al hombre por la palabra, ahora ha cambiado, y es el reverso de lo que inflexiblemente significaba, en esta confusión de lo más elevado como es el verbo, en sus expresiones superiores, naufragan las esperanzas y los sentimientos de las colectividades que aunque distinguen entre lo que es la libertad y lo que es la esclavitud, caen bajo el rigor de los sacrificadores de América, simpatizantes del totalitarismo que no es otra cosa que la reacción colonial revivida con todas sus taras opresoras, con todos sus recursos destinados a adormecer la conciencia cívica para formar nuevas legiones de esclavos que sirvan a la voracidad de sus amos, como en los peores días de la historia...

* * *

Con el sentido previsor que fué siempre su norte y con el aliento que supo inspirar a todos los demócratas sinceros el inolvidable presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, dió la siguiente pauta a la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, efectuada en Buenos Aires en 1936:

"En esta nuestra determinación de vivir en paz, los pueblos de las Américas ponemos al mismo tiempo en evidencia que estamos firmemente unidos en nuestra decisión final, de que si otros pueblos, impulsados por la locura de la guerra o la avidez de ampliar su territorio, tratan de cometer actos de agresión contra nosotros, se encontrarán con las repúblicas de este Hemisferio plenamente dispuestas a consultarse en pro de su seguridad y su mutuo bienestar. Repito lo que dije ante el Congreso y la Suprema Corte del Brasil: *Todos hemos disfrutado de las glorias de la independencia. Vayamos ahora en pos de las que nos depare la interdependencia*".

Esto ocurría en los prolegómenos de la II Guerra. Roosevelt, con la maravillosa visión que fué una de sus grandes facultades de estadista demócrata y americano, era el que hablaba ya con claridad, con énfasis, de *interdependencia*. Y fué el primero también, después de Bolívar, que señaló las normas para la verdadera unidad de los pueblos occidentales por la mutua ayuda en un futuro cercano. Por eso dijo pleno de fe en los destinos de América: "En tres siglos de historia han germinado las semillas que han dado vida a nuestros países; el cuarto siglo lo vió alzarse en un pie de libertad e igualdad, llevándonos a un sistema común de gobierno constitucional; el quinto siglo nos ofrece un terreno común de entendimiento y ayuda mutua. Por fin nuestro hemisferio ha llegado a su mayoría de edad. Nos hallamos aquí reunidos para evidenciar su unidad ante el mundo. De nuestros mayores hemos heredado un gran ideal. Lo presentamos aquí como una gran realidad de unificación. Y al expresar nuestra fe en el hemisferio occidental, afirmamos:

Que mantenemos y defendemos la forma democrática de gobierno representativo constitucional.

Que por medio de esa forma de gobierno podemos ofrecer una mayor distribución de cultura, de educación, de ideas y de libre expresión del pensamiento.

Que por ese medio podemos conseguir mayor seguridad de vida para nuestros ciudadanos y mayor igualdad de oportunidades para alcanzar su prosperidad.

Que por este medio podemos fomentar mejor el comercio y el intercambio artístico y científico entre las naciones.

Que nos permite eludir la rivalidad en materia de armamentos, evitar rencores, y que promueve la buena voluntad y la verdadera justicia.

Que por ese gobierno podemos ofrecer esperanzas de paz y de una vida de mayor abundancia para los pueblos del mundo entero.

La fe de las Américas está, pues, en el espíritu. La organización, la fraternidad de las Américas será invulnerable mientras las naciones que la componen mantengan ese espíritu".

Han pasado más de tres quinquenios desde que el ilustre gobernante de los Estados Unidos proclamó esta política como la que más convenía y conviene a la familia continental. Con cuanta amargura se puede comprobar que el mundo en ese lapso ha tenido un estremecimiento tal que la inversión de los valores espirituales nos demuestra la profunda herida que sufrió la civilización con la última guerra y la complejidad de los problemas que han aflorado para hacer de este preámbulo, en la segunda mitad del siglo XX, uno de los hechos de mayor trascendencia mundial para el futuro de la humanidad. Ella será libre por los siglos de los siglos, o esclava también indefinidamente, si no se imponen las leyes del espíritu invocado por Roosevelt para gobernar al Nuevo Mundo donde la democracia ha tenido sus más gloriosas manifestaciones y donde el gran líder fenecido pudo responder con ejemplar fidelidad al pensamiento citado por un argentino eminente cuando trasladó a su auditorio este pasaje de "Utopías realizadas" de Strindberg: "He detenido al tiempo. Cuando anochece en mi vida siento el espíritu del bien, de la verdad y de la libertad. Estoy en la hora primera de mi vida. La hora de comenzar". En esos días cruciales Roosevelt comenzó su campaña ideológica que nunca será ovidada por los americanos porque tuvo el contenido de una sinceridad y una austeridad que el mundo extraña ahora porque ambas virtudes son las que deben imponerse a la balumba de antidemocratismo circulante y de confusión tendida como cortina de humo para la acción disolvente de los demagogos.

La frase sencilla pero elocuente de Juárez: "El respeto al derecho ajeno es la paz", parece que manaba del claro criterio de Roosevelt cuando pensó que ese derecho era el que había que defender con la sangre y con la vida para que no vinieran para las generaciones futuras etapas ominosas. Sin embargo, los campos de batalla se cubrieron de cadáveres y países enteros fueron sacrificados durante la pasada contienda. ¿Para qué? Para asistir, en la era de post-guerra, al lamentable, al decepcionante espectáculo de un mundo donde soplan los malos vientos de una reversión moral, ante la contumacia de los dictadores que le hacen juego a los planes del comunismo y en medio del desconcierto, proclaman que se trasfiere el orden tradicional a un intervalo que debe ser ocupado por la prepotencia porque la democracia no funciona según el punto de vista de los interesados en el desconcierto. Tesis tan peligrosa para la democracia es inaceptable. Y lo es porque el argumento no puede ser más espacioso. Las consecuencias de ellos las hemos expuesto a toda luz en el curso de este libro. Por eso—siempre guardando las excepciones debidas—el panorama se exhibe desolador. Al tomar un diario de Honduras se lee: "El revoltijo político en que estamos sumergidos los hondureños ya está rindiendo sus frutos. La culpa la cargan los dirigentes del partido nacional que aún no han querido ponerse de acuerdo para bogar parejo y acabar con tantas zozobras. Cada día se va acentuando más el odio entre caristas y galvistas. Ya han habido los primeros muertos en nombre de Carías y de Gálvez. Si esto es "hacer patria", mejor sería no hacerla porque a este paso cuando lleguen las elecciones estarán liquidados los electores, a menos que se siga aquella vieja práctica de hacer votar a los muertos..." (Ejemplo éste de política divisionista en Centro América).

Otro ejemplo: El comunismo en Guatemala. "A raíz de los sucesos revolucionarios en los últimos años y de la creciente preponderancia de los rojos en el gobierno, Guatemala ha pasado a convertirse hoy en día en un peligroso cuartel de operaciones de los propagandistas, agitadores y espías del bolcheviquismo internacional... Con el reciente retiro de Guatemala de la Organización de los Estados Centroamericanos, la situación de esta república se ha hecho aún más delicada, pues amenaza convertirse en una efectiva y peligrosa punta de lanza de la agresión soviética enquistada en el corazón del continente americano". (Demostración

de antidemocracia y de trabajo interno en Guatemala de los agitadores soviéticos, máxime si, como ha divulgado Mr. Braden, la acción social en ese país está hecha a base de la adoptada por China comunista).

"A nombre de la Sociedad Interamericana de Prensa endosamos en todas sus partes la resolución del Círculo de Periodistas de Bogotá, solicitando a su excelencia (El nuevo Presidente de la República), que derogue la censura de prensa". "Prueba de que ésta a raíz del golpe de estado del general Rojas Pinilla ha seguido en el mismo pie, o sea que la revolución no la ha tomado en cuenta para devolver al país el uso de sus libertades, una de las cuales —de información— es sagrada. De paso, el nuevo orden de cosas en Colombia patrocina una reforma de la Constitución. De donde se parte a la constatable novedad de que las Constituciones van quedando sujetas a que cada régimen tenga la suya...

"Las pruebas en poder del gobierno de la República Dominicana demuestran que a su paso por Cuba el alto funcionario del Departamento de Estado, Mr. Carbot, recibió y departió con líderes que pretenden hacer revoluciones en diversos países". (Sospecha repudiable por atribuirle designios a un diplomático norteamericano que llevaba una misión de altura).

Con estas pocas muestras de cómo va América Latina en el camino político, vuelta de espaldas a sus dogmas tradicionales, bajo el timón de los que actúan a río revuelto, completamos una vez más la exposición de hechos que venimos haciendo desde hace tantos años a favor de la tesis que un diario —"El País", de Montevideo— nos recuerda y que fué sostenida en la Conferencia de Chapultepec: "*El hombre americano sólo concibe vivir en libertad*". Tesis que encarna los principios de la democracia en toda la plenitud de su ejercicio y que necesitamos como el elemento vital para subsistir. Al esclarecido pensador argentino Constancio Vigil pertenece este inobjetable concepto: "Por las veredas de la mentira quieren llegar a la verdad; sin renunciar a las iniquidades elogian la justicia, y en la dura esclavitud de la ignorancia exaltan los beneficios de la libertad". Contra esta práctica de sentimientos que expresan lo contrario de lo que hacen los enemigos de América y de sus instituciones y principios, es que debemos luchar con la persuasiva fe que heredamos de nuestros próceres y repúblicas.

El más grande deber de los hombres de América en estos días impregnados de la trágica realidad que nos ha dejado otra guerra, y ante las perspectivas de mayores y hecatómicos males, es hacerse de nuevo portavoces de la Democracia, propagando sus dones y sus postulados con espíritu de combatividad y sin desmayo. La dinámica actitud de los que se hallan en las trincheras de esta cruzada americanista, con las armas del espíritu y con el patriotismo continental que nace de la contemplación de los tremendos peligros que nos rodean, no debe rendirse jamás hasta que vuelvan a su cauce las aguas desbordadas que han traído los agitadores al servicio de Moscú, esa falsa "patria universal del proletariado" convertida, para que no lo olviden sus simpatizantes ilusos, en "un vasto presidio de doscientos millones de *almas muertas* aterrorizadas por un sistema jamás habido en la historia humana".

Esta es la hora suprema en que América de pie ante los peligros que acechan al mundo libre, necesita unificar las voluntades y apretar las filas de sus pacíficos —no pasivos— ciudadanos, para sostener con serenidad pero con energía en todas las tierras del Continente las ideas y doctrinas que los Libertadores hicieron triunfar para que el destino del hombre de América alcance las cumbres de la superior valoración de la personalidad humana. Derrotando a los portadores del derrotismo y de la servidumbre roja que proliferan en las anchas y generosas tierras del Nuevo Mundo en la cruzada sin tregua que nos impone la historia y la necesidad de sobrevivir, el Espíritu, arma decisiva de la paz, habrá alcanzado su meta poniendo otra vez al Derecho por encima de la Fuerza esclavizadora que lanza desde la misteriosa tierra de las estepas sus dardos envenenados para subyugar a la humanidad.

(1) Ha llegado al poder en Colombia, mientras escribíamos este libro, un gobierno que preside alto jefe del ejército. Solución de circunstancias ante la situación de feroz guerra civil en que se hallaba envuelto ese país, ojalá que de ella salgan la concordia y la paz interna en la asociación de la democracia ciudadana.

(2) Como ahora los acontecimientos internacionales han seguido rápido curso, y los proyectos de Estados Unidos para terminar la guerra de Corea llegaron al punto en que ya podían enfrentar la realidad, cuando terminamos de escribir este libro la tregua en el frente de Asia se ha materializado. Largas conversaciones y arduos trámites embargaron la atención de los negociadores. La fuerte oposición del gobierno de Corea del Sur para pactar al-

go que le resultaba lesivo a su patria en los términos del armisticio, fué al cabo vencida. El general Clark, en su carácter de comandante del Ejército de las Naciones Unidas, pero más aún como prisionero de Eisenhower, planteó cláusulas para un acuerdo según el que Rhee no interferiría más el armisticio entre los aliados y las fuerzas comunistas; es decir, un pacto de seguridad mutua que pondría en acción a las tropas norteamericanas sólo en el caso de una agresión por parte del enemigo, seguido de un programa de rehabilitación económica en gran escala para la Corea meridional, ya por cierto estudiado por un emisario especial de la Unión. También se ha propuesto y parece aceptado que serán reforzadas las fuerzas sudcoreanas, prometiendo por su parte el presidente de Corea del Sur no utilizar su ejército nacional para avanzar hacia el norte en ningún caso ni hacer uso de medios de fuerza contra las tropas indias y los agentes de "persuasión" comunistas que trabajan con los prisioneros de guerra anticomunistas. La cuestión del canje de los prisioneros se solucionó después de muchos cambios de parecer y la firma del armisticio vino al terminarse julio.

El General Eisenhower había declarado semanas antes que el objetivo de su gobierno con respecto a Corea y Alemania, era tratar de la unificación en ambos países por medios pacíficos. Esto puede oponer dificultades, pero no será imposible. Los medios que el gobierno de la Unión empleará en tono pacífico para lograr sus propósitos, no han sido revelados; pero así como la tregua en Corea al fin fué alcanzada y el cese del fuego ha traído por consecuencia devolver la calma a la humanidad libre, cansada de una lucha que en forma práctica resultaba desangre hasta cierto punto innecesario puesto que estaba a la vista que el poder aliado podría resistir y salir victorioso de una nueva guerra tomando como experiencia todo lo que se aprendió en Corea, la verdad es que el alargamiento de la lucha en Asia que podía desembocar en más explosivas consecuencias, ha tenido fin.

En Rusia han aparecido hechos demostrativos de una pugna interna políticamente aprovechada por Malenkov. Beria encarcelado y sometido a proceso, advierte del infortunio en que han caído sus planes y sus prosélitos, para que siga en pie aunque en menos escala agresiva, la táctica staliniana.

Por último, con las declaraciones que acaba de hacer Malenkov de que la URSS tiene la bomba de Hidrógeno, señalando que Estados Unidos "ha perdido el monopolio", se abre otro capítulo para las discusiones referentes al poderío y a la acción decisivo en caso de una nueva contienda mundial. La afirmación parece que vino en seguida de que el Mandatario de los Estados Unidos dijera que el arreglo de la cuestión de Corea no implicaba que los aliados de occidente abandonaran el camino de la seguridad internacional, aunque sus miras fueran las de construir la paz en armonía con todo el mundo.

Si Rusia ha creído sembrar la confusión —con sus arrogantes declaraciones sobre la bomba de Hidrógeno, de cuya posesión dudan en Estados Unidos— la verdad es que tampoco se puede creer mucho en su plan de reducción de gastos militares porque el mismo parlamento soviético se ha encargado de demostrar con su aprobación al mayor presupuesto de la historia rusa, que vive para atacar o mantenerse en guardia hasta la hora del ataque. La aparición de la Bomba de Cobalto crea otra perspectiva dentro de esta carrera de poder destructor muy siglo XX.

No cabría cerrar esta nota sin aludir al deseo que tuvo y sobre lo que insistió tanto Mr. Churchill, a fin de celebrar una reunión con Rusia, hace poco. Llevado por las manifestaciones internas en Moscú, que han puesto al trasluz la conspiración de los usufructuarios del poder en la URSS, creyó y acaso siga creyendo que la coyuntura se presentaba favorable a aprovechar esa pugna para favorecer el interés occidental. Pero no se debe olvidar que un ruso soviético es igual a otro en estos achaques de su afán hegemónico y de ambición de hacer prevalecer el comunismo en el mundo entero. Bloqueando como lo han hecho siempre los prosélitos de Stalin los planes de las NN. UU., o sea de los EE. UU. de N. A., tratarán en todos los casos y más todavía en una Conferencia de los Cuatro Grandes de sacar todas las ventajas que les faciliten llevar a cabo sus designios de absorción del mundo para el comunismo. Menos mal que Mr. Churchill, ahora mismo, parece inclinado definitivamente a abandonar la proyectada Conferencia.

Después de la tregua en Corea, el anuncio de que Rusia tiene la bomba "H", aunque ofrezca dudas a los ojos de Washington, se debe a nuestro juicio tomar como nueva sospecha de que Occidente no puede abandonarse a las esperanzas de una coexistencia pacífica y confiada con Rusia comunista. El salto del Soviet desde la emboscada en que vive, se producirá de todos modos un día. Ese día es que conviene evitar aunque los medios para conseguirlo le resulten muy costosos al mundo libre. Porque tal es el precio de la libertad en estos tiempos atómicos en que peligran de muerte las grandes conquistas que le han dado al hombre la oportunidad para vivir una vida superior, digna de sus esperanzas y de sus

fines sobre la tierra, sin tener que ver más sus grandes ciudades destruidas ni aniquilada su obra paciente para acentuar una nueva cultura. De todas maneras, la libertad en estos tiempos no puede ser obtenida, como no puede ser alcanzado el reino de la paz, sino a costa de mucha vigilancia, de mucho poder defensivo que aunque costoso militarmente tiene la eficacia de prevenir cualquier golpe atómico sorpresivo. Jamás debe olvidarse que los "Pearl Harbor" pueden repetirse en cualquier latitud y que el duelo tremendo por la supervivencia en el caso de Occidente, no debe desconocer que la infidencia y la alevosidad son nuevas armas en uso que el enemigo de la Democracia sabrá usar en todos los intentos que haga para destruir los medios que se opongan a su expansionismo esclavizador y tenebroso.

(3) La ejecución de los espías atómicos Rosemberg, en junio de 1953, ha dado lugar a curiosas manifestaciones de piedad en EE. UU. La flexibilidad de la justicia estadounidense corresponde a las pruebas que ha tenido para llevar a la silla eléctrica a los dos reos. Contemporización e inercia son factores que arruinan la moral de los pueblos.

DE GAULLE, SU PATRIOTISMO Y SU RETIRO DE LA ESCENA

Para cerrar las referencias a Europa, nos ocuparemos de un hecho que ha llamado poderosamente la atención. El retiro del General De Gaulle de la escena política de Francia.

Los hombres que han luchado por la democracia y por el retorno de los pueblos a sus cauces normales bajo la advocación de los principios en que se sustentan sus instituciones fundamentales, no podrán olvidar esa figura de la que se han hecho tantas alabanzas, pero a la que la política actual de su patria no ha correspondido como el personaje merecía. El General De Gaulle, jefe de la resistencia en los días angustiosos de la II Guerra Mundial, ante los virajes de la realidad, se ha marchado dejando el campo libre para que lo abonen, si es que pueden, los nuevos líderes que llevan a la República por los rumbos zigzagueantes y grises de esta hora de la Humanidad.

Recordemos, por venir al caso, un poco de la biografía de este excepcional soldado que supo cumplir con sus elevados deberes en horas terribles como las de la invasión de Francia por los nazis y que tuvo, como pocos, una gran fe en la victoria final. Era el año 1936 y no se podía pensar entonces que este oficial de alta graduación, como muchos otros, saldría de los moldes en que se habían formado sus compañeros. Su trabajo y su vida transcurrían sin visos de singularidad hasta que se le ocurrió escribir un libro sobre los ejércitos motorizados, que llamando la atención de Paul Reynaud, sin embargo de la parte del superior comando no mereció ningún interés.

De Gaulle criticaba en su obra los planes militares de los estrategas y hacía planteamientos desde luego originales en su concepción de la nueva táctica a emplearse en caso de una guerra. Como alguien ha dicho, los militares de la clásica escuela, estrategas de la otra contienda, seguían pensando que un nuevo conflicto volvería a revivir escenas como las de Verdún, etc., y por eso aconsejaron que se tendieran defensas que se llevaron a cabo con la Línea Maginot a costa de tremendo gasto. El entonces Coronel De Gaulle se adelantó con gran intuición a señalar lo que tendría que sobrevenir al declararse la temida conflagración, y dejó bien claramente explicado que el futuro no iba a ser de las infanterías inmóviles tras de las trincheras, sino de las tropas de asalto y de las unidades motorizadas. El desdén con que se miró la iniciativa de De Gaulle figurará entre las páginas de los desaciertos humanos.

Cuando ya los alemanes estaban a un centenar de kilómetros de París, Reynaud, llegando al gobierno en instantes que apremiaban, llamó a su amigo De Gaulle y le dió un cargo de segunda clase. El le hubiera designado otro. Pero el alto comando ordenaba... La única protesta que hubo cuando el anciano General Petain capituló en ese triste junio de 1940, fué la del Coronel De Gaulle. El, ante el silencio de sus compañeros, proclamó bien alto: Francia ha perdido una batalla, pero no ha perdido la guerra. El alma de la Francia resistente fué De Gaulle quien, en verdad, por otra parte, contó rara vez con la simpatía total de los Grandes.

Veamos, ahora, lo que sobre él acaba de escribir un famoso comentarista francés: "El Hombre en quien se encarnaba este giro del espíritu, desembarcó sobre el suelo de su país cargado de las esperanzas de una inmensa mayoría de sus conciudadanos. Los unos, más numerosos que los otros, esperando y descontando de su energía el pronto regreso a un orden pacífico y nacional, porque no conocían al hombre. Los demás esperando de su debilidad todas las posibilidades para impedir que este orden se restableciera porque lo conocían mejor. Dentro de la derrota general de los principios y la eusencia y la anulación de toda ley, este hombre se encontraba provisto de un poder del cual ningún soberano del antiguo régimen jamás había dispuesto. ¿Qué es lo que hizo él? Rodeado de gentes tardías o insignificantes, que tan sólo él podía haber escogido mejor, constituyó un gobierno que él, despreciaba más que ningún otro. Impotente para reconstruir, no se mostró eficaz sino para cubrir el trabajo de la descomposición".

Esto es lo que dice un libro con sobra de injusticia Paul Jeanselme. Pero sus defensores al verle salir ahora para el retiro a la vida privada, señalan: De Gaulle ha sido tildado de

fracaso, según pretenden, porque era inferior a sus ambiciones y carecía de talla, al decir de sus detractores de derecha. "Ningún concepto más equivocado. Si algo le sobra a De Gaulle es personalidad y talla física y moral. Lo que le faltó fué flexibilidad, táctica, humildad. Es soberbio y duro como el acero. No sabe transigir. Exige de sus adeptos el máximo, el mismo sacrificio, la misma tenacidad, igual arrogancia y desprendimiento a los por él empleados. Y se encontró con que la mayoría de sus partidarios sólo querían servirse de él para surgir. Así lo declaró el General en una de sus últimas manifestaciones públicas en que trató a sus representantes en la Cámara de oportunistas, incapaces de abnegación, dispuestos a entregarse al mejor postor. El General denunció los acuerdos de Yalta en la época en que fueron suscritos. Y les hizo las mismas objeciones que siete años más tarde les formuló Eisenhower. Sea de ello lo que fuere, la hora de De Gaulle pasó ya. Y no se ve en el horizonte al que pueda reemplazarlo. El "francés moyen" seguirá mandando. Es decir, se impondrán el buen sentido, la moderación y el deseo de paz que ha sido norma de la república. A los pueblos no los hacen felices sus grandes hombres, sino los conductores dueños de talentos y virtudes moderados, sin extravagancias ni extremismos".

Estos juicios de un lado y otro, en el comentario escrito, dan a entender de todos modos que la hora de De Gaulle como político ha pasado. Es una verdadera lástima opinamos nosotros que desde lejos miramos la trayectoria del ilustre soldado, del patriota irreductible, que estuvo en su sitio en las horas de mayor peligro, que dió el alerta temprano en su patria sobre la manera de defenderla militarmente sin ser escuchado, del hombre que nunca supo del halago de las palabras que se lleva el viento ni transigió con los males que están minando a la gloriosa Francia.

Acaso, como se le ha criticado, lo más cuerdo hubiera sido en él prescindir de la fundación de un partido. Porque es como político que De Gaulle ha sufrido las decepciones que lo han llevado a retirarse de la escena. Hay quien dice que será recordado por lo que como patriota hizo en horas dramáticas y por lo que dejó de hacer como político. Admiradores suyos —es decir, franceses desasacionados y libres de influencias ideológicas extremistas— reconocen que nadie habría podido hacer por Francia lo que estuvo en capacidad de hacer el General. Si es desolador su receso, más ha de serlo el que Francia no encuentre otro hombre de su mentalidad, de su patriotismo, de sus ilustres prestigios para conducir a su pueblo por caminos de salvación.

Lo cierto es que hay una clase de hombres que tienen visión para unas cosas y carecen de sentido para otras. De Gaulle la tuvo para la salvación de Francia ante el enemigo que había de invadirla sometiendo al terror y la humillación su ilustre tierra. Y para recuperarla a la hora que sonó la de la vindicación del honor y de los destinos de la Patria. A nosotros no nos convence el que se diga que todos triunfaron a su hora: Churchill, Roosevelt, De Gásperi, Eisenhower... Hay que tener en cuenta que Francia, después que sobrevino el desastre, no era ni Inglaterra, ni Estados Unidos, ni Italia misma. En el pueblo galo influyen todavía los genios del mal que llevan a la cuarta república tambaleándose entre comunistas furiosamente sectarios y derechistas acérrimamente rencorosos que abominan de los demás partidos, desdeñan a la democracia y suspiran por reacciones tan peligrosas como las otras que envenenan de sectarismo a diferentes pueblos.

Que De Gaulle triunfase, según dicen, como Juana de Arco, pero fracasara como Richelieu, no quiere decir que la gloria del gran soldado de la resistencia, el único auténtico prestigio de la hora más crítica y solemne de Francia, no sea digna de sellarse con la gratitud de todo su pueblo. Lo que ocurre es que la ingratitud humana siempre encuentra caminos por donde deslizarse. Se quiere encontrar hombres perfectos, a cabalidad, seres superiores de tan extraordinarias cualidades que no parezcan de este mundo. Si se reflexiona por un instante en lo imposible de esta ambición, ha de reconocérsele a De Gaulle que fué el ejecutor de un designio que consistió en acercar al hombre dueño de un excepcional espíritu previsor al cumplimiento de una empresa, como era la de salvar a Francia mediante el desarrollo técnico de la guerra móvil. Culpa suya no fué si no lo tomaron en cuenta y lo dejaron en condiciones de no poder actuar. En cuanto a su aptitud como político, disculpémosle que fuera intransigente, en vez de suave y dúctil. ¿Cuándo la política no fué una sucesión de caídas y deslealtades, de inconsecuencias y de errores en país alguno? De Gaulle no estaba hecho para estos artilugios y estas tramoyas que hacen del hombre público a veces un muñeco y con frecuencia un farsante.

De Gaulle, como patriota, como héroe de Francia, tiene asegurado su sitio en la escena mundial y en la historia de su patria, a la que salvó en sus prestigios eternos y le dió un derrotero en los amargos días de la claudicación...

COLOFON

Si en los mínimos sucesos de la vida, requiérese para juicio de la posteridad y aún de los mismos contemporáneos, el testimonio que confirme lo que uno hace en compromiso de la vida civil, con tanta mayor razón, y acaso con fuerza que no deben olvidar quienes trabajan el mañana, lo reclama más la obra que, como la nuestra, lleva en su contenido el principio de la acción.

No es que dudemos de cuanto hemos hecho en la extensión de nuestra vida al servicio de la fraternidad humana, en los campos de todas las manifestaciones de la cultura y del trabajo. Sino que un imperativo de conciencia nos inclina a culminar este nuevo libro con el pensamiento ajeno que así atestigua lo que dicho solamente por nosotros, podría ser motivo de duda en la mente de los que, juzgando las ideas por sólo el coeficiente individual, pensarán que ellas obedecen al calor del egocismo.

Captando el punto de vista ajeno al de nuestra órbita creemos dar, de ese modo, más fuerza y vigor, a la tesis que siempre hemos sostenido, y que, en esta vez, se fundamenta sobre el terreno del viaje que hicéramos antes de escribir la obra que, estimado lector, acabas de conocer.

Formado por mí un concepto propio, en torno a todo cuanto hemos recapitulado y a cuanto de original nos ha sugerido la marcha de los acontecimientos y el compás inexorable del tiempo, creo cumplir un deber de escritor, consciente de su misión, y sobre todo de abanderado de una causa común a millones de hombres, al honrarme ofreciendo al lector lo que, acerca de nuestra obra hasta ahora realizada, y singularmente, al libro anterior, han dicho elementos que son las voces autorizadas de todos los sectores sociales e intelectuales del mundo. Si cuatro ojos, como la trivial expresión lo dice, miran más que dos, dos cerebros pensarán mejor que uno sólo. Y es el pensamiento ajeno, al que me remito con democrático respeto, el que he traído a estas páginas como el más sincero colofón que ofrecer podría a los que leyéndome hayan entablado el silencioso diálogo de las objeciones.

Lejos de mi ánimo la vanidad de aceptar, a fardo cerrado, los términos del encomio a mi persona, que ella no vale, sino por lo que de acción ha de quedar para el futuro, pero despojado de esos ditirambos, me ha movido a seleccionar, lo que contribuya a esclarecer el problema de la paz en una cabal convivencia democrática, como un medio de dar mayor fuerza a cuanto sostengo y propugno.

En esta vez, como no ha ocurrido, aunque sucedió siempre en grado superlativo, con anteriores volúmenes, "La Última Carta de la Democracia" ha motivado un nutrido correo que, viniendo de los cuatro puntos cardinales, me ha reconfortado en la recia lucha por los ideales contra los que se han conjurado todas las fuerzas del despotismo universal.

Me enaltece sobremanera este valioso estímulo que me llega por doquiera y que adviérteme el acierto por el cual me he guiado, para seguir la cruzada de treinta años que vengo librando porque impere, en la conciencia de los pueblos la convicción de que sólo la libertad en las ideas y en los actos, siempre que estos obedezcan a las mejores y más elevadas, puede lograr una fraternidad que comienza por lo social, se extiende a la patria, abarca el continente y se dilata al orbe entero.

Habría querido, pero un elemental criterio de respeto a la confianza que en mí se ha depositado, me obliga a una necesaria discreción: estampar aquí los nombres de todos los grandes valores que, muchas veces, atravesando la cortina de silencio que los dictadores han corrido, suscriben juicios dignos de su sacrificada vida en aras de la democracia. Su palabra me basta y ella va en la selección que, páginas adelante, ofrezco, junto a opiniones de otros hombres, cuya celebridad fluye de su propio nombre, habiéndome ceñido, luego, a la prioridad del alfabeto, para insertar las que creo traer como un imperativo colofón a este libro que está escrito, por eso, no sólo con el espíritu de su autor, sino que lleva, como fundamento vital, la identificación de otros espíritus cimeros del universo.

“Mi ilustre amigo: Felicito a Ud. por su vigorosa campaña —nos escribe dilecto sudamericano, de gran figuración política e intelectual, que tanto ha hecho a favor de la democracia en su argentina patria—. Todos los americanos le estamos muy reconocidos y vemos en usted al entusiasta líder de un noble ideal...”

—Del eminente Ex-Rector de la Universidad Nacional de México, doctor ALFONSO PRUNEDA, son estos conceptos: “Lo felicito cordialmente por su nueva y trascendental contribución al verdadero interamericanismo, que usted define con tanto acierto cuando en La Ofrenda de la obra (“La Última Carta de la Democracia, América en la Encrucijada Roja”), dice “Ellos —los héroes— deben ser guías supremos para las generaciones venideras, pues sólo a través de la unidad —unidad política, económica y espiritual— podrá cumplirse, en toda su plenitud y su grandeza, el destino de los pueblos libres de este Hemisferio...” Deseo sincera y cordialmente que la muy valiosa obra de usted sea conocida más y más en todos los países de nuestra América, especialmente en aquellos que adolecen de los males que con tanta precisión señala usted, y espero que su muy atinado y valiente estudio sirva de estímulo efectivo para que se arraigue cada día más el verdadero Interamericanismo”.

—“Pienso de todo corazón —expresa Mr. J. LAMEROUX, Presidente de la Academia Internacional de Ciencias Políticas, de París —que el deber de todos los países que gozan de libertad, de honor, de los derechos humanos y de su dignidad, se deben unir para crear los estatutos definitivos que aseguren su unión. Los libros como el vuestro contribuyen a convencer a la élite y, por ella, a los pueblos, de las necesidades que ambos percibimos tan claramente. A nombre, pues, de todos aquellos en cuyo corazón descansa la unión fraternal de los hombres, os felicito y agradezco”.

—Del destacado publicista y diplomático, EUGENIO CARLOS DE HOSTOS, hijo del gran don Rafael M. de Hostos, son las frases a continuación: “Es alentador ver en estos tiempos a un señor de holgada posición dedicado noblemente a la labor de fomentar el americanismo y defender la democracia americana continuando la obra grandiosa de nuestros precursores y dando magna prueba de patriotismo, inspirado en el ejemplo de los fundadores de nuestras repúblicas”.

—En opinión del ilustre Ex-Presidente de México, doctor EMILIO PORTES GIL, él “concuera totalmente” con las ideas contenidas en “La Última Carta de la Democracia”. Y añade: “En todas mis conferencias he sustentado la tesis de que la única salida que le queda al mundo occidental, es el implantamiento de una filosofía mejor que el comunismo, si no quiere verse irremisiblemente perdido”.

—“La lectura de “La Última Carta de la Democracia”, ha acrecentado la admiración que merece el gran apóstol de la paz de América, suscribe el notable hombre público chileno ERNESTO BARROS JARPA, Ex-Ministro de Relaciones Exteriores de Chile.

—Del Dr. HIRAM BINGHAM, de vasta trayectoria americanista, son las siguientes líneas: “Quiero felicitarle muy cordialmente por la forma en que ha planteado su cruzada en pro de la preservación de la democracia y las libertades humanas en este hemisferio. Cruzadas de esta naturaleza deben preocupar a todos los que crean en los principios que nos legaron nuestros antepasados; principios que defendieron a toda costa para que nosotros, sus descendientes, pudiéramos vivir en un mundo mejor. Si nosotros no nos esforzamos en defender estos principios contra el enemigo común, no podremos quejarnos mañana del fracaso de nuestras instituciones democráticas”.

—“Un ¡bravo! a vuestro valor por afrontar el peligro de vida a que se exponen los grandes pensadores puritanos que manejan, a pecho descubierto, armas iguales a las que usais y cuyos resplandores penetrarán los siglos venideros, con la luz de los grandes astros...”

—Conceptos gratos transmitidos a nombre del GENERAL CANDIDO M. Sa RONDON, Presidente del Consejo Nacional de Protección a los Indios, del Brasil, por el Coronel Armando Botelho de Magalhães, Secretario del mismo Consejo.

—Dice así un notable publicista uruguayo: “De la sinceridad de los sentimientos que le inspiran en su campaña americanista dan prueba elocuente sus apreciaciones de la página 59 de su reciente libro (“La Última Carta de la Democracia”). No oculta usted en ellas las plagas sociales que siguen afectando la marcha de nuestros países en los que hay mucho por hacer, sobre todo en materia de educación, sin la que es imposible librarse de nacionalismos estrechos y de negaciones de la más elemental justicia, sin cuyo apoyo no podrá realizarse unión alguna que nos lleve a la verdadera confraternidad continental por la que venimos bregando hace varios lustros, iluminados por el ejemplo y las aspiraciones que nos legara Bolívar, el genio de nuestra América Latina”.

—En un juicio que aparece en “El Diario”, de La Paz, el conocido publicista LUIS TERAN GOMEZ, entre otros conceptos dice de nuestro libro anterior: “En “La Última Carta de la

Democracia" el objetivo primordial, o mejor dicho básico, que preocupa hondamente a su autor, es esta lucha contra el comunismo. Sus observaciones y la cita frecuente de hechos consumados por Rusia así como el concimiento perfecto de la intensa propaganda que se efectúa en las tres Américas en pro de las doctrinas comunistas, demuestra que Larco Herrera ha tomado a pecho la defensa de la democracia desmenuzando sin piedad, pero con fundamentos incontrovertibles, los castillos ilusorios del paraíso rojo. Por ello y con conocimiento de causa, afirma que es un secreto a voces que en toda la América corre el oro ruso, impulsando una activa campaña comunista, y que se organizan congresos de pacifismo y apaciguamiento, u otros similares, a los cuales asisten elementos comunistas que sólo pueden concurrir habilitados con fondos extraordinarios. Que hoy se conoce ya la procedencia de dichos fondos, agenciados a precio del sudor y la sangre de millones de hombres material y moralmente esclavizados".

En otra parte de su interesante crítica anota: "Para Larco Herrera la democracia —de que es ferviente pontificador— es la única fuente superior de vida del hombre en una sociedad organizada, y si atenta contra todo ese cúmulo de males sociales que están amagando la vida de América, es, precisamente, por falta de esos grandes valores morales y espirituales que le han dado a la democracia la única condición que la convierte en una disciplina dignificadora de la humanidad y una escuela de hombres verdaderamente superiores".

—ELIAS DOMIT, del Instituto de Cultura Americana —Sección Paranaense— Brasil, en una crónica suya hace de nuevo presente su afinidad democrática escribiendo: "Indiscutiblemente el empeño americanista de Rafael Larco Herrera es una obra llena de altruismo y de civismo que honra a América. El ex-Vicepresidente del Perú discurre a través de su grandiosa obra acerca de la necesidad de unión de todos los pueblos de nuestro continente cuyos vínculos deben ser ventilados en un congreso de fraternal cordialidad. Es una lectura que atrae y al mismo tiempo interesa por sus puros y sinceros principios de idealismo panamericano. Su última obra, la que ahora nos brinda, es un trabajo de alta extensión sociológica y de orientación a los jefes de estado y legisladores, pero también es una concreta advertencia de los peligros antidemocráticos que nos rodean..."

—Del señor ENRIQUE W. ALVAREZ, Secretario del Grupo América, del Uruguay alta tribuna americanista: "Evidentemente, el mundo de Colón vive un momento difícil, tremendamente difícil. Parecería que la confusión se hubiera apoderado de las almas en esta porción hasta hoy privilegiada del planeta. Es, por consiguiente, hora de la acción, la hora de que nuestra América enseñe al mundo la existencia de su carta, la última sí, pero que habrá de jugarla consciente de sus destinos, ya que —al decir de Pascal—, sólo la dignidad del hombre está en el pensamiento. Tomando como base y fundamento la superior realidad de esa expresión del pensador francés, expone usted en su libro una escuela admirable de grandeza. Su esfuerzo en pro de la unidad espiritual y moral de este Continente americano, torna a su inminente verdad, tan necesaria para la consolidación de la suprema esperanza de la paz, Y al igual que Próspero, el Maestro, en su parábola que inmortalizara nuestro gran Rodó, nos repite su ejemplo: "la fe en el porvenir, la confianza en el esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo"... Llegó, pues, el momento de aunar todas esas energías en un esfuerzo común, alta la frente y fija entonces la mente en los altos postulados de los hombres".

—"A CRITICA", de Mancos, tiene esta opinión de nuestra cruzada: "La formación moral e intelectual de don Rafael Larco Herrera aparece estereotipada en las páginas de la obra que nos ha sido dado leer y meditar. Pocos son, en verdad, los escritores de formación democrática que procuran discutir abiertamente los problemas de nuestros pueblos ante la influencia roja y la infiltración del comunismo en las sociedades demócratas, principalmente en las sociedades en formación de las jóvenes repúblicas iberoamericanas sin un lastre cultural tan necesario para comprender determinadas fórmulas y procesos filosóficos contrarios a las aspiraciones liberales... La obra del señor Larco Herrera ultrapasa en volumen y en ideas a cuanto conocemos sobre el capítulo de la amistad continental. El explora, a la luz de todas las realidades, pacientemente, el asunto, fijando el drama de la hora presente, que puede ser resumido en dos palabras apenas: inquietud y desconfianza..."

—Pertenece al señor SEGUNDO RAFAEL ANZE, publicista argentino, estas expresiones acerca de nuestra cruzada americanista: "Su personalidad conocida como gran idealista, americanista, demócrata y hombre de estado, me es suficiente para adelantarle mis sinceras y efusivas felicitaciones, sabiéndolo un sincero pensador de la talla de nuestro gran Juan Bautista Alberdi, autor de nuestra Constitución de 1853, que afianzó la unidad nacional en la tolerancia que es civilización y democracia..."

—Otro político argentino de gran valía nos escribe: "Lo felicito de todo corazón. Usted agrega una brillante página a la labor extraordinaria que viene realizando desde tantos años en favor de los ideales de América libre y democrática".

—Del doctor ISAAC J. ANAYA, destacado hombre público argentino: "La Última Carta de la Democracia" es un patriótico trabajo, como todos los suyos que tan a tiempo señala los peligros que amenazan a nuestros pueblos. ¡Ojalá sirva para que nuestros gobernantes abran los ojos enceguecidos por bastardos intereses políticos y personales!"

—En esta hora de prueba —nos escribe desde Cuba, el Dr. E. AGRAMONTE,— su palabra elocuente y oportuna viene a tocar las puertas de los pueblos americanos con su magnífica obra, para despertarlos del sueño en que permanecen dormidos; y para ello se vale usted de su noble conciencia de gran ciudadano, del ideal heroico de fraternidad y de libertad que propugnaron aquellos ejemplares que llenan las páginas de la historia con los nombres inmortales de Bolívar, Sucre, Juárez, Sarmiento, Roosevelt y Martí... Su libro "La Última Carta de la Democracia", lleno de datos preciosos, escrito en estilo anenístico, puede considerarse como la más verídica y valiosa obra de cuantas se han publicado sobre tan interesante materia, y debe ser leída detenidamente y ser tomada en consideración por todos los gobiernos y pueblos, no ya de las Américas sino del mundo entero".

—El 2o. Vicepresidente de Rotary Internacional, D. RODOLFO ALMEIDA PINTOS, tiene estas frases tan elevadas como gratas sobre "La Última Carta de la Democracia": "Páginas como esas, e iniciativas como las que en ellas se concretan, deberían salir cada día y difundirse a cada paso por esta desvalida América nuestra. Su gesto generoso, su postura de paladín de un movimiento destinado a salvar los preciados valores de una democracia auténtica, deben merecer el aprecio y la colaboración de todo hombre de bien y de todo ciudadano digno... Yo no creo que la paz venga al mundo mientras se la persiga por el camino hasta ahora seguido. Nunca se la alcanzará si se pretende construirla sólo en las alturas, en las esferas diplomáticas o en los organismos de entendimiento internacional. No se logrará la paz, si se labora en un sólo sentido, de arriba a abajo, de los órganos de gobierno hacia los pueblos, hacia los hombres. De la misma manera que no habrá cosecha si el labrador sólo se preocupa de sembrar la semilla del mejor trigo y no de buscar la tierra apta y preparada para que el grano pueda germinar. La paz habrá que construirla también de abajo a arriba, del individuo, del pueblo hacia el plano de las esferas gubernamentales... Sólo cuando es culto el hombre civilizado es capaz de comprender y de amar la libertad. Es en la masa afoima del analfabetismo, de la ignorancia, de la miseria física y espiritual que se va cavando lentamente el cimiento de la injusticia social, sobre el cual se han levantado y se siguen levantando todos los edificios de las dictaduras y de las tiranías..."

—La señora JOSEFA T. DE AGUERRI, de Managua, con nobles términos se expresa de este modo, acreditando el concepto feminista de la democracia y de esta hora del mundo: "Su libro claro en la dicción y fuerte en el pensamiento, es enseñanza para los hombres libres de América, pues muestran de manera clara y convincente los peligros que amenazan a la democracia y al mismo tiempo señala los caminos a seguir y las resoluciones a tomar para que la noble causa que sustentamos los que deseamos vivir libres de temor, en un mundo libre, se mantenga y perdure, como el mayor triunfo y la mayor conquista del siglo en que actuamos".

—Del doctor JOHN ANSON FORD, del Condado de los Angeles, Consejo de Supervisores, son estos párrafos: "Puedo decirle que este Tratado sobre Comunismo ("La Última Carta de la Democracia"), y los problemas que ello representa a Sudamérica, constituye un valioso aporte a la información pública. He colocado este volumen en la Biblioteca del Condado de Los Angeles donde estará al servicio de los lectores de nuestra Biblioteca Central y de 89 bibliotecas subsidiarias".

—Otra expresiva muestra del interés por nuestra obra es la del señor BASTOS, Presidente de la Comisión de Relaciones Americanas del Rotary de Belo Horizonte, Brasil: "No imagina el interés con que vengo leyendo su última producción "La Última Carta de la Democracia" que una vez más pone en evidencia el derecho que usted tiene a que se le proclame Ciudadano de América".

—"Usted ha sabido poner el dedo en los puntos álgidos de la cuestión o cuestiones que presenta ésta (la democracia) en la encrucijada en que hoy se halla, según reza el subtítulo de su denso libro. También esa encrucijada puede ser, como asimismo lo sugiere el título de su obra, la última carta que resta por jugar. Ni ha dejado de señalar también allí los puntos graves por donde se amenaza el resultado de esta última jugada". JULIO ENRIQUE BLANCO, Barranquilla, Colombia.

—Del profesor HUGO BYRON, del Instituto Indigenista Uruguayo, provienen estas líneas llenas de grata adhesión: "La conciencia liberal y democrática de nuestro Continente tiene el deber —que yo proclamo— de celebrar con simbólica magestad, en este agitado siglo que nos toma de espectadores, su oportuno e imponderable libro, esfuerzo intelectual de un peruano ilustre y de un americanista con acción y pensamiento de esclarecido varón del Nuevo Mundo... De su nueva obra hablaré en conferencia de mesa redonda en una de las próximas sesiones de la Academia Diplomática Internacional de Montevideo (filial de la Central de París)".

—Del Dr. CARLOS E. BUSH, Chiclayo, Perú: "Su bello y arrogante libro es una recia clarinada de alerta al mundo libre. Es la voz admonitiva de América en el pensamiento de un apóstol de la Democracia en el Perú".

—El publicista norteamericano GEORGE BRUCE, Los Angeles, Cal., acusa recibo de nuestro último libro con estas emocionadas frases: "Su obra conmueve señalando el único sendero hacia la seguridad y salvación de los americanos. Ciertamente, los estadistas de los dos continentes occidentales deben estudiarla cuidadosamente. Se obtiene del libro un retrato claro de la forma sobre la cual tendrán que erigir la estructura de las relaciones futuras entre las repúblicas americanas si ellas deben continuar luchando en la causa común contra la amenaza roja".

—"He leído con gran interés y profunda emoción —declara el doctor IUAN BAUTISTA GROSSO, desde la Argentina— su libro "La Última Carta de la Democracia" y le confieso que los amigos han gustado tanto de su magnífica idea sobre la unificación de la democracia en la hospitalaria tierra que descubriera Colón y en que hoy ilumina, como un faro luminoso, la voz vibrante de un americano ilustre que detiene con la palabra escrita el preciado don de la libertad".

—El acuse de recibo del Dr. GEORGE BUTLER, de Washington, dice así: "Usted llama la atención en su libro a muchas cosas que no debemos olvidar. Es muy importante, sobre todo en esta época, pensar y escribir a la luz de la historia. Usted lo ha hecho así y ese es el valor de su obra. En el caos del presente el hombre olvida su pasado y las lecciones que ofrece. Felizmente, usted y algunos otros escritores y estadistas no lo olvidan..."

—He aquí otro juicio que viene de un escritor demócrata, el doctor JORGE BEJARANO, de Bogotá, Colombia: "Ha escrito usted un libro que debería ser texto de lectura de escuelas y colegios para que las nuevas generaciones aprendieran estos ideales".

"La Última Carta de la Democracia", vigoroso alegato en favor del ideal del sentimiento democrático que desde Francisco Roldán y pasando por Miranda, Tupac Amaru, Bolívar, San Martín y Sarmiento hasta nuestros días y para siempre, está en la fibra más íntima de la conformación espiritual del hombre de América. Desde la caída de la dinastía americana con Atahualpa y desde el citado levantamiento de Roldán, 1498, no hemos tenido otra concepción de la organización social que la forma democrática de gobierno... Al servicio de esos inmutables principios está, en tesonero empeño su obra. Por eso merece la más franca admiración de quienes compartimos estos ideales y valoramos su abnegada prédica, el fervor de sus convicciones y su infatigable campaña". Así nos escribe el señor DOMINGO A. BRAVO, fervoroso demócrata, desde Santiago del Estero, en la República Argentina.

—También un sincero americanista y gran folklorista, ecuatoriano, el profesor JUSTINO CORNEJO, de amplia obra democrática, se refiere así a nuestro último libro: "SU ÚLTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA", especie de estremecida y valiente profecía, debería ser intensamente divulgada. En vez de que sea usted quien gaste su dinero en difundirla, un grupo de hombres de buena voluntad, de los que aún creen en la fecundidad de los sueños, debería ser quien se encargara de llevarla, explicándola y recomendándola por todas partes. Pero nuestros hermanos de América se hallan absorbidos por más productivas empresas. Creo, como Ud., en la paz, en la unión, en la libertad, en la justicia y en la cooperación... Usted no parece un hombre de esta hora..."

Nota al margen: En realidad, siempre ha sido así, que no se ha comprendido por algunos espíritus de inmediato la altura de un ideal o la intención de una noble empresa. Pero esto no es para desanimarnos ni nos desanimará nunca, cuando el aliento en general comienza a dar sus frutos con estímulos que se multiplican. El mismo noble amigo, más adelante de su carta, nos da la razón: "Admira que no haya usted perdido la fe... No la pierda... Qué sería del género humano sin hombres como usted, constantes, iluminados, pugnares, superiores al fracaso y a la muerte?"

—El corresponsal de la revista norteamericana "The News" en América del Sur, señor HERBERT M. CLARK, dice del libro nuestro: "Es una joya en el tesoro del hemisferio, un

libro de visión y con un mensaje que debe ser oído y seguido en todos nuestros países, algo sumamente americano para toda América..."

—El general R. CAÑAS MONTALVO nos da desde Santiago de Chile su opinión de americano sinceramente amigo de la causa de los hombres y los pueblos libres: "No hemos podido dejar de admirar —dice— una vez más, sus acertadísimos y condenatorios juicios en su magnífico análisis dedicado a la sana "hermandad continental" y que titula "La Última Carta de la Democracia"... Fielmente inspirada en el sentido de la unidad bolivariana y el inequívoco concepto democrático que sostuviera como nadie el General O'Higgins, Gran Mariscal en su patria magnífica a la que distingo cada vez con mayor predilección, hoy más que nunca estamos obligados a vigorizar nuestra fe en tan ponderados y sublimes ideales. Y también a contribuir por cuanto medio sea posible al feliz logro de una hermandad sana, positiva y creadora en que vaya a estrellarse y pulverizarse toda bastarda intención de condenables hegemonías, como las que tanto seducen a tiranos del tipo que para vergüenza de nuestra América tenemos que presenciar".

—Y estos pensamientos valientemente expresados por un espíritu de noble identificación en la avanzada de las mujeres americanas, la dama ecuatoriana LYDIA DEAN HENRIQUES, no pueden ser más alentadoras para nuestra obra: "No conozco ninguna cruzada tan oportuna ni tan vital para la vida de los países americanos como la suya, y este su último libro, de un inmenso horizonte de ideas y acontecimientos, es como un clarín de anuncio. Estamos en la encrucijada de los caminos de la democracia y de la esclavitud moral y material, y se necesitaba una obra como "La Última Carta de la Democracia" para iluminar la trágica ruta y guiar a los peregrinos, ciegos y sordos, hacia el camino de la libertad, la decencia y el bienestar comunal. Quiera Dios que los aterradores detalles del oscuro cuadro descrito en su libro, despierten a las gentes y que se unan para presentar un frente único y sólido al comunismo y a los nuevos brotes del totalitarismo".

—Un distinguido compatriota, el doctor LEONCIO I. DE MORA, que sintió siempre la inquietud democrática, nos dice con sincera emoción cívica: "He seguido desde hace algún tiempo con gran interés la inmensa obra, preocupación de su vida por la exaltación, implantación y afirmación de las virtudes y principios democráticos; y, carne de mi carne, la obra realizada por U. en nuestras campañas peruanas en la Unión Nacional, la Junta Patriótica y nuestra Pro-Marina, que subsiste aún como herencia sagrada de nuestro Almirante..."

—Este otro juicio es del escritor cubano CARLOS DEBAL: "La Última Carta de la Democracia" es un estudio profundo y documentado del problema social y político de nuestra América, hecho por un ilustre americano que ha consagrado su vida al ideal del mejoramiento de nuestro sufrido Continente".

—"EL DIARIO DE NUEVA YORK", que se edita en español en esa metrópoli del norte, ha dicho en una crítica sobre el mismo libro: "Rafael Larco Herrera que es autor de varias obras, es actualmente una de las primeras figuras del pensamiento americano. Ha consagrado la mayor parte de su vida al servicio de la Confederación del Nuevo Mundo, y en este libro se presenta, en toda la magnitud de la verdad, como el más fiel intérprete de la cruzada americanista. A medida que se adentra en la lectura de este libro, se percibe la determinada intención del autor por llegar a interesar a la juventud en los ideales de la democracia. El ilustre escritor peruano está considerado como el portavoz del panamericanismo no sólo en el espíritu, sino en la acción, y de este modo a través de su elocuente verbo, habla al corazón de sus millares de lectores y logra despertar en la conciencia americanista el interés más profundo. Su obra, que está inspirada en los más nobles sentimientos, ha traspasado las fronteras de su patria, arraigándose con fuerza en la mente de los pensadores de toda América... No hay duda de que al llegar a cristalizarse la solidaridad americana, amplia y sin regateos, como la preconiza Larco Herrera, mucho de dicho éxito se le acreditará a él, que ha luchado y sigue luchando en forma tan tesonera por tan magna y humana aspiración".

—Por su parte "EL PAIS", vocero chiclayano de larga trayectoria, dice sobre el libro nuestro lo siguiente: "El señor Larco Herrera está ya consagrado como el más legítimo portavoz de la democracia en la América Latina. Ha escrito muchos enjundiosos libros, ha viajado de país en país, de pueblo en pueblo, predicando la unión de los americanos, la cohesión de los países, la polarización de todas las energías de este Continente para enfrentarse al coloso de Moscú, cuyo ideario y medidas compulsivas y de violencia atrabiliaria, son preludios de una profunda ebullición universal que tarde o temprano degenerará en pavorosa y dantesca guerra. En el libro suyo lo dice muy claramente el señor Larco Herrera. El peligro está en el pórtico, en la antecámara de América y del mundo occidental. Es un libro

de una veracidad irrestricta, aplastante y sorprendente que está mereciendo el elogio de la prensa de toda América, desde Alaska hasta el sur de Chile".

—Pertenece a "EL TIEMPO", el diario órgano del liberalismo colombiano, de larga tradición democrática y cívica, esta nota acerca de nuestra obra: "El señor don Rafael Larco Herrera, gran americanista, peruano, intsigible luchador por la libertad democrática de nuestro hemisferio, ha publicado una nueva obra bajo el título: "La Última Carta de la Democracia". Bolivariano eminente, hombre de vasta ilustración y desinteresado servidor de la Unidad Americana, ha viajado a sus expensas, estudiando las precarias circunstancias políticas de nuestros países, y ha plasmado en esta nueva obra enérgico llamamiento a los americanos de pensamiento y acción, a fin de poner en guardia a la América sobre el peligro que amenaza la libertad que tantos sacrificios nos legaron Washington, Bolívar, San Martín y tantos otros de nuestros próceros libertadores. El libro del señor Larco Herrera, nitidamente impreso, con bellísimas ilustraciones, consta de más de doscientas páginas y está dividido en cuatro partes cuyo índice de capítulos basta para darse cuenta el lector de su gran importancia. Sobre todo, pinta con vivísimos colores la garra comunista y el proceso de la dictadura actual impetuante en la Argentina bajo la ferrada bota del general Juan Domingo Perón".

—Esta nota que lleva la firma del crítico colombiano señor MARCO TULLIO COLLAZOS, termina así: "La obra del insigne peruano será sin duda altamente apreciada y puesta a la altura que merece".

—El señor FARRIS A. FLINT, de conocida solvencia intelectual en los Estados Unidos de N. A., ha escrito: "Usted tiene conocimiento desde luego de la clausura de "La Prensa", de Buenos Aires. Hombres de valor y buena voluntad del Nuevo Mundo se han visto forzados a reconocer que no podemos confiar exclusivamente en nuestras embajadas y agencias de gobierno para la defensa de nuestras libertades básicas. Hay verdaderamente momentos en que algunos gobiernos son los peores enemigos de la democracia y es por esta razón que las organizaciones privadas en el campo interamericano pueden desempeñar un rol de vital importancia en la edificación de una comunidad amiga de las Américas. Acaso le interesará conocer que la Fundación de las Américas ha estado meditando en la formación de una sociedad educacional interamericana, enteramente libre de subsidios o participación de los Estados. Acaso algún día llegaremos a descubrir lo importante que es para nosotros aprender a vivir juntos como a luchar también juntos".

—Es de la señora SONIA G. K. DE FACTOR, espíritu altamente cultivado, esta carta que llega de Los Angeles, California: "Desde la hacienda Chiclin sus obras literarias llegan como antorchas brillantes para iluminar los senderos oscuros a los hombres de buena voluntad que van en busca de orden y paz en medio de esta confusión mundial. Sus obras han irradiado una luz potente que se refleja en la infinidad de epístolas dirigidas a usted por los intelectuales de Sur, Centro y Norte América, movidos por los mismos sentimientos. Con tanta razón le escribe el doctor Benito Reyes Testa, presidente honorario de la Sociedad Bolivariana de Panamá y expresidente del Tribunal Supremo: "Para mejor conocimiento de la brillante labor social que Larco Herrera ha desarrollado como demócrata, como bolivariano y como americanista, bastará la lectura de sus libros donde, como en espejos de reales proyecciones, se destaca su obra social avanzada, justa y benéfica"...

—Pertenece al doctor LUIS E. GALVAN, educador y legislador peruano, las líneas que van a continuación: "En las páginas de su valioso libro "La Última Carta de la Democracia" palpita un hondo sentimiento americanista y su tesonera inquietud para que la democracia merezca un sincero y hondo culto en todos los pueblos de nuestro continente".

—Mientras tanto, por su parte, otro notable educador y americanista, el doctor ALBERTO A. GIESECKE, opina sobre la misma obra: "Esta vez ha superado usted, y en mucho, su labor americanista al escribir "La Última Carta de la Democracia", cuya llave se halla quizá en la frase suya de que se fortificará en la aspiración suprema de mejores días para la humanidad. Lo felicito muy de veras por esta obra de bien y le agradezco por el envío de un ejemplar que estoy leyendo con sumo interés. Su insistencia en la solidaridad continental como sobre los problemas fundamentales de los pueblos de este hemisferio, es un anhelo bien orientado y representa una verdad meridiana que merece el apoyo de todos los que quieren ver siempre libres a nuestros pueblos".

—La señora ANA DE GOMEZ MAYORGA, de brillante trayectoria americanista, también nos escribe de México: "Estamos leyendo mi hijo y yo, su trascendental e interesante libro. Inútil decirle que yo justiprecio su talento en todo lo que vale; su amplia visión de hombre superior—clarividencia de su espíritu sin fronteras que ha superado muchos planos— su empuje avasallador puesto abnegadamente al servicio de América. Lo felicito por su fervor indeclinable, por su aliento de sembrador de América".

—El Presidente de la Sociedad de Geografía de Nueva York, Mr. GILBERT GROVESNOR, acusó recibo en estos términos: "Este libro tan oportuno viene a ser una valiosa adquisición para la Biblioteca de la Sociedad Geográfica, donde lo he colocado".

—Se debe al doctor MANUEL GAMIO, Director del Instituto Indigenista Interamericano y elevado mentor al servicio de la evolución del indígena en América, este juicio: "Estoy maravillado por la fecundidad y nobleza de espíritu con que una vez más expresa su evangelio interamericano. Espero que tan nobles conceptos lleguen al conocimiento no sólo de los Gobiernos, sino también de nuestros pueblos todos, pues la implantación de las inteligentes sugerencias que usted hace, seguramente traerán consigo para ellos una era de mutua y verdadera comprensión, de real acercamiento y de general bienestar".

—Las impresiones que "La Última Carta de la Democracia" le ha producido al señor don CARLOS E. GREZ P., de Santiago de Chile, él las traduce así: "En su obra lamenta usted la decisión en la Argentina tomada contra el diario "La Prensa". En verdad, en Chile hemos seguido la escuela del respeto a la libertad de prensa y hubo mandatarios como don Domingo Santa María que hacía colocar fuerza pública en las puertas de la imprenta donde don Rafael Allende lanzaba sus periódicos que satirizaban al Gobierno y al propio presidente Santa María, al que calificaba de Zar... Me alegro de que usted haya estampado, lo mismo que piensa su servidor, entre la diferencia que existe de la Constitución escrita a la realidad de los pueblos. Ya Bolívar y otros hasta llegar al ilustre Leo S. Rowe, instaron a ver lo peligroso de ese aspecto, pero hay gente que no quiere entender. Creo que América tiene que buscar en su tradición y en su historia la manera de alcanzar la suprema felicidad, desdiciendo teorías y cosas de otros grupos étnicos que no encuadran en nuestro ambiente. En relación con el peligro soviético, ocurre que en nuestro medio americano no se le toma en cuenta por no haber actuado aún; pero sí actuó como en Bogotá y usted verá cómo se unificaron las dos tendencias políticas dominantes para combatirlo. Igual ha ocurrido en el Brasil y dondequiera que ha pretendido moverse enfáticamente. Estoy convencido que los pueblos viriles del continente jamás aceptarán la tiranía impuesta por el Kremlin".

—"He leído con la detención que merece una obra de tan vastas proyecciones, su último libro "La Última Carta de la Democracia" dice con su gran amor a las cosas de América ESTRELLA GENTA, y con inspiración profundamente uruguaya y continental, agrega: "Profundo análisis de la realidad americana y a la vez enfoque certero de la situación internacional y sus complejos problemas, con señera actitud se adelanta usted a los acontecimientos y da las soluciones providentes que hacen de usted el paladín de la democracia de nuestro continente. Nos sumamos al coro entusiasta con que América bate palmas al cruzado del ideal que agita por todos los países del mundo su palabra vibrante como una bandera".

—Desde La Habana nos escribe el noble amigo FUCO G. GOMEZ, sus palabras de congratulación: "Leyendo esta gran obra suya pronto uno se percata de que usted está dotado de una esclarecida inteligencia y de una inmensa voluntad que hicieron posible la realización, por su parte, de tan enorme esfuerzo en pro del progreso histórico, cultural e ideológico de América. Por esa gran labor americanista y por su valiosa contribución al mantenimiento de las relaciones y de la amistad entrañable que une, y debe unir, a los pueblos del continente, le envío mi cálida y sincera felicitación al tiempo que le doy las más efusivas gracias por su magnífico obsequio".

—Estoy convencido —sostiene el escritor hispano MAXIMIANO GARCIA VENERO con gran sínéresis— de que los adheridos a la convocatoria de Larco Herrera no pretenderán en este caso concreto —la clausura de "La Prensa", de Buenos Aires,— discutir el régimen argentino que es cuestión exclusiva de los ciudadanos de la república. Indudablemente, el ataque de Perón a "La Prensa" resulta difícil separarlo de su obra general de gobierno. Más conviene discriminarlo, extrayéndole su verdadero sentido jurídico de usurpación de una propiedad que por sus valores morales e intelectuales, era sentimentalmente un patrimonio de cuantos hablamos castellano. Y, en este proceso público de incautación del diario, hay que señalar como agravantes la hipocresía y la falacia con que se ha procedido, derogando un derecho ciudadano que está ligado cabalmente con el civil... Por el entendimiento de España y de los españoles, realizó "La Prensa" una desinteresada y noble labor, para la que recibió el concurso de ilustres plumas hispánicas. Su exquisita y ecuéname atención hacia el pueblo en cuyo idioma estaba escrita, es inolvidable. Y todo ello lo hizo sin mengua de su argentinidad, esa misma argentinidad que Perón y sus gentes han pretendido cambiar de signo, para utilizarla a la manera de una inmensa y apropiada estancia... Y recalca estas opiniones que no tienen desperdicio: "La emancipación y libertad de América se debe, en buena parte, a los periódicos. Estas líneas están destinadas a ciudadanos americanos y no pretendo evocar minuciosamente una historia que sin duda conocen y sienten con más precisión y mejor

juicio que yo. Desde fines del siglo XVIII hasta la emancipación antillana, precediendo unas veces a los caudillos de la independencia, acompañándolos otros, o siguiéndoles, hay escritores políticos de periódico. En ocasiones son los mismos caudillos los que dejan su espada sobre la mesa campamental para tomar la pluma del periodista. Por medio de los periódicos que llegaban casi siempre de Europa, se fué acrisolando la idea de la emancipación... Creo sinceramente que en la Metrópoli en el Cádiz glorioso e invicto, los americanos aprendieron, antes que en los textos franceses, las normas y los estilos del periodismo político. La mayoría de los periódicos que aparecieron en España entre 1808 y 1814, honran al pensamiento hispánico. El caso de "La Prensa" no es nuevo en la República Argentina. Sarmiento escribía: "Rosas teme más a la prensa que a las conspiraciones... porque lo que está impreso queda estampado para siempre y si en el momento presente es inútil y sin efecto, no lo es para la posteridad que, juzgando por el examen de los hechos, y libre de toda preocupación y de toda intimidación, pronuncia su fallo inapelable". Sufría Sarmiento, sufren los espíritus independientes, pero la justicia ha de prevalecer. No hay un sólo atentado a la dignidad humana que haya dejado de recibir su sanción. El mundo ha olvidado la filosofía de los estoicos y el principio inminente de que los mártires hacen la fe. Creo que "La Prensa" es menos infortunada que otras muchas colectividades y personas que se hallaron en pavorosa soledad a la largo de la historia. El hecho de que los hombres de diversas nacionalidades, y de varia significación política y religiosa expresemos nuestra solidaridad con el diario argentino, con sus directores y redactores, demuestra que la solidaridad internacional en relación con los principios básicos del mundo civilizado, no se han extinguido..."

—Acuse de recibo del gran escritor argentino doctor ENRIQUE DE GANDIA: "felicitaciones por su lucha contra el comunismo. Ahí estamos todos de acuerdo. Debemos unirnos para hacer frente a un gran peligro común que ahogaría, si triunfase, todas las libertades..."

—La señora FRIDA GATTI, distinguida dama uruguaya, nos dice: "Todos sus libros, todas sus obras han tenido para mí un sublime sentido de libertad en una sólida y cimentada expresión de verdad y justicia. Pero "La Última Carta de la Democracia" es la consagración. Su contenido es la valiente defensa que sale a las veredas del mundo para mostrar la Democracia reclamando con voces infinitas la necesidad de que los pueblos y los hombres la ejerciten, la mantengan en sus hechos: estabilidad y fortaleza que los vemos desmoronarse en algunas hermanas repúblicas americanas. Cuadro macabro que viven algunos pueblos. Yo doy gracias a Dios para que en esta bendita tierra uruguaya siempre se mantenga en alto la democracia y con ella los hombres de gobierno que la establecen en sus decisiones. Admiro su dignísimo pensamiento de demócrata, que entrelaza, con sus libros, las verdades, las posibilidades y peligros que en cada pueblo existen cuando falta la libertad..."

—Del doctor ALEJANDRO GRUNING ROSAS, dignísimo argentino, de esclarecida filiación liberal son estos conceptos: "Su libro es todo un monumento de verdades, como aquellas de Sarmiento, el genial americanista, apasionado muchas veces como también luchador infatigable..."

—He aquí lo que dice el doctor EDMUNDO GUTIERREZ, de conocida trayectoria americanista: "Gracias por su magnífico libro. Es un ponderable trabajo. Estamos diametralmente en desacuerdo en cuanto a Perú y en cuanto a los yanquis, pero perfectamente solidarios en el ideal de América y en nuestro afecto al Perú como se lo demostrará la ley 5068 de su ilustre patria que le ha de ser fácil leerla en el Archivo de Trujillo. Está publicada en el diario oficial "El Peruano" del 23 de julio de 1925. Pero como a todo señor todo honor, lo saludo cordialmente y lo felicito por su infatigable actividad al servicio de América".

—El publicista señor don DAVID SAAVEDRA, con generosa comprensión de nuestra obra dice desde Washington a una revista —"Ecos"— entre otras cosas: "No se pueden discutir las limpias credenciales del señor Rafael Larco Herrera, que en el transcurso de una generación ha buscado la paz por la gracia de la paz misma, sin fines ulteriores de provecho o de engrandecimiento para su país. El ex-Vicepresidente del Perú, uno de los estadistas más notables de América Latina, es un peregrino de la paz, que ha ido como los antiguos cruzados de país en país predicando el evangelio y la confraternidad de los pueblos. Este cruzado merece más que ningún otro americano el premio Nobel de la paz porque él sueña con la paz como otros sueñan con su salvación eterna..."

Muy dignos de agradecimiento los términos empleados por este noble espíritu americanista, nosotros le interrumpimos aquí para reafirmar que no es galardón de un premio ni otros homenajes lo que nos acicatea en el gran esfuerzo de defender la Democracia, sino que nos lleva a realizarlo la fuerza de nuestras convicciones y el espectáculo del mundo, atormentado por ingentes problemas y arrastrado a un calvario nuevo por obra de la ambición cesarista y el predominio de la fuerza imperante sobre los derechos y la confraternidad de hombres y pueblos.

"Siguiendo su firme propósito —comenta el señor Saavedra— el estadista suramericano ha querido ver con sus propios ojos en cada país las posibilidades que hay para la paz universal. Larco Herrera es probablemente el estadista contemporáneo que más ha viajado por el mundo. No todos los hombres saben viajar, y a menudo se puede observar en sus relatos el provincialismo horrible que es la marca de fábrica de hombres sin imaginación ni visión. El ex-Vicepresidente del Perú posee el raro poder de captación que le permite abarcar en todas sus perspectivas el paisaje universal, sin descuidar detalles regionales".

—Por lo que hace a opiniones de brasileños ilustres, en el homenaje que rindió a nuestra cruzada el señor doctor ALCYONE MORAES VELLOZO, en el Centro de Letras de Paraná, he aquí algunas de sus aratas expresiones: "Hereditario de los exponentes máximos de los grandes ideales humanos que, con intrepidez y valor, con estoicismo y sacrificio, a través de la idea y de la acción, construyeron a América política y socialmente, el fuego sagrado que nutre en la pira del corazón la llama crepitante del idealismo que impulsa al hombre por la senda de las realizaciones, en el campo de las conquistas, por el bien y por el progreso de los pueblos. En ese fuego sagrado es que Larco Herrera encendió una antorcha de luz inmortal, empuñóla y partió del Perú un cierto día del año 1941 al recorrer la América, visitando país por país, en una gloriosa misión de paz, de fraternidad y de unión para todos los pueblos del continente". Cita las diferentes jiras de buena voluntad que hemos realizado y dice: "Imposible expresar en algunas páginas el contenido de los magníficos libros que son síntesis de una vida dedicada al bien y al progreso de la humanidad por un hombre de la envergadura de don Rafael Larco Herrera... Su obra lo coloca hombro a hombro con las grandes figuras inmortales de los constructores de las Américas".

—Aquí hay unas sencillas expresiones del Dr. RODOLFO RODRIGUEZ FRAGA, que de Cuba escribenos: "Reciba usted con estas palabras el más sincero aplauso y estímulo a su gigantesca labor cultural por nuestra democracia, en América; y ojalá que sea usted capaz de interpretar y expresar a todos los vientos los designios de Dios, siempre por la grandeza y el progreso de nuestros hermanos de América".

—Firma con sincera expresividad americanista estos pensamientos acerca de "La Última Carta de la Democracia" la espiritual señora MERCEDES HOLGUIN DE MERLINI: "Pocos hombres exponen sus ideas con más valor, más conciencia y mejor dichas. Vayan mis felicitaciones muy sinceras por ello y, como peruana, por este nuevo aporte a nuestras letras en el que deja en evidencia una vez más su amor a la democracia y su fervoroso americanismo del que ya es usted un símbolo".

—Se expresa así el doctor S. HERNANDEZ Y HERNANDEZ, de clara identificación democrática y cívica en Costa Rica: "Es admirable usted en su constancia llamando a los hombres y a los pueblos a fin de que se acerquen, se hablen y se entiendan; a que abran los ojos y mediten dándose cuenta de que estamos para ser arrollados por la tempestad que acabará con la humanidad. Los que guardan silencio ahora, los que no quieren entender, lo harán en seguida: tal vez no sea muy tarde".

—"Su libro es un calendario que fija fechas precisas para enrostrar a los dictadores cuánto es el derrumbe moral en que se empeñan en su proditorio propósito de acallar a los hombres libres... Admirable es la erudición que usted posee en estas cuestiones de relación internacional y de merecido aplauso para decir claramente lo que es digno de censura. No hay duda de que en "La Última Carta de la Democracia" habla un maestro". Esta es una opinión que entusiastamente expone en su acuse de recibo el señor JULIO HOENIGS BERG, de Barranquilla, Colombia.

—Al profesor ingeniero Dr. SOLI S. ICONICOF, fundador, director y organizador de diversas instituciones culturales, corresponden estos amables conceptos: "Sus manifestaciones relativas a la actividad americanista animan mi espíritu de lucha y me estimulan para mejores realizaciones futuras. Mis alumnos conocen bastante su magnífica trayectoria intelectual y americana, como también la importancia cultural y educacional de sus libros nutridos de material didáctico y cultural. Con frecuencia se comentan sus libros y se leen ante una juventud estudiosa y con inquietudes vivas por el americanismo. Soy un ferviente admirador suyo y estimo en su justa medida el esfuerzo fecundo que ha desarrollado en favor de los intereses y del progreso de nuestro continente".

—Otra opinión aturada y sobria viene del señor JORGE IRIBARREN CHARLIN, quien desde Chile nos escribe así: "Su vigorosa defensa de los vitales principios de la libertad de expresión, oral y escrita, seguramente han encontrado el mejor eco en un mundo convulsionado y las razones que se aconsejan adoptar para prevenir los desmanes que vinieran a interferir en el desenvolvimiento de las ideas, después de los hechos ocurridos entre capitales americanas, cobran plena actualidad y requieren adoptar soluciones inmediatas.

Vayan mis parabienes por su labor, que la sabemos sin desmayos aún a pesar de las incompreensiones de los gobiernos, congresos plenos sin sustancia y representaciones diplomáticas de relumbrón sin meollo".

—A juicio del experimentado y conocido hombre de ciencia, doctor MAXIME KUCZINSKI, nuestro último libro merece su conceso amplio. "Raras veces —por cierto jamás entre nosotros—, manifiesta, he leído exposición tan valiente y acertada como la suya. Hace no muchos años al discutir el "indignismo" nuestro, me he referido al hecho que tan acertadamente toca usted: es decir, al cambio intencional de los vocablos. "Somos como Sancho: otro reprochador tenemos. Pues ándense a eso y no acabaremos en toda la vida". Nada hay nuevo bajo el sol. Y los profetas hasta hoy mantienen su valor de actualidad. Le felicito de todo corazón por esta cruzada valiente que usted lleva a cabo en condiciones tan adversas al espíritu patriota y humanista..."

—Habla con alto espíritu el doctor MAX KOBERG B., desde San José de Costa Rica: "La Última Carta de la Democracia" representa un nuevo y admirable esfuerzo en favor de la fraternidad continental dentro de un fondo puramente democrático que tiene por fin el gran ideal del hombre libre en América... Nada importa que en los años críticos porque vamos pasando no se vean todavía los resultados tal como se desean. Ya vendrá el despejar del horizonte y ya llegarán los días en que se valorizarán efectivamente sus esfuerzos insig- nes".

—Esta es otra opinión importante: la del doctor HANS KURZ, del Queen College, de Flushing, Nueva York: "Cuánta razón tiene usted en la creencia de que hoy nos encontramos en la encrucijada de la decisión y en que la esperanza y la visión del mundo se fijan en las Américas. En su libro los capítulos trazan con la fuerza de la lógica los pasos ya dados y los que quedan por dar. Y usted habla sin temores, francamente, como un profeta que avanza con los ojos fijos en el porvenir. Noble combatiente por la libertad y por la verdad, lo saludo con el orgullo de encontrar un campeón incansable y persistente de la democracia..."

—Otro grato amigo, desde Buenos Aires, nos escribe para decir: "A mi regreso tuve la grata sorpresa de encontrarme con su último libro. Las páginas de esta obra me confirman nuevamente la valentía espiritual de usted, sus inalterables conceptos ideológicos y su sincera preocupación en pos de una mejor y más comprensiva convivencia política entre los hombres de este continente".

—"La Última Carta de la Democracia", nuevo y brillante esfuerzo por la defensa de la esencia democrática de las Américas y su vinculación más efectiva para precaverla de la acción que puede vulnerarla", es el juicio que le merece nuestra obra al destacado peruano señor ingeniero don JOSE ANTONIO DE LAVALLE, de fecunda vida ciudadana.

—En "LA VERDAD", de Sicuani, se destacan estos nobles conceptos: "No puede ser más halagador el esfuerzo y el ideal del señor Larco, encarnado en este libro profundo y detallado que refuerza aún más la convicción de los hombres libres de América hacia una verdadera democracia, meta definitiva de todos los hombres de buena voluntad..."

—Y en "ERA COSMICA", revista de artes y letras de Italia, se escribe: "D. Rafael Larco Herrera auspicia la creación de un tribunal permanente con la representación de hombres responsables de los países libres del mundo, para defender por medios legales la democracia de los ataques del nuevo gansterismo que elabora y forja sus planes a la luz de una libertad que no merecen. El autor de "La Última Carta de la Democracia" con fe expone la grave crisis que atraviesa la situación mundial colocada al frente de una alternativa: comunismo o democracia".

—Pertenece al editor de "LA NUEVA EDUCACION" señor Vicente López, de Nueva York, estas palabras: "Acabamos de recibir su extraordinaria obra filosófica sobre política internacional. Nos limitaremos a expresarle que no es una obra meramente para "leer", sino para "estudiarla", como obra de texto, sobre los problemas que agitan al mundo occidental en la hora presente".

—"La Última Carta de la Democracia", hermosa y valiente obra, como todas las suyas, es como un reactivo que incita a los patriotas a perseverar en esta magnífica cruzada de fraternidad, de la cual es usted uno de los principales puntales y cuyo nombre deberá figurar al lado de nuestros grandes americanistas del pasado. Son términos en que se expresa el señor EUGENIO LOPEZ QUINTELA, fervoroso americano, quien agrega en su carta: "Son tantas las pruebas de afecto y de reconocimiento que le llegan de todos los ámbitos de América que poco puedo agregar con mi adhesión, modesta, pero grande en su significado".

—El jefe del departamento de Idiomas de la Universidad de Drake, Iowa, U. S. A., Dr. JOHN P. LE COQ, nos dice: "Terminaba la lectura de su valiente obra, siento su afán

generoso, su preclaro apostolado intelectual que traza la senda de la unidad y de la grandeza de América iniciada como visión profética en la mente de Bolívar. Confieso que el contenido de su libro me ha conmovido y rehusó a pensar que sea la última carta que produzca su pluma".

—Democrático espíritu femenino, sensible a las realidades batientes en el mundo, desde Buenos Aires nos dice: "Agradezco fervorosamente el envío de su último libro. Me faltan palabras para describirle el entusiasmo, la reverencia y la admiración con que he leído su magnífica obra. Diré a Ud. que a medida que leía su libro, había párrafos que no podía menos que leerlos en alta voz y mi madre y mis compañeras han participado conmigo de los nobles sentimientos que la lectura de esas páginas admirables, sinceras y valientes ponen de manifiesto... "La Última Carta de la Democracia" es la más cruda y necesaria de las verdades actuales... Todos sus libros son un arado y una espada y llevan en sí lo que somos y lo que queremos ser..."

—En el diario "LA CRONICA", de Lima, en el que hicimos activa y a la vez denodada campaña en favor de la democracia y del triunfo de los postulados del mundo occidental en la segunda guerra, entre otras cosas se ha escrito: "En su enfoque de la realidad democrática del mundo, el señor Larco Herrera refleja con recios términos la situación creada a la libertad de expresión, con lo que ha ocurrido a "La Prensa" de Buenos Aires y que es un mal ejemplo que cunde como lo testimonia lo ocurrido después en La Paz, Bolivia".

—Otro caballero argentino dice acerca de nuestro libro: "La Última Carta de la Democracia" es una brillante joya del bien decir y encierra una veracidad pasmosa; este libro será un monumento eterno de insigne honor para las repúblicas de América e inextinguible orgullo para el Perú".

—Del doctor LEANTE, Cuba, son estos términos: "Estimo que nuestras Américas con sus extensos territorios despoblados requieren una organización social típica, de acuerdo o en relación con nuestras condiciones étnicas y nuestras costumbres. Eso sí, el actual régimen para que relativamente subsista, necesita proceder a realizar profundas rectificaciones. Es necesario que desaparezca la miseria y que la cultura se extienda a todas las capas sociales. Que el labriego sea dueño de la tierra que cultiva y el obrero sea bien remunerado. Que viva decentemente. ¿Cómo se resuelve este árido problema? Fácilmente: menos egoísmo, menos bandolerismo y más honradez. ¿Tiende a esto su obra? Sí, así es, estamos pensando de la misma manera aun cuando sus argumentos sean diferentes".

—El señor S. ZAVAGNO, director de "PROGREDIRE", Centro de Intercambio de Italia, Udine, nos escribe también: "Su obra intelectual y humanitaria será siempre mayor en el aprecio colectivo. Mis votos augurales por su esfuerzo digno de premio".

—Son del Presidente de la Academia Giuliana Orientalista, Sr. ARRIGO MIANI, Trieste, estas líneas: "Creo de mi deber presentarle las más vivas y sentidas felicitaciones por su obra, de que se desprende un puro y noble espíritu americanista, y viene a ser una piedra miliar en su larga vida al servicio de mejores días. Encuentro en usted un apóstol de la fraternidad que trabaja por la superación del pueblo, a fin de que disponga de un mañana que sea la expresión de sus campañas de buena voluntad. Vayan desde esta vieja Italia, madre de la civilización, mis votos a través del mar para afirmar la confraternidad nuestra con la de la América Latina".

—De Buenos Aires también llega esta voz de aliento de dilecto amigo: "Recibí su libro 'La Última Carta de la Democracia, nueva ofrenda de su incesante batallar por la supervivencia de la dignidad en los pueblos del continente. Se lo agradezco como americano, como argentino y como demócrata. Le expreso mi adhesión a su esfuerzo, en la tierra de los días que vendrán en América..."

Parece que RAMON MATEU, el magnífico artista valenciano, cuyas esculturas han dejado muy alto la expresión de la belleza española en el mundo entero, hubiera tenido el privilegio de ser leído por los que manejan la maquinaria compleja de las relaciones internacionales, en la carta que hace más de un año, mayo 26 de 1952, nos escribiera, correspondiendo a nuestra inquisición:

"Respecto a su pregunta sobre lo que piensan en España las personas sensatas, sobre la grave situación mundial, yo creo, que aunque es difícil predecir nada en medio de este gran confusiónismo, la mayoría opinamos que los norteamericanos han hecho demasiadas concesiones a Rusia, y ésta con la ventaja que tiene sobre las democracias, de poder tomar cualquier determinación por injusta y absurda que sea, sin perder tiempo consultando a la opinión pública, sin necesidad de desgastarse en una guerra declarada, tiene extendidos los tentáculos de su política hasta el último rincón de la tierra. De esta forma, si no se produce el milagro de una viril reacción de unidad de todos los pueblos contra ese inhumano siste-

ma de gobierno, que amenaza absorbernos en la mayor y más ambiciosa tiranía que se ha conocido hasta el presente, en cualquier momento y en cualquier lugar, se prenderá la mecha y se extenderá la guerra como un reguero de pólvora, respondiendo en cada país la "tercera columna" que no espera más que una señal convenida. Claro que aunque no pueda librarse el mundo de los horrores de esa nueva lucha, ya se verá al final quien triunfa. Ojalá sirva ese nuevo sacrificio para lograr una humanidad más justa y una paz más duradera y verdadera que la actual".

—En esta sed paz y de justicia se identifica con nosotros, y se manifiesta afín a la palabra del artista hispano, el Catedrático de la Universidad de Puebla, en México, OVIDIO MORENO VARGAS, que nos escribe "La lectura de sus obras tiene la particularidad primordial de ofrecer y dejar en el espíritu y en el corazón, un sedimento de paz y una cauda de bondad. No hay duda que usted tiene la extraordinaria cualidad de conmovir a las fibras más íntimas del sentimiento, para seguir una senda de confraternidad en este agitado mundo contemporáneo: pero, para desgracia de los que seguimos el llamado de usted, se levantan las voces del rencor y de la perfidia: ésto, no obstante, en vez de acallar su noble tarea redentora, se agiganta como un iris de paz en el tempestuoso mar de la maldad humana".

Y es una mujer muy inteligente y de acuciosos conceptos, compatriota nuestra la que, desde Miraflores, en la capital de nuestra patria, grafica estas ideas profundamente originales en tema que se ha abordado por millares de pensadores:

"¡Cómo fuera posible a todos leer su obra y percibir de ella la verdad de sus conceptos! Sobre todo en estos momentos en que es deber ineludible al estar alerta contra el comunismo rojo y el comunismo blanco, que de este mal también sufre nuestra América, aunque no todos le den este nombre, a determinada forma de gobierno" — escribe la señora Sara Manrique de Montova.

—Un profesor de ciencias químicas, que más ha entrado en el paisaje del país, estudiando sus posibilidades medicinales, el doctor ANGEL MALDONADO aludiendo a "La última carta de la democracia" piensa que "es como el Evangelio y Ud. destacado como el Apóstol de la Democracia en el Nuevo Continente. Su voz es de alerta a los pueblos de América. Ojalá sea Ud. escuchado".

—Hermano del anterior, el doctor JUAN I. MALDONADO, y también consagrado a la ciencia de la farmacopea, completa:

"Esta publicación es una nueva prueba de que su espíritu siempre avizor, constantemente alerta, no desmaya en su lucha a favor de los ideales americanos, de cuya defensa es Ud. un abanderado infatigable".

—La patria de Martí, nos honra, en la voz del Presidente del Instituto Nacional de Criminología de La Habana, Dr. José Agustín Martínez, comunicándonos: "Es necesario que en los tiempos actuales hombres apartados del partidismo político digan y escriban los conceptos que han de iluminar las conciencias esclareciendo el camino difícil de la cordialidad universal. Su libro es uno de estos documentos y yo me permito felicitarlo calurosamente".

—Hombre enfrascado en los quarismos de las industrias, el señor GEORGE W. MAGALHAES, de la "Westinhouse Electric Internacional Company" nos estimula, con su talento y su pluma, clara y diáfana, en la epístola cuya versión nos permite escoer estos hermosos términos:

"He gozado con la lectura de su último libro "La Última Carta de la Democracia". Envíe su habilidad para dejar que su espíritu, o su imaginación si usted lo prefiere, pueda correr libremente a través de sus experiencias y recuerdos y cristalizar luego sus divagaciones en forma visible para beneficio de los demás.

"Pan americanismo" —es uno de los experimentos *pilotos* que está siendo llevado a desarrollarse en las relaciones humanas a través de todo el mundo".

"Otro de estos experimentos *pilotos* es *Benelux* que se lleva a cabo en Europa: un experimento que trata de la integración económica de los diferentes países y es un anticipo de lo que se puede esperar cuando se logre la integración de la economía pan-europea".

—Ceuta, desde el Protectorado Español de Marruecos, nos envía en la carta del periodista diplomado señor JOSE ANTONIO MONTERO, palabras que concurren a esta convocatoria de valiosos acicates en nuestra cruzada; "La Última Carta de la Democracia —nos escribe— me ha hecho meditar profundamente por su contenido lleno de innegables verdades y preñado de un nobilísimo anhelo de amor entre los hombres de buena voluntad".

—"Ella es exponente de capacitación y americanismo, fuerte y responsable. La libertad de sus expresiones ilustran realmente en relación a muchas cosas que los hijos legítimos de este Continente no podemos dejarlas pasar por alto sin ilustrarnos de ellas, de lo cual es usted un paladín y educador", —así redacta su tarjeta el Dr. DARIO A. MUÑOZ hijo, Cónsul

General de la República Dominicana en México, aludiendo a "La Última Carta de la Democracia".

—Centro de actividad académica, en un país de tan honda cultura, como Colombia la ciudad de Medellín, ha dado motivo a una carta que me dirige el Director de la "Revista Universidad de Antioquia" doctor ALFONSO MORA NARANJO, quien escribe: "Su importante obra intitulada "La Última Carta de la Democracia" prolonga de manera brillante su labor de fervoroso americanista, apostolado ahora más que nunca necesario, cuando la suerte del mundo y con él la del Nuevo Hemisferio, se ve ante tan tremenda amenaza".

—Una dama de relieves intelectuales y sereno pensamiento, la señora JUANA M. DE LARA, desde México, enjuicia así: "Su obra es verdaderamente una clarinada dirigida a todos los países de esta nuestra América, para ponerla en guardia contra el peor enemigo hasta ahora encontrado por la humanidad. Su estudio revela además una minuciosa y convincente documentación que acusa una investigación seria y verídica. Le deseo muchos otros éxitos como el presente".

—Maestro el señor MANUEL R. MARIN ORTIZ, de Celendín, dícame; al referirse al citado libro: "es el mayor estímulo que se tiene, cuando llegan a una conciencia las nuevas corrientes de comprensión, en nuestra América Latina. El día ha de llegar que unidos todos los países del occidente, formarán un lazo fuerte para una finalidad de amplia libertad, para perseguir un fin digno del mejoramiento humano".

—Sub-director de "EL ADALID", de Ambato, el señor JUAN B. MORENO VALDEZ, refiriéndose a "La Última Carta de la Democracia": "Siempre he de repetir que en América son muy pocos los hombres de su talla y admiración, porque sus conocimientos, altos ideales y vasta inteligencia han de ser siempre los distintivos como guía y ejemplo luminoso en todas partes de nuestro Continente".

—Destacado médico brasileño el Dr. ALCYONE MORAES VELLOZO, desde Suritiba, en Paraná, redacta: "Felicítolo por la publicación de su nuevo libro. Es un monumento que se erigirá por los más nobles ideales humanos no sólo del Perú sino de América, precioso complemento de la grandiosa obra que hoy es un sol de esperanza, de paz y de libertad en el escenario social y político de América".

—Del mismo eminente facultativo brasileño se hizo referencia en el Comité Peruano de Colaboración con las Naciones Unidas, cuando en sesión ordinaria de Asamblea General, celebrada en la Municipalidad de Lima, aludióse a conceptos de aquel hombre de ciencia y de letras, sobre el suscrito, cuya actuación destacó, manifestando que vamos "peregrinando por todas las patrias, hablando con los hombres, concediendo entrevistas a través de periódicos y radios actuando siempre con resolución infatigable en los veintiún países de América; iluminado por el amor apostolar de todos los que se dedican a las grandes causas, a los grandes ideales. Más luego agregaba: "Larco Herrera conduciendo esta cruzada de fraternidad y solidaridad de los pueblos de América para que se unan en la defensa de los derechos humanos y en la preservación de las libertades es un continuador de la obra dejada por los campeones de la libertad humana, por los grandes idealistas americanos: Lincoln, Rodó, Darío Vellozo, Constancio Vigil, Jefferson, Alberto Torres, Franklin Roosevelt".

—El DR ANDRES MONTONE, Director de la Revista "Amistad", conviene con otros periodistas, desde Olivos, en que "tan hermosas manifestaciones a través de este importante trabajo, constituyen un valioso aporte, para afianzar la paz y el progreso de los pueblos americanos, acercándolos en la fraternal comprensión de sus raíces más hondas, que brotan del mensaje de la tierra misma y se elevan en vibrante comunión con el pensamiento de nuestros mayores, cuyos principios libertadores están nutriendo constantemente nuestras fibras espirituales".

—También del Brasil —tierra generosa en espíritu y naturaleza— desde Ponta Grossa, el doctor FARIS A. S. MICHAELO, de la Sección de Antropología y Etnografía de la Facultad Estadual de Filosofía, Ciencias y Letras, en Paraná, escribe: "Qué infinita secuencia de belleza y verdad en ambos libros. En estos días de peligro integral para la pobre humanidad, mucho nos complace verificar que aún hay auténticos guías en nuestra Indo-América, guías que van al punto de todo decir en términos claros y sabios, pues que no podemos escapar al dilema".

—Catedrático distinguido de Lenguas y Literatura Española de la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo, el Dr. BRAULIO SANCHEZ SAEZ, aludiendo a varios libros nuestros, dice por uno de ellos: "Libro bello profundo y reaccionario, donde cada palabra está sentada en un principio sólido y en una energía verdadera y realizadora, siempre que los hombres tengan menos egocentrismo y más amor a su patria, en particular a sus semejantes". A renclón final nos exalta: "La figura de este peruano, debería ser más conocida, más tenida en

cuenta, precisamente ahora, en este trágico instante que vivimos, en que son tan necesarias las voces sinceras y repletas de buena voluntad".

—Adentrando en el espíritu que nos anima, desde los primeros días de nuestra actividad emotiva e intelectual, el señor M. Y. MONTEROS VALDIVIESO, de La Habana, Cuba, nos da mayores fuerzas de aliento: "La Última Carta de la Democracia" en la que usted una vez más, desnuda la luz pública sus caras esencias democráticas, de las cuales parece haberse nutrido desde la misma cuna. En ella se destaca —aparte de la ostensible cultura y elegancia de expresión del autor— una exposición clara, fiel y abundosa en documentos fehacientes y probatorios, del espíritu bolivariano que anima al indoamericano. Trátase de un aporte extraordinario a la consagración definitiva del histórico sentido humanista del que nuestra Amerindia es campeona nata; una valiente apelación a los derechos del hombre —con su congruente libertad de la palabra escrita y hablada— y condena la absurda actitud peronista cometida con "La Prensa" de Bs. As. Por esta su obra bien lograda, medularmente bolivariana, me complace en expresarle mi más cálida felicitación".

—El mérito de su obra no sólo consiste en la admirable concepción dialéctica que encierra, sino también en su pureza de estilo sólido y el fácil dominio del idioma. Además se ve que su obra está escrita con entusiasmo, con amor, con entrañable sentido americanista. Por todos los méritos que encierra, le envío una felicitación cordial y sincera y me anticipo a asignarle un puesto de vital importancia en lo que toca a los ensayos de América".— Son palabras del mismo autor de la carta anterior, que en párrafos antelados he citado, el Director de la Biblioteca de la Universidad de Antioquía y a la vez Director de la Revista que le sirve de órgano, el mismo que en otros acápites anota: "Estoy seguro que con su obra se abre para los investigadores un campo accesible para la comprensión del problema americano, que tan arduo y difícil se había presentado a los ensayistas. Su obra penetra hasta la raíz de cada problema nuestro para desentrañar lo que pudre el árbol en su creciente desarrollo".

—Es la Directora de "FLORISCE UN CENACOLO" —la revista internacional de arte— en Severino, Salerno, Italia, señora MARINE MANZI, quien, dentro de breve esquila, anota "He recibido su monumental volumen "La Última Carta de la Democracia" obra que contribuye con amor a la unidad de la reconstrucción del pueblo americano. Reciba mi vivo aplauso y mi fervida admiración".

—Fechada en Corumbá, el señor D. NOLLARE, ha escrito una carta que reclama su íntegra acogida porque, en su aparente y admirable antítesis, se encierra la vitalidad de su pensamiento: "Hace ya tiempo que está queriendo invadir mi ánimo, una total incredulidad en América como organismo de preclaro destino político-económico-social. Lo que se percibe es una desoladora perspectiva de error, ambiciones personales, vanidad... como si América hubiese perdido el rumbo. Aunque, tal vez, yo esté exagerando ese aspecto de la vasta realidad. No obstante, simultáneamente, se percibe el noble esfuerzo de espíritus singulares, pugnano por señalar el acierto del camino a seguir. La Última Carta de la Democracia", así como todos sus libros, constituyen un breviario de filosofía política y hermandad continental. Todos sabemos que América —en presente y futuro— constituye su pensamiento permanente y Ella con nosotros está en el espíritu que ilumina sus obras".

—"Empero, admiro su labor de fervoroso exaltador de nuestra idiosincracia, su acuciosidad, su celosa vehemencia, su americanismo bien encausado dentro de los temas más palpitantes, en fin, creo que pocos seres piensan con ese fuego interior, ese fuego justo. Ud. logra que el lector se detenga, por un espacio indeterminado, a pensar sobre lo inédito americano. Su libro es bueno, es conciliador" — reza la misiva de DAMASO OGAZ, seudónimo del escritor chileno señor VICTOR SANCHEZ OGAZ, de Santiago.

—Al señor FRANCISCO ORREGO RESTREPO, que con porvenirista visión, se llama ciudadano del mundo, debemos como miembro que es de la Academia Libertadora Americana del Sur, las líneas que suscribe, desde Medellín, Colombia, acerca de nuestro anterior libro: "No sé que admirar más en usted, si el fervor y constancia con que viene defendiendo los postulados de la Democracia y de la unidad americana, o su consagración al estudio de todos los problemas de la paz. Su ideal de patriota, es brújula que orienta los destinos del estadista, del insigne repúblico peruano, que no ha dado reposo a su espíritu ni descanso a su pluma, para implantar en todos los países del mundo la bandera de la concordia y de la fraternidad".

—Cuenta el señor C. ORESTES SCOTTI, en la Comisión Nacional Protectora de la Fauna Indígena del Ministerio del Ramo en Montevideo Uruguay, a uno de nuestros valiosos amigos, que califica la obra que estamos cumpliendo de esta manera: "La generosidad de sus conceptos reflejan el vuelo amplio, alto, límpidamente expansivo, de su credo americanista y de

su fé inquebrantable en el destino, fraterna y libertariamente universalista, del continente colombiano".

—Un alto valor, cuyo nombre guardamos en la gratitud de nuestro corazón, admirando la patria que forjó San Martín y que vive espiritualmente confinada en sus hombres señeros, redacta desde Buenos Aires estos expresivos términos: "Para los que ya hemos alcanzado a vivir medio siglo, experimentamos la angustia de cada día, la angustia de algo que se viene derrumbando política y socialmente. Ciertamente son poco halagüeñas sus palabras para nuestra maltrecha democracia, más, cuando son verdades siguen siendo verdades aunque éstas no nos complacen. Indudablemente el mundo marcha hacia una bancarrota de los verdaderos valores morales, donde casi siempre sucumben la mayoría de sus hombres". Y bajo de otros conceptos: "Me complace su empeño, América debe ser salvada por ella misma y como una reserva para la humanidad del futuro".

—Visible ciudadano brasileño, el señor ALVARO PORTO ALEGRE, de la misma ciudad que le da onomástico, se manifiesta: "Cuando se tiene un libro provechoso, muy lleno de líneas brillantes, entrelazadas de saber profundo y claridad de expresión y espíritu como el suyo, uno se pierde en regiones ultraterrenas".

—Educcionista peruana, de clara inteligencia y voluntad de bien admirable, nutrida en una vasta cultura continental, la señorita MARIA MARTA PAJUELO, estima "el nuevo libro suyo "La Última Carta de la Democracia", en que reafirma sus ideales americanistas, buscando en la fuente de los hombres-símbolos de América la inspiración para una vida libre y un alto destino. Permítame felicitarlo, señor Larco, no sólo por la firmeza de su credo americanista que demuestra, sino porque en épocas de apatía y de inercia de la voluntad en los hombres de hoy, refresca el gesto viril pleno de fé".

—Chilena de talento, pluma fácil y exquisito pincel, DORA PUELMA, la distinguida dama meridional, en la revista "Social" refiere de nuestro último libro que "Es admirable cómo el autor enfoca, con asombrosa clarividencia, los problemas mundiales, haciéndonos conocer la confusión reinante en el campo de la política, y la indiferencia con que miramos los problemas fundamentales que afligen a nuestra época". Y después: "Libro excelente, prodigioso, este último, coronación de los suyos anteriores, que como una antorcha guiará a los hombres por el verdadero camino que lleva hacia la paz, hacia la libertad, hacia el bien".

—"En este nuevo libro se manifiesta una vez más el espíritu profundamente pacifista del celebrado autor de "América en las trinceradas de la Democracia" — escríbese en "EL OBSERVADOR" de La Vega, República Dominicana.

—Agradecemos al doctor OCTAVIO JIMENEZ Y JIMENEZ, de Portoviejo, una opinión que reconforta e invita a proseguir, con más vigor y entusiasmo, la ruta emprendida: "No puede, no debe, pues, dejarse pasar por alto una obra de la importancia y magnitud de propósitos como es esta del señor Rafael Larco Herrera. Cada uno de sus capítulos, cada una de sus páginas, están llenos de expresiones enjundiosas, de pensamientos nítidos y de una especial clarividencia que el autor sabe marcar a sus razonamientos y conclusiones. Su amplia erudición, su conocimiento de los hombres y de las muchas naciones que ha visitado en cada uno de sus viajes, el dominio que ejerce sobre el idioma, le permiten elevarse a la altura de los más grandes escritores de nuestro tiempo e identificarse con los más renombrados cultores del pensamiento y del intelecto, no sólo en nuestra América, sino también en el mundo entero".

—Un artista, cuyas esculturas saben traducir la emoción racial americanista, corresponde a nuestro envío de "La Última Carta de la Democracia": "he leído con todo el interés que despiertan sus conceptos y las observaciones tan atinadas que a través de sus páginas deja Ud. traslucir. Libros como éste debían ser leídos por muchos miles de hombres para formar así un sentido justo y sano de nuestra América".

—Otra culta dama, residente en mi patria, y viuda de uno de los grandes escultores españoles, la señora ZOILA S. C. DE PIQUERAS, "Lo felicito sinceramente por los términos e ideas profundas y nobles que encierra dicha circular (alude a la que complementa nuestra última obra) que tratará de difundir lo más posible deseando se realicen los magníficos planes expuestos".

—Pero no son únicamente las misivas, sino también aquello que saliendo del género epistolar, refleja la unidad de pensamiento con nosotros, como el artículo del señor A. PEREIRA ALVEZ, publicado en "La correspondencia" de Cienfuegos, Cuba, el cual, entre otros conceptos subraya:

"Hemos leído con suma atención el nuevo libro del señor Larco Herrera, encontrando en él un magnífico exponente de los peligros que corren en nuestros días, las veintinueve repúblicas americanas, ante los problemas internacionales, creados por los dos últimos conflictos mundiales, el de 1914 a 1918 y el de 1939 a 1945".

"Por desgracia —dice el mismo autor en otros párrafos— notamos que hay en la América Latina serios recelos, sobre la política de la América Sajona, de ahí que no respondamos como deberíamos responder al llamamiento que el Norte viene haciendo al Sur, a fin de que, en el momento de peligro, todos unidos luchemos contra los rojos".

"El señor Larco Herrera hace bien en seguir esta campaña anticomunista en nuestra América".

"Luchemos con valor y energía contra los *quintacolumnistas* americanos que favorecen y trabajan en favor del comunismo ruso. Fijémonos en el caso de los comunistas franceses e italianos, que no hace mucho confesaron públicamente, que en caso de una guerra contra Rusia, ellos estarían al lado de Moscú".

"Este nuevo libro del ilustre escritor peruano LA ULTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA, debería ser leído por todos los estadistas e intelectuales de nuestra América, como un aviso del peligro comunista que hoy se cierne sobre todo el mundo. En la unión de todos los pueblos libres, está la salvación de la humanidad. Hay que unirnos y presentar un frente sólido contra la barbarie roja".

—Una dama, de admirable criterio y recia mentalidad, la señora MARIA MORRISON DE PARKER, nos comunica desde Montevideo: "Muchas voces, valientes y proféticas como la suya, serían necesarias para sacar al Continente Americano de su plácida modorra ante los graves acontecimientos que se vienen sucediendo en países que fueron, en otro tiempo, ejemplos de respeto a la libertad ciudadana y de culto a la política de buena vecindad".

La distinguida escritora y poetisa, que hemos mencionado, sigue diciéndonos luego:

Un nuevo *ismo* (el *Justicialismo*) ha venido a sumarse a los muchos que, con raras excepciones, son una máscara para la ambición personal. Olvida el mundo —o una gran parte de él— que bastaría con practicar a conciencia, el más sublime, el único a mi juicio: el Cristianismo, para conseguir esa paz que está en los labios, pero no en el corazón de los hombres".

Y acápite abajo acentúa: "Esperemos pues que quizá LA ULTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA sea la del triunfo de la libertad y la justicia".

—No anhelo convocar aquí solamente los juicios unilaterales, o a que los que no concasen con mis puntos de vista, sino también, los de opiniones que tienen profundas razones aunque ellas no armonicen, totalmente, con mi propio mirador. Una distinguida dama uruguayana, doña FELICIA PORRO FREIRE, escribe esta admirable carta: "Profundamente agradecida, lo felicito por esa tenacidad batalladora que lo caracteriza. Por ella ha convertido Ud. a su ideal en una lámpara votiva, iluminando caminos cada vez más difíciles. En la desorientación actual, su llama se puede perder, desgraciadamente. Por cada mil seres humanos llenos de vivaces apetitos, habrá sólo uno que dirija los ojos a su lámpara, por el breve espacio que le dejan las manotadas torpes de los otros. Con cuánto dolor veo su lucha aislada: Por qué no siembra Ud. en los niños? Su verdad, nuestra verdad, al alcance de los niños, tendría un futuro triunfal. Solamente ellos pueden ver sin daltonismos ni miopías".

No podría, eso sí, dejar sin comentario estos conceptos. Su sinceridad me obliga a ello. Creo profundamente en las reservas morales de los pueblos y ellas me parece que puede equilibrar con la educación de las nuevas generaciones la realidad que para su ambiente requieren los ideales de paz y de justicia.

—Muy expresiva la nota de la Liga Indígena Fraternal del Perú, que preside el señor AURELIO QUINTANA VILLARREAL, nos alienta: "La lectura de esa importante producción intelectual no sólo es valioso aporte a las producciones fecundas y positivas de la intelectualidad iberoamericana, sino una reafirmación indiscutible de su profundo conocimiento de los ideales de fraternidad y mejoramiento superlativo del Mundo de Colón. Y no es nuestra modesta opinión, sino la de los grandes pensadores, escritores, estadistas, poetas, etc., que han sabido rendir justo tributo a sus excepcionales cualidades de escritor y publicista".

Alto funcionario, del Ministerio de Educación y Salud Pública del Brasil, nos afirma en los sueños de unidad que perseguimos, cuando dando respuesta al envío de nuestro último libro escribe: "Lo estoy leyendo con vivo interés por su naturaleza tan actual cuanto por la forma como Ud. lo presenta. Es una obra valiosa que demuestra su inmensa cultura histórico-política y su clara visión de los temas más discutidos y controvertidos de la actualidad. Con mi gratitud por el envío de esa obra aprovecho para felicitarle por tan brillante desarrollo del tema". — Concluye uno de los párrafos saltantes de su misiva el señor doctor ALFREDO R. SURINS

—Don PABLO A. RECAVAREN, de alto espíritu, es un hombre peruano de negocios, pero su preocupación crematística no le impide tener una vasta cultura literaria y conceptos sólidos y claros sobre el panorama del mundo. A él debo estas palabras: "su libro intitulado LA ULTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA, en el que analiza con el acierto de siempre la situación

mundial. Ojalá los estadistas americanos tomen nota de los elevados ideales de americanismo que Ud. representa, y que hacen de su libro una excepcional contribución para la unión y defensa de nuestro continente”.

—A otro compatriota mío estoy obligado por estos términos, aludiendo al mismo libro “nuevo eslabón en la gloriosa cadena que con magnífica inspiración bolivariana y tremendo esfuerzo está Ud. forjando en bien de nuestros inmaduros pueblos de América” —suscribe don VICTOR M. RUBIO.

—Es don DARDO REGULES, uno de los dignos ciudadanos de esa patria hermosa y libre de Artigas, y es desde Montevideo que nos dice: “Aprecio su fervoroso e inquebrantable apostolado por los destinos americanos, que son los destinos humanos, y le agradezco el envío que me da la oportunidad de leer uno de sus valiosos libros”.

—ALMA RUBENS, de Santurce, Puerto Rico, junto con su nombre que es toda una evocación de cielo y de arte, suscribe: “Estoy segura que habrá de servir de lazo espiritual entre los países que conculgan en la ideología democrática, ayudando a refirmar en ellos sus nobles principios. Le felicito por su obra”.

—Cada una de sus páginas revela el ideal americanista que Ud. persigue con tanto fervor— traza otra pluma femenina la señorita GALDYS S. RODRIGUEZ, de Montevideo, Uruguay.

Un pensador dominicano, desde Santiago de los Caballeros, piensa: “Usted enfoca con inteligencia, erudición y experiencia los grandes problemas de nuestro continente. El caso de la República Argentina, donde la sombra de Juan Manuel de Rosas, de funesta recordación, se proyecta o reproduce en la persona de un nuevo gobernante que asume métodos iguales, constituye, como afirma usted, un estado verdaderamente lamentable, porque se frustran las aspiraciones del pueblo, se manchan las instituciones y no se respeta la vida del hombre ni el patrimonio económico de los particulares, siempre que la persona, sujeta a esos vejámenes y arbitrariedades, no sea servil y fervoroso adepto de la nueva doctrina política creada por la conveniencia del mandatario, esto es, incondicional adepto de esa doctrina de nuevo cuño llamada: JUSTICIALISMO, mampara para tratar de ocultar tantos y groseros desmanes contra la libertad y el derecho” —suscribe dicho caballero, el señor JORGE RIVAS, quien agrega:

“Es obra valiente y seria. No es voz de pasión sin freno, sino el llamado de serenidad de un hombre que, como Ud., ha hecho de su vida un recio y sincero apostolado de americanismo auténtico, en cuanto éste puede y debe considerarse como expresión de justicia, de comprensión interamericana, de función de libertad y de progreso para redimir a tanto pueblo infeliz bajo el yugo de pesadas oligarquías, disfrazadas de democracia irritante, modalidad nueva e inaceptable para tratar de encubrir un despótico predominio...”.

—Equilibrando juicios en una serenidad que sólo puede equipararse con el fiel de la balanza, ya que en la mecánica del pensamiento no hay otro equivalente, el señor JULIO ANSELMO RICA, medita desde la ciudad que hoy lleva el nombre de “Eva Perón”, en la Argentina, su manera de enfocar el problema por nosotros planteado, sin sentirse mortificado en sus ideas que sin embargo, fuera de la interlínea, discrepan con las nuestras:

“A veces, o mejor dicho, casi siempre, enfocamos los problemas y las diferencias sociales y políticas bajo el color de nuestro prisma. Por eso es notable, comprobar, que doctrinas e ideales completamente antagónicos y que luchan entre sí, al final, por distintos caminos van hacia el mismo objetivo, en consecuencia, apreciado amigo, el hombre en todas partes es muy semejante en inquietudes, deseos y preocupaciones, las diferentes formas de encarar los problemas políticos, depende de los factores o intereses creados que rodean a cada político, a cada pueblo, o al egoísmo o egolatría de cada gobernante. Pero de una forma o de otra, creo yo, que la sociedad humana, como unidad, va hacia la superación social, cultural e intelectual, pese a todos los obstáculos que le oponen ciertos regimenes totalitarios. No obstante discrepar, en algo, referente a sus enfoques, pero veo en Ud. a un intelectual bien intencionado y que lucha por la justicia, la paz, el amor y la confraternidad, extiéndole mi mano amiga”.

—Folklorista de hondas convicciones y estudioso de verdad, el señor JUAN L. ROCHA, connacional mío, en una extensa misiva, desenvuelve notas e ideas, que contribuyen a dar-me fuerzas para continuar el camino. “Considero —dice un párrafo— que usted está realizando un esfuerzo tremendo en su afán de ver realizado su anhelo de convivencia y felicidad americana, anhelo cristiano, sublime”. Y luego “El ideal que usted se ha impuesto, predicar, esta doctrina que ha costado el sacrificio estéril de muchos hombres a través de los tiempos, fatalmente se ahoga en la incomprensión y amenaza sucumbir por causa del egoísmo y de la ambición personal de aquellos que podrían ser la clave del éxito de esta doctrina”.

—Vió, la dama que nos da una grata impresión de estímulo, la luz en el mismo suelo patrio, diciéndonos la señora FLORA S. DE SARRIA: "Este libro lo estoy saboreando poco a poco y en cada capítulo medito cuanto ella encierra de realidad y verdad. Dios quiera que los hombres que rigen a nuestra Patria lo leyeran y vivieran toda la realidad que ella atesora".

—Es RICARDO WALTER STUBBS, uno de esos dinámicos intelectuales, que abre el cofre de su brújula mental, hacia todos los horizontes y en todos deja la huella de su paso fecundo. Empeñado en la forja de la "Enciclopedia Peruana", trabaja activamente por ella, y en acuerdos que, periódicamente, se realizan en su seno, hace llegar su simpatía hacia los que trabajamos por el bien público. En una cita del Consejo de la entidad que organiza la Enciclopedia, infórmame, el señor Walter Stubbs que "El señor Ricardo Respaldiza, Director de la Escuela Regional de Bellas Artes de Ayacucho, manifestó que él, en homenaje al intelectual limeño, había nominado "Rafael Larco Herrera" la sala documental de reproducciones de la Escuela de Bellas Artes que dirige.

—"Lo leí con la atención y el deslumbramiento que reclaman aquellas páginas vibrantes de vida y de arte" — nos expresa en su misiva la distinguida intelectual LACYR SCHETINO, de Barra Mansa, en el Estado de Río, Brasil, que agrega: "El crepúsculo de democracia de una raza, raras veces fué tan emocionantemente pintado". Luego: "En su libro hay conceptos sólidos que pasarán a la posteridad, darán nuevos rumbos al ideal continental". Y finalmente: "En sus páginas vibra una energía extraña y conmovida".

—PAUL SHIRLEY, de EE. UU., de Norte América, en Dark Harbor, viajero impenitente y observador acucioso de la realidad mundial cree: "Cuanto más sé de usted, más admiro la riqueza de su personalidad. La sorprendente hazaña que usted, por sí mismo, ha llevado a cabo, a través de todo su importante trabajo hacia la unificación de nuestro continente. Estoy profundamente convencido de sus altos ideales, muy impresionado por la valiente presentación de los hechos y acepto sin reservas sus deducciones, rindiendo homenaje a su incansable esfuerzo. En mis conferencias en Sudamérica, nunca he dejado de mencionar su digna causa".

—El señor DAVID SAAVEDRA, inteligente editor y publicista, residente en Nueva York, nos ofrece un aliento que vigoriza las fuerzas que empleamos al servicio de la democracia y sobre todo de la paz en justicia universal:

"Es admirable su interés en los problemas mundiales, lo mismo que el acierto que muestra en su tratamiento".

—Al distinguido abogado uruguayo, doctor EMILIO SCARANO, que desde Montevideo nos escribe, debemos estos vocablos nutridos de estímulo: "Sus esfuerzos, sus luchas, sus afanes, puestos a prueba en más de una oportunidad, a través de sus elevados pensamientos americanistas, merecen la adhesión entusiasta y sincera de todos los que admiran su magnífica labor, su cultísimo espíritu, su noble cruzada por la libertad y la democracia de los pueblos de América. Felicito y aplaudo su prédica, tan elevada como fraternal, deseando con usted que la unidad hemisférica, la unidad del mundo occidental se asiente sobre la piedra angular de la unidad ideológica".

—"Completa usted con esta nueva producción aquella de "América en las trincheras de la Democracia", lo que da el valor de un entusiasta sembrador de ideas en nuestro continente y que sería de desear que lo mismo que conquista la voluntad de los intelectuales, se hicieran carne sus conceptos en los políticos, única manera de no desesperar del futuro que hasta ahora se presenta tan nebuloso". Suscribe su carta nuestro grande y talentoso amigo uruguayo don RAFAEL SCHIAFFINO.

—Noble amigo y digno militar e intelectual el Teniente Coronel boliviano don GUILLERMO SANJINES, Presidente del Grupo "América" de La Paz, alude: "dado que su ánimo inquebrantable es estructurar para no lejano día, una patria grande, la que acoja a todas las gentes sanas de corazón y de entendimiento, ya que sólo la democracia limpiamente practicada haría la felicidad del orbe".

—Un consagrado y veterano músico, compositor de inspirada originalidad, el artista cubano ALBERTO VELOSO SERRANO, de quien cantó el malogrado poeta y compatriota suyo doctor José Soler Baillo:

"Taumaturgo oficiante de antigua religión
que encanta a los sentidos y embarga al corazón"

nos honra: "Su reciente obra LA ULTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA, cuyo interesante material de lectura denota su vastísima fecundidad y sapiencia extraordinaria, por cuyas circuns-

tancias y a la par que le expreso mi más ferviente gratitud por haberme honrado con tan valioso libro, le rindo mi tributo de admiración deseándole así mismo la compensación a que usted se ha hecho acreedor al publicar dicha obra".

—Agradeciendo desde Maceio, Alagoas, Brasil, el Secretario de la Academia Alagoana de Letras, el envío de LA ÚLTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA para su Biblioteca, manifiesta: "Agradezco la distinción —escribe el señor J. SILVEIRA— de la obra, cuyo contenido es un manantial de excelentes conceptos democráticos, aliados a los más sanos principios de panamericanismo".

—Nuevamente la señora TERESA ANDRADE DE TRELIN, que antes nos estimulara con sus letras, como mujer admirable y de exquisita sensibilidad estética, escribe desde Buenos Aires, como Directora de "Brisas del Norte": "Es un estudio de vastas proyecciones, en que el panorama mundial se presenta en forma palpitante en todos sus complicados engranajes y se declara con entereza los yerros de que se adolece en esta hora crucial en que vivimos. Hay fluidez de conceptos y un conocimiento profundo de las pulsaciones intensas que controlan los sistemas dictatoriales. Su palabra orientadora es simiente fructífera que se desarrollará en las conciencias con óptimos resultados. Se ve que quien escribe aparte de tener talento es un hombre libre y valiente. Íntimamente me siento orgullosa por ser un compatriota quien se expresa así, sin mordaza, sin eufemismos, prodigándose en verdad y con altura, sintetizando en esta cruzada su pensamiento de hombre íntegro, como ejemplo y prez del patrimonio espiritual de América".

—Un nombre que evoca el de uno de los más grandes poetas ecuatorianos la Academia de Instrucción "Medardo Angel Silva" de Guayaquil, por palabra de su Director señor SIXTO P. TAPIA G., nos comunica: "y donde pone muy en alto, y en práctica su amor y cariño, siguiendo las huellas del inmortal Simón Bolívar, quien nos legara una democracia bien definida y que usted en su libro nos invita a seguirlo y dejar muy en alto el nombre del Libertador de Naciones".

—Muy breve, pero no exento de significado, por venir de la Organización de los Estados Americanos, y del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Unión Panamericana de Washington, es lo que nos dice el señor AMOS E. TAYLOR, director: "Dicho libro contiene varias partes que serán de interés para nuestro Departamento".

—"La obra en referencia la considero un valioso aporte al estudio del problema democrático, principalmente de nuestra América, para hallar su solución adecuada". Redacta una nutrida epístola nuestro compatriota señor don JORGE TORRES UGARRIZA, cuya inteligencia clara y vasta cultura, interpreta elevadamente muchos de nuestros conceptos: "Yo he pensado siempre como usted en el sentido de que la Democracia comienza en la cuna del futuro ciudadano". Y otros párrafos adelante: "Si se educara enalteciendo los deberes ciudadanos con la mística que pone el sacerdote en la enseñanza de la religión, no se tendría necesidad de proclamar reivindicaciones de ninguna clase, ni por los de arriba ni por los de abajo, porque los deberes de unos son los derechos de los otros y viceversa".

—Vertiéndolas del inglés, las palabras de la carta del señor HUGH C. TROY de Nueva York, distinguido catedrático norteamericano, traducen: "Su obra constituye un trabajo grandemente necesitado y bien organizado, y también un registro de importantes asuntos internacionales, de gran valor inmediato y de demanda en el futuro como una fuente de referencias de importantes asuntos históricos. Las naciones del mundo libre tienen con usted una inmensa deuda de gratitud por su espontánea y generosa contribución en pro del establecimiento de la libertad y el bienestar de la humanidad".

—Inspector de Educación de mi patria, en la Provincia de Yungay, la pintoresca y hermosa ciudad del Callejón de Huaylas, el señor FRANCISCO E. TAMAYO E., dice: "Por la profunda doctrina discriminatoria de la democracia, que trata, las profundas enseñanzas que encierra y el acendrado patriotismo que envuelven toda la obra, permítame señor, presentarle mis felicitaciones".

—"Su libro es un exponente de la necesidad, en estos momentos en que América toda clama por esas ideas democráticas, que usted tan bien expone" —suscribe la doctora ANGELA R. DE TUDO, desde Santurce, Puerto Rico, palabras que tienen hondura porque vienen de una gran mujer.

—Un argentino, hasta el que ha llegado la vibración de nuestro espíritu en la referencia sobre el último libro que publicamos antes del que ahora hemos terminado, sintiendo acaso, el peso de la dictadura, escribe: "Tal vez esta carta nos vincule y así se cumpliría el viejo aforismo de que los ideales son los que unen a los hombres aunque otras causas los separen".

—“Bella labor —nos escribe el distinguido ciudadano colombiano señor don ROBERTO TORRES VARGAS, desde Ibaqué— gallardo centinela de la Democracia, que desinteresada y tesoneramente ha puesto al servicio del más puro americanismo el valor espiritual de sus altos ideales”.

—Y no podía faltar en esta cita de citas la voz fraterna y comprensiva de un alto compañero de ideales e identificado en toda nuestra gesta ideológica y activa, el general EDGARDO UBALDO GENTA, de Uruguay, poeta, escritor, caballero del aire, el cual, escribe en Montevideo su misiva:

“Acabo de leer, con el interés y la meticulosidad que corresponde a mi respeto por sus ideales de cultura y fraternidad americana, su reciente y enjundiosa obra LA ULTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA. Nada puedo agregar a mis anteriores conceptos sobre su admirable prédica en pro de los magnos anhelos de establecer las Casas de América y el Primer Congreso de Hombres Libres; salvo que rogarle que su fecunda y promisoro iniciativa no se demore un instante más, pues creo que hemos llegado al ápice de definición y militancia en el crítico momento histórico que viven América y el mundo”.

Más abajo adiciona: “Quienes tuvimos el honor de firmar, a su lado, las cláusulas de la Declaración de Montevideo, estamos prestos a acudir, con entusiasmo y esperanza, a su clarificada de reunión”.

—“UNITED SCHOOL DE CHRISTIANITY” de Kansas City: “Hallamos su contenido sumamente interesante y marca el sendero hacia el verdadero americanismo. Que el Dios de luz le bendiga con todas las bendiciones que usted necesite para la realización de la meta que usted se ha propuesto”.

—Arqueólogo y escritor de hondos pensamientos, nuestro compatriota, el doctor LUIS E. VALCARCEL, que otea lejos en el panorama universal: “Su persistente campaña de elevación moral no puede merecer sino el más franco elogio de cuantos creemos en la posibilidad de mejorar la vida humana”.

—Tiene la doctora señorita CARMEN VILCHIS BAZ de México, dama de fina sensibilidad y elevada inteligencia, conceptos así: “La Democracia pura es el anhelo más grande de la joven América. Rumbo a su logro, se han registrado las caídas inevitables de los que mueren en el equívoco, arrastrados por falsos líderes. En el devenir histórico, todo eso resulta natural. Y lo es, como sucede en la lucha cotidiana de los conglomerados humanos. Rafael Larco Herrera lo ha captado así, y lo demuestra en el análisis sereno que hace en su obra, sobre el funcionamiento de los poderes, en diferentes países del Continente Americano. Y se detiene a analizar la proyección del Comunismo por su repercusión deformada. Su voz a través de infinidad de obras, ha encontrado eco en el pecho de los hombres sanos de espíritu, que aman y defienden a cualquier precio, una libertad sincera y firme. Bolívar, incólume, de pie en el curso de la obra, señala con índice acusatorio los desvíos... Y se hace sentir la necesidad de un grupo coordinador, de fuerza preponderante, que controle la balanza de las relaciones entre los pueblos, que limpie el camino del bandolerismo político y detenga las guerras...”

—Es SONIA VARGAS, una artista peruana cuya trayectoria, en superación de estéticas manifestaciones, siempre hemos seguido con admiración, y que a través del pentagrama, cada vez, se afirma más en una definida personalidad interpretativa. Su voz tiene el valor de su arte: “Esperando que este nuevo año nos traiga otro inspirado libro que mantenga el entusiasmo democrático que usted sabe despertar a lo largo de las Américas con su infatigable y clara labor. En esta silenciosa cruzada por la libertad y unión de nuestras repúblicas, su lucha idealista y valiente es ejemplo inspirador para todos los espíritus libres de América”.

—Cuenta la Federación de Mujeres de las Américas, con su Directora del 5º Bloque en La Paz, Bolivia, a la distinguida dama señorita ETELVINA VILLANUEVA y SAAVEDRA, nos hace la cortesía de escribir: “Termino de leer su obra LA ULTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA. Su lectura me impuso reflexiones muy diversas, llegando a la conclusión de que la hora es muy difícil, que el proceso biológico de la vida social y económica de los pueblos, tiene forzosamente que variar, y que las crisis sociales que por estas razones se presentan, plantean la conducta de los hombres que buscando su propio beneficio económico o sea el bienestar de su vida por sendas ideológicas que van más afines con sus conquistas sociales, motivadas por la evolución industrial y educativa, que lógicamente presenta nuevos y apremiantes problemas que resolver, para no sucumbir en la completa miseria”.

A renglón de otros términos, la aludida dama, apunta: “su libro, que es una verdadera tribuna de estudio en la que sobresale su pensamiento valiente y su sentir apostólico, sobre

el porvenir, no muy claro, de nuestra América, y en la que parece los americanos no están viendo el peligro".

—Vinculado a realizaciones educativas, mi destacado compatriota, señor PEDRO G. VILLAR A., Inspector de Educación de Yauli, me dice: "Con esta obra más, constatamos que su acción de generoso aleccionamiento a las colectividades de intrafronteras en particular y de todos los hombres del Universo en general, sigue cumpliéndose infatigable, cuya finalidad ya conocemos desde hace buen lapso".

—Del Ecuador, y allí de su primer puerto, viene la palabra de aliento de la distinguida dama señora ANGELICA VERGARA DE IZQUIERDO, diciéndonos: "su precioso libro, que conceptúo como un orgullo más para todo el Continente Americano, puesto que su obra es lo más bello que he leído y cuyas frases nos hacen sentir el mismo ideal que Bolívar nos dejó de ejemplo".

—"Su interesante obra LA ULTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA, exponente de su tesonera labor en pro de los ideales de confraternidad americana y con tanta justicia tenida como el más limpio aporte a la realización de nuestra unidad continental" —suscribe el doctor JUAN M. VEGA FUENTES, eminente médico y cirujano de La Habana, desde donde nos hace llegar su palabra saturada por la emoción del primer centenario del Apóstol de la Libertad cubana: José Martí.

—Del doctor J. VIVAS LOPEZ, notable odontólogo y preclaro ciudadano venezolano, tomamos: "Su libro de hoy, como todos los anteriores viene saturado de magníficas apreciaciones sobre la importante defensa de los fueros de nuestras patrias y de esta radiante libertad de nuestro Continente Hispanoamericano".

—Agradezco al notable arquitecto uruguayo señor JOSE CLAUDIO WILLIMAN: "La doctrina a la que usted dedica su tiempo y sus energías y que tan inteligentemente defiende, es compleja. Quizá no esté de acuerdo con usted en todos los aspectos de aquella, pero coincido totalmente en su intención".

Abogado brasileño, el doctor MARIO YPIRANGA MONTEIRO, redacta desde Manaos, lo siguiente: "Confieso que su libro, de la primera a la última página es un breviario de civismo en favor de la Democracia amenazada de ser vulnerada por las tentativas persistentes de los que se juzgan amos de la conciencia humana y árbitros del pensamiento universal. Reciba usted mi homenaje a su pensamiento equilibrado y entregado principalmente a la causa de América, continente joven que no debe dejarse llevar por la corriente de ciertas filosofías inaceptables, porque, en principio, nacemos nosotros, los ibero-americanos en una tierra que tuvo siempre a la libertad por campo de acción desde sus orígenes". Y luego: "Como profesor y escritor estoy de pleno acuerdo con sus ideas y con sus palabras".

Peruano y educador, el doctor LUIS C. INFANTE: "tiene usted legítimo derecho por haber contribuído con ejemplar dedicación y con muy laudable desprendimiento a la felicidad de sus semejantes. Páginas enteras podría llenar en alabanza de su magnífica labor".

—Es Presidente del Instituto Científico de Lebu, en Chile, el profesor don ALBERTO ZAPATA B., el cual anota: "Son esos ideales que sintieron en otros tiempos los próceres de nuestros pueblos que nosotros debemos tratar de conservarlos dignamente como ellos anhelaron".

—"Magnífico es por lo tanto su libro y sus directivas que deberían ser estudiadas y aplicadas por todos los gobernantes y por todos los hombres de buena voluntad del mundo" —suscribe el señor SEVERINO ZAVAGNO, de Udine, Italia, destacado publicista, el cual antes apuntaba: "Sus libros ofrecen mucho material de estudio y de observaciones, acerca de lo que el Americanismo va realizando en favor de la verdadera Paz, del Bienestar y de la constante elevación de la humanidad y de los pueblos libres".

—Y con estos juicios, pensamientos, opiniones, críticas y apostillas, a nuestro último libro, cerramos el capítulo final del que ahora entregamos a la conciencia del mundo libre, en nuestro anhelo, siempre alerta, de seguir contribuyendo a una acción que replica ya en los campañarios todos de la democracia, por celebrar, el Congreso Americano de Hombres Libres y dejar establecidas las entidades que se encarguen de salvaguardar el patrimonio de los próceres.

Cuando se observa el panorama internacional de América, y se advierte cómo, a veces, onnubila el juicio sereno, la diferencia de puntos de vista, en torno a las fronteras, es interesante subrayar, que diarios en donde los hombres que no pertenecemos a la patria, donde se editan, merecemos, sin embargo, opiniones que dándonos la razón en los conceptos fundamentales de la democracia y el americanismo, nos alientan sobremanera. Así encontramos

en "El Comercio" de Quito, palabras que significan, para nosotros, un poderoso acicate en esta campaña de unión continentalista.

"Larco Herrera —dice el diario ecuatoriano— se ha distinguido por la perseverancia y profusión de sus estudios sobre la democracia en América". Y aludiendo a "LA ULTIMA CARTA DE LA DEMOCRACIA", agrega:

"Este nutrido libro afirma la prueba de tal labor reconocida en numerosos testimonios de sus amigos y lectores". Más adelante adiciona: "En los capítulos que integran este nuevo se trata, de modo interrogativo, acerca de la subsistencia del ideal de los próceres, de la guerra y de la paz, de la confrontación rencvada de la marcha del mundo, de las ganancias y también de las pérdidas de la democracia".

"Siempre —agrega— será de actualidad, en tratándose de este mundo nuevo, la consideración a propósito de cómo se comprende y sobre todo cómo se conduce el pensamiento de la democracia. Por esto es que Larco Herrera se pregunta en dónde está el imperialismo y trata así de las Conferencias Panamericanas como del itinerario de las Cancillerías y de la ruta, que no se interrumpe, de los dictadores. De la emoción social de América; de la lucha entre capitalismo y comunismo, etc.

"Como ejemplo y advertencia —termina el articulista— levanta figuras de hombres de América, como Bolívar y Morazán, y en su campaña americanista aboga por la unidad de nuestros pueblos, para oponerla a futuros o presentes peligros".

En uno de los diarios de habla castellana, de Nueva York, que es como un retorno del idioma primero que llegó a América, y es el lenguaje en que siempre se expresaba Bolívar, se consignan datos acerca de nuestro comentado libro anterior, que estimamos necesario recontarlos para este colofón, porque completan y afirman nuestra propia tribuna:

"A medida que se adentra —escribe el diario español del gran puerto atlántico— en la lectura de este libro se percibe la determinada intención del autor por llegar a interesar a la juventud en los ideales de la democracia. El ilustre escritor peruano, está considerado como el portavoz del Panamericanismo, no sólo en espíritu, sino en acción, y de este modo, a través de su elocuente verbo habla el corazón de sus millares de lectores, y logra despertar en la conciencia amricanista el interés más profundo.

"Su obra está inspirada en los más nobles sentimientos, ha traspasado las fronteras de su patria, arraigándose con fuerza en la mente de los pensadores de toda América.

"Felicitamos— concluye obligándonos a agradecerle profundamente— al escritor Rafael Larco Herrera por el hermoso ideal que sustenta y que con tanta vitalidad hace patente a través de sus libros, y no hay duda que de llegarse a cristalizar la solidaridad americana, limpia y sin regateos, como lo pregona Larco Herrera, parte de dicho éxito se lo hemos de acreditar a él, que ha luchado y sigue luchando en forma tesonera por tan magna y humana aspiración".

"TAPEJARA", en Ponto Grosso, Brasil, es una notable publicación que dirige Faris Antonio Michaele, quien nos consagra bondadosos términos, en un estudio que lleva, a lo ancho de página, el nombre de nuestro libro anterior.

Después de aludir a nuestro sincero americanismo, y al análisis sereno y documentado de los nexos de la solidaridad americana, conviene en que estamos todavía en la etapa de una unión apenas demagógica y literaria, o sea que estamos unidos por la palabra y separados por el ejemplo. Hace un exhaustivo estudio de uno de los capítulos de nuestro libro sobre la "encrucijada roja" y cita el pensamiento del eminente senador brasileño, Alberto Pascualini, en abono de nuestra tesis, cuando decía en memorable entrevista: "El peligro comunista aumenta a medida que el régimen capitalista muestra su incapacidad de resolver los problemas económicos y sociales".

Culmina su juicio acentuando la necesidad que nosotros hemos predicado y sostenemos, siempre, de una sincera democracia, para salvar la civilización y la herencia libertaria de nuestro hemisferio.

Hda. Chiclín, octubre de 1952.

RAFAEL LARCO HERRERA.

EL ULTIMO CAPITULO

I

Era necesario escribirlo. Del motivo que lo inspira cabía hacer otro libro. Todo un volumen. Pero el tiempo y el espacio nos ponen un límite. Algo más. La inminencia de la reunión interamericana de Caracas y el ritmo de los actuales acontecimientos nos impelen ya a la acción. No es posible esfumarse en el humo de las palabras. Su calor, el que sentimos a su conjunto y que nos brota de lo íntimo del espíritu, nos llama, en vibrante clarinada, a la acción. Siempre hemos creído que las palabras que no se traducen en hechos poco significan. Y nosotros, a lo largo de nuestra trayectoria vital, rendimos culto, sincero y leal, al lenguaje como expresión de la voluntad. Cuanto dijimos lo hemos cumplido. Así cuanto estamos diciendo toca cumplirlo a los hombres libres del mundo. Se está cumpliendo, en muchos aspectos, como puede testimoniarlo quien se tome la molestia de paralelar, nuestros cinco libros anteriores, y el desenvolvimiento de los sucesos a los que, anticipadamente, aludíamos.

Culminando el itinerario del anterior viaje, nos quedaba la comprobación, que acabamos de verificar en otro periplo, el que nos alentaba llevar a cabo para servir a la causa, en cuyas filas, nos enrolamos hace más de treinta años, yendo a los pueblos del Lejano Oriente, es decir a las puertas mismas de la Cortina de Hierro, detrás de cuyas sombras, se arma, soladapadamente, el oso ruso, para dar el rojo zarpazo universal.

Ambos cruceros, el primero al Cercano Oriente y el segundo al Lejano, comportaron un esforzado itinerario. En el último viaje, diez y seis países y veintiseis ciudades recorridas, formulando, al tiempo y al espíritu de los pueblos, la crepitante interrogación del porvenir que aguarda a la humanidad, significan un modesto empeño, cumplido por un particular, en solamente cuarenta y un días, para decir a la América la verdad objetiva de lo que pasa en esos lejanos lugares del mundo, cada vez más inquieto por su nefasta influencia.

La situación internacional, adelantamos en nuestro concepto, está manifestada a través de las reservas diplomáticas, esto es, que puede sobrevenir, cuando menos se piense, una aguda crisis, a cuya sola presencia, las Naciones Unidas deben estar prevenidas para derribar el poderío militar chino y enfrentarse al soviético, debilitando la agresividad del Kremlin que veríase abocado a ser más razonable en sus relaciones con el mundo occidental. No ignoramos que China es el arsenal y campo de concentración de fuerzas humanas, para sostener una contienda que podría dilatarse años de años.

Este viaje, que dista mucho de los que el placer aconseja, tuvo la virtud de renovar, en nuestro ánimo, preteridos días, cuando por vez primera, y no ha mucho, el mismo año pasado, salimos del acostumbrado punto de partida, por las rutas del espacio en la búsqueda de la ambicionada paz universal que, a todos los pueblos, tanto hace pensar con temor en otra guerra.

Es el 29 de agosto. A las nueve y media de la noche despegamos de la tierra amada. El avión de la Panagra lleva el pasaje completo. El mal tiempo pone una hora de retraso en el calculado itinerario. Después de largos años tuvimos el agrado de saludar, a bordo de la nave aérea, al destacado general de aeronáutica Armando Revoredo, cuya pericia, unió estas mismas líneas en sus balbucesos. A las dos y media de la madrugada llegamos a Tucumí, campo de aterrizaje colombiano. Y nuevamente despegamos a las tres y treinta rumbo hacia Miami.

Amanece, antes de las seis de la mañana del 30 de agosto. Una decoración de nubes, blancas como témpanos de nieve, que se tiñen a veces del rosicler de la aurora. Después de las seis asomamos a Miami. Seguimos y a las ocho un sol esplendente con tonos rojos y de luz eléctrica, cuando descendemos en La Habana. Los motivos que dan fisconomía a la capital antillana. El Capitolio, réplica del de Washington. El Palacio de Gobierno, escenario de inquietas etapas revolucionarias. La Embajada de EE. UU. de Norte América. Nos hospedamos en el Hotel Nacional. Nueve dólares por alojamiento y siete por comida. Al día siguiente visitamos el magnífico edificio de la Embajada y Consulado de EE. UU. Admirable en su organización. A las diez menos diez de esta mañana nos remontamos, de nuevo, en un espléndido avión de cinco asientos de la línea P.A.A. Caballeros con guayaberas, las típicas blusas cubanas. Salimos de "Boyerós" con 25 pasajeros. Grandes construcciones en trabajo denotan el día-

mismo del país cuyo cielo surcamos a una altura de siete mil metros y una velocidad de 220 kilómetros por hora. Una gigantesca red vial. Tierras rojas, bien cultivadas, circundan la Habana. Cayo Hueso con sus puentes y aguas verde nilo claro. Viaja con nosotros un alemán, residente en Cuba, multimillonario, con propiedades en Miami, por valor de doscientos millones de dólares. Enorme estero al sur de Florida y luego la vegetación natural y los cultivos dan tonos diferentes al panorama. Miami aparece sembrado, como si descansaran en su suelo, blancas palomas. Llegamos allí a las 11.20 de la mañana. Nos alojamos a poca distancia del Aeropuerto, en un flamante hotel, bien ubicado, con alimentación económica y cuarto confortablemente amoblado. Hay próxima una Escuela Vocacional. Y el espectáculo de postal y propaganda moderna, las lindas mujeres, sirenas de esbeltas y cimbreantes cuerpos. Este Miami se aproxima al nudismo. Hombres y mujeres llevan telas transparentes o van casi desnudos.

Después de las seis y media de la tarde salimos de Miami en otro magnífico avión. Pocos minutos más y el sol se pone con un maravilloso nimbo. El mar azul, salpicado de nubes blancas de múltiples y caprichosas formas. Vamos a 315 millas la hora y a 1,700 metros sobre el nivel del mar. Somos 42 pasajeros. Observamos que deberían enviarse opúsculos o prospectos del Perú a fin de que estos cosmopolitas viajeros sientan la atracción de nuestro país que, también, ofrece lindos panoramas y ciudades de leyenda.

Había el calendario desglosado del exfoliador fechas que nos ponían a dos de setiembre. A las ocho y cincuenta de la noche salimos en un D.C. 6 con escasos pasajeros. Gracias a Mr. Baker, alcanzamos a visitar las tiendas y gracias, también, al mismo, secundado por un alto empleado de la Grace, obtuve visas de las Embajadas y pude aplicarme inyecciones contra el cólera y el tífus.

Dos hermosas hostess, en viaje de Washington a New York, parecían hermanas. Ambas bellas, esbeltas y graciosas. Al cabo de una hora nos encontrábamos en el campo internacional de Idle Will. Una multitud de gentes, cuya fisonomía acusaba las más distintas procedencias. Todo el mundo en una síntesis. Embarcamos en "The President", de cuatro motores. Le dan los últimos toques de viaje al trasatlántico del espacio. Tiene cuatro asientos en hilera y camas altas. A las seis y cuatro de la tarde se pone en actividad el rugido de los motores. Y salimos. Tres cuartos de hora después la nave aérea no hace ruido y parece que ni siquiera se mueve.

Modifícase el ambiente de la cabina. La altura nos ofrece un clima fresco. El espacio moteado de nubes. Se sirve un cocktail. Al día siguiente, el 4 de setiembre, el viaje es magnífico. La nave no oscila. Ya estamos sobre territorio francés después de atravesar la alfombra de armiño que nos separa del mundo circundante. En torno a París —¡Oh París!— lindas campiñas y casas de campo. Llegamos a las doce y cuarto de la noche. La Torre Eiffel nos habla con su legendario lenguaje. Es como la rúbrica de la ciudad luz. Me alojo en el hotel homónimo de la urbe. Y al hacer los honores a una magnífica comida —¿no es acaso así la cocina francesa?— en un restorán, me gana la emoción visual de la capital gala.

Otro día. A las once de la mañana salimos de París en avión de la Sabena, cuyas oficinas se hallan en la Avenida Des Champs Elysses. Una linda hostess belga nos encanta. A las doce llegamos a Bruselas. El Hotel de Ville. Palacios. Corte de Santa Gudula con estatuas a dos tonos —blanco y negro— por acción del tiempo. A las siete de la noche salimos de la Estación de la Capital belga. Como el avión llega con retraso, nos invitan en el comedor del Aeropuerto. Nuestros vecinos son ejemplares de todas las razas. El cosmopolitismo, casi monótono de todos los terminales del mundo.

Asomamos a Ginebra el 6 de Setiembre. La urbe suiza nos llena de ideas y de recuerdos. Sobre todo nos señala el ideal de la paz y la codificación de las leyes internacionales que buscan agrupar a la humanidad en una sola familia jurídica, dentro de una verdadera democracia.

Allí contemplamos la fuente del Lago Lemán, que es como un reproche. Suiza debe explotar la fuerza que no consigue por falta de carbón y petróleo, lo que el Perú puede y debe hacer.

Una antigua ciudad romana, construcciones góticas, la cultura de España y suiza nos lleva a la equivalencia con Hispano América.

En ese día el Príncipe Heredero del Japón visita estos países. Nos vemos con el señor Stüdgard, como compañero de viaje, y pintor norteamericano que vendrá al Perú. Las estaciones aéreas son un modelo. A las ocho de la noche viajamos por P.A.A. para 50 pasajeros. En su totalidad alemanes. Dos personas a mi lado repiten su café. Hay un departamento reservado para la comitiva principesca japonesa. A las once y media de la noche

estamos ya en Berlín que nos llama la atención por su escaso alumbrado. Se duele aún de las heridas de la guerra. Nos alojamos en el Hotel Bristol.

¡Estamos en Berlín! Y al repetirlo, la mente se resiste a creer que esta ciudad, a la que, como ocurre con el cuerpo humano, se le ha desgarrado las carnes, para mostrarnos fragmentos de su esqueleto, fuese la capital de un país, antaño próspero e industrial y trabajador. Es una urbe desnacionalizada por la guerra que provocó el hombre, cuya sombra parece vagar por los dramáticos rincones, todavía en ruinas, de la tentacular urbe.

Todo este panorama de ruina y desolación que contrasta con las perspectivas de la renaciente energía de los alemanes por recuperarse y vencer al tiempo y a la destrucción, tiene su origen en el odio a la democracia y el menosprecio del espíritu.

De la famosa Avenida Unter den Linder, queda, en ruinas, la Puerta de Brandeburgo, y sus grandes edificios. ¿Dónde están las tiendas elegantes y los magníficos restaurantes de antes de la segunda guerra y después de la primera?

Sin embargo es en el campo donde se conserva la vieja Alemania. Un autor escribe: "Es al campo, especialmente las regiones del Sur y Oeste, y a las ciudades pequeñas donde tenemos que ir si queremos ver la vieja Alemania. Allí, a pesar de las dos Guerras Mundiales y la revolución, el tiempo parece haberse detenido y podemos casi imaginar que hemos retrocedido a la Edad Media".

Y es que Hitler, a pesar de sus diabólicos sueños, no pudo conquistar del todo, el alma de Alemania.

La lección aprendida, sobre todo, en Berlín, es muy elocuente para que se olvide en muchas generaciones. Sin embargo hay que cuidarse de los brotes que empiezan a aflorar, precisamente, atizados por los mismos que sembraron el virus de la destrucción y de la muerte, con sus legiones militarmente disciplinadas para imponer las ideas de un Reich de mil años, que no duró ni una década.

Estamos en Berlín y Berlín está en manos de Oriente y Occidente como un corazón, al que dos manos tratasen, una de salvarlo y la otra de ahogarlo. En tanto los occidentales le ofrecen libertad y vida digna en la convivencia democrática, los orientales, bajo el signo de la hoz y el martillo, con la que es fácil formar la cruz gamada, quieren adueñarse de las conciencias y de los cuerpos, como si ellos fueran cupos de una falaz victoria.

Vamos de Francfort a Viena el 8 de setiembre. Pasa a nuestro lado un avión dejando caer 24 paracaidistas. Salimos a las 11 y 40. Estamos en la frontera austriaca. Comienzan a insinuarse las plumas verdes y de otros colores en los sombreros de las damas y los caballeros. Pantalones a media pierna. La vista se pierde en las bellas montañas. En Viena como en Berlín los tranvías son pequeños y antiguos. Nos hospedamos en el Hotel Sacher.

Todos estos lugares que encadenó el despotismo de Adolfo Hitler muestran las heridas tremendas de la guerra y cómo con el espíritu se ha desgarrado el alma de las ciudades. Son los más elocuentes documentos que pueden ofrecerse para el alegato de la paz. Y la trágica advertencia de que la civilización puede ser, para siempre, barrida de la tierra si el nuevo enemigo de la cultura occidental, rompe los fuegos de esta guerra fría que, como patrimonio, nos dejó la última contienda.

Visitamos la ópera en la que fuera capital del vals y centro de la alegría europea. Un dólar se cotiza a razón de 25 chelines austriacos.

Deambulando por las calles vienesas, al día siguiente, nos atrae la presencia de unas damas hindúes, trajeadas a la típica usanza. El renacimiento de la vida, en estas angustiadas ciudades, se acentúa por el trabajo magnífico de los hombres. Se ven preciosas vitrinas flamantes con espléndidos artículos.

Sus monumentos nos remiten al pasado y a las horas de ritmo intelectual como la estatua de Federico Schiller, el poeta que tan íntimamente estuvo ligado a la actividad mental y creadora del gran Juan W. Goethe. La de Francisco José, vuelve a remontarnos a los aciagos días de su vida y el sello esquiliano de su drama familiar. María Teresa, en la serenidad de la belleza que ha perpetuado el mármol.

Acumúlense, en nuestra memoria, por el estímulo de la vista, siglos de historia y de leyenda. El Arco del Triunfo. El Palace Hotel. La Comedia. El Teatro Español, que se está reconstruyendo, porque las bombas caídas de arriba, dieron dolorosa cuenta de su estructura. Los rusos han incursionado en el Palacio del Emperador. Una placa de bronce y la memoria del Papa Gregorio y Atila, así como de Alejandro El Grande, aprietan la síntesis del tiempo transcurrendo y las lecciones que, a cada momento, olvida la humanidad.

Nos extasiamos contemplando el talismán de Carlo Magno en sus batallas. Los vestidos antiguos y brocados, oro, plata, cristales de roca. Las reliquias de los XII Apóstoles y las valiosas de Cristo.

Entre aquellos áureos vestigios del Redentor de la Humanidad, la esponja que, repitiendo la escena a través de los siglos, puso con hiel y vinagre, el centurión en los sedientos labios de Jesús, como ponen hoy, los que siguen crucificando al Hijo de Dios, en la guerra y el odio. Unos preciosos marfiles de la iconografía cristiana son verdaderas obras de arte. Camafeos. Reliquias de San Leopoldo. Lapices de oro. Y el Lienzo de la Verónica. Un diente de San Pedro.

Retornan, en la evocación, ante el sarcófago de Francisco José y de Maximiliano, así como ante el de María Luisa, la mujer de Napoleón Bonaparte, capítulos emotivos de la historia universal. La época de María Teresa en los muebles de su onomástico estilo. Oleos. Enormes jarrones de porcelana de jade. En el Gran Salón de Recepciones, con tres enormes gobelinos que cubren cada uno toda la pared. Y pequeños oleos en la sala chica de audiencias. Surge a la actualidad la vida de Francisco I^o en su dormitorio y comedor. Admiramos, allí, preciosos cuadros y espléndidos muebles. Pero todo se acumula para dictarnos la lección del tiempo que ha conservado los vestigios, acaso, que menos interesaron en sueño de gloria, a sus poseedores, destruyéndose, al golpe implacable de los futuros acontecimientos, la herencia política que tan celosamente conservaron para dejarla librada al mañana incierto que ya, entonces, se cernía sobre las testas coronadas y los imperios absorbentes.

También se encuentra el viajero con las mansiones de Alejandro de Rusia, en el Congreso de Viena. Paredes de oro y blanco. Francisco Ferdinand, asesinado en Sarajevo, crimen político, que inicia el ocaso imperial.

La gótica Catedral, aparece aún con los signos de la barbarie de la guerra aérea. Sus altas y elegantes naves, se elevan como brazos de invisibles fieles, que impetraran de lo alto perdón a los hombres "que no saben lo que hacen". El Altar Mayor, estilo barroco, con la imagen de San Estéfano al óleo.

Y Viena sigue ofreciéndonos, en la apresurada grafía de nuestras anotaciones, el Salón de Rusia, obra contemporánea, con el óleo de la Emperatriz Zita, el último Emperador Carlos I de Austria. El Parlamento. Sala de comedor con 15 piezas de oro y grandes cuadros. Sillería blanca, en rojo y oro. Sala privada de Francisco I^o. El monumento a la peste de 1679. En el Museo de Bellas Artes, colmado de oleos y esculturas, nos extasiamos ante el Perso y el Centauro de Canova. La historia de Alejandro el Grande, con su ambiente en el palacio de mármol, ónix y bronce. La espada de Maximiliano Primero, oro y marfil. Un vaso de cristal de roca y perlas. Camafeos del Emperador Augusto.

Vemos notables cuadros de Rivera, obras de Miguel Angel, lienzos de Vand Dick y Rembrandt, así como de Rubens. Es lo más encumbrado de la pintura clásica, hablando a la emoción de la belleza.

En Viena garantiza el orden una policía internacional, aunque en su aparente armonía, nosotros queremos ver la organización de la desconfianza mutua, a desarrollar la cual tanto ha contribuido la política de los soviets.

La última visión de Viena que nos llevamos en la retina es el Lago de los Patos, El Udon. Salimos del campo a las 3 y 15 de la mañana y a la hora y media estamos en Munich, el inolvidable escenario del apaciguamiento que tan caro costó a las democracias, y la cuna y raíz del movimiento hitlerista. Esta ciudad alemana parece conservar, muy recientes, los recios golpes de la guerra, como si el odio que inspiró el Führer, se hubiese ensañado, con razón, sobre la urbe donde edificó su diabólica maquinaria.

Allí, en Munich, está la residencia del Rey Milciades. Vemos un grupo de trabajadores en triciclos, ofreciendo hermoso cuadro. Las universidades, iglesias y edificios, curándose de las mutilaciones y heridas de la última conflagración. La misma imponente Catedral con sus torres de diez metros, está sometida a la obra restauradora de esta paz tan amarga que vive el mundo entero. El Castillo del Príncipe Heredero. Las pinacotecas destruidas, quedan como índices acusadores contra aquel hombrecillo de la camisa parda que provocó la lucha sin cuartel.

Al reverso de este panorama, un magnífico campo de aviación y restorán, con gran traza y mesas pequeñas al aire libre.

Después de pasear la ciudad en compañía de cultos caballeros, a cuya cortesía debemos una palabra de gratitud, salimos de Munich en un buen avión D.C. 402 k. elevándonos a 5,550 metros sobre el nivel del mar. Como queriéndonos sustraer a las pequeñeces de la tierra y pensar junto a las nubes.

Llegamos a Roma, a las diez de la noche y 50 minutos. En el Hotel Excelsior nos dan alojamiento por 3,750 liras la pieza diaria. Ella no tiene baño y carece de papel para escribir. Adquirimos en la ciudad porcelanas. Escuchamos en la Opera Madame Butterfly, volviendo a deleitarnos con su melodiosa música.

Nuevamente en Roma, la ciudad de las siete colinas, la matriz del Derecho universal, y la cumbre del Catolicismo, visito el mercado de frutas y flores, buenas las primeras y las segundas lindas. En el hotel pudimos ver al Introdutor de Embajadores del Vaticano, luciendo frac y múltiples condecoraciones, rodeado de turistas americanos.

La imagen del Sumo Pontífice se proyecta en el écran de la memoria, y nos sugiere, luego, cuanto el sucesor de Cristo, ha luchado por atraer la paz al mundo.

Visitamos San Pedro, donde pudimos admirar su grandeza arquitectónica, como si ella materializara la espiritual grandeza de la fe cristiana, bajo cuya égida, también, floreció el arte de todos los siglos.

Vamos a la Villa Borghesi, 1824, en la que figuran preciosas esculturas de Bernini y Canova y en particular la hermana de Napoleón, Paulina Bonaparte, de Borghesi. Muchos otros motivos de las artes plásticas nos embargan un tiempo que marcha a prisa, siempre, por el sueño de trabajar al servicio de la fraternidad humana, en el lenguaje de la justicia y de la paz.

Roma tiene más de seiscientos iglesias. Y su número nos lleva al recuerdo de aquella vez, ya lejana en veinte siglos, cuando San Pedro avanza por la Vía Appia, sin más armas que su cayado y el signo de la cruz, para derribar, con esas fuerzas, el poderoso Imperio de los Césares.

Las catacumbas, son elocuente testimonio, de aquella incontenible y misteriosa energía que edificó, debajo de la Roma Imperial, las ciudades cristianas. Es extraordinaria, sobre todo, la catacumba de San Calixto. Capillas. Misas. Oraciones y cientos de visitantes de todo el orbe. Emocionante es captar el eco de los cantos de los peregrinos. El Tiber discurre, canalizado, y pasa debajo de un puente de piedra. El Castillo de Saint Angelo, donde pasa el Papa los veranos, cerca del Aeropuerto. Vemos los guardias suizos con sus inconfundibles uniformes.

Salimos al campo, a las once de la mañana del 12 de setiembre en pos de un avión de la Panair do Brasil. A la una del día despeja la nave aérea. Viaja un lindo y amaestrado perro lobo que es mimado por los pasajeros. Cruzamos el espacio a razón de 450 kilómetros por hora. Y descendemos en el Campo de Istambul a las 4 y 20. Súmanse otros pasajeros de varios países. A las seis de la tarde oscurece.

Llegamos a Beirut en el Líbano a las 7 y 45. Allí pernoctamos para amanecer el 13 en esa exótica tierra. Visitamos, en este día, el Museo Arqueológico. Detiénesse nuestra admiración ante los sarcófagos romanos. Presenciamos un corso de caballos y paseamos por un hermoso bosque. La residencia del Embajador de Francia revela el refinamiento de la representación gala. Hay una Universidad americana y un Hospital, también, americano para niños.

La historia nos sopla al oído que en 1816 por el Fleur de Chien, pasó Napoleón Bonaparte. Se estremece aún la tierra al recuerdo de otros conquistadores que, no ha mucho, hallaron este suelo. Aquí hay ahora quince mil desocupados mientras que en Italia suman ya dos millones de brazos inactivos. Guarismo que está gestando futuros conflictos sociales y políticos.

Se advierte cómo de las grandes ruinas de Balbeck, se aprovechó en distintas épocas, como de una cantera, para la reconstrucción, de piedras y trozos de columnas. Hay terrenos accidentados, salpicados de casitas, y ofreciendo, en sus sembríos frutales, plátanos, naranjas, melones, etc. Torna la comparación con nuestra patria, cuando surgen ante la visión del viajero, los andenes cultivados como en el Perú.

Retornamos por una pintoresca senda del campo y entramos en el ambiente de las tiendas surtidas con objetos del país, telas, nácar, conchas esculpidas.

Al otro día, el 14 de setiembre, nos disponemos para emprender la ruta hacia los Santos Lugares. En la estación no hay un sólo asiento. Deambulan viajeros con pantalones y vestidos blancos, largos. Tocada la cabeza con turbantes blancos, sujetos con adornos negros. A las dos y cuarto de la tarde salgo para Jerusalén en un Douglas C.4. con veinte pasajeros. Una hostess que es como la personificación de la historia y de la leyenda. Está cargada de años y de peso. Viajamos a 7,500 metros sobre el nivel del mar. A mi izquierda se sienta un hindú, con turbante negro. Su perfil me evoca al busto de Tutan Kamon. Llegamos a las cinco menos dos minutos a Jerusalén, la tierra que divinizará el Redentor del Mundo, Aquél que dijo su palabra de paz y de amor, a la que todas las generaciones, en veinte siglos, se han mostrado renuentes. El mismo dijo, alguna vez, que no hay peor sordo que el que no quiere oír ni peor ciego que el que no quiere ver.

Recorremos, con los peregrinos, la Vía Dolorosa. El camino que, hace dos mil años, andara Jesús de Nazaret con la Cruz a cuestas, expiando entonces, en premonitorio drama,

las culpas del futuro. Es el Vía Crucis, donde el Hijo de Dios fué flagelado y coronado de espinas, para luego llevar sobre sus sagrados hombros el madero, hasta esa vez, infamante, y desde ella, sublimado. Al comienzo de esa Vía Sacra se encuentra el Palacio de Pilatos, ese Juez como hay muchos y habrán, que lavándose las manos, creen liberarse del cargo de conciencia por los crímenes que ellos mismos sancionan. Todavía se mira el patio donde el Justo fué condenado a muerte.

La explanada del Templo de Salomón, todo derruido y en cuya área se levantó el año 1691 la Mezquita de Omar. La Segunda Estación donde Cristo recibió para llevarla sobre sus hombros la Cruz. En una capilla maravillosa, recuerdo de la Flagelación y de la Corona de Espinas, en la bóveda. La cuarta estación, el encuentro en la calle de la Amargura, de la Virgen María con su Hijo, escena que, a tanta distancia en el tiempo, emociona a quienes la meditan en tanto siguen las mismas huellas milenarias.

Asomado que hemos a la quinta estación, se piensa en que, hoy como ayer, existe apenas un cirineo que ayude a llevar la Cruz al Redentor y que lo hace como aquél, no por motivo de compasión, sino satánicamente anheloso, de prolongar la vida de la Víctima hasta que sea crucificada. La estación donde la Verónica enjuga con su lienzo el rostro de Jesús que se queda, para siempre, allí retratado. El llanto de las mujeres de Jerusalén, a las que Cristo les advierte que lloren por sus pecados, y por sus hijos. Otra estación, la de la tercera y última caída del Salvador bajo el peso de la Cruz.

Se llega al templo del Santo Sepulcro, que contiene el Calvario, la Tumba y el Gólgota donde encontró Santa Helena, madre de Constantino, las Tres Cruces, y donde se hallan las demás Estaciones.

Lámparas preciosas, encendidas, en torno al Sepulcro del Señor de los Señores, el sepulcro que José de Arimatea cedió a Jesús. Allí también se encuentra la columna de la flagelación.

Estamos en la vieja ciudad jerusalémica. Toda de piedra. Nutrida de tenduchos y callejuelas sucias. Gente horra de higiene. Desperdicios en las calles. Gente librada al mayor abandono. En medio de ese cuadro de miseria un hato de burros cargados de ladrillos, sendamente guiados por hombres, hasta que nos alojamos en el Hotel Azzahra, una modesta casa de huéspedes a un extremo de la ciudad.

En este 15 de setiembre de 1953, (cerca de dos mil años van a cumplirse), visitamos el Monte Olivette, en cuya falda aparece el Huerto de Getsemaní, al pie de uno de cuyos olivos oró Jesús, sudando sangre, mientras el Ángel ofrecíale el Cáliz, como la humanidad le sigue ofreciendo, hoy, en símbolo de guerra y de odio, el otro cáliz materialista de la época. Una iglesia octogonal, sólo ha dejado vestigios, porque fué destruída por los persas en 1664. Los Cruzados erigieron otra. Los olivos siguen dando frutos y son los mismos que contemplara, en su humana encarnación, el Hijo de Dios.

Se descubre, pasando el Cedrón, y dentro de la ciudad, emocionando a los cristianos, la Puerta dorada por donde entró el Hijo de David el Domingo de Ramos. En la Basílica el inmortal concepto del Evangelio: "La carne es débil, pero el espíritu es fuerte".

He aquí, en nuestro peregrinaje, cómo, el nombre con que bautizamos este libro, adquiere una trascendencia que va a lo hondo de la conciencia de los pueblos: el espíritu. Única arma capaz de vencer todas las debilidades con que los déspotas amenazan a la humanidad para, de nuevo, ensangrentarla.

La Mezquita de Omar habla al mundo occidental y al mundo de oriente, cómo el espíritu de los maometanos, en sus más altas autoridades, respetan profundamente, en los mismos lugares, la fe de los cristianos.

Ya en el área de Belén, la tumba de Raquel, la madre que lloró por sus hijos, y que se invoca aún en la palabra del Día de los Inocentes, los niños que murieron acuchillados a manos de Herodes, como mueren hoy, millares de inocentes, hijos de aquellos que aman la paz y buscan el amor cuando los dictadores quieren edificar el mundo sobre la piedra del temor y del hambre.

Se llena la imaginación de recuerdos bíblicos y de lecturas que, antes de asomar a estos lares, nos anticiparon la belleza moral de los sacros lugares.

El Altar que rememora la visión, en sueños, de José para huir a Egipto, salvando la vida de Jesús Niño, nos remite, también, a ese faraónico pueblo, donde la actualidad, agita y ensangrienta su suelo, con la pugna de los que buscan la paz y los que ambicionan la guerra.

Llega a lo más profundo de nuestro espíritu, contemplar cómo hay muchos hermosos vestigios cristianos, que reclaman su reparación, y toca a las naciones que siguen al Salvador del Mundo, poner su trabajo y sus caudales, en ese noble servicio. Pienso en todo ello y entrego

a los hombres libres del mundo, este anhelo, que es también el de los Custodios de los Santos Lugares. Los legatarios del patrimonio que, con ellos, les dejó San Francisco de Asís...

Sobre todo clama, a voces en dramática esperanza, ser restaurado el Sepulcro de Nuestro Señor, porque es donde el tiempo y los hombres, han dejado la huella destructora en el templo que lo cobija.

La pugna entre árabes e israelitas concurre a acentuar aquella tragedia con que los años hieren la sagrada arquitectura y el campo del Drama de los Siglos. Los árabes dominan en la ciudad vieja de Jerusalén, donde están ubicados, precisamente, la mayor parte de los lugares de la Vida y Pasión de Jesús. Y el Estado israelita gobierna la ciudad nueva, en la que se alzan notables y modernos edificios, y donde apenas, se encuentran el Cenáculo, el Monte Sión y el lugar de la Dormición de la Virgen María.

Salgo, al día siguiente, del hotel de Jerusalén, y después de un cuarto de hora, llego a las cuatro de la mañana, al Campo de Aterrizaje para tomar el avión una hora después, de la P.A.A., con capacidad magnífica y confortables literas para el sueño en el espacio. En la estación de Beyruth las rutas del aire han citado a personas procedentes de Europa, la India y la China. Sus rostros dan la mejor referencia geográfica. Y su peculiar psicología en sus expresiones fotografiada. Nos llama la atención, así, una europea de tipo, a pesar de sus rasgos, muy raro y casi estrambótico. Una hindú con su característico atuendo, hermosos pendientes, pantalones bombachos que casi barren el piso y una morena trajada a la usanza europea. Al dejar el hotel ví a dos príncipes orientales, como si fueran personajes evadidos de los cuentos que apuramos de niños. En la estación, recuerdo, observé musulmanes con halcones en las manos, de exótico aspecto, y ya en el avión viajaba una china que llevaba en brazos un niño blanco e iba acompañada —acaso su esposo— de un norteamericano. Allí se advierte el mismo matiz de razas.

Cuando la hoja de los exfoliadores, ha dejado al descubierto el 17 de setiembre, me encuentro en la capital del Pakistán. Me alojo en el viejo y grande hotel Metropole. La comida se sirve en el gran hall que circundan las habitaciones. Decorado con luces. Mozos de sacos a la rodilla y pantalones blancos, pechera, cinturón y faja verdes, con turbantes y una placa en el pecho con iniciales del hotel, les dan una prestancia, que nos remite a las imaginativas narraciones de las leyendas. La alimentación es muy rica y espléndida la atención en el comedor. La pieza tiene capacidad para dos personas, pero los muebles y los baños, son anticuados.

También, aquí en Karachi, el terminal aéreo, luce mal el edificio del Aeropuerto. Resulta insuficiente para el movimiento de pasajeros y la actividad de los transportes del espacio. Del aeropuerto a la ciudad demórase una hora. Los tranvías son pequeños y los ómnibus anticuados. Los autos y taxis, para dos personas, y dos niños, accionados por un hombre y por motor, resultan económicos y prácticos. Sugestiona la estampa de los trailler halados por camellos con su silueta desgarrada y su indolente andar. El Ferrocarril es así mismo una demostración del pasado. Y como fondo de estos motivos, en cambio, avenidas amplias, ciudad semiedificada, seres y cosas para un pintor. Hay tipos de color moreno pero correctas facciones, salvo la multitud del pueblo. El oriundo de estos lares es paciente y respetuoso.

Todavía por este ambiente no se ha manifestado el progreso del maquinismo en las construcciones. En lugar de sistemas adecuados a la mecánica actual, se emplea braceros que transportan los materiales desde el piso inferior al de arriba y emplean una especie de canastas, que una vez arriba vaciadas, las arrojan.

En una lujosa reunión de japoneses, todos diplomáticos, aparecen vestidos de seda. Se sirven las viandas y frutas, estando todos en pie, lo que es, en su uso, una gran cortesía nacional. Todos lucen smoking blanco y pantalón negro. Las damas de gran toilette. Una de ellas llegó acompañada de tres guardias en rigurosa parada. Habían como un centenar de invitados.

Asistimos a un cinema local. Las películas se exhiben en su propio idioma, sin leyendas superpuestas que viertan el parlamento de los astros y las estrellas, al idioma de aquí.

Al salir a la calle, en momento de intenso movimiento, nos sorprende la diversidad de trajes y atuendos. Parece un baile de fantasía o un día de carnaval.

Dejó el Pakistán, en cuya capital, me embarco el 18 de setiembre a las doce menos cuarto del día, con destino a New Delhi, el corazón político de la India. Hace un tiempo agradable. La brisa marina ha refrescado la atmósfera. En el camino al Aeropuerto captamos las famosas vacas Cebú, gordas y de enorme cornamenta. En el Salón de espera, tipos de todo el orbe se confunden en la misma inquietud preliminar de los viajes. Salimos de Karachi a las dos y media de la tarde con pocos pasajeros en un Clipper de 48 asientos.

Palanquines para cuatro personas, dos a cada lado, ponen la nota de pintoresco relieve y son el sello inconfundible de este ambiente hindú, donde abunda las mujeres de grandes ojos y hermosos vestidos antiguos. Hay un cabaret elegante y popular.

Por circunstancias del cambio de aviones, algunos viajeros debemos salir a Calcutta en I.A.A. Me alojo en tanto en el Hotel Imperial. A las 8 y 20 de la mañana siguiente, salimos hacia aquella ciudad en un avión antiguo con capacidad para escasos pasajeros. Es domingo y el aspecto de la urbe revela actividad. La gente vive, en las calles, como quiere. Se baña en cuclillas en un grifo público. Desaguan a vista y paciencia de todos, en muchos lugares, de cara a la calle. Los niños en las arterias centrales piden limosna, ofreciendo, al forastero, los cuadros más penosos y denigrantes. Viene a nuestra memoria el recuerdo de Mathma Gandhi el redentor de este pueblo, y nos explicamos su doctrina y su prédica por rescatar del hambre y de la miseria a millones de compatriotas. Vemos mujeres con perlas y adornos de oro y plata en la nariz. Ancianas con anillos en los dedos de los pies y aros en los tobillos.

Ha transcurrido un día y contemplamos el edificio abierto donde se creman los cadáveres para arrojar sus cenizas al río sagrado de los hindús: el Ganges.

El hindú, de natural bondadoso, hace una vida penosa. Hala palanquines para dos personas, realiza labores insignificantes, duerme en cualquier parte, calles, plazas, rincones, buscando aire.

Sentimos la nostalgia de un dibujante que, al carbón, pudiera captar todas estas escenas, para formular luego sobre cada una de ellas, la consecuencia que nos inspira esta cruzada que realizamos, para conseguir que el mundo enrumbe hacia las grandes conquistas de la democracia, en cuyo reinado no se multipliquen los hombres que viven miserablemente, en tanto, y cabe suntuosos palacios, gozan de su ocio los magnates.

Nos es grato conocer, en Calcutta, al señor René Méndez, Cónsul del Perú, al que debemos gentiles atenciones.

Proyéctase, hasta aquí, en el tiempo y el espacio, la magna obra de aquella soberana, cuyas virtudes, en la esperanza de todos los ingleses, parecen retoñar con la actual S. M. Elizabeth II, con el monumento a la Reina Victoria, en mármol y bronce. Tiene esta ciudad paradójal el más grande hipódromo del mundo: el Jockey Club, que hace honor a esta ciudad de siete millones de almas. Hay también un monumento, en bronce, a Jorge V. El Hospital Civil. La Escuela de Ingenieros.

El Estado levanta casas para obreros. Un bracero gana en la ciudad 30 rupias al mes y en el campo 45. Los obreros no emplean carros. Caminan a pie.

Sensiblemente nuestra curiosidad se ve truncada al constatar que el Museo se encuentra cerrado. Entre las instituciones de crédito el Banco del Imperio, es uno de los más importantes. El Jardín Zoológico contiene las más sugestivas familias de la fauna que, pródigamente, le ofrecen los vastos campos selváticos de este continente.

Me alojo en el Hotel Great Eastern, donde los mozos, al servicio del comedor se presentan con birretes blancos y rojos, y cinturón de este segundo encendido color.

Pasado un día de mi estancia en Calcutta, salgo del hotel, a las siete de la mañana. En la oficina de la K.L.M., se encuentran japoneses, que hacen gala de su extrema cortesía, con acentuadas genuflexiones, varias veces, cambio de tarjetas, cubriéndose y descubriéndose reiteradamente al paso de una dama.

Después de tres horas, desde la ciudad y los engorrosos trámites, podemos embarcarnos en un avión de cuarenta asientos de la línea K-L-M. El panorama étnico ha cambiado. El pueblo ofrece tipos de cara achatada, boca grande, labios sensuales, ojos apenas alemandrados, pómulos salientes. Hay magníficas avenidas. Un hospital bueno. El pueblo trabaja en plantaciones de arroz y es cuidado y limpio. No se le ve ocioso en la calle, a pesar de la inmigración china.

Se advierte, sin embargo, suma pobreza y ello no deja de tener, en nuestra imaginación, un nexo, al contemplar cerca un monumento a la II Guerra Mundial.

En los campos de esta tierra, la caña de azúcar, es delgada. Y hay malaria por las aguas estancadas. Son, no obstante, generosas las tierras. En Bangkok, como en la India, se lleva a los niños adosados a la cintura de las madres, y hay que ver cómo los rapaces se prenden al apoyo de la autora de sus días. Hay un tren con máquina moderna, pero vagones chicos.

Cercado con verja de fierro el Palacio de Campo del Presidente, es muy amplio y nos dicta, desde su mudez arquitectónica, el símbolo de su contenido, cuando, antes de la última contienda, el totalitarismo quiso provocar la rebelión de las colonias y los estados de la Gran Comunidad Británica.

Magnífico es el templo, de mármol y oro viejo. Un monumento con cuatro columnas, como teoría de los puntos cardinales o los horizontes del mundo. La oficina postal es magnífica. Un puente de fierro sobre el río.

Al despertarnos en la madrugada del 26 de setiembre, vimos a los Sacerdotes de Budha pidiendo alimentos con la mano. Visten de amarillo y aparecen con la cabeza rapada.

Cuando me encamino al campo, veo antes una pequeña fábrica de azúcar granulada que no funciona. Aguas estancadas, como ciertas almas y ciertos espíritus, que no sienten la acción del tiempo y de la vida. Platanares y cocotores a la vera del camino. Múltiples casitas cerca de arroyos, como si fuera un hontanar, y botes para acarrear los productos de la carretera.

Se ve todavía el Palacio Real, cerca del que un guía nos ofrece datos como a los demás viajeros. La mujer del pueblo en Bangkok viste a la europea y lleva el pelo corto con permanente. A las siete ya está la ciudad en actividad. Las mujeres cargan grandes canastas, pendientes de los extremos de un mambú. Vemos el gran monumento al fundador de Bangkok.

Ocho grandes falúas, en un gran local acuático, con motivos artísticos y la popa y la cabina central con oro y azul, y ocho chicas. Hacemos una hora de excursión que nos remonta a los viejos relatos de la fantasía abuelesca.

En las afueras de la ciudad, las niñas visten falda azul y camisa blanca y los niños pantalón color kaki y camisa blanca. La gente vive en embarcaciones. Son sus casas flotantes, porque la densidad de la población asiática es tan grande, y cada vez se multiplica tanto, que no cabe ya en la tierra, que día a día se estrecha.

Surca las asiáticas aguas una gasolinera sueca. Y el río provoca un ruido que se confunde con el de su propio eco, en una monótona cantinela que fatiga al oído. Se recorta, allá, lejos, el antiguo templo Wat Arun, del Siglo XVIII, con hermosos motivos de arte decorativo y torres de mosaicos de porcelana.

Todo un volumen reclama el río Menan Chao Phua, que corre a una de las márgenes de Bangkok y delante de Dhombur. Aguas que hablan de milenios y del anhelo y las ambiciones y el drama de millones de seres que pasan anónimamente por la vida.

La estatua de Marco Polo nos repite la historia que aprendimos de niños. Su heroísmo al abrir, por vez primera, al conocimiento occidental, las puertas de la China misteriosa. Esculturas chinas gigantescas. El Ministerio de Relaciones Exteriores. Un Hospital Norteamericano. A un costado del Palacio de Mármol, la Escuela de los Religiosos Budistas. El estilo siamés se denuncia en su arquitectura. Un techado maravilloso en su interior, donde aparece los sitiales para el Rey. Un sacerdote lee los Consejos de Buda. El piso de mosaico coreano. En los claustros cincuenta y tres imágenes de Buda, siamesas y chinas, y en distintos pasajes de la vida del fundador de esta, para nosotros, exótica religión.

Vemos, igualmente, locales escolares y observamos que la arquitectura siamesa es magnífica, con remates dorados, y sobre pedestales, también áureos.

Salimos de Bangkok en un Clipper de la P.A.A., a las siete y media de la mañana del 26 de setiembre de 1953. Todo el campo cubierto de bosque, cuando surcamos el espacio, a las ocho de la mañana. Viajan varios chinos y tres hindús. Voy rumbo al Japón. Pero sensiblemente llego sábado a Hong Kong y Tay Poon. Paso el domingo entre esta ciudad comercial y Tokio, la capital del Imperio del Sol Naciente.

Tay Poon es un emporio comercial. De nuevo advertimos los hombres halando palanquines. Barcos de guerra norteamericanos en el puerto. Casas en lo alto de las montañas que parecen suspendidas en el espacio. Un funicular conduce a los viajeros a la parte alta de Tay Poon. Me dedico a un breve paseo y busco refugio en un restorán, muy bueno, a las diez y media de la noche, en compañía de un estimable gerente de la Compañía de Turismo.

Amanece el 27, lloviendo y con fuertes vientos. Hay un gran movimiento de pasajeros en P.A.A., pues existe una línea aérea que parte de Los Angeles, en EE. UU. hasta Tay Poon, en el Asia. Aquí se mezclan las razas y los tipos en un hibridismo de relieve.

El campo de aterrizaje, al costado de la ciudad. Linda vista desde un metro sobre el puente. Salimos a los dos y media de la tarde para Tokio con el pasaje completo. Atravesamos una cortina de lluvia y de nubes. A las cinco y cuarto se avistan los signos del archipiélago que conforma el imperio de Hirohito. Unas islas salen a nuestro alcance visual. Hay un momento en que se ve parte del mar, en un verde nilo, como mensaje de bienvenida de los sutiles colores nipones. A las seis de la tarde se dibuja, apenas, como difuminada, la ciudad de Okinawa entre las bruma. Preciosas nubes adoptan formas que sólo la fantasía imagina, mientras conversamos con un caballero filipino, que es nuestro compañero de viaje en el asiento contiguo. Tocamos tierra japonesa después de las once y media de la noche y nos hospedamos en el Tokio Hotel que ofrece buen alojamiento.

Nos sorprende la primera mañana japonesa, el 28 de setiembre, con el ánimo resuelto a proseguir la cruzada de buena voluntad que nos lleva a estos dilatados viajes. Todo el día lo consagramos a cambiar impresiones y hablar con los hombres que, en carne propia, han sentido los horrores de la guerra.

Fué al día siguiente que visitamos los Ministerios, el Congreso Nacional —aquí se llama Dieta— el Palacio Imperial con una gran avenida, amurallada de agua, con puentes levadizos de la medioeval edad. Toda blanca la presencia arquitectónica de la Embajada de los Estados Unidos de Norte América. Hay lindos parques. Son verdaderas obras de arte. Donde el refinamiento de los jardineros japoneses ha puesto toda su inteligencia para este maravilloso aprovechamiento de la naturaleza. Se multiplican, en uno y otros lugares, en museos, palacios, residencias, y calles y avenidas, las obras de arte que, en la versión de sus mejores escultores y pintores, hemos admirado los occidentales a través del tiempo y el espacio.

En Tokio no hay palanquines ni taxis chicos. Existe el sub-way que conduce nutridos pasajes en todos sus recorridos. La capital japonesa, es de una densidad que da el coeficiente de los millones de habitantes que ocupan todas las islas, y tienen que emigrar para vivir.

Hay, en cambio, unos pigmeos coches que se denominan Ririkisho. Y un ferrocarril elevado.

Tengo que salvar los escollos que significan los requisitos que deben cumplirse para ingresar a Corea, la neurálgica tierra, donde Oriente y Occidente han debatido, a plomo y fuego, durante tres años.

Visitamos, en ese día, al ex-Ministro Chamoto y al señor Nowey Motozo, así como al señor Hidaka Shuzo, elementos de claro talento y sutil espíritu, con quienes cambiamos algunas ideas, sobre el anhelo de ir hacia el camino universal de la paz.

En esta madrugada del 30 de setiembre debo salir rumbo a Corea del Sur, para recoger, en el mismo escenario de la tremenda lucha, entre ambas fuerzas mundiales, el concepto que la humanidad está elaborando para hallar la paz del orbe. Me despierto a las cinco y media de la mañana y constato que, en el hotel, no preparan desayuno. Demoramos media hora para ir al campo de los aviones. El despacho se hace rápidamente en las oficinas de control. El restorán se encuentra casi colmado de norteamericanos. A las nueve y media de la mañana, dos horas después de haber abandonado el hotel, salimos en alas del espacio, cabe un avión de 32 pasajeros, cifra que llena la capacidad de la cabina.

Desde el aire, recogen nuestros ojos, el espectáculo del panorama. Casas de campesinos. Magníficas y azuladas. Al llegar a Pussan captamos las estampas humanas, originales, y típicas del ambiente. El calzado de las mujeres es blanco, rosado o azul. El coreano aparece con sobretodo, capa y tela al aire. Las mujeres en la tarde, visten de terciopelo floreado, azul y rosado y chaqueta corta y talle alto.

En el Hotel Mijin, donde nos hospedamos, un diputado norteamericano, con propiedad en Colombia, domina el español y nos cuenta sus proyectos comerciales. De la charla fluye el tema del cambio. Un dólar vale en esta ciudad coreana meridional, 25 won pussan.

Muy temprano empieza su vida, aquí, el elemento popular. Se ve a los que conducen carga a la espalda y a los que la llevan en tralliers, accionados por fuerza humana. Los taxis son muy raros y la mayor parte cobran tarifas caras y están mal tenidos. Abunda, más bien, la fruta y verdura, en las calles. Los pavimentos y desagües pésimos. En Pussan se consume el té de Norte América y muchos otros artículos de esa procedencia importados, lo que encarece la vida.

Cosmopolita es el personal que atiende al Hotel Mijin y ello hace una serpentina de idiomas, la charla, que se escucha en la agitada vida de estos locales. Dejo este lugar a las once de la mañana, para regresar a Tokio. Admiro trabajos forjados sobre madera con incrustaciones de nácar en varios colores.

Salimos de Pussan a la 1 y 55 de la tarde, después de sortear su mala estación de aterrizaje y decollage. Aquí hemos dejado la impresión de actividad marcial, manifestada en el poder naval, militar y aéreo, de los Estados Unidos, y el tránsito febril de miles de soldados.

Abajo un río de aguas negras, como si fuera la imagen de la vida que viven muchos combatientes, pensando, acaso, en el símil de Heráclito, cuando nos habla de que, como en el tiempo, sumergido el hombre, es la imagen del que no se baña siempre en las mismas aguas del mismo río.

Estamos ya en Tokio a las cinco menos diez de la tarde. El cambio de la moneda nos informa de que un dólar vale 361 yens, la moneda japonesa. Estamos a 2 de octubre de

1953. Nos atrae una guitarra nipona. Es un bello instrumento de marfil. Vemos en el cabaret Kingasha Ginza Tokyo, la danza Medaka. Todo el exotismo oriental de esta raza, siempre enigmática, se simboliza en la armonía de sus manifestaciones coreográficas.

Pueblo avezado al mar, al día siguiente nos ofrece la perspectiva de su Mercado, a las seis de la mañana, con ballenas, tiburones, y otros mil variados elementos marinos.

Hay un grupo de compradores rematando las riquezas alimenticias que brinda el océano. Las mejores transacciones en Tokio se efectúan de 4 a 5 de la mañana. Hay mercados de magníficos vegetales, escrupulosamente limpios, en su atractiva presentación.

Cuenta la capital japonesa con ocho líneas de elevados y un subway. La Bolsa, como en las grandes metrópolis, enloquece a los apasionados de esta actividad crematística. Tokio tiene ya seis millones de habitantes. Las mujeres, como nuestras aborígenes, llevan a sus crios en la espalda.

Pero sobre todo esto, surge como una lección dolorosa, y una advertencia al espíritu, la ciudad bombardeada en más de un sesenta por ciento de su arquitectura, reconstruida provisoriamente, lo que impide que la fiebre del comercio siga su ritmo ascendente y complejo.

Alberga, en su gigantesca área, esta ciudad, más de veinte teatros y numerosos cines. 300 sucursales de bancos. Dos ríos cruzan la ciudad y sirven de medios de transporte y desagüe. Hay grandes jardines como el Zoológico, el Botánico, y el magnífico Jardín Imperial.

Un santuario, en cuyo alrededor no faltan algunos japoneses, rindiendo homenaje silencioso, se eleva en memoria de los muertos por la guerra. Los japoneses se educan en el espíritu con marcada tendencia socialista.

Bajo las bombas, cayeron los edificios del Estado Mayor, y su destrucción se revela como una herida que aún no cicatriza y habla, elocuentemente, a la conciencia de las nuevas generaciones. La Corte Suprema —otro símbolo de la justicia— también ha sufrido los impactos de la última lucha. El Ministerio de Marina ostenta un nuevo edificio. Está próximo, el Cuartel General de Mac Arthur que tan formidable vuelco diera, al menos en su periferia, al concepto nacionalista del Japón. Vemos las famosas casas comerciales de Mitui Mitsubishi.

Llevando en el ánimo, la emoción de este viaje, que por vez primera, hemos realizado al archipiélago japonés, partimos a las 6 y 40 para Honolulu, gracias a las facilidades que nos dispensaron los señores Sasaki y Nonomiya, así como otros, que nos acompañaron, hasta el momento de partir, en el Aeropuerto.

Saliendo de Tokio el reloj se adelanta cinco horas para sincronizar el tiempo con el espacio que descontamos al sol. Viajamos suavemente. Se extrema la cortesía con los viajeros. Hay buena comida. Y se sirve champaña.

Amanece más temprano, contradiciendo el viejo proverbio, el cuatro de octubre. Nubes blancas motean el espacio. El mar azul. Hace el Clipper 273 millas y se ha elevado a doce mil pies. La temperatura de la cabina marca 70 Farenheit. Cerca de las cuatro y media pasamos por sobre Honolulu, la paradisíaca capital, habiendo salido de Tokio a las tres. El sol es a la siete de la mañana, esplendente. Ilumina los árboles como en una rara fantasmagoría, penetrando por sus hojas de tonos amarillos. Es como un paisaje de oro y de luz.

El parque de Honolulu es lindo y está formado por agua, árboles y helechos gigantes y árboles centenarios con más de diez metros de diámetro. Es domingo y también, como en otras ciudades el mismo día, las tiendas están cerradas.

Sin embargo, las vitrinas que permanecen visibles, son una maravilla de color y arte. En el hotel donde nos alojamos, el comedor ofrece dos planos. Uno superior y otro abajo con vista al mar. Las plantaciones de caña de azúcar, tan familiares a nuestros ojos, son visitadas por nosotros, en dos de sus mejores sembríos. Se advierte concentración de vertientes para accionar como bombas. La industrialización del campo, en esta planta, de tan múltiples beneficios, evidencia el progreso de este país.

Cuando llega la hora de la comida, se ofrecen a los huéspedes, cuadros de música del folklore hawaiano. Cinco danzarinas jóvenes, dos de ellas hermosas, expresándose, en sus rasgos, las de origen nativo, contrastaban con los músicos, doce profesores de avanzada edad. Casi la mayoría de los números tenían un dejo sentimental. Las danzas, en cambio, reflejan la euforia de la vida hawaiana. Ocupaba el primer plano de la atención una mujer, entrada en carnes, vestida de seda roja y larga cauda, con linda voz pastosa y una bailarina joven, de grandes ojos expresivos, haciendo derroche de gracia y maes-

tría. Completaban la emoción de arte y de belleza y de vida, los paisajes que el mar cambiaba, a través de los grandes cristales del comedor.

El 5 de octubre, en camino ya de los últimos días del violento itinerario, pasamos una noche tranquila. A las seis de la mañana viajamos sin nubes. En medio de un cielo despejado y claro. Vamos hacia Los Angeles, a donde aterrizamos, a las once y media de la mañana, para admirar esa hermosa y rica ciudad que comercia con el Oriente. Visitamos, aquí, a los señores Barkow, lamentando que el escaso tiempo a nuestro alcance nos privara de hacerlo con los señores Dreyfus. La primera visita se actualiza ahora, dolorosamente, porque después de nuestro viaje, nos ha sorprendido ya en nuestro habitual residencia, la infausta noticia del fallecimiento del Barón Waldemar de Barkow. Desde estas páginas, que tienen toda la sinceridad de mi acción, rindo a su memoria, puesta la mano sobre el pecho emocionado, el homenaje que inspiran sus virtudes, la hombría de bien que le dió singular personalidad, y su vida toda paradigmática.

Nos alojamos en el Hotel "Statler", ahora modificado con sus múltiples y magníficas instalaciones. Partimos a las 9 y 35 con dirección a Minneapolis, no sin antes haber encontrado a un digno compatriota, de la Fuente, cuya familia es muy conocida en el Perú.

Llegamos a Minneapolis a las 6 y 15 a. m. y salimos en la North Western Air Lines una hora después para Rochester. El avión lleva solamente seis pasajeros. Hay frío y fuertes vientos, como si la naturaleza quisiera recordarnos, con ellos, que los hombres, allá, lejos, siguen desencadenando tempestades contra la paz.

Permanecemos en Rochester hasta el 10 de octubre. Rochester es, para nosotros, desde hace muchos años, una isla de salud. En la Clínica Mayo, a cuyos fundadores y actuales herederos, rendimos siempre, nuestro homenaje de admiración, que se une al de miles de seres diseminados en todo el mundo, confrontamos nuestro organismo, para equilibrar la lucha de la vida con la fuerza que debe sostenerla.

La Clínica de los Hermanos Mayo sigue creciendo. Tiene una vida que no sólo se testimonia en su progreso científico, sino también, en el volumen de sus edificios, cada vez mayores y a tono con los últimos adelantos del saber. Se construye un grandioso edificio para examen y diagnósticos. Pasamos, allí, gratos momentos en compañía de galenos amigos y sus estimables familias.

Dejamos Rochester con la emoción de nuestra salud debidamente fiscalizada, para sentirnos, siempre sanos, al servicio del ideal democrático de la paz. Salimos el 11 en el "Pacífico" a las once y media de la mañana. El pasaje completo. El de la Eastern Air de cinco asientos, salió de Chicago a las doce y media y llegó a Miami a las 7 de la mañana. La mayor parte de los viajeros son de Cuba y Puerto Rico. A las cuatro de la tarde, estamos volando sobre Sud América. Una hora y salimos de Colombia en "Tucume" con menos pasaje. Llegamos a Guayaquil, a las 7 y 50, de donde salimos a las diez, llegando a Lima, después de las doce de la noche, redondeando, así, un viaje feliz, cuyo mérito esencial, no está tanto en el recio derroche de espacio, con menor tiempo, empleado, sino en el propósito que nos animara para conocer, en toda su magnitud, el mundo, donde se está gestando el porvenir o la destrucción de la humanidad.

A la luz ya del silencio de nuestro habitual ambiente, cerca el rumor de los recuerdos, dejamos correr, sobre las cuartillas estas palabras que entregamos al juicio de la posteridad, y a la acción de los hombres, dando lugar, también como exponemos en los siguientes acápites, a las múltiples sugerencias doctrinarias del largo periplo cumplido.

II

LA OBRA DE LOS ANORMALES EN LA GESTACION DE LAS GUERRAS DEVASTADORAS DE LA HUMANIDAD

Al constatar, con el curso de los acontecimientos, que la crisis del mundo oscila en la misma medida que las potencias buscan un *status* que resulta imposible mientras, como en los negocios, entre las cientes honradas, la buena fe no sea la fuente que las inspire, este recientísimo viaje que acabamos de realizar por las maravillosas vías del aire, suprema conquista de la humanidad moderna, nos trae a la realidad de que mientras los pueblos que han sufrido el impacto de la Segunda Guerra van reponiéndose de sus efectos, la obra de los anormales se encuentra claramente visible en las consecuencias psicológicas que aparecen por todas partes.

Esto nos prueba, una vez más, que es muy fácil destruir y aniquilar una civilización, pero es penoso y muy lento el trabajo de rehacerla. Cuando en nuestros anteriores, y en el presente libro, elementos esenciales para esta cruzada en pro de una mejor suerte para la especie humana, hemos sentido que el acercamiento de los individuos alejará de su camino la guerra, tara ancestral, especie de herencia maldita de que necesita el mundo sacudirse para construir los cimientos de su destino superior, siempre incidimos en que los nuevos valores espirituales y morales son los que tienen que imponer su calidad a la barbarie que han sedimentado los tiranos al fraguar la destrucción del hombre por el hombre, en planes audaces de feroces conquistas. En Europa, como en Asia, encontramos a nuestro paso las huellas inequívocas de las civilizaciones desbaratadas por la codicia de los déspotas y los conquistadores, y nos asombra, al mismo tiempo, todo lo que han hecho los apóstoles y forjadores de la cultura para alejar a las naciones de la inclinación apocalíptica de la guerra, cuyos vestigios señalan días de vesanía y demencia destructoras.

Suerte y grande es que algunos modernos césares hayan desaparecido. Tremendo flagelo fueron Hitler y Mussolini, como lo han sido los devastadores de la antigüedad y de otras épocas relativamente modernas. Pero nos queda amenazador y sin duda poderoso y por ello temible, el peligro rojo, este monstruo que se alimentó y nutrió a la sombra de las democracias en los días para ellas cruciales y decisivos de la Guerra. El comunismo, al que hemos dedicado tanto empeño para demostrar su inminencia destructora de las libertades humanas, y de las nobles conquistas y prerrogativas de las comunidades soberanas, vive y palpita, tornándose amenazador y sombrío porque ha hecho del misterio con que rodea su política y de los medios falaces para inducir a secreto a sus prosélitos, armas poderosas que emplea provechosamente, sabiendo que aparte de las debilidades que las rodean, las democracias sólo conocen el entendimiento a puertas abiertas.

El mundo libre y civilizado que esperaba empezar a vivir una era nueva después de la hórrida hecatombe de 1939-45, ha sufrido un abrumador desengaño al comprobar que la semilla totalitaria no se había extinguido con el ocaso trágico del apóstol del fascismo y del creador de la swástica, pues si bien es cierto que de ambas ideologías todavía quedan rezagos vivos, la verdadera amenaza fluye ahora del oriente que Rusia confabula contra la cultura occidental, de allí donde los herederos de Stalin prosiguen organizando la anulación de los poderes y atributos de las democracias, para trocarlos por su odioso sistema esclavista de marca siglo XX brutalmente impuesto al pueblo ruso o sea a muchos millones de seres, y en plan siniestro de convertirlo en sistema mundial para domeñar a todos los hombres y los pueblos que conforman el orbe.

Antes de ir más adelante, no será ocioso hacer ligera referencia a la ideología hitleriana que ha generado en el mundo europeo desastres que recién parece que van a tener fin si no los hace mayores la sombra atítica de otra guerra. Y esta referencia resulta de los comentarios hechos por la crítica a un libro relacionado con el famoso Führer, libro cuyo autor, un ebanista amigo de la infancia de Hitler, retrata a este diciendo en alguna parte que el creador del "Mein Kampf" había jurado en presencia de su amigo, y en la cúspide de un cerro que domina a Linz, reformar el mundo. El mundo, a su juicio, estaba corrompido social, moral y políticamente. Entonces, él venía para purificarlo. Y con ese objeto fundó el Reich, que llevaba como intento exaltar hasta lo supremo la pureza aria rechazando de paso todo lo extranjero. Al respecto dice la escritora francesa Madeleine Boncour: "Hitler, hijo de un padre de origen bastardo, manifestaba en lo exterior ese gran amor a la virtud que por extraña paradoja suelen proclamar muchos malvados. Declarábase partidario de la castidad y de la pureza, sin llevar estas virtudes a la práctica, naturalmente..." "En el Reich futuro—afirmaba—la prostitución será prohibida y se favorecerá el matrimonio entre los jóvenes mediante subvenciones que les concederá el Estado. El alcohol será prohibido y reemplazado por una bebida popular a base de higos y achicoria. Y si los vieneses no renuncian al vino, se les obligará a ello por la fuerza y beberán la bebida popular. Ya se comprende que un hombre que quiere reemplazar el vino por un brebaje de achicoria e higos, está rematadamente loco; pero, a pesar de ello, sus compatriotas no se dieron cuenta y caro lo han pagado. Según Kubizec, el autor del libro sobre Hitler, en 1907 el Führer quiso ser arquitecto para reconstruir el mundo. Trazó muchos proyectos para cambiar la faz de diversas urbes de su país, incluso de capitales de otros pueblos europeos. "Señaló los palacios y castillos con que premiaría a los más afortunados guerreros germánicos. Al mismo tiempo comenzó a escribir una ópera..."

Como se ve, de acuerdo con la semblanza hecha de Hitler por el amigo de la infancia, este tipo de desequilibrado, de demente, pasó al parecer desapercibido en su extraviada individualidad y un día, ante el miedo y el asombro de sus contemporáneos, hizo las más

grandes barbaridades y fué el que pegó fuego al polvorín de Europa para desatar la II Guerra. ¿Puede el mundo vivir de esta clase de sorpresas terribles, expuesto a estas apariciones de manicomio para ver perderse el curso de la civilización democrática y sufrir en carne viva la tragedia de matanzas sin nombre?

En estos afanes nuestros de ver, palpar y constatar la realidad mundial para ofrecer a nuestros pueblos democráticos la visión de estas horas en que se trabaja para y por la paz mientras los poderes totalitarios concentrados en la Rusia comunista mueven su mecanismo político-militar para atenzar al mundo, y doblegarlo, acaba de suceder en Moscú algo que parecería insólito, si no fuera que tras la Cortina de Hierro ocurren cosas verdaderamente reveladoras de un desorden siniestro y horrible que quiere convertir sus tentáculos en grilletes para la humanidad entera. Malenkov, el heredero del poder soviético, ha hecho ajusticiar, por medio del cadalso, a Beria, su rival en el usufructo del papel de amo de la URSS. Que el viejo jefe de policía secreta rusa ya había sido sentenciado a muerte desde el momento en que se extinguió la vida del sanguinario y astuto Stalin, no cabe la menor duda. Porque el actual sucesor tenía aparejados los recursos para hacerse del poder y listas las cartas del juego con las cuales haría salir de él y del mundo a Beria. Entonces comenzó ese capítulo que el mundo ha conocido a través del cable, del juego político de los dos, pero con todas las de perder para Beria. Venció el más intrigante y el más fuerte. Y un día, poco antes de Navidad, en momento adecuado para su fines, Malenkov anunció el procesamiento de su rival por entendimiento con los enemigos de Rusia y días después de un proceso forjado, la ejecución del mal amigo que aquí cabría decir mejor, del ambicioso émulo, acaso con mejores condiciones para suceder a Stalin, pero sin la fuerza suficiente que el clan de Malenkov para lograrlo. Como en la vida de las especies inferiores, la devoradora actitud del zarpazo alevé para deshacerse de sus rivales, brutal y drásticamente.

De nuevo, pues, mientras los días corren y la paz no surge en tanto aumentan los peligros de una tercera guerra, podemos sostener enfáticamente que en Rusia, o sea en la órbita del comunismo, en la nación de las "purgas" sólo impera el espíritu del mal. Contra él nosotros en Occidente queremos que se imponga el espíritu del bien. Pero para imponerlo no basta proclamar que sentimos la democracia, que amamos la democracia o que defendemos la democracia. Necesitamos organizar una fuerza poderosa que esté formada del poder material, del poder moral y del poder espiritual que resulten una trilogía en función redentora de las libertades que el hombre está en riesgo de perder para siempre. Y esa función, por desgracia, la vemos en nuestro propio bando interferida por usos y manejos que han recogido toda su inspiración en la táctica rusa. Los comunistoides y los prosélitos del comunismo rojo, proliferan en América y en otros continentes preparando su acción al uso de la quinta columna que felizmente no llegó a operar en América en la II Guerra porque los amigos de la democracia la denunciaron a tiempo; y ante esta aparición sombría que aún aparece defendida por gobernantes —caso de Guatemala— y por intelectuales en pose de revolucionarios, es preciso hablar claro y usar el escapelo como lo usa el médico en los momentos supremos de la enfermedad. Estamos acostumbrados a hablar de nuestra fe en la democracia, de nuestra devoción a las instituciones libres, de nuestra vocación por la libertad; pero a la hora de la hora, o sea en los instantes en que debemos probar este amor y esta fe, nos quedamos inactivos e indiferentes a la suerte que corran nuestros pueblos, paralogizados por prejuicios e ideas que están lejos de responder a la calidad del peligro y a los deberes que nos exige la responsabilidad histórica. Alguien señala que nada hay que prepare el camino de la decadencia con más eficacia que las continuas guerras. Que es lo que le habría pasado a España. Pero Argente ubica en el proceso económico español la causa de su decadencia. La holganza, las malas doctrinas económicas, las fallas gubernativas, la corrupción política, todo esto, achica, empequeñece, degenera a los pueblos. Las llagas sociales le quitan vigor a una raza. Y es preciso, a esta hora, declarar que América, que el mundo libre, necesitan crear vigor, crear vitalidad sobre la base intransferible de la virtud y de la moral ciudadana, para contrarrestar a los enemigos de nuestro sistema de vida. Pueblos corrompidos, viciados en el aprovechamiento fácil de los bienes, dedicados a "la briba y la gallofa", ¿cómo podrán nunca agitar el pendón de las reivindicaciones soberanas? Muchedumbres holgazanas, ineducadas, entregadas a una existencia animalizada, lejos de los bienes del espíritu, qué puede esperarles como suerte en esta tremenda resaca que constituye el mundo presente, en el que apesar de haber pasado físicamente la tragedia de la guerra, los resultados psicológicos, morales, económicos, políticos y de todo orden sacuden la conciencia universal?

Si no se quiere ver más el espectáculo regresivo y destructor de las guerras de conquista, hay que educar a las nuevas generaciones en el culto a la armonía, en el culto a la paz y en el respeto a los derechos y las libertades ganadas con grandes sacrificios en días memorables. Seguiremos bregando, batallando, luchando infatigablemente para infiltrar en la nueva humanidad, en la nueva americanidad, este concepto que consideramos esencial a la existencia civilizada de los pueblos.

III

LA PAZ QUE EL MUNDO NECESITA

Después de haber remontado el espacio, que nos ha hecho accesible sólo la paz humana, la paz constructiva de los hombres, en este siglo paradójicamente protector de los descubrimientos dedicados a hacer la felicidad universal, pero en desvío tortuoso a aplicarlos para la exterminación de la especie, una conclusión se perfila en medio de la luz de nuestro pensamiento predominantemente americano: hay que aclamar la pacificación mundial como inherente al destino de los pueblos en su marcha al porvenir. La paz se impone por la dolorosa experiencia ganada en dos catastróficas guerras. Estamos leyendo precisamente en momentos de dictar nuestros pensamientos: "Hoy día —a la luz de las estadísticas de los últimos cincuenta años— se llega a la conclusión de que la guerra no costea ya como medio de obtener mercados o tierras de materias primas. La guerra moderna es demasiado cara. Es "negocio" que no rinde ni aún para cubrir los gastos de inversión. Los capitalistas del mundo democrático encuentran que los impuestos nacionales les reducen al mínimo las ganancias de su producción, provisto que hubiera ganancias resultantes de algún conflicto guerrero. Lo que es más, ahora, en caso de guerra los gobiernos se apoderan de la economía y la dirigen con vista a la victoria, no por fomentar las utilidades de los grandes consorcios industriales. Además, los gobiernos dominan ya a la perfección el arte de la tributación. Las poblaciones aprenden a pagar impuestos sin rezongar, de una manera pacífica y respetuosa, como que los tributos se imponen como medida de guerra, cuando la patria y la cultura nacional y la cultura universal están en peligro, con "Aníbal a las puertas", cuando todo sacrificio resulta pequeño".

No en vano la paz ha sido motivo de exaltación por parte de los grandes del pensamiento y de la acción. Estadistas famosos, civilizadores, libertadores le han dedicado sus mejores elogios, sosteniendo que ella es decisiva a la marcha de la humanidad. Roosevelt, el gran americano y demócrata eminente, señalaba que esta guerra segunda se libraba para ver luego de transcurredo el conflicto la paz instalada sobre la tierra, como una liberación definitiva del maleficio bélico. Napoleón mismo con su paso redoblado por las rutas de Europa, convino en que la paz era mejor negocio para los pueblos y los hombres que la guerra. Porque a la sombra de ella se podía coexistir sin las duras privaciones, horrores y consecuencias de los choques que han asolado al planeta en nombre de señuelos efímeros, aunque por lo general la ambición desmedida de los conquistadores fué la que atizó los conflictos en el recorrido de la historia.

Siendo del todo evidente que sin paz las artes ni las ciencias ni las industrias nobles pueden prosperar; que sin paz nada puede ser construido para la recreación y el bienestar del ser humano; que el temor, el odio y la muerte se enseñorean de la tierra cada vez que se enciende la tea bélica, decretando luto y exterminio, cómo será posible que los hombres sensatos, que los hombres ecuanímenes favorezcan o consientan que la guerra debe mantenerse como un desiderátum cada vez que los pueblos no se entiendan por las buenas, jurídicamente. Los costosos, los terriblemente ruinosos presupuestos de guerra, las mortandades horribles, el luto y el dolor asoladores, ¿no son suficientes a la execración y a la repulsa y condena de la guerra como recurso decisivo de las divergencias humanas?

En su tiempo Rousseau decía que los que armaban las guerras para conquistar a otros pueblos tenían una semejanza indudable con los saltadores de caminos. El símil es exacto. Y las comprobaciones de la historia cuando los conquistadores entraron a saco en las ajenas patrias, se hicieron mayores con las dos últimas guerras que el mundo ha soportado. Los vaticinios de un nuevo cataclismo organizado para saquear el orbe, vale decir, para adueñarse de la vida y la hacienda ajena, con el nombre de *ismos* que ya denunciábamos más de una vez en su esencial función imperialista y sojuzgadora, vuelven a sembrar la

inquietud pública universal. Invocamos la paz, la queremos, la anhelamos como el estado natural del hombre libre y civilizado. Pero después de la Conferencia de Berlín que acaba de congregarse a los Cuatro Grandes (febrero de 1954), sería ceguera no columbrada en la distancia la polvareda trágica de los Cuatro Jinetes odiosos. La decepción que el mundo recibe de esta entrevista entre los representantes de Occidente y de Oriente, cae como un baño frío en el optimismo reinante, aunque esté claro que la opinión se muestra desde hace tiempo muy cautelosa con respecto a las reuniones de los poderes en cuyas manos está el destino del mundo, y cuyos intereses parecen hacerse más diametralmente opuestos cada vez.

Sin embargo, hay que trabajar por la paz, propagar sus beneficios, instar a los hombres de buena voluntad para que colaboren en la colosal empresa de evitar otra mortandad en el conocimiento de que estos desangres terribles, al fin y al cabo, lo único que logran es el estancamiento de la civilización y la desgracia colectiva. Es tremendo: la democracia que no busca la guerra, que es el régimen que proclama las libertades humanas como el estado normal en que genera el bienestar de cada colectividad y en el respeto a los derechos y tratados finca la comprensión internacional, tiene que vivir velando las armas para salvar a la humanidad de las acechanzas y acometidas del sistema que hoy representa el infernal poder esclavizador del comunismo rojo, heredero torvo y taimado de los ambiciosos generadores de las guerras últimas y sobre todo de la que organizó la complicidad nazi-fascista.

Las exhortaciones pacificadoras de un Tolstoy o de un Roosevelt, en cualquiera de los campos hoy en contraposición, es conveniente agitarlas como una bandera, como una ofrenda espiritual al entendimiento mundial, al arreglo de las cuestiones fundamentales entre dos ideologías dispares. Sí, hay que trabajar por la paz, predicar la paz hasta el último instante, para que llegue la hora de la salvación y no la del naufragio.

IV

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL VIAJE DE LA MISION EISENHOWER A LA AMERICA DEL SUR

Escrito nuestro libro al que sirve de apéndice este posterior enjuiciamiento de los sucesos ocurridos en la época en que se imprimía y mientras volábamos de nuevo a completar nuestra objetivación de la realidad en lejanas tierras un día no distante afligidas por los azares de la guerra, se realizó la visita en gira de buena voluntad del doctor Milton Eisenhower, hermano del General Presidente de los Estados Unidos, a los pueblos de la América del Sur.

Sobre este punto hemos escrito algo, páginas atrás. Ahora las completaremos con las sugerencias del alto enviado especial y las nuestras, como una contribución más al común entendimiento de los pueblos de América.

En primer lugar, el doctor Eisenhower ha hecho recomendaciones y ha aconsejado medidas, con toda discreción, que no hacen sino corroborar lo que desde el comienzo de nuestra campaña americanista señalamos como fundamental y primario en las relaciones de la gran república de habla inglesa y nosotros, los americanos de origen ibero. La misión Eisenhower, integrada por elementos de prestigio en el dominio de sus respectivas especialidades, auscultó la realidad de nuestros países hasta donde podía hacerlo en la duración de su viaje y en el acceso a las fuentes comprobatorias de lo que pasa en las naciones latinoamericanas. Después de todo, el gesto ha sido grato y lo es más porque cuando el doctor Eisenhower, que se desempeñó como un fino diplomático en su gira, rindió cuenta a su hermano el Presidente de los Estados Unidos, subrayó con frases y sentido de amistad y fraternidad la conveniencia de cooperar a la grandeza de las Américas por la ayuda común y a la defensa de la democracia mediante la comprensión de los agudos problemas económicos vigentes en los pueblos del continente. Fué veraz cuando dijo que incipientes industrias habían recibido un fuerte impulso desde los Estados Unidos, durante la guerra por lo que ello importaba para el triunfo de las armas aliadas, pero ahora sufrían las consecuencias de la política proteccionista norteamericana, de donde surgen, como es natural, justos resentimientos; y por último, la desconcertante actitud de olvido a

todos los esfuerzos hechos por nuestros países a la causa de la libertad en la última guerra, con adhesión y lealtad indiscutibles.

Tratar de la industrialización paulatina y técnicamente dirigida de los pueblos de América Latina no solamente para que tengan los recursos de qué vivir, exportando lo que les resulte excedente y manteniendo su tradicional comercio de determinados artículos vitales que siempre gozaron de la preferencia en los mercados de ultramar, para cuyo caso los Estados Unidos de Norteamérica tienen los elementos decisivos a fin de beneficiarse con sus inversiones y recoger los frutos de su aplicación técnica, ni es un problema intrincado ni se puede tomar como competencia para la grande y desarrollada industria estadounidense.

Múltiples, magníficos y prodigiosos son los recursos de América Latina y esto lo ha podido comprobar el doctor Milton Eisenhower durante su visita a nuestros países al sur del río Bravo. Y al aconsejar como lo ha hecho con sana intención y en vista de lo que ha comprobado, que los Estados Unidos deben usar una política realista y franca con Latinoamérica, para recoger de ella los beneficios de la buena vecindad provechosa, sin duda le ha hecho a su país un gran servicio. Sobre la marcha el Presidente Eisenhower recomendó al Congreso tomar nota del informe de la misión especial confiada a su hermano, deduciéndose seguidamente una serie de comentarios elogiosos en toda la prensa del hemisferio. Todos, por consenso unánime, han celebrado las conclusiones de la visita del alto comisionado norteamericano, proclamando que el panamericanismo práctico es el que da a la cooperación continental un cariz nuevo de verdadera unidad de acción y de comprensión de lo que hace falta para estrechar más las relaciones económicas entre los pueblos del Nuevo Mundo, capitaneados por la Gran República del Norte.

Sensiblemente, a poco de haberse producido el informe Eisenhower y de estar en marcha los lineamientos de una mejor política cooperacionista, vino hace poco la cuestión del café a crear nuevos resentimientos y diatribas en el mundo de la Unión que completan muchos millones de habitantes. Esta cuestión del café es otro de los casos en que se ha visto que hay materia inflamable en los nexos interamericanos cuando los ánimos no están todavía completamente entrenados para conocer en su fondo las cosas o cuando tratan de beneficiarse con las divergencias los políticos profesionales. De todos es sabido que el mayor consumidor de café del mundo es el país de Washington, y las dificultades para un abastecimiento normal, que hicieron subir notablemente el artículo, se han debido a bajas cosechas en el competidor campo de producción ya en auge de África, a que esas mismas bajas cosechas se produjeron en el Brasil a consecuencia de las plagas y sequías y a una serie de factores, aunque no vamos a ser tan ingenuos para excusar que la especulación en los mercados puede haber hecho un poco de lo suyo en este caso. Sin embargo, el público norteamericano, siguiendo el diapasón de los políticos que buscan estas oportunidades para destacarse en su plataforma le echaron la culpa de todo a los países latinoamericanos mayormente cafetaleros, desde el Brasil hasta Centroamérica y México, y señalaron, con acusaciones de estilo conocido, que el enemigo está acá, el enemigo de toda comprensión, de toda colaboración y de toda solidaridad para resolver las dificultades interamericanas. Ha habido necesidad de que el Brasil invite a altas personalidades concomitantes con la opinión yanqui, para que visiten el país y comprueben que efectivamente la crisis cafetalera se debe a circunstancias fortuitas y no a una especulación innominable de los productores. Pero aunque ya lo han dicho algunos exaltados sudamericanos, — porque cuando se caldean los ánimos se escuchan las verdades del barquero—, ¿qué poder en el mundo puede obligar a que el productor de un artículo no trate de obtener de él todo el provecho posible dentro del campo de la competencia del mercado mundial? Y si los Estados Unidos no producen café y el que consumen llega de Asia, de África y de América Latina, cómo pueden exigir que se les deba vender, después de haberse perdido muchas cosechas, a precios decepcionantes ni obligarles a que deban suplir cantidades del grano en tales o cuales condiciones, cuando ningún precedente dentro de la libertad de comercio y de industria hay a este respecto? Algo más, si entre los propios productores de café hay capitalistas yanquis, cómo agitar las campanadas del escándalo sobre especulación cuando esos mismos capitalistas tienen que saber a qué atenerse en cuanto a la situación derivada de las bajas cosechas de que ha surgido esta tormenta de las amas de casa estadounidenses?

El asunto del café, aunque no lo parezca, ha vuelto a traer a la esfera de las disertaciones el asunto de la cooperación interamericana, y no sería extraño que, a pocas semanas como estamos ya de la Décima Conferencia Interamericana a reunirse en Caracas, allí se toque, aunque sea de pasada, el tema de más alboroto en estos últimos días...

Lo que pasa con el café, con el azúcar y con otros productos de origen latinoamericano no lo comprenden bien en Estados Unidos y en otras partes por obvios motivos. Se habla mucho de estos problemas a lo lejos sin ahondar en ellos ni discriminar; no se va al fondo, por ejemplo, en lo que corresponde a la mano de obra escasa, a las leyes sociales que en nuestros países asumen proporciones serias, a las plagas, a las sequías, a tantos fenómenos que de repente se cruzan en la vida agraria y la hacen muy difícil, ni tampoco se mira a que América Latina va siendo desplazada porque África surge como una tierra de promisión para tantos productos que nosotros hemos vendido siempre en los mercados con la seguridad de que no íbamos a tener competidores para nosotros por así decirlo incompetibles. Fallan valiosos renglones de ingresos por decisiones que no está en nuestros países de su libre disposición remediar, y se escandalizan en los mercados tradicionales cuando el productor latinoamericano cree que puede obtener alguna ventaja mejor de su producción, como si no lo obtuvieran con creces los fabricantes y los suministradores de cuanto consumen los pueblos de Latinoamérica llegada la oportunidad, bajo el signo de la oferta y la demanda, es cierto, pero a sabiendas de que ellos no lo pueden producir y de todos modos tienen que comprarlo.

También pasa algo nuevo, aunque haya que hacer ciertas aclaraciones, con la democracia. Todo el mundo habla de ella, unos para defenderla, otros para atacarla, otros para sacar ventajas de las simulaciones en que se la envuelve. Pocos son los que profundizan en el tema y se ponen en el justo medio. Para llegar a América del Sur el doctor Eisenhower ha debido atenerse a las referencias de cuáles son países que profesan, sinceramente, la democracia, y cuáles no. Si usted le pregunta a un fascista si su vecino es un fiel demócrata, le dará una respuesta acomodada a su credo y a sus conveniencias. Si usted le pregunta a un demócrata, qué tal fascista es el de a lado, el interrogado hará lo propio. Y lo mismo harán tirios y troyanos en una hora como ésta de tremenda confusión en que nadie sabe a qué atenerse con respecto a la ideología de las gentes, salvo que se trate de sujetos conocidos por sus ideales, honestidad y civismo. Ya sabemos que el lector dirá que estamos oficiando de Pero Grullas a la carta, pero no hay otro modo de explicar que la balumba de confusionismo en América ha traído este no entenderse babilónico que hasta la misma prensa parece que se hubiera dedicado a cultivar con esmero digno de mejor causa este entrevero, o amasijo de acusaciones flotantes, de mentiras convencionales, de llamar comunistas a los desafectos a tal o cual régimen, (lo decimos en especial por el de Guatemala embarcado en una política que con sinceridad deseáramos ver orientada más cuerdateamente); de llamar demócratas a soberbios nazifascistas, de considerar magníficos oficiales de los ideales populares a totalitarios o falangistas de grados máximos, etc. En este revuelto mar de ambiciones y de apetitos, que ha roto los diques de la tradición democrática y no deja a flote nada más que el servilismo a muchos políticos en boyía, el doctor Eisenhower ha debido hilar fino para llegar con cautela, con acierto y efectivo interés americanista a las conclusiones de su informe ponderado. Ahora, que como en todas partes se cuecen habas, y en los Estados Unidos se asiste —aunque mirando siempre con algún respeto hacia la gran masa ciudadana que tiene libre su criterio y su discriminación no es aventurada en lo que verdaderamente le interesa,— a una ola también de politiquería como si dijéramos aprendida de nuestros maestros en rabulería de la índole, hay que dejar constancia de las reservas con que allá se ha mirado en ciertos cenáculos el informe Eisenhower, franco y explícito en lo que los americanos del centro y del sur desean y esperan de sus relaciones con los del norte.

Convenzámonos de una vez y rompamos, como decía el maestro González Prada, el pacto de hablar a media voz: hay que declarar ante la faz de América que la soberanía popular sigue mandando en nuestros pueblos; que la democracia pasará en algunas partes por eclipses pasajeros, pero no ha muerto como aspiración ciudadana irrefutable e inalienable, porque la respaldan todos los hombres que aman la libertad, y esos hombres forman el mayor porcentaje de las colectividades americanas, donde no se ama aquella porque sepan que la han heredado de los heroicos días de la Independencia, sino porque la vocación americana es antiesclavista, antitiránica y antiimperialista. No habrían surgido Bolívar, San Martín, Washington, Lincoln, Martí y tantos grandes espíritus cimeros, en este continente para hacer de él una cáfila de subhombres. Y aunque esto tenga poco que ver con la jira del doctor Eisenhower, por lo menos quedará como una constancia de que lo que vió en América Latina en su recorrido confirma que habrá situaciones a veces desconcertantes, pero no rebajados esperando que surjan gañanes de tipo hitleriano o malenkovista para conducirlos... Si corren peligro un día sus instituciones libres, sus derechos y patrias, volverán como en los azarosos días del siglo XVIII y XIX a luchar todos juntos por reivindicar-

las. Cuando escribimos estas líneas se trasmite: "Surge la creencia de que los Estados Unidos tratan ya de revitalizar el sistema interamericano a fin de alejar a los que alientan simpatías comunistas de sus propósitos antiamericanos y de crear una "atmósfera" continental que atraiga la expansión de las inversiones privadas con fines de desarrollo". "Los peritos internacionales —se juzga— señalan que gran parte de la presente nerviosidad en las relaciones interamericanas se debe a la agitación sobre cosas que podrían acontecer, pero que no han ocurrido y probablemente jamás se registren".

Una de las condiciones esenciales que reconocemos a nuestra larga y grata campaña americanista, creemos que estriba en que avizoramos en el horizonte, a medida que llegaban los años malos de la postguerra, todas las dificultades que iban a presentarse para que la solidaridad continental continuara su marcha armoniosa, firme y consiguiente con los ideales democráticos. No en vano la experiencia de otros días y la visión de los acontecimientos así como el contacto que hicimos en nuestros viajes con la realidad de otros pueblos, nos sirvió de espejo para mirar en él todo lo que posibilitaba una era dura, de tremendo esfuerzo en medio de la avalancha de apetitos, de desbarajuste social y político que ha venido presentándonos el cuadro de una América completamente desunida. Y como por desgracia la gran nación del Norte también ha sido tocada por este flujo maligno, en la transición política de demócratas y republicanos, se ha encontrado la base de una grave tensión que más ha servido para perjudicar las relaciones interamericanas, que para traerles algún beneficio. Por lo demás, sabido es que salvo una que otra excepción los republicanos siempre miraron al mundo parlante hispanoamericano con evidente despreocupación desde el punto de vista del acercamiento cordial y de buena vecindad. Y si no, basta recordar que quien quitó de en medio en momentos críticos el desafecto contra Estados Unidos, que iba cobrando volumen en América Latina, fué el siempre recordado presidente demócrata Roosevelt, consciente de la realidad que el mundo estaba viviendo en los álgidos días en que asumió por primera vez el poder.

Si la administración Eisenhower, teniendo en cuenta el informe presentado por el hermano del mandatario y las cuestiones fundamentales que al presente aparecen guiando los problemas de la comunidad continental, quiere organizar una evolución amistosa y firme en las relaciones interamericanas, como lo anuncia el cable, nunca se arrepentirá de haber dado este paso porque es con la unidad de América, con su solidaridad y la mutua comprensión de los intereses de sus pueblos todos, que el bienestar se ha de abrir franco paso, creando vinculaciones recíprocas de tal orden y proyecciones que no sea una simple frase decir que los americanos han llegado a la edad madura de comprender que su destino se encuentra ya descubierto por ellos mismos y que son los celosos guardianes de su porvenir, que es el porvenir de la democracia, de la humanidad libre y de las generaciones que irán llegando para continuar el proceso histórico de que debemos ser promotores sinceros y esforzados en nuestra época.

V

LA TREGUA EN COREA Y LOS NUEVOS DESACUERDOS

Como estaba previsto, nuestra inclusión del tema de Corea en esta parte complementaria del libro, obedece al hecho de la referencia personal de la jira que en otra parte hemos descrito, y a la constatación que cualquier lector haya hecho de que la paz no ha podido ser concertada —ni podrá serlo— en este lado de Asia donde la guerra indeclarada ha dejado muchas víctimas y muchas amargas experiencias. Es cierto que la tregua se mantiene y que después de concertada han ocurrido los hechos más singulares y pintorescos con respecto a la reunión que ha tratado hasta ahora en vano de llegar a un convenio pacificador definitivo. Las diferencias en este punto son saltantes y se puede decir con énfasis que en Corea como en Berlín, los occidentales nunca llegarán a ponerse de común acuerdo porque China comunista se interpone como es lógico en todo lo que se haga, y tras de China, o sea de Mao-Tse-Tung, se encuentra Rusia Soviética. De tal manera que días van y días vienen hasta ahora — y ya han pasado meses y no se ha puesto ni siquiera los primeros cimientos de un pacto que sea la final solución del impasse y el asomo de la paz anhelada en el extremo oriente.

El desconsolador panorama que presenta este frente de lucha —pues no se le puede llamar todavía frente de paz,— sirve de aviso hasta a los más recalcitrantes partidarios de

una cooperación pacificadora mundial. Las mil incidencias ocurridas, hasta el extremo de volver a poner en peligro el armisticio, ya que no hay modo de entenderse entre los negociadores, dejan bien a la vista que no habrá paz en Asia si no quieren que la haya los chinos comunistas que agitan a Corea del Norte. Y no es tampoco poca cosa ya la guerra también sin declarar en Indochina, que es otro frente abierto contra el poder occidental.

Ni la reunión de las Bermudas, pese al optimista interés de Mr. Churchill, ni la de los Cuatro Grandes de Berlín, han podido sacar de su empecinamiento a los hombres de la Rusia Soviética, que son los que manejan los hilos para este *impasse* de la política internacional relacionada con la paz. En una larga serie de evasivas, de esguinces, de disculpas y de pretextos para ganar tiempo o para dejar las cosas insolubles los rusos donde quiera que actúan, en representación del Kremlin, han hecho de este lapso de la realidad mundial, algo tan turbio y tan incomprensible que, estando a mediados de febrero, bien se ve que el fracaso de la conferencia de Berlín no tomará a nadie de sorpresa, cuando se anuncie que Molotov, cuyo vivo interés consiste en incluir a China Roja en la órbita de las Naciones Unidas y de las deliberaciones pro-paz, no dió nunca una respuesta afirmativa a los líderes de Occidente en los planes de liberar al orbe de la pesadilla de otra guerra. Porque todo el esfuerzo de este hombre plasmado en la vieja y pérfida escuela política de Stalin, no tiene otra mira que salvar la valla de Rusia contra todo riesgo, como lo hacen los futbolistas en los campos del deporte. De donde se infiere nítidamente que la guerra podrá ser aplazada, por esos procedimientos diplomáticos dilatorios, pero no se la evitará. El día tremendo, más temprano o más tarde, ha de venir. No hay ni puede haber arreglo ni entendimiento entre dos adversarios, uno de los cuales tiene por meta sojuzgar al mundo bajo la amenaza de la esclavitud total. Rusia no cederá jamás en su ambición funesta y sus falsos alardes pacifistas entran en los dominios de la farsa y de la simulación. Bien saben a qué atenerse los propios rusos sometidos a un férreo régimen que considera como divinidad al Estado y ha hecho tabla rasa de todas las prerrogativas individuales y de los derechos del hombre libre.

Un sistema de seguridad mundial redactado por el Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, Molotov, como él lo promete, sería el desastre mayor que pudiera ocurrirle al género humano, porque no se necesita de mucho esfuerzo para comprender cuál es la táctica comunista en todos los aspectos de las relaciones internacionales. ¿No dice Boizard que "bajo la vida práctica del comunismo hay muchas torturas cotidianas imposibles de imaginar, pero una quizás mayor que todas, la atmósfera de vigilancia, de inquisición, de análisis privado a que se ve sometido cada cual en la lucha constante por descubrir a los enemigos de clase"?. Bajo esta existencia de inquisición, qué puede esperar el mundo libre de la cooperación rusa a ordenar un mundo del que quieren ser los comunistas amos absolutos?

Desvanecidas en la conferencia de Berlín las esperanzas de unificación de Alemania, por la empecinada actitud de Molotov, dirigido desde Moscú, no deja su resultado muchos alientos a los pacificadores y a los que se interesan por evitar que siga creciendo la inquietud mundial ante las perspectivas de graves sucesos derivables del mantenimiento a que han llegado los Cuatro Grandes.

Pero es fácil concebir la situación en estos momentos, señalando las informaciones divulgadas sobre el poder de Rusia y sus satélites. Benjamín West ha dicho en la prensa norteamericana, desde Europa, que las fuerzas armadas de los países satélites de la Europa Oriental son hoy más poderosas y sus efectivos mayores en un 30 por ciento que hace dos años. De las 175 divisiones de que constan los efectivos militares de la Unión Soviética, 22 de ellas se hallan en la Alemania Oriental, sector que a su vez está formado de su propio ejército, marina y fuerza aérea. En la Alemania Oriental, la Europa Oriental y la Unión Soviética hay alrededor de seis millones de hombres sobre las armas y, por otra parte, la URSS y cada uno de sus satélites sostienen cuerpos de policía militarizada que cuentan con más de dos millones de hombres. Y en esta impresionante cifra de fuerzas antidemocráticas no se cuenta los cinco millones de hombres de que puede disponer en cualquier momento para llevarlos a la guerra, la China comunista.

Véase pues cómo la ansiada paz a base, entre otros motivos, de la unificación de Alemania, se encuentra con una montaña de erizados fusiles mirando a Occidente, y sosteniendo esa actitud la tozuda pero meditada actitud de la diplomacia soviética que consiste en embromar hasta donde sea posible hasta que, armados hasta los dientes y ya sin otro camino que la rotura de los fuegos, la guerra decida la suerte del mundo de mañana.

Que ese día esté muy lejos es el voto que en forma de imprecación hacemos los sinceros pacifistas, los que amamos la paz constructiva del trabajo, del entendimiento humano sincero y noble, de la efectividad de acuerdos y tratados que admitan que los hombres pueden entenderse aún en los momentos más álgidos y duros. Nuestra apelación a la paz no es una llamada al azar ni para atraer a los que no quieren luchar por la defensa de los ideales supremos, de las libertades conquistadas con heroicidad épica. No es un llamamiento instintivo por asegurar la vida ante el peligro de perderla. No es tampoco un afanoso interés por la conservación de un orden cuyos defectos —reparables— ya hemos puntualizado en nuestros libros con abierta franqueza. Lo que nos trae aquí a sugerir que los hados iluminen a los conductores del mundo actual, es que las guerras al fin y al cabo no resuelven para nadie los problemas vitales y hasta la misma Rusia roja, con todas sus maniobras y trapacerías, en el fondo tiene que comprender que se podría vivir en armonía en el planeta, si es que los esclavizadores del siglo XX instalados en el Kremlin no fueran los satánicos ambiciosos herederos del virus venenoso y antihumano del totalitarismo nazifascista. El pueblo ruso subyugado por esta cohorte de insanos, en lo íntimo de su espíritu abominará del régimen de las purgas; mas el aparato policiaco del Soviet es demasiado poderoso para ajustar donde deba ajustarse, a fin de que los hombres marchen a la guerra con un fusil siempre apuntando detrás al que intente evadirse de las filas.

Por cierto, si Rusia comunista no desea que la guerra tercera le salga terriblemente adversa, tiene los medios también y los utiliza buscando ganarla con la entrega de los países de Occidente operada mediante la traición de sus sectarios. Este es el otro frente que trabaja con desvelo para destruir la moral democrática, los sentimientos patrióticos, los fueros de la nacionalidad. Esta labor de zapa, de socavación, para hacer por todo el mundo el ambiente a la traición y obtener que los pueblos se entreguen al comunismo, ya sea empujados por sus gobernantes pro-rojos o por los prosélitos que se encuentran entre los que tienen baja su moral cívica y su fe en el destino del hombre libre, la sostiene el oro ruso que corre por los canales subterráneos de su espionaje *ad hoc*.

Consideramos que es una verdadera contrariedad para los que aman la paz y la solidaridad humana, que también en Berlín como antes en las Bermudas, nada práctico y alentador de optimismo verdadero haya salido en los diálogos intercambiados por las delegaciones que retornan a sus lares lo mismo que si no se hubieran movido de ellos. Y es que ningún acuerdo puede prosperar donde no prospera la sinceridad y donde hay quien juega con cartas falsas en la mesa de la diplomacia mundial.

VI

UN DISCURSO HISTORICO; EL DEL PRESIDENTE EISENHOWER EN LAS NACIONES UNIDAS

El día 8 de diciembre de 1953 el mandatario de los Estados Unidos, General Eisenhower, concurrió a la Asamblea de las Naciones Unidas para proponer el control de la energía atómica. Su discurso debemos considerarlo de alcances históricos. Porque nunca antes ningún Presidente como es obvio trató de estas cosas nuevas en el rumbo de la humanidad y, además, lo que el gobernante de la nación más poderosa del planeta dijo puede considerarse revolucionario, empleando la palabra en el término que le asigna otra significación al tema de tremendos alcances en los rumbos del futuro internacional: nueva forma de destruir con armas insólitas.

Habló el General Eisenhower de la conferencia de las Bermudas, que como es sabido sólo fué de los aliados occidentales. Y entrando al meollo de la situación después de esa conferencia, dijo: "Me veo obligado a hablar hoy en un lenguaje que es nuevo, un lenguaje que yo, que he pasado tanto de mi vida en la profesión militar, preferiría no haberlo usado nunca. Ese nuevo lenguaje es el de la guerra atómica". A continuación expuso, con elocuente sinceridad, que desde el histórico día en que por primera vez los Estados Unidos hicieron explotar la primera bomba atómica —16 de julio de 1945—, ese país ha realizado 42 explosiones de prueba y las bombas que existen en el arsenal de hoy de la Unión son 25 veces más poderosas que las que hicieron explosión al iniciarse la era atómica, al paso que cada una de las bombas de hidrógeno tiene un poder explosivo igual al de millones de toneladas de dinamita explotadas simultáneamente. Lo que, dicho en otros términos, equivale a un poder explo-

sivo mayor que el del total de todas las bombas y todos los disparos de cañón y de aeroplano, que fueron lanzados durante todo el tiempo que duró la II Guerra.

Declaró el General Eisenhower que el secreto de la bomba atómica lo comparten amigos y aliados, tales son la Gran Bretaña y el Canadá, pero que la Unión Soviética también lo conoce. Quiere decir que si en un principio fué una especie de monopolio, ahora ha dejado de serlo. De aquí surgen dos realidades: la primera, que el secreto de cuatro naciones, pasará con el tiempo a ser compartido con otras. Y la segunda, que una enorme superioridad en cuanto al número de armas y la emulación devastadora, pueden llevar a un estrago material y humano del que jamás se arrepentirían bastante sus generadores.

Hizo pensar el Presidente Eisenhower que si por ejemplo alguna nación agresora se propusiere y lo hiciera, de emprender un ataque atómico contra los Estados Unidos, la capacidad represora de ese ataque por parte de la Unión sería tal que el país osado a dar tal paso, quedaría en ruinas instantáneamente, sin dejar de advertir que el ataque del agresor ya le costaría muchas más pérdidas en tierra americana de lo presumible.

Considerando, con meditada calma y elevado juicio, el mandatario yanqui las terroríficas expectativas de la guerra atómica, aconsejó en su discurso agotar los medios para llevar los propósitos de paz hasta donde sea posible, aunque los sacrificios sean ingentes. "Pero que nadie crea que el gasto de enormes sumas para armas y sistemas de defensa es suficiente para garantizar la seguridad absoluta de las ciudades y habitantes de ninguna nación!"

Habló el General Eisenhower de la sugerencia nacida en la Asamblea de las NN. UU. en noviembre para crear un subcomité, de la comisión de desarme, a fin de llevar a cabo conversaciones privadas con las potencias principalmente interesadas, de tal manera que el control de la energía nuclear sirva para lo constructiva y no para fines de guerra. Instó a que ese paso todavía está por darse y conviene que se dé. "El objetivo de los Estados Unidos irá más allá de la simple reducción o eliminación de los materiales atómicos que sirven para fines militares. No es suficiente sólo el quitarle de las manos esta arma a los soldados. Debe ponerse en manos de aquellos que sabrán transformarla en instrumentos valiosos para las artes pacíficas".

Las proposiciones hechas para controlar adecuadamente por medio de una agencia internacional la energía atómica, en el discurso presidencial, bajo la promesa de que Estados Unidos cooperarán decididamente al éxito de ese control para fines pacíficos, hay que considerarlas a tono con las prendas morales y democráticas de su autor. La prensa del mundo libre ha comentado con gran interés tan humana propuesta. Falta saber hasta dónde el poder opuesto a la democracia occidental, apesar de la invitación sagaz y franca del Jefe del Estado norteamericano quiere tomar en seria consideración esta nueva oferta de la democracia, salida de la autorizada palabra del General Eisenhower. ¿Pero no se ve que, en paralelo absurdo con estas espontáneas pruebas de pacifismo, Rusia, estudiantemente "pacifista" y afanosa de cooperación en Berlín, lanzando un nuevo desafío a Occidente, está enviando técnicos y gran cantidad de material de guerra para aplastar a Francia en Indochina, donde la ofensiva comunista es un nuevo frente abierto al estilo del de Corea? ¿Y qué decir de la artillería atómica que ya tiene el ejército soviético y de los cañones de distintos calibres con que hizo días pasados maniobras y experimentos públicos en Moscú?

Habrá que esperar al desarrollo de nuevos acontecimientos y reuniones posteriores para ver si los hombres del Kremlin toman su camino de Damasco; si regresan al encuentro de la realidad y ayudan a resolver los problemas del mundo atormentado por el volumen de ellos y por la inquietud resultante del temor a otra guerra, cosa que a manera de milagro podría ser la salvación de nuestra era atómica. Esperemos.

Y AHORA, NUESTRO PLAN DE ACCION

Después de todo lo que llevamos escrito y hecho del conocimiento de América, al través de una bibliografía que ha llegado a todos nuestros amigos, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, a los demócratas de corazón y a todos los que no han perdido la fe en las secretas fuentes de la redención humana por obra del espíritu, no nos queda sino concretar nuestro esfuerzo en la práctica, en la empresa realista de cuanto llevamos formulado. Con esto no queremos decir que las enormes dificultades por las cuales pasa el mundo actual dependen de una voz cabalística que como la del "¡sésamo, ábrete!", de repente nos ponga ante la

maravillosa concreción de nuestras esperanzas y de nuestros optimistas pensamientos y juicios. Nada de esto puede considerarse hacedero al instante, después de cuanto hemos dicho acerca de todos los tropiezos, desorden, confusión y desajuste provenientes de dos guerras terribles. Nosotros mismos, poniendo el dedo en la llaga y señalando punto por punto las flaquezas de nuestro régimen democrático y los puntos débiles de nuestra dispareja y accidentada vida social y política en las Américas, hemos puesto en alerta a los pueblos y a sus ciudadanos tratando de que no se dejen llevar del sirenismo estridente que vocea su mercancía oportunista y versátil por los caminos de nuestras repúblicas, ni de la ciega confianza en el destino, porque nada en lo que el hombre no ponga de su parte altas y fecundas cualidades y virtudes, puede ser llevado a la meta de la grandeza humana que necesita constructores firmes, tenaces y sinceros, y no falsos apóstoles, bárbaros iconoclastas y enemigos natos de cuanto sabe a libertad y dignidad en este mundo al que vivimos ligados por ancestrales lazos atávicos y en el que nuestra existencia necesita respirar aires oxigenados moral, espiritual y materialmente. Con estas frases, llanas, sencillas y claras queremos pues llevar a la conciencia y al discernimiento de nuestros amigos y de todos los simpatizantes con nuestra cruzada, la necesidad de convertir en hechos las admoniciones y en realidad la profesión de fe democrática que nos han legado nuestros libertadores.

Tomando ejemplo de hombres que han luchado siempre con honradez y constancia, por la democracia, tal el doctor Eduardo Santos, exmandatario colombiano, de ajustados principios austeros, he aquí, en cuanto a la inminente X Conferencia de Caracas, lo que señala como directiva —coincidente en todo con nuestro credo—, que debe haber causado impresión en el continente:

"Hemos creído siempre —expresa— que la amistad y la cooperación entre las naciones latinoamericanas, y los Estados Unidos, es un imperativo de la geografía y de la historia. Todo tiende a unir a las repúblicas americanas, grandes o pequeñas, y cuanto las separe o enfrente es locura, incomprensión o culpable egoísmo. Los lazos morales que unen a la democracia del Norte, la de los Jefferson y Lincoln, con nuestras incipientes democracias ibéricas, son infinitos. Las muchas ventajas que para todos traería una franca e intensa colaboración, saltan a la vista. Todo aconseja eliminar las dificultades que estorban o cierran el camino para la realización de los fines que la naturaleza de las cosas indica". "Uno de los problemas —dice en seguida— esenciales que las Américas tienen que resolver es el de su lucha contra el comunismo. La abrumadora mayoría de los americanos es anticomunista, por convicción y por idiosincracia. Las fórmulas comunistas son contrarias a lo que somos y a lo que queremos y debemos ser. Son la antítesis de los ideales americanos; constituyen una amenaza para el porvenir de estos pueblos, que deben ser libres".

En otra parte expone con claridad: "El envilecimiento de los precios — se refiere a nuestros productos de exportación—, representa para la América Latina no sólo pobreza y atraso sino hambre y cólera. Hay que apreciar en su inmenso valor el hecho de que el standard de vida de todos los países de la América Latina es tan bajo que permite esos precios de sus productos que tanto exasperan a algunos escritores y senadores de los Estados Unidos. Si tuvieran nuestros labriegos y nuestros obreros el nivel de vida de los labriegos y obreros de Pensylvania, de Massachusetts, o de Illinois, fácilmente se triplicaría el precio de nuestros productos de exportación. Y francamente, aspirar a aquel standard no constituye ni abuso, ni injusticia, ni irrespeto".

Estos conceptos, como se verá, tratan en su mayor parte de la necesidad de una cooperación económica que nosotros tenemos planteada desde hace muchos lustros, desde que iniciamos nuestra campaña por un entendimiento recíproco entre la América anglosajona y la América Latina, hasta entonces incomprendidas y aisladas por la escasa visión de muchos de sus políticos. Hoy, claro está, se piensa ya de muy distinto modo, como se deduce del juicio de un hombre que ha practicado y practica la democracia, el doctor Santos. Pero veamos también, en el mismo lado, lo que dice el doctor Raúl Prebisch, Director principal a cargo de la Secretaría Ejecutiva de la Comisión Económica para la América Latina, en una exposición que lleva fecha 8 de febrero último:

"Están ocurriendo en la América Latina fenómenos que merecen profunda atención. La necesidad de acelerar el ritmo de crecimiento económico para mejorar el nivel de vida de las masas ha adquirido la fuerza de un axioma; trasciende en las declaraciones de los go-

biernos y en los debates y resoluciones de los organismos internacionales. Sin embargo, si nos atenemos a los hechos tal y como se presentan ahora, no se observa síntomas de que ese designio pueda cumplirse en tiempos cercanos si el desarrollo económico se deja librado al curso espontáneo de las fuerzas de la economía. La aceleración del ritmo de crecimiento tiene que ser objeto de medidas deliberadas, en las cuales confluyan decisiones nacionales y actos de cooperación internacional para sobrepujar el crecimiento resultante de esas fuerzas de espontánea actuación".

¿Advertirán esto en Caracas, durante la X Conferencia? Sin embargo, en nuestro plan de acción lo señalamos como de una imperiosa necesidad, después de haber compulsado los puntos débiles de la solidaridad continental en coincidencia con el cierto resfrío de las mutuas relaciones entre ambas Américas a causa de los disentimientos que han puesto en receso, al menos a juzgar por diversos síntomas, la buena vecindad proclamada y ejercitada con tanta visión como espíritu fraternizante por el ilustre presidente Roosevelt, de tan gratos recuerdos para los demócratas de América y del mundo.

"Le Monde", órgano influyente de Francia, dijo hablando de la política económica estadounidense en América Latina, hace unas semanas: "La última guerra ha acentuado la dependencia —que muchas naciones consideran demasiado exclusiva— de los Estados Unidos. De acuerdo con no pocos gobiernos latinoamericanos, los "businessman" norteamericanos han cometido un error esencial: El de preocuparse más por la explotación inmediata de las fantásticas riquezas del continente suramericano que de su armonioso desarrollo económico". Y agrega el mismo órgano que "Europa podría no sólo aportar sus recursos culturales, sino al propio tiempo una ayuda económica racional para fomentar la industrialización de los países de la América Latina. Falta saber ahora qué nación de Europa acudirá primero a realizar las aspiraciones de esos países".

Nuestro plan de acción no puede evadir la realidad continental. Un destino común nos liga a todos los americanos para buscar la grandeza en nuestros propios horizontes. La gran nación del norte con sus ingentes recursos y técnica —lo hemos repetido cien veces— tiene que contribuir a ello por un determinismo geográfico y sin desconocer que América Latina no tiene fronteras para el capital extranjero que venga a desarrollar sus industrias y a recoger los frutos del trabajo y del dinero aporten los hombres de buena voluntad, creemos que hay que seguir proclamando la gran necesidad de situar en la colaboración económica ampliamente justificada y aplicada con criterio mericano, la unidad hemisférica. En consecuencia, creemos estar en lo justo reafirmando que la economía continental es el tema número 1, dentro de nuestra política de solidaridad, y que basando en él el arreglo de los demás problemas, llegará a soluciones armoniosas, inclusive en el orden político-social que agudiza frecuentemente el malestar en que se debaten los países latinoamericanos que por sí mismos no pueden acudir a su engrandecimiento, carentes de los recursos financieros, de amplios mercados propios y de otros medios como los de su industrialización adecuada que les facilitarían bastarse a sí mismos.

Y es muy cierto lo que dice otro periódico al momento de acuparse de la X Conferencia Interamericana de Caracas, que allí hay que llegar a soluciones claras, precisas y eficaces, porque no se puede esperar a que transcurran cinco años para la celebración de estas asambleas a fin de resolver los galopantes problemas que conciernen a la realidad del continente.

Un plan de acción en el que no entren los intercambios culturales, del turismo, de la educación para sistematizarla conforme a nuestra común historia, a nuestro común destino, no estaría nunca completo, como no lo estará si se le niega la cooperación de la prensa verdaderamente democrática, a la creación de las Casas de América, a las jiras de los hombres de auténtica prestancia intelectual y científica, de nuestro hemisferio; de tal manera que nosotros consideramos que hay que entrar ya a lo ejecutivo en este campo de acción, pasando a hacer de las realizaciones el mejor argumento de la unidad interamericana, con reflejos por supuesto decisivos en el orden de la cooperación mundial para ese futuro mejor de que tanto se ha hablado, pero al que no se han llevado los elementos de construcción necesarios.

Las misiones culturales deben salir ya de las esferas exclusivamente oficialistas, para abarcar con su eficacia las instituciones, capaces de discriminar sobre el carácter de ellas, sus componentes y sus resultados. Con informes exigibles, al vencimiento de cada itinerario, los beneficios se podrán catalogar mejor. ¿Por qué no someter a una planificación meditada el conocimiento de los americanos, retirando de la circulación métodos negativos que nada construyen ni rinden dentro de la gran cruzada por la grandeza de América librada al azar y al favoritismo político hasta ahora?

Inculcar los ideales bolivarianos; los ejemplos de los próceres norteamericanos y del resto del continente, actualizando su influencia en la mentalidad americana, es otro punto capital para nuestro plan de acción, al que invitamos a seguir a todos nuestros amigos de América, a todos los simpatizantes de la democracia y de la grandeza de los países que configuran el mapa del continente. Tenemos que concederle a América, aún dentro de los libros de enseñanza, más importancia, más sitio como fuente de ancha cultura, como tierra del porvenir, mantenedora de la libertad y de la soberanía individual y colectiva. A fin de que haya una América para la Humanidad, como rezaba el credo del argentino Saenz Peña, hay que hacer primero que esta gran parte del mundo habitado, pródiga en riqueza y en espiritualidad, elimine las taras que le estorban el paso y señale con la sedimentación de su cultura la llegada de una nueva era mundial.

Abanderados de una América Libre y grande, considerémosla liberada también de los golpes de estado banderizos y de los funestos y trágicos odios internos, que les quitan personalidad a las naciones y creando desasosiego y atraso, obedecen al concepto bárbaro de que la fuerza prime sobre el derecho y sobre la justicia. La decisión revolucionaria que no se empeñe por el triunfo o la victoria de un ideal, sino por el apetito de una ambición personalista o de grupo, debe pasar a la historia de la adolescencia de América como entidad jurídicamente levantada para cumplir un destino altamente concebido dentro de la evolución de la humanidad. Y para obtenerlo hay que instruir a nuestros pueblos.

Está dentro de nuestro plan de acción, por tratarse de un asunto que tendrá que obtener al fin y al cabo el consenso americano, la cancelación del colonialismo en América, mediante acuerdos razonables con las metrópolis. Sean cuales fueren los rezagos de este colonialismo, porque no nos interesa señalar a determinados países que los mantienen y que para nosotros, por otra parte, merecen, por su aporte civilizador, la consideración y el respeto que han sabido granjearse. Los sucesos de la Guayana Británica dejaron traslucir, hace algunos meses, lo que puede aprovechar el comunismo también de esta situación de algunos grupos de América que debe ser eliminada. Porque consecuentemente con la emancipación americana, debió borrarse del hemisferio toda huella de dominio ultramarino. Por desgracia, no ha sucedido así y hoy se levantan voces auténticamente progresistas en este sentido, pidiendo que se haga desaparecer toda huella de soberanía extracontinental sobre territorios, por pequeños que sean, ubicados en la misma superficie geográfica en que flamean las 21 banderas libres de América.

Los espíritus democráticos no podrán menos que perseverar en la acción dirigida a que desaparezcan, definitivamente, todos los restos de un poder colonial que en nada se aviene con la dignidad y la igualdad soberana de las naciones del Nuevo Mundo, donde las colonias existentes son lunares que contradicen los postulados de la libertad continental.

La creación de un organismo más avanzado que lo que hasta hoy tenemos en América para cautelar los intereses de la democracia y señalar cuando la abandona la ciudadanía y se desvíen los dirigentes de pueblos, en el cumplimiento de los mandatos de la soberanía popular, que rigen el equilibrio americano, no puede estar ausente de nuestro plan de acción.

No hablaremos de un organismo más, ni de un cuerpo burocrático que llene funciones evasivas o se torne indiferente ante la gravedad de los problemas, como en la fábula del león que hacíase sordo a los ruegos de los débiles y transigía con las posturas de los fuertes, sino que propugnamos el estudio sereno y no a indeterminado plazo para la formación de un consejo interamericano que integrado por hombres doctos, insospechables en su ideología y capaces, sean el supremo tribunal de apelación cada vez que peligren las instituciones y la doctrina, declarando el estado de peligro para que los pueblos del continente se unan al común esfuerzo en defensa de sus tradiciones, derechos y libertades. Un consejo, en fin, que por su procerato, recibiera la veneración si se quiere de los americanos, porque los hombres que lo conformaren les hablasen con el espíritu y el corazón, en una paternalicia empresa que velara por la integridad moral, espiritual, geográfica y política de la familia interamericana.

Y al hablar, como lo hemos hecho siempre, con libérrimo concepto americano, de los grandes y graves problemas del continente y del mundo, recordando una vez más que muchos de nuestros vaticinios se han cumplido, no dejaremos de señalar que es parte del programa o plan de acción que hemos enmarcado en nuestra cruzada, la creación de un Tribunal Mundial de la Paz, preconizado en este libro, que es final apelación a formar el frente común del mundo libre. Un Tribunal, como ha quedado esbozado ya, para preservar la existencia dignificada y fecunda para el bien de la humanidad, alejando de su camino la guerra como sombrío recurso devastador. Un tribunal que recogiera, por ejemplo, este dechado de conducta de los guías de pueblos democráticos, suscrito un día histórico por Jorge Washington: "Observad buena fe y justicia para todas las naciones; conservad con todos la paz y la armonía.

En la ejecución de este plan nada es más esencial que excluir las antipatías permanentes e inveteradas hacia unas naciones y la apasionada adhesión a otras. La nación que concibe por otra un odio habitual o un habitual sometimiento, se convierte en esclava suya en cierto grado. La armonía y el liberal intercambio con todas las naciones son recomendables por política, por humanidad y por interés".

El aprovechamiento de estos sabios consejos de un hombre que actuó dentro de la pureza de sus principios dedicado toda su vida a la grandeza de su patria, ha hecho la pujanza de los Estados Unidos. Por tanto, ahora que el odio se torna, de nuevo, hábito y las fuerzas del mal amagan los senderos del mundo para esclavizar al hombre, la creación de un organismo dedicado a cautelar la paz manteniendo la unidad de los ideales por la persuasión demostrativa de lo que ellos valen, en aras de las libertades, la armonía y la seguridad universales, lo creemos inevitable y, desde luego, decisivo a la estructuración de un mundo mejor.

Un plan de acción para que la democracia llegue a cumplir sus postulados; para que el hombre pueda vivir libre del temor y de la necesidad; para desterrar la guerra como arma de conquista y de intimidación; para posibilitar las fuentes de trabajo y de progreso de todos los pueblos mediante la cooperación técnica y los capitales; para defender la cultura y la civilización educando a las masas; para hacer, en fin, habitable el planeta liberándolo de las plagas que moral y materialmente han venido a perturbar el ascenso espiritual de la especie, lo sometemos a la consideración y a la ejecución de todos los demócratas convencidos que forman legiones todavía, seguros de que la acción logrará convertir nuestro verbo en realidad con los auspicios simbólicos de aquellos seres superiores que nos enseñaron, con sus virtudes cívicas, su heroísmo, su saber y su experiencia honrada, el camino recto de la convivencia, que es la contraprueba poderosa y eficazísima de ese realismo devastador que presenta al hombre como el lobo del hombre. Varones que retrató Carlyle, que ofreció en su ejemplario lejano Plutarco, que han desfilado por los relatos y las memorias de los genios de la biografía humana, muchos de ellos brotaron de esta América generosa y heroica con el sello de su cimero destino, para servir a sus contemporáneos y a sus pósteros en la constructividad de un escenario vital digno del rey de la creación, a quien rebaja en sus actos la barbarie moderna encaramada en la fuerza.

Así ha querido hablarles a ustedes un americano consciente de los deberes que ha impuesto la misión de una existencia útil y benefactora a todos los que, dotados de un ánimo edificante y de una fe noble en la victoria final del Bien contra el Mal, quieran seguirlo en la ruta de sus anhelos inseparables de su personalidad libre y de su visión del mañana como promesa de la evolución espiritual preconizada por los apóstoles de la Democracia...

POST SCRIPTUM

LUIS FERNAN CISNEROS, PERIODISTA AUTENTICO

No puedo dejar sin una referencia, siquiera breve, el viaje definitivo de Luis Fernán Cisneros, fallecido en Lima últimamente.

Perteneció el inspirado poeta y periodista destacado, a una época de lucha, de brava y ruda lucha por la afirmación de los ideales democráticos que un verdadero periodista y hombre intelectual no puede desdeñar en América sin hacer traición a sus deberes cívicos y a su patriotismo.

Conoció Luis Fernán Cisneros, desde su puesto de mando en "La Prensa", las acritudes de su profesión libérrima. Inmune para la obsecuencia política que todo lo degrada en nuestros países, en cambio fué rígidamente consecuente con sus ideas sobre el papel de los partidos, sobre los deberes para con la peruanidad y con el destino de la nación. En la diplomacia, después, cuando su pluma dejó de seguir bregando cotidianamente, prestó importantes servicios distinguiéndose en las misiones diplomáticas que le fueron encomendadas.

Como poeta, Luis Fernán Cisneros, ha dejado la luminosa estela de un sentir elevado, cantando la Belleza, el Amor, la Virtud, en fin, cuanto seduce y hace superior la vida, con magistrales acentos que dejan gratísima huella de su espiritualidad.

LA DECIMA CONFERENCIA DE CARACAS

Mientras este libro se imprimía, los hechos políticos internacionales apresuraban su curso. Dentro de ellos, la Décima Conferencia Interamericana de Caracas se realizó en marzo, cumpliéndose nuestro parecer de que no debería relegarse para una fecha posterior sin dejar de causar con ello lesión a la cruzada de la unidad continental.

Los resultados, en síntesis, no puede sopesarse en unas líneas. La reunión no ha tenido la solemnidad imponente de otras. Pero ha sido útil y oportuna. Sobre todo, sucedió algo que nos halaga. No se dió ninguna nota trágica como en Bogotá. Y un ambiente de concordia presidió las sesiones. La declaración anticomunista debieron firmarla todos los países sin exclusión. La Declaración de adhesión permanente a los postulados americanos, debió ser hecha como la otra, una suerte de cabildo abierto y rodeada de la mayor solemnidad.

Dentro de cinco años, acaso, la Undécima Conferencia nos hallará en plena guerra o la paz seguirá siendo, como ahora, una nebulosa en este mundo abatido de problemas...

AGRADECIMIENTO

Una obra no se hace sólo con el que la forja. Y que lleva con su nombre la responsabilidad de sus ideas. Sino que nace al conjuro de quienes, con el autor, las comparten. De aquellos en los cuales, halla, siempre, el estímulo generoso. De cuantos, directa o indirectamente, hacen posible el ambiente del escritor. Y en resumen, que significa, el más valioso concurso, los lectores. Todos, como en el milagro de la naturaleza, acuden a la siembra de la semilla, a la tierra que la enraíza, al agua que la hace brotar y al espacio que la recibe, hasta que se convierte en árbol fecundo. Y es que, como en la palabra evangélica, por sus obras se revela la convicción del hombre. A todos, pues, nuestro reconocimiento, porque ellos, hacen posible que enclave un hito más, con este libro en las fronteras donde dos fuerzas combaten por el imperio del mundo.

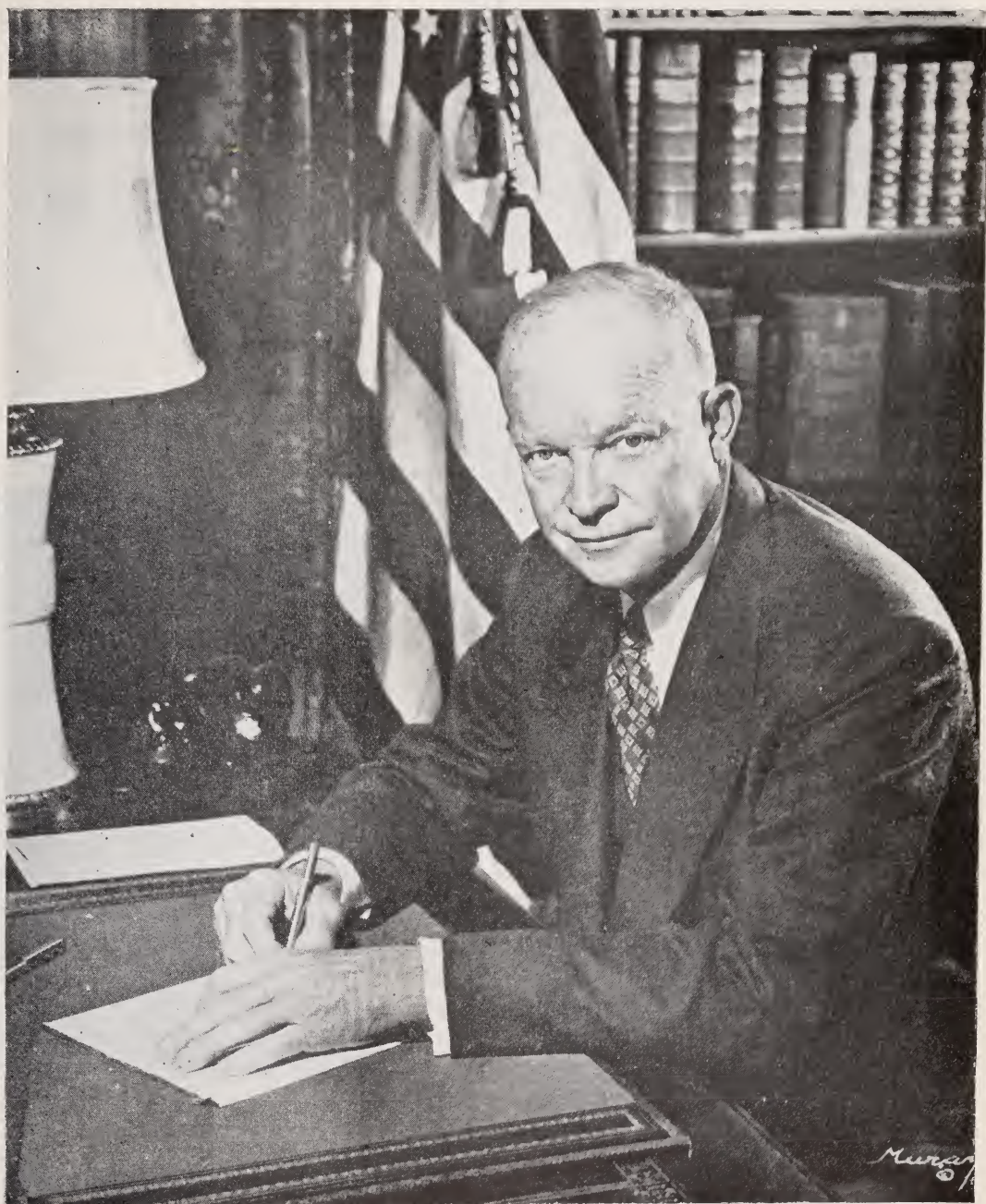
R. L. H.

APENDICE GRAFICO

En este libro, como en otros anteriores que hemos dado a la estampa, juzgamos de interés, y como homenaje a los altos valores del espíritu, ofrecer las imágenes de quienes con su obra en la vida, desde su particular manifestación en la política, el arte, las ciencias, el mundo de los negocios, la poesía y las letras, contribuyen a la forja de la civilización y son, sobre todo, faros luminosos en la noche del materialismo ambiente.

Con los retratos de los personajes que tan decisivo rol juegan en la marcha de los acontecimientos y la evolución de las ideas estéticas modernas, reunimos, también, en estas finales páginas, visiones de los principales lugares que acabamos de visitar, y que son escenario majestuoso de las marchas de los acontecimientos, cuya crónica, en versión política e interpretación social, hemos acometido a través de las páginas que sumamos a la lucha por la unidad de las fuerzas morales del mundo.

R. L. H.



Dwight D. Eisenhower

En el asombroso equilibrio de la historia, las fuerzas del destino de los pueblos, y singularmente de la civilización, buscan los niveles, en donde surgen los hombres, otrora llamados providenciales, y ahora necesarios para orientar a la humanidad, hacia la consecución de sus más caros ideales.

Desaparecido, prematuramente si se tiene en cuenta el proceso bélico de ese entonces, la egregia figura de Franklin D. Roosevelt y concluido el segundo período de su su-

cesor, Harry Truman, Estados Unidos de Norte América, reclamaba, como pueblo rector de esta azarosa época, un hombre capaz de empuñar, con mano firme y espíritu sereno, el timón de la patria, en cuya actividad, se fincan todas las esperanzas de paz o las amenazas de guerra que bloquean al mundo, desde que se inició esta era tan fecunda en negros nubarrones sobre todos los horizontes.

Y ese hombre, señalado por el dedo del Destino, no era otro que, precisamente, uno de los héroes de la segunda y gigantesca conflagración, Dwight D. Eisenhower, cuya espada, como la de los grandes militares de todas las épocas, llevaba en su punta, toda una filosofía de la verdad, aquella que busca, en los caminos de la democracia, la pacífica convivencia de todas las naciones.

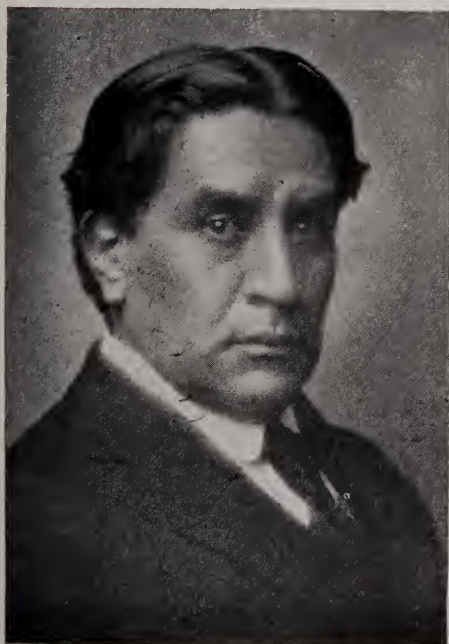
Sus sólidas ideas vertidas en magistrales discursos, donde siendo un militar y combatiente, el que habla, cobraban mayor ascendencia, nos señalaron cómo la guerra no admite paralelo, en sus factores, aunque el producto sea la victoria, con la paz. En guarismos, elocuentes y dramáticos, transparentó, la diferencia que hay entre el armamentismo y la economía de los elementos que colaboran a la felicidad de los hombres.

Ahora, al frente de la nación más poderosa del siglo, y consciente de su responsabilidad universal, el Presidente de los Estados Unidos de Norte América, está librando, con la simpatía del espíritu democrático de todo el orbe, la hermosa batalla de la paz. Y por ello, porque el espíritu, en su persona se identifica, con las armas de la paz, nos honramos en colocar su retrato al frente de este capítulo gráfico, en una obra que pretende, por la acción y las ideas, lo que él cumple ejecutivamente.

PERSONAJES

WINSTON CHURCHILL

Paradigma de voluntad y de energía, cuya mano firme, empuña serenamente, el timón del más grande imperio universal. Su talento, su carácter y su patriotismo, siguen sirviendo no sólo a su país, sino también a la humanidad.



FRAN TAMAYO

En el genial pensador boliviano rendimos nuestra admiración a todos los grandes hombres de la idea que, desdeñando las amenazas de los corifeos del materialismo, se mantienen verticales en medio de la tempestad, como esos árboles añosos y gigantes.

CONSTANCIO C. VIGIL

Voz de apostolado laico, la de Constancio C. Vigil, se deja oír en torno del estruendo y la marejada de la vida moderna, llamando a la concordia y a la fraternidad, como el mayor secreto del hombre, que busca la paz consigo mismo y con los demás. Es uno de los pioneros de la unidad continental.





JOSE GALVEZ

Poeta, en su época, de la Juventud, mantiene, sin embargo en el espíritu, aquella prestancia de los años mozos. Su espíritu rebelde a doblegar el espinazo. Su honradez cimera. La inteligencia, siempre, despierta a todos los vientos de la cultura. Demócrata por herencia y por convicción, nos hizo el honor de acompañarnos, cuando formamos juntos uno de los gabinetes ministeriales, de libérrima concepción política, bajo la presidencia del insigne repúblico don David Samanez Ocampo.

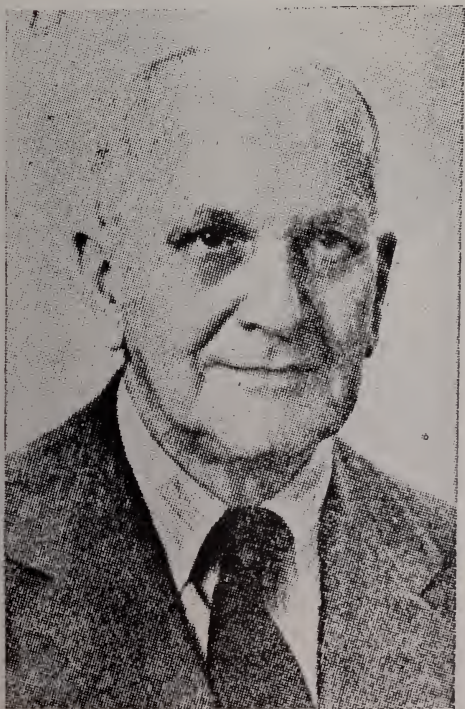


DON ENRIQUE GILDEMEISTER

Figura señera en las cumbres de la actividad industrial, el señor don Enrique Gildemeister, es uno de los pioneros del avance económico del norte del país y su nombre se halla, profundamente vinculado, a uno de los más grandes estímulos del bético deporte. El del premio "Juan Gildemeister", su digno señor padre, que lo instituyó por amor a nuestra tierra y a nuestra patria.

RAMON MATEU

En esta cita de emoción y de cultura no podía estar ausente una de las figuras cimeras del arte que vincula a los pueblos en los nexos eternos del sentimiento estético, que siendo impulso de orden y de armonía, concurre a acercar a los hombres, elevándolos hacia los planos imponderables de la paz universal. Ramón Mateu, es uno de esos hombres privilegiados, en cuyas manos, ha cobrado vida, y en perfiles y rasgos de hondo relieve, si cabe decirlo paradójicamente, el mundo de la belleza plástica. En este mismo libro, damos, cabe otras páginas, uno de sus magníficos grupos escultóricos, reflejo de la época deportiva que vivimos, y que sin embargo, salva en toda la estructura de los jugadores por él forjados, la pureza de la forma y la concordancia de los volúmenes que un arte decadente quiere, a fuer de movimiento, deformar hasta la degeneración que niega todo lo hermoso de la humanidad. El gran artista y gran amigo español, don Ramón Mateu, es un embajador permanente de esa comunión de espíritus solidarios que piensan en la eternidad de los pueblos, mancomunados por un mismo ideal de paz.



DOCTOR VICENTE LECUNA

Es con letras, en duelo y pena, que trazamos el nombre del eminente historiador venezolano, que tan a fondo laboró por acercar a los hombres del hemisferio, en el conocimiento de la ciencia de las ciencias, cuyo dominio le dió renombre continental. Y es con tristeza, redundamos, porque el grande maestro ha muerto en febrero de este año, dejando un vacío que sólo el tiempo ha de cubrir, sin restañar la herida de su definitiva ausencia. El doctor Vicente Lecuna, que nos honró con su noble amistad, fué por nosotros admirado en la obra que emprendiera, forjando, siempre, con su pluma, la empresa en que estamos empeñados cuantos luchamos porque la buena voluntad de los hombres, afirme la piedra angular de la paz universal.

Desde el fondo de nuestro espíritu, rendimos, aquí con justicia, nuestro homenaje a su esclarecida memoria.



JUANA DE IBARBOURU

Más propiamente es, acaso, llamarla por su onomástico continental: Juana de América, otorgado en la pila bautismal de su consagración ecuménica. Juana de Ibarbouru, ha puesto en su poesía y en su prosa, todo el fuego creador de su hondo sentido del amor que va en pos de las sendas donde la humanidad se estreche en el abrazo de paz y de libertad. Es, en Uruguay, quien nos honra con su amistad y su adhesión espiritual a la causa que defendemos. La "Unión de Mujeres Americanas" acaba de designarla como la "Mujer de las Américas 1953".

CARMEN AMAYA

Muy dentro de la medula y del espíritu de América, y singularmente del Perú, vibra el ritmo de lo que es, en la danza, España, y por lo mismo, desde lo más hondo del corazón, brota, en rosas de emoción y de belleza, el tema coreográfico, donde se unen, para latir siempre juntos, los amores de la tierra y las amistades del espacio. En esta conjunción de sentimientos y de ideas, Carmen Amaya, la genial bailarina gitana, constituye esa embajada sin cartas credenciales, que durante años de años, ha trabajado por hermanar a la raza que habla el idioma de Castilla y que reza a Jesucristo.

Ha tomado, después de un dilatado lapso, a Lima, y en esta vez, hemos afirmado, una vez más, cómo hay un lenguaje del ritmo y de la línea, que también escribe en el invisible papel de las representaciones, el mensaje de fraterna convivencia que sólo el arte puede traducir con tanto fuego como Carmen Amaya sabe hacerlo.

Al estampar aquí el retrato de la eminente artista, que es todo nervio y todo pasión, rendimos el tributo admirativo de nuestro espíritu a quien, con su danza, abre las sendas de la armoniosa comprensión de las almas en un mundo que, día a día, parece trabajar por las armas que separan y confunden en el odio.





LUCRECIA SARRIA

Dama de singulares dotes vocales, ha enaltecido la lírica nacional, dando relieve al nombre del Perú, en grandes conciertos dentro y fuera del país. Su fina sensibilidad, su dedicación al estudio del "bel canto", educada por grandes maestros italianos, y su intervención en diversas actuaciones, así como su larga campaña en la Radio Nacional, le han conquistado renombre internacional. Su voz, que es voz peruana, concurre a exaltar los valores del arte nacional.

OLVIDO LEGUIA

Está la gran actriz española, unida a nuestra patria, por su matrimonio con nuestro connacional Lucho Córdova, a cuyo lado, sostiene, hace años, una larga intervención en el teatro americano, sobre todo, en la capital chilena. Su amor al Perú, y su emoción de la belleza, se suman al concierto de la cualidades que dan realce al sentido de la vida hecha para unir a los pueblos al consorcio del arte.



MERCEDES HOLGUIN

Compatriota nuestra. Mujer de acendrada ciencia del arte y de la belleza. Casada con el caballero argentino Fco. Merlini, enviudó a los veinte años de matrimonio, y de vuelta de Buenos Aires, ha publicado libros de versos y novelas. Trabajadora sin cuartel, tiene tres obras listas para la prensa y entre ellas un tomo de versos. Su estilo claro, y su emoción de la vida, y de la tierra, la hacen identificarse con nuestros ideales de paz y de libertad.





ROSA MERCEDES AYARZA DE MORALES
 Pocas mujeres de abolengo y de talento, como esta distinguida dama limeña, que ha concurrido a enriquecer el acervo folklórico de la patria, salvando del olvido y de la incuria páginas de una belleza popular única y de los que son muestra de oro sus "Pregones Limeños", publicados hace años. Su labor de renacimiento del folklore merece la gratitud de todos los peruanos y de cuantos aman en la música la expresión del lenguaje del corazón que acerca a los hombres por sobre las fronteras y todas las diferencias ocasionales.

SEÑORITA ELENA ARAMBURU LECAROS
 He aquí otra dama que, con un nombre de prosapia intelectual, vive consagrada a una múltiple actividad artística. Es escritora, de fluida y suave prosa, poetisa de inspirado estro, pintora de originales concepciones modernas. Elena Aramburú Lecaros, mantiene encendida, siempre, la lámpara de su elevado espíritu, iluminando la senda de los demás, con las manifestaciones de su talento y de su exquisita sensibilidad. Al colocar su retrato en esta galería de nuestro libro, le rendimos el tributo de nuestra admiración, porque ella desde su sitio, trabaja por la fraternidad universal en la emoción del arte.





DORA MAYER DE ZULEN

Vinculada a uno de los malogrados filósofos peruanos, don Pedro Zulen, la señora Dora Mayer, en su serena ancianidad, sigue trabajando, a la luz de su lámpara mental con una fuerza de pensamiento que ya quisieranla, para sí, muchos hombres y con un sentido de la libertad de las ideas, que la llena de una aureola de respeto y de admiración. Es una infatigable pluma al servicio de la democracia y de la fraternidad americana.



MARIA AMELIA B. DE BASTOS

A su finura en el trato, eco de su noble espíritu y de su sensible corazón, unía —pues acaba de rendir tributo a la vida— la noble cantante y compositora uruguaya, las dotes de su belleza. Ampliamente conocida en América y Europa, la B.B.C. de Londres, transmitió, no há mucho, su inspirada y preciosa Ronda para los Niños. A ella debemos momentos inolvidables de arte y de emotividad, comprendiendo que mujeres como la señora Amelia B de Bastos, contribuyen a embellecer la vida y trabajar, así, por la cordialidad humana. Nos ha dejado un magnífico libro para la educación vocal y variadas composiciones musicales, siendo las últimas, inspiradas en versos del destacado poeta peruano Oscar Ponce de León.



TORTOLA VALENCIA

En sus cuarteles de invierno, y acaso mejor diríamos, en su voluntario retiro, Tórtola Valencia, vive en Barcelona, sus recuerdos de oro, que le dan, aún, en el de sus admiradores, la gloria permanente del respeto y el homenaje que su arte supo encender, haciendo época en América y España. A ella debe el Perú la primera expresión, fuera de sus fronteras, y en el ámbito de la danza clásica, de nuestras danzas autóctonas. De ese modo, Tórtola Valencia, aportó su caudal a la fuerza del espíritu que une a las naciones. Testimonio de esa su hermosa época son todos los invalorable recuerdos que guarda en su residencia de la Ciudad Condal.



NELIDA QUIROGA

En su blasón ostenta la gentil artista argentina que aparece aquí, los atributos de su prosapia, porque ella es de una genealogía inconfundible, de nobles intérpretes de la escena, y al asomar, en su primera juventud, a las tablas, ya acusaba las virtudes de su categoría de primera actriz. En su voz, que es un registro de toda la gama de las pasiones, y en su inteligencia que recoge, poderosa, todas las fuerzas del talento ajeno, Nélida Quiroga, ha sabido y sabe, felizmente para cuantos la admiramos, vertir los personajes, dándole una vida nueva y propia.

Empero su labor no sólo se concreta a ese aspecto del teatro, sino que, en los ámbitos, ya muy amplios de la radio, también cumple altísima misión, como directora de un homogéneo conjunto, al que sabe conducir en forma que ha merecido siempre consenso del público oyente.

Aquella labor de magisterio teatral, es, a su vez, un modo de unificar voluntades, y hacer, como lo ha hecho de Argentina, su patria, y el Perú, la nuestra, un sólo pensamiento una sola sola emoción, cuando se tiende la mirada y se acerca el corazón al sentir de los hombres de buena voluntad que trabajamos por la unidad americana.

TERESA MARIA LLONA

Excepcionalmente pródiga la naturaleza con el alma de esta dama de selección espiritual, la dotó, desde sus primeros años, de una fragilidad, que supo conservarse, no sólo por la aspiración de su lirismo, sino también por el noble ambiente de su noble hogar, donde recibió, con la fuerza de la conjunción de dos corazones generosos, los de sus dignos y admirables padres, la lección permanente de su estro poético, del que tan altas y justicieras palabras dijera al frente de uno de sus libros, la gran mujer y maestra chilena Gabriela Mistral.

Teresa María Llona trabaja, con su obra, y con su pluma también dada a la prosa del acercamiento espiritual, por este anhelo de todos los que fincamos, con optimismo, nuestra esperanza en la unidad de los pueblos por el ritmo de los postulados que dignifican al hombre sobre el instinto de los que quieren hacer de cada ciudadano del mundo, un esclavo de las modernas dictaduras.



ESCENARIOS



LA DANZA EN ROYAL OPERA HOUSE

En las dos reproducciones que aquí convocamos, hemos reunido a Violetta Elvin y a John Field del Ballet del Royal Opera House —Covent Garden— Londres, como un homenaje a la belleza de la danza que, en suma, es una imagen de la vida, tal como Rodó la definió, al filosofar en sus "Motivos de Proteo", diciendo que "nuestra vida es una danza en la altura del concepto". Acaso porque el mundo se ha vuelto contra el ritmo de la naturaleza y la armonía de los sentimientos, es decir ha renunciado al sentido coreográfico de la vida, la humanidad vive desorientada y en el odio.

RAMON MATEU EN SU ESCULTURA DEPORTIVA

No creemos que, en medio del desconcierto del arte, cuando se lanza a interpretar facetas de la vida moderna, haya un escultor que logre mayor acierto y belleza, que el obtenido por Ramón Mateu, al forjar este grupo de los futbolistas. Desde la perfección, en rasgos apolíneos de los dos jugadores, hasta el gesto y la actitud de ambos, uno al segundo de haber rematado el gol y el otro levantando las manos, en mímica de resignación, por la caída de la valla, el magnífico artista nos ofrece una versión acabada de lo que puede lograrse con temas que, al ser así interpretados, convocan la armonía de las leyes eternas de la estética, y la pasión desordenada de las actuales muchedumbres. Es el sentido deportivo de la vida que mucho, podría enseñar a los pueblos, si los pueblos estuvieran dirigidos por grandes visionarios del futuro.





EN MONTJUICH SE HERMANAN LO CLASICO Y LO MODERNO

Barcelona, donde parece que la raza, desde siglos, no fuera lo que ha motivado leyendas de ocio y de dulce farniente, los catalanes encierran junto a lo clásico, de las viejas y olvidadas épocas, lo moderno, de los edificios que con su emoción de altura se atreven a desafiar la emoción de belleza de lo arcaico. En este panorama de Montjuich, el cerro que le da nombre, la gigante urbe, nos ofrece, en primer término, la gradería del Teatro Griego y al fondo la sierra de Collserola.



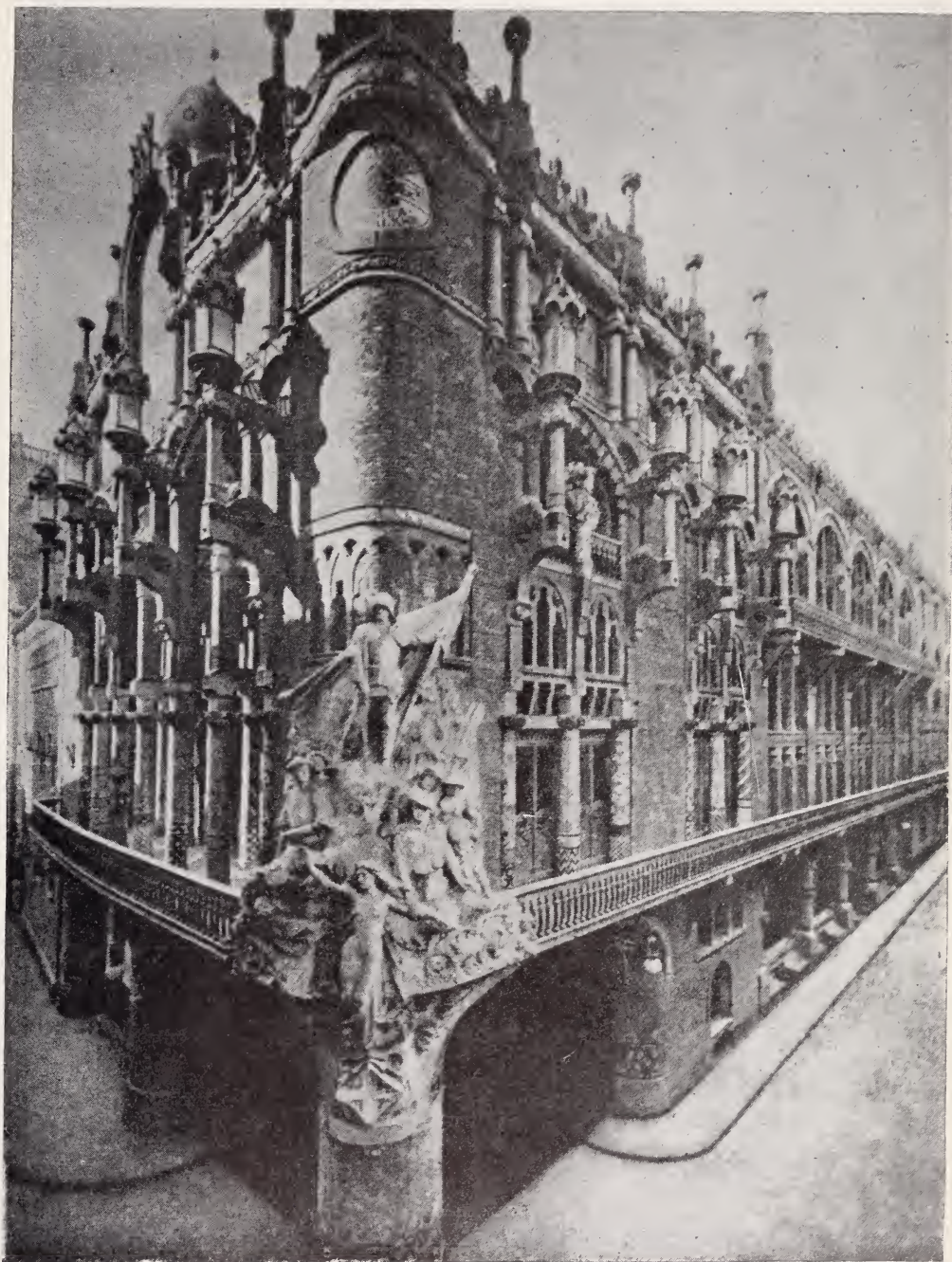
RUBRICA DE BARCELONA, SON SUS RAMBLAS

Si la matriz catalana, tiene un nombre, no sería Barcelona, sino la rubrica de sus Ramblas, que esperan aún, su historiador, como ya tienen sus cronistas, sus pintores, sus cantores y sus poetas. "Lo que sólo tiene Barcelona —acaba de escribir Jose Francés— es el espectáculo único, vertebrado magníficamente, de sus Ramblas". En la visión que acá hemos captado se advierte el comienzo de la Rambla en la Puerta de la Paz, nombre de simbolo que identificase con el espíritu de nuestro libro y el anhelo de nuestros viajes.



LOS BARRIOS EVOCADORES Y NOSTALGICOS

Empero también Barcelona, conserva calles, que se han replicado en ultramar, y que cuando el progreso mecánico de la arquitectura moderna, se cuele por aquí, en América, les daran esa sensación de cerrada altura sobre la estrechez de la calzada y las aceras, como esta de Petrixol, que tiene reminiscencias de muchas calles estrechas de Lima, Arequipa y Cusco, en mi país.



LO MODERNO EN EL ARTE DE LOS EDIFICIOS

Orzillos muestra Barcelona el Palacio de la Música, obra de "resuelto modernismo", debida a Doménech y Muntaner, que rinde homenaje a la eternidad del divino arte y concilia la angustia de la vida actual, en las magníficas líneas que pueden admirarse en la fotografía de la que hemos tomado la copia aquí impresa.



POESIA, LUZ Y TRABAJO EN EL PUERTO...

Ciudad que nace con el Llobregat en la sierra y se baña en el océano, donde todo parece cantar la barcarola del trabajo solamente, sueña también, y se divierte sobre los mismos elementos que son motivo de su infatigable trabajar de los seis días de la semana: al puerto. Su escollera iniciada cuando reinaba Fernando VI y culminaba bajo el dominio de Carlos III, sirve de escenario, los domingos, para meriendas, pesca con caña, y recreo popular. El primer puerto de España tiene también su puerto de Pescadores. Y en la vista que recogemos surge en toda su belleza un efecto de luz en la escollera, cerca de la Farola.



JARDINES EN ESPAÑA

Uno de los más grandes poetas y notables magos de la paleta, Santiago Rusiñol, immortalizó muchos de los Jardines de España. No podía, por eso, faltar, en la ciudad que fuera cuna del autor de "El Místico", el culto a las flores y ofrecernos este cuadro incomparable, que reproducimos, de las Tulipas de Holanda en el Parque de Pedralbes. Surgen como copas de albo cristal, semejando una teoría, digna del mejor pincel y lei motive de algún tema musical. Ofrenda de la naturaleza que habla, profundamente, al espíritu de la paz y la armonía de los pueblos y de los hombres.



ORIGINALIDAD DE LOS TIPOS DEL PUEBLO

Como pocos lugares, Barcelona nos presenta, también, a los foráneos, sus tipos que no se parecen a los de otros lugares. Que en todo se muestran originales. Este mozo de cuerda, que se ha agenciado para buscar asiento en un colgante sistema adosado al poste, al igual que el barrendero que emplea el carro de la basura, para reposar, aprovechan los intervalos de ocio, para devorar las noticias. Su biblioteca y su universidad es el diario. Y el diario por eso debe sentir esta misión para orientar, individualmente, a los pueblos, por los senderos de la paz y de la justicia.

EN LA ISLA DE LAS ORQUIDEAS

Ya sólo el epírate canta, en sus letras, la belleza evocadora del Hawái, donde la naturaleza parece aconsejar al hombre, en lo hondo de su espíritu, que la paz es uno de los mejores homenajes a la vida. Uno de los negocios, en los que el arte de la tierra, que no tiene más maestro que el Creador, se manifiesta esplendoroso, es, sin duda, en el de las orquídeas de Hawái, que una linda nativa muestra aquí, en su canasto, como diciéndonos que no es difícil hacer por el suelo, el agua y el sol, lo que el hombre, dominando todos los elementos, no logra hasta ahora: vivir en armonía universal.



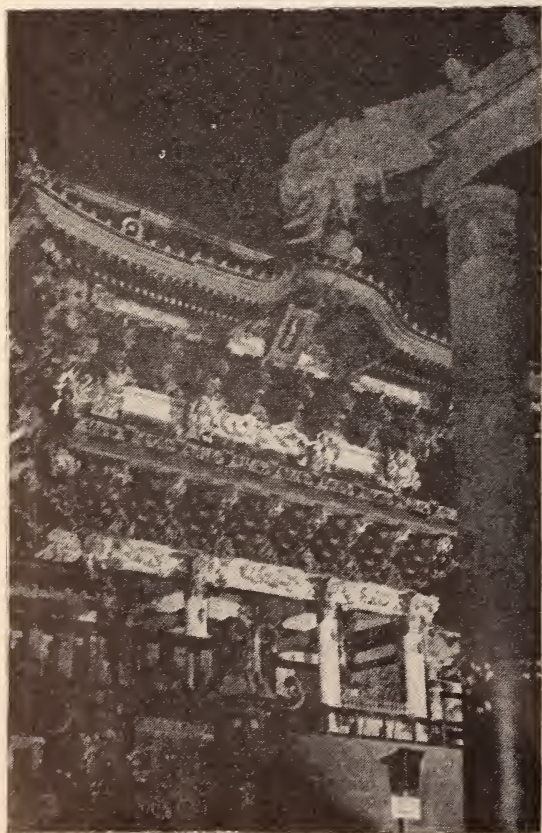
LAS ARMONIAS HAWAIANAS

En todo el orbe se conoce, por el mensaje de la música, la sensual atracción de las melodías que en las islas hawaianas, son como el encanto musical del mar y de la tierra en su diálogo de amor. Aquí podemos admirar a un núcleo de isleños danzando al son de las armonías de su lujuriosa tierra, en un anhelo de sublimar los instintos y aplacar las pasiones en la fatiga de los motivos coreográficos. Color, forma, ritmo, todo se orquesta sobre el paisaje, para acentuar la emoción de los sentidos...



VIVE AUN EL JAPON EN SUS TRADICIONES

Ni la guerra, con todos sus horrores, ni la angustia de la hora que vive el mundo, han alterado los vestigios tradicionales del Japón, que sabe ser sobrio hasta cuando se divierte. Sobre el panorama, donde hasta las plantas, copian lo diminuto del refinado espíritu nipón, dos damas con sus kimonos traen, a los ojos, las viejas estampas de los legendarios relatos. Y hablan, a media voz, en sus imágenes, con el anhelo de paz que aún a los pueblos guerreros, como el Japón, suele bien orientar.



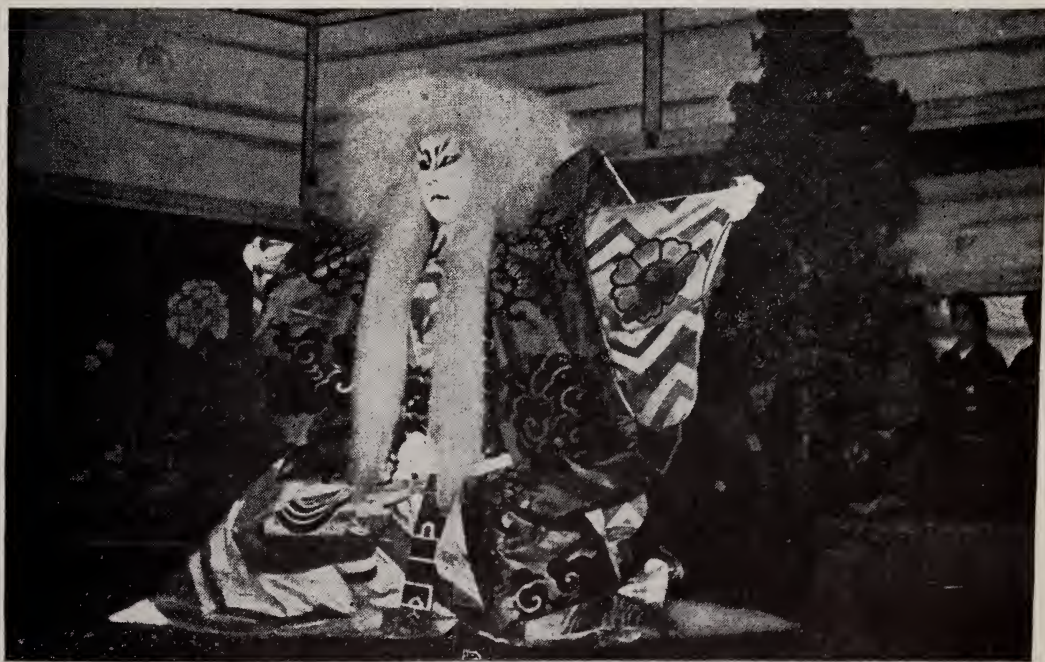
UN TEMPLO QUE ES UNA COMPLICADA MANIFESTACION ESTETICA

En su mentalidad, complicada y hermética, el arte japonés ha forjado templos, del que ofrezco un detalle, que hasta para admirar su jeroglífica belleza. Líneas y matices combinados en una exótica sintonía de formas y colores, se mantienen, intactos, a pesar de la avalancha de los años que han pasado sobre su estructura en este vestigio de Niko la sugestiva y milenaria ciudad japonesa.



EL DIOS DEL IMPERIO DEL SOL NACIENTE

Como una liberación del complejo de su continente personal, los japoneses, en su adoración al Dios de su Religión, han erigido en Daibutsu, este gigantesco Buda de Kamura. Mide 42 pies de alto y aparece en actitud meditativa. Similar al mismo en otras montañas, están labrando otro enorme Buda que servirá, como éste, de motivo de adoración para los nativos y de atractivo del turismo para los viajeros foráneos. Buda, sin embargo en sus enseñanzas, dejó lecciones que los pueblos orientales no han sabido aprovechar, como los occidentales tampoco lo que el Redentor de la Humanidad, les dió con su propio ejemplo.



DEL TEATRO INCOMPENSABLE DE LOS JAPONESES

Si hay motivos escénicos que llegan a la emoción occidental, en cambio se presentan en el Japón, otras expresiones del arte, que, sin dejar de admirarnos, nos dejan, sin embargo, insensibles. Kabuki es uno de los más populares escenarios del arte japonés, que en las tablas nos ofrece este actor, caracterizando al personaje en un ambiente de frases que llevan al tema escénico, mucho de la filosofía budista.



MAS DE AYER QUE DE HOY EN LA CHINA

Revela esta visión una perspectiva de la ciudad de Shanghai, con sus grandes edificios, donde los signos chinos denuncian a simple vista su origen. Por sus calles, junto con los automóviles de última factura, todavía discurren, compitiendo con las bicicletas, los típicos coches halados por colíes. Y en las aceras discurren personas trajeadas a la usanza clásica de ese pueblo herméticamente cerrado en su psicología. El progreso de estos pueblos ha abierto mucho las pupilas de los amos del Kremlin, y como ya lo vaticinara Balmes hace más de un siglo, se está cumpliendo el peligro que, para la civilización occidental, significa la política de una Rusia poderosa, empujando contra los blancos europeos las grandes masas asiáticas.



EXPRESIONES MODERNAS DEL LEJANO ORIENTE.

Ha tiempo que el misterio de la China y con ella de toda el Asia milenaria, ha dejado de serlo, y se abre, ahora con sus expresiones modernas a todos los ojos del mundo. En esta vista que muestra ya gigantesgos rascacielos, junto a cúpulas que todavía mantienen una vaga reminiscencia de la arquitectura amarilla, aparece el Banco de Shangay, donde el lenguaje crematístico habla diariamente sobre la eterna pugna entre los complejos intereses comerciales, muchos de los que han sido, en todo tiempo, la clave de las guerras y el nexa de la amistad de algunas naciones.



UN JARDIN DONDE SE DAN LA MANO EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

Cuando lejos del mundo occidental, llegamos a uno de estos jardines públicos de Hong Kong, hemos pensado en que si siempre el hombre se diera la mano con la naturaleza, para hacer más bello y atractivo el paisaje y la ciudad, como aquí, donde sinfonizan los árboles con las fuentes y los magníficos edificios, el destino de la humanidad será otro, a pesar de las diferencias de razas, de ambiciones y de intereses propios y comunes. Pero el espíritu aún no tiene la fuerza suficiente para llegar al convencimiento de los políticos y de las multitudes, el sentimiento de la paz en la justicia y la democrática convivencia humana.

EL SIMBOLO DE EGIPTO: LA ESFINGE...

Si hay un monumento, entre las siete maravillas del mundo, que mejor identifique a un pueblo, es, sin duda, el de la magnífica Esfinge, cuya enorme silueta se recorta, como en la vista que aquí coleccionamos, teniendo al fondo, en la perspectiva del desierto, las dos pirámides. Todo ello encierra a la vez, siglos de historia y señala, rumbos del destino de la humanidad. Al pie de una de ellas, Napoleón pronunció su famosa arenga: "Cuarenta siglos os contemplan...". Y la Esfinge, donde el tiempo, los vientos y el sol, han forjado otras líneas sobre el rostro, parece enmudecer, ante la pregunta de los pueblos contemporáneos, que en vano buscan el sendero de la paz y de la justicia internacionales...



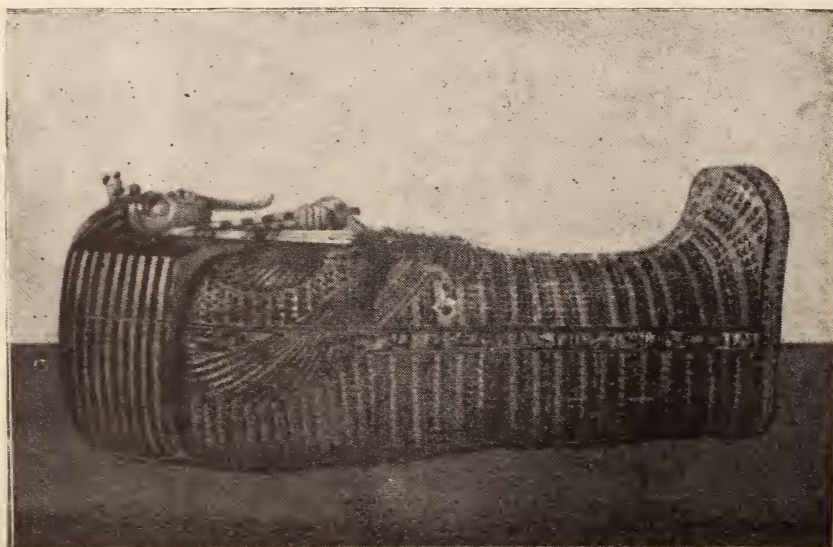


ESTATUA DE LOS FARAONES

Imponentes en su hieratismo, estas hermosas estatuas del Rey Amenhotep I, de la XII Dinastía, aparecen en los Museos, donde amén de su valor arqueológico y sus virtudes, ofrecen al hombre acucioso la oportunidad de meditar en la evolución de los pueblos, cuyo remoto pasado conserva, en más de uno de sus capítulos, lecciones que deben aprovecharse para procurar, con la enmienda de los yerros del pasado, la felicidad de las naciones que buscan la pacífica convivencia.

EL REY TUTANKHAMON EN UNO DE SUS SARCOFAGOS.

Todavía vibran, en el mundo de la investigación, los ecos del sensacional hallazgo de la Tumba de Tutankhamon; y en este grabado se puede apreciar la razón de ese descubrimiento. Aquí aparece el monarca egipcio en su segundo ataúd, de los tres que contiene; siendo el último, de oro macizo con piedras preciosas. Es uno de los vestigios funerarios más suntuosos del orbe, y constituye la admiración de cuantos le contemplan. Esa fuerza de proyección al futuro, abre nuevas sendas, al sueño de los hombres que por sobre el metal, está el oro del buen gobierno.



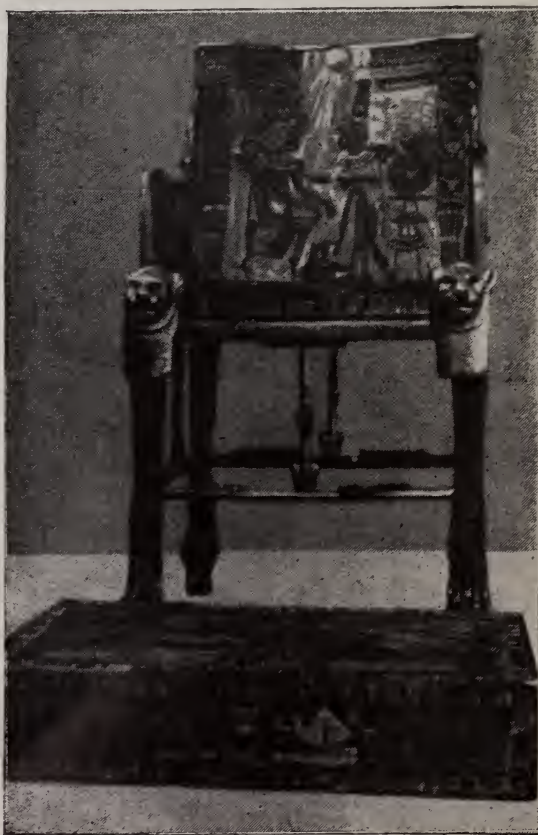


LA REINA MADRE DEL REY TUTANKHÁ-MON.

Egipto, raíz de una de las más viejas culturas, y en cuyos secretos orígenes, alguien ha creído encontrar muchos ángulos de similitud, con las de los primitivos peruanos, nos ofrece, en museos y cabe la misma capital del país de los Faraones, muestras de su avanzada civilización. Este maravilloso busto de la Reina Nefertiti, esposa del Rey Akhnaton y madre del Rey Tutankhamon, es una magnífica obra de arte y alta expresión de la milenaria escultura. Los mismos colores empleados y la finura de las líneas, en su plasmación, están demostrando que son un ejemplo, que del remoto ayer, viene, con toda la jerarquía del arte moderno, a dictar cátedra de estética. Contemplando estas obras, el espíritu se inclina respetuoso, en el broquel del pozo de las meditaciones, y piensa que si los hombres, en vez de apartar sus ambiciones de lo que eleva y ennoblece, la civilización no interrumpiría su curso con el dolor y la tragedia de las guerras que, como la que amenaza a las nuevas generaciones, puede acaso, clausurar, para siempre, el ciclo de nuestra época, como otras catástrofes políticas y de la naturaleza, pusieron el punto final a imperios como el de los Faraones.

UN TRONO EGIPCIO VACIO...

Descartando la belleza del trabajo en esta silla del trono faraónico que aparece ricamente incrustado en finas maderas y asombrosos motivos ornamentales en indelebles colores, su vista os sugiere, en su soledad material, cómo el tiempo cancela todos los mandatos, y que los hombres, sean monarcas o presidentes republicanos, deben, para sobrevivir en su nombre y en su gloria, al objeto que les sirvió de símbolo, obedecer los imperativos del espíritu, cuya fuerza, en el tiempo y fuera de él, resulta siempre invencible ..





LA BELLEZA DESAFIANDO A LOS SIGLOS

En nuestra visita a la capital turca, no sólo pudimos admirar el progreso, occidentalizado el espíritu de ese país, de todas sus actividades, sino que también, la ocasión nos permitió contemplar expresiones del arte milenario de la humanidad, en una de sus más hermosas manifestaciones, como la gigantesca Caryátide del Museo Arqueológico de Istanbul, donde alternan con las armoniosas proporciones de la imagen, los rasgos y actitud, perfectamente plasmados en un conjunto que pregona cómo la belleza desafía a los siglos, y que dicta, por eso, una lección de perennidad, que se proyecta hacia el espíritu de los pueblos, como una enseñanza de paz y de convivencia universal.

DEL EDIFICIO AL ESPIRITU DEL HOMBRE

Cuando, en el lenguaje moral, se quiere exaltar las grandes virtudes como paradigmas, en los que abrevan, los demás, el aprendizaje de una vida honesta, se habla de lo edificante. Por lo mismo, un edificio, y la palabra en su acepción lo quiere, acaso, debe ser edificante. Enseñar. Traducir. Darnos las dimensiones del sentido estético de los hombres que lo han levantado. En Istanbul, las Mezquitas son como hitos de la civilización del Imperio Otomano, que en las horas culminantes de la Media Luna, fueron erigidas por grandes monarcas. He aquí, como muestra asombrosa de esa arquitectura sui géneris, la Mezquita de Laleli.





REMINSNCIAS DE MISTERIOS Y DE ESPERANZAS

Tal vez en la "Sebile" que aquí reproduzco, y que aparece ubicada en la Mezquita de Yeni, dentro del perímetro urbano de la Capital de Turquía, se oculta el eco de los viejos misterios y las esperanzas de los que auscultaban, cabe la meditación y el silencio de su encierro, los destinos del poderoso Imperio que antaño belicoso, hoy se han transfigurado en una de las repúblicas más fuertes del medio Oriente.

Turquía, en esta hora crucial del mundo, se yergue, fuerte y serena, ante las sugerencias amenazantes de la Hoz y el Martillo, segura de que la Media Luna ha de seguir alumbrando la estrella de la paz y de la justicia.



*Kaiser Franz Josef I.,
Gemälde v. Kib*

*Photo
O. Springer*

EFFIGIE QUE IDENTIFICA UNA EPOCA

En este admirable retrato del Emperador Francisco José, que obtuvimos en Viena, retornó la imaginación a los días en que la capital de Austria era el leiv-motiv de la música alegre, y residencia del alegre espíritu social de los buenos tiempos anteriores a la primera conflagración mundial. Su silueta, con aquellas respetables barbas partidas en dos y vinculadas por su nutrido bigote, su clásica calva, el monarca austriaco es como la real personificación de los hermosos y añorados tiempos vieneses, tan familiares, en las notas de los vals de Strauss, con quien el poderoso señor, a quien el destino le designó con la estrella de las tragedias, estuvo estrechamente unido.



IMAGENES DE LOS TIEMPOS IDOS...

Otro cuadro, de grandes proporciones, y que evidencia la maestría de su ejecución, es, sin duda, el que aquí replicamos, y que se conserva, también, en el Museo de Viena. Es el del Castillo Imperial de Schönbrunn, visto desde un ángulo de su imponente jardín. Obra de Bernardo Bellotto evoca un tiempo ido, cuando muchos hombres no sospecharon lo que el futuro encerraba, de ingratas sorpresas, a la soberbia de los que encadenaron la libertad sometiéndola a sus personales caprichos. El espíritu, entonces, empezaba a enfermar.



UN EPISODIO DE LA BIBLIA EN UN FAMOSO LIENZO

Empero Viena, conserva todavía, en sus ámbitos de cultura, manifestaciones que hablan, al sentimiento estético del pueblo, de la belleza de los grandes creadores del pasado. En el Museo Histórico de Viena, se conserva este lienzo del Tintoretto, "Susana en el Baño", captado del episodio bíblico de la casta mujer, a quien la lujuria de dos ancianos, quiso conducir, por despecho, a la muerte. Lección que aún perdura y se ha repetido en la tremenda crisis contemporánea, cuando la libertad y la justicia, fueron personificadas por heroicas mujeres y las horribles pasiones, por los déspotas que tanto daño han hecho al mundo.

EL "SAN JUAN BAUTISTA" DE LEONARDO DE VINCI.

En el rico tesoro que encierra el Museo del Louvre, uno de los cuadros que más inclina a la meditación y al estudio, en la iconografía cristiana, es, sin duda, este magnífico lienzo de Leonardo de Vinci, al haber aprehendido, en el gesto del índice profético, y el símbolo de la Cruz, la imagen del Precursor de Jesús de Nazareth. En su acción, acaso, los pueblos de hoy podrían sentir mejor la verdad de la paz y de la justicia, que el Hijo de Dios trajo en su mensaje ya anunciado por Juan el Bautista.



DE LA CORTE IMPERIAL DE AUSTRIA

Pertenece esta imagen, que el artista ha plasmado en toda su regia belleza, a la Kaiserina Elizabeth, que imperó en los días, ya lejanos de la Viena, cuyos ritmos la vinculaban a todo el orbe, como si adentro no anidase el germen marcial de las guerras que, más tarde, iban a matar el espíritu de ese pueblo soñador. En la serena expresión de la noble mujer, y su tranquila presencia, no se advierte el sino trágico de la Corte de Austria, que tuvo su mayor cima humana, en la azarosa vida del Emperador Francisco José.



EL DUQUE DE REISCHSTADT EN UN CUADRO VIENES

Llega a la contemporaneidad, en la Biblioteca Imperial de Viena, este retrato del Duque de Reichstadt, en su impecable uniforme de Coronel del 27º Regimiento de Infantería, pintado por Daffinger. La leyenda de "L'Aiglon" en las filas de Napoleón I retorna a la actualidad para despertarnos del sueño que aún vive en las páginas de la historia del mundo, cada vez más convulsionado y menos parecido el ayer. Gracias al arte los personajes que el tiempo parece sepultar en la tierra del olvido, y que otrora fueran más poderosos que los hombres consagrados a las tareas de la paz, pasan aún a la posteridad.

EL ARTE GERMANICO EN LOS TEMPLOS

Las maravillas que ofrece a la vista del viajero el arte germánico, en la arquitectura religiosa, son dignas de admirarse en esta urbe que fué en otros tiempos centro vital de la cultura en la Europa Central. La Iglesia Catedral de San Esteban, exteriormente, nos pone ante los ojos esta perspectiva con los remates de lanza, sello propio de esos artífices de los siglos en que se levantaron estos monumentos a la fe, que no volverán a tener sin duda creadores como aquellos.



EL INSIGNE BEETHOVEN

Viena, cuna del arte en sus diversas expresiones, rinde homenaje al genio musical de Beethoven, a quien el Estado dedicó una casa para Museo y adonde acuden todos los que aman la buena música, todos los admiradores cercanos y lejanos del gran artista.

Beethoven desde su estatua, con gesto de suprema inspiración, sigue presidiendo los destinos del Arte, que su espíritu supo honrar magníficamente.



CASTILLOS Y LAGOS

La belleza natural en Viena nos pone como fondo en uno de los aspectos pintorescos de la Capital, el viejo Castillo de Laxenburg, que trae inmediatamente a la memoria las operetas vienesas forjadas a base de los cantos palaciegos en la edad de oro del siglo pasado, cuando ya no estaba distante la primera guerra. El tremendo despertar de la conflagración mundial, con origen precisamente en la realeza austríaca, acabó con el sortilegio de operetas y dejó en la soledad, para meditación posterior, estos castillos llenos de recuerdos y leyendas.



GRECIA, MADRE DE CULTURA

En el Museo del Vaticano el genio de Rafael Sanzio de Urbino nos ha legado escenas como esta en que se describe la Escuela de Atenas, revelación patética de la vida ateniense consagrada al espíritu. Los sabios de la Grecia antigua dejaron a la posteridad la herencia gloriosa de su arte, pero sus filósofos, sus pensadores, sus aurisepices formaron la constelación más notable y al mismo tiempo ilustre de esa época, pórtico de la cultura moderna.



BATALLAS ANTIGUAS Y MODERNAS

El mismo pincel maravilloso de Rafael nos da en su célebre y magnífico cuadro de la Batalla de Ostia, que eterniza plásticamente el cruento episodio de la lucha cuerpo a cuerpo y de las armadas incipientes, sin embargo decisivas a la suerte de las armas en la era greco-romana. Hoy que hemos entrado a la era atómica, la comparación entre el modo de guerrear de los hombres de la antigüedad, y el que nos trae esta forma de destrucción masiva confida a diabólicos elementos devastadores, deja campo sólo a una meditación: cuál será la suerte de la humanidad en una tercera guerra? En las guerras de la Gran Grecia y de Roma imperial acaso todavía alguna ética presidía el carácter civilizador de esas contiendas. Hoy los pueblos libres sólo tratan de defender con su existencia los principios y derechos humanos de la barbarie nueva que toma la firma de un atilismo moderno de sello comunista implacablemente adverso a la dignidad del hombre, al concepto de las patrias dueñas de su ideología democrático-cristiana y de sus destinos.



RECUERDO DE UN SABIO

Si los guerreros que devastan por ambición y vejanía, acaban siempre víctima de sus propios errores, maldecidos por generaciones tras generaciones, no pasa lo mismo con los sabios, con los que aman a la humanidad y la honran con su sabiduría. El monumento de Humboldt en la Universidad de Denkmal nos trae al recuerdo las andanzas del gran explorador y naturalista famoso, que visitó América del Sur el siglo XVIII. Sus estudios sobre la corriente del Pacífico que llevan su nombre, le han hecho más familiar en la geografía peruana.



LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

Cuando se observan cuadros como este, de una paz de égloga en las tierras que comunican fronteras de por medio al Austria y Alemania, dúdase de que el genio del mal y la violencia hubiera pasado por aquí. Y sin embargo, un austriaco hecho germano, Hitler, salido de estas regiones, fué quien forjó una era de destrucción, de odio y de maldad, que ha dejado su semilla ponzoñosa en el mundo, después de haber sumido en el desastre a su patria adoptiva.



EL DANUBIO

Las poblaciones a la vera del Danubio, en estos lugares visitados que nos llevan por aquellas partes de Europa que no ofrecen huellas de la devastación bélica, ponen su nota de apacibilidad y belleza bucólica en el ambiente. Son estas urbes con raíz en la edad media cuando los burgos estaban de modo y la vida no ofrecía ciertamente las graves y profundas complicaciones de nuestra época. El Danubio sereno y terso nos trae por lo demás los recuerdos románticos que la música de Strauss divulgó por todo el mundo el siglo pasado y en el presente sirve para evocar la edad de oro europea.



¡EL PARTENON!

En medio de los mármoles esparcidos sobre el suelo, en la colina griega, se yergue aún el Partenón, como uno de los más completos vestigios de la arquitectura que más se acercó, en el espíritu y en el cuerpo, a las dimensiones que el hombre soñaba, para no tropezar con lo monstruoso ni ridiculizarse ante lo pigmeo. Allí parece que los espíritus disconformes del mundo moderno, se convocaran, para encontrar los cauces verbales primero y luego activos, de la paz y de la justicia, en un anhelo democrático, que sólo los griegos supieron mantener.



LA LECCION PERMANENTE DE LOS MARMOLES HELENICOS

En el Templo de Zeus Olímpico, el magno Dios de los griegos, perdura aún a través de los siglos, sobre los campos de la Hélade, en estos maravillosos vestigios. Desaparecido el resto del gigantesco edificio, sus armoniosas columnas llenan el espíritu de ese ritmo que dió a la cultura griega el sentido de las proporciones que tanto los hombres como los pueblos, han perdido en esta época de prosaicas ambiciones. Bastan esas columnas para sentirnos en el ambiente que tuvo el recinto de la majestuosa deidad griega.



SOBRE LA COLINA DEL ACROPOLIS

Detrás de las siluetas de los árboles, que imagina uno como el difuminado símbolo del tiempo, surgen todavía, como si viviéramos en los días de la Grecia de los artistas y los guerreros, las líneas admirables de la Acrópolis, dictando desde allí, la cátedra de belleza y de amor, que dieron al avanzado pueblo, una fuerza que aún se proyecta en todos los rasgos de la civilización occidental.



LA BIBLIOTECA DEL VATICANO

En un libro como el nuestro, que busca por las sendas del espíritu, la suprema aspiración de la paz, esta Biblioteca del Vaticano significa uno de los símbolos más altos de la cultura universal, y el reproche al belicismo, que las mejores armas de la unidad mundial, no están en los arsenales de la muerte, sino en los anaqueles donde, como alguien dijo, cada libro es un ojo abierto a la eternidad.



EL FORO DE TRAJANO

Habla a nuestra sensibilidad jurídica el Foro de Trajano, en Roma, y su columna historiada, suscita aún la admiración de los viajeros. Vecino el ambiente a otra forma de edificar, nos ofrece, en la Ciudad Eterna, esa colisión de dos maneras, en las que se funde la civilización, al conjuro del tiempo y de las conquistas militares y su evolución política y social.



EVOCA EL ARTE LA GRANDEZA REAL

Acaso en ninguna otra parte del mundo se encuentre un monumento como el erigido a Victor Manuel II en Roma, que asuma sus originales proporciones y reuna en el estilo neoclásico, la evocación imperial y es que, a pesar de sus rasgos en los que el hombre moderno advierte los yerros de la enemidad con la democracia, tiene sin embargo un atractivo que invita a la emoción de la libertad y de la paz.



LA VIA APPIA Y EL FIN DE LOS IMPERIOS

Sobre este camino acreste, que tiene mucho de un lienzo de la imaginación, el entendimiento se avoca a reflexiones que desembocan en lo pasajero de los imperios, cuando ellos no se sustentan sobre las bases del amor al pueblo y la grandeza de la sociedad. La Vía Appia por donde Pedro retornó a Roma para vencer, con las armas del espíritu, al más poderoso imperio del universo.

DE LA PINTURA RELIGIOSA

Emporio Roma de colecciones maravillosas, donde el genio de todos los tiempos ha dejado huella perdurable, sobre el lienzo, la música, y el mármol este Martirio de San Sebastián de Guido Reni, nos conduce a pensar en el heroísmo de los cristianos que, como los grandes soldados de la democracia, sacrificaron todo lo presente por el porvenir soñado y por la fé entrevisto.



LA DEMOCRACIA CRISTIANA Y EL ARTE

Como en los monasterios y conventos se salvó la formidable cultura helénica por los monjes cristianos, en el mismo recinto del Vaticano, se conservan notables esculturas como este Discóbolo, del que también, nosotros, cedimos una copia a la Escuela de Bellas Artes de Lima, en nuestro anhelo de trabajar por la cultura como un camino a la comprensión y sensibilidad humana.



"LA PIEDAD" DE MIGUEL ANGEL.

La protéica fuerza creadora de Miguel Angel, le hizo concebir este grupo místico, de renombre universal, que se conoce como "La Piedad" y que se conserva en la Basílica de San Pedro, dentro de la ciudad del Vaticano. ¿No es Cristo, para el símbolo de estos días, la humanidad crucificada? La Madre del Redentor, en la serena expresión de su callado dolor simboliza la piedad suprema. Ese sentimiento que muchas mujeres y casi todos los tiranuelos contemporáneos, no conocen. Y que por eso engendran guerras para satisfacer, no siquiera justos anhelos de paz, sino ambiciones de dominio y satisfacción de la sed de sangre que los devora...



EL COLISEO DE ROMA

En su quebrada estructura, el Coliseo Anfiteatro Flavio de Roma, se puebla, ante los ojos del que le contempla, con su dramática y sangrienta historia. Es el pan y circo de los tiranos que, a través de los siglos, se repiten, para anestesiar las muchedumbres y alejarlas de la verdad política. Como ese magno editicio, hay otros, que hoy en el mundo moderno, evocan, sobre sus ruinas, la garra criminal de quienes, erigiéndose en emperadores sin cetro ni corona, le dieron al pueblo, antes que mantequilla y pan, armas y diversiones.



ROMA EN SU EXPRESION DE ETERNIDAD

La Plaza y Basilica de San Pedro en el Estado Vaticano, se dibuja ofreciendo en sus líneas, la fuerza del espíritu de la paz que, en vano, los pueblos han buscado por el camino de las armas. Desde la Cátedra del Pescador, se han elevado, recientemente, admoniciones sabias, del Sumo Pontífice, que ha dicho profundas verdades, sin inclinarse por los extremos de quienes luchan para una hegemonía siempre peligrosa.

EL MOISES DE MIGUEL ANGEL

Difundida hasta los últimos rincones del mundo, por la acción del graficismo moderno, la escultura de Miguel Angel, el Moisés, cuya réplica nosotros obsequiamos, junto con otras, a la Escuela Nacional de Bellas Artes del Perú, vive con vigorosa impresión en la Iglesia de San Pedro Ad Víncula y parece estimular con su genio para que se perti sobre el mundo moderno, un legislador, como lo fué él, capaz de redimir por los siglos de los siglos a los pueblos escogidos.





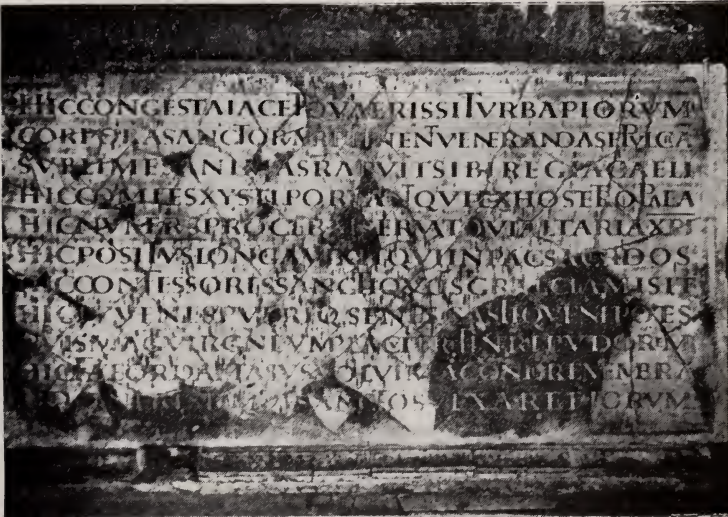
LA BASILICA DE SAN PEDRO

La estada en Roma, la vieja capital latina de renombre mundial, obliga a todo viajero ansioso de ponerse en contacto con la cultura y el arte antiguo y moderno, a visitar sus grandes museos y monumentos. La mayor atracción, ciertamente, nos lleva al Vaticano donde el maravilloso genio de los grandes pintores ha hecho derroche de espiritualidad para enaltecer la sede del Pontífice de la Iglesia Católica Apostólica Romana. La Basílica de San Pedro sigue siendo el monumento que los siglos respetan, remontrándonos a los orígenes del cristianismo que tuvo a San Pedro como el sucesor de Cristo en la prédica de las verdades eternas.



LA CRIPTA DE SAN MELQUIADES

Dando una idea de lo singular en este laberinto de monumentos funerarios de San Calixto, vemos aquí la Cripta de San Melquiades, papa, que murió el año 314 de la era cristiana. Las inscripciones, que por lo demás son inherentes a todas las tumbas, en la losa del techo, labrada, perpetúa la historia de los primeros tiempos de la Iglesia Católica.



LAS CATACUMBAS DE SAN CALIXTO

Algo que en la Ciudad Eterna no puede pasar desapercibido al viajero que la visita son las Catacumbas de San Calixto, donde se encuentran los sepulcros de los Papas. La Roma subterránea tiene aquí la máxima expresión de sus monumentos funerarios propios de las antigüedades sacras que más conmueven por su impresionante sugerencia al que llega hasta ellas. Los paganos no enterraban a sus muertos como lo vino a hacer el Cristianismo. Y por eso en las Catacumbas de Roma existen bajo tierra los documentos más notables de orden necrológico. Las primeras tumbas fueron así, como se ve en el grabado en el Cementerio de San Calixto, donde muchos Papas representan a los perseguidos por sus ideales, y cuyo martirio los llevó a la santidad eterna.



EL DILUVIO UNIVERSAL

La historia del mundo, del universo, a través de los pinceles sublimes de los grandes pintores, se halla escrita en la Capilla Sixtina, en el Museo del Vaticano y en cuantos centros de la Ciudad Sagrada nos traen a evocar las glorias refulgentes. El Diluvio Universal interpretado por Miguel Ángel, patéticamente ofrece el cuadro bíblico de la más tremenda inundación habida en el planeta, De allí viene Noé con el Arca en que se guardan los destinos humanos futuros, en la dispersión de las razas y la creación de la familia como base de la civilización que deviene en los tiempos cristiana y democrática.



DIOSES Y CESARES

En el Museo del Vaticano la escultura señala la era magnífica de los domineadores del mármol para convertirlo en figura de dioses y próceres. Vemos al Apolo del Belvedere señalando, aunque sus manos hayon después desaparecido, con arrogancia y belleza en la expresión, la ruta de una época que ha pasado a ser símbolo de la evolución de los pueblos antiguos hacia la cultura moderna. Y la figura de César Augusto, a la aparición de Cristo, poderoso y en la cumbre de su jerarquía, por obra del artífice nos retorna a la Roma imperial, conquistadora y al mismo tiempo capaz de dispensar los bienes del espíritu como una madre nutricia al orbe hasta entonces conocido.

ROMA MONUMENTAL

Sin duda, lo que caracteriza a Roma, la Ciudad Eterna, es que junto a las ruinas de los imperios muertos, mantienen en pie los testimonios de tiempos siguientes, impresionando al viajero con sus imponentes muros. El puente del Castillo de San Angelo, tan familiar a los romanos, exhibe las estatuas y los contornos arquitectónicos que le dan señalizaciones huellas de un señorío permanente a la capital italiana. De hecho la mente se vuelve al pasado para recapacitar en los días de esplendor de esta metrópoli atortunadamente no tocada por los devastadoras elementos bélicos de dos guerras.



PERSPECTIVAS URBANAS

Otro aspecto de Roma monumental se aprecia en sus edificaciones clásicas, que destaca la Via de la Conciliación, con la Basílica de S. Pedro al fondo. El genio latino se halla presente en estas expresiones del urbanismo romano, en etapas que han dejado marcada la capacidad del hombre y su afán de perennizar en su construcción un estilo, que es el que encontramos por todas partes en la ciudad de Rómulo y Remo.





JERUSALEM INMORTAL

Llegar a Jerusalén es poner las plantas en tierra nimbada por la leyenda cristiana. Se asoma al recuerdo inmediatamente que los Lugares Sagrados han podido sobrevivir porque la mente del hombre civilizado inspirándose en la doctrina de Cristo, ha hecho de este lugar el santuario a donde llegan cada día peregrinos de toda la cristiandad. Al mirar en su panorámica latitud el sector sagrado del Monte de los Olivos, tan familiar a todo espíritu devoto, al mismo tiempo que se evocan aquellas horas transidas de dramatismo intenso que dieron curso a la democracia instituida por Cristo con su sacrificio. Parece que no hubieran pasado siglos sobre estos parajes cuando se les mira no con criterio de mensura progresista, sino con el alma puesta en la esencia de la doctrina que llevó a sufrir en Jerusalén a su gestor la persecución encarnizada de los adversarios de la libre personalidad humana, preconcebida por el fundador del Cristianismo. A casi dos mil años del suceso prodigioso, la visión del ascenso a Monte de los Olivos impresiona y acicatea a los que tienen fe en los superiores destinos de la familia universal.

EL CUADRO DE LA TERNURA HUMANA

En la Basílica de Bethelem, en los Santos Lugares, la representación simbólica del nacimiento de Jesucristo, con todos los atributos de la liturgia, es un portento de belleza para la humana ternura que tiene en este episodio de la vida del Rabí de Galilea el encanto de todo lo que acerca al ser humano a la infancia promisorá. La celebración que ceremoniosamente se lleva a cabo cada Navidad, procura ceñirse en todo a la tradición existente sobre la venida al mundo en un pesebre del creador supremo del Cristianismo.



Y EL HUERTO DE GETSEMANI

Cerca si cabe, porque en Jerusalem todo es la misma esencia cristiana, se ve el sagrario del Gólgota, con sus maravillosos lampadarios de luz perenne ofreciendo a la romería de visitantes en oleada frecuente la ocasión de evocar la cimera figura de Jesús de Galilea. Y se ve el Huerto de Getsemaní, donde el Mártir del Gólgota tuvo horas supremas de encuentro con el Espíritu, guía introcable de la humanidad ansiosa de superación. El apacible lugar impresiona y tiene la imponencia de aquellos lugares donde lo más augusto del pensamiento ha clavado sus banderas proclamando la grandeza de la mente sobre los amagos del paganismo y que insurge de nuevo en los senderos de la tierra...



LA CAMPANA DE BELEN

Las vibraciones de la campana de Navidad, en Bethlehem, son otras de las cosas que despiertan en el sentimiento del viajero recuerdos que están grabados a través de su vida, en la infancia, en la adolescencia y en la plenitud. Porque en los pueblos católicos, es decir, en un mundo de muchísimos millones de creyentes, la evocación de Navidad se asocia al acontecimiento máximo que incorpora la paz hogareña a la ventura de los seres humanos. Bethlelem, o Belén, en el mismo escenario del nacimiento de Cristo, es un vivo testimonio elocuente de la eternidad del espíritu.

NATURALEZA Y ARTE

Los fantásticos celajes y el despliegue de visualidad que emanan de una naturaleza que en Jerusalem sirve asimismo de embeleso al viajero ansioso de penetrarse del aroma de Tierra Santa, tienen un contraste en la visión de los templos erigidos en los sitios históricos de la leyenda jesucristiana, donde el arte antiguo penetra en el alma con las emanaciones de una espiritualidad que se ha enseñoreado del mundo. Aquí, en Jerusalem, el arte y la naturaleza nos arroban y nos inspiran.



MIENTRAS LA VIDA INDUSTRIAL HACÉ LO SUYO,..

Aquí tenemos la calle David, donde los viajeros pueden detenerse a contemplar y adquirir cuanto objeto o souvenir de Jerusalem son dignos de seguir con nosotros para acompañarnos mientras ya de vuelta, las referencias a la Tierra Santa motiven evocadoras escenas. Pintorescas y curiosas maneras y costumbres de Oriente presiden este comercio o industria, y aunque en lo abigarrado de los negocios siempre se encuentra algo grato, lo que más se prende a nosotros es la leyenda que brota de este suelo soñado y sagrado para todo cristiano.



EN LA RUTA DE LA INDIA

En el tránsito al oriente, nos encontramos, buscando la India, con Karachi, la capital de Pakistán, populosa urbe que en el estilo moderno nos ofrece muchas de las ventajas que hallamos adosadas a nuestra civilización occidental. Estas metrópolis no guardan la simetría ni las espléndidas perspectivas de los pueblos latinos, pero muestran al viajero pintorescos aspectos que complementan su visión del mundo asiático.



DELHI, CAPITAL DE LA INDIA

El contacto con esta capital, llamada por antonomasia la "Ciudad del Gran Mogol", ya nos pone en la intimidad de lo que es este milenaric y pintoresco país, que fué un dominio británico por largo tiempo, notándose visiblemente mucho de lo que los ingleses han dejado como huella de su ingerencia política. En el curso de este libro hemos aludido al peligro hindú, que dentro del peligro de los pueblos asiáticos superpoblados, representa el ansia colectiva de estos millones y millones de seres, cuyo despertar debe ser motivo de inquietud para el mundo de mañana. Entre sus monumentos, que los hay numerosos, destaca en Nueva Delhi, el templo de Birla, que da una idea del exotismo de su arquitectura sin embargo severa y firme.



EL SIEMPRE VIVO RECUERDO DEL GANDHI

Esta escena que nos presenta en Delhi a la esposa del que fué ilustre presidente de los EE. UU., F. D. Roosevelt, visitando la tumba del Mahatma Gandhi, mártir de su estoica devoción a la India redimida y grande, tiene el hondo significado del homenaje que Occidente ofrece a la esclarecida figura del apóstol hindú. La señora Roosevelt, líder de la democracia femenina, se inclina ante la tierra que cubre los restos del redentor de la India, uno de los más famosos hombres de nuestro siglo, al que la India le debe las nuevas ideas con que mira al porvenir, social y políticamente.



EL ARTE ASIATICO EN PIE

En el templo de Chintamani, otra reliquia del siglo XVI, también vemos exteriores admirables en forma de cúpulas, todo dentro del estilo hindú. Entre sus muros se encierran bellezas perdurables, que nos hablan de las viejas religiones con la elocuencia de su visión fantástica.



LA CAPITAL DE PAKISTAN

Al pasar por Karachi, la capital del Pakistán, tomado como un gobierno independiente de la India, la sensación que deja en el ánimo el arribo al continente hindú, es de encontrarnos en tierras donde el islamismo tiene sentados sus reales, quitando la suerte de muchos millones de seres. Antes Bombay era el nombre más sonado cuando se hablaba de la milenaria India y de sus leyendas y geografía. Ahora se nombra a Karachi, como capital del nuevo Estado que comenzó a tener autonomía política desde el año 1948, y ya propiamente se hace referencia a la capital hindú nombrando a Nueva Delhi, nombre hasta hace algunos años casi desconocido para los viajeros internacionales. La arquitectura local la vemos manifestada en esta foto que representa la visión del palacio en que funciona la Corporación Municipal. Karachi se comunica con el resto del mundo especialmente por su aeropuerto, a donde acuden aviones de las más importantes compañías que hacen el tráfico mundial.



LA MISERIA ES YA COMBATIDA

En este cuadro se pinta patéticamente la condición de los más numerosos grupos sociales que en el mundo hindú sufren las consecuencias de una superpoblación cada vez más acusada que crea problemas intrincados, CARE, o sea el movimiento internacional para auxilio de las clases que sufren en el mundo, por cuenta de las Naciones Unidas, opera ya con eficacia en estos pueblos, defendiéndolos contra lo agudo de sus necesidades. En la India, mar humano con problemas cada vez mayores, las NN. UU. tienen que acudir con incantes recursos para la cultura y el mejoramiento de las condiciones de vida, única manera de alejar el peligro de una sublevación asiática masiva que sacudiría al orbe con lo terrible de sus consecuencias.



LO AUTENTICAMENTE NATIVO

Conserva la India, como pasa en otros pueblos milenarios de Asia, sus místicas leyendas y sus santuarios consagrados a las divinidades encerradas en templos y palacios deslumbrantes. Hemos visto aspectos exteriores de las ciudades modernizadas, mas en el grabado está, por ejemplo, un aspecto del templo de Bhandasar, en Pakistán, que data del año 1514. Su torre propiamente en el estilo de la arquitectura hindú y sus cúpulas, coronan un edificio monumental en el que se guardan recuerdos maravillosos.



BANGKOK, EN NUESTRO CAMINO

Hablar de Bangkok, en nuestro itinerario último, es referirse a Siam con sus leyendas, mitos, visiones de la realidad... Centro activo de los negocios siameses, enlace con el mundo asiático por las líneas internacionales, aquí se encuentra el viajero con gratas sorpresas por lo típico y original del ambiente. Budha nos da su saludo desde todas partes y lo exótico es el regalo que a los ojos recibimos de este país de vieja historia. Al teatro siamés pertenece esta foto de una danzarina interpretando un episodio de "Ramakien".



MODELO ARQUITECTONICO

Una muestra del estilo que se encuentra en los edificios de Siam, destinados al culto, como vivas señales de su arte autóctono, es esta en que se ve dos ídolos representando demonios que guardan la entrada a la tumba de Wat Pra Geo.

SILVA Y PARBATI

La pintura india señala los símbolos de sus dioses en forma que a veces tiene semejanza con otras religiones. Por ejemplo, en el grabado en que aparecen Siva y Parvati, de la mitología hindú, el buey está presente al lado de otros animales que como el león, demostrativo de fuerza, reposa junto a las divinidades cuyo diálogo dijérase que oye como entredormido...





CALCUTTA, LA URBE MODERNA

Al pisar tierra de Calcutta, la excapital política de la India, se comprueba lo que los ingleses decían de ella, que era el Londres del este asiático. Como se puede juzgar por la foto, los edificios modernos guardan una línea simétrica aunque no pierden el estilo de las construcciones locales. La Avenida Central nos da la impresión de una metrópoli plena de los atractivos que conservan pueblos de mucha tradición, aunque sus suburbios pongan de manifiesto el detalle desagradable. Las construcciones con identidad europea fijan el cosmopolitismo de esta gran ciudad asiática.



LA AFICION A LAS CARRERAS

Demostación palpable de las costumbres británicas vemos en esta foto del Hipódromo calcutense. La afición al hipismo que se generaliza, presenta aquí un motivo más de sentido universal. Miles de espectadores y de gentes que apuestan sobre los equinos, le dan animación al lugar en el que se entremezclan la raza nativa y los oriundos de otras civilizaciones, todos atraídos por la misma emoción del azar en que especula la humanidad donde quiera que se vaya.

EL POETA DE CALCUTTA

De paso por esta urbe que tipifica la vida hindú en sus grandes conglomerados cosmopolitas, no puedo menos que rendir mi tributo de admiración emocionada a esa figura ya mundial de la intelectualidad, Rabindranat Tagore. La suave prosa suya, su ternura que ha hecho presa de todos los corazones sensibles, mantiene vivo el recuerdo de este hombre excepcional, pacifista y fraternalista en el elevado sentido en que tomamos esta vocación los americanos, donde Tagore es familiar a nuestra cultura por sus dimensiones universales y profundamente humanas.



EL JAPON DE POST GUERRA

Es el Japón un país de grandes contrastes. Después de la guerra segunda los japoneses han debido comparar la vida pasada con el poder que le dejó al Imperio del Sol Naciente situado junto a los aliados en la Gran Guerra del 14, y las consecuencias catastróficas de su ataque a los Estados Unidos. Después de la ocupación norteamericana, el pueblo japonés tiene entendido que el dilema es terminante: con las Naciones Unidas, a las que acabará por pertenecer, o con el Comunismo soviético. Pero la historia es elocuente y el vencedor de la Rusia Zarista no quiere saber de Moscú nada, como nada quiere de la China comunista. Estos soldados nuevos de Tokyo hacen su entrenamiento precisamente para encontrarse listos en cualquier momento contra la amenaza de una agresión de los rojos.



EL CAMPESINO NIPON CULTIVA SU ARROZ

La tradición no se pierde en la tierra japonesa. El archipiélago detiene sus cultivos de arroz para conservar su capital humano. Millones de seres también trabajan en los arrozales. Pero esto no impide que haya miles de japoneses que carecen de su habitual alimento. Hasta han llegado a importarlo y el Perú ha enviado recientemente un cargamento del grano para consumo de la población japonesa, en el Pacífico lejano.

LA EXPERIENCIA ATOMICA

Inolvidable será para los japoneses la explosión de la bomba atómica de Hiroshima que determinó la rendición final de los ejércitos de Hirohito en la II Guerra. El horroroso cuadro de este estallido que hoy sin embargo se considera de no gran significancia con el invento de la bomba de Hidrógeno, pesa en el espíritu de cualquier pueblo que considere lo que es la guerra después de haber entrado ella en la era nuclear.

De esta visión catastrófica parte el anhelo humano de evitar una tercera guerra. Los agresores saben bien que ella traería con los supremos y macabros recursos que la ciencia le ha alcanzado al hombre, la destrucción más terrible que imaginarse pueda. La vuelta completa a la barbarie y al caos.



COREA, CAMPO EXPERIMENTAL DE
LA III CONTIENDA

Visitando este país que los rojos comunistas del norte han convertido en un infierno, mientras los del sur heroicamente han resistido con la ayuda de las NN. UU., se ve que entre sus montañas de quietud y de paz otrora, ha hecho también grande mella la muerte y la devastación, durante dos largos años de lucha. Queda en pie el terrible impacio de una contienda exabrupta bajo el peligro de reanudarse si no se llega a negociaciones definitivas.



LA TIERRA LEGENDARIA DE LAS
GEISHAS...

El Japón heroico y galante descrito con verbo fácil y atrayente por el famoso cronista centroamericano Enrique Gómez Carrillo, revive en nuestra imaginación de paso por estas pintorescas tierras. En el grabado se ven las geishas que han dado pábulo a romances y leyendas mil y su típica veste nos sumerge en la romántica evocación de tantas obras de arte que las han tomado como motivo de inspiración. La foto siguiente nos muestra una auténtica belleza de Kyoto, en traje característico.

...Y LOS SAMURAIES

Todavía superviven estos viejos símbolos de una estirpe feudal que tuvo su historia. Historia por cierto de esforzados paladines, como en los versos de nuestros poetas, pero héroes a la antigua conformados en la estoica y si se quiere espartana escuela de los caballeros de una clase que se pierde en el laberinto de los tiempos modernos que invaden al Japón, pueblo el más fácilmente asimilable de todos los de Asia a las costumbres occidentales. Si el Japón no hubiera intervenido en la pasada guerra al lado del Eje, su situación hoy sería dominando con las grandes naciones aliadas al comunismo dentro de la órbita asiática, y la historia se hubiese escrito de otro modo evitándose las sombrías perspectivas de otra guerra.



PUSAN, DONDE SE ENSAÑÓ LA DESGRACIA

Antes de la guerra esta perspectiva de Pusan, daba una idea de su importancia para el país coreano, en su región del sur. Los terribles incendios que hace meses destruyó gran parte de la población, creó allí aparte de la acción de la lucha, un estado de calamidad tremenda que con la ayuda de las NN. UU. se repara a fin de borrar las huellas dejadas por el siniestro espantoso, el mayor que se recuerde en muchas decenas de años.



LA AMBICION COMUNISTA

El viejo patriarca coreano, a la sombra de su lar, filósofo sobre el destino de su patria, donde la peste del comunismo ha sembrado la destrucción por todas partes. Parece llevar sus pensamientos hasta el futuro, comprendiendo que las miras de Moscú y de Peiping son las de convertir al Asia entera al comunismo para crear una nueva esclavitud, peor que la feudal de otros siglos que parecían superados.



SOLDADOS NORTEAMERICANOS

En la línea divisoria de las dos Coreas, separadas por su ideología, los soldados de los Estados Unidos que han muerto a centenares defendiendo la libertad de ese país, esperan que el armisticio sea trocado en una paz definitiva. Las lentas y difíciles negociaciones llevan trazas de fracasar si Occidente no usa una política más corajiente en el área asiática donde el Kremlin quiere dominar con su ideología esclavizadora.

GENERAL BOOKBINDING CO.

80

294NY2

10

045

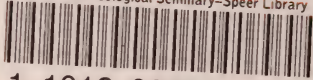
A

6120

QUALITY CONTROL MARK

D844 .L31
El espíritu,

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00000 1372